

Seix Barral Biblioteca Breve



Adolfo Couve

Narrativa Completa



Adolfo Couve



ADOLFO COUVE nació en Valparaíso en 1940. Estudió en el colegio San Ignacio y se formó como pintor en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, y aunque logró un sólido prestigio en este campo, su mayor notoriedad la logró como escritor.

En treinta años publicó: *Alamiro* (1965), *En los desórdenes de junio* (1970), *El tren de cuerda* (1976), *La lección de pintura* (1979), *El pasaje* (1989), *La copia de yeso* (1989), *El cumpleaños del señor Balande* (1991), *Balneario* (1993) y *La comedia del arte* (1995).

En 1996 apareció en Buenos Aires *Cuarteto de la infancia* (Seix Barral).

En el verano de 1998 se quitó la vida en Cartagena, en su casa frente al mar.

Narrativa Completa



Seix Barral Biblioteca Breve

Adolfo Couve

Narrativa Completa

© Adolfo Couve

Inscripción N° 131.105

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© Editorial Planeta Chilena S.A.

Santa Lucía 360, 7° piso, Santiago (Chile)

© Grupo Editorial Planeta

ISBN 956-247-306-6

Diseño de Portada: Ilúvatar

Composición: Salgó Ltda.

Primera edición: Abril 2003

Impreso en Chile por

Quebecor World Chile S.A.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta, puede
ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

ADOLFO COUVE,
NARRADOR DE LO INQUIETANTE

«La muerte de un amigo obliga a revisar la relación hasta el principio. Convierte cada acto del pasado en un presagio y flota el personaje como alguien enviado del cielo».

El picadero; A. COUVE

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, el año pasado, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario –cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática– termine por arrasarlo del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del “consumo cultural”, como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf. Cuando eso sucede, el público entra de lleno en la mitología del “artista”, tal como lo piensa uno de los mismos personajes de Couve: se enamora del personaje, y le resulta «hasta secundaria la realización deficiente o acertada de sus obras»¹.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al “público” de los medios masivos en “el lector” de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó en la retrospectiva del Bellas Artes, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*². Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

Sin duda, la mirada del lector de la *Narrativa Completa* y la mirada morosa del espectador de la retrospectiva han de ver, en la figura de Couve, hartos más que los estereotipos propios del mundo de los

1. *La lección de pintura*, página 198 de este volumen.

2. Véase Claudia Campaña, *Adolfo Couve: una lección de pintura*, Santiago: Editorial Eco, 2002, volumen que acompañó a la retrospectiva. Recoge más de doscientas obras en excelentes reproducciones, y muchos datos necesarios en una semblanza de su vida, una cronología y una bibliografía.

dios de comunicación masiva. Se encontrarán con pliegues, discontinuidades, contradicciones, con «...sombras sugerentes, colores profundos y composiciones caprichosas», con la complejidad hasta tortuosa de una experiencia que el artista intenta, «con sus precarios materiales, atrapar en toda su plenitud»³. La inquietante obra de Couve resiste la simplificación de las clasificaciones, hace pedazos algunas certezas y generalizaciones, invita a una reflexión abierta. A ella quiere contribuir este prólogo⁴.

* * *

Leo de corrido a Couve gracias a este libro, puedo saltarme los largos períodos de silencio, las reapariciones precarias, los reclamos de los editores contra novelas “demasiado breves”, que no alcanzaban a “tener lomo” en sus primeras versiones... Al hacerlo, veo una figura distinta de su escritura, y con ella más lecturas posibles, basadas en el despliegue de su narrativa en el tiempo.

Así tengo la oportunidad –o mejor dicho, se me crea la obligación– de ensayar una lectura más contemporánea que las hechas hasta ahora. A la luz de su trayectoria completa, evidentemente no se puede creer sin más en lo que él mismo dice en su prefacio a *Cuarteto de la infancia*, cuando se llama hijo «de la Revolución y del Imperio», pensando en la revolución francesa y el imperio napoleónico. No bastaría repetir una vez más cosas como “premoderno” (un adjetivo que lo descalificó desde una de las tantas vanguardias, y que pecó de hacerle demasiado caso a sus enunciados explícitos). Tampoco bastaría calificarlo como “extemporáneo” y “quijotesco”, ni ubicar su narrativa en el plano de lo «utópico y ucrónico, o anacrónico, casi sin tiempo y espacio», como rezaron los elogios de un eminente crítico⁵, al poco tiempo de su muerte. Todas esas palabras son pistas, sin embargo, de una ex-

3. Las citas del párrafo vienen de *La lección de pintura*.

4. Varias de las obras tenían prólogos, que no figuran en esta edición. *Alamiro* se publicó en 1969, con prólogo de José Miguel Vicuña. *El picadero*, en 1974, con prólogo de Martín Cerda. *El cumpleaños del señor Balande*, en 1991, con prólogo de Adriana Valdés. En 1995, *La comedia del arte*, con prólogo de Claudia Donoso. En 2000, su obra póstuma *Cuando pienso en mi falta de cabeza*, también con prólogo de Adriana Valdés. El mismo escribió el prefacio a la recopilación *Cuarteto de la infancia*, que apareció en Buenos Aires y reunió *El picadero*, *El tren de cuerda*, *La lección de pintura* y *El pasaje*.

5. Ignacio Valente, “Adolfo Couve, ilustre solitario”, en *El Mercurio*, Literatura y libros, 21 de marzo de 1998.

trañeza que su obra nunca dejó de provocar, tanto entre sus detractores como entre sus defensores. Es esa extrañeza la que se quiere explorar aquí, a lo largo de los años de escritura que comienzan con *Alamiro* (1969)⁶ y se cierran sólo con la muerte del autor, en 1998. (En el año 2000 se publicó su novela póstuma, *Cuando pienso en mi falta de cabeza*.) Una larga trayectoria narrativa, que comienza y termina con libros vinculados al fragmento, y que entre ambos extremos hace un esfuerzo impresionante de construcción y estructuración.

Alamiro es un conjunto de fragmentos muy cortos, espaciales como la pintura: escenas, perfectas cada una. Brevísimo, cuidado, marca desde el comienzo un tono propio de Couve. De espaldas “a las vanguardias locales y las modas”, trabaja para una belleza semejante a la que buscó en su pintura: la belleza de un momento perfectamente captado en su matices, con gran economía de medios, cerrado sobre sí mismo como una especie de joya. Vienen sin duda a la memoria sus cuadros de la época, y se percibe la tensión entre su tarea de orfebre y los vientos que corrían entonces, tanto en la plástica como en la escritura.

Cuando pienso en mi falta de cabeza –el libro del final– no puede ser más distinto de *Alamiro*; pero hay al menos dos conexiones apasionantes entre ambos. Una, su carácter de *sogni dei pittori*, sueños de los pintores; otra, la fragmentación, pero esta vez en el registro del grotesco. Si se siguen estos hilos, la trayectoria narrativa de Couve se puede mirar de manera sorprendente y –al menos para mí– extremadamente conmovedora.

En el siglo XVI, se llamaron *sogni dei pittori* los juegos con personajes más bien monstruosos, en los que cabían no sólo “los juegos alegres y lo fantástico libre de preocupación”, sino también un «aspecto angustioso y siniestro en vista de un mundo en que se hallaban suspendidas las ordenaciones de nuestra realidad, junto con la estética, la simetría y el orden natural de las proporciones»⁷. Tal vez la obra narrativa de Couve se mueva entre los dos extremos de los sueños de los pintores del XVI: los fragmentos de belleza, alegres, fantásticos, libres de preocupación de *Alamiro*, y lo inquietante, grotesco y siniestro de un mundo en que se suspenden las ordenaciones de la realidad, en su novela póstuma, y ya también por cierto en la anterior, *La comedia del arte*. Entre ambos extre-

6. Su escritura está fechada por el autor entre 1960 y 1965.

7. Wolfgang Kayser, *Lo grotesco. Su configuración en pintura y literatura*, Buenos Aires: Nova, 1964., p. 20.

mos se puede ubicar bien el afán “realista” de Couve, esa construcción a pulso de un objeto externo, donde se crea, también a pulso, «una realidad paralela en cuyo estricto código me puedo sostener», dice el autor⁸.

* * *

Propongo distinguir dos etapas en la obra narrativa de Couve: una, que va del fragmento hacia la construcción, comienza con *Alamiro* y termina con *El pasaje*. La segunda comienza en 1989, tras diez años de silencio, con la ominosa construcción de *El cumpleaños del señor Balande*, y termina en los fragmentos que componen *Cuando pienso en mi falta de cabeza*. Propongo, también, que la trayectoria de ambos traza lo que se llamaba en retórica un quiasmo: se cruzan dos líneas, una que va del fragmento al objeto hiperconstruido, otra que va de la construcción a la incontenible irrupción de lo reprimido, que trastorna progresivamente la voluntad expresa de buscar un orden “clásico.”

Esta mirada a la obra de Couve me resulta –decía– extremadamente conmovedora. Explico. Si hubiera que darle un título a esta *Narrativa Completa*, creo que sería el de su novela *La comedia del arte*. Si hubiera que imaginar al Couve escritor en una sola escena, creo lo haría aparecer como un titiritero a cargo de los personajes de esa comedia. Como alguien que juega con muñecos, pero con muñecos como los de Rilke: «en ellos mezclábamos, como en una probeta, cuanto nos sucedía incognosciblemente, y lo veíamos adentro colorearse y hervir»⁹.

Lo que “le sucedía incognosciblemente” a Couve está trabajado reiterada, paciente, alquímicamente en la galería de sus personajes. En los niños protagonistas que pueblan la primera etapa, cuyos nombres (Alamiro, Angelino, Anselmo, Augusto) comienzan casi todos con la A de Adolfo, y van formando un “miroers perilleus”¹⁰, una fuente de Narciso en cuyas cambiantes aguas van apareciendo los fantasmas, las invenciones, los recuerdos, los miedos, las angustias de la infancia. La figura biográfica no se da nunca sino en anamorfosis, en una mirada al sesgo, siempre desmentible y esquiva: uno cree encontrarla, tal vez, en una frase como «dejó atrás la imagen de ese niño rubio de pantalón muy corto y tirantes de cuero, que aterrado miraba la escena del cri-

8. Palabras de una entrevista, citadas por Claudia Donoso en su prólogo a *La comedia del arte*, Santiago: Planeta, 1995.

9. Citado por Giorgio Agamben, *Estancias - La palabra y el fantasma en la cultura occidental*, Valencia: Pre-textos, 1995 (segunda impresión, 2001), página 110.

10. Tomo el término de Agamben.

men»¹¹, hasta que no se da cuenta que esa es también la imagen de un muñeco más. Pero, en el “miroers perilleus”, el espejo peligroso, queda el rastro del terror, y el rastro del crimen. No importa que no haya sido “ese” crimen, el que vio el muñeco; no importa que sea otro; es el fantasma de un crimen innominado el que recorre una a una las infancias de los personajes. Es ese crimen el que las narraciones trabajan.

Lidió Couve toda su vida con una constitución psíquica frágil, con lo que los médicos y los catálogos llaman una “personalidad sensitiva”¹², la misma que se atribuye a artistas como Kafka o Virginia Woolf. La hipersensibilidad, el sentido de culpa, la angustia y el miedo lo llevaron a la invalidez en algunos períodos de su vida, y muy probablemente determinaron su trágico final. En esta perspectiva, su trabajo literario podría tal vez verse –en palabras de la artista Louise Bourgeois– como un arte que “es la experimentación, o mejor, la re-experimentación del trauma...”¹³. Como un trabajo de arte (uso aquí la palabra “trabajo” como lo hacen los psicoanalistas al hablar del “trabajo del duelo”) en torno a la creación de unas escenas en que se revive y se elude, a modo de juego (*fort-da*), alguna aterradora escena primera, real o imaginaria, que sólo cabe entrever. A eso puede atribuirse tal vez el trasfondo de incomodidad de las narraciones de Couve, que provocan una inquietante sensación de inminente desastre –como si detrás de cada *bibelot* acechara una posible monstruosidad, como si lo más familiar fuera a la vez lo más amenazante¹⁴.

* * *

En la primera etapa de su narrativa, Couve trabaja los terrores de infancia en un sentido que va hacia el «preciso diseño (...) una forma cerrada, un formato asfixiante como si una máquina neumática hubiera extraído el aire», hasta culminar en «una exigencia peligrosa, un tanto exagerada»¹⁵, de rigor extremo, una obra que no quiso publicar.

11. *El parque*.

12. Aparece descrita en la décima revisión de la clasificación internacional de las enfermedades mentales entre los trastornos paranoides de la personalidad.

13. Louise Bourgeois, en *Micropolíticas, arte y cotidianidad 1- (2001-1989)*, catálogo de la muestra del mismo nombre en EACC, Espai d'art contemporani de Castelló, 31 de enero al 30 de marzo 2003.

14. En el prólogo de 1991 hacía yo la relación con lo *unheimlich* de Freud –traducido muchas veces, a veces como lo siniestro, a veces como lo ominoso (en inglés, *uncanny*).

En la trayectoria desde *Alamiro* hasta *El pasaje* se busca «una prosa depurada, convincente, clara, distante, impersonal, unos renglones donde tuviera que corregir y corregir, aprender a hacer bien la tarea, leerlos en voz alta, castigar el contenido y el lenguaje, intentar ese engranaje que da como resultado, más que un libro, un verdadero objeto»¹⁶.

Vigilar y castigar, para tomar las palabras de Foucault en el título de su libro sobre las prisiones: vigilar y castigar, para asumir –Couve– la máscara de Flaubert, y sentir los placeres de este último: «Recuerdo haber tenido palpitaciones, haber sentido un placer violento contemplando un muro de la Acrópolis (...) Me pregunto si un libro, independientemente de lo que diga, no puede producir el mismo efecto. En la precisión de su armado, la rareza de los elementos, el pulimiento de la superficie, la armonía del conjunto, ¿no existe acaso una virtud intrínseca, una especie de fuerza divina, algo de eterno como un principio?»¹⁷

Vigilarse y castigarse, hasta crear un objeto arquitectónico, dotado de «algo eterno como un principio» (...) En el trayecto se pierden las travesuras narrativas de *El picadero*, las bromas del cambio cinematográfico de puntos de vista –cuántas ideas para cineastas da la lectura atenta de ese libro– la ambigüedad seductora capaz de decir «El amor no necesita llamarse hombre o mujer», o «había y no había, era y no era. Se estaba en ese paréntesis que nada ni nadie intenta definir...». Esa es la pérdida, no es poca: pero la ganancia es buscar una estructura¹⁸. «Al estar en un caos» –dijo Couve en una entrevista– «se busca una estructura. Y eso a veces da resultados estupendos...»

Sin embargo, en esta primera etapa está también prefigurada la segunda, la del derrumbamiento de la estructura tan trabajosamente conseguida. En *los desórdenes de junio* –«entréme hoy al amparo de la parodia»– se asoma sin pudor lo grotesco, y los motivos que culminarán en *Cuando pienso en mi falta de cabeza*: «Hecho todo entero de lo ajeno, en busca de lo ajeno se fue desocupando el espíritu de don Pánfilo transformándose en un muñecón vacío. Incluso el alma –replicó un día, escu-

15. A. Couve, prefacio a *Cuarteto de la infancia*: se refiere primero a *La lección de pintura*, novela que “obtuve del neoclasicismo”, y luego a *El pasaje*. Sobre este último dice “El intento me hizo mal, me asusté, dejé de escribir unos años y no publiqué el texto”. Este sólo apareció en 1989.

16. *Ibid.*

17. G. Flaubert, en carta a George Sand, 3 de abril de 1876.

18. Estructura que se podría relacionar con la del “yo” lacaniano, constituido como una armadura que defiende al sujeto de la disolución.

piendo un bollo de tabaco contra el mástil- me gustaría tenerla de otro' ...» Pero es este un registro que durante el primer movimiento de la ficción de Couve se va dejando atrás, en suspenso, al acecho casi.

* * *

El segundo movimiento, que se inicia en 1979 con *El cumpleaños del señor Balande*, no tiene ya como *leitmotiv* la infancia: la reemplaza un sentimiento de pérdida y caducidad, que se va modulando progresivamente desde la melancolía al grotesco más desafortunado, desde el solo de cello al pandemónium, desde la casa burguesa demasiado llena de *bibelots* y pinturas de gusto convencional hasta el escenario onírico, circense, en que el demonio mismo «canta el papel de Mefistófeles en la ópera de Gounod (el barítono legítimo amordazado en el camarín)»¹⁹.

Las primeras protagonistas son mujeres ya viejas. Angélica, de *Balneario*, lleva un paso más allá la melancolía de Julia, de *El cumpleaños del señor Balande*. Julia, rodeada de una ruidosa familia, se parece al viejo tío Javier («ido, sin frío ni calor, menos cotizado que el más insignificante de los tapices persas, [quien] enfrentaba con expresión impávida la caricia inútil del sol») en que «ninguno de los dos podía regresar al presente» -él desde la demencia senil, ella desde sus clandestinos recuerdos. Ambos fuera de juego, ambos susceptibles de lanzar «al excusado las joyas de la familia»... En el ejercicio de crueldad que es *El balneario*, su solitaria protagonista (otra A) es, como Cartagena, «ese escenario, esa apariencia, ese deterioro infinito, techos aguzados, pérdida entre la muchedumbre como un despojo a la deriva».

Cartagena aparece en *Balneario*, en *La comedia del arte* y en *Cuando pienso...*, como el escenario de la deriva, donde los personajes de Couve se pasean, equívocos, movidos por un desasosiego, en busca del desastre, a merced de lo que suceda. «Si estoy viva, no es posible que no me ocurra nada», se dice Angélica. Reproduzco un diálogo de *Balneario*: «¿Qué tal, cómo te llamas? -Cartagena, ¿y tú? -Muñeca, uno no se llama, ¿o no te habías dado cuenta? ¿Sola? -Sí».

El “miroers perilleus”, la fuente en la que se mira Narciso, se va llenando progresivamente de horrores: la risa sardónica alcanza no sólo a los lugares y a los personajes, sino también a la deriva y deformación de los proyectos. El del narrador que aparece a partir de *La comedia del arte*, que renuncia al “loable engranaje” construido en sus textos anteriores, y

19. *Cuando pienso en mi falta de cabeza*. Santiago. Seix Barral, 2000.

ubica el relato en una parodia trágica²⁰. Y el pintor que aparece, a modo de *alter ego*, es un muñeco que se pone en el proscenio («yo, al paraíso», dice con ironía el narrador, aludiendo a las últimas filas de la galería de un remoto teatro, «allí donde subían los condenados»...) Camondo pone en escena, en clave farsesca, el duelo por lo sublime pictórico. No hay espacio aquí para describir en detalle la espiral del grotesco que se desata en este peligroso espejo²¹, llevando a la fragmentación de los cuerpos, la mutilación, la especularización, las múltiples variaciones ornamentales que van haciendo entrever, también al sesgo, también en anamorfosis, un terror que no viene ya de una escena primera de trauma infantil, sino de algo peor: la conciencia presente del desquiciamiento y de la disolución del yo, de la fragilidad de los órdenes, de la extrañeza de lo cotidiano, del acecho de lo macabro. (El “futuro terror”, del poema *Lo fatal*, se me viene inopinadamente a la memoria.)

* * *

No era, finalmente, tan inopinado ese recuerdo. Despierto pensando en el primer verso del poema *Lo fatal*. Dice: «Dichoso el árbol que es apenas sensitivo...» y se me aparece aquello de la “personalidad sensitiva” de Adolfo Couve, que me impresiona en muchos planos. Se me aparece nuevamente en el teatro de muñecos, en la *commedia dell’arte* donde trabajó –hasta el límite de la disolución– el peligroso espejo de la subjetividad. En 1966, Foucault declaró la borradura del sujeto, «como un rostro dibujado en la arena al borde del mar»²². Pienso en Couve, retirándose a los bordes del mar, donde se iría borrando el sujeto decimonónico que se fue construyendo tan trabajosamente hasta *El pasaje*. Y pienso, finalmente, en lo inquietantemente contemporáneo del sujeto que se va entreviendo, en distintos reflejos, en distintas modulaciones y en distintos momentos, en el peligroso espejo de la narrativa de Couve.

ADRIANA VALDÉS
Santiago, marzo de 2003

20. “Es la tercera vez que intento este relato, esta tragedia, esta parodia.” (Frase inicial de *La comedia del arte*.)

21. Algo más de esto se encuentra en mi prólogo a *Cuando pienso...*

22. Lo recuerda Hal Foster, en *The Return of the Real*, Cambridge, Mass., London, England: An October Book, the MIT Press, 1996, p.211.

ALAMIRO

1

Nací en uno de los cerros de Valparaíso. No sé bien en cuál. En todo caso, todos miran al mar.
¿Es luz, corredor o lugar?

2

Llueve contra la ventana de la pieza. Tu jardín y tu calle están mojados. Es el primer plano el que hiere mi corazón; el vidrio golpeado por el agua.

Una voz a mis espaldas; alguien me ofrece una mermelada muy oscura y azucarada. La mermelada me sugiere una larga distancia. Es mi abuela quien la ha enviado desde el sur: «Mermelada para el invierno».

Siempre el sur será un día de lluvia y mi abuela, un personaje lejano de invierno.

3

A alguien he amarrado al poste del parrón. No estoy solo, somos varios. Su madre ha venido por él, se lo lleva y nos dice algo duro.

No puedo volver sobre el asunto; lo olvido en este instante al recordarlo con tanta intensidad.

4

Mi padre me lleva a pasear en bicicleta.

«Abre bien las piernas».

Olvidé el consejo y estoy accidentado, llorando. Todo transcurre bajo un portal. Mi padre telefonea. He puesto el pie en los rayos de la rueda. Mi madre nos recibe gritando desde un balcón y lanza una zapatilla al herido.

Esta imagen se conserva perfectamente nítida, todo está inmóvil, es sólo la zapatilla que dibuja un arco al caer y muestra el jardín.

5

¡Pasaré la noche a mi lado! Es un sapo. Está en un frasco y salta sin cesar. Alguien le ha puesto pasto. Mancha verde a través de un vidrio empañado. Han apagado la luz y alternativamente veo manchas verdes en todos los rincones. ¡Tengo asco!, ¡el sapo es mío!, ¡tengo miedo!

6

Mi padre almuerza. Lo observo atentamente. Soy muy pequeño, no alcanzo a sobrepasar la mesa.

El diálogo que mis padres sostienen parece ser una acusación en mi contra.

La mano de mi padre amasa una bola de miga de pan que sorpresivamente me lanza en un ojo.

7

Yo niño, niño, que pedalea una bicicleta grande de mujer por una calle oscura sobre el puente. Pongo los pedales a nivel en la pendiente y contra el viento voy tocando la campanilla. Entro en la quinta con gran velocidad, una ampollita en el parrón, otra ampollita en el parrón, uvas en el suelo.

Con un palito me saco las suelas de barro y paja de mis zapatos.

8

Llay-Llay en mapudungún significa «viento-viento». Cae sobre el valle, arremolina las palmas de la calle y se remonta al cielo para dispersar la Vía Láctea.

Nadie le opone resistencia. Sólo un arrogante padre de la patria que hay en medio de la plaza desenvaina su sable y apunta al cielo en un ademán de bronce.

9

La hilera de coches de arriendo que dormita al sol. Mi madre los llama «azotados».

Manchas de moscas oscurecen sus ancas, pero el viento las toma y lanza contra un parlante que canta sin cesar.

10

Ahí está la estación, el lugar del «adiós». Alguien me aprisiona fuertemente la mano. Mi hermano se sienta en una maleta; sus calcetines los tiene pegados con jabón.

Escucho venir la campana sonora y tranquila. Todo es cuestión de un segundo. Adentro es oscuro y mucha gente alterada parece pensar en lo mismo.

Mi padre es un impermeable blanco en el andén.

11

Como de costumbre el domingo es un día increíble. Tiene un sol impertinente, tan distinto al de nuestros lunes soñolientos.

Palpitan mis oídos, me los han lavado con pasión.

Estoy atento a un grito de combate que pronto se dejará oír en toda la casa. Grito que subirá escalas y escarbará cajones: «A misa, a misa, a misa».

Me encojo y veo desfilar cabelleras peinadas, vestidos, perfumes, velos y libros negros.

La iglesia es de color rosa. Afuera está la luz. Dentro un claroscuro asfixiante. Una vieja toda de negro, incluso con anteojos negros, introduce una bolsa de terciopelo carmín por entre los feligreses.

Distraído me siento sobre las monedas y me cubro el rostro con las manos. Observo. Entre nosotros hay un diálogo horrible que se repite cada domingo.

El armonio se desinfla por todos lados. Me arrimo a mi padre que de rodillas exclama en voz alta: «Señor mío y Dios mío». ¿Por qué no lo dirá más despacio?

«Mamá, esta chaqueta me queda muy grande».

«Verás que todos tus compañeros tendrán uniformes ‘crecedores’».

Primer día de eso que llaman colegio.

Muy temprano me han llevado al fotógrafo; así la enorme chaqueta siempre será «crecedora».

Lo que sigue es una reja que se cierra y un grito de dolor.

Penetrante olor a gomas, lápices y cuero. Carreras interminables al baño y accidentes de este tipo en plena clase. Veo venir a la señorita profesora, que me toma por el cuello y mostrándome al curso, pregunta:

«¿Dónde lo pongo, fuera o dentro?».

«¡Fuera, fuera!», exclaman mis compañeros y con justa razón.

Alguien se compadece y me lava en una artesa. Telefonéan a mi madre, quien viene a buscarme:

«¿Y por qué no avisas? ¿Acaso la señorita no te da permiso para ir al baño?».

«Mamá, hay que pedirlo en inglés».

Tenía siete años cuando fui depositado en casa de mis abuelos.

«Yo ya he criado a los míos», decía mi abuela.

Entumecido de miedo en una enorme cama, escucho las voces lejanas que suben del comedor. Mi hermana en camisón atraviesa la noche y me trae el viento que hacía temblar los paltos.

15

La luz se cuela dorada a través de las celosías.

«N. teme un desenlace»; el telegrama está en la pieza de vestir. De noche suena el teléfono.

«¿Está en su cabeza? Ah... entonces ha muerto. Gracias».

Toda la familia está reunida, todos enlutados. Uno de los mayores sufre una fatiga en el baño. Vuelvo a mi cuarto; el ceibo no deja ver el cielo.

16

5 de febrero.

«Querida mamá:

Le voy a escribir esta carta para decirle que mañana le van a ir un cajoncito con huevos empaquetados por mis manos y también le irán un cajón con un pavo y pollos. Aquí se están muriendo todas las aves.

Déle muchas memorias a todos mis parientes y no se olvide de mandarme unos dulces como ser chocolates. Amén».

17

«Ven acá compadre».

Es mi abuelo que me llama para enseñarme una camelia.

Nos rodean los queltehues y un perro negro escocés. Somos dos puntos mínimos bajo un gran cono de luz.

«Que enganchen el auto».

Hoy correrá su yegua *Aurora*; blanco y cereza en rueda, sus colores.

Un cable eléctrico le cae en una pata; corre mi abuelo por la cancha junto al animal. La lluvia tenue mojaba el pasto. Su mano enguantada acaricia al caballo.

La muchacha del cuadro que zurcía y me miraba. Te acordarás de mis llegadas del colegio arrastrando el bolsón. ¿Mantenías los ojos abiertos en la noche?

Rematan.

Tú tienes un número en tu brazo.

«Y si nadie da más lo adjudico en...». «Y si nadie da más lo adjudico en...».

Adiós a tu sol, tu jardín, tu día, inmóviles.

Los elásticos de las hondas se estiran y lanzan puñados de piedras contra el cielo. Vuelan los pájaros. El potrero. Rodeamos un sauce. Doy en el blanco. ¡Tengo la obligación de encontrarlo! Aparto las ramas. No lo quiero ver. De espaldas, las alas abiertas, el tordo sangra. Vivas y gritos, pero el tordo muere.

Los sauces terminan en columpios sobre el río.

También sé algo de la fatiga del mediodía, que enciende el estómago, cierra los ojos y ríe en balanceos del cuerpo.

Coros de risas van y vienen sobre el río.

¡Matabas conejos..., comías gallinas!

Por esto lo lanzaron a la línea del tren.

¡Copetín!, ahí te encontré y bauticé. No quiere quedarse conmigo. Hay que amarrarlo al naranjo y darle de comer.

«¿Vamos a buscar leña, Copetín?».

Es lanudo, pequeño, incoloro y su cola una pluma al viento.

Lo aplastó un camión.

Las montañas circundantes se vuelven púrpura y lila. La luna luminosa está anclada a merced del viento. Los perros estiran sus patas y rozan el suelo con sus vientres. Los paltos entonan canciones. Se prenden las luces de los hogares. Danzan las mariposas y polillas alrededor de la ampolleta. Es la noche. Surgirá de las acequias el hombre-perro. No vayas al puente. Alguien dibuja calaveras con tiza en los muros.

Mi vejiga mojó mi cama de niño noche a noche. Me despertaba sobresaltado...; cerraba los ojos como para volver al sueño en que íbamos. Pero ya mi conciencia estaba enterada de los hechos y mi cuerpo mojado desde la cintura a los pies se enfriaba lentamente.

«Voy a encender la lámpara».

Restregábamos la lámpara del velador contra la poza hasta que ésta se secaba. Un vapor tenue subía a las alturas, a través del cual recuerdo los ojos negros de mi hermana que observan el proceso.

Al amanecer, la mano de mi padre que se introduce en nuestras camas y revisa.

«¡Florido... Clavel!»; el grito-canto se oyó en la arboleda. Así se llaman los bueyes. Cruje el puente y la carreta se silencia en el polvo. La siesta. Las nubes. Se desgarran los cielos narrando historias. «¡Florido... Clavel!».

La fábrica trabaja como un corazón joven. Mi padre se pasea entre poleas y motores. Atravieso calderos y ácidos hediondos. Hay que gritar fuerte:

«Papááá...».

Pero mi voz la trituran los émbolos. Múltiples carritos corren por sus rieles. Hay bolsas grandes que se inflan y cuelgan de los techos.

Del overol de mi padre asoma una regla de cálculo que no cae jamás.

26

¡El amigo de mi madre!

Su cabellera era un casco engominado. Tenía una lapicera que escribía verde. Verde como la hoja del repollo. Fui su amigo y también su enemigo. Amigo aprendí a pegarme el pelo y escribí verde. Enemigo esperé bajo el puente y le lancé un durazno deshecho en el cuello. Me golpeó. Caí al agua. La tarde nos cubrió a todos.

27

Le daban muchas vueltas a la manivela del teléfono para hacerlo sonar con estridencia.

«¿Aló, me comunica con el pueblo?».

Momentos después aparecía un coche cerrado que venía envuelto en polvo.

«¡Al dentista!».

Subíamos todos.

El cochero fustigaba a los cuatro vientos para derribar a los niños que se colgaban de los pescantes. Partía.

Vibran fuerte los cristales de las portezuelas.

28

No pude leer la novela. Comienza así:

Es una mezcla de Dios y de bestia
había dicho la princesa Valeria.

«¿Papá, qué significa esto?».

«Que es una mezcla de Dios y de bestia».

«No entiendo».

«¿Qué es lo que no entiendes?».

«Lo que decía la princesa Valeria».

«¿Valeria? ¿Qué Valeria? Pregúntaselo a tu madre, yo no te lo puedo explicar».

Volvía a abrir el libro con la esperanza de comprenderlo.
Era una mezcla de Dios y de bestia.

29

«Irás interno, te portas demasiado mal».

Mientras mi madre marca mis sábanas con números rojos, yo escribo en el marco de la ventana una larga protesta. Mi padre, un día al abrirla, encontró las frases y éstas fueron material de anécdotas.

Pero estoy seguro de que la lluvia cariñosa lavó mi voz con persistencia durante la noche.

30

Al caer la tarde del domingo, mis padres y hermanos iban a dejarme al internado. Me compraban siempre un cartucho de calugas. Llorando las comía en el silencio de ese extenso dormitorio. Pasada la medianoche un sereno revisaba las camas enfocándonos con una linterna. Ahí se encontraba con mi mirada desolada. Me cargaba en sus hombros y me conducía a su cuarto en donde había unos grandes acuarios iluminados. Los peces me dormían.

31

En la caseta de un medidor de gas, dejé mi primera carta de amor. Al día siguiente en el mío encontré la respuesta.

«Bésame como artista de cine», me explicó.

Apreté mis labios contra los suyos con fuerza.

«Si me mandan a un colegio fuera de la ciudad, ¿vendrás a verme los domingos?».

Sentí pavor.

«Ven, vamos al baño».

«No quiero».

«Ven, por favor».

«¿Y para qué?».

«Quiero saber si...».

La llegada de mi madre impidió toda investigación.

32

«El demonio hila fino», nos advierte el jesuita.

Por ese tiempo, durante la misa, comienzo a diferenciar a Beethoven de Mozart.

«¿Cuánto hace que no te confiesas?».

«Una semana».

«¿Y de qué te acusas?».

«De leer libros prohibidos».

«¿Cuáles?».

«*Los tres mosqueteros*».

«Quémalo».

«No puedo».

33

El teatro es una caverna sin fondo y que respira atenta. La directora me da las últimas recomendaciones. Mi papel es de oso. Tengo un disfraz todo de piel. Zapateo y doy volteretas por mi cuenta; esto hace reír al público. Envalentonado vuelvo a repetir estas variaciones fuera de texto. Al finalizar la representación, el público me llama y aplaude. La directora calcula a través de la cortina en donde se encuentra mi cabeza y me asesta un fuerte golpe con una inmensa llave de fierro.

Amor y desamor.

34

La casa está frente al mar. La playa vacía. Desde un extremo, en donde hay un camión, viene una muchedumbre. Son puntos negros que traen carpas, perros y canastos. Se instalan frente a mis ojos. Sorpresivamente aparece un policía que galopa a lo largo de la arena.

El caballo caracolea entre las gentes. Hay desorden en la playa. Los empujan. Levanto la vista y descubro el mar. Es infinitamente más poderoso que el jinete. Sonríe. Lo veo protestar en el roncar de las olas.

LOS EPÍLOGOS

Salí tras de ti, clamando, y eras ido

Se sucederán inviernos. ¿Qué puede aquel que navega en el alba y sueña con la noche? Aquí vengo a liquidar imágenes:

5 de febrero: «Se están muriendo todas las aves».
La luz se cuela dorada a través de las celosías.
El ceibo no deja ver el cielo.
«Ven acá, compadre».
«N. teme un desenlace».
«Bésame como artista de cine».
«¿Dónde lo pongo, fuera o dentro?».
Mi voz la trituran los émbolos.
«El demonio hila fino».
«¿Cuánto tiempo que no te confiesas?».
«Señor mío y Dios mío».
Yo niño, niño, que pedalea una bicicleta grande de mujer.
«¡Florido... Clavel!».
Hay desorden en la playa.
Dibujan calaveras con tiza.
El sapo es mío, tengo miedo.
Mermelada para el invierno.
Copetín.
Vibran los cristales de las portezuelas.
«Y si nadie da más...».
El sapo..., el sapo; es mío..., mío.
Una mezcla de Dios y bestia.
«No se olvide de mandarme unos dulces como ser chocolates. Amén».

Santiago, 1960-1965

EN LOS DESÓRDENES DE JUNIO

A Marta y Camila

JUANSA LEONA

Cobardía de Milerres. ¡A qué rastrojar perdones! La Juansa no sabe de quién es la criatura que lleva en las entrañas. Don Cuco Milerres, ¿no serás el dueño? Sordo a los ofrecimientos de la criada en un comienzo, terminó por guardarla como a su única amante y aunque se resistió siempre a besarla en la boca, pudo ella conducir a veces sus delicadas finanzas.

Todos los teléfonos se ocupan una vez por semana para indagar: ¿estás encinta? Y por las mañanas la vocecita nueva del niño pregunta.

Juansa Leona, el óvalo de su rostro surcado de pena. ¿Por qué no pides nada? ¿A qué dejas la luz encendida durante el invierno? Lejos de aquí, en esas horripilantes caídas, abajo, en la casita, opacos los vidrios de salpicadura y torcidos a muerte, la mancha oscura de los pinos. Despreciable historia. Tallada en el peligro la escala que une el precipicio con la playa prisionera. Han dejado en las innumerables cuevas restos de naufragio, ceniza, fogatas, nostalgia y mierda. Mendigos harapientos que antes la habitaron, piratas, contrabandistas, navales descalificados, una ralea de infelices entre los cuales se contaba un cantero ciego que no salía de las sombras debido a la gangrena de sus piernas, nidal de gusanos, ebrio en su lecho de vendas.

En la maternidad, la Juansa Leona, el pelo abundante, cubría indiferente al niño sin nombre. Milerres, en puntillas, cruzó cien lechos de recién paridas. Los padres en actitudes indecentes cubren de besos las plantas de sus críos. Actitudes y caricias reservadas exclusivamente a las madres. San José descargó sus ternuras en el bastón que lo apoya y dejó a María todo lo referente a calzones, arrurrúes, baberos y mudas. ¿Dónde está el niño?, preguntó Milerres. Y la Juansa, orgullosa, desvió la mirada. Bajo las sábanas estaba. Pero, ¿adónde? ¿A dere-

cha o a izquierda? Oprimido, sepultado bajo ese descomunal derrumbe que es el seno, mamaba el infante con fuerza.

Una pareja adinerada descendió del automóvil. Tanto ella como él lucían el desgaste que provocan los diálogos nocturnos. Pareja estéril, coleccionista, presentaron mil certificados de buena crianza y se llevaron al niño. Casa en donde el polvo es expulsado a diario, una cuna a la moda y una criatura para quien el tiempo es traidor, que lo transforma en el hijo de esos reyes. La Juansa vuelve donde los Milerres, se apoya en el lavaplatos y los enjuaga con llanto. Tocata y fuga para los que mojan sus almohadas de noche. Humillación de que se vale la vida para otorgarse de nuevo.

MONICIO

Monicio el incrédulo va cortando a su paso la sucesión de arca-das. Lleva el breviario abierto, pero recita de memoria. Como el vals de Chopin que aprendió el poeta de la bufanda de lana, sin volverlo a estudiar, haciendo de los errores del latín un nuevo latín, un nuevo vals.

El padre Monicio tiene los primeros síntomas de la vuelta de las vueltas. Duda, no hay duda. Matías lo ha escogido como su confesor. Le preguntará a quemarropa cuando el santo varón lo lleve a su cuarto: «¿Cree usted, padre?» Monicio tiene dos tarros grandes, uno con galletas, otro con pastillas. Mil pastillas de colores pegadas de tal forma unas con otras que hacen una grande. Al entrar en la pieza hay que subirse en unos trozos de felpa para cuidar el encerado. Matías sobre estos esquíes resbala con destreza. Encima del escritorio está la madre del sacerdote. La fotografía tiene todo el aspecto de ser de una persona muerta.

ANGELINO

Las ciudades crecidas al borde del océano se han hecho indife-rentes a tal inmensidad. Y los hombres que las habitan son silenciosos a causa de las habladurías del mar.

La infancia de Angelino fue saberse al servicio de otros y mucho antes de competir con sus amigos, vació su bolso de bolitas y tesoros, huyendo lejos de la rivalidad.

Entonces encontró asilo en un banco anclado en medio del patio y remó mil ensueños, porque a la navegación libre, sólo bastan los vientos propios.

Su atención era mediocre y había que llamarlo tantas veces y tan fuerte que su nombre se hizo célebre entre los demás.

LA SIEMPREVIVA

Cuando el general Miraflores se arrimó al abismo, haciéndose el que inspeccionaba, pasando de un soldado a otro igual, se detuvo ante el precipicio en cuyo filete se agitaba una siempreviva.

La flor en su vaivén no atinaba a colocarse en posición firme y Miraflores (para quien el apellido lo ponía al servicio de ella) se inclinó para arrancarla.

Hubo un diálogo cercano y recordó el soldado cuando muchacho se echara de bruces sobre una tumba para extraer «una flor negra que se nutría con la muerte», y el general le puso a disposición toda la palma de su mano, llevándola dormida hasta la cabalgadura.

— ¡Hoy faltó al deber; no hago lo que debo; no tendrá reparación este hecho! — gritó la tropa.

Y al girar la cabeza, advirtió que en el vértice del abismo se agitaba como siempre la pequeña siempreviva.

EL VÁSTAGO

El vástago de la familia Cordeles sintió finalmente el llamado de las musas.

Nieto de un esforzado panadero, tenía Cornelio Ambrosio sobre sus hombros todo el cansancio de sus predecesores y la robustez más desocupada de todos ellos. En él sí que el tórax, los brazos y demases habían alcanzado plenitud y belleza. Podía entonces cargar sobre la frente un endeble ramito de laureles en vez de la cantidad fabulosa de sacos harineros que allí mismo cargó el abuelo.

Pero también es justo anotar que el pecho de este Cornelio sufría palpitaciones desiguales, intermitencias que daban lugar a sensaciones extrañas y complejas. El tiempo de su corazón era otro y entre un latido y el siguiente recordaba cosas y adivinaba otras.

Con el correr de los meses, la familia Cordeles advirtió que un miembro estaba fuera de servicio, ¡y el más robusto nada menos! Esto acarrearía problemas al almacén, pues los tíos y sobrinos se tomarían libertades que jamás se permitieron antes. Ahora tenían la excusa: «Cornelio se lo lleva junto al rosal de la cocina, suspirando con un manojo de hierbas en la mano». Su padre ni siquiera ha considerado el caso, «aún no ha estallado — es el comentario de la familia —. Podrían enviarlo a la caja», pero eso sería capitular. Le han dado un tiempo para que recapacite y vuelva a la cordura.

Pasaron los años y el asunto de Cornelio Ambrosio no tuvo solución. Ensayaron las buenas y las malas maneras, pláticas, recomendaciones, historias nefastas de poetas, suicidios, cuentos atroces, hasta que todo se dio por terminado, cuando el padre volvió al recinto trayendo en la mano un manojo de riendas. Junto al repostero quedó el poeta con la boca hecha un pozo de sangre.

RÉQUIEM

Entréme hoy al amparo de la parodia. Un amigo tiene un templo de cartón frente a mil butacas. Faltaba un abanicador del faraón y feliz entré al servicio de tan benéfico señor. Puedo ver en sus mejillas el poder pintado con tiza y estoy finalmente en paz.

Cuando dicho ser desenvaina su espada y me grita: «¡Cobarde, haz de morir!», yo brinco a ponerme a sus pies y él, confiado, descarga el arma de goma en mis entrañas. Entonces salto de dolor fingido y voy a dar al pie de un sillón y allí, a la vista de todos, muero. La escena continúa y yo abro un ojo y vivo otra vida fuera de ésta que perdí por traidor y por deslealtad para con el faraón, al que vengo recién conociendo. Cuando el mundo se retira, los pliegues de la cortina cerrada son arenas y el azul de sus contornos se me vuelve mar anterior a mi locura. Sólo así puedo volver al tiempo de mi primera seriedad y entonces, olvidando con quiénes, reconozco los sitios; juego a redescubrir el eterno abrazo del mar y las arenas y cómo escancia el esmeralda a raudales. Del viento observo todos sus movimientos..., casi olvido que estoy tendido aquí entre bastidores esperando me paren a palos para la actuación de mañana. Hoy al menos se han ido y en la cortina cerrada veo y tomo el peso del mundo al cual me entregué con tal arrojo que me perdí en un mes para siempre. ¡Por mi presente ninguno quiere apostar!

GASTÓN DEL SEBO

Un día, el Rey se aburría. Entonces dijo al pintor de la corte: «Hacedme, señor, un retrato ecuestre.» Para ello no sólo era necesario un caballo relleno de estopa, sino además un lacayo obediente, que posara y soportara durante largas horas el peso de las vestiduras, emblemas y condecoraciones del monarca. El Rey tan sólo posaba la cabeza. Así estos retratos se han hecho célebres por tener el corazón anónimo y plebeyo, y del Rey tan sólo el «rostro insuperable». Por ello, Gastón del Sebo, camarero y rufián a sueldo, dijo a su mujer (una partera de regular acierto) que el retrato que exhibían tenía muy poco de su señor y en cambio de él, el cuerpo entero.

De esto se desprende que los caballos levanten a perpetuidad sus patas delanteras y quieran voltear al impostor que ostenta una cabeza ajena.

EL GOBERNADOR MENESES LISANDRO (1776-1794)

Se era o no se podía. Y ser gobernador en tiempos de la Colonia significaba viajar con los sueños perturbados desde la corte de España hasta este rincón de monumentales rocas en que la espuma se desgrana ensordeciendo playas. Esto es Chile desde el alba de los sueños. Cabeceando como digo, el galeón pesado le fue zurciendo el destino con mañanas azules de agua, confundiendo trozos de paño, gaviotas y nubes.

Lo que sí buscaba Meneses en estas tierras era desaparecer. Durante la travesía se traicionaba revisando con demasiado celo las cerraduras de sus baúles.

—¿Cómo puedo cuidar todo esto con tal esmero?

Y una noche en que el mástil iba de una en otra estrella, el pobre tuvo que aferrarse a las jarcias porque la fiebre lo consumía. Su ayuda de cámara no tuvo la gentileza de alcanzarle ni siquiera un vaso de agua y el enfermo se vio en la obligación de traerla él mismo, diseminándola a lo largo del pasillo.

Cuando el futuro gobernador del Rey no se inclinaba ante el abismo, lloraba.

Una temporada del aprendizaje la hizo en el castillo Lubke de Bruselas. Rememoró las tardes en que el sol se hacía permanente en el calor que, después de ido, despedían las piedras. Esto era reposo y también abandono. Porque todo se quebraba cuando a las ocho en punto los criados salían centellando el espacio con candelas a buscarlo. Le hallaban bañado en sudor, la gorguera abierta y la peluca en la mano. O también se quitaba sus zapatos de tacón escarlata y en medias corría libre por los prados entre pinos que recordaban la nieve. Las volteretas de Meneses eran celebradas por la soldadesca y por los rufianes de cocina. Estos decires o, como se pretendía, estas recitaciones le conmovían de tal forma que prodigaba lamentos como lobo de cuento.

Los otros licenciados que habitaban el castillo reían del futuro gobernador y una vez engrudaron un papel en su silla para que Meneses al levantarse se llevara en el trasero un cartelón profano.

Quizás ese invierno resultó un tanto extremo para la sensibilidad de Meneses. Los ataques virulentos de sus compañeros y sus continuos fracasos en materia de retórica dieron motivo a que se le llamara despectivamente «el Indiano». El señor Lauvan, su maestro de articulación y dicción, le golpeó tan brutalmente una mañana que el puntero se hizo añicos y Meneses cayó sobre el gran mapamundi abriéndolo como una naranja. Entonces Lauvan (perro negro) fingió toda suerte de improperios y reventó varias carreras de posta para hacer circular por todas las cortes de Europa el reproche al futuro gobernador. Así Meneses se presentó a los exámenes finales con una venda que le cruzaba el rostro de parte a parte. Claro es cierto que una mano severa y misteriosa cogió a Lauvan del cuello y lo sumió en la tiniebla gotereante de un calabozo de caserna.

No todo fue tragedia. Vino julio y las fiestas de verano para los licenciados. Había que pulsar la vida. Tal vez fueron los viajes estivales lo que dejó en Meneses la impresión equívoca de que en Suiza no había nieve. En Aigle, uno de los pueblos que sueñan al reflejo de esos lagos, Meneses hizo curiosa amistad con una mujer que intentaba cruzar la frontera vestida de hombre. Y cuando el gobernador en las podridas casas de barro de la Calle del Rey en Santiago brujuleaba una caja de rapé con música de cuerda, narraba aquella aventura a sus íntimos,

acudiendo a menudo durante el relato a espiar si la servidumbre no escuchaba.

En Aigle se vio descender una mañana repleta de cúpulas y agujas que indicaban amor de ilustre solemnidad. Meneses se replegó contra una pilastra y aspiró profundo un gran ramo de clavelinas descoloridas que apretaba en la mano.

Ni en los días más encarcelados del gobernador, cuando desde las tejas llovía a raudales, Meneses suspiró el nombre de su amada. Porque los años de su gobierno fueron barrientos y aguados en forma. Todo el temporal cargado a las mañanas que iluminaban la cantidad sin fin del agua.

Lo que se dio en llamar «el arrebató de Meneses» ocurrió en agosto de un año que a duras penas pudo sobrellevar la población de Santiago. Parece ser que el gobernador estaba de visita en las riberas del Mapocho. Su tricornio negro, la única sombra a la redonda, y la coleta perfumada hacían una paloma inerte con la gran cinta de lazo. Las piedras y el lodo dejaron la silla de manos volteada a la orilla y Meneses, embarrado hasta la cintura, entró en las aguas. Los faldones flotaban, sacándose el tricornio lo lanzó fuera, el bastón de mando y rasgándose la pechera, mostró su torso a las encomiendas de indios que modelaban el puente. Un capitán de la guardia disparó el potro a las aguas y cogió al gobernador de un brazo:

— ¡Déjame, puerco a sueldo!

— ¡Señor gobernador!

Entonces la encomienda silenciosa le arrastró como de corcho y entendieron su triste intento de convertirse en agua torrencial y veloz sin freno. Le rodearon y con cuidados sumos lo llevaron hasta la silla de manos, que esta vez no sólo dos palafreneros condujeron, sino todo un pueblo compadecido.

Dicen que luego de este intento, Meneses nunca más fue el mismo, sino otro más vivaz a veces, pero corrompido. Sus «veladas negras» tuvieron lugar todas las noches. ¿Qué albergaba Meneses en su pecho la mañana del suicidio? Un río y uno de aquellos asuntos peliagudos que todos ocultan.

La noche del disparate, calzado de seda, guantes a tono y brocato

de Flandes. La calesa emergió de la esquina y el gobernador, con antifaz y abanico de plumas, mantuvo el rostro de perfil como haciendo friso con sus cuitas al pórtico del solar. Cuando todo estuvo a punto, una candela se extinguió y alguien zamarreó a un mendigo muerto. La vía estaba abierta. Meneses, perfumado, no pudo trepar al coche. La gordura, pero sobre todo el temor a desclavar el tacón de fieltro, hizo que su ayuda de cámara lo empujara con el odio con que se apoya la mano en la espalda del amo.

No sabía Meneses partir sin advertir algún detalle. Forcejeó el pestillo de la portezuela y asomando otra vez su enorme rostro todo circundado de pequeños y coquetos roscos, abundante en postizos, cintas y pasacintas, con una mano diminuta y tras la frontera de la ventana agitó un guante. El sirviente puso un pie en la rueda y acercó tanto su rostro al de Meneses que ambos se tentaron de risa. El uno de los polvos, el otro de la grasa. Y partió saltando entre adoquines, inclinada la calesa.

Amor perdido, el sol te aleja.

Veraneaba la familia del gobernador en la hacienda de El Peumo, a quince mil millas de Dichato, después de la cuesta de los Olmos, en donde el camino se bifurca terminando uno de los tramos en la hacienda y el otro en las dunas de Ocaña. Famosa zona de los melones y de la miel de bellotas. Toda aquella comarca que dicho por Meneses Lisandro era «un macizo de flores y el cielo, un espejo de aguas».

Hacían el viaje en carretas de bueyes enjaezados con lirios marchitos y coronas de fresno, rosetones de hortensias y atochados y retoques de cintas de alhelí. Anhelaba la mujer de Meneses, doña Sancha Zumán del Alcántara, que los toldos de lana fueran tejidos con hebras teñidas. Junto a las viandas llevaban los cubiertos de Meneses y en la humedad de una hoja gigante de parra, unas cuantas brevas frescas.

El tenedor labrado y la cuchara fueron obsequio del Rey de España. No es que a Meneses le disgustara comer con utensilios y que prefiriera las manos, lo que acontecía es que este presente le traía malos recuerdos.

Estaba el Rey airado, esto tuvo lugar en Barcelona. El monarca de pie, enfundado en pieles, miraba con odio a las aguas y éstas al

verse humilladas en vez de levantarse agresivas, se rebelaban mojóndolo todo con fina llovizna. El Rey tenía el rostro vuelto a un lado y desde donde aguardaba la corte nadie escuchaba sus blasfemias, que quizás eran pequeñas oraciones. Hizo llamar a un consejero que le entregó el estuche de los cubiertos y después hizo llamar a Meneses y sin decir palabra, le alargó el presente. Meneses hincó una rodilla en tierra y le besó la mano, que el Rey retiró con violencia. La corte le abrió paso y Meneses, con el estuche apretado contra el pecho, se alejó suspirando. Se volvió una sola vez, pero el Rey permanecía en idéntica actitud.

Cuando las candelas alborotaban las casonas de Santiago, mil montes y senderos lejos de España, mil bosques tupidos y mil silencios, en una de adobe, con un clavecín pintado, en medio del sarao con mil telas y pajaritos, Meneses, orgulloso, hacía gala de sus cubiertos que todos admiraban por ser regalo de un rey. Y en el cristal de su copa, Meneses recordaba el molo de piedra, la llovizna del mar y también a ese monarca.

EL PIRATA MARQUES PINTO

Cruzado de piernas, bajo la leve brisa del mar, acodado en un barril de manzanas, tiene perdida la mirada don Pánfilo Marques Pinto, pirata portugués.

«Antes — piensa — ponía yo la vista junto al mar y sobre cubierta, pero después de la ‘quebrazón’, sólo atino a desviarla buscando horizontes nuevos.»

La Fuga se ladeó en medio de una gran crujidera de mástiles, haciendo las jarcias concierto de cámara sobre la plancha del océano.

Tenía Pánfilo tal cantidad de nombres, lugares y cicatrices que era bien probable que olvidara madre y padre. Sabía que su elegancia era en cierto modo impuesta, ya que ese cuello isabelino que le colmaba los hombros no fue escogido por él en una feria de Londres, sino que trajinado en un baúl durante un asalto. Todo, las finas botas de gamuza, la hebilla de oro, hasta un par de gafas, fueron de un grumete que perdió la vida. Hecho todo entero de ajeno, en busca de lo ajeno se fue desocupando el espíritu de don Pánfilo, transformándose en un muñecón vacío. «Incluso el alma — replicó un día, escupiendo un bollo de tabaco contra el mástil —, me gustaría tenerla de otro.»

La Fuga detuvo bruscamente la marcha. Los vientos esquivos no

acudieron y pudo el mar mostrar una pasividad extrema, permitiendo descansar a esos hombres de sus acostumbrados malos tratos. El capitán Marquesladeó la cabeza y se durmió. Un sopor espeso cargó sobre el bergantín y las velas flojas colgaban como ropa tendida. Los piratas se dieron todos a la siesta. Pero los ojos azules de Pánfilo abriéronse de golpe. Ocurríale con frecuencia que el silencio lo despabilaba. Momentos extremos que ofrenda la vida, de tanta calma y de tanto recuento. No es de suponer que voces y asaltos, tizona en mano, bajo antorchas, le vinieran a la mente. Ni su irrespetuosa entrada en los templos a caballo, ni el filo de las hojas de acero, ni la sangre entre las piedras de calabozos y lucarnas. Esta vez fue el drama de saberse cansado y llevado en este barco dormido. Tanto bucanero a sueldo, tanta vida a su servicio. De un brinco estuvo en la campana, dando golpes feroces. Todo el mundo se levantó con miedo.

«¿Por qué duermen, perros?» El timonel, restregándose los ojos, habló del poco viento. Marques Pinto le pateó el vientre vociferando que ésta no era ocasión de sueño. Entonces hizo descender un par de chalupas y tuvo a veinte hombres remando alrededor del velero. Ordenó preparar los treinta cañones y dispararlos sin tregua, obligando a la tripulación a hacer blanco en la nada.

Pánfilo, en el camarín, vistió traje de gala, luciendo prendas de seis gobernadores de España.

«¿Quién es capaz de mover a *La Fuga?*», gritó descorazonado. Todos sus hombres bajaron la cabeza, hasta que «el Monje», una especie de acomodada-conciencias que tenía la tripulación, fue con una botella de ron y se la puso en los labios. Pánfilo la empinó de un sorbo, cayendo de bruces al suelo. Los vómitos ensortijaron su barba rala y la vida sólo se daba por una abertura. Giraron los mástiles, haciendo la nave viaje circular y los ruidos de la brisa le calaban las orejas. Alguien lo tomó de las axilas y le condujo al comedor, pero el capitán dejó caer la cara en el plato. Entonces la marinería se dio a la borrachera. Pánfilo, gateando, quiso ponerse en pie, pero sólo arrastraba su pestífera cabeza.

«¡Desnúdenme, no tolero estas ropas!»

«El Monje» desabotonó su justillo y el capitán semidesnudo se aferró al mástil.

Cuatro corbetas inglesas dibujaba el horizonte.

«¡Barco a la vista!»

Pero sin viento no llegarían, así es que la fiesta y las fechorías, puñadas y bofetones no fueron interrumpidos.

De súbito el austro de esos mares nuevos dio de lleno en los paños y el bergantín quieto se ladeó torpe y emprendió viaje.

«¡Vístanme de rey!», gritó Marques y «el Monje» trajo una caja forrada en badana que guardaba un traje ceremonial de un rey de Escocia. Impecable y vomitando, el portugués cargó sus pistolones de nácar: «¡Disparen, burros, tenemos al frente una escuadra!»

Era tarde, hacía mucho que todo estaba dispuesto por la Armada. Los bucaneros, sabiéndose perdidos, pero sobre todo al sentir que su capitán estaba ebrio, enarbolaron camisas blancas a los remos, huyendo en las chalupas. «El Monje» quiso permanecer a bordo, pero tuvo presente los desaires que recibiera de Marques Pinto y acompañó a los desertores.

Entonces vino el sueño. Las velas desplegadas en ordenación exacta. El capitán de bruces con casaca de reyes y el barco solo al encuentro de una Armada.

Pero todo siguió otro curso y los ingleses al ver dos chalupas repletas de bucaneros comenzaron con ellos el combate. Cuando llegó la noche, la escuadra estaba lejos y sobre el mar desatado flotaba a duras penas una nata de cadáveres y palos.

Al amanecer, Pánfilo Marques Pinto estaba repuesto. La mañana esplendorosa dibujaba la costa como una tajada de pan. Sólo recordaba a medias el asunto del día anterior. Una carcajada sonora se llevaron las gaviotas en sus alas. El mástil crujió vigoroso y Pánfilo clavó el timón para estar libre sobre cubierta. Tuvo la maldadosa idea de enfilear a una roca y hacer pedazos su vida. Con el catalejo ubicó el peor de los acantilados y en aquella dirección dejó dispuestas las cosas. El viento aseguraba la maniobra y Pánfilo se abrazó a las jarcias de proa. Calculó que en una hora sería astillas. Aquellos desafíos eran sólo juegos. No podía dejar la vida quien la tenía prestada.

Cuatro meses más tarde lo vieron en Santo Domingo, en la taberna del «Oso que Cumple», contratando gente. Vestía de capitán de alabarderos y llevaba sobre el pecho la impecable Cruz de Santiago.

ELÍAS, EL MAR Y CIXCILONA

«Lo que tú eres, Elías, eso cuenta... es lo que puedes», dijo Cixcilona. Elías guardaba una historia. «¿Cuándo me hablarás del mar?».

«Cuidar lo inexistente... no indagues.» Cómo se pulverizan las temibles y gigantescas olas en el silencio de la noche y del día. Dijo ella: «La noche es el reino del mal» y el agua negra enjuagó áspera la tierra. Escucha: existe más allá de los confines... escucha... un acantilado salino monumental y profundo en donde la costa que es desierto hunde trozos de tierra como garras en el continuo devenir ensordecedor que humedece esos muros tan altos que sólo muestran una guarda mezquina del cielo. Quiso la casualidad o la voluntad de un hombre con estrella que en medio de la playa, abajo, muy abajo, rodeada de pinos se levantara una casita de madera.

El cordón de treinta pinos oculta parte de la chimenea y casi por completo el rojo ceniza de los dos pisos y del balcón que enfrenta la tormenta. Había una vez... ¡pero Elías, a qué enguantar la mano! Dilo que dilo de mal y en travesura. ¿Por qué no empiezas aquí? Luego del quizás comience lo perfecto. ¿Y si se logra sin sentirlo? Más valor aún. Lo que pueden tus azules. El corazón es una u cerrada como la u de diluvio y no reemplaza al alma que en su afán de fuga, te lo repito, talla desde dentro los labios y completa la cara. Érase una vez esta historia. ¿No te advertí que al volver a esas playas, muy avanzado el invierno es cierto, la encontré devastada y cabeceando los pájaros moribundos? Escribiría Elías al alcalde: «Muy señor mío, ciudad y cementerio.» Fueron dieciocho noches sin cerrar los ojos... ¡No me violentes, Cixcilona! A lo más podría hablarte del pájaro atrapado en las profundas concavidades, su canto golpeado y abajo debatirse entre la espuma silenciosa. Le siguió una tarde el arabesco de nubes sobre la cabeza y Elías dio ruedo a su manta y bailó hasta girar el mundo entero. Cixcilona, es de amor la historia, más triste que todos esos abortos. Pues estos son los crímenes de una mano contra una mano, de un ojo contra otro propio. Dilo mal, Elías, deslitterado. El aborto de tu padre y el tuyo son crímenes calcados. Juzga fuerte y restriega tu dulce cara asesina contra el polvo hasta igualar la del feto inocente. Logran todas las flores abrirse, es que no son hijas de esa o aquella, son hijas las flores de todas las flores. Más triste, Cixcilona, lo que indagas, que esos abortos sobre la mesa bajo la que circulan cien gatos. Escucha...

EL MINISTRO BLUMER

La acuciosidad de Blumer y su sentido de responsabilidad terminaron por exacerbar al Parlamento. Si bien es cierto que contaba Blumer y su ministerio con la confianza de las dos ramas del Congreso, esto no les impedía odiarlo.

Sus iniciativas llenaban de estupor a los senadores, ya que estaban revestidas de tales subterfugios que descubrir la real intención del ministro, era como deshacer elástico por elástico una pelota de golf.

Algunos observadores llegaron al convencimiento de que estos proyectos engorrosos eran una medida del ministro para ganar tiempo y poder entonces meditar los nuevos.

Los hombres del gobierno, pero sobre todo la ciudadanía, aguardaban con expectación el día de la apertura del Congreso. Día solemne para la República en donde el primer ministro daba cuenta a la nación del estado de la hacienda pública. En otras repúblicas es éste un día de justificaciones y embustes, en cambio para Blumer representaba una fiesta. Todo aquello que los senadores y diputados no habían captado en los proyectos quedaba dilucidado. Por ello la ceremonia duraba a veces hasta tres días y el público apostado en las afueras levantaba tiendas y cocinas ambulantes. A medida que Blumer explicaba sus secretos, los congresales iban quedando en vergüenza, siendo motivo de burla y hasta de agresión física por parte del público que ocupaba las galerías.

Al finalizar la cuenta, en medio de un gran silencio, abandonaba el Parlamento. Si había algo que Blumer no toleraba eran los aplausos. Dirigiéndose en una ocasión al empavonado cuerpo diplomático, les expresó: «Los aplausos, señores, son sólo ruido de las manos.» Nunca, después de esta ceremonia, invitaba a sus colaboradores a un ágape en el palacio de gobierno, porque en realidad no los tenía. Volvía directamente a su despacho, corría las pesadas cortinas y encendiendo la lamparita de noche, continuaba su trabajo. El público, reverente, llenaba la plaza bajo su balcón y comenzaban los vítores y las salvas. Pero como Blumer no tenía la menor intención de asomarse a retribuir esas muestras de afecto, al cabo de algunas horas le lanzaban todo tipo de cosas, quebrándole como era habitual los vidrios del despacho. Todo el material que habían traído para las celebraciones lo ocupaban para el ataque, ubicando los fuegos artificiales en contra de la ventana. En una ocasión ocurrió que un cohete penetró en la sala, encendiendo una cortina. Sólo al amanecer la plaza estaba desierta, Blumer cerraba su enor-

me cartapacio, apagaba la luz y reclinándose contra el respaldo, dormitaba un momento. Después, con un gesto ausente, indicaba al señor edecán que hiciera el favor de reponer esos vidrios y despejar la plaza de panfletos, globos, carteles y desperdicios.

Con el correr del tiempo pudo apreciar el país los cambios reales y la prosperidad a que lo llevó la administración de Blumer. Hizo del gobierno la única pasión de su vida, llegando a extremos inconcebibles. Un día determinó que no podía perder el tiempo en ir y venir del comedor al escritorio y ordenó llevar el comedor a su oficina y más tarde los muebles del dormitorio.

Ni los ruegos del señor Gormaz, jefe del protocolo, su edecán, ni sus ministros, incluso miembros del Ejército y la Marina, pudieron convencerlo de que era desde todo punto de vista descortés e incorrecto recibir al Rey de Inglaterra en aquel despacho convertido en casa de remates.

Dícese que en aquella primavera cuando el Rey visitó la joven República, Blumer le invitó a su oficina y el monarca de buena gana se recostó en la cama del ministro en tanto este terminaba con el postre.

Suspendidas las recepciones oficiales, los viajes de retribución, etcétera, el palacio de gobierno perdió el esplendor de otros años. Dicitó Blumer una ley de ahorros en que la fiesta nacional del 28 de marzo quedó suspendida y la gran parada se redujo a una treintena de caballos de circo que paseaban en forma sistemática durante todo aquel día por un recorrido trazado de antemano.

A comienzos del verano, después de las elecciones de alcaldes y regidores, Blumer enfermó. Su médico de cabecera, el doctor Marambio, lo prohibió todo tipo de esfuerzos, obligándolo a suspender el trabajo. Una masa oscura de curiosos repletó la plaza y permaneció a la espera de noticias. Blumer, abriendo un ojo, preguntó a la enfermera:

— Dígame, señorita, ¿hay gente bajo estas ventanas?

— Sí, señor, es impresionante.

— Lo suponía. Aunque guardan silencio, me estorban.

Hizo colocar parlantes desde los balcones para rogar al público que lo dejaran en paz. Como era habitual, esto despertó el resentimiento de los ciudadanos, que volvieron a la carga vociferando los peores insultos contra el mandatario. Entonces la guardia despejó a sablazos la plaza y todo volvió a la calma.

Blumer, al sentir la cercanía de la muerte, mandó llamar al carde-

nal Engola y le hizo prometer bajo juramento que lo enterrarían en el más grande secreto.

Cuando Engola se acercó para tomarle las manos, en un acto de agradecimiento y en cierto modo de despedida, el ministro reaccionó gritando:

— ¡No me toque usted!

Pero una súbita recuperación dejó a todos desconcertados y Blumer no falleció, sino que viviría veinte años aún.

Al saber el público de su mejoría se agolpó en la plaza para vito-rear al mandatario. La plaza hervía de gente, todo padre llevaba sobre los hombros a un niño y las madres habían tejido largas trenzas de flores con sus iniciales. El Ejército levantó entarimados en donde músicos y comediantes desplegaron sus gracias. Se organizaron concursos, y carros alegóricos desfilaron bajo sus balcones. Una descomunal estrella fue suspendida del cielo y cada una de sus puntas mostraba cien banderas. Aviones hicieron ruedas de humo sobre los techos y la catedral echó a volar sus campanas, imitándola todas las iglesias menores. Se repartieron helados y bizcochos en grandes bandejas del Ejército y el Congreso en pleno vistió traje de gala, trayendo todos sus miembros una antorcha en la mano.

Entonces el edecán, bañado en lágrimas, rogó al ministro que acudiera a la ventana. Blumer sintió que nunca lo comprenderían. Se puso un viejo abrigo que usara incluso para dormir y bajó a la plaza. Al verlo el público en el umbral de la puerta y no en el balcón como esperaban, se produjo un gran silencio. A medida que Blumer acudía a ellos, éstos se replegaban, abriéndole una ancha vía por la que el ministro caminaba. Dos niños que quedaron rezagados viéndole cerca rompieron a llorar y sus madres salieron de las filas para arrastrarlos junto a ellas. Así fue como la plaza quedó vacía y pudo Blumer acercarse a una tarima y probar con un dedo un poco de pastel de ciruela. En tanto el mandatario volvía al palacio, la plaza se pobló de nuevo y cuando estuvo dentro, el bullicio era realmente ensordecedor. Blumer entonces rogó al edecán que abandonara su despacho y corrió las cortinas con el desgano de quien se aísla de este mundo.

ESTERES, EL ACTOR

Esteres, el actor, de tan oficioso que era, no sabía, después de encarnar los personajes del libreto, volver al propio.

Pero las extravagancias tienen una completa explicación y es así como un día en que me dio la impresión de que el mundo no seguía, al volver la esquina tenebrosa del convento de los capuchinos, me topé cara a cara con mi antiguo compañero de colegio y hoy célebre actor, Esteres.

Tenía el cinturón cruzándole las dos puntas de un chaleco, el sombrero en la mano, un atado de guantes, gafas y bastón de nácar. No usaba zapatos, sino botines y gruesas calcetas de lana. Estaba despeinado y borracho. Pero los ojos abiertos a la más endeble melancolía. Me tomé por los hombros y aunque yo iba de urgencia, no le pude negar mi compañía. Cruzó su brazo regordete sobre el cuello de mi abrigo y así a punta de caricias y empellones me llevó calle arriba. Cruzando el arrabal, por lo del Chico Mote, donde los borrachos dejan estelas en el piso y aprovechan los mendigos de juntar el aserrín de las tiendas para ensacarlo y hacer finos colchones que aislen de sus cuerpos la miseria.

Apoyando Esteres su báculo en el pecho de un «rata ocioso», despejó la calle y entramos directamente entre las cestas del mercado hasta los mesones de azulejos bruñidos donde las cocineras ambulantes descuelgan sus presas y fríen pescado, cerdo y papas. Con un gesto versallesco, derribó un montón de curiosos y me indicó una silla. Antes de que yo la ocupara, extrajo de sus bolsillos un pañuelo de grandes flores malvas desteñidas con lágrimas, lo puso sobre el asiento, rogándome que por favor me sentara.

Cuando el anciano comediante se acomodó a mi lado, abriéndose el cuello desató el nudo de la corbata y haciendo un distinguido gesto arrancó de sus manos con desprecio ejemplar los dos guantes. La bandada de palomas regresó en puntillas y oscureció el ambiente.

Como Esteres dormitaba ya hacía mucho, pedí a un mendigo me buscara un taxi y entre ambos le condujimos al teatro. Vivía allí en un camarín destartado, entre fotografías suyas y otras obscenas, el lavatorio y la jofaina ocultos por un biombo, las calcetas y un par de pantalones secándose al calor de una estufa. Lo acosté y me senté a su lado. Como los anteojos le habían quedado a la altura de la boca, los puse en el cajón del velador. A los pocos minutos de esta situación, un tramoyista daba gritos junto a su puerta: «Te están esperando, Esteres, tienes que entrar.»

Entonces se produjo lo milagroso. El viejo se tanteó el rostro buscando sus lentes. Cuando se los puse en las manos me los arrebató con violencia y sacándose a brincos la chaqueta, hurgó en un armario una peluca con enorme frente de seda, un chambergo y una feroz espada. Al pasar junto al peinador, sin mirar siquiera untó una esponja y se la restregó por la cara. No alcancé a levantarme de la silla cuando lejos oí su voz diciendo: «Como tenía acordado vuestra Alteza se hará.» El público al escuchar esto aplaudió cariñoso.

La joven que estaba al centro de la escena toda vestida de blanco, los dulces brazos extendidos, demostraba su amor desenfrenado al monarca y éste olvidando sus pesares, creyó en sus dulces plegarias. Inconcebible historia la de esta muchacha tan joven — aunque se enamoró de su tío desdeñando un sinnúmero de pretendientes de su edad.

Y el viejo monarca terminó por creer que lo amaban, pues nada le decía lo contrario. Esta boda volvió joven al anciano y ella lo amó toda la vida.

EL JARDÍN DEL EDÉN

Hay tumbas que dejaron de llamarse. Son estas superficies antes escritas como los desiertos y salares. Muy lejos del Loa, existe un extenso salar corrugado como costra de oruga y hay en aquellos parajes centenar de miles de piedras negras en ordenación inquietante, como si los demonios hubieran suspendido una tarea inútil al llamado del gran espíritu. No son otra cosa que apuros las marcas gigantes de pies y manos que estos seres han dejado incrustadas en las peñas suspendidas del abismo.

En este salar, que no colinda con ninguno de los puntos cardinales, existe un pequeño oasis, llamado Oasis de la Huerta. No alcanza su superficie a ocupar cuatro cuadras y está todo amurallado, ya que es el recinto de un antiguo convento.

Los monjes que lo trabajan se alimentan de ello y jamás salen de sus muros. Es difícil llegar hasta el lugar, razón por la cual con ellos vive un conocido cirujano que cuida de la salud y del reposo. Este hombre fue aceptado por los monjes bajo juramento de que si algún día escuchaba la voz del Señor, tomaría los hábitos como el resto y así la comunidad no tendría ajenos. Se llamaba Samuel Hernández y era robusto y dentista también. Conocía las yerbas, sulfa y penicilina. Opera-

ba de urgencia en un repostero embaldosado, aplicaba él mismo la anestesia y tenía un arsenal de remedios que los aviadores amigos le dejaban caer dos veces al año en un paracaídas.

Los insecticidas y desinfectantes para plantas y flores del huerto, él los preparaba y también las dietas y regímenes alimenticios de la comunidad.

Tomó los hábitos el 14 de mayo, ocho años después de haber llegado, y confundido con los otros, se le llamó el Hermano Samuel del Valle; ya no hacía favores y todo cuanto sabía lo tenía del Señor y así de este modo fue fácil el convivir diario.

Como era riguroso, no quiso dejar las prácticas religiosas postergadas debido a sus ocupaciones, determinando que se levantaría una hora antes del alba y se recogería una también después que el resto.

Los años en el salar se pasaron como el lento rodar de una rueda de carreta. No había estaciones, sólo noches y auroras. La puerta del convento jamás se abría y el desierto se encargó de atascarla por fuera, endureciendo arena en terraplén alrededor del oasis.

Una tarde en que los monjes iban en hileras por los corredores, sintió Samuel un extraño dolor, como si alguien le provocara en el pecho un hueco. Fue de tal intensidad el vacío (como cuando el mar se recoge, dejando los bordes lejanos), que se apoyó de espaldas a un pilar y echando los brazos atrás, levantó fija la cabeza.

Los hermanos, absortos en sus rezos, pasaron a su lado sin advertir nada. Samuel volvió la cabeza al pecho, balbuceando:

— ¡He perdido esta fe, la he perdido!

Como esos volantines que pierden el hilo, siguió de lejos a sus compañeros y estos, que ya estaban en la capilla, empezaron con el rezo y las respuestas. Samuel permaneció en el umbral y al mirar el Cristo de siempre, lo recorrió por fuera. Advirtió por primera vez la mala calidad de la talla, la desproporción de las partes y los ángeles rubios que lo sostenían le resultaron abominables. No pudiendo soportar tal engaño, echó a correr a su celda y sin encender la palmatoria, se recostó sobre el lecho.

Las horas llamadas por campana no lo obligaron a nada y así quedó el médico sin desvestirse ni cerrar la ventana. El avance de la noche trajo consigo a la luna que a su paso por la alcoba, escribió sobre la colcha con letra fina y de plata: «Yo soy tu diosa.» Estas extrañas letras se fueron escurriendo, llegando a teñir la mesa y los muros.

Samuel, de pie, les puso las palmas y tuvo la d, la i, o, s, t y todas por separado. Juntas sólo en el pecho cabían.

Por la mañana, decidió partir. Como las puertas se abrían hacia afuera y estaban atascadas, le fue preciso poner la escala grande de los frutales y trepar por ella. Del otro lado era fácil descender por el terraplén de desierto.

Llevaba una botella con agua y un sombrero de paja.

No había pasado una semana cuando el superior del oasis cayó gravemente enfermo de tifus y ordenó a los suyos salir en busca de Samuel. Doce monjes, con sombrero de fieltro y abundantes viandas, fueron en mulas tras las huellas del médico perdido.

Lo hallaron muerto y doblado como sobre; tenía las manos juntas y estaba de espaldas. La sequedad del desierto no pudre, así parecía un dormido.

Enajenados y todos contagiados los monjes comenzaron a fallecer y cuando el oasis estuvo en silencio, perturbó la calma un helicóptero de las Fuerzas Armadas, que pasó veloz dejando caer un enorme paquete de medicamentos en un paracaídas.

LA MUSA DE DARÍO

1.

Por la calle San Diego andaba errabunda y envuelta en velos una musa antigua. Suelen los siglos tener sus musas, y así Adelina, célebre en tiempos remotos, no encontraba oídos prestos a escucharla ahora. Unos la confundían con mendiga, otros con viuda. Y cuando se arrimaba a los poetas modernos, estos desoían su canto, argumentando que aquellos requiebros dulzones estaban ya escritos. Así Adelina desistió de intervenir en este siglo y se dio a vagar por las calles estrechas. Pero este deambulaje sin sentido le duró poco tiempo, al cabo del cual entró para ocupar sus horas al servicio de un taller de zurcido invisible. Le destinaron un taburete oculto entre las sombras y Adelina, sin exigir nada del mundo, remendó cuanto abrigo o casaca llegó al negocio. A veces, al ver aparecer en el umbral de la puerta a un joven enjuto, con los ojos inyectados de sueños, lo pensaba poeta y con gusto remendaba un socavón que traía en el codo.

Como era musa y antigua, todo lo hablaba en verso y sus compa-

ñeras terminaron por creerla loca. Envejecida, Adelina se retiraba del negocio al atardecer y si encontraba la puerta del portal atascada, la cruzaba inadvertida. Temía la musa su encuentro con la noche. Fueron en otro tiempo su deleite las sombras. Conoció el vuelo nocturno y el adentrarse entre los pliegues de una cortina expuesta a los estragos de la tormenta. Experta en no ser vista, se arrimaba al poeta exhausto y a sus susurros el joven levantaba la cabeza y el corazón postergado latía de nuevo. Esos años están lejos, hoy no existen buhardillas y los poetas se reúnen en nombre de «ideales comprometidos». Siempre están entre gente decidida y escriben sus versos con la punta del fusil en la arena. Sus voces son ajenas y están las preguntas destinadas a otros vientos.

2.

Don Dámaso Argobote y Cuño, célebre profesor y erudito hombre de letras, organizó un taller literario con un grupo de aficionados. Al llamado de don Dámaso acudió toda una cáfila de frustrados y mediocres que querían no tanto aprender, como dar a conocer sus últimos requiebros. De muchos cajones y archivadores se arrancaron hojas perversas de falsas rimas y sentencias fallidas. El primer día don Dámaso no sabía cómo contener a los infelices. Todos querían leer primero. Se interrumpían, se mezclaban sus alaridos al amor, al cementerio, la guerra o el olvido.

— ¡Basta! — gritó Dámaso Argobote —. Orden, caballeros. Se leerá por turno. Usted comience, y los otros que esperen.

Entonces uno que salía apenas del abrigo, cogió un fajo de sonetos mal cosidos y leyó por primera vez a otros oídos que no eran los propios. El resto no escuchaba, hurgando cada cual en sus bolsillos y carpetas, ensayando en voz baja para estar preparados cuando les tocara a ellos. Así el lector escogido leía en medio de un coro de susurros.

En cada sesión del taller ocurría lo mismo. Todos, llegando al local, pedían leer primero y don Dámaso toma nota de sus nombres según sus gritos y los iba despachando en ese orden. Había sí una excepción. ¡Oh milagro!, un modesto anciano que nada pedía ni tampoco levantaba la voz para inscribir su nombre. Como pasaran los meses fue haciéndose célebre por su silencio y un día don Dámaso, advirtiendo su modestia, le expresó:

— Usted, mi amigo, ¿no quiere leer primero?

Al comienzo se produjo un alboroto, pero algo los silenció a todos. El anciano extrajo una billetera y de esta un papel que tenía la cruz del doblez muy marcada y leyó:

*La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa...*

—¡Plagio, plagio! —bramó la sala—. Eso es de Darío. Es la «Sonatina», de Ruben Darío. Plagio, plagio.

El hombre con toda calma explicó: —Es mío, lo escribí yo anoche.

Don Dámaso, para calmar a los vates hambrientos cogió, cariñoso al anciano por los hombros y queriendo salvar la situación, dijo a sus discípulos:

—Una coincidencia, señores, una feliz coincidencia.

Los poetas mastines se revolcaban de risa llegando algunos hasta a llorar de veras.

El asunto no pasó de allí, y el anciano volvió a las reuniones como de costumbre. Con el correr de los meses, don Dámaso advirtió en una de las sesiones que el anciano se había inscrito de nuevo para la lectura de aquel día. Al llegar su turno, recitó con toda inocencia:

*¡Ya viene el cortejo!
Ya se oyen los claros clarines. ¡Ya viene el cortejo!*

Hasta «clarines» llegó el anciano, porque don Dámaso tomándolo fuerte de las solapas, le susurró al oído:

—Está usted poseído de una musa ajena y fuera de servicio, no la vuelva a escuchar..., es la musa de Darío.

EPÍLOGO

¿Cómo dices? ¿Alguien agoniza? Los montes se hacen redondear al sol y en mi agilidad reconocerán los de casa que es cuestión de volver a unir, que ha de ser el jazmín siempre en el jazmín. No pretenderán desavenir inviernos. Que si hubo en alguno de nosotros historias ocurridas fuera del alcance de las lluvias, sabrán disolverlas en sus propios sueños. Todo intacto, ni deteriorado aquello, inexistente o mutado el resto. Pero si te alejas unos metros y entrecierras los ojos no será el

sol, sino una estática moneda. Aunque sientas en la cimbreante arboleada que faltan algunos desde la misma tierra serán aberturas nuevas que se mantuvieron secretas. Porque la casa paterna, vista desde la altura, en donde la quebrada tiende a continuar en brumas, es siempre el peñón cortado por manos que lo hicieron fuera de los tiempos. Después vino la siesta que dio origen a las viñas. No hubo nunca en mi comarca revoltura, pues las tierras de mi padre terminaban justo donde el mar daba rienda suelta a desórdenes y orgías. Nada supieron los míos lo que en las playas cenizas se hacía a espaldas nuestras. Dicen que zozobraban barcos todos encendidos entre acantilados engañosos que se mostraban sin fondo, cobijando en sus fauces noches completas, abismos espolvoreados de sutil espuma y ruidos que al granito ensordecían. ¿Qué telegrama absurdo que dice de alguien que agoniza? ¿Quién, me pregunto, no ha tenido en su vida noche de trenes y sueños dormidos? La quebrada hecha desde antes, la bruma silenciando el mar que desde aquí es serpentín lejano y abajo el techo sagrado de la casa mía. Puedo cotizar todo lo que rodea sus muros y es la tranquilidad tan suprema que si dicen de alguno de los nuestros que está muerto, yo les probaré que se ha dormido.

Santiago, 1966-1969

EL PICADERO

A mi hija Camila

PRIMERA PARTE

1. BLANCA DIANA

Aún recuerdo cómo mi padre trazó el picadero. Clavaron con gran ceremonia una poderosa estaca y haciendo girar una yunta de bueyes, describieron en el suelo una circunferencia perfecta. Más tarde la rellenaron con arena y levantaron junto a su orilla numerosas cabañerizas y glorietas para guardar los animales y aperos. Allí recibí mis primeras clases de equitación en un caballito dócil llamado *Júpiter*. El maestro lo ataba por medio de una larga cuerda a la estaca y luego me obligaba acompasadamente a girar en torno de ella. Bien erguido, las riendas en la mano izquierda, la fusta en la derecha, las rodillas apretadas contra los flancos, sólo la punta de las botas metidas en los estribos. La cinta coqueta iba sobre el ridículo sombrero, y todo era girar: animal, maestro, estaca, casas, glorieta, pista y cocheras.

Cuando aprendí a saltar las primeras vallas, ocurrió lo de la señora enlutada. Mi padre no era hombre que se limitara a sonreír al ver mis avances y constatar mis gracias. Le gustaba darlo a conocer a los vecinos, hacer circular las noticias. Era un ser extravertido, ajeno a ese pudor que recoge enteros a los dueños de una diferencia grata. Muchas veces, mientras mi vista cansada recorría los monótonos cascotes de arena endurecida, de pronto rompía la paz de la mañana una turba de amigos y señoras que, emergiendo de la cristalería de las glorietas, rodeaban la empalizada haciéndome ruborizar entero. Si se hacen gracias en público siempre fallan. Sobre todo que mi profesor de equitación subía el tono de su voz y me exigía las proezas sin orden ni lógica para complacer a sus amos. *Júpiter* y yo nos poníamos nerviosos, el trote lo emprendíamos torpe, el galope de parada sin armonía y al saltar la primera valla me aferraba con ambas manos a la silla, dejando volar por los aires fusta y sombrero. También a estos percances ponía risas mi padre. Celebraba todo cuanto yo hiciera en el picadero. Eran tiempos frívolos que no exigían gran cosa de las disciplinas. Trocaban

en juegos la música, incluso la guerra. El maestro, dirigiéndome una mirada de hielo, hacía como que no le importaba y, dándome la espalda, se ponía a recomendar sillas y arneses, domadores y animales a los curiosos visitantes.

Narro esta situación a manera de preámbulo de otra más terrible historia: la de la dama enlutada.

Comenzaba el invierno en la casa paterna. Para mí no tenía realidad que las estaciones se dispersaran a lo largo de la Tierra. Con la llegada de esas fechas, mi padre se iba a la ciudad a sus quehaceres oficiales, obligándome a continuar mis lecciones de equitación hasta las primeras lluvias. El maestro, al saberse solo, se refugiaba en una de las caballerizas a beber y jugar a las cartas con el jardinero. A mí me ataban a una argolla, que a su vez daba movilidad a la cuerda junto a la estaca. En la primera vuelta, el animal y yo nos adormilábamos a la vista de la arena negra, e íbamos haciendo maquinalmente los cambios y figuras que tantas veces nos indicó el maestro.

Llevaba algún tiempo en estos ejercicios, cuando divisé sentada junto a la baranda a una dama enteramente de negro, inmóvil, de la cual sólo resaltaba contra el follaje su cara. Al principio opté por continuar adelante, incluso intenté acelerar el trote de mi *Júpiter*, pero esto no significaba escapar de la insólita visitante, sino, por el contrario, toparme antes con ella. Al cabo de unos minutos la vi incorporarse y cruzar el picadero. El caballo se detuvo en el acto. Ella dejó caer sobre sus ojos el velo del sombrero y me habló tristemente:

—Quería conocerte.

Como yo no respondiera y sólo atinara a descubrirme, añadió:

—Tu padre me ha hablado mucho de tus proezas. Yo también monto y me gustaría que me dieras unas lecciones.

Cuando una relación va a ser duradera, el encuentro toma los visos de una fatalidad y uno no se resiste porque sabe que a esa persona la ha conocido en el futuro. Desanudó con delicadeza la cuerda que ataba mi montura a la argolla y golpeando el cuello del caballo, me indicó que la siguiera. Junto a la caballeriza aguardaba un hombre elegantemente vestido. Comprendí que se trataba de su esposo. Éste no mostraba la nostalgia de su cónyuge; muy por el contrario, era desaprensivo y espontáneo. Daba la impresión de que lo que deseaba era desentenderse de alguna manera de su esposa. Ponía avidez en sus palabras, urgencia a sus recomendaciones. Ofrecía una mercancía que tenía la mejor apariencia, en circunstancias de que sólo él conocía su

oculto secreto. Ella contaba con esa falta de sensibilidad, y observaba muy atenta mis reacciones. Las torpezas del marido le daban a mi rostro y mis maneras la prueba de mi consistencia. La verdad es que yo a él no lo escuchaba, era a ella a quien no podía dejar de mirar ni un solo instante. La mujer lo sabía, y recogiendo el velo sobre la frente, me sonrió... La voz del marido interrumpió nuestro diálogo:

— Ella te servirá de mucha ayuda. Ambos pueden emprender grandes excursiones y aprender el uno del otro.

La dama quiso retirarse y sin más ceremonia, me alargó una enguantada mano que besé. El esposo gritaba torciendo la cabeza, en tanto la seguía hasta el automóvil:

— Mañana enviaré por ti, no es lejos..., tus padres ya han dado su consentimiento.

Incluso insinuó que algo me daría en pago, pero tratándose de gente de nuestra condición, esto sólo se insinuaba.

Cuando vi aparecer del otro lado del redondel a mi maestro, corrí a su encuentro, gritando:

— ¡Ha venido una señora!

— Ya lo sé — interrumpió, poniéndome la mano sobre el hombro —, serás muy cortés con ella y le demostrarás lo que eres capaz de hacer.

El maestro entonces no había estado dedicado a las cartas, sino que en compañía de numerosos sirvientes, espionando tras los vidrios de la glorieta. Quise cruzarle el rostro con mi fusta, pero él, advirtiéndome estos arrebatos y sintiéndose culpable, dio un nombre para sellar la entrevista:

— Es Blanca Diana de Sousa.

¡La madre del infortunado Angelino Sousa! La historia de aquella mujer era tan atroz, que sólo atiné a balbucear:

— ¡La madre de Angelino!

Y el maestro, acariciándome con gran respeto, agregó:

— Se te parecía mucho. Eras casi él.

A las dos en punto de la tarde del día subsiguiente, un flamante automóvil cruzó bajo el portal, que entre sus rejas enhebraba nuestras armas, para deslizarse por sobre el patio de adoquines. Un chofer y dos asistentes completaban el vehículo. Uno me abrió la puerta, invitándome a subir, y el otro colgó de su brazo la impecable silla de montar

que le entregó mi profesor. Al momento de trepar advertí gran número de cocineras y sirvientes apostados tras las ventanas de la galería. Algunos reían con mucha malicia y otros parodiaban mis gestos, hasta que el más intrépido, un viejo mayordomo mantenido por lástima, abrió la ventana del segundo piso para gritar:

— ¡Suba, su alteza!

Entre risas y pifias me hundí en el asiento, corriendo el visillo para no ver a esa comparsa de lacayos que, aprovechando la ausencia de mi familia, daban rienda suelta a sus modales. No podía indignarme, porque yo adivinaba con qué falta de resentimiento y maldad se burlaban.

Cuando me apeé en Villacler y el empleado me condujo a través de esa interminable columnata de piedra devastada por el viento, hasta los prados que en extensos desniveles invitaban a profundizar en el horizonte, comprendí que de allí no se regresa nunca más. Ella, a quien yo esperaba encontrar al final de los prados, hacía tiempo que me seguía entre los rayos de sol y la columnata. Cuando escuché sus pasos retumbar en esa especie de templo, me detuve; entonces pronunció mi nombre por primera vez.

Por amplia y fastuosa que haya sido la residencia de Blanca Diana, nunca imaginé que demoraría diez años en terminar de conocerla. Tarda lo mismo un prisionero ante cuatro paredes. Tiene significación dar a conocer que el lugar fue cambiando a través de mis edades, y cuando al final me pregunté por qué aquella casona siempre me entregó algo nuevo, comprendí que la razón residía en el amor de ella hacia mí o tal vez en el mío hacia ella. Amor que nunca se enfrentó con su propia realidad, situación que lo hizo perdurable. Quedó allí suelto ese sentimiento, cautivándonos a ambos.

En el primer tiempo, todo se redujo a los caballos y al arte de la equitación. Mi dueña ostentaba la más selecta colección de «fina sangre». Un criadero bien reglado en donde se atendía a los potrillos con más esmero que a las personas. Lo que, además, siempre ocurre con perros, gatos, pájaros y flores.

Cuando yo arribaba hasta el parque, ella me hacía conducir de inmediato a las caballerizas, dando a entender que la casa pertenecía a

otra realidad, dolorosamente compartida con el esposo, quien por lo demás aborrecía montar a caballo.

— El nada comprende de todo esto — explicaba, asegurando que lo de cabalgar era asunto exclusivo de nosotros dos. Además, se preocupó de mantener una docena de empleados destinados únicamente a las caballerizas y al corral. La cancha, como ella llamaba a todas estas construcciones, estaba situada lejos de la casa, tras un oscuro bosque de castaños alfombrado. Su marido, en muy contadas ocasiones se acercaba a este lugar y en cuanto asomaba, ella, manifestándole su desagrado, trataba de humillarlo por todos los medios imaginables. Esta situación incómoda me obligaba a entablar con el señor un diálogo forzado y hecho a su medida como los juegos señalados de los niños. Durante años lo estimé un imbécil; sólo ahora sospecho que tal vez era él quien me hacía jugar a mí. En cuanto se iba, ella para descargar su mal humor las emprendía con algún subalterno. Sin embargo, su mal comportamiento era tan trágico y la exponía de manera tan obvia, que me la mostraba encantadora. Nunca hablaba de su vida pasada y, por el trato que sus empleados le daban, sospechaba uno que se trataba de una enferma.

Era muy hermosa, con aquella pregunta que nos hacemos ante las cabezas griegas. Sin un solo detalle y provista de todos. Líneas simples y profundas que, envolviéndola entera, entregaban los más armónicos rasgos. El pelo negro muy limpio atado atrás en un moño, que a su vez, volvía completando el óvalo a partir de la despejada frente. Los ojos grandes con la picardía conmovedora que le entregan dos párpados quedos. La nariz recta y fina sin hendidura, la boca justa, el mentón, sitio de las emociones, a veces tembloroso y débil, en otras firme y olvidado al cincel de un arcaico artesano. Las manos un tanto desproporcionadas, eran su falla. Pero siempre enguantadas y desprovistas de joyas, se me hicieron familiares y, como todo defecto, queribles.

Mi sorpresa fue grande en un comienzo y en cierto modo sentí vergüenza y hasta envidia, al comprobar que era una amazona más diestra y experimentada que yo. Montada de costado, pasaba ante mis ojos como un relámpago y subía con tal intrepidez donde se lo propusiera que al momento comprendí que yo era el alumno y ella la maestra. Sin embargo, admiraba Blanca Diana en mí ciertas proezas que ella jamás había intentado siquiera. Al principio hice conducir un caballo de mi padre hasta su estancia, pero luego, viendo que ella me ofrecía de los suyos, opté por aceptarlos. En esto de los ofrecimientos hubo

todo un juego interminable de orgullos de por medio. Le encantaba satisfacer en mí algún capricho, pero entendía que al obsequiarme, eso nos distanciaba y la ponía a ella por sobre mis años. En mi caso, aceptar y recibir era faltar a mi integridad, venderme a su corazón, sentirme atado a su deseo. Nunca se supo si daba o quitaba al dar y si yo pedía bienes o amarras al recibir. Me lo otorgó todo sin yo sentirlo y yo la despojé de lo suyo sin que ella lo advirtiera hasta el día en que ya no me interesó. Sus rarezas las fui conociendo a lo largo de los años y hubo algunas que me conmovieron como aquella que me narró el mayordomo Saldías: la compra de todas las localidades de una platea para ver la obra a solas.

Un día, al atardecer, mientras volvíamos a las casas, ella sorprendentemente detuvo su cabalgadura y cubriéndose el rostro, lloró:

— ¡Tú no sabes nada de mi vida!

Consolarla era desproporcionado y dejar pasar el incidente, imposible.

— Cuénteme — dije.

Su caballo avanzó lentamente y ambos dejamos la sombra del bosque para introducirnos bajo el fuerte sol de primavera. El trigo, cual el mar, propagaba sus ondas en todas direcciones. Me acerqué cuanto pude y ella, no esperando nada, ni siquiera de su propia confesión, dejó caer a la brisa estas frases trucas:

— Yo estuve muy mal, mucho tiempo... Tú no sabes, encerrada largas temporadas sin ver a nadie.

Antes de poder seguir interrogándola, ya su caballo se alejaba veloz por entre los pastos móviles, elevando por los aires el velo negro del sombrero que al flotar, iba señalándome el camino hasta su tragedia. Cuando la alcanzaba, no había lágrimas ni penas en su cara, sino alegría y planes para finalizar la tarde antes de mi regreso a casa.

Ni mis padres, ni mis amigos, incluso mis hermanos, comprendieron esta extraña situación. Al principio, «las clases» fueron una vez al mes. Luego dos por semana, llegando en un tiempo a ocurrir todos los días. El esposo nunca se encontraba en Villacler. Sucedió que en más de una ocasión nos cruzamos en el camino. Siempre se quitaba cortésmente el sombrero, y yo creía ver en sus chispeantes ojos una escondida burla o una compasión remota. El hechizo que la enlutada Blanca ejercía sobre mi persona nunca se dilucidó y ella supo conducir

los hechos con la pericia de los capitanes en los mares del sur. Cada día una nueva sorpresa me aguardaba; a veces una fusta de algún antepasado ilustre reinscrita ahora con mis iniciales, o un selecto libro de poemas, ¡o un caballo entero! Yo por pudor ocultaba estos presentes y mentía cuando en casa me preguntaban su origen.

Tal vez la vida no sea otra cosa que una prueba. Pero cuando estamos seguros de que todo depende de un comportamiento, nos sorprendemos urdiendo alguna aventura para recuperar la sensación de vida que habíamos perdido. «Hay premios», sugería mi confesor, y para ser honesto debo asegurar que cada vez que renunciaba a un desliz, inmediatamente recibía una buena nueva que me importaba más por la constatación de lo sobrenatural que creía ver en ella, que por la cosa misma.

Siempre mi relación con Blanca se debatió entre el placer y la culpa. Debí reconocer que al cabo de algunos años un impulso muy fuerte me precipitaba sobre el camino y no considerando las horas ni las circunstancias, la buscaba. ¿Qué me daba si ni la mano me permitía tomarle? ¿Eran acaso esas estancias desocupadas que uno podía recorrer sin ser visto siquiera? ¿Por qué algunos seres fantasmas nos llaman hasta parajes encantados y cambiantes laberintos que es imposible abandonar? Jugaba un papel trascendental el escenario, y si yo hubiera sido objetivo, habría constatado que no existía gran diferencia entre sus muebles y cuadros y los que teníamos en casa. Incluso prefería yo los objetos que adornaban mi pieza. Pero aquellas escaleras silenciosas conducían a tanto lugar vacío que esto excitaba mi imaginación. Y ella tras mis pasos, magnífica en la sencillez de su elegancia, apoyada contra los muros, la cabeza esbelta y sublime, manteniendo ese diálogo secreto que no conoce procedencia y nos arrebató los sentidos. Nunca imponía su voluntad. Hacía cuanto yo indicaba, que eran hechos leves, aparentemente inocentes. El asunto de los paseos a caballo había sido superado y ella resolvió no volver a montar. A veces le interpretaba al piano improvisaciones que resultaban impecables debido a la atención que me prestaba. Fingía no ser rica, y en el gran comedor compartíamos una pobre taza de té sin pan ni galletas, ni golosinas que colmaban su despensa. Era cuestión, entonces, de sólo insinuar algún deseo y todo lo imaginable era traído por manos solícitas. Había y no había, era y no era. Se estaba en ese paréntesis que nada ni nadie intenta definir.

Nunca me permitió verla en su dormitorio. Mantenía cerrada esa pieza para dejar un lugar siquiera a la conquista. Sin embargo, aquello

tampoco era efectivo. Yo, adivinando el juego, debía intentar abrirla cuando ella no lo sospechara. Aquella tarde todo me indicaba que ese era el día señalado. La busqué desde la cancha hasta los salones, pasando por las terrazas y la columnata inútil. Al no encontrarla, e interrogar el rostro de un sirviente, que a mi mirada bajó los ojos, subí a grandes trancos hasta su pieza y echándome con todo el cuerpo contra la puerta, la abrí estrepitosamente. Ella estaba al centro, con un camión muy amplio, el pelo por primera vez suelto le caía hasta la cintura, y en sus ojos y su boca la misma maldad aprobaba mi violencia. Corrí, me arrodillé a sus pies y temblando le besé las manos para luego girar de gozo y violar su impecable lecho, lanzándome en él de espaldas con mis botas y casaca sucias. ¡Era magnífica! ¿Qué había en ella? Habló quedo de sus aflicciones. No tenía más alternativa que los recuerdos... Fue en el camino que une el fundo Recreo con El Candil. Iban los jinetes de excursión. Blanca Diana y su hijo Angelino, los anfitriones del grupo, guiaban a la concurrencia. Sobre la cabalgata, los grandes tilos oscurecían sus casacas vistosas y opacaban la elegancia de las damas. Tras los caballos, una densa nube de tierra cerraba esa despreocupada alegría a los inquilinos y peones. Ella a galope tendido lo reconoció desde lejos... Al menos el accidente mismo no lo conocieron sus ojos. Angelino se había adelantado hacía mucho y su caballo se mostraba inquieto desde el día anterior. Esa manía de hincarse por tierra en medio de la carrera preocupaba a su madre. Era tan celebrada la proeza por los demás que se fue haciendo natural el incidente... Ella me narró una parte. Fueron en realidad los mozos y empleados los que dando cada uno un dato al mosaico, armaron en su totalidad la tragedia. Parece que no sólo lo golpeó brutalmente, sino que lo arrastró colgado del estribo, dejando esparcidos los sesos y hasta el pelo en el sendero. Al animal lo encontraron trepando la viña junto a la ermita de los viejos jesuitas. Blanca juntó como pudo sus miembros, pero antes de aceptar lo que había transcurrido en los segundos recién pasados, cayó sobre ella la prueba. Tenía mis ojos y mi frente, era de mi talla y cuando cabalgábamos, ella, en muchas ocasiones, se precipitaba sobre mis riendas para gritar:

— ¡Angelino, no sigas!

Pacto sin salida. No obstante, creo que logré dejar atrás la imagen de su hijo al crecer con mis años. Cuando esta situación fue a medias superada, tomó la costumbre de huir sin previo aviso. Yo, anhelante, me dejaba caer del caballo y al tratar de alcanzar la puerta, era deteni-

do por un sirviente, que entregándome un mensaje con cierta malicia no se perdía ninguno de mis gestos. En aquellas misivas me rogaba que comprendiera su repentina ausencia e indicaba le era imposible asegurar la fecha de regreso. Hubo temporadas en que su estada se prolongó más allá de todo cálculo, y al verme llegar, su ama salía a mi encuentro lloriqueando. Tuve en cierta ocasión que tocar al piano para consolarla.

Fueron en un año tan continuos sus viajes que resolví no verla más. A pesar de lo lejos que se encontraba, presintió mi decisión y emprendió el regreso. No tuvo la delicadeza de hacérmelo saber con algún recadero, y un buen día se presentó envuelta en pieles a mi casa. Mis padres, turbados, la llevaron hasta mi cuarto y allí recorrió su velo para llorar y pedirme perdón:

— ¡Yo te hago daño, esto no debe continuar!

Nadie imagina el gocijio que experimenta un joven al ver a una mujer hermosa y madura llorando por él. Por muchos años todavía se irguió aquel lugar encantado, y ella, cual un espectro que había dejado su vida sólo en espera de la muerte, vigiló celosa que a mi alma nueva no le faltara nada.

Si mis labios hicieron justicia a tanto desvelo e imprimieron en los suyos un beso, fue sólo en sueños. Sueño dentro de otro sueño, hijo dentro de otro ajeno, viejo amor dentro de uno nuevo.

2. ZAPIOLA

Blanca Diana, luego de haber intentado varias veces matricular a su hijo Angelino en el colegio militar de Predes, lo logró.

Como su esposo regresaba siempre con una nueva negativa, a pesar del cuantioso fárrago de cartas de recomendación, ella resolvió ponerse a la tarea de intentarlo personalmente. Se hizo conducir hasta el patio interior de la caserna militar y una vez ante las puertas de la gobernación, pidió ser recibida por el superior del establecimiento. Angelino aguardó afuera, en ese patio rectangular que mostraba una cantidad de circunferencias de piedra desde las que emergían simétricos árboles. A esas horas los alumnos militares se divertían tras los vidrios empavonados proyectando sus siluetas movedizas. Las risas de esos jóvenes indicaban a Sousa que, a pesar de ser muy estricta la disciplina, ellos habían sido lo suficientemente fuertes como para sobrellevar-

la y encontrar otra vez la alegría con que ingresaron. Nuestro joven significaría para muchos la propia afirmación y las bravatas estarían todas cargadas a su cuenta. Antes de que Blanca Diana regresara, Angelino comprendió que esto era asunto concluido. Jamás hombre alguno negó algo a su madre. No sería ésta la ocasión, eso estaba claro. Cuando ella acudió hasta el muro en donde él se apoyaba, no necesitó levantar la voz para explicarle:

—Te quedas.

Mientras se abrazaban, desde el fondo del patio acudió lentamente un automóvil que se la llevó.

El establecimiento era un lugarejo para jovencitos de buena familia. Así, la primera impresión de Sousa no fue la de un recinto militar, sino más bien la de un salón. Diseminados junto a las mesas de billar y en amable camaradería, los jóvenes ni siquiera advirtieron su presencia. La sala estaba singularmente construida, ya que un balcón interior la recorría entera por dentro y de esta manera la escena podía ser vigilada desde la altura. En tanto Angelino deambulaba entre los grupos con la intención de establecer algún contacto o bien ser presentado, alguien desde el balcón interior dejó caer a sus pies una copa de licor, que, quebrándose con gran estrépito, volcó la atención de la concurrencia sobre su persona. Asombrado, Sousa alzó los ojos hasta el impertinente, quien, apoyado con la dejadez del que observa un carnaval y sin alzar la voz siquiera, exclamó:

—¡Fuera intruso!

Angelino Sousa descendía de una historia. La del gobernador Zapiola. Las líneas de sucesión han sido siempre respetadas. Ocupaba el lugar preciso, como el de una estrella. Cuanto vestía no recordaba a nadie una tienda.

El gobernador Zapiola cruzó lentamente el vestíbulo y apoyó la frente contra los cristales de la ventana. Abajo, en el centro de la plaza, una docena de carpinteros y gendarmes claveteaban la tarima. Remataba ésta en un sublime baldaquín cuyo dosel estaba ricamente adornado con borlas y guardamalletas de colores. Bajo aquella sombra se llevaría a efecto el sacrificio. En otra época sirvió para resguardar al mandatario del sol en tanto la muchedumbre lo aclamaba.

—Han levantado el cadalso frente a las ventanas de mi casa —exclamó Zapiola y dejó el lugar.

El gobernador Zapiola rememora su llegada al Reyno. Me ha pedido que le sirva de albacea y escribano. ¡Hace tanto calor aquí en su celda! Ayer un hedor terrible nos invadía y hoy el alguacil y otros matarifes estaban haciendo un gran ruedo junto al muro de adobe que sostiene por el flanco a la iglesia parroquial. Bajo un cerezo han encontrado el cadáver de un gendarme. Yo no quise mirar. El gobernador se ha mostrado inquieto. Este hallazgo le daba una malsana solemnidad al recinto. Lo han cubierto con un paño que ostenta las armas de algún noble descalificado. Suelen estar a la venta los mayorazgos en estas tierras tan lejanas. He oído decir que otros que no han olfateado títulos en su perra vida, hacen encargos a España y burlan el Consejo de Indias y las Cortes de Cádiz.

Narra, como digo, Zapiola su llegada al Reyno. Más adelante prefiero estampar los contratiempos de su travesía por mar, junto a otros enviados de Su Majestad que estaban destinados a Río de la Plata.

Despuntaba el día y, como es de conocimiento de todos los vecinos, el camino es fatigoso y hay que picanear los bueyes, haciéndoles agujeros que si no fuera por la tierra con que se los tapan, llegarían a Santiago rojos de sangre. Primero el viaje con sus paradillas en las pocas posadas que levantan en estas superficies. Porque todo el entarimado y arreglo es necesario hacerlo pocos minutos antes del arribo. Hicimos el último alto en la iglesita de la Comadrona de Jesús Inválido. Allí mi amo mandó regar el suelo con agua a destajo. Le gusta al gobernador Zapiola sentarse al reposo en lugar humedecido. Misiá Yolita y la joven novicia tenían los ojos sueltos en la cara de todo el tizne y tierra que las recorría enteras. Buscaron cómo lavar la ropa blanca y a las tres de la tarde, la iglesita era una lavandería. Dispuso el secretario de Zapiola unir las naves de la iglesia con cordeles y ahí tender la ropa de los nobles y lacayos toda revuelta. El sacristán, que es devoto sin política, anduvo mascullando sinsabores detrás del entarimado de la Santísima Madre de Dios, pero mi amo, que a su vez es rápido en sospechas y ligero en arrebatos, de una oreja le hizo repetir las murmuraciones y cuando las escuchó todas (nosotros manteníamos el más grande silencio), soltó lejos el látigo riendo a carcajadas. Es peculiar en mi amo que cuando todos esperan de él las peores represalias, sale con la más angelical de las risas. Me da la impresión de que le gusta la valentía ajena y allí en situaciones límites. Aunque este humor torcido no va con su propia historia, y todos aquí en Santiago del Nuevo Extremo estamos seguros de que el

verdugo no cambiará una risotada insólita por aquella descarga fiera que le separará la cabeza del tronco.

— Así es, oidor Miranda — me dice, apoyándose levemente en mi brazo.

Pero me aparto del relato. Una vez que el barullo de meriendas y lavados estuvo completo, el señor gobernador mandó revestir la carroza con tal cantidad de cartelones, cintajos, terciados, toldos y drapeados que no reconocía yo el carromato que en tantas horas nos molió a todos. Ordenó enjaezar las mulas con crespones tan lucidos que no los he visto ni en la procesión de los frailes. Era un coche muy abierto y pesado que se hizo ligero con las yuntas adicionales. Desplegaron los capitalinos todas sus galas y antes de llegar a la catedral, se veía por las calles cómo los vecinos descolgaban sus tapices y alfombras para que las pisara el mandatario. Hasta las mismas gradas llegaban los caminos de flores y pude ver cómo el sol destacaba la figura del obispo, recortándola dorada contra la oscuridad del templo.

— ¡Fuera intruso!

El calor de La Ligua sudaba jinetes y corceles a la vez, y Zapiola tenía entre las ataduras del peto un gorrión que se reproduciría con la velocidad del viento. Antes de que asomara la comitiva regia en la curva de la iglesita, la prolija Pancracia despejó el camino, apartando las recuas estiercoladas de mulas que obstaculizaban el paso. Con qué gusto crujió el bastón en los ijares de las bestias y estas, trotando lentas a la sombra, dejaron el atajo libre a los caballeros hidalgos.

Abría el cortejo un fraile desdentado llamado Cismarras, quien, llevándose las mugrientas manos a la cara, hacía de bocina y anuncio a los vecinos. Tras este, el látigo saltando el polvo, y entre la turba algún mulato o indio que había de imprimir los primeros pasos al mandatario. Mucho más atrás, y medio ladeado, traían los gentiles el palio. Dorado en las borlas y desteñido en la cara que daba al sol. Y bajo esa sombra movediza, Zapiola dejando caer su magnificencia regia en un par de cojines de tafetán bordados que mostraban en el sebo las armas de un grande. Abanicos hacían los cuatro puntos cardinales de este príncipe, la turba revuelta entre las bestias, y por sobre las cabezas, docenas de penachos de colores flameando a poca distancia del acero. Fulgores, tierra y sudores, frailes con dolor de cabeza, arrepentimientos y susurros, y más de alguna chacota en los extremos, lugar predilecto de los truhanes y enanos que ante la fatiga sueltan la risa y comercian restos de galletas mal habidas en tiendas ajenas.

Las damas ocupan el carruaje pesado. Siempre la rueda cerca del peligro y dentro es seguro que abanicar a la dueña.

— ¡Fuera intruso!

Como ninguno se moviera, Sousa tampoco lo hizo, permitiendo ese silencio escuchar cada uno de los pasos que el teniente dio sobre la escalinata. Cuando estuvieron frente a frente, observó Angelino a un joven de maligno aspecto, la nariz un tanto respingada y el rictus de la boca caído. Llevaba en la mano una baraja de naipes que movía con habilidad sorprendente:

— Tienes el cuerpo de una jovencita, pero eres de fierro por dentro.

Dicho esto, hizo lo contrario que se usa y en vez de sacarse los guantes para darle la mano, se los puso. Este gesto arrancó grandes aplausos y risas, y todos los concurrentes desfilaron ante el nuevo cadete, alargándole una mano enguantada.

Aquel oficial se llamaba Condarco, pero jamás se lo nombró con tan conspicuo apellido. Se le conocía simplemente como «Perro Amarillo», sobrenombre insólito en un individuo de cabellos tan negros como las sombras de la noche.

3. CONDARCO

El amor de Sousa y Condarco adquirió para ellos las proporciones de una aventura inigualable. No fue lo mismo para la madre o para el director del establecimiento, quienes vieron en aquella unión la pobreza que significa la dependencia entre dos hombres. El carácter caprichoso de Sousa siempre lo llevó a magnificar situaciones irreales. En el fondo, Angelino se había imaginado la vida, por ello se dejó arrastrar por la pasión de Condarco, quien muy pronto exigió a su víctima lo que esta le debía.

— Te has dejado querer y eso trae sus consecuencias — le explicó su madre —. Con los sentimientos ajenos no se juega.

El amor no necesita llamarse hombre o mujer. Cuando Angelino descubrió esta particularidad, entendió al capellán del colegio, que se lo llevara tantas horas de rodillas ante una imagen de yeso.

Angelino Sousa, como vástago de una vieja y noble estirpe, era inmune a las sorpresas de este mundo. Nunca había necesitado codiciar nada. Todo lo que lo rodeaba, su casa, sus tierras, ya habían servido de escenario a otros que, como él, sólo lo transitaron. Si cuando llega-

mos al mundo nuestra casa tiene muchos, muchos años, y el parque otros tantos, entonces nunca nos sentiremos en lo propio. Ni la misma Blanca se atrevió a cambiar la disposición de los muebles en Villacler, y las pocas innovaciones que hizo se notaron tanto que siempre dieron la impresión de arreglos provisionales. Esos pesados muebles y sus sombras hacían un todo junto a los muros. La comida en Villacler no constituía un placer, sino más bien formaba parte del ritual del comedor. Lo que allí se servía se hacía con el único afán de cumplir con la vajilla. Sousa, de niño, dormitaba ante un fétido guiso de bacalao con papas. A veces un manojo de cochayuyos humeaba sobre un fino plato ribeteado de oro. Las cucharas de forma exagerada mostraban más superficie al monograma que para lo que fueron hechas. Dicen que un primo de Blanca se colgó de la lámpara y pateó en todas direcciones los cubiertos y copas. También referían los criados a Angelino que su padre cuando niño robaba el azúcar flor del aparador, dejando una estela blanca que cruzaba las alfombras. O que sus tíos entraban caminando en las manos o, cuando pequeños, sentados en la punta opuesta de la mesa, se volcaban el agua de canela en los pantalones.

Las anécdotas de sus tíos carecían de originalidad. Si pedía que le refirieran las de su abuelo, y del abuelo de este, llegaría a su primer antepasado, Zapiola, gobernador del Reyno, cuya vida entera era una gran anécdota. Allí en el comedor habían colgado su retrato. Sobre la armadura que despedía fulgurantes rayos metálicos, caían armoniosos los blandos bucles de su peluca. Así, ese desfile de descendientes y sus anécdotas cada vez más nimias, habían llegado a extinguirse por completo en la persona de Angelino. Y este, en un pacto secreto, había ofrendado su existencia a aquel gobernador. De estos retoños terminales se valen los antepasados ilustres para asomarse de nuevo a la vida. Es de suponer que el gobernador Zapiola, hombre vital y desprejuiciado, no se sintiera muy a gusto en un joven melancólico y débil, incapaz de emprender la acción. Pero a su vez son estos vástagos sin fuerza los únicos que pueden prolongar en algo la vida de aquellos ancestros formidables que forjaron nuestra historia.

Cuando en el colegio de Predes, el profesor se refería a los gobernadores de la Colonia, y en especial a Zapiola, Sousa escuchaba una versión oficial que no guardaba relación con la que él conocía. Condarco fue el único que supo halagar esa estúpida vanidad de Angelino. Logró adelgazar su natural falta de sensibilidad y adentrarse en los pormenores de ese Zapiola (quien, por lo demás, le era absolutamente

indiferente) y dar en el blanco del joven soñador. Se documentó, indagó, inventó, hizo milagros para lograr el favor de ese jovencito rubio que vivía de recuerdos.

La tarde en que Angelino cruzó el salón del casino militar, Condarco lo adivinó todo. Acostumbrado a buscar de entre los cadetes nuevos a su presa, sabía leer en una nuca, en un ademán, todo un contenido. Hacía tanto tiempo que buscaba un ejemplar de éstos. Era tan fácil derribarlos. Admitir, en primer lugar, todo lo que tenían a favor: gusto, clase, cultura, todas aquellas dotes que se deben a una familia con prosapia. No desconocer ninguno de estos atributos, pero al mismo tiempo no ceder nada en el campo de los afectos. Halagar las maneras, explotar la falta de cariño. Traer a desfile todos los nombres ilustres que el muchacho exhibía con orgullo y al mismo tiempo acertar con precisión matemática en el blanco de los sentimientos, tantas veces confundidos en estos hijos de gente ociosa.

Por medio de halagos y favores debía subyugar a ese necesitado y destruirlo cuando ya lo sintiera seguro. Condarco era irreflexivo, y para lograr algún capricho, se jugaba entero. Por ello, cuando Sousa cruzó el salón, no pudo contenerse y dejó caer esa copa para detener la vida de todos los presentes, y actuar. Esa actitud irresponsable con que desviaba a Angelino lo hacía aparecer despreciable a la vista de los demás. Tan sólo en aquella etapa inicial admitía Condarco que su proceder era censurable, ya que una vez que gobernó la vida de Sousa, lo amó profundamente y lo sirvió. Condarco era torpe y burdo. Su persona poco agraciada estaba constantemente puesta en guardia frente al mundo. Pero en la intimidad era diferente, como un animal que sale a batirse por la presa y, una vez de vuelta, la reparte toda entre los suyos. A Sousa le estaba prohibido alternar con otros, inmediatamente su carcelero sentimental lo apartaba del intruso con violencia. ¿Qué más quería Angelino que un amante incondicional, especie de guardián y nodriza a la vez? Así como le bruñía las correas del uniforme, amenazaba a sus compañeros o interceptaba las cartas de su madre. Esta simbiosis entre protector y protegido duró hasta que Blanca Diana se inquietó por los anuncios que su hijo le hacía acerca de este gran amigo, especie de hermano y padre a la vez. Estas revelaciones vinieron a poner conflicto a la situación. Sobre todo que Condarco no tenía miramientos para con nadie. Tampoco analizaba nada. Sólo vivía lo que tenía entre manos. No se preguntaba sobre el problema de la existencia o el misterio de la vida. En la capilla, afirmado en la baranda del coro, seguía el

oficio de la Santa Misa con la misma atención con que los monos del zoológico nos miran. Parecía ausente y, no obstante, no se perdía ninguno de los ademanes con que el monaguillo transportaba el misal o escanciaba el vino. Reconocía como algo superior a la naturaleza, con la que lo ataban extraños vínculos. Sostenía que el mudo lenguaje de los árboles le era familiar. Tampoco el sexo para él contaba. «Nada con eso», repetía con una especie de orgullo. Todas aquellas aberraciones, Sousa las consideraba grandes cualidades. Para él, por el contrario, en cada acto pequeño del sacrificio de la misa estaban presentes su propia muerte y el juicio eterno. A la naturaleza la entendía como el telón de fondo de los hombres y sus hazañas; y, del sexo, la masturbación y algunos inicios con criadas le demostraron que no era nada fácil tampoco aquello. En cambio, a este Condarco que se dejaba caer del caballo en plena carrera y aventajaba a todo el internado en los ejercicios corporales no le interesaba el sexo. Se jactaba de no haber tenido jamás relaciones con una mujer y, sin embargo, ponía un énfasis desmedido en narrar la manera cómo apaleó las ramas de un aroma y recibió en su rostro las gotas rezagadas del rocío. Su alma de ama de llaves lo hacía simpático a Sousa. Cuando se trataba de lustrar las botas, por ejemplo, desplegaba una técnica única que comenzaba en el betún y terminaba en su sonoro escupitajo, que según él las dejaba relucientes. Observaba Angelino con asombro que ponía el mismo interés en lustrar las botas de ambos. En el cuidado de los caballos y de los automóviles era un experto. El director del colegio siempre le pedía arreglar algún desperfecto del suyo. El caballo de Sousa empezó a parecerse al de Condarco.

En cierta ocasión, Sousa advirtió que Condarco abrochaba mal la cincha de un caballo, y se acercó para corregirle. Nadie puede imaginar la agresividad que se desató en Condarco y la manera brutal con que empujó lejos a su amigo:

— ¡Sólo yo entiendo de caballos!

El desconcierto de Angelino fue grande; una violencia extraña se había dejado ver como la mínima ranura de luz que se cuele por una puerta mal cerrada. Sousa volvió en silencio a Predes, en tanto Condarco se deshacía en disculpas. No era la ofensa lo que intrigaba a Angelino, era el lugar en donde Condarco ponía su pasión. Parecía que todo su interés se concentraba en esos detalles banales. Tal vez no poseía nada o casi nada. Cuántas cosas no le estarían vedadas en este mundo. Por ello interpretó a la naturaleza a su arbitrio y le infundió

diálogos. Con los detalles de un motor, o con el brillo de una montura, sucedía lo mismo. Le eran terrenos conocidos que no se volverían en su contra. No creía en los demás. De allí que amó a Sousa. Le podía dar un cuidado casi enfermizo. Era cuestión, pensaba, de ajustar las piezas en ruina de su corazón. Pero cometió un grave error. La herida de Sousa se remontaba a los tiempos de Zapiola. Creyó que Angelino aceptaría sus cuidados sin emitir juicios, pero como éstos nos sobrepasan y corren por su cuenta, la relación se fue haciendo conflictiva y finalmente se deterioró.

¿Era Condarco un hombre inteligente?

Había en su conducta toda una faceta que Sousa no conoció, sino hasta muy tarde. Terminada la jornada, se preocupaba, incluso, del abrigo que Angelino pondría sobre el lecho por la noche. Le enseñaba a relajarse para vencer el insomnio y alcanzar el reposo. Largo tiempo permanecía de rodillas junto a su cama y sin decir mucho, le daba a entender que de todo estaba al tanto. A veces, mientras balbuceaba alguna recomendación, miraba de reojo el estado de los bolsones, cueros y mochila de su compañero. Al despedirse le fijaba aquellos ojos vacíos que dirigía al Santísimo. Sousa se dormía. Nunca se preguntó cómo eran las noches de Condarco. Suponía que también se recogía temprano. La realidad era otra. Como en las fábulas, Condarco se transformaba. Bajaba de su dormitorio, y al entrar en el casino era irreconocible. Tenía gustos extravagantes, como una colección de pañuelos de seda de colores estridentes. Pañuelos que jamás mostró a su amigo. Allí, como todas las noches, bebía hasta muy tarde. Los demás oficiales lo evitaban. Una vez borracho, la emprendía con los muebles. Destrozaba cualquier cosa, demostrando una fuerza extraordinaria. Una vez alborotó las caballerizas y provocó grandes perjuicios en la sala del palitroque. Rodeado de esos enormes bolos, funcionando a toda velocidad por las canaletas de madera, descarrilaban y caían al piso con gran barullo, desde donde los tomaba y estrellaba contra los vidrios. Ensangrentado y silencioso lo conducían hasta su cuarto. Por la mañana se mostraba despejado y jovial. También tomó la costumbre de abandonar el colegio militar de noche. En su calidad de maestrillo e instructor, le estaba permitida esa franquicia. Buscaba los bares solitarios y dudosos, y cuando al amanecer lo expulsaban, volvía a entrar, pero esta vez de a caballo, destrozándolo todo. Si Sousa se hubiera despertado por las noches, lo habría visto junto a su lecho en muy mal estado. Le sucedía a Condarco que en medio de sus delirios nocturnos, en tan-

to esquivaba a un pelotón de policías o de simples parroquianos, se acordaba de su pupilo, que él cuidaba con tanto esmero durante el día y, entonces, a medio montar y por los caminos más solitarios, volvía hasta el dormitorio de Sousa, y sin que este lo notara, le ordenaba con primor los zapatos, la mochila o los pantalones. Sólo en una ocasión, Sousa se despertó sobresaltado, pero inmediatamente se volvió a dormir. La verdad es que no lo reconoció.

Primero por las cartas y luego por sus confesiones, Blanca Diana comprendió que la amistad de su hijo con Condarco era inconveniente.

—No se debe jugar con los sentimientos de nadie —le había dicho.

Angelino no entendía el lenguaje de su madre. Ella hizo todo lo que pudo, pero cuando se dio cuenta de que estaba ante un absurdo, dejó al destino obrar. Tenía confianza en su hijo y en el fondo no le preocupaba tanto esa extraña relación, sino más bien las consecuencias que Angelino sacaría de todo aquello. Conocería el corazón humano y este le revelaría grandes secretos y contradicciones. Por esto no se hizo mayor problema hasta que conoció a Condarco. En aquella ocasión cambió todos sus postulados, y no pudo contenerse. Fue al finalizar el año escolar, el día de la repartición de premios. Estaban los alumnos divididos en dos bandos: romanos y cartagineses. Unos con el color rojo y los otros con el azul. Había dentro de estos bandos muchas jerarquías: cónsules, cuestores, brigadieres, ediles. Angelino había obtenido la banda de Cónsul Perpetuo de Cartago. Cuando el director lo llamó adelante, un mozo recibió la banda azul en una bandeja de plata y siguió a Sousa, quien debía escoger a un familiar para que se la terciara. Sousa escogió a Condarco, quien haciendo ostentación del poder que ejercía sobre el cadete, se la puso y le estrechó detenidamente la mano. Blanca Diana, quien no podía entender lo que veía, se incorporó, y sin esperar a que el acto finalizara, cruzó el teatro y salió. Angelino inmediatamente la siguió, y a este, Condarco. El diálogo que Blanca y el instructor sostuvieron dejó a Sousa fuera de escena:

— ¿Señora, cree usted que yo soy una mujer?

— Sí, eso creo —respondió ella, buscando entre los automóviles a su chofer.

Ésta fue la primera ruptura entre Blanca y su hijo. La segunda se produjo el día en que Condarco visitó Villacler. Angelino y su madre lo aguardaban en la terraza del segundo piso, que sobresaliendo de la fachada descansaba sobre la columnata de piedra. Sólo se escuchaba el

ruido del viento que agitaba los bordes del toldo, a través del cual se filtraba una luz extraña. Blanca, recostada en una silla, mantenía cerrados los ojos. A no ser por las ondulaciones del toldo, la escena habría adquirido la inmovilidad de una vieja postal. La despreocupación de los protagonistas permitió vislumbrar los cambios a que los conduciría el tiempo. Al menos, Angelino advirtió este descuido y torciendo levemente la cabeza, observó a su madre que parecía dormir. Entonces se fueron produciendo sucesivamente en ella las transformaciones veloces y sutiles que la hicieron envejecer. Como aquellas superposiciones que se logran en el cine cuando transfiguran a alguien. La última de estas escenas mostraba la misma terraza con la lona del toldo hecha jirones, y a su madre anciana dormitando con una sombrilla mal sostenida.

— ¡Madre! — gritó Angelino, como para borrar estas visiones, y se precipitó sobre la baranda.

— ¿Qué hay, qué te sucede? — preguntó ella, recogéndose cuidadosa el moño.

— Nada — contestó el joven, bajando el tono de su voz, y luego fijando la vista en el horizonte, percibió la polvareda que rodeaba a un cochecito de tiro:

— ¡Ahí viene Condarco, ya está en Villacler!

— No es necesario que grites de esa manera — dijo Blanca, e incorporándose cruzó la terraza y junto a su hijo observó cómo la voluta de tierra iba creciendo y el ruido del coche se hacía cada vez más nítido.

Cuando yo frecuenté Villacler, era esa una casa sin acontecimientos. Pesaba sobre la enlutada Blanca la muerte de Angelino y del paradero de Condarco nunca más se supo. Tal vez en alguna oportunidad intentó visitar a Blanca, pero no se atrevió. Existía entre ellos una realidad irreparable: la muerte de Angelino. Jamás pueden alcanzarse aquellos que están distanciados por una muerte común. La muerte de un amigo obliga a revisar la relación hasta el principio. Convierte cada acto del pasado en un presagio y flota el personaje como alguien enviado del cielo. Las culpas, los errores, nos señalan a nosotros y ellos, lavados de rostro, transparentes, adquieren en el recuerdo la apariencia de un santo. Nadie tuvo presente de Angelino otra cosa que sus cualidades, y en estas trocaron sus defectos. La presencia del ausente es la peor de todas. Su fotografía (relegada más tarde al cuarto de alojados) se hizo cada vez más intratable. La verdad es que rejuveneció entre nuestras vejezes, permaneciendo en ese sepia que lo rodeó de luces inocentes. Lo destinaron al cuarto de visitas, allí vigilaba los secretos

pensamientos de los alojados. Se hacía respetar de los intrusos y daban ganas de escandalizarlo de algún modo. Quizás lo dejaron ahí con la secreta ilusión de que ocupara una pieza destinada a los que regresan. El terremoto de 1930 volcó un enorme ropero contra el muro en donde colgaba el retrato, y este se quebró. El milagro de su santidad, sin embargo, se operó en su propio cadáver. Cuando su padre se encargó de reorganizar la tumba de los Sousa y para ello fue necesario reducir los restos de esos difuntos, advirtieron que nada se escurría en el féretro de Angelino. El cuerpo del joven estaba intacto, la corrupción no lo alcanzó. Es lo que más pueden esperar los santos de las bondades de este mundo.

La cabrita que conducía Condarco llegó hasta la columnata y Sousa y su madre le hicieron señas desde la terraza. Condarco llevaba una gran hoja de acanto en la mano:

— ¡Te la traigo de regalo, mírala qué hermosa es!

Angelino se sonrojó como una niña, no sabiendo cómo salvar la situación. Blanca, quien no ocultaba la antipatía que sentía por el adúlador, exclamó sin delicadezas:

— Usted no trae esa hoja de regalo. Usted nos distrae con ella, y le sirve de escudo.

Pudo Condarco responder con aquello de «usted no me cree», pero prefirió el silencio y siguió a Sousa hasta su cuarto. Algo balbuceaba Blanca, mientras disponía el almuerzo. Durante el día observó ella la ansiedad con que Condarco buscaba a Sousa si este desaparecía un instante. Registraba todas las piezas sin respetar nada. No mantendría la misma actitud cuando se sintió preso de lo que había provocado. Pero en aquel verano de Villacler, Condarco aún no sentía a su víctima bajo su dominio. Sabía que el escándalo que provocaba su actitud en los demás, en Angelino se volvían actos de valor. Fue así como no respetó ni la noche en Villacler, y borracho cabalgó entre vómitos y contratiempos hasta echarse contra las rejas del parque y despertar a la familia. Colgado de la campanilla, topeaba el portón con el caballo, profiriendo gritos que hicieron encender una a una las luces de la casa. Blanca, envuelta en una manta, acudió hasta la puerta con un manajo de llaves. Mientras la abría, intentaba interrogarle:

— ¡Explíqueme una sola cosa, por favor! ¿Es capaz de decirme la verdad?

— ¿Qué quieres saber, mujer? — respondía, tratando de introducir el animal por la abertura de la reja.

— ¿Lo ama usted? ¿Quién eres?

— ¡Lo quiero mucho! — gritó —, ¡y ahora necesito verlo! Es el único que puede perdonarme.

Y una vez bajo el corredor, se ponía a golpear unas grandes tinas en donde se guardaba el trigo. Angelino, pálido, sosteniendo un farol rogaba a su amigo que abandonara Villacler y regresara a Predes. Una extraña serenidad asistía a Sousa en aquellos momentos difíciles. Sentía que una coraza de acero labrada con fieros leones rampantes le cubría el pecho y alguien misterioso ceñía sobre su débil frente el duro casco de los gobernadores.

— ¡Tú eres el único que puede ordenar aquí! — repetía Condarco, paseando el animal con insistencia bajo los balcones —. ¡Los demás no me creen, nunca me han creído!

La lluvia borroneaba su imagen entre los árboles del parque. A topetones salía por la reja y enfilaba la alameda y el bosque de castaños. Nunca se sabía si realmente ya no estaba. Hubo noches en que mientras Blanca aconsejaba a su hijo y la lluvia cerraba los caminos, al aproximarse Angelino a la ventana y descorrer la cortina, lo encontraba allí, de pie, con el pelo destilando sobre la cara. Volvía junto a ella y pedía un farol para buscar algo olvidado en el corredor. También creyó verlo una noche en el bosque de castaños, y al sentir que se le escurría entre los árboles, lo siguió muchas cuerdas para gritar finalmente derrotado:

— ¡Condarco, basta de bromas! ¡No te alejes más! ¿Me oyes, Condarco?

Y al levantar la voz y pronunciar su nombre, lo oyó responder del otro lado de las cocheras, a muchos metros de distancia.

— ¿Quién eres entonces? — alcanzó a balbucear, emprendiendo la más angustiada carrera hasta la casa.

La cena languidecía. Su padre protestaba por todo, tratando en vano de sintonizar una radio, que sólo emitía agudos insoportables. Blanca doblaba la servilleta y la introducía en la reluciente argolla que tenía sus letras. Condarco fumaba con desgano. ¿Quién había sido aquel misterioso sujeto que se lo había llevado engañado de árbol en árbol aquella tarde? Antes de solucionar el enigma, sus ojos encontraban la respuesta en la mirada al óleo que le dirigía Zapiola. Su rostro parecía más fiero que nunca, enmarcado por aquella ridícula peluca. Zapiola aborrecía esa cena. El padre manipulando las perillas de una radio y Blanca absorta en pequeñeces. Esa ceremonia podía arrastrar-

se por mucho tiempo. Saldías aguardaba tras el biombo (que ocultaba el ventanuco por donde circulaban los platos) a que sus patrones terminaran. Los respaldos vacíos se introducían en las sombras. De otras cenas tenía memoria Zapiola, no allí, bajo esos techos amojonados de molduras de yeso y plantas enfermizas, biombos y vitrinas.

Cuando Zapiola dejó la tienda y se reunió con su guardia sorda, hizo aumentar el número de sus invitados junto a las fogatas. Ordenó que todos se sentaran en interminables hileras. Obedientes sus hombres, se ubicaron frente a los platos y copas. Una vez que todos guardaron silencio para dar acción de gracias, Zapiola, quien no se medía en caprichos, mandó sortear los lugares y reorganizar otra vez los puestos. Cada comensal tomó un número de un canasto y ocuparon el banquete al azar. Frente a Zapiola se sentó un viejo llavero desdentado que, en cuanto reía, lanzaba al rostro de sus vecinos las pepas y trozos de comida.

A la hora de los postres se sirvió sandía y el llavero, sin poder contenerse, escupía las pepas al Ggbernador. Al comienzo, Zapiola se pasaba la mano con resignación por la cara, pero cuando el pobre desdentado pidió repetirse otra tajada, nuestro señor montó en cólera y apretando con fuerza una alcachofa, la incrustó en la vinajera, salpicando a todos los que tenía enfrente. El llavero, que creyó era ésta una broma, escupió otra andanada de pepas y cáscaras a Zapiola, quien desenvainó en el acto. Las risas y el desorden fueron generales. Todos se escupían y arrojaban comida, volaban las verduras y a Cismarras le cayó una chirimoya en la sotana. El señor veedor creyendo congraciarse con su amo, le lanzó una tartaleta con tal certera puntería que dio en plena peluca del gobernador. A estas alturas, Zapiola volteó una tinaja e hirió a un comensal en una mejilla. Cuando la guardia sorda se percató de que el mandatario no jugaba, blandieron las picas, y los desconcertados militares se refugiaron en sus tiendas.

Estos cambios bruscos de humor son característicos en los príncipes, quienes se dan licencia siempre y cuando dominen la pantomima. Nunca se exponen en igualdad de condiciones con nadie, ni en la seriedad de los duelos, ni en la guerra, menos aún en los juegos.

La ira de Zapiola no conocía límites. Célebres eran sus arrebatos y, aun cuando después de haber destrozado puertas y muebles se lo oía reír a carcajadas en medio de la noche, estos arrebatos eran serios. A tanto llegaba su tedio que, al día siguiente del banquete frustrado, hizo venir hasta su lecho a una delegación de soldados para que cada

uno le narrara con lujo de detalles los sucesos de la víspera. Eran incansables sus preguntas, sobre todo las que decían relación con su persona. Si algún extraño hubiera escuchado estos interrogatorios, no habría creído jamás que el mandatario se encontraba presente en los sucesos. Reía a destajo, sobre todo de sus propias reacciones narradas por sus súbditos. Le encantaban las interpretaciones que daban a los hechos los hombres desposeídos de malicia. Lo mismo acontecía con otras materias. Cuando un grande enviaba su retrato, Zapiola lo hacía interpretar por algún cochero, o los planos de la guerra, las cartas oficiales y todos aquellos documentos complicados, que la gente sencilla muestra con su pureza en su verdadera dimensión. De allí que cuando Zapiola buscaba compañía en casa de algún palafrenero, lacayo o subalterno, su intención purificadora era más profunda que la ironía y afán de burla que la nobleza asignaba a aquellas actitudes.

Después de la muerte de Angelino, Blanca me señalaba su puesto en la mesa. Frente a este colgaba el retrato ecuestre de Zapiola. Siempre creí ver en sus ojos una gran ansiedad. Parecía que buscaba en mí un reemplazante para revivir aventuras. Prefería yo los dulces ojos de Blanca, aun cuando ella también esperaba encontrar en los míos, los mismos que buscaba aquel antiguo gobernador del Reyno.

SEGUNDA PARTE

1. RAQUEL

La niñez es la primera devoción que dejamos. Acercarse a una ajena es como soportar en una obra un acto que muestra un decorado insípido, por lo general un jardín con macetas de cartón, ladrillos de papel y perspectivas engañosas. La infancia de Blanca Diana se desarrolló bajo la sombra de su hermana Raquel, quien hizo coincidir con su capricho su época a sus días, y actuó todo el tiempo de su juventud para encontrar la madurez y el resto en un oscuro suburbio de Limache.

Me adelanto, ya que en esos felices y despreocupados años la familia aún vivía en Valparaíso y el terremoto no había dividido en dos la época a que me refiero.

Raquel, desde niña, tomó para sí el disfraz del temperamento, la pasión y el antojo, haciendo el personaje irreflexivo que actuaba por medio de teatrales aposturas, dejando en cada mueble un ademán. Blanca no tuvo otra alternativa que ocupar el papel opuesto y recibir en su ser a la moderación, el trabajo y la sabiduría.

El estado de los dos dormitorios daba cuenta del estado de aquellas dos almas. En tanto Blanca disponía sus modestos juguetes en ordenación casi enfermiza y sus muebles mostraban la quietud de la dueña, Raquel esparcía por todos los rincones los trapos que la sustentaban como personaje atormentado. Rogó a su madre le instalara un peinador con muchas luces y ahí se daba cita frente a su cara. Ésta, que no tenía la belleza de la de Blanca, aprendió a ser mudable y a no fijar jamás una expresión por mucho tiempo. Los polvos, afeites y porquerías modelaron una vejez precoz en la muchacha, y como acontece con la vanidad fue el suyo el único rostro que toleró enfrente. Allí ensayaba los gestos que luego representaría junto a la puerta del salón, cerca del comedor, en la gran escala, en fin, por todas partes.

La ópera, vicio decimonónico, le sirvió de modelo para sus fines. «Se puede pasar por la vida creyendo cualquier cosa», se decía, para justificar su afán de hacer propios los destinos de Norma, Gilda, Desdémona, Lucía, La Sonámbula, y todas aquellas desdichadas de tres actos que una vez muertas, envenenadas o raptadas, volvían a los camarines a cobrar el precio de su voz.

Raquel no cantó esas vidas, las imitó ofreciendo la propia, lo que, si se emprende con la ceguera con que ella lo hizo, se consigue. Una ópera silenciosa y conmovedora que acabó con su destino.

Cuando, al final de sus días, el cura párroco suspendió una clase para ir a escuchar su confesión, la encontró muriendo de veras. Esta vez Raquel no actuaba, y si lo hacía, la muerte se la llevaba engañada. Acudieron hasta su lecho todos sus hijos, el señor Sousa, Angelino y Blanca. El sacerdote les pidió que salieran para quedarse a solas con la moribunda. Ella no confesó ningún pecado y en un acto de teatralidad divina, le explicó:

— Padre, si todo comenzara de nuevo, volvería a hacer lo mismo.

El sacerdote abrió la puerta de la pieza y les indicó que pasaran:

— Muere como una santa — les dijo, y se fue.

Si Raquel cerró sus enfermizos días con una muerte conmovedora, esto nos da licencia para narrar los acontecimientos claves de su locura. Sobre todo que estos eximieron a Blanca de caer en aquellos ensueños fatales. Mientras la realidad se encargó de diseñar para Blanca una infancia incolora y pobre, los delirios de que se rodeó Raquel funcionaron por algún tiempo, y también la fortuna de la familia, que pudo solventar aquellos desvaríos y trató en vano de despertar en Blanca alguno.

Los personajes que encarnó Raquel fueron inofensivos hasta que Cardillo, su profesor de canto, se vio envuelto en el escándalo.

Este afinador de pianos, que también enseñaba a niñas de la sociedad del puerto, se dejó arrastrar por la pasión artificial de Raquel. Para la joven, Cardillo significaba un artista en el salón de su casa, tan custodiado y lleno de reglas absurdas de convivencia. Al lado de sus pretendientes, Cardillo tenía todo el sabor que a estos les faltaba. Aquellos enamorados de conjunto vestían sus juveniles sentimientos en cuidados y costosos trajes. Las palpitaciones de sus corazones ansiosos estaban envueltas en pesados perfumes, que humedecían las camisas y

corbatas elegantes. Se movían dentro de esas ropas y hablaban con la timidez que nunca abandonan los hijos de familia.

Raquel prefería a Cardillo, ajado y sin lugar en este mundo. Fracasado del conservatorio de Milán, se casó con una napolitana, quien lo abandonó después de su primer hijo. Cardillo huyó a América, pero tarde. Aquí le destinaron un cuarto indecente, dos direcciones de parroquias para afinar el órgano y una docena de niñas que estaban deseosas de aprender a cantar en sus casas.

Cardillo se convirtió así en un profesor de música a domicilio.

Al desengaño amoroso se había sumado el del arte y con ambos se abandonó a una vida que le mostró más sorpresas que las que él esperaba. El tiempo sin perspectivas lo obligó a vivir al día y en estos halló personas, pequeños quehaceres, y hasta lealtades que le indicaron que todo lo que antaño persiguió con tanto afán era mentira.

Raquel necesitaba un amor hecho a la medida de su teatralidad. Cardillo era el personaje. El amor entre la alumna y el músico comenzó desde las primeras clases. Argumentó la niña que prefería tomar las lecciones a solas y así eliminó a Blanca, quien se vio en la obligación de cultivar otros pasatiempos. La puerta del salón permanecía cerrada. Nadie se habría atrevido a violar aquella tácita disposición. La madre se inquietó porque de allí no salían notas ni arias, sino un silencio aterrador en que se estaba fraguando un espectacular escándalo. Antes de huir, Raquel simuló la fuga. Guardaba por su padre un entrañable cariño y quiso averiguar si su decisión le acarrearía un dolor muy grande. Un día desapareció y se refugió en una iglesia. Se la buscó por todo Valparaíso, incluso con ayuda de los bomberos. Toda pesquisa fue inútil. Por la noche regresó. Sus padres inquietos la rodearon llorando:

— ¡Te hemos buscado por todo el puerto!

— Estaba bajo el mar — fue la lacónica respuesta.

Al llegar a su dormitorio y enfrentarse con su rostro le sonrió y repetía:

— No se han muerto. Mañana sí me voy.

Escribió entonces una larga carta a su padre explicando su terrible decisión y, en tanto engomaba el sobre, miró desde la ventana a un hombre semicalvo que en medio de la plaza le hacía señas. En aquel momento lo advirtió todo con gran claridad, aun cuando sólo los faroles la proporcionaban. Vio a Cardillo casi viejo y esperanzado, imaginó a su padre durmiendo, el teatro vacío, la iglesia igualmente, y ese día inevitable que se volcaría sobre esta noche única para borrarla para

siempre. Aún era tiempo de arrepentirse, romper la carta y despedir al músico; pero era lo que rodeaba a Cardillo, aquellos árboles y bancos quedos, los faroles y el adoquinado de la calle, lo que le repugnó, de tal manera que prefirió continuar en cualquier circunstancia sus días. Tenía horror a repetir algo. Se acicaló el sombrero de grandes alas, recorrió la casa silenciosa y se detuvo junto al lecho de Blanca, quien dormía con mucha placidez. Al bajar se encaminó hasta el escritorio de su «papacha», como ella cariñosamente lo llamaba, y dejó la carta de adiós sobre un cartapacio. Luego suspiró, miró el salón de noche y buscó la puerta de calle.

Cardillo la aguardaba con dos maletas y un victoria de arriendo. El tren saldría a primera hora y fue necesario pernoctar en un hotel de mala muerte.

Las clases habían terminado.

Cardillo, vuelto a la vida, era un ser ávido que se aferraba a esa jovencita con una necesidad desesperada, como de querer recuperar en ella a otra mujer, años de juventud y hasta la ilusión de llegar a ser un gran compositor. Ella, por el contrario, sólo salía de escena. Lo había hecho en gran parte por dejar una imagen permanente de grandeza entre los suyos. El último acto de su vida estaría siempre representado por la fuga. El resto no contaría para aquel público selecto. Fueron hijos y miserias, Cardillo incluso le fue infiel y las deudas lo volvieron un ser repelente. Pero aún quedaba ese largo viaje en tren para desaparecer.

El padre por la mañana, a los gritos de los sirvientes que no la encontraron por parte alguna, bajó como llevado por una mano misteriosa hasta el escritorio. Tomó la carta y, luego de leerla detenidamente, la dejó caer silenciosa sobre la alfombra. Nunca más la nombró, ni siquiera en la hora de su muerte.

La historia de Raquel significó para Blanca Diana la división del mundo en dos sectores irreconciliables. Sabía que en ambos se consume la gente, pero de distinta manera. En el suyo, rodeado de muchos, viviendo en la seguridad que da mantener la pasión y el vicio a distancia. Sólo para entibiarse las manos en su lejano resplandor. En cambio al mundo de Raquel, todo consumido por aquel devorador fuego, le sobraban siempre los días y estos sólo se justificaban para aguardar una nueva aventura. Así, las dos hermanas quedaron separadas por opuestos insalvables. Lo curioso es constatar que cuanto hacían lo ha-

cían en razón de la otra parte. Las aventuras de Raquel necesitaban de la resonancia que en Blanca alcanzaban, y esta sentía una secreta alegría de saberse la estabilidad que su hermana no era capaz de lograr. En realidad, Blanca vivía en los acontecimientos de Raquel, y esta tenía su seguridad en el zurcido cotidiano de su hermana.

La infancia de Blanca se resolvió en la historia de Raquel.

Con los años, se hacía presente esta última en la casa paterna por medio de cartitas llenas de faltas de ortografía. Siempre narraba alguna desdicha y Blanca recolectaba dinero para ella. También le hizo llegar las fotografías de sus hijos y en ocasiones le envió canastillos con limones de Pica y otros modestos presentes. Con el lavado se le agrietaron las manos, y por todo adorno llevaba un par de cintitas en el pelo descolorido y mustio. Blanca acudió siempre a las citas de su hermana, y ambas se entregaban a recordar la juventud. En verdad si alguien las hubiera visto, jamás habría reconocido a la muchacha indómita de otros años. Habría pensado que Blanca Diana estimaba mucho a aquella florista y la abrazaba. Cardillo la llevó a vivir a un dormitorio con piso de tierra. Como Raquel perdió su condición en plena juventud, se aficionó a establecer amistad con las empleadas domésticas. Ella, que en otro tiempo no se dignó descender al repostero o a la cocina, se vio obligada a ser recibida sólo allí. Junto a su inclinación por las camareras le vino el amor a los gatos. Se rodeó de tal cantidad de ellos que pasaron a primer plano. Todos llevaban un nombre de pila, y en sus cartas hablaba de cada uno, provocando en el señor Sousa los chistes más crueles. Esta mendiga casi nunca visitó la casa de los Sousa en Villacler y Blanca sabía encontrarla en aquellos suburbios. Las sirvientas y toda esa gente muy modesta la querían, ya que, a pesar de su pobreza, Raquel nunca perdió los modales de su clase. Esa inocencia que tienen ciertas mujeres de la alta burguesía, que en medio de los más desgarradores sinsabores, jamás pierden el humor y se hacen cómplices de toda desgracia ajena por inventada que esta sea. Raquel fue la amiga disputada de los arrabales.

Cardillo, borracho, se dejaba ver poco, sobre todo después de la herencia que recibió Raquel. El padre de Blanca se negó a dejar igual fortuna a las dos hermanas, y depositó en Sousa y su mujer todos sus bienes, otorgando a Raquel tan sólo unos bonos sin reajuste, que al poco tiempo se volvieron papeles.

Cuando Raquel enviudó, intentaron mejorar su situación y acercarla a la familia. Blanca le compró la casa en que vivía, pero esto no bastó. Al poco tiempo tuvo que comprársela otra vez. Siempre la ven-

día. Eran muchos los gatos y tantos los conocidos que se hacía difícil volver atrás.

Angelino en una ocasión la vio. Fue al salir del colegio cuando sintió una voz extraña que emergía de un sitio eriazo:

— ¡Angelino!

El niño se detuvo, presintiendo que aquel llamado ajeno le era familiar. Entre los harapos, una mano salió para acariciarlo:

— Yo soy tu tía Raquel.

El niño rápidamente miró en todas direcciones para asegurarse de que no había sido visto por sus compañeros y, sin decir nada, se dejó besar. Ella, desde la más grande lejanía, le sonrió, y era difícil para el niño reconocer a la irreverente Raquel de las historias que hacían vibrar a su madre. Angelino buscó su billetera y sacando todo lo que esta contenía, se lo dio. Ella lo volvió a besar y desapareció.

De regreso a su casa, un rencor y unas lágrimas lo atormentaban. Sabía que la limosna nada repara en un ser fuera de la ley. Pudo llevar el secreto hasta la pieza de su madre, pero no, prefirió traicionar allí mismo esa situación incómoda que sus cortos años no le permitían aceptar, y contó entre risas, como en broma, el encuentro, haciendo reír a su padre. No olvidó Angelino la mirada de su madre, ni dejó de vomitar las veces que sintió avidez por algunos objetos que Raquel guardaba desde los tiempos de su juventud, y que vendió a su sobrino en precios irrisorios. Un tintero y una balanza que habían pertenecido a sus abuelos y que ella sacó a tirones de una caja que guardaba bajo la cama. Angelino le compró todos los testimonios de un gran pasado, para despojarla de la posibilidad de probar entre gente humilde su origen. Raquel vendió todo, incluso varias veces su casa, pero aquellos objetos de tradición los devolvió por poco precio a través de las manos de su sobrino.

Raquel, la noche de la fuga, sabía que su decisión era irrevocable. Todo lo que de allí en adelante se ofreció a sus ojos tuvo para ella el alto precio que la realidad cobra a sus concedores cuando estos la abarcan más allá del límite que deben.

La vida de Raquel como la de su hermana Blanca estaba perfectamente delimitada. Blanca acató esos límites y dentro de ellos intentó el amor y la felicidad. Raquel rompió los márgenes y la experiencia le costó cara. Fue presa de esa inestabilidad que acompaña al que comparte varias realidades simultáneas. Acontece con el recorrido de los

microbuses que se transforman a medida que cruzan los diferentes barrios.

Cardillo muy luego dejó de ser para ella el raptor de Gilda. Aun cuando su desubicación social le aseguró una inestabilidad vitalicia, ella apreció en aquel músico modesto los recursos de que siempre se valió para afrontar la vida. Si por la mañana el frío se adentraba por las rendijas de la ventana y la lluvia aislaba a la pareja, Cardillo hacía para Raquel todo tipo de imitaciones que convertían el cuarto en una fiesta. Como hacen los artistas, transformaba el modesto mobiliario en suntuosas residencias y valiéndose de una toalla o de una vieja maleta, representaba los papeles más increíbles. Ella, que siempre acostumbró a concentrar en su persona la atención de los demás, aprendió a escuchar y valorar las pantomimas ajenas. Cardillo no sólo entretenía a la prisionera, sino que le cocinaba. Era maestro en dos o tres platos italianos. Cuando el dinero faltó, buscó trabajo en una emisora de radio y animó un programa titulado «La melodía en casa». Todo el material lo sacaba de recortes de diarios y revistas que encontró en un viejo álbum. A pesar de que vivían alejados del pueblo, entre dos potreros que se apartaban junto a una media docena de casas y un farol, Cardillo quiso tener allí su piano. A horcajadas en una carreta lechera, hizo traer el piano de cola de Raquel. Desde lejos aquel espectáculo parecía un entierro. Instalado en el cuarto con piso de tierra, Cardillo lo probaba deslizándolo con destreza sus manos sobre el teclado y aseguraba:

— Este piano no se vende, este piano se muere conmigo.

Esta frase la repetía aun cuando el instrumento siempre estuvo a la venta. Había sido enviado por un gran intérprete polaco para la madre de Raquel y llevaba la solemne firma junto al clavijero, sobre el cual en más de una ocasión se guardó la ropa de cama. A la muerte de Cardillo se llevó a remate, y ella esperó a que una fila interminable de posibles compradores se deslizaran por el teclado para probarlo. Ninguno lo hacía como el autor de «La melodía en casa». Tenía Cardillo el encanto de las personas que tocan un instrumento sin las pretensiones de un intérprete. Y Raquel en aquellas noches solitarias con papeles y cartones en las ventanas, se arrimaba a su marido y cantaba para él melodías perdidas entre cerro y cerro sobre el trumao, bien acá de la cordillera de la Costa, donde el caminillo estrecho que guía dos potreros se ensancha y el lugar permite un poblado miserable. El gusto que sentían al cantar a noche perdida lo amenizaban con un vino de mala

calidad y antes de que los vidrios se impregnaran de escarcha, buscaban a tientas el lecho y el amor.

Raquel conoció la alegría.

El piano se fue desafinando como todo lo que viene de la sociedad y permanece alejado de ella. Cardillo, cuando hubo terminado con «La melodía en casa», obligó a Raquel a plantear al señor Sousa el asunto de la injusta herencia recibida en bonos sin valor. Raquel escribió a Blanca y como es de suponer, no obtuvo respuesta. Entonces intentó aquel desgraciado negocio de «la leche instantánea», que obligó al señor Sousa a desembolsar un dinero a su cuñada, dinero que Cardillo perdió. De ahí que las pocas veces que Raquel almorzó en Villacler (no sin antes haber sido obligada por su hermana a tomar un prolongado baño de tina), el señor Sousa, refiriéndose a Cardillo, le hacía aquel chiste de pésimo gusto:

— ¿Y qué tal el músico, siempre do re mi fa?

Al repetir esas notas, ocupaba los dedos en un acto de rapiña. Raquel se sentía obligada a celebrar la broma, pero sus pensamientos y su corazón acudían junto al viejo Cardillo, que abajo en el parque la aguardaba, apretando un cartucho de barquillos y apartando uno, tal vez dos, para ella. Ambos con guantes de lana rotos en los dedos volvían a Limache, dibujando en el vidrio del tren, y admirando todo lo que les habían regalado: cajas de polvo vacías, calcetas de todos tamaños, viejas ropas, chucherías. El señor Sousa, en tanto, se recostaba en su cómodo sillón frente a la chimenea, y narraba aquel cuento sobre Raquel y Cardillo que tanta hilaridad le causaba:

— Raquel se enamoró de Cardillo el primer día que lo vio, y antes de abrirle la reja del jardín, le preguntó a quemarropa: ¿te quieres casar conmigo?

Y el señor Sousa estaba en lo cierto. Alguien se lo había contado y así efectivamente sucedió. Raquel quiso personalmente recibir a su nuevo profesor, y para exteriorizarle su gratitud, le propuso matrimonio. La reja permanecía cerrada y la pareja, tomada de las manos.

— «La leche instantánea», «La melodía en casa»; hizo bien tu padre en dejarle esos bonos a tu hermana.

Si bien Cardillo no dilapidó el dinero a manos llenas, lo hizo con las migas de pan que cuidadosamente juntaba para lanzarlas a los gorriones del camino.

Ésta fue la infancia de Blanca Diana, inmortalizada por este par de mendigos voluntarios, que llenaron sus días de imágenes insólitas e historias descabelladas.

El «papacha» trató en vano de sacar a Blanca de su desinterés, y ni siquiera ofreciéndole una tienda entera de juguetes lo consiguió. Todo le parecía demasiado, nunca exigió nada ni hizo pesar su historia. Devota de la Virgen, para la que guardó lealtad siempre, venerando una estatuilla de plomo de la Milagrosa de los Rayos, sobre el velador. A ella encomendó el alma de Angelino sin el menor resentimiento, y cuando murió Blanca, me hice un deber en depositar dicha estatuilla sobre su pecho. Ahí en la cripta de los Sousa, todo aquello permanece a muchos metros bajo tierra, frente al mar.

La única vez que Blanca, siendo niña, rompió el orden de su vida, fue cuando escribió a aquella gran cantante de ópera, que viajaba en el *Orbita* con destino a Valparaíso, para la temporada del teatro Victoria. Blanca había encontrado en el álbum de divas de su hermana el retrato de esta gran artista, y junto a su «papacha», planeó toda una estrategia para conocerla. El padre le sugirió que le escribiera a uno de los puertos en que el barco hacía escala, y así lo hizo. Éste fue el único secreto entre Blanca y su padre, y él, al sentir que un capricho animaba a su hija, quiso satisfacerla. Dejó que la niña enviara una cartita, pero él a su vez telegrafió a la compañía y pidió hablar personalmente con la cantante. A los pocos días, Blanca recibió una carta de puño y letra de la diva. La firma que aparecía al pie de la tarjeta era idéntica a la que cruzaba el retrato que estaba pegado al álbum. La conmoción fue grande y despertó la codicia de Raquel, quien ofreció cuanto poseía por conseguir aquel trofeo. En la tarjeta se leía: «Querida amiguita, en cuanto el *Orbita* atraque en Valparaíso iré a verla a su casa.»

Los días se hicieron largos, y el del arribo, Blanca y su padre salieron temprano a una florería para comprarla íntegra y vestir de claveles la casa. Blanca escogió un ramo de camelias y las llevaba muy apretadas contra el pecho, en tanto su «papacha», apoyado en el bastón de caña y con el tongo ladeado sobre una oreja, tarareaba una canción. Al llegar a casa, Raquel y su madre salieron desconsoladas:

— ¡Lamentó tanto no encontrarte!

La cantante había llegado en cuanto ellos salieron.

Blanca subió hasta su cuarto y se dejó caer inerte sobre la cama. Por la escala quedaron las camelias esparcidas como flores servidas de un carnaval.

Éste fue el único capricho de Blanca en su niñez. Porque su infancia fue la historia de Raquel.

2. ANGELINO

En realidad ese último viaje a Europa que emprendieron Angelino y Blanca, se debió a los deseos del señor Sousa de apartar a la familia por un tiempo y permitirse una convivencia tranquila con su querida de turno. Éstas, que iban desde las costureras de su esposa hasta las amigas de su hijo, sabían que el señor Sousa jamás abandonaría su hogar ni dejaría de cenar en casa todos los días. Así, el señor Sousa se acostumbró a comer dos y tres veces, y a responder en tono airado cuando Blanca le rogaba que se sirviera «otro poquito». Las insistencias de Blanca desataban en su esposo violentas negativas. Parecía que Blanca se vengaba de este modo del embuste diario.

—¿Un poquito?...

—¡No, señora! —era la terca respuesta.

Ni siquiera el señor Sousa tuvo delicadezas para con ella durante un cumpleaños o un aniversario de matrimonio. Cuando los parientes rodeaban la mesa repleta de pasteles y tortas encendidas, el señor Sousa se excusaba levantándose repentinamente y apartaba en un gesto teatral la servilleta:

—Me olvidaba, tengo una reunión urgente en el Club Hípico.

Blanca, salvando la situación, lo besaba tiernamente en la frente para quitar toda sospecha de la mente de los invitados. Durante uno de esos aniversarios interrumpidos, Raquel le susurró a Angelino al oído:

—No debieras permitir esto. Busca a tu padre y lo traes de vuelta a la mesa. ¿No eres tú tan valiente?

Esta última frase encendió el amor propio del muchacho, quien, levantándose rojo de vergüenza, siguió a su padre a través del parque.

Saldías ya estaba haciendo girar la manivela del automóvil y dentro el señor Sousa fumaba con gran aplomo. Angelino no alcanzó a llegar a tiempo. El auto enfilaba a la puerta del patio. Entonces el joven valiéndose de un durazno bien maduro, se lo lanzó brutalmente contra el vidrio trasero. El automóvil se detuvo y a Angelino le fue imposible suspender allí esa manifestación y debió continuarla precipitándose contra la puerta del coche. Al abrirla se encontró con aquel ser impecable y

frío que era su padre. Éste había cambiado repentinamente ese sentimiento de culpa con que vivía por un rencor y una crueldad terribles:

— ¿Qué hay, qué te sucede?

— ¡Vuelve a la fiesta!

Sabía el señor Sousa que Angelino no se atrevería a agregar nada más. Por ello lo había tuteado: «Vuelve a la fiesta». ¡Tutear al señor Sousa! La relación padre e hijo no contaba, se abría así el diálogo de hombre a hombre. «¡Vuelve!» Ahora el señor Sousa le respondería de igual modo:

— ¿Te ha faltado algo? ¿No estás en el mejor colegio?

Estas frases respondían a la moral del señor Sousa, que no iba más allá del no robar.

El muchacho retrocedió y volvió lentamente al hogar.

Saldías bajó del auto para cerrar la puerta. Aun cuando un grueso vidrio biselado aislaba al chofer, éste no sólo lo escuchó todo, sino que le fue imposible tomar partido.

Quando las relaciones entre los esposos Sousa se complicaban, Blanca Diana tomaba la iniciativa de viajar. Esta decisión llenaba de melancolía al señor Sousa, quien viéndose libre de la vigilancia cotidiana, se aburría con sus amantes y comenzaba a insistir a su esposa, por medio de una empalagosa correspondencia, que regresara, que la amaba, que no podía vivir sin ella. Las aventuras se llaman amor para los seres bien instalados y que lo tienen todo. Prefieren un beso mal dado en el lugar más insólito, que una amante establecida durmiendo en la cama de la esposa ausente y con su camisón de noche. Este juego era recíproco, ya que Blanca prefería dudar del señor Sousa que echarlo de menos.

Una vez que ella estaba a bordo se sentía otra y empezaba a latir su corazón de manera nueva a cada sacudida que hacía el barco al desatracar del muelle. El señor Sousa se achicaba y al cabo de algún tiempo, era difícil distinguir su pañuelo blanco del de otros parientes que también decían adiós.

Esos viajes con mi madre resultaban interminables. Ella seguía en los barcos y después en los hoteles, llevando la misma vida metódica que hacía en casa. Recostada en una silla plegable, zurría sobre el puente, manteniendo con los pasajeros buenas relaciones, pero distantes. Nunca la vi gastarse una liviandad con ninguno, ni abandonar el

camarote de noche. En el último viaje que hicimos a Europa, no le faltaron enamorados. Se turnaron estos desde un oficial muy apuesto, pasando por el médico de a bordo, hasta llegar a un simple «vigia del fuoco», que era el más directo y simpático de todos. Manifestaba su afecto trayéndonos postres y golosinas a deshoras y tranquilizándonos ante cualquier eventualidad. Nos aseguraba que el primer bote salvavidas sería el nuestro, y que él estaría durante toda la tragedia muy cerca para socorrernos. Mi madre no se conmovía con nadie y no reemplazaba sus prácticas religiosas por ningún enamorado terrenal.

A veces pienso que si este viaje lo hubiéramos hecho con mi tía Raquel, las cosas habrían sido diferentes, incluso otro el rumbo del trasatlántico.

Tampoco se dignaba bajar en los puertos que tocábamos durante la travesía. Siempre un dolor de cabeza o un quehacer la retenían a bordo. Sospecho que lo hacía para dejarme libre. Por las noches cuando la veía incorporarse y abandonar el salón, sentía la dicha del que no es vigilado. Nunca se quedó al baile nocturno, ni conoció mis amores fugaces. Nada dijo de las altas horas a que yo me recogía, ni dejó de darme el dinero necesario para comprar recuerdos en los puertos y amores al amanecer. Sólo el domingo me exigía la misa obligatoria. Era difícil lograr el recogimiento en esa capilla de cristales, donde un capellán bien mundano se rodeaba de los músicos de la víspera para tocar y cantar a Dios. Afuera el horizonte imposible de precisar entre cielo y océano. Nos mecíamos blandamente, y a la elevación del cáliz sucedía la de la popa, que dejaba patinando en banda a la gigantesca hélice. Misa cabeceada entre violines y violonchelos trasnochados, ése era el oficio. Aun cuando debo señalar que mi digna madre y su devoción volvían las cosas de Dios a su lugar.

La temporada más larga fue el año que vivimos en París. Mi madre conocía esa ciudad muy bien y fue para mí una guía excepcional. Cuando quería enseñarme algún monumento, me pedía que cerrara los ojos y la siguiera tomado de la mano hasta enfrentar aquella belleza y abrirlos de golpe. Mi entusiasmo nunca fue muy profundo. Es ésa una ciudad que obliga al extranjero a transitarla sin tregua, admirarla por fuera y vivirla mal por dentro. Lo mejor que posee París es su cara. Porque en aquellos tiempos de mi viaje, el agua era escasa y las tuberías recorrían los cielos rasos haciendo perder su brillo a las viejas molduras.

Cuando entramos en París, llovía. Unos goterones sucios daban sobre los postigos cerrados de ese domingo por la mañana. El taxi cruzó frente al Louvre, y mi madre me lo enseñó. Yo lo recuerdo al revés. Siempre acontece que lo que se ve por primera vez, se ve mal ubicado. Con el tiempo los sitios ocupan el lugar común y se entienden. Pero así, una ciudad sorprendida en un domingo por la mañana es distinta. ¡Yo que había soñado con una capital grandiosa, una ópera espléndida y grandes galerías y personajes célebres en cada esquina! Difícil fue encontrar un restaurante abierto, y por lo medido de la mantequilla, los contados terrones de azúcar, y la poca leche que vertían en la taza, me di cuenta de que en Europa se come mal. Pensé en Villacler, en Recreo, y en el campero huasca en mano, nombrando al piño de vacas por su nombre, para enfilas dentro del establo y sacar los tarros de leche espumosa que después llevaban por el espeso arenal, en esas carretas con toldos de cuero y que ponían en el tren ordinario. La fruta se caía, la enfriadora de leche era un juguete de mi padre, la mantequilla una aventura para mostrar a los vecinos el papel impreso que llevaba nuestras firmas. Y aquí, en una taza sin oreja, un parroquiano untaba un ridículo pan sin ancho, en ese café con leche, y lo saboreaba durante tanto tiempo.

Mi madre quería sentirse sola, mi padre también, y yo volver. Por la noche abrí las puertas de mi balcón que daban sobre el Palais-Royal, y grité:

— ¡No soy feliz! ¡No soy feliz!

Esta frase hizo reír a mi madre, quien la transmitió por carta y fue la anécdota de sus amigos y parientes. Como ella era muy tímida, mi padre, hablando de nuestro último viaje, solía imitarme de pie frente a los techos de París, y lloriquear así:

— ¡No soy feliz! ¡No soy feliz!

La malicia de los señores y señoras cerraba esas frases con unas carcajadas suaves al comienzo y luego enervantes y contagiosas.

Mi madre prefirió cambiar de hotel, y así dejamos el del Palais-Royal, para retroceder una cuadra e instalarnos en uno de la calle Richelieu, bien cerca de la Comedia Francesa, casi al llegar a la esquina de la calle Molière. El departamento que ocupábamos tenía dos balcones a la calle y varios dormitorios. Estaba en un quinto piso y su vista eran las ventanas de enfrente y esa cantidad de rejas y chimeneas que

se ven sobre los techos. Prefiero recordar los días en que habitamos en el del Palais-Royal. Allí pasé mi primera noche y antes de bajar al comedor, le expresé a mi madre deseos de dar una vuelta. Salí, anochece. Crucé las arcadas y me ubiqué junto al arco del Carrousel, desde ahí se insinuaba como una masa oscura el palacio. No había nadie. Sólo un vendedor de castañas asadas que pasó muy cerca con su carrito de latón. Compré un cartucho, me quemaba las manos. La noche me obligó a volver al hotel. Al día siguiente las lluvias fueron derribando las hojas muertas y aguadas del otoño, y yo, ansioso, traté de alcanzar la iglesia de Nôtre Dame sin conseguirlo. Llovía y la catedral me parecía cercana, siendo cada vez más difícil llegar hasta sus puertas. Regresé destilando. Al día subsiguiente, la ciudad amaneció nublada para siempre. El sol se dejaría ver tan sólo como una esfera incolora, que cruzaría el firmamento sin alterar en nada ese invierno. Las fachadas tristes, las calles conocidas, tenían mi identidad. Es como lo que sucede con el ser amado a cuyo rostro vuelan a colocarse nuestras facciones. Esta ciudad con mi identidad, transitada antaño en la totalidad de mis sueños, se mostraba ahora reticente conmigo. Tenían sus puertas y ventanas, sus muros y templos más personalidad que la de los transeúntes de turno que ocupaban sus días respetando, admirando o fotografiando aquello. A las tres de la tarde, todo gris y blanco con verde muerto y ramas, la gente laborando muy adentro con luz encendida en pleno día y yo deambulando, haciendo sonar la estridente campanilla de los anticuarios y galerías de arte.

Mi madre me insinuó que tomara algunas clases de francés o bien de pintura, para lo que ella tenía muchas condiciones. Crucé el Sena y me matriculé en un curso libre de pintura en la Escuela de Bellas Artes. Mi diversión consistió en observar a los alumnos de todas las razas tratando de alcanzar esas famas de libro de bolsillo que he visto en las novelas e incluso hoy llevadas al cinematógrafo. Nunca he tenido talento para la pintura. No estaba ahí mi destino, así es que esas clases sólo las continuaba para satisfacer a mi madre, quien terminó por pedirme le prestara mis útiles e intentó paisajear con ellos. Incluso realizó un retrato de la dueña del hotel y otro de la conserje que no estuvieron mal. Yo, no distinguiendo bien al maestro del *massier*, me largué a la calle en cuanto pude. No conocía a nadie y el interés lo puse en las colecciones fabulosas del arte egipcio, griego y medieval que se exhibían en las vitrinas. Como me recibían de mala gana, debido tal vez a mis cortos años y a una larga bufanda negra que me llegaba hasta los

tobillos, mentí argumentando que yo era un sudamericano hijo de un coleccionista muy rico que buscaba para él, antigüedades con certificado. Así jugaba al gran señor con aquellos entendidos que amaban tanto su preciosa mercancía que les resultaba penoso deshacerse de ella. Entre embustes fui haciéndome conoecedor, y ellos, cuando adivinaron que sólo me movía el gusto por aquellas cosas, me aceptaron y enseñaron. Tuve así una gran cantidad de amigos.

En uno de esos anticuarios conocí a Thérèse. Era una jovencita de dieciocho años con dos chapecitos y cuatro cintas, que dejó Burdeos para venir a París. Pretextó estudiar alta costura y sus padres consintieron, porque tenía un hermano aquí en la Escuela Politécnica. Pero Thérèse no se avenía con él y sólo en contadas ocasiones se vieron. Una vez llegada se enamoró a Adrien, un alumno de arquitectura que suspendió sus estudios a causa de un accidente y vivía de cobrar una pensión al Estado. Arrendaron un cuarto en el Barrio Latino. Thérèse se desempeñaba como secretaria de madame Lenoir en La Flor de Lys, un anticuario muy revuelto que había tenido su esplendor en tiempos del esposo de madame y que desde hacía años se mantenía con todo tipo de despojos. Mientras Thérèse trabajaba duro en limpiar bronce y marfiles, presentar las vitrinas, Adrien permanecía en casa rodeado de una cantidad de amigos de ella, que terminaron por ser sus amantes. Incluso Thérèse debía preocuparse de comprar la comida después del trabajo y a veces necesitó robar las frutas y verduras porque no les alcanzaba. En más de una ocasión me topé con Adrien, bastón en mano, del brazo de alguna amiga de Thérèse bajo las arcadas de la calle de Rivoli.

Cuando ella me invitó a cenar, Adrien para demostrarme afecto, quitó la puerta de su pieza y la colocó de mesa sobre dos caballetes. Allí esparció cuanta verdura y rastrojo consiguió traer Thérèse. La escala que comunicaba con aquel aposento era tortuosa y la casa se había inclinado hacia la calle, siendo apuntalada por una descomunal estaca. Al terminar la cena, Thérèse se ofreció para acompañarme hasta la puerta, y Adrien en un gesto de celos y al mismo tiempo de culpa, se precipitó sobre la baranda y blandió el bastón gritando en tanto nosotros bajábamos tomados de las manos.

Así nació mi amor por Thérèse. Caminando a lo largo de París con todas las ventanas y puertas en contra, buscando un rincón para besarnos. El amor cambió el orden de las cosas. Comencé a vivir de noche y a dormir por las mañanas. Mi madre se inquietó por el intenso frío que nos cubrió durante ese invierno. Como no teníamos un lugar y

yo no me atrevía a llevar a esa mujer ajena al hotel, ni tampoco presentarme en casa de Adrien, la solución estaba en las plazas y en los cafés. El viento helado me calaba las orejas y la nieve blanda cubría todas las calles y rebordes de las fachadas. Las fuentes se congelaron y al león que había en la esquina de la calle Molière le salía por la boca un chorro de hielo hasta la superficie. Había cañerías que se reventaban y el agua antes de caer formaba figuras en contacto con el aire.

Al cabo de algunas semanas, Adrien le propuso a Thérèse separarse por algún tiempo para resolver el amor que se tenían. Ella se quedó con el departamento, adonde yo acudí a diario. Teníamos una modesta estufa a petróleo y yo debía hacer interminables colas frente a los almacenes para procurarme una botella. En aquella pieza irregular que terminaba en un cielo raso que se juntaba en un extremo con el piso, conocí el amor. Éste duró hasta la época de los deshielos, cuando la nieve resbalaba sobre los techos. Era Thérèse pequeña y desde el primer momento nos unió una afinidad completa. Antes de entrar en contacto con ella, sentía yo el placer y una vez enlazados me resultaba imposible dejarla. Empecé a quedarme por las noches y a no levantarme durante el día. Mi madre me buscó entonces y dio con mi paradero. Yo le prometí que volvería, ella no quiso conocer a Thérèse y aceptó mi palabra.

La convivencia entre nosotros nunca más la olvidaré. Estaba hecha de los más vulgares detalles comunes a toda pareja feliz. Nos amábamos y las palabras sobraban. No teníamos nada y vivíamos así con toda la ternura a nuestra disposición. Me hubiera gustado fotografiar los rincones que mirábamos cuando estábamos juntos, el recodo de la escala, la verja del jardín, cualquier lugar de aquella casona. Sólo ella nos acogió y fueron testigos de nuestra pasión sus muros, sus postigos, la monumental estaca que nos apuntalaba por fuera. Incluso la economía anduvo mejor y Thérèse pudo evitarse la molestia de rastrojear verduras de los puestos ambulantes. Mis ahorros nos sirvieron un tiempo. Vendí además una estatuilla egipcia policromada y aun cuando no me dieron lo que pagué por ella, recuperé buena parte del valor.

Con la aparición de las flores, Thérèse sintió aquellos síntomas que hicieron más difíciles las cosas. Estaba encinta, había que tomar un acuerdo. Por esos días regresó Adrien y me obligó a volver al hotel de la calle Richelieu.

Adrien resolvió asumir el delicado asunto del aborto de nuestro

hijo. Yo no me atrevía a revelar nada a mi madre y perdí ante Thérèse todo lo que para ella significaba. Caminábamos por los arrabales buscando una dirección dudosa, Adrien y ella adelante muy unidos y yo atrás sintiendo que mi actitud comedida e inútil no ayudaba en nada a la pareja. El día señalado, Adrien no me dejó acompañarlos y paseé por las calles sin rumbo. Había riesgo y el cielo estaba nublado. El último recuerdo que tuve de Thérèse fue cuando al subirse al autobús me miró. Yo estaba lejos. Ella decidía. En eso habían ido a parar el amor y la ternura. No me atreví a sacar a relucir mis viejos preceptos de creyente. Esa moralidad no hablaba por mi boca, ella disponía de una vida independiente, pero muy adentro de su cuerpo. Era tan dueña. Adrien tomaba el problema como propio, pero también pagaba así el precio de su libertad.

Esa noche en el hotel no pude alcanzar la cama y me caí. Mi madre, viéndome en aquel estado deplorable, resolvió abandonar Francia e iniciar nuestro viaje a Italia. Partimos al atardecer y atravesamos Suiza de noche con luna sobre ese lago. Al amanecer estábamos en Italia y al mediodía en Venecia.

Intenté llamar por teléfono a la tienda para preguntar por ella. A mi regreso a París, una tarde que llevaba unos iconos griegos de vuelta a un anticuario, una mujer me llamó desde las sombras de la Comedia Francesa. Al principio no la reconocí. Estaba con amigas. Era Thérèse. Había cubierto su cara de una pasta espesa y blanca, destacándose en ella los ojos rodeados de sueño y desorden. Me acerqué y le di la mano. Su voz quebrada era distante. Me sonrió con afecto tras esa máscara blanca. Recuerdo algo parecido en esas muñecas siniestras de Japón. No se permitía ni siquiera los recuerdos. Sólo los ojos daban cuenta de nuestra historia. Miré entonces el reloj, eran las siete de la tarde. Encendían los faroles y un auto cruzó veloz hacia el Sena. Entonces fijé ese momento como tortura y detuve esa ciudad en esa hora y ese día. Reconocía la culpa y esperaba la voz de Dios. No como Caín oculto tras una mata. No temía tanto aquella voz atronadora, sino a que Thérèse diera un paso siquiera. Si el tiempo continuó, fue otro y si ella se deslizó por el mundo, lo hizo por uno que ya le pertenecía enteramente. El nuestro había llegado hasta las siete de la tarde que fijaba el reloj de la torre de la iglesia. La máscara blanca fue lo que me obligó a recordar como su última cara, y aquellos versos de la Bérénice de Racine, como sus últimas palabras:

– Adiós, señor, por última vez, adiós.

Había nacido la mestiza, hija de un belitre del Santo Oficio, y por los incidentes que voy a narrar más adelante, su vida se descompaginó como mazo de cartas que sorpresivamente se le saltan a alguno de las manos: vi de vuelta al gobernador Zapiola en su cabalgadura. Tenía el dolor batiéndole el alma. ¡Por tan leve asunto resolvió dejarla! Ella la mestiza esclava había guardado por Zapiola antiguas costumbres y significaba esta actitud la sola estabilidad del mandatario en este mundo de ventisca y cambio. Cuando ella le rogó que no adelantara en la penumbra de la sala, Zapiola desoyendo la orden, recorrió de un manotazo la cortina y la encontró calva, sin pelo, horrorizada. Entre llantos le mostró los restos de su cabellera. El sol los exponía al viento y desordenados se esparcían por la estancia.

— ¡Pareces una niña!

La prefería madura con la nuca abultada por el moño, deslizándose amplia la línea que unía los extremos de la nariz maravillosa y el mentón preciso. Ahora rabona con ese flequillo sobre los ojos no se comunicaban las líneas de su cara con nada:

— ¡Ponte un pañuelo y no salgas en dos meses!

— Nunca me decidía, el pelo estaba enfermo, había que hacerlo.

Zapiola subió con dificultad al pingo y distribuyó más azotes que los de costumbre. La tarde traía a relieve las figuras que uno imagina de los cerros. Una que otra rama le resbalaba por el rostro. Al doblar la cuesta del Membri- llo, hundió los espolines y fue tan veloz el salto que las lágrimas del goberna- dor enamorado antes de salir de los ojos ya estaban en el viento. ¡Hija de perra, sin consideraciones para con nadie! «Nunca me decidía, el pelo estaba enfer- mo, había que hacerlo.» ¡Cabeza de muchacho pedigüeño de las plazas, perdido de las ferias!

Por esto los ángeles custodios dieron varias muertes a elección a la des- dichada. Unos la encontraron desvanecida acodada a la ventana, mirando sin vida su llegada; otros, en un desparramo de ropa limpia y hubo incluso quie- nes la descubrieron aferrada a la baranda.

Era natural encontrarla muerta en todas partes.

Zapiola en realidad la dejó por recados que le enviaron desde la corte:

— ¿Qué tenemos hoy en la carpeta?

La casaca de Zapiola se acomodaba al día, confundiéndose los tonos su- cios del cielo y ese celeste de terciopelo raído en cuyas bocamangas se desfloca- ban las múltiples pasamanerías y encajes.

3. EL SEÑOR SOUSA

El verano había terminado y el señor Sousa permanecía meditabundo en aquel balneario solitario. El desparramo de mesas y sillas, los papeles y basuras indicaban que los veraneantes no regresarían. Desórdenes similares se ven en las salas de clase al toque de la última campana. La terraza embaldosada de verde esmeralda, sucia de arena, se desplazaba bien adentro en el mar, oponiendo a la bruma de aquella tarde esa baranda de fierro a través de la cual se colarían las olas que lo empañarían todo. Parecía que el mar avanzaba sobre ese último día de verano y el señor Sousa, solo, apoyado sobre el mango de su bastón, no sabía cuál de todas estas superficies le devolvería sus tristes meditaciones; si la terraza, la playa o el mar borroneado en su horizonte. Los papeles y desperdicios rodaron veloces y un remolino los cogió haciéndolos desaparecer. El señor Sousa se levantó el cuello del abrigo y no pudo dejar aquel lugar. Se halló sorprendido entre dos tiempos. Si bien su vida se enfrentaba hoy y sólo hoy con una especie de remordimiento, no por ello no se sentía satisfecho de haber hecho siempre lo que quiso. Estaba a medias acobardado, a medias arrepentido, a medias vivo. Sólo el tiempo, la enfermedad y la muerte lo vencerían, y ante este espectáculo de verano terminado, se encontró viejo y no pudo incorporarse y salir.

La silueta de un mozo se divisaba tras el vidrio de la cocina. Una débil ampolleta iluminaba el interior. La llovizna se precipitó entonces sobre la terraza y la fue cubriendo lentamente. El señor Sousa cruzó sus enguantadas manos. Las monumentales olas no respetaban ya a la barandilla y se levantaban verticales muy arriba para desplomarse rotundas sobre la superficie del piso, deslizándose ansiosas como buscando algo. Había a lo largo de la playa pájaros moribundos y tras la niebla persistente, grandes acantilados que dejaban sus fauces abiertas a la llovizna y al vuelo errante de las gaviotas. El señor Sousa no se movió. Al llegar la noche encendieron en el puerto ese ribete de luces y el mozo, provisto de un paraguas, salió para socorrerlo. Atravesó la terraza y lo zamarreó fuerte por los hombros:

— Señor, ya es muy tarde...

— Lo sé, lo sé — fue la dolida respuesta.

— Vamos a cerrar... es hora.

Y el señor Sousa tomándose del brazo del garzón, lo siguió mientras este lo cubría con su paraguas.

Durante el breve lapso en que el señor Sousa amó a su esposa, le fue fiel y servicial. El amor facilita el buen comportamiento para con el ser amado y alcanza incluso a los que rodean la pareja. Al principio, el señor Sousa siempre estuvo dispuesto a llevar a Blanca a todas partes y adivinar sus más extravagantes deseos. Invertía horas en buscar regalos preciosos para halagarla. Ella entonces se enamoró no de aquel galán que cumplía con las convenciones vulgares del amor, sino del verdadero Sousa, ese hombre sin miramientos para con nadie, egoísta y fuerte, que usó de la misma violencia con que maltrataba al mundo para con ella, cuando ésta se le atravesó en su camino. El señor Sousa no sabía de este noble sentimiento. Su puerilidad le impedía asumir a las personas, y cuando un compromiso lo ataba, buscaba desesperado la manera de sentirse libre otra vez.

Blanca Diana, con su conducta ejemplar, diseñó para el señor Sousa una culpa vitalicia. La virtud de su mujer lo vistió a él de mala calidad, y el pobre vivió sintiéndose perverso. Ella, es cierto, casi no tenía defectos, y desde ese lugar privilegiado presionaba moralmente a su esposo.

No podemos culpar a un gordo de que coma el doble a la mesa que un flaco, no podemos culpar a un gato de que salga de noche, no podemos hacer rezar a un vivo, no podemos.

Ella, cuando se sintió abandonada, tomó como armas la resignación y el silencio. El señor Sousa debía entonces desenrollar a diario la mentira en su presencia. Tal vez Blanca adquirió con el tiempo el buen humor, y se divirtió cuando su esposo justificaba sus atrasos, explicando el complicado juego del golf en compañía de sus fantasmales amigos. Ponía el acento en narrar lo acontecido junto al hoyo número veinte, y las dificultades y contratiempos para hacer caer en él la diminuta pelota. Como el silencio de Blanca no contribuía a sostener el embuste, el señor Sousa las emprendía con los relojes de la casa y se colgaba de los péndulos del Grandfather o le pasaba los dedos al polvo acumulado en un mueble, o lanzaba los guantes y el sombrero sobre la cama para pedir a gritos la comida y hacer buscar a Saldías la bola forrada en badana y golpearla sin tregua contra el gong.

Las rabetas del señor Sousa eran contra su propia vida. No entendía que Blanca lo amara, y al mismo tiempo le exigía que no suspendiera esa pasión a perpetuidad de la cual él vivía y estaba tan acostumbrado.

Nadie había visto llorar al señor Sousa. Parece que esto le ocurría sólo cuando sentía pena de su persona. Ni siquiera le sucedió a la muerte de Angelino. Personalmente estuvo preocupado de los funerales. Amaba el orden y la organización. Tomaba cualquier diligencia y la llevaba con meticulosidad a feliz término, ya se tratara de una recomendación, un paño para un terno o el entierro de su único hijo. Ese día estuvo atendiendo a las visitas y el teléfono. Lo contestaba con entera sangre fría. Se preocupó de escoger la mejor corbata de luto, el mejor sombrero y probarse su perla mil veces. Encabezó el cortejo y durante el responso en el cementerio, se asomó curioso a la cripta para ubicar el cajón de su madre de entre los restantes. Cuando lo descubrió, dio un grito de felicidad y llamó a Saldías:

—¡Saldías, ven a ver, mira cómo está mi madre, si ya no queda nada!

El sacerdote y los deudos suspendieron por unos segundos la oración fúnebre y miraron al señor Sousa de reojo, que inclinado sobre la tumba le hacía señas al mayordomo para mostrarle su original descubrimiento.

Después del entierro estuvo dedicado a responder las tarjetas de condolencia. Nunca el señor Sousa se mostró tan atareado, y jamás su hijo le dio tanta alegría. Sin embargo, después de la muerte de Angelino, el señor Sousa perdió a Blanca. Su original manera de ser ya no la conmovió y los años, tan ingratos para con el encanto personal, hicieron repetirse al señor Sousa y hacerse insoportable incluso a los que más lo querían. Ni siquiera pudo ofrecer a Blanca un ramo de flores, porque una vez que lo intentó, ella no se las recibió, sospechando que eran flores con otro destino. Sus chistes se volvieron huecos, y aunque se esforzó en hacer reír a sus amigos con las conocidas anécdotas de su vida, no lo consiguió. Mucha gente le quitó el saludo y él, que acostumbraba a no cubrirse de tanto que lo hacían, se detenía a llorar de pie en las aceras. Entonces se acordó del Dios padre de los hombres y se le rindió. Tarde, pero no del todo. La vejez le anunciaba al señor Sousa el fin. En el cielo de Blanca y de Angelino no podría recordar sus comienzos. Éstos estaban borrados tanto allí como en el tiempo. No debemos justificar nada con lo que nos correspondió como niñez, ni con los padres que nos hicieron. Pero en algo influyen éstos y esos comienzos.

La madre del señor Sousa había sido una puritana bastante poco

inteligente, que siguió a su esposo hasta un viejo molino de San Carlos. Bajo aquellas aspas, ella le dio seis hijos y él, una viudez precoz. El padre murió una mañana mientras se afeitaba. Narraba el señor Sousa que lo encontró de espaldas muerto, con una espesa barba de jabón. El resto fue un largo andén, y él de la mano de su madre en su trajecito marinero.

Cuando el señor Sousa conoció a Blanca, primero se enamoró de Raquel, y ésta, adivinando la calaña de galán que era, lo despreció. Así Sousa se fijó en la hermana menor. La llevó de la iglesia en un coche con todo el frente curvo y de cristal, y a la luna de miel, en una goleta movediza que dejaba entrar una ola entera por la escotilla.

Después del nacimiento de Angelino, se dedicó a viajar y no volver, pretextando interesarse por completar sus colecciones de cuadros en las galerías de Europa. Allí, envuelto en una bandera, cantaba la canción nacional a los pintores en sus talleres. Compró la más fabulosa colección de falsificaciones, papeles barnizados y pastiches que uno pueda imaginar.

Si es que Blanca no enferma, el señor Sousa no vuelve.

La doble vida del señor Sousa llegó a dividirlo a él en dos partes iguales. Si en los primeros años sus aventuras estaban en desigualdad frente a la estabilidad de su hogar y a los principios de Blanca, con los años ésta fue perdiendo esa prioridad y nivelándose con las casas ocultas y las exigencias de esas amantes. Como pararse con un pie en cada tramo de un balancín y fijarlo a nivel. Esta situación de equilibrio entre el mundo que se atrevía a exhibir y aquel otro clandestino, hizo creer al señor Sousa que lo poseía todo. Pero como sucede en ese juego en que dos partes tiran de una cuerda para atraerse a la otra, el señor Sousa no pudo, llegado el momento, armonizarlos. Para escapar de ambas, se refugiaba en su pinacoteca y allí resolvía, o más bien aguardaba, a que todo volviera a la normalidad.

El dinero le ayudaba a solucionar los problemas en el lado oculto de su vida. Compraba a diario el derecho de volver a su propio hogar. Al dejar el burdel o las casas de sus queridas, sabía Sousa que las liberaba de su presencia, otorgándoles las facilidades para que lo engañaran a su vez. Era la compensación que éstas sentían al verse excluidas de la intensa vida social que tanto él como Blanca llevaban.

No sabía Sousa qué sentimiento era más legítimo en él: si los celos que estas putas le despertaban por la noche o la piedad que sentía

por ellas al no poder presentarlas en sociedad. Se lo llevaba comparando a Blanca con sus amantes, y tratando en vano de igualarlas. Resultaba difícil, y debió aceptar que las clases y sus costumbres son una fatalidad. No es que estas mujeres sean menos que aquéllas, son diferentes, pensaba, eso es todo, y tal vez estaba en lo cierto. La sinceridad en uno y otro caso era con respecto a diferentes experiencias, en relación con distintos enfoques de la realidad. No cumplían ambas clases de mujeres con las mismas reglas, ni consideraban la lealtad en relación con los mismos principios. El señor Sousa sabía muy bien todo lo que le correspondía como deber ante Blanca y su mundo, pero el otro le era tan desconocido y atrayente que le apasionaba descubrir de él sus obligaciones. A su vez sus amantes lo requerían porque nada le podían exigir. Con hombres de su propia condición mantenían ellas aquel intrincado diálogo que Sousa sostenía con Blanca. Muchas veces el señor Sousa retuvo en la cama a alguna de sus queridas, para que le contara sus problemas, o él le planteaba los suyos y así percibir la distancia que los separaba y la imposibilidad del amor. Si alguna vez creyó estar enamorado, este sentimiento se lo inventó e hizo bien. Así evitó sufrir llegado el momento de la ruptura. Ninguna de estas amantes lo acompañó cuando él les suspendió la cuota mensual.

Sin saberlo, Blanca se benefició de todo esto, porque el señor Sousa aprendió a liberarse sexualmente junto a las rameras y a tomar a su mujer como a una de ellas, obligándola a dejar de lado los ritos del pudor.

Cuando pagaba afuera, en el fondo nada daba él a esas mujeres sanas y desposeídas sólo de dinero artificial. Sabían comer, conocer a una mala persona, amar y gozar con verdadera sinceridad de los limitados y precarios placeres de este mundo. Rehuían los goces culturales y las fastuosidades. Si tenían alguna vanidad era la lícita, la necesaria para hacerse apetecibles. El señor Sousa trató en vano de pulir a estas damas que se limpiaban los oídos revolcándose un palo de fósforo en presencia del resto, o que trataban sus cuerpos con una consideración exagerada. No sabían vestir, ni estaban sus ojos acostumbrados a rechazar las estridencias. Un sentimentalismo perfumaba sus ambientes y sembraban de bibelots y muñecos de mal gusto los sillones, repisas y camas. Y entre ese atochamiento de recuerdos, ellas sólo ocupaban un lugar más, siendo a los ojos del señor Sousa el más enternecedor de todos. La pena, la tristeza, estaban proscritas entre esa gente, y cuando el señor Sousa las llevaba en la cara, lo obligaban a dejarlas de lado. También le explicaron

que allí se trataba de gozar cada uno por su cuenta, y la primera regla que circulaba en el ambiente era la de «piensa por ti». Lo único que el señor Sousa nunca aceptó fue la falsía y cómo el embuste era la moneda más usual. Allí se mentía con descaro, y luego se amenazaba como para quitar toda sospecha. El engaño era la salida, y el señor Sousa lo tomó por costumbre. Aplicó aquellas asperezas en su casa y entre sus amigos se hizo el hombre fuerte. Ellas a su vez imitaban a Blanca, haciendo mofa de sus modales que en el fondo envidiaban. En más de una ocasión, encontró Blanca la fotografía de su esposo en el velador de su costurera, y éstas tuvieron que disimular e ignorarlo cuando lo vieron del brazo de Blanca en la calle. También el señor Sousa pagó su pecado siendo atendido de vez en cuando por el médico de la familia, quien después de recetar a Blanca alguna oblea, volvía a ingresar en la casa por la puerta de servicio para hacerle las vergonzosas curaciones con mercurio. Lo que sí temía Sousa eran los terremotos, momentos en los que sentía que la paciencia de Dios no era infinita y que todo ese desajuste estaba hecho para castigarlo a él. Descontrolado, mientras las columnas de Villacler se bamboleaban, se daba de golpes implorando a la tierra que se calmase. En tanto hacía votos de una mejor vida, miraba de reojo sus porcelanas chinas y los cuadros que cubrían los muros.

Tenía trescientos sesenta y cinco pares de calcetines, uno para cada día del año, lo bautizaron a la fuerza el día de su matrimonio, y antes de morir hizo traer dos juegos de manillas de ataúd para escoger. Jamás fue a misa, y al señor cura le devolvió las visitas mandándole botellas de un vino de cien años que guardaba en la bodega. Vinos que Saldías hacía desfilar por el comedor en una bandeja de plata, envueltos en telarañas.

A la muerte de Raquel, se sintió aliviado. Había sido la única que lo rechazó, y el señor Sousa se alegró de su negro destino. Con su muerte descansó de esa mujer que en el fondo sabía más valiente y más sincera que él.

El señor Sousa permaneció más de lo debido en aquella terraza abandonada al mar y a la lluvia.

El dueño de dos casas y una valiosa pinacoteca soportaba mojar-se como cardillo entre los árboles de Villacler.

Había hecho ensanchar el vestíbulo del segundo piso y rehacer el techo para instalar esa luz cenital que iluminaba las hileras de cuadros

antiguos. Los muros revestidos de un discreto género verde armonizaban con los zócalos y molduras de madera. Contra aquel paño resplandecían los marcos laminados en oro, encerrando mundos vastos y misteriosos que se abrían a épocas pasadas. Unas elegantes butacas seguían la línea de la sala, y después del almuerzo, el señor Sousa y sus invitados solían acudir a aquella galería particular para dar las opiniones que sabe la burguesía sobre el arte. La mayoría de aquellos cuadros del siglo dieciséis y el diecisiete eran falsificaciones muy bien realizadas. En todo caso, el conjunto resultaba imponente y Blanca y Sousa se creían poseedores de un museo.

En cambio, el dormitorio de su amante mantenía tal cantidad de perritos de loza en diferentes repisas que era difícil no distraerse.

Ambos mundos aborrecía el señor Sousa. Sabía que los objetos reciben y no devuelven, y que cuando alguien está en un apuro económico o en una enfermedad seria, son dignos del mayor desprecio. Pero con la inconsciente salud viene la codicia y el hombre se cree poseedor de lo que le rodea. Por eso, el señor Sousa, desencantado de todo, permanecía allí en ese balneario deshabitado, esperando caer de bruces contra la mesa. Esa noche no sabía dónde acudir, si a Villacler, a gritar a Saldías desde el parque, subir las escalas alfombradas, reprochar a Blanca porque aún no estaba la cena servida (cuando era él quien fijaba esa hora), soportar su abrazo diario que más le parecía lo retenía, sentir la soledad de ese parque inútil y de esas piezas y salones desocupados, o tomar una linterna y recorrer esa pinacoteca de retratos y paisajes vivos en el arte. La otra posibilidad era sorprender a su amante llena de amigas, jugando a las cartas en cama. Le darían un licor pastoso, y la vecina le pediría le mostrara las palmas de la mano para leerle un porvenir incierto con viajes e hijos desconocidos. Los parientes de aquella mantenida le harían las maromas de siempre. Sobre todo esa cabrona gorda que tenía la costumbre de subirse las polleras y mostrarle esa carne en derrumbe que de tan sobresaliente ocultaba el sexo. Entonces le rogarían que cenara con ellas. Partirían la fritanga en cuatro partes y lo llevarían al comedor con el muro de los perritos en repisa, amarrados con alambre para evitar porrazos. O la alternativa que anunciaba Saldías al golpear el gong y hacer a la familia bajar en ridícula formación hasta el comedor lóbrego, con esas matas de aspidistra, que ni las cuatro estaciones ni el tiempo harían envejecer. Se levantaría el señor Sousa de la mesa y buscaría sus loros regalones para llevarlos en las manos y depositarlos en el borde de un jarrón. Y después del comedor,

toda la ceremonia del baño y el deambulaje en calzoncillos revisando los relojes de la casa, procurando dieran las horas al mismo tiempo. El eterno libro de Marquina, señalado en el poema «La lágrima», y que ni siquiera tuvo paciencia de leer entero. Al menos el amanecer mostraría esos pájaros nocturnos que se balanceaban sobre la cima de los pinos del parque, y el señor Sousa, en pijama, alegre como si hubiera recibido la más grata noticia, comenzaría a dar gritos a esas horas:

— ¡Angelino, los guairabos, Angelino, llegaron los guairabos!

El niño semidormido se acercaría a la ventana del dormitorio de su padre, para ver esos pajarracos sucios y sin gracia que se mecían arriba en los árboles.

Sucedió que el señor Sousa nunca tuvo nada que hacer. Desde que encontró a su padre muerto con la barba de jabón, heredó Villacler y tal fortuna que su única ocupación fue pasearse por todas partes con una maletita de cuero, dentro de la cual llevaba un tintero, pluma, papel secante y un talonario de cheques para inventar compras. La maletita siempre la perdía en casa de algún pariente, pero jamás en la de su querida.

Ahí en esa terraza se vio, y le fue difícil abandonar el lugar. Blanca Diana estaría con aquel muchacho con el que se había encaprichado, o sacando un fastidioso solitario. Él aborrecía las cartas y las butacas. No eran cosas esas de hombre. Prefería sus caballos de carrera, blanco y cereza en rueda, sus colores. Tenía una colección de camisetas para sus jinetes y una cantidad de caballos perdedores de fina sangre, que la única satisfacción que le daban era recibir el terrón de azúcar de sus manos. A él le gustaba pasearse sobre el césped con polainas y los anteojos de larga vista colgados del brazo.

Tal vez los dioses del infierno le pedirían cuentas. Este juicio se avecinaba en estas monumentales olas que se echaban sobre la terraza. Blanca se habría aburrido con algún mojjigato como ella, pensaba. La había hecho sufrir mucho, pero se entretuvo. ¿No estuvo él poseído de tanta vida? ¿Siempre aplicado en algo preciso? El parque, la pinacoteca, los queltehues, el perrito escocés, los caballos, la maletita de los cheques, los viajes y todos aquellos deberes inútiles que trajeron vendedores de cuadros, artistas, comerciantes en alfombras, pedantes, putas, maricones, políticos, sacerdotes, las ocupaciones todas al servicio de un ocioso elegante que los sirvió y juntó bajo un sólido techo.

El frío era intenso y la lamparita colgaba débil tras el vidrio de la cocina. El agua parecía no respetarlo y se paseaba con violencia bajo la mesa para estrellarse contra la cuneta. ¿Qué valor tenía «La lágrima» de Marquina al lado de este diluvio de verdad?

Como ambas casas quedaban a igual distancia, no pudo levantarse y resolver. El mozo después de mirar y despejar el vidrio de la cocina con el puño, advirtió su presencia y pidió un paraguas para socorrerlo. Era tarde. El señor Sousa había muerto cuando el sol dejó el balneario y la primera ola se levantó agresiva tras la barandilla de hierro. Si se incorporó fue muerto, y aun cuando aceptó lo cubrieran con el paraguas, lo hizo para evitar el escándalo y guardar las apariencias. Los muertos no deben seguir vivos ni dejarse cuidar así. Saldías le abrió la puerta y el automóvil se deslizó por aquella ciudad anegada por el temporal que anunciaba un invierno aún desconocido.

El señor Sousa al volver a Villacler imaginaba haber dejado atrás la ciudad en llamas del pecado que con su resplandor teñía el firmamento. Aquella comarca maldita era la casa de su amante. Ésta, en cuanto sentía partir el auto del señor Sousa, cambiaba de actitud e ideaba cómo y con quién compartir esa noche solitaria. Sabía Sousa que tanto su regreso como los traidores planes de ella, eran inevitables. Prefería ignorar lo que en esa casa sucedía durante su ausencia y ella a su vez trataba de no pensar en la regularidad y acogida que encontraría éste en Villacler.

Sin embargo, el señor Sousa era el único que transitaba y habitaba ambas casas. Era el único que en cada una de ellas no era el mismo. Lo que actuaba donde Blanca no era lo que hacía donde la dama, y cuando estaba en una, descansaba de lo que fingía en la otra. Al permanecer en la propia se horrorizaba de vivir en la ajena. Pero en las dos lo hacía bien. En la de Blanca como le enseñaron, y en la otra con una naturalidad sorprendente. En medio de la casa del vicio y del pecado no lo encontraba a éste por ninguna parte y sólo le atormentaba la hipocresía que mantenía en la suya. Y Sousa pensó que uno se acostumbra a faltarle al mundo.

De estos dos mundos salía y a estos dos mundos regresaba no sintiéndose completo ni siquiera durante el trayecto. Cuando estaba en una de ellas, era la otra el tema de conversación y su problema. Debía mantener alejada la casa del pecado para sentir que en algún

lugar estaba el paraíso. Su natural escepticismo lo hizo aclimatarse a aquellas diferencias y en medio del derrumbe se preguntaba: ¿qué se cae? Pero la verdadera y horrible realidad no la tuvo presente el señor Sousa. Al enfrentar dos mundos y servirlos se dividió y quedó apresado en medio. No era más que el indeciso que va de un extremo a otro no conservando nada y dejando doblemente esparcida su miseria. Con todo, esta dualidad suicida respondía a la moral del señor Sousa que consistía en dejarse malquerer en todas partes a costa de no abandonar nunca a nadie. Y los que lo conocieron, lo vieron muchas veces comportarse con frialdad junto a alguien que ya no le interesaba, pero acompañarlo en todas sus vicisitudes.

Cuando niño se arrodilló tiernamente junto a su padre muerto con la barba de jabón y como esos perros regalones, se negaba a abandonarlo. Su madre, la diminuta puritana, lo increpó duramente:

— ¡De pie! ¡No es el momento de llorar, sino de alegrarse!

Las aspas del molino de San Carlos a través del ventanuco del baño negaban esos principios de su madre y si le arrebataron aquel padre para siempre, eso no le impidió buscarlo en el mundo azul de lo permitido y en el rojo del fuego culpable.

Santiago, 1971-1973

EL TREN DE CUERDA

Para Camila

PRIMERA PARTE
LA CASA DE AZUELOS

1.

Cuando el almirante en retiro Federico Azuelos, quien en compañía de su esposa, Rosarito, tomaba el sol en el balcón aquella mañana, divisó a Pavel, su chofer, que cruzaba la verja y se dirigía hacia la casa, buscó entre los diarios sus binoculares y apoyándolos en la baranda, lo enfocó atentamente:

— Es Pavel que regresa del correo y nos trae la correspondencia — explicó.

— Observa si compró las revistas que le encomendé ayer — dijo ella, cerrando con un ademán brusco el quitasol, mientras hacía esfuerzos por incorporarse de una silla de lona en donde se había dejado caer desde temprano.

El marino reguló los anteojos para satisfacer la curiosidad de su mujer, que de tan impaciente, ya había bajado hasta el jardín y se deslizaba junto a una interminable hilera de hortensias al encuentro del empleado.

— ¡Qué inquieta eres, Rosario! — balbuceó Azuelos al ubicar a ambos. Luego desvió los anteojos e hizo, como acostumbraba, un minucioso inventario del lugar, comenzando por los rosales recién abonados, los lirios que bordeaban la pandereta, los árboles nuevos con sus troncos envueltos en cuellos de paja, para continuar con las diferentes plantas, los dátiles caídos al pie de las palmeras, e incursionar finalmente por los senderos de ripio amarillento cuyos trazados caprichosos iban enmarcando los espacios decorados con flores y pasto.

Dos de estas extensiones, las situadas justamente bajo el balcón, llevaban las iniciales de los dueños de casa. Mayúsculas de petunias sobre fondo de trébol. El almirante tenía la costumbre de repasarlas con los anteojos como si las escribiera. Este peregrinaje a distancia llegaba a su término cuando Azuelos tropezaba con una pileta de hierro colocada al centro de un pequeño huerto. Los papiros y juncos opaca-

ban sus aguas y peces. Era en esa superficie muerta donde el marino evocaba los ruidos y la violencia del océano, que por problemas personales se vio obligado a dejar.

Navegaba así, desde hacía años, en el balcón de su casa.

La falta de hijos, que en un inicio afligió por igual a esta pareja, luego de la expulsión de que fue objeto Azuelos de la Marina, afectó sólo a Rosarito. El almirante en el fondo sintió alivio de no contar con esa clase de testigos.

Estos matrimonios practican paternidades de consuelo.

Como no saben de niños, exigen a alguno que se atraen un comportamiento ideal que no logran obtener. O el hijo de turno que los visita finge toda la estadia, o ellos ignoran a propósito lo que en realidad están presenciando.

La señora Rosarito, ávida de ejercer la maternidad a cualquier precio, solicitaba con frecuencia sobrinos prestados. Ellos a su vez transaban: sabían que tolerar por algún tiempo a la mujer del almirante les significaba a la postre regresar a casa cargados de regalos. De ahí que cuando Rosarito visitaba a su cuñado, y en medio de la tertulia mostraba interés por llevarse a alguno, los hermanos del agraciado le hacían a éste importantes recomendaciones. Debía en primer lugar dejarse conducir a todas partes sin oponer resistencia, y luego responder siempre a las preguntas de la señora: «Sí, tía, no, tía, muchas gracias, tía», y cuando ella le ofreciera finalmente algún obsequio, contestar de inmediato y sin titubeos: «¡No por Dios, tía, qué barbaridad, no se moleste usted!». Esa última frase, dicha con la mayor sinceridad y desmentida por la cara más ansiosa frente a una vitrina o ante el mostrador de una dulcería, surtía el efecto previsto.

Como consecuencia de todo esto, Rosarito dictaminó que en lo sucesivo dejaría de traer niños varones a su casa, porque eran sumamente «hipócritas», y que sólo se dedicaría a las «princesas», como llamaba a sus sobrinas, ya que le resultaban más dóciles y mucho más «acompañadoras». El reinado de las sobrinas sobre los sobrinos duró casi dos años, produciéndose en él un soplónaje organizado por parte de las «princesas», que comunicaban a la tía todo el resentimiento de sus hermanos. Como esas protestas tomaron la forma del remedo e incluso de una farsa que ellos titularon «Las hijas de la dicha», Rosarito reafirmó su decisión de no volverlos a invitar. Sin embargo, presa de

remordimientos y para evitar lo que calificaba como «la aborrecible división entre hermanos», hizo un último esfuerzo alojando al menor de los hijos de su cuñado. Tampoco sirvió de mucho. Sucedió que una tarde en que intentaba pasear con el niño por el jardín para mostrarle un horrible enano de adorno que había oculto entre las salvias, el pequeño, aturcido por un día tan artificial y programado de antemano, exclamó:

— ¡Estoy enfermo, me voy de esta casa y me llevo toda mi ropa!

Desconcertada la señora, recurrió a Pavel, quien cubriéndolo con una manta, lo devolvió a su hogar.

Rosarito se valía de su fortuna y de las dificultades económicas por las que inevitablemente atravesaban sus hermanas y cuñados para ejercer el favoritismo y la injusticia entre los sobrinos. En cierta ocasión puso en fila a todos los hijos de su hermana Laura, y luego escogió a uno, tardando en la elección más de lo que demora un mandatario en revisar las tropas. Le gustaba que la llamaran «madam». Según ella, en el extranjero siempre le habían dicho así. Pronunciaba ese «madam» con mucha afectación y lo relacionaba con un jubileo de un rey, su presentación en la corte del brazo del almirante, y las plumas tricolores que la etiqueta le obligó a prender en el sombrero. Su contacto con la nobleza la revistió de tales modales que a su regreso esperó de amigos y parientes un trato parecido.

No faltó el sobrino que, poniéndose un plumero en la cabeza y envuelto en una sábana, hiciera la parodia de aquella famosa presentación a los reyes. Cuando alguna de las «princesas» le narró lo que sus hermanos hacían, ella resolvió no invitar a nadie más.

En este predicamento se hallaba Rosarito, la mañana que en compañía del almirante tomaba sol en el balcón, que sobresaliendo de la fachada, seguía la línea curva de esa casa moderna rodeada de un jardín dibujado.

Cuando Pavel le hizo entrega de la correspondencia, Rosarito advirtió que entre esas cartas venía una muy especial dirigida a su nombre. Se trataba de un sobre tosco con esa característica letra sin personalidad de las mujeres educadas con las monjas. El membrete indicaba un lugar de provincia. Curiosamente la carta estaba escrita en un tarjetón del Senado y era de una pariente lejana y viuda que le rogaba se hiciera cargo de Anselmo Méric, su único hijo, al que luego de haber fracasado en el colegio no le habían permitido repetir el curso, resultándole imposible encontrar otro establecimiento educacional en la región. La carta finalizaba con una falta de ortografía, que en un

comienzo hizo reír de buena gana a la señora de Azuelos, para luego abstraerse en esas cavilaciones a que ciertas circunstancias nos conducen cuando advertimos en la debilidad ajena la posibilidad de sacar algún provecho. Presintió que esa madre, a diferencia de las anteriores, no le prestaba un niño, sino que lo cedía.

Durante el almuerzo se las ingenió para lograr el consentimiento de su esposo, y una vez obtenido, sólo pensó en su nuevo huésped, que si bien no era un hijo legítimo, era en todo caso más que un sobrino de esos.

El tren que conducía a Anselmo y su madre llegó a Valparaíso con bastante retraso. En la estación, nadie los aguardaba.

La señora Méric, para disimular en algo la pena, vestía un llamativo traje de seda amarilla.

Durante el trayecto se mostró especialmente solícita, intentando satisfacer los más pequeños caprichos de su hijo. Anselmo, a pesar de sus atenciones, estuvo reticente, limitándose a aceptar una bebida gaseosa que dejó a medio consumir y una revista infantil con ilustraciones muy destacadas. Sus ojos rara vez dejaban la ventanilla, desconcertados entre la inmovilidad de la lejanía y el paso acelerado de los postes. La señora Méric, fingiendo entusiasmo, le hacía múltiples recomendaciones sobre el carácter de los Azuelos y sus costumbres. Cuando Anselmo leía lo que rezaba bajo cada lámina, su madre lloraba volviendo el rostro contra el respaldo de cuero.

Al dejar el ferrocarril, caminaron un largo trecho en silencio. Mientras descendían los escalones del andén, bajo un sol radiante, ella sorpresivamente se detuvo, le limpió la cara con un poco de saliva, y pellizcándole las mejillas, lo volvió a sus colores.

Luego de que la señora Méric hubo tocado el timbre, se abrió en la parte superior del portón un enrejado ventanillo que encuadró el rostro de Pavel. Éste, después de cerrarlo con violencia, hizo sonar pestillos y cadenas para aparecer muy servicial, indicando con una mano que pasaran, y con la otra arrebatándoles la maleta. Así, atravesaron ese interminable sendero bordeado de hortensias hasta enfrentar la casa. Al ingresar en ella, observaron a un costado una amplia escalera con baranda cromada, que el chofer les propuso subir. Los pasos del

niño y de su madre se silenciaron en la mullida alfombra. El descomunal vidrio empavonado que seguía la curva del muro, en donde estaba adosada la escalera, recibía en su corrugada superficie la sombra de las hojas y ramas que afuera agitaba el viento. La luz que filtraba esa ventana sumía el vestíbulo en un resplandor frío, dando la sensación de un invierno perenne.

Lo primero que notó el niño al llegar arriba fueron las piernas cruzadas de la señora Rosarito, que apaciblemente zurcía. Tuvo la súbita imagen de un piso plegable. Ella suspendió la costura e inclinó la cabeza para examinarlo por sobre los anteojos. Anselmo se detuvo, siendo empujado suavemente por su madre:

— Anda, corre, dale un beso a la tía.

Diferentes puertas se entreabrían y cerraban silenciosas. El almirante no se encontraba en casa y Pavel había desaparecido con la maleta.

El dormitorio que le asignaron al niño tenía la apariencia de un salón. No tanto por la amplitud de la pieza, sino más bien por su altura y la forma de cúpula que mostraba el cielo raso. Al centro, colgaba una lámpara de cristal opaco con decoraciones en relieve, representando frutas silvestres y hojas de parra. El piso, revestido con una alfombra a franjas azules y rojas, se extendía de un extremo a otro, perdiendo sólo unos centímetros al aproximarse a la ventana, que comunicaba con un pequeño balcón forrado en hojalata. El mobiliario era evidentemente el de una persona mayor, y así se lo hicieron saber. Había pertenecido a la madre del almirante, que vivió con la pareja sus últimos años. Lo componían una cómoda con cubierta de mármol, un lavatorio de loza con su jarro, la imagen de la Virgen de los Rayos y un canastillo de metal repleto de siemprevivas (estos objetos se duplicaban en el espejo del mueble), una cama aparatosa con respaldo enchapado y coronaciones, un velador del mismo estilo sobre el que había un búho embalsamado, y enfrente, junto a la puerta, una silla frágil. En los muros, no se veían cuadros.

Lo primero que hizo el almirante fue ocuparse de la educación de su hijo adoptivo, matriculándolo en un colegio inglés de esos existentes en cada barrio y que se solventan por la creencia de que «aprender bien un idioma, nunca está de más en la vida». Éste, llevaba el

nombre de sus dueñas, las señoritas Durham, y tenía todas las características de una casa de huéspedes. Exigían un uniforme de paño burdo color granate, con medias y guantes a tono. La gorra con visera de mica y los botines más oscuros hacían juego con una cinta carmesí que recorría el borde de las solapas y los bolsillos de la chaqueta.

Para los días festivos le compraron un trajecito marinero con insignias. El almirante pudo contar al fin con un pequeño grumete a su servicio. Por las tardes, la señora Rosarito iba a buscarlo a la salida del colegio, explicándole que «este sacrificio le servía para estirar las piernas». Ésas que al niño nunca dejaron de impresionar por lo flacas, y que le recordaban las de un piso de playa. Imagen ésta casi permanente, debido a las interminables horas que tanto él como ella debían soportar en espera del almirante, que tenía por costumbre ausentarse después de almuerzo y no regresar a cenar sino hasta muy tarde.

Debido a esto, y con el propósito de acompañarla, el niño se trasladaba a la salita, y ahí, de bruces sobre la alfombra, hacía sus tareas hasta que la penumbra borroneaba el contorno de las cosas.

— Anselmo — pedía ella entonces, dejando de lado la costura —, ¿me haces el favor de encender esa lámpara?

Y esta luz cercana, que ahora devolvía la claridad desde otro ángulo, señalaba la segunda fase de una larga vigilia. A partir de aquel momento se oían con más nitidez los suspiros de la señora; y el reloj de péndulo sumaba los latidos de ese corazón al engranaje de las horas.

Al caer la noche, Anselmo se entretenía observando desde la ventana el tráfico de la calle, mordiendo distraído la lienza de las celosías, que le dejaba un gusto amargo en la boca. Pero los focos de los automóviles, que en sus rápidos virajes alumbraban las esquinas y rincones más apartados, no lograban ubicar al dueño de casa. La fatiga y el sueño que mostraba, obligaban a Rosarito a distraerlo:

— ¿Sabes jugar a los naipes?

— ¿Te gusta sacar solitarios?

— ¿Armamos un rompecabezas?

Por todas estas amenidades pasó Anselmo, adivinando que eran prácticas muy socorridas por ella. A veces, rompían la monotonía de esas tardes las visitas de una prima mucho mayor del almirante, llamada Fidela, que más parecía querer inspeccionar que agradar. Era pequeña y coja. Pavel la subía en brazos hasta el segundo piso, para depositarla cerca de donde el pequeño hacía sus tareas. La anciana,

para corregirlo, se valía del bastón, restregando la contera entre sus cuadernos y utensilios, o descargándose sin disimulo como queriéndolo apartar de aquella casa. En cierta ocasión advirtió que Anselmo ocupaba los dedos para borrar y no tuvo ningún reparo en propinarle un fuerte golpe en la cabeza. También insistió en que debía usar anteojos, porque «no es natural que alguien escriba a tan poca distancia de un cuaderno». Las gafas que el oculista recetó a Anselmo sólo sirvieron para que el almirante las encontrara en todas partes y expresara a gritos, cuando las levantaba para examinar a la luz el estado de sus cristales:

—Pero, ¿cómo es posible que este niño pueda ver algo a través de tanta inmundicia?

La intromisión de la prima Fidela fue más lejos aún. No contenta con ver al niño hacer sus deberes con gafas (Anselmo se las ponía en cuanto ella llegaba), se tomó la libertad de referirse en forma despectiva a la madre del pequeño. Alzaba la voz al nombrarla, y luego la bajaba, como para indicar que lo que seguía no eran temas apropiados a su edad. Rosarito le prestaba especial atención, y se sorprendía tanto como el niño, a quien le resultaba imposible no dejar de lado su trabajo al escuchar de labios de esa arpía el nombre de su madre.

—Continúa con las tareas... No debes escuchar la conversación de tus mayores.

Palabras como «fiesta» y «escote» aproximaban a las dos mujeres en un prolongado cuchicheo, que sólo interrumpían para hacer por separado aspavientos con las manos.

A veces el almirante regresaba temprano y al sorprender a su prima en la salita, la besaba de manera tan tierna y sumisa que Anselmo prefería no mirar. El señor Azuelos le ofrecía entonces respetuosamente el brazo y la diminuta anciana abandonaba cojeando el segundo piso.

La silueta obesa del marino y la de Fidela, quien a su lado iba desarticulándose entera, se recortaban muy nítidas contra el vidrio del ventanal.

Después de todo, sus visitas abreviaban en algo esas tardes, relegando a un merecido segundo plano los ruidos del reloj y los suspiros de la dueña de casa.

A los dos meses, Rosarito se desinteresó del niño al comprobar que, al revés de lo que siempre supuso, la presencia de un hijo no le servía para retener al almirante en casa, sino por el contrario, esta nueva situación le otorgaba al marino más licencia a sus huidas y nuevas justificaciones a sus embustes.

La amargura que le significó este descubrimiento la volcó contra el niño. Resultábale intolerable su presencia y buscó la manera más disimulada y menos cruel de apartarlo.

Anselmo en tanto, que presentía el dolor de su benefactora, sin vislumbrar ni remotamente las causas, intentaba a su modo distraerla. Le pedía permiso para armar escenarios con los muebles, y venciendo su timidez, desvalijaba la sala de baño, para regresar a la salita convertido en corsario o en visir. Luego de una profunda reverencia, recitaba versos que al quedar truncos parchaba con otros, transformándose éstos en adivinanzas y canciones. Rosarito de vez en cuando dejaba de zurcir y le fijaba sus ojos ausentes. Anselmo se desconcertaba con las reacciones de ella; soltaba la carcajada en las partes serias y se volvía inmovible cuando el pequeño actor hacía los chistes.

Los esfuerzos de éste por ganarse el corazón de su protectora resultaban desesperados, llegando incluso en ocasiones a suspender la recitación por algunos segundos para espiarla.

Estas representaciones se dieron por clausuradas una tarde en que la señora, perdiendo la paciencia, abrió su bolso y le lanzó un rollo de billetes sebosos a la cara:

— ¡Vete al biógrafo, estoy con dolor de cabeza y muy cansada!

Acto seguido tocó la campanilla, ordenando a Pavel que se lo llevara.

El injusto comportamiento de la mujer del marino hizo que Anselmo viviera una continua zozobra, manifestándose ésta por las noches cuando mojaba su cama. Al sentir el frío de las sábanas pedía abrigo en voz alta, y este clamor atravesaba las tinieblas para suspender los ronquidos de Rosarito, quien envuelta en una bata y luego de introducir la mano entre esas ropas empapadas, daba gritos que obligaban a la servidumbre y al almirante a acudir en su auxilio. Mientras lo cambiaban, Anselmo observaba las canas de la señora, que, desordenadas y a trasluz, adquirían el aspecto de maléficas hebras de plata. Rosarito se valía

de este escándalo para desahogar todo el resentimiento acumulado durante el día.

El almirante, más conocedor del alma humana, le advirtió que tenía mucha culpa en la transformación que se estaba produciendo en el niño, y que de seguir así las cosas, debían devolverlo. Rosarito prometió entonces cambiar de actitud.

Las representaciones en la salita se reanudaron, y la señora le enseñó monólogos fáciles que Anselmo aprendió de memoria. También le confeccionó un pequeño frac a su medida, obligándolo a dejar de lado las toallas y fundas del baño. De la solapa de su elegante traje pendía un monóculo de oro que el niño intentaba dejar quieto en la cuenca del ojo. Como este trajecito tan completo lo hacía sentirse un príncipe en el exilio, solía vagar por la casa solitaria, dialogando con las figuras de los cuadros o con una cabeza de mármol de Augusto niño que había sobre el piano. Incluso se aventuraba a salir al jardín y saludar a diestra y siniestra a las hortensias, corretear por los caminitos de ripio e inclinarse curioso cual un Narciso ante la fuente de hierro, para observar su imagen de etiqueta apenas perturbada por la navegación ligera de las hojas.

El almirante, que seguía con los anteojos de larga vista sus pasos, le gritaba como antaño lo hiciera desde el puente de mando:

— ¡Ven, sube, mira que esta noche tenemos baile a bordo!

Y el viejo desplegaba todas sus prendas de gala ante los ojos atónitos del niño. Bicornios de parada, uniformes repletos de entorchados y elegantes espadas. Pero lo que más sorprendía a Anselmo era cuando el antiguo marino volcaba un tosco saco de papel repleto de medallas sobre la cama. Los dorados sin brillo, la repetición de las inscripciones y el deterioro de las cintas y escarapelas, formaban un lamentable cerro de triunfos.

— ¡Éste es tu tío! — gritaba —. ¡Acércate, no temas, te voy a condecorar con la orden al mérito! — y le prendía montones de insignias. Muchas veces, vestidos así, el niño de etiqueta y Azuelos de gran parada, acudían del brazo al comedor. El almirante, para burlarse un tanto de sí mismo, completaba su atuendo pegándose a la nariz una postiza de cartón con bigotes de goma que lo volvía realmente grotesco.

Rosarito celebraba en forma desmedida la broma, precipitándose con toda vehemencia en sus brazos.

Cuando Azuelos estaba de humor bebía en exceso, invitando a la servidumbre al comedor para narrarles sus historias del mar. A la hora

de los postres ocurría lo de siempre: una imaginaria batalla naval que obligaba a las mucamas a replegarse hasta el repostero. El almirante había desenvainado.

Rosarito, entonces, le hacía un significativo gesto a Pavel, quien conducía al marino a su cama. Luego sujetaba con violencia a Anselmo de un brazo, advirtiéndole:

— ¡Y tú, mucho cuidado con mojar te esta noche!

Pensaba ella que esta sentencia atenuaba algo «el espectáculo vergonzoso» que, según decía, el almirante acababa de dar.

Este acercamiento entre el marino y el niño se debió a motivos muy secretos y particulares del almirante y en ningún caso a una preocupación real por cambiarle a Anselmo la vida. Sucedió que el señor Azuelos estaba prendado de una empleada de correos, y aseguraba que le correspondía. Esta ilusión lo había vuelto comprensivo y generoso. Lo que ignoraba el viejo era que en cuanto abandonaba las oficinas, su «amada» se rodeaba de sus compañeras para mofarse:

— ¡Verán cómo estrujo a un almirante!

Cierta vez, de regreso del correo (lugar al que ya no acudía Pavel), Azuelos se detuvo ante la vitrina de una juguetería. Circulaba entre las muñecas una hermosa locomotora de cuerda que arrastraba un sinnúmero de carritos de latón. Todos ellos de vivos colores contrastando con la máquina, que era de un negro muy severo con émbolos y ruedas plateadas. A medida que perdía fuerzas, se le hacía dificultoso tirar los carros y cuando ya estaba por detenerse, el dependiente la sacaba, le daba cuerda y la dejaba funcionando otra vez. La lucecita delantera se reflejaba en el vidrio al pasar frente a los curiosos. El almirante pensó en Anselmo. Fue cosa de un segundo y se encontró de vuelta en la calle sosteniendo un enorme paquete bajo el brazo.

Los gritos que daba el marino se oían desde la calzada:

— ¡Anselmo, Anselmo!

Pero en la intimidad de su corazón ilusionado resonaba otro nombre, el de esa funcionaria que tan hábilmente había sabido engañarlo.

De a dos subió los escalones y se detuvo en el descanso para desatar el paquete ante los ojos sorprendidos del niño.

— ¡Mira el regalo que te traigo! — y le iba pasando uno por uno los carritos de colores.

— ¡Un tren! — exclamó Anselmo, arrodillándose junto al anciano que se los nombraba a medida que aparecían.

— ¡El coche comedor... el carrito carbonero... el de pasajeros... el del correo...!

Al pronunciar la palabra «correo», suspiró profundo y se llevó el carro al corazón.

— Ahora viene la sorpresa — anunció desamarrando el envoltorio más voluminoso y exhibiéndola en alto como si se tratara de la bendición con el Santísimo.

— ¡La locomotora! — gritó el pequeño, compartiendo la emoción del marino.

Este jolgorio acabó de golpe, cuando tía Rosarito, que observaba la escena desde arriba les advirtió, como fuera de sí:

— ¡Un momento... escuchen ustedes dos!

El almirante y el niño levantaron la cabeza, en tanto la señora descendía lentamente, explicando:

— Ese tren es para todos los sobrinos de esta casa, ¿está claro? De todos los sobrinos.

— Sí, tía — respondió Anselmo con los ojos llenos de lágrimas, mientras intentaba hacer calzar nerviosamente los tramos de riel que componían la línea.

2.

El falso interés que los esposos prestaron a Anselmo duró poco tiempo, al término del cual se encontró nuevamente a merced de la soledad y del abandono.

Las criadas, compadecidas, lo acompañaban a los almacenes del barrio para ayudarle a escoger viejas tarjetas de Navidad que el niño enviaba a su madre. También lo llevaban a la parroquia por las tardes a rezar la Novena, y mientras ellas hacían meritorios recorridos de rodillas por las naves laterales, Anselmo contemplaba los arcos de ampollas que rodeaban a las figuras de los santos. Las vírgenes encaramadas sobre nubes de yeso emergían de entre las flores que cubrían los altares y nichos. Parecían tener la bondad y la sonrisa tan dispuestas al diálogo que Anselmo prefería no mirar. Así, iba de un altar en otro, hundiendo el rostro entre las manos, pidiendo por la suerte de su difunto padre y la de su madre. Como las empleadas le encargaban que

les cuidara el breviario mientras cumplían con la penitencia, Anselmo aprovechaba para examinar esos libros tan repletos de imágenes y recordatorios píos. Cristo y María mostraban en las estampas tal variedad de atuendos y actitudes que más parecían una galería de parientes cercanos. Al completarse las primeras bancas, el párroco, con voz cansada y ademanes flojos, iba haciéndoles repetir las oraciones. Ponía las manos de memoria sobre el pecho al momento de iniciar el canto, pero sus ojos jamás estaban en aquello, sino que, por el contrario, revisaban cuidadosos el estado de los cirios, las puertas de vaivén, los que entraban y salían, o a Anselmo, quien lo observaba también indiferente.

En noviembre, las criadas le hicieron seguir completo el mes de María. Rosarito le insinuó que llevara flores al altar de la Milagrosa de los Rayos, y Anselmo, para complacerla, acudió al templo con un enorme ramo de hortensias que le impedía ver por dónde caminaba.

Había otros niños que también seguían esta fiesta.

Cuando el mes finalizó, hubo bendición con el Santísimo. El oficiante, envuelto en una pesada casulla recamada de pedrerías, alzó la custodia en medio de un incesante campanileo. Bocanadas de incienso acre flotaban hacia atrás, tendiendo sobre las cabezas de los fieles una espesa capa que atravesaban los haces de luz provenientes de los vitrales de los altares menores.

En el momento en que ya se disponían a abandonar la iglesia, el señor cura, desde el púlpito, hizo un llamado golpeteando el micrófono. Luego, con voz meliflua, habló a los niños que con tanta devoción habían seguido esa fiesta. Explicó que para el próximo domingo les tenía una sorpresa. Había imaginado un premio para ellos. Se encaramaría a la torre de la parroquia con un manojó de globos que lanzaría al viento, para que recorrieran el cielo y cayeran al azar en sus casas y jardines. Les pidió que no se inquietaran porque habría para todos, y que ellos los hallarían en las calles, techos, plazas — en fin —, por doquier. Finalmente, para evitar el desconcierto producido en los pequeños que comenzaban a mirarse, los hizo cantar y rezar, clausurando así ese mes dedicado a la Madre de Dios.

Las promesas hechas a los niños adquieren proporciones desmedidas. A pesar de esto, tía Rosarito se encogió de hombros cuando Anselmo le explicó lo de los globos, aduciendo que carecían de toda realidad los ofrecimientos terrenales de los curas. Sin embargo, el pequeño

vivió pendiente de esa fecha en que desde los balconillos de la torre brotarían cientos de globos de colores, que cubriendo el cielo descenderían blandamente hasta el balcón o el jardín de cada cual.

Los seres rechazados en su propio hogar suelen aferrarse a promesas remotas e inciertas que les vienen desde fuera, porque instintivamente saben que todo lo que el día de mañana conseguirán deberán tomarlo de la calle. Anselmo acompañó una tarde completa a un charlatán, que para atraerse al público, pregonaba: «Aquí todos ganan premio». Con el correr de las horas, permanecían junto a la mesa de los embustes, tan sólo el vendedor ambulante, la serpiente y el niño.

La noche anterior al domingo de globos, el señor cura no pudo conciliar el sueño; tampoco Anselmo.

— ¡Pero qué incauto he sido! — exclamó el párroco, incorporándose del lecho para envolverse en su manto y pasearse a lo largo del cuarto.

— ¡Debí arrendar una avioneta!, ¡una avioneta!, — se repetía, y como para remediar en algo su falta de criterio, abrió la ventana y se puso a contemplar la noche. La bóveda infinita extendía ante sus ojos miríadas de estrellas. Los techos de las casas, los edificios importantes, la plaza, los árboles oscuros y el puente sobre el estero que se deslizaba a escondidas, habían perdido el volumen y, así, esa ciudad plana daba la impresión de una lámina para un cuento de hadas.

El almirante, intrigado con lo del cura, fue el primero en levantarse ese domingo. Desde el balcón, y provisto de sus binoculares, enfocaba continuamente la torre.

— Nada de nada — repetía en voz baja.

Rosarito, quien más tarde acudió a tomar el sol, aseguraba a cada nueva exclamación de su esposo:

— ¡Las cosas tuyas! ¿Te crees que al párroco le sobra el tiempo como para subirse allí arriba a lanzar globos?

La mujer del marino y el cura se conocían a fondo. Siendo la señora de Azuelos la feligresa más asidua, y él su confesor, adquirirían esas aseveraciones un peso ineludible.

— Si tú lo dices... — respondió el almirante en un tono despectivo, que dejaba traslucir todo el asco que le merecían las cuitas que Rosarito hacía al cura. Sospechaba que éste sabía más de su persona que él mismo.

— El señor párroco es un hombre muy realista — añadió ella, cubriendo hábilmente el huevo de madera con un calcetín del marino.

— ¡Qué novedad...! — comentó el viejo.

Mientras tanto, abajo en el jardín, Anselmo miraba incesantemente al cielo.

Cuando Azuelos lo vio, gritó:

— Pierdes tu tiempo, yo estoy vigilando desde temprano y aún ni piensa en asomar el fraile.

El niño se unió a ellos y lo constató personalmente con los anteojos.

La torre recibía el sol de un costado.

Dentro de la iglesia, el problema de los globos había sido resuelto. Al término del sermón, el párroco se limitó a notificar a los presentes que, dadas las dificultades atmosféricas y la poca altura de la torre, había preferido invertir el dinero destinado a los globos en caramelos, los que serían repartidos al finalizar la misa.

Los niños formaron dos hileras respetuosas, como lo hacían al ir a comulgar, y sacaron cada uno un cartucho de una bandeja enorme que sostenían dos monaguillos.

Al mediodía, Anselmo aún correteaba ilusionado por el jardín. El almirante y Rosarito, en cambio, habían olvidado el incidente y se trababan en amena charla con la prima Fidela, quien tenía por costumbre visitarlos los domingos por la mañana. Siempre acudía con un paquete de enormes merengues, similares a los que ofrecen en las estaciones, y sin el menor pudor los engullía uno tras otro ante el asombro de los Azuelos, quienes constataban la avidez que se despierta en ciertos ancianos. Incluso, como Fidela veía que sus parientes rehusaban diplomáticamente compartir dicha merienda, empaquetaba los restantes y los guardaba en su cartera. Después, sacudiéndose las migajas que le habían quedado sobre el bigotillo y la pechera, recitaba satisfecha:

— ¡Si la juventud supiera y la vejez pudiera!

Anselmo, en su desesperación, acudió al patio posterior, lugar destinado a los menesteres del hogar: lavado, planchado, crianza de aves, y en donde se encontraban las habitaciones de la servidumbre. Éstas daban a un corredor cuyos postes unidos por cordeles, soportaban la ropa tendida. Al fondo del sitio, antes de llegar al muro divisivo-

rio, existía un trecho de tierra que la señora Rosarito destinaba al cultivo de amapolas.

Los pueblos chicos ubican sus casas unas frente a otras en pie de guerra. Por ello, Rosarito mantenía en ese jardincillo trasero de la suya este arsenal de crecidas amapolas que transparentaban su color y su veneno al sol durante el día.

Se ingresaba a través de una verja endeble y había que circular con dificultad entre las hileras de flores, que se afirmaban en diminutas empalizadas de madera. El terreno era irregular, produciéndose un recodo a la altura de las últimas amapolas, que conducía a una construcción de vidrio, especie de invernadero abierto en ambos extremos. En esa galería se hallaban las bodegas y el dormitorio de Pavel. Estas dependencias eran sumamente oscuras, vislumbrándose uno que otro detalle de las herramientas del jardín e implementos de aseo. Contra los vidrios se apoyaban grandes jabas metálicas para guardar las botellas vacías. Algunas plantas de interior enrarecían el aire, y una lora abandonada, lejos de su percha de bambú y hablando disparates, se balanceaba sobre las baldosas del piso.

Cuando Anselmo llegó al patio, la cocinera humedecía el corredor lanzando agua. Otra mucama, recostada junto a un poste, se cortaba las uñas de los pies. Al ver al pequeño ocultó las tijeras, e incorporándose, intentó desviar su atención.

— ¿Buscas algo, niño?

Anselmo, sin responder, transpuso la reja que comunicaba con el campo de amapolas y se perdió entre las flores. Éstas tenían casi su porte. A pocos metros de la pandereta, notó unas amapolas aceitosas y opacas que Pavel, vehemente, manchaba sobre una tela. El caballete portátil que sostenía el cuadro se hundía en el barro. El chofer le habló sin dejar de mezclar los colores en la paleta:

— ¿Te gusta pintar?

Anselmo asintió con la cabeza y su curiosidad le hizo guardar silencio. Las amapolas de Pavel, observó, a diferencia de las otras, eran demasiado quietas, a pesar de los esfuerzos con que el pintor intentaba moverlas. A las reales, en cambio, cualquier tenue brisa bastaba para mecer sus corolas. Pavel se había dejado llevar por las facilidades. Una mañana, muy impresionado por una gran marina que colgaba de un muro del salón, sintió deseos de copiarla. Aguardó a que sus patrones estuvieran ausentes y, valiéndose de unos lápices de colores y una libreta, reprodujo el fragor de esas olas. Tan absorto estaba en su trabajo,

que no escuchó los pasos del almirante, que lo observó por sobre el hombro. Cuando el chofer hubo concluido, Azuelos lo palmoteó, entusiasmado:

— ¡Bravo el artista!

Pavel, sorprendido, soltó lejos la caja y los útiles.

Desde ese día, el chofer, por indicación del almirante, tomó clases de pintura en una academia particular, y tuvo permiso para copiar todos los cuadros de la casa. Cuando paisajeaba, lo hacía como aquella tarde, en el patio trasero.

Inquieto por el silencio que guardaba el niño, recogió los pinceles y los depositó dentro de un jarro. Luego se limpió las manos con un trapo y acercándose, indagó cariñoso:

— ¿Qué haces aquí?

Los niños, a diferencia de los adultos, no se desaniman ante las preguntas directas.

— Espero el globo de la parroquia — respondió con toda inocencia, y luego explicó que éste descendería del cielo.

El candor de esta afirmación conmovió de tal modo a Pavel, quien tomándolo en brazos, lo estrechó contra el pecho y susurrándole consuelos y promesas, lo condujo de vuelta a casa por entre los caminos de flores.

El mundo de Pavel era el del arte. Desde que el almirante le permitió alternar sus obligaciones con las clases de pintura, descuidó tanto el automóvil que la señora Rosarito se quejaba continuamente por esa «franquicia única» que, según ella, gozaba el chofer.

— El arte es un don del cielo — le respondía su esposo, para dar término a una discusión que consideraba estéril. Sobre todo, Azuelos sabía que no eran las continuas panas (y éstas no habían sido pocas en el último tiempo) lo que indignaba a su mujer, sino la envidia que este nuevo talento le ocasionaba. También ella había pintado. Y para colmo de males, cuando Pavel ingresó a la academia, la señora Rosarito hacía años que era alumna regular del mismo plantel. Costó no poco trabajo convencerla de que debía aceptar al chofer por compañero de atelier. En un comienzo el problema pareció superado, debido a que ella tenía más conocimientos académicos, y esta ventaja la hacía sentirse doblemente la patrona. Pero a los pocos meses, no sólo Pavel resultó ser el alumno más aventajado del curso, sino que circuló además una nefasta

iniciativa entre los discípulos que precipitó la ruptura de Rosarito con la pintura. El maestro aceptó la proposición de sus alumnos de que, a la hora del té, fueran las damas quienes sirvieran a sus compañeros varones. Rosarito escuchó atentamente esta nueva modalidad, y antes de inclinarse solícita junto al puesto de Pavel en la mesa, para preguntarle: «¿Cuántos terrones de azúcar se sirve usted?», dejó el arte.

Sufría Pavel cuando debía llevarla de compras. Aunque no intercambiaban una sola palabra, ella solía colocar jabones y bolsitas con lavanda en los asientos y en la guantera, para darle a entender que hasta su olor le repugnaba.

A Pavel se le hacía cada vez más intolerable su trabajo en casa de los Azuelos. Mantenía la secreta esperanza de ganarse algún día el sustento con el producto de su arte, y esta ilusión se manifestaba en el descuido que ponía en sus deberes. Vivía en un estado de enajenación casi permanente, lo que le impedía concentrarse en la conducción del automóvil. O los esposos Azuelos estaban expuestos a un accidente diario, o a una serie de piruetas que la distracción de Pavel les obligaba a soportar.

— ¡Este hombre no maneja, sino que dibuja con el automóvil!
— aseguraba ella, cuando, lívida, se aferraba a las manillas, una vez pasado el peligro.

Pero esa libertad que le otorgaba su condición de artista y le permitía ahora mostrar nuevas facetas de su personalidad, antes un tanto reprimida, no sólo se exteriorizaba en las cabriolas que efectuaba con el automóvil, sino en una cierta afectación en los modales y en la entonación de su voz. La extravagancia de sus frases, los gestos coquetos al responder y los canturreos al volante sorprendían a los dueños de casa. Atribuyeron tal falta de pudor a su entusiasmo, lamentando que no temiera, como ellos, la mirada del mundo. Cuántos hombres, pensó Azuelos, prefieren ocultar algún talento, para evitar los juicios que inevitablemente acarrearán los éxitos. Sin embargo, el descubrimiento de sí mismo a que el chofer se vio enfrentado, debido en parte al hecho de poder desarrollar sus indiscutibles dotes de pintor, vendría a restarle la felicidad que por ello merecía. Había más. Pavel fue el primer sorprendido, y luego la prima Fidela, quien por casualidad entró una tarde en el salón de visitas y lo encontró besando apasionadamente en la boca, el busto de Augusto niño que había sobre el piano.

— ¡Y eso! — gritó.

— Es una niña — replicó Pavel, confiado en que la incultura de la anciana, sumada a la ambigüedad de los rostros del pasado, salvara en algo la engorrosa situación.

— ¿Una niña? — preguntó ella, acercándose al busto que Pavel sostenía entre sus brazos —. ¡Es un muchacho! — aseguró, alzando más la voz con la esperanza de que Rosarito la escuchara desde el segundo piso y acudiera a testimoniar su original descubrimiento. Como esto no ocurrió, puntualizó para herirlo —. ¡Un pintor que no distingue una cabeza de mujer de la de un hombre!

Pavel tenía el color de ese mármol.

La escena, a Dios gracias, se vio interrumpida por el insólito vuelo de un abejorro que, portando aún los rayos del sol en sus alas, arremetió contra Fidela y Pavel, separándolos. La anciana se defendía con el bastón, impidiéndole su cojera huir, como lo hacía el chofer por entre los muebles del salón.

Fidela, una vez arriba y cómodamente sentada, midió y paladeó cada una de las frases con que narró los hechos. Todo el relato lo hizo al oído de la señora de Azuelos, quien a medida de las insinuaciones, iba cambiando la expresión del rostro. Anselmo, acostumbrado a que estas cuítas no fueran tan prolongadas, dejó de lado sus cuadernos y miró abiertamente al par de mujeres. Fidela, quien, como aseguraba, «no ponía jamás todos los huevos en un solo canasto», molesta por la actitud del niño y sin dejar el oído de su confidente, buscó a tientas el bastón, para obligarlo a retomar sus tareas.

Al llegar los meses de verano, la casa cambió el aspecto gris de su fachada por otro más alegre. Esto se debió a un par de toldos a franjas azules y amarillas con que cubrieron el balcón y la terraza. El ruido que hacían al ser batidos por el viento le recordaba al almirante un lejano viaje a bordo de un velero. Bajo la sombra de esas lonas, su figura vestida de claro aparecía un tanto difusa, como sumergida.

Anselmo imaginaba a los Azuelos como personajes sacados de un refinado balneario, cuando los veía, él de blanco y ella de su brazo, hacer las tardes en el jardín.

La monotonía de esos días, sin embargo, vino a romperla una carta de Matilde, su madre, en que les anunciaba su próxima visita. El efecto de la noticia no se dejó esperar. Rosarito se volvió solícita y llena

de atenciones comedidas. El almirante por su parte hizo otro tanto, y la prima Fidela, que se encontraba presente durante la lectura, acarició la cabeza del niño, añadiendo el lugar común correspondiente:

— ¡Madre hay una sola!

Anselmo comprendió que automáticamente perdía toda relación con ellos, y que su protección quedaba sujeta ahora a los recuerdos, besos y recomendaciones escritas en una carta. Casi añoró el maltrato de Fidela y de los Azuelos, que al anuncio de la llegada de su madre se volvieron reservados y distantes.

La más afectada con la nueva pareció ser la mujer del marino, quien suspiraba continuamente como para dar a entender que su antigua obsesión, la falta de hijos, volvía a poseerla. Fidela, experta en no asumir ningún problema ajeno, fue la primera en retirarse; luego el almirante y finalmente Rosarito, quien para exteriorizar su amargura, dejó caer con despecho la carta sobre la mesa. Abierta, con las hojas temblando al viento, parecía una paloma herida. Portadora de buenas noticias, pero que debió transmitir en clave o entrelíneas.

3.

Sólo Pavel acompañó al niño a la estación. Ambos se paseaban tomados de la mano a lo largo del andén, cuyo último tramo, a diferencia del que cubría la inmensa bóveda metálica, se extendía varios metros bajo el sol. A los portaequipajes, que arrastraban pesados carros repletos de bultos, al dejar la sombra se les encendían repentinamente sus casacas y gorras de paño rojo. Los botones de bronce y el reborde de metal que remataba las viseras repartían inusitados destellos. El parlante destinado al anuncio de los horarios reproducía canciones. Un incesante ir y venir de palomas comunicaba la plataforma de cemento con la lejanía.

Anselmo recordó su tren de cuerda, y Pavel le explicó que, a distancia, aquél que aguardaban y el suyo se verían del mismo porte. De pronto, el parlante cesó de transmitir música y anunció para los próximos minutos el arribo. El pequeño apretó nerviosamente la mano del chofer, y no pudo dejar de interrogar a un maletero que pasó junto a ellos:

— ¿Falta mucho todavía?

El empleado respondió como de memoria:

— Ya viene, ya viene...

La música, que se había reanudado, fue silenciada cuando los sonos de la acompasada campana y el rechinar de émbolos y ruedas de la locomotora irrumpieron en la estación. Los resoplidos de esa especie de ballena de hierro, sus goterones de sudor de aceite y la vibración agitada de su pulso impresionaron al niño, que atribuía sólo a ella, y no al diminuto maquinista que asomaba arriba, el mérito del viaje.

La atención de Pavel se dirigió a los coches de primera clase. Anselmo lo seguía con dificultad entre la gente. Su madre no aparecía. Cuando desalentados revisaban los últimos vagones, sólo se toparon con un viejo camarero que barría los pasillos.

Al llegar a casa, un llanto violento y entrecortado le impidió hablar. Algo inútil, referente a un telegrama, intentaba explicarle Pavel mientras le ofrecía su pañuelo.

Las horas restantes las pasó el niño en su pieza, de bruces sobre la cama, apretando en su mano el pañuelo. Desde allí, alternaba sus ensoñaciones y penas con la visión un tanto desdibujada de su tren de cuerda, que, descarrilado a lo largo de la alfombra, recibía salpicaduras de sol en sus carritos pintados y en los tramos de riel.

Al día siguiente, aún se percibía en la pieza el perfume que impregnaba el pañuelo de Pavel. Ese aroma dulzón le recordó aquel otro que despedían las flores al óleo que éste solía pintar en el jardín. Junto con recordar esos cuadros opacos que distraían la belleza del lugar, tuvo presente las muestras de ternura que el artista le dispensaba cada vez que espiaba su labor. A diferencia de otros creadores, que no toleran las interrupciones, Pavel demostraba con su actitud benévola que las personas estaban primero, y cuando lo veía llegar apartaba lejos el caballete y la caja de colores.

Hubo noches en que Anselmo soñó con su sonrisa, que como una tajada de melón recorría la oscuridad del cuarto para instalarse junto a su lecho.

—¿Te falta mucho todavía? —indagaba el niño, observando esas manchas que intentaban transformarse en pétalos de flor.

—Basta por hoy —respondía Pavel, haciendo un gesto de asco, mientras se alejaba del boceto para examinarlo a distancia. Luego su rostro se iluminaba al volverse hacia el pequeño curioso, y emocionado como ante la visión de un ángel, lo tomaba en brazos, oprimiéndolo con tanta ansiedad que a Anselmo le faltaba el aire.

Esta angustia demostrada por el niño lo tentaba de risa, redoblando abrazos y caricias, mezcladas con piruetas y carreras. A veces

caían al suelo, confundiéndose en un solo griterío los llantos de Anselmo y las carcajadas del pintor.

Las lágrimas del desconcertado niño volvían a Pavel a la realidad. Parecía despertar de un sádico sueño. A pesar de todo, Anselmo, quien no cesaba de reír mientras sollozaba, presentía que bajo esos tratos bruscos se escondía un amor a toda prueba. A medida que recordaba aquella tarde su relación con Pavel, una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Comparado con el insustituible amor materno, este otro casi no lo consideraba. Pese a todo, una fuerza poderosa lo hizo incorporarse y descender hasta el patio trasero. Al enfrentar el corredor, advirtió que no había nadie. La falta de viento dejaba inmóvil la ropa tendida, y el sol era tan intenso en el lugar de las flores que éstas perdían el color, volviéndose monocromas como todo lo que las rodeaba. Bajo la galería de vidrios se sintió mejor. Había reservas de humedad de otros meses. La lora, lejos de su percha, caminaba torpemente por el borde de una jardinera. La puerta de Pavel estaba abierta. En un principio el niño no vio nada, pero a medida que se habituaba a la oscuridad, fue distinguiéndolo todo. El chofer, al observar su silueta a contraluz, se ocultó rápidamente tras un biombo de género que él mismo había confeccionado con un par de bastidores. El mobiliario era escaso: dos sillas metálicas, una mesa y un cajón forrado en hule que hacía las veces de velador. Los muros estaban atestados de cuadros y un olor a óleo rancio y a barniz emanaba de ese cuarto sin ventanas.

El niño, al sentir la presencia de Pavel, avanzó hasta el biombo. Sólo el ruido de los mordiscos que la lora daba a las macetas interfería en algo la respiración acelerada del chofer. Sin decir una palabra, Anselmo se asomó tras los bastidores. Pavel era irreconocible. Se había colocado en la cabeza una especie de postizo de crin del que pendía gran cantidad de bucles empolvados, cintas, flores y gasas. Sus mejillas sin afeitar estaban saturadas de colorete y en una de sus manos sostenía un fieltro de anchas alas adornado con plumas de avestruz. Anselmo, al tratar de salir, tropezó con el biombo, el que se vino al suelo con gran estrépito. Una vez fuera, huyó despavorido a través de la galería de cristales y el campo de amapolas.

Por la mañana, Rosarito envió una mucama, notificando a Anselmo que lo esperaba en la pieza de vestir. Cuando la señora de Azuelos

los citaba a alguien en esa habitación, quería decir que se trataba de un hecho grave. El niño acudió de inmediato, ignorando el motivo.

Al acercarse a la pieza, la mucama se le adelantó, y con un gesto servil, empujó hacia adentro las hojas de la puerta. En el centro, sentada ante un fino escritorio de estilo, lo aguardaba la señora. Vestía una bata de raso color fucsia y zapatillas de lana. Tras ella, y sobre un largo armario de encina que cubría toda la extensión del muro, colgaban platos de mayólica y una colección de retratos de familia.

— Acércate — ordenó con voz firme, mientras hacía un gesto autoritario con la mano para despedir a la sirvienta. El ruido de la puerta al cerrarse fue la señal que dio inicio al interrogatorio. Los parientes que le observaban desde la altura parecían haber perdido su condición de retratados y adquirían vida, gracias a ese silencio que a medida que se prolongaba, se volvía cada vez más inquietante. Rosarito lo rompió, extrayendo del cajón del escritorio un espejo guarnecido de plata.

— ¿Me quieres explicar qué hacías ayer en el cuarto de Pavel?

— ¿Ayer? — exclamó Anselmo, esforzándose por sostener esa mirada. Entonces, a pesar de su inocencia y del desconocimiento real de los hechos, pero con la certeza de que había sido traicionado por alguna de las criadas, lo adivinó todo. Intuyó lo grave de la situación, la tragedia de Pavel y el peligro que éste corría.

— Buscaba la llave de mi tren de cuerda — respondió con firmeza.

La mujer pareció dubitativa en un comienzo, pero luego, dejando de lado sus conjeturas, le advirtió:

— No es ahí donde debes buscarla — y guardando el espejo dio por finalizada la entrevista.

De vuelta en su pieza, sintió Anselmo deseos de venganza. «Lo que ha hecho Pavel es malo», repetía en voz alta.

El dolor del niño buscaba un desahogo, y su necesidad de enfrentar al chofer respondía a hechos ajenos al causado por éste, a quien acababa de encubrir.

Anselmo acudió al repostero, donde encontró al chofer. Era la hora del té. Después de las conflictivas onces en la academia, Rosarito dispuso que Pavel las sirviera en casa. La luz era pareja, reflejándose diminutas las ventanas en los jarros repletos de agua de canela, que entibiándose aromaban la pieza. Pavel, inclinado sobre el basurero, sacudía un colador. A través del ventanuco por donde circulaban los pla-

tos se escuchaba la conversación que sostenían Fidela, el almirante y su mujer.

El niño se acercó a Pavel:

— ¡Te voy a acusar!

Y mientras éste abría cada vez más la boca, Anselmo prosiguió:

— Lo que hiciste ayer fue malo.

El pobre hombre, fuera de sí, se arrodilló tomándole las manos:

— ¡No, por lo que más quieras, no digas nada, te lo ruego!

Su rostro tomó el color del papel que forraba el basurero.

— Si haces lo que te ordene — propuso Anselmo, observándolo con frialdad.

— Lo que tú desees.

— Está bien — respondió despectivamente, advirtiendo el nerviosismo con que disponía las teteras sobre la bandeja.

— Quiero que me construyas una ciudad de cartón para quemarla.

— De acuerdo — exclamó Pavel con voz tan resignada que se podía atribuir a dos causas: bien la penitencia no estaba a la altura de la falta y había que simular lo contrario, o simplemente quería dar a entender que no merecía ninguna.

Anselmo, al quedar solo en el repostero, sintió que la buena acción lograda a través de una mentira dicha en la pieza de vestir, y el trato posterior acordado con el chofer, lo convertía doblemente en su cómplice. Y esta situación lo entristeció sobremanera.

Cuando la ciudad de cartón estuvo terminada (durante su construcción Anselmo exigió varias modificaciones), ordenó colocarla en el patio trasero frente a la ventana de una bodega. En su interior, cómodamente sentado, se ubicó el pequeño como un emperador romano dispuesto a observar el incendio. Las llamas en un comienzo recorrieron las callejuelas pintadas, para luego envolver las casas y asomar por puertas y ventanas. El atardecer coincidió con el derrumbe de las últimas viviendas, y daba la impresión de que esos escombros eran los que teñían de rojo el firmamento. Anselmo, pensativo, la mirada perdida en las cenizas, soportaba resignado las caricias que, a hurtadillas y aprovechándose de las tinieblas, le hacía el chofer de esa casa.

En el otoño de 1940, un año después de la llegada de Anselmo a casa de los Azuelos, Matilde Méric, su madre, se comprometió en matrimonio con un agrónomo de la zona de Llay-Llay, llamado Julián Madrazo. Antes de la boda vino a buscar a su hijo. Ya no vestía el llamativo

traje de seda amarilla, sino uno negro de dos piezas y una boina. En la estación, al divisarlo, se ocultó tras un farol y cuando el niño pasó junto a ella de la mano de Pavel, le salió al encuentro pretendiendo asustarlo. El chofer y Anselmo la miraron desconcertados, mientras ella, riendo de su broma, apretaba nerviosamente la cartera y los guantes.

El almirante propuso que regresaran esa misma tarde, facilitándoles su automóvil. Harían el viaje por el antiguo camino de tierra.

Anselmo y Pavel no se volverían a ver.

Fidela los despidió desde el balcón y Rosarito, al escuchar el ruido del motor y ver la maleta en el vestíbulo, no supo cómo reaccionar y sólo atinó a reabrir su abandonado taller, para buscar consuelo entre sus obras inconclusas.

SEGUNDA PARTE
LA QUINTA DE MADRAZO

1.

Al dejar la estación del poblado de Las Chilcas, el ferrocarril que se dirige con destino a Valparaíso efectúa sobre la cima de un cordón montañoso una prolongada y dificultosa curva, que permite al viajero admirar desde esa gran altura el valle que abajo extiende su fértil superficie. A medida que el tren desciende entre cerros y peñas monumentales, un viento desatado embiste la gran profusión de árboles, huertos, viñedos y plantaciones que presenta la región. Estos vientos prisioneros vagan ociosos buena parte del año, ya que en la zona no llueve durante los meses de primavera y otoño. Debido a esto, las aguas de regadío deben ser almacenadas; los ríos se muestran torrentosos sólo en invierno.

Como la línea del ferrocarril se interna en las quintas y parcelas, divide y transita las plantaciones forrajeras, las chacras, hortalizas, viñas, las sombras de frondosos bosquecillos, los claros, los árboles frutales que al sol encienden sus efímeras flores. Allí el viento redobla su velocidad, como queriéndonos anunciar que nos aproximamos al pueblo de Llay-Llay, que en lengua araucana lleva dos veces su nombre. Antes de dicho pueblo, donde las palmeras son aún escasas y sólo sirven para realzar viejos parques que ocultan casonas señoriales, hoy derruidas, tenía Julián Madrazo su quinta, entre un corralón de asnos, cabras, aves y un viñedo interminable, cuyas últimas matas trepaban las laderas de los lejanos montes de enfrente.

Durante más de medio siglo, la familia Madrazo restó importancia al hecho de que los trenes, al cruzar su quinta, lo hicieran a través del parque. No mostraron igual indiferencia, sin embargo, sus descendientes, los que debieron soportar, con el advenimiento del progreso, la aparición de las locomotoras eléctricas y sus vagones estruendosos,

que a su paso ensordecían el lugar, removiendo desde los cimientos la casa, el pabellón y las bodegas.

Lejana estaba la época de los viejos Madrazo, quienes al escuchar el pito de ese tren frágil de trocha angosta que evocaba balnearios, dejaban la mesa o los quehaceres y, provistos de quitasoles, chupallas y pañuelos, corrían por entre los árboles para dar la bienvenida a los pasajeros. Los más osados de la familia subían a los carros para dejarse caer unos metros más adelante. Los roces eran frecuentes, y el vapor esparcido no tardaba en disipar el diligente viento del valle.

A Julián Madrazo correspondió la tarea de vender al fisco los terrenos que ocupaba el ferrocarril dentro de su propiedad, entablado con las autoridades provinciales negociaciones muy engorrosas que finalmente se resolvieron en unos «estados de pago» que no compensaron la pérdida ni trajeron silencio.

Este arreglo lo obligó a retirar la reja principal, acercándola varios metros hacia la casa, lo que dejó al tren afuera. Los árboles y plantas próximos a la vía se secaron, y con el tiempo nadie recordó que la exuberancia que se divisaba tras sus barrotes y los terrenos baldíos por donde iba la línea, habían pertenecido al mismo dueño.

En el invierno de 1948, hizo su aparición una locomotora último modelo, de líneas poco amables, poderosa y veloz, que apodaron «la Serpiente de Oro». Corría a tal velocidad frente al parque que ni los pasajeros preocupados en ubicar su equipaje, ni Anselmo, el hijastro de Madrazo que regresaba del internado, se percataban de su belleza y existencia.

Y la enorme reja, una vez reubicada significó, tanto para sus dueños como para los inquilinos, el símbolo de una derrota. Era de color verde, muy alta; la parte superior con barrotes y la baja, cubierta por un par de planchas que tenían al centro unas cabezas de león en relieve, sosteniendo entre los dientes una argolla. La hoja que habitualmente abrían mostraba el león descolorido por el roce. Sobre los barrotes, una rama gigantesca de buganvilla formaba un arco de flores. Pero era el sol el que mantenía una relación más directa con la reja. Como ésta daba al poniente, recibía sus rayos durante toda la tarde. En su superficie y sobre el polvo del sendero, éste tejía y destejía un sutil gobelino de pequeñas luces y sombras.

La soledad de esta verja se extendió a la buganvilla, a los ado-

bes, a las tejas y árboles; kilómetros a la redonda, como una enfermedad contagiosa que dejó todo entregado a la melancolía. El silencio del lugar, su aspecto, daban la sensación de una vieja lámina, el telón para una escena bucólica. Abandono que también mostraba el muro divisorio. Levantada con un fin preciso, y no para meditar en las puertas del paraíso perdido. Las de la quinta de Madrazo guardaban ese lugar intacto. Sus árboles, avenidas y construcciones se mantenían aún en pie, debido a que ninguno de sus moradores trajo consigo pasiones e historias que la habrían ocupado como escenario, provocando su muerte. Aquello sobrevivía gracias al olvido, que desvió la acción del tiempo.

Cuando el hombre abandona un lugar, éste al comienzo se resiente por la falta de aseo y reparaciones, pero, superada esta etapa, todo cobra otro orden, y la naturaleza al sentirse libre se encarga de transformarlo. El parque que rodeaba la casa de puntiagudos techos era aparentemente una ruina. Las palmeras antes podadas y en sucesión casi simétrica, hermozeando la avenida que conducía a los escalones de la terraza, ahora servían de sostén a las enredaderas que habían trepado hasta sus cimas, desvirtuando sus formas, uniendo unas palmeras con otras, formando masas de una flora híbrida.

Nadie se había ocupado del cañaveral que corría paralelo al estero, destinado al riego de la huerta, y los bambúes crecían en todas direcciones obstruyendo el curso del agua, que al rebalsarse anegaba parte del parque. Allí se daban variadas plantas que requieren humedad. Desde los helechos corrientes, las salvinias flotantes, lentejas acuáticas y gracintas, hasta exóticas espadas del Amazonas que se ignoraba cómo habían crecido solas. Los grandes paltos cerraban el cielo en la parte del frontis de la casa, y una parra que había detrás de una glorieta cubría parte del techo, trepando con sus guías a las alturas gracias a un árbol centenario.

Este desorden era obra del verano, en que las plantas están en su apogeo. Con las lluvias y el desprendimiento de las hojas, de las que sólo se encargaba de barrer el viento, se advertía por sobre la arquitectura de la casa y de las otras construcciones, una más delicada y sabia de la naturaleza. Dicha casona había sido construida en dos etapas: una parte antigua de adobe y la más reciente de ladrillo. Pero como el follaje impedía precisar no sólo la diferencia de estilos, sino que la casa misma, ni siquiera Madrazo sabía cómo era. Algunos detalles de ella sin embargo, respetaban las enredaderas: la galería del fondo, sus es-

calones de mármol reconstituido, el techo, ciertas ventanas y el portón del patio enladrillado.

Por ahí, vagando inmóvil, se encontraba un mastín de piedra sin cola y, a un costado de una baranda, un león herido por sus grietas.

En medio de todo este caos, y bajo el único claro que permitían los enormes paltos, había una pila de cemento. Pequeña, algo profunda, de cuyas aguas emergía una piedra porosa en forma de gruta que sostenía en su base un niño de mármol. Esta figura se apoyaba graciosamente en un solo pie, dejando el otro libre como en un paso de danza. En su diestra, sostenía un diminuto cuerno de la fortuna del que brotaba el agua que lo bañaba entero, escurriéndose a través de sus facciones, siguiendo los pliegues de su túnica. El agua, al deslizarse continuamente por el rostro, desdibujaba un tanto su expresión. Había adquirido una pátina dorada, que a una hora precisa el sol hacía resaltar. Esos rayos dirigidos a través de las aberturas del follaje alcanzaban también a los peces de colores, que duraban encendidos un instante para apagarse al entrar en las sombras.

Julián Madrazo era el responsable del estado actual de la quinta. La heredó a la muerte de su padre cuando recién terminaba el colegio, y la soledad de su madre lo obligó a permanecer en ella. A Julián le disgustaba el campo. Desde niño anheló seguir la carrera de medicina, pero como llegado el momento no se atrevió a enfrentar a la viuda para darle a conocer sus inquietudes, ella, consciente de esta debilidad, lo obligó a cultivar esas tierras como una manera práctica de solucionar el problema económico de ambos.

Las relaciones entre Julián y su madre pasaron por muchas etapas, casi todas de resentimiento. Sin embargo, cuando Madrazo cumplió treinta años y la madurez le enseñó a desconfiar de las prestigiosas carreras liberales, al saber del uso y abandono que tantos compañeros de colegio hacían de esos títulos, valoró su existencia regalona y olvidó su antigua frustración, aduciendo que ahora asumía la vida con un sentido más realista. Entonces cambió de actitud respecto a su madre, produciéndose entre ellos una aparente complicidad. Sólo aparente, puesto que ella, mujer muy compleja, al presentir que su hijo desistía de su antigua vocación y se dejaba conducir dócilmente entre frutales y viñedos, sintió un gran desengaño. Carecían de interés para ella los seres que dejaban de estar en conflicto. Le había ocurrido con su espo-

so, quien en su época trocó el cuidado de la quinta por el amor conyugal, despertándole un rencor inconcebible. Era de esas personas que sienten pudor por las relaciones directas. Si su esposo hubiera hecho prosperar la quinta, ella lo habría amado hasta la locura. Si su hijo Julián, pensando continuamente en sus antiguos camaradas y en la escuela de medicina, se hubiera entregado al cultivo de esas tierras, habría adquirido ante sus ojos la talla de un hombre superior. Pero cuando sospechó que renunciaba, le resultó intolerable. La imagen del padre calzó con la del hijo, y ella, doblemente herida, dejó la quinta y se refugió en Olmué, donde tenía parientes.

Julián no logró entender esta actitud; ahora que desistía de su sueño, era cuando ella se iba.

Sólo la visitó en una ocasión. La señora lo recibió en cama, y solía narrar Madrazo a sus inquilinos que, al verlo avanzar, se arrancó de un tirón la peluca, como para advertirle que la visita no se repetiría.

Cuando Julián perdió a su madre tenía cuarenta años. Era alto y grueso. Se dejaba unas descuidadas patillas, colorinas en su mocedad, ahora entrecanas, que hacían pensar en los últimos destellos de un fuego consumido. Las mejillas sonrosadas, los ojos pequeños e incoloros. Las cejas, el único detalle firme de su cara, le eran ajenas, como postizas. La enorme barriga descansaba en el cinturón, ocultando la hebilla. Siempre usaba, fuera y dentro de la casa, botas, fusta y sombrero de paño. Fumaba cigarrillos fabricados por él mismo. Poseía una bolsita de cuero para el tabaco y cajas de papel de arroz. La bolsita se cerraba por medio de una minúscula argolla. En sus manos anchas y velludas mostraba varios anillos, que contrastaban con su indumentaria campesina. Lo más característico era su risa. Afluía de golpe y se desarrollaba cada vez más sonora y contagiosa.

Sus gustos eran sencillos, pero impropios para el lugar. Tenía predilección por los mariscos y la ópera. Tanto lo uno como lo otro debía buscarlo lejos. Era dichoso cuando su capataz se los traía frescos. Si por los alrededores de la casa se escuchaba la grabación de «Una furtiva lágrima», era seguro que Madrazo comía ostras.

Bien temprano, hacía llamar a su escritorio a Rómulo, el campero, y disponía la jornada. Afuera, en el patio enladrillado, le aguardaba su caballo con silla mexicana. Subía a él con dificultad y se alejaba por entre los viñedos y frutales muy lento, sin apurar jamás el tranco, deteniéndose de vez en cuando ante un grupo de inquilinos para darles

indicaciones con la fusta. El sombrero blanco de Madrazo se veía toda la mañana sobresalir por entre sus viñas.

Al mediodía regresaba por el parque en ruinas. Auristela, la mujer a cargo del hogar, reconocía a distancia el paso acompasado de su cabalgadura y servía el almuerzo. Ella era la única persona que tenía derecho a dormir en la quinta, y esta confianza que Madrazo le otorgaba la hacía sentirse superior entre su gente en la puebla. De noche jamás puso cerrojo a su puerta.

Julián almorzaba solo en el gran comedor de la casa. El piso de esta habitación sonaba a hueco y era imposible salir al corredor por la puerta correspondiente, ya que las abejas habían trasladado allí su colmena. A través de la ventana con barrotes que daba al sur, se veía sobre un montículo una cruz inclinada que los sacerdotes ocupaban en tiempo de misiones. La mesa era ovalada, con muchas sillas de diversos estilos. Las había victorianas en mal estado, una dorada con una lira en el respaldo y rústicas de paja. En el aparador, se exhibían restos de loza y cristalería. Los moldes de dulce de membrillo y el manjar ocupaban dos grandes compoteras inglesas de color blanco con guarda celeste. En el muro frente a la ventana, colgaba un friso de cartón piedra con niños desnudos en relieve jugando al billar y a los dados. De la lámpara inservible de gas pendía una ampolleta esmerilada.

Después del almuerzo, Madrazo dormía la siesta en el escritorio, en un viejo diván de terciopelo azul ubicado junto a la chimenea. Las actividades del día habían concluido.

Tanto la quinta como los fundos y parcelas de la región dependían de Llay-Llay, el pueblo más cercano, donde se detenía el tren expreso. Allí, entre las hileras de coches de alquiler y taxis que aguardaban a la salida de la estación, era frecuente encontrar el carretón de Madrazo. Una especie de carromato circence, sin ventanas laterales y que tiraban dos percherones. El padre de Julián lo había mandado construir en el extranjero, para seguridad de la familia. Su mujer, embarazada de varios meses, sufrió un accidente en uno de esos coches livianos que apodan «cabritas». Volcó ésta y el viejo Madrazo prohibió que en lo sucesivo se utilizara para los viajes esa clase de vehículos. De ahí el origen de ese carretón singular, primitivamente para ser tirado por bueyes. Julián lo modificó para caballos, y tal vez por superstición o

flojera de hacer el trayecto en su cabalgadura, se hacía conducir en ese carromato incómodo y oscuro.

Madrazo iba regularmente al pueblo. Allí tenía su peluquero, doctor, dentista, párroco, compraba las revistas y los diarios, y con reticencia se asomaba al club social. En su juventud, había pertenecido al Rotary y también a la compañía de bomberos. Se lo conocía sobre todo por sus historias de amor. Éstas dieron la vuelta a la plaza, y provocaron desilusiones y tragedias en todos los negocios que allí convergían. El monumento a Manuel Rodríguez, erigido en el centro, desoía tanta queja, apelando al cielo con su sable en un ademán de bronce. Y los amores de Julián Madrazo siguieron calle abajo, llevados por ese viento que no dejaba en paz a los árboles.

Después de la muerte de su madre conoció a Matilde Méric en casa de unos comerciantes muy ricos de origen árabe. La invitó a la quinta, a un picnic, al cine, la acompañó a misa y, mientras caminaban una mañana junto al carretón del que habían descendido para subir a pie la empinada cuesta de Lara, le propuso matrimonio. Matilde, desconcertada, habló de su viudez y de Anselmo. Madrazo, al día siguiente, le envió una bicicleta Philips de regalo con una tarjeta atada al manubrio en que se leía: «Para mi novia».

Una semana antes de la boda, Matilde acudió a casa de Azuelos en busca de su hijo.

—Sin amor, uno no se puede presentar en ninguna parte —aseguraba Madrazo.

También era habitual oírle decir: «Hombre casado, perro amarrado».

En lo sucesivo dejó esta última frase.

La limousine de Azuelos, que iba dando tumbos, alumbrando al pasar las zarzadoras y los cercos, dejando atrás un tierral no acorde con la limpidez de esa noche, viró de golpe y se detuvo enfocando la reja de la quinta.

Anselmo, quien dormía reclinado en el hombro de su madre, despertó. Resultaba insólito ver la reja iluminada de noche. A las luciérnagas únicamente les estaba permitido distraer esas horas. Anselmo fijó su atención en las cabezas de león mordiendo las argollas, y en un listón que decía: «Se prohíbe la entrada a toda persona extraña».

Pavel, cansado de tocar la bocina, descendió del automóvil y se

puso a remecer los barrotes. Desanimado por la falta de respuesta, se quitó la gorra y, pasándose impaciente la mano por el pelo, exclamó:

— ¡Señora, parece que aquí no hay nadie!

Matilde sonrió al observar el contraste entre ese chofer impecable y el mundo que guardaba esa verja.

— Tenga usted calma, ya vendrán.

En efecto, a los pocos minutos, la Auristela, portando una lámpara de parafina que destacaba el blanco de su delantal, vino hacia los visitantes. Demoró en quitar la cadena y el candado. Pavel debió hacer grandes esfuerzos para ayudarle a abrir las dos hojas.

— Sígame — dijo la mujer, y se encaminó con la lámpara en alto rumbo a la casa. El automóvil iba cauteloso tras ella, enfocando toda esa maraña de arbustos y ramas. Anselmo se impresionó por el color profundo de los gigantescos paltos ante los que finalmente se detuvieron. Esos troncos iluminados mostraban en su corteza la acción del tiempo. Más tarde recordaría muchos detalles, pero ninguno como éste.

Madrazo, de pie en los escalones, apoyado en la sirvienta que alumbraba, aguardó a que su futura esposa y su hijastro acudieran a saludarlo. Pavel, que tenía orden de regresar sin tardanza, al presentir que entre él y Julián Madrazo no existiría la menor simpatía, olvidó despedirse y reculó lentamente con el automóvil hasta el camino. Antes de iniciar el retorno se detuvo un instante, sin saber la razón, a observar esa reja desvencijada, a la que por descuido le sucedió lo que jamás en un siglo: quedó toda una noche abierta.

Madrazo había proyectado una boda en grande. Imaginaba su carretón ornado con guirnaldas y rosetones de flores silvestres, que junto con el tractor y el acoplado servirían para trasladar a todos sus inquilinos a Llay-Llay. Ellos, los novios, arrendarían un automóvil descapotable. Vendrían el almirante Azuelos, Rosarito y Fidela, gente de Las Chilcas, Chagres, Morandé, y de los fundos colindantes: también mandaría partes a Olmué, Quillota y Limache. El matrimonio se llevaría a efecto en la parroquia del pueblo, con el señor cura a la cabeza, el que tenía sus años. Cursaría invitaciones al Cuerpo de Bomberos, a los socios del Rotary, a los ingenieros que trabajaban en una fábrica de productos químicos, a su sastre, a la boletera del teatro, a la señorita de la farmacia, al dentista, al peluquero, a los de la fuente de soda Paler-

mo, a sus amigos árabes, al fabricante de artesas, a los socios del club, vecinos, y aun a sus antiguas amantes.

La fiesta tendría lugar en el parque. Remozaría todo aquello. Suspendería las labores del campo para ocupar a los inquilinos en pintar la casa, el pabellón y las bodegas. Sería una fiesta inolvidable. Uniría los troncos con toldos e iluminaría cada árbol con ampolletas de diferentes colores. No tendría problemas en juntar una gran orquesta. Contaba con los músicos municipales, el quinteto de la escuela parroquial y el conjunto de los boys scouts Los Conejos, que tantos favores le debían. ¡Y con mariscos y ópera! La señorita Beatriz, profesora del liceo de niñas, siempre le había prometido cantar las arias más conocidas. Sentaría al piano a algún farmacéutico alemán. Todo estaba previsto.

Anselmo, al escuchar estos proyectos de sobremesa y seguir atento los gestos entusiastas que Madrazo hacía, ora con la fusta, ora con migas de pan que disponía por grupos encima del mantel, exclamó sin advertirlo siquiera:

— ¡Yo voy con mi frac, de etiqueta!

Matilde al mirar a su hijo se echó a reír con tantas ganas que fue necesario recostarla en el diván del escritorio.

La reacción de la futura esposa entristeció a Madrazo. Comprendió su verdadera situación, y para que ésta estuviera más de acuerdo con la realidad, acordó una ceremonia privada en la parroquia. Serían testigos sus amigos árabes, no habría fiesta, y los novios tomarían el tren con destino a Santiago para pasar la luna de miel en el hotel Splendid. Anselmo lo reemplazaría en la quinta, transformándose por unos días en el dueño de casa.

Matilde y Madrazo se casaron un jueves. Temprano vino a recogerlos el automóvil de sus amigos árabes, y Anselmo debió suspender el desayuno.

Matilde lucía extraordinariamente joven, con su traje sastre negro y su boina, a la que cosió un pequeño velo con mostacillas. Llevaba en las manos un misal y algunas camelias. Pensativa miraba el camino y las zarzamoras cubiertas de tierra. Madrazo, mal vestido, incómodo en esa camisa que la Auristela le almidonó al alba, se sofocaba, abriéndose el cuello, desatando el nudo de la elegante corbata de raso.

Anselmo, en el asiento delantero, observaba cómo el chofer

oprimía con torpeza el embrague cada vez que necesitaba cambiar la marcha.

Al llegar a la parroquia advirtieron que los aguardaban algunos conocidos. Una mujer de mediana edad, vestida en forma llamativa, se acercó como por sorpresa a la ventanilla que correspondía a Julián e, introduciendo un brazo regordete muy blanco lleno de pulseras, lo tomó tiernamente de la nuca y lo besó en las mejillas: «Que seas feliz, amor mío», dijo de manera tan estridente que Matilde, disimulando, se dispuso a bajar, ya que el chofer hacía tiempo que le sostenía la puerta. Cuando Madrazo se apeó, lo rodearon algunos camaradas. Intercambiaba con ellos sentidas frases que se silenciaban en largos abrazos, especie de condolencias. Según la confianza que tenía con cada uno, era la duración de éste. Observó Anselmo cuán prolongado fue el que sostuvo con el fabricante de artesas, que por lo demás también lo era de ataúdes.

Mientras los amigos despejaban la puerta, Anselmo miró con codicia unas chucherías que vendían en un mesón cercano a la entrada. Había santos de yeso, ceniceros, láminas, marcos para fotografías, incluso una lámpara eléctrica y, cosa rara, un chinito vestido de seda con cabeza de huevo. Anselmo juntó sus ahorros y, sin que lo descubrieran, no pudo dejar de adquirirlo. Con el chinito bajo la chaqueta, entró en el templo tras los novios y se ubicó en la primera fila de bancas.

La iglesia era de color rosa, con el estuco corrugado imitando una especie de gruta. El cielo raso, dividido por gruesas vigas, encuadraba constelaciones de estrellas y astros desteñidos por las goteras. Todos los arcos que comunicaban con las naves laterales estaban trizados por los temblores. El altar mayor de madera terciada, dorado, lo guardaban dos recogidos ángeles custodios con el alambre de sus alas a la vista.

El señor cura se paró en un deshilachado felpudo que cubría las baldosas ordinarias. La señorita Beatriz, con anteojos oscuros y envuelta en un abrigo de piel de conejo con elásticos en las mangas, tocaba posesionada el armonio. Los vitrales de colores desteñidos transparentaban los naranjos del patio parroquial y la manera violenta como los remecía el viento. Esos tonos pálidos traducían el resplandor del valle.

Entre los novios y el grupo de amigos quedaron muchas bancas desocupadas. El sermón estuvo exclusivamente dirigido a la señorita Beatriz, que a cada mirada del cura bajaba coqueta los párpados. Matilde tenía vergüenza de la marcha nupcial. El trayecto entre el altar y el pórtico hubiera preferido hacerlo por la sacristía. Cuando fueron ben-

decidos, y la ceremonia quedó a cargo de Mendelsohn, que la señorita Beatriz interpretaba a la perfección, Matilde se apoyó con fuerza en su esposo, miró a Anselmo como no lo había hecho nunca y agradeció al cielo ese trecho con bancos que la separaba de los curiosos.

A la salida, los recién casados soportaron puñados de arroz que les arrojaban a la cara. Matilde, en una reacción nerviosa y para desviar la atención, lanzó al público su ramo de camelias, el que fue a dar bajo el mostrador de objetos piadosos para la venta.

Algunos amigos insistieron en festejarlos en el club, pero Madrazo, emocionado, se limitaba a disentir moviendo lentamente la cabeza.

En la estación, Matilde, inclinada junto a su hijo, le hizo como de costumbre muchas recomendaciones. Una vez que el andén estuvo desierto, Rómulo, el campero, lo acompañó hasta el carretón. Revisó la lanza, las hebillas de los tiros y los arneses. En el interior, Anselmo sentó al chinito a su lado, e hicieron todo el camino de regreso conversando. Rómulo, quien desde el pescante lo escuchaba, pensaba en historias de aparecidos y, para no oír, fustigaba a las bestias, haciendo restallar el látigo en el viento.

2.

Contrariamente a lo que supusieron los esposos Azuelos, Fidela, Pavel e incluso Matilde, el más beneficiado con este enlace fue Anselmo. Madrazo le cobró desde el primer momento un afecto entrañable. Hubo entre ellos esa avenencia gratuita que se da entre dos personas, sin que ésta responda a un interés particular.

— Cuando se quiere a alguien, uno se lo perdona todo — afirmaba Julián, enternecido ante su hijastro.

Lo llamaba «compadre», y este apelativo se oía de norte a sur, de este a oeste del parque y las viñas. Dictaminó que Anselmo no tenía edad aún, a los nueve años, para ir al internado de los jesuitas en Santiago, y que tampoco su condición le permitía asistir a la escuela parroquial de Llay-Llay, por lo que permanecería todo el año en la quinta y recibiría clases particulares de la señorita Beatriz.

Dos veces por semana llegaba hasta la reja el coche de punto, negro y polvoriento, con gran sonajera de cristales, que traía a dicha profesora. El cochero hacía bocina con las manos para pedir que le abrieran, en tanto Madrazo, quien no se separaba de Anselmo, recostado en

el diván y enseñándole su juego preferido, levantaba la cabeza y poniéndose un dedo en los labios, le indicaba que se hicieran los desentendidos. Incluso cuando escuchaban el coche avanzar por entre los árboles, corrían a ocultarse tras la puerta del comedor. Julián contenía la risa, mientras Matilde y la Auristela los buscaban por la casa.

— ¿Para qué tanto estudio? A mí no me tendrás siempre; en cambio para aprender a leer te sobrará tiempo... — le susurraba.

La señorita Beatriz, enfundada en su abrigo de piel y provista de sus lentes, aguardaba pacientemente en la galería.

Julián y su hijastro se lo pasaban horas entretenidos en ese inverosímil juego que apodaban «la historia». Consistía en adivinar el nombre de un personaje célebre con sólo diez preguntas. El niño, que como lector asiduo de la revista *El Peneca* conocía algunas biografías, podía competir con los conocimientos rudimentarios de Madrazo. Ambos caían en grandes contradicciones al ubicar mal a algún hombre ilustre, haciendo al contrincante jugar todo el acertijo sobre datos falsos. Estas confusiones de épocas y fechas, en vez de desanimarlos los estimulaba, obligándoles a verificar aquello en una vieja enciclopedia, que les aclaraba errores y enseñaba un poco. Las discusiones eran parte del juego y éste podía durar hasta una semana. Madrazo, molesto un día por no tener ya situado a su personaje, habiendo hecho uso de ocho de las diez preguntas, no se atrevió a formular las restantes y partió a sus deberes con el ceño fruncido. A Anselmo le entraron dudas sobre los datos y acudía constantemente al escritorio para poder responder con acierto. Julián, en la lechería, después de muchas cavilaciones entre hileras de vacas con el rabo atado a las patas y al son de chorros intermitentes, se asomó a la puerta y gritó a voz en cuello hacia el parque:

— ¿Napoleón?

— ¡No! — respondió con júbilo Anselmo, al comprobar que su contrincante desperdiciaba la novena oportunidad y se perdía aún más en sus conjeturas.

Rómulo, las lecheras, Matilde y la Auristela no entendían nada.

Una tarde en que Anselmo tenía clases y Madrazo lo retenía en el escritorio, la señorita Beatriz, molesta por la poca consideración que tanto el padrastro como el pupilo mostraban por las lecciones, se dirigió al teléfono que había en el corredor, y luego de hacerlo sonar con estridencia al dar vueltas a la manivela, pidió a la telefonista del pueblo que le enviara a la brevedad un coche de alquiler.

— ¡Señorita Beatriz! — exclamó Julián, quien había escuchado la

conversación —. No debe tomarlo así. Le prometo que no teníamos idea de que usted aguardaba en la galería.

La profesora, envuelta en su abrigo que le llegaba a los tobillos, los miró con odio tras los lentes oscuros:

— ¡Señor Madrazo!, usted sabía perfectamente...

— ¡Un momento, que yo no miento! — y acercándose a la maestra la condujo respetuosamente de un brazo al escritorio.

Cuando pasaron junto a Anselmo, éste percibió un fuerte perfume. Recordó esas botellas en forma de pequeños tubos de ensayo con tapón de goma que vendían en la farmacia.

— Usted debería aprender el juego de «la historia». No sabe lo que se pierde. ¿Maneja con facilidad la enciclopedia?

Aterrada, la pobre mujer, el oído atento al crujir suave de las ruedas del coche por el parque, dilataba el interrogatorio.

— La historia es sumamente interesante, señor.

— Ya lo creo, mire usted, se trata de adivinar en sólo diez preguntas el nombre de un personaje célebre.

— Ahí está el coche — gritó Anselmo antes de que Madrazo consiguiera un tercer aficionado para su juego favorito.

Con motivo de la Navidad, la señorita Beatriz les envió una tarjeta que decía: «Queridos amiguitos: espero que para estas fiestas lo sigan pasando bien».

Madrazo, luego de reír a carcajadas, exclamó:

— Anselmo, ya ves, después de todo, aprendes más conmigo.

Madrazo le enseñó a asistir a las gallinas cuando el polluelo pico-tea la cáscara para salir fuera. Sentado en el gallinero, provisto de un delantal de hule, iba sacándolos del huevo. Personalmente vigilaba el alimento de las aves, mezclando el maicillo con los otros ingredientes en los azafates de fierro enlozado. Construía las lagunas artificiales de los patos. Criaba palomas, dándole indicaciones muy precisas al carpintero para la ubicación de los palomares.

— Traen mala suerte — comentaba Anselmo para hacerlo reaccionar.

— Sólo las blancas — respondía — y yo no tengo ninguna. Es como los peces, que no se pueden tener en redomas, pero en pileta no hay problema.

Cuando encontraba algún pájaro herido o uno nuevo, lo llevaba

a la cocina y lo alimentaba con tanto esmero como si se tratara de un niño. Revisaba a diario las chancheras y se enorgullecía de que las de la quinta fueran pavimentadas y provistas de agua potable. Al muchacho que estaba al cuidado de los cerdos lo apodaba «Pocholo», y tenía la misma edad de Anselmo.

—Pocholo, dame el escobillón —pedía Madrazo, y entre gruñidos ensordecedores raspaba esos pisos. Luego los tres vertían en las bateas el gluten y las sobras.

Los perros seguían a Madrazo a todas partes, y aunque apreciaba a los de raza, sentía debilidad por los otros. Entre Julián y su colección de perros heterogéneos existía una relación de viejos socios de club. Al acariciarlos con cierta brusquedad, dejaba establecido que se trataba de machos adultos, con conocimiento de la vida, amoríos, vicios, pendencias y todo aquello que hace que dos hombres de mundo se aprecien, pero no lleguen jamás a intimar.

Junto al gallinero criaba conejos. Pocholo y Anselmo iban por las tardes a cortar pasto e hinojo.

Entre sus perros, Madrazo poseía dos perdigueros, uno manchado de blanco y negro y otro café, con los que cazaba. Pero nunca en compañía de los niños, sino que con sus amigos árabes, los que habían colocado un potente reflector en el automóvil para encandilar a las liebres. A veces, Madrazo estudiaba los problemas de la lechería en revistas y libros editados en la zona. Revisaba a las vacas, introduciéndoles un brazo en el ano como si se tratara de un armario. Ellas, impasibles, rumiaban atadas al bebedero.

Odiaba los gatos. Anselmo fue testigo de ese desafecto de Julián por los felinos la vez que la Auristela, compadecida con uno pequeño que encontró en la leñera, lo dejó vivir en la cocina.

—No me gustan los gatos —murmuraba Madrazo, cuando por las mañanas lo veía jugar graciosamente bajo los primeros rayos que filtraba la ventana.

—Son traidores —insistía.

Incluso mientras untaba su pan amasado en el tazón de café, mirando fijo a la Auristela, azuzaba a los perros:

—¡Capitán, Bob, cómete el gato!

Éstos, olfateando a ras de la baldosas, introducían sus hocicos bajo la enorme cocina a leña. Engrifado en la oscuridad, el pobre animal emitía ese ruido característico que hacía redoblar la ansiedad canina. Cuando se supo que el gato padecía de tiña y que la cocinera mos-

traba una costra en la cabeza, y que ese famoso medicamento llamado «sudor de hacha» no hacía efecto, Madrazo, sin decir palabra, se dirigió al escritorio, cargó su escopeta, fue en busca del gato, al que tomó como quien coge un estropajo, lo puso sobre los troncos de la lavandería y antes de que Anselmo llegara a la puerta, un estampido y una nube de pólvora cubrieron al cazador y a su víctima. Madrazo, de regreso, iba arrastrando el arma con la satisfacción del deber cumplido. En el escritorio la colocó sobre la chimenea, y no hizo el menor caso al griterío que provocaron su hijastro y las mujeres.

— Hay momentos en que la vida no vale nada — solía maldecir la Auristela. El tedio se dejaba sentir durante la siesta. El viento, en espera del atardecer, no enviaba ni una brisa en su reemplazo. Era la hora en que Julián, recostado en su diván, las persianas herméticamente cerradas, dormía.

Anselmo, en la bodega, observaba cómo llenaban con trigo los barriles destinados al consumo de la casa; o en la cocina, el lento hervor de las mermeladas para el invierno. Una vez por semana degollaban un cordero, que colgado del parrón destilaba su sangre en un recipiente. En el corral, junto al silo, los inquilinos se divertían en cruzar el toro con vaquillas. Las ataban a una estaca y a palos obligaban al macho a cubrirlas. Éste, luego de olfatearlas, subía con torpeza sobre ellas, que apenas resistían su peso, mugiendo de dolor.

Cuando llovía, se acostumbraba a jugar a las bolitas bajo el alero del corredor. Madrazo competía con los trabajadores, y era tal su concentración que olvidaba su rango, y desde lejos se escuchaba su risa y sus gritos. Siempre había que separarlo de algún peón al que maltrataba por supuestas trampas.

Matilde Méric trajo innovaciones a la quinta, y su actividad fue borrando el recuerdo de su suegra. Muy de mañana, recorría las pueblas vestida de enfermera, para asistir a los más indigentes. En todas partes la requerían, y era habitual encontrarla regresando de noche. Curaba heridas, recetaba antibióticos, ponía inyecciones e incluso practicaba operaciones sencillas. También solían traerle gente accidentada a la casa.

De humor tan liviano como sus movimientos, era graciosa y femenina. Una de aquellas mujeres que se sienten orgullosas de serlo y que, al entregarse a un hombre, desarrollan las múltiples actividades que la falta de libertad permite. Feliz, secretamente romántica, se creía

muy apasionada, pero, en realidad, ese raro estado en ella se volvía ternura. Cuando le traían un herido mostraba gran serenidad, y con voz dulce pero al mismo tiempo firme, daba ánimos al enfermo. Mientras los curiosos volvían el rostro para no ver la operación, Matilde hablando todo el tiempo de asuntos ajenos al hecho mismo, trabajaba en esas carnes desgarradas como quien lo hace sobre un bastidor de costura.

Contaba cuentos a los niños. El atardecer dejaba en la oscuridad un sinnúmero de pequeños ojos atentos y una voz que hilvanaba una tras otra las historias. Al finalizar, los niños la cogían de la falda implorándole una nueva. Cuando se desplazaba por el corredor lo hacía dando pasos de danza; en realidad tenía aspecto de bailarina. Cantando y bailando la sorprendía Madrazo, a quien indignaba aquello.

— ¡Basta, Matilde!

— Pero Julián... bailar, ¿qué tiene de malo?

— ¡No me gustan las piruetas!

Matilde se volvía hacia Anselmo y le guiñaba un ojo.

Tenía orgullo de su hijo. Lo trataba con respeto e intentaba no interferir en sus decisiones. Cuando veía que Anselmo incurría en algún error, se las arreglaba para hacérselo ver sin ofenderlo. Era una mujer para servir a los hombres. Amaba las labores de su casa, y desde el primer día que habitó en la quinta, puso en el corredor una mesa de juego cubierta por un mantel con sus libros y costuras, símbolo de que allí había un hogar.

Madrazo le dio a conocer a Anselmo el nombre de las estrellas. Mientras recorrían de noche las viñas, revisando los cercos y el agua, le mostraba la Cruz del Sur, Venus, Marte y la Vía Láctea. Le habló de la insignificancia de la Tierra, y el niño, una vez en cama, se tomaba de las rodillas aterrado ante la idea del viaje constante de nuestro planeta por el firmamento. Aprendió que nada es estable y todo está en perpetuo cambio. Y pensó en la muerte.

Cavilación que coincidió con el fin de uno de los perdigueros de Madrazo. Agonizó éste una semana bajo el naranjo que había junto al gallinero. Los esfuerzos de Matilde por salvarlo fueron vanos. Se trataba de una enfermedad incurable, y el perro, vomitando pus y gusanos, respiraba con dificultad. Mientras Anselmo lo observaba, junto al ruedo de los otros niños, sintió el brazo de Julián, que lo tomó cariñoso por los hombros y lo apartó de aquel espectáculo.

— Va a morir — comentó Anselmo, mirando consternado el suelo.

— Así es.

— Dice Pocholo que los perros no van al cielo, ¿es cierto?

Y Madrazo consolándolo, le habló:

— No debes estar triste, los que mueren viven para siempre en nuestro recuerdo.

Nunca dejaría de pensar en esa frase de su padrastro, aparentemente tan hueca.

Al año siguiente, Julián y Matilde decidieron enviarlo interno al colegio de la Compañía de Jesús en Santiago.

Matilde quiso tener una casa en la capital, cerca del internado, para repartir su tiempo entre esos dos hombres que tanto amaba. Madrazo accedió a sus ruegos y le alquiló una casa sin verla. El dueño de la propiedad insistió en que Julián debía examinarla, pero éste se negó a entrar en ella.

— ¡No he venido a ver elegancias! — dijo.

De vuelta en la quinta, explicó malicioso:

— Matilde, te arrendé una casa por fuera.

Esto hizo que la señora desistiera de tomarla, permaneciendo todo el año junto a su esposo.

Anselmo vendría para las vacaciones.

Al aproximarse la fecha de la partida, el niño volvió a escuchar el ruido de los trenes, con la misma intensidad que cuando llegó. Otra vez esos carros le quitaron el sueño y, en su desvelo, trataba de distinguir los que se dirigían al puerto de los que iban a la capital.

Pensó en la reja, en el cochero de la señorita Beatriz, que, aferrado a los barrotes y gritando que le abrieran, parecía un prisionero en plena libertad.

Recordó a Madrazo jugando interminables horas con sólo diez preguntas, y acudieron a sus oídos sus palabras mezcladas al bullicio de esos vagones y del viento: «¿Para qué tanto estudio? A mí no me tendrás siempre; en cambio para aprender a leer...».

Y Anselmo, fijando la vista en el cielo raso, musitó en voz baja:

— Ésta es mi casa — y se le llenaron los ojos de lágrimas.

En el invierno de 1948, Anselmo Méric vino a pasar las vacaciones a la quinta. Los inquilinos, y sobre todo Pocholo, se sentían ofuscados al ver que el niño que hacía ocho años compartía con ellos sus juegos y el aseo de las conejeras era hoy un joven apuesto. Al verlo avanzar por entre los árboles del brazo de su madre, bajaban la vista y le alargaban una mano indecisa. Anselmo los interrogaba sobre sus quehaceres y familiares. Pero lo importante no eran esas breves frases que intercambiaban, sino el diálogo mudo que mantenían con los ojos. Anselmo y Pocholo no comprendieron sino hasta muy tarde que su diferente condición social los obligaría a separarse. Pocholo tuvo antes conciencia del problema, y valoró cada verano la amistad de su compañero, pensando que esos meses serían tal vez los últimos de esta relación. En Anselmo, conoció Pocholo su propia realidad y viceversa. Más tarde el hijastro de Madrazo fue el patrón de su amigo y ambos mantuvieron por obligación un diálogo distante y aparentemente frío que permitió el rendimiento de las viñas. Nunca hablaron de lo personal y sólo supieron de sus respectivas vidas a través de terceros. Cuando estaban frente a frente, uno para ordenar y el otro para obedecer, lo hacían como dos desconocidos, aunque sus miradas traicionaban aquella obligada conducta.

Anselmo era de mediana estatura, más bien delgado, de ademanes desenvueltos como su madre. Con encanto natural y elegancia. El pelo muy oscuro y lacio enmarcaba su rostro pálido, donde los ojos inquietos y un bigotillo incipiente contrastaban con la nariz fuerte y el mentón varonil.

Madrazo, enfermo, había envejecido, y Matilde ya no era la mujer inquieta de antes, aun cuando se esforzaba por levantar el ánimo a los suyos y recorría como siempre los campos con su botiquín, o se rodeaba de niños de inquilinos para narrarles historias. Pero se notaba el esfuerzo que hacía, y tras sus frases de aliento su mente estaba lejos en quién sabe qué problemas. Por las noches, el llanto la liberaba y unía a sus secretos. Lloraba como lo hacen los adolescentes, de noche, sin motivo, tal vez para acostumar el corazón a las sorpresas.

Madrazo ya no jugaba a «la historia». Se entretenía en revivir sus propios cuentos, al escuchar los que Anselmo hacía referente al colegio.

—No olvides, compadre, que el colegio es duro, pero es a la vez la etapa más feliz del hombre. En ella no hay responsabilidades.

Anselmo no lo contradecía. Sentado junto a él, le tomaba la mano e iba nombrándole sus profesores y maestrillos, que también habían sido los de su padrastro. Y Madrazo relacionaba todo eso con su madre, la evocaba con nostalgia y remordimiento:

— ¿Vive aún el padre Godo?

— Sí. Es quien está a cargo de la portería.

— En mis tiempos era el ecónomo del colegio, y cuando mi pobre madre venía a buscarme los fines de semana y yo le decía: «Mamá, ese que está tras la ventanilla es el padre Godo», ella indignada respondía: «Por Dios, Julián, te prohíbo que le digas así al padre».

Las carcajadas de Madrazo inquietaban a sus perros y a Matilde.

— ¿Existe aún el hermano Ciprés?

— ¿El de la enfermería?

— Ese mismo.

— Sí.

— Cuando yo era alumno, y nos dolía el estómago o la cabeza como me duelen ahora, nos daba una pastilla que sacaba de un enorme frasco, y luego recetaba (Anselmo y Matilde coreaban la conocida frase): «Toma esta oblea y no te pongas ni al sol ni a la sombra».

Ese invierno las lluvias fueron torrenciales y el viento no cesó en su afán destructor. Se vinieron al suelo dos grandes álamos, las goteras inutilizaron el comedor y los dormitorios, y en el parque el estero se desbordó formando una poza que cubrió la pila. Cuando escampaba, rápidamente el viento despejaba el cielo. Y al amanecer, los charcos se volvían extensas superficies de hielo. Los troncos empapados sugerían un espectáculo triste, como las mantas de Castilla de los inquilinos.

Madrazo, quien permanecía todo el día en el escritorio junto a la chimenea, suspendió sus faenas y trasladó la mesa del comedor a la cocina.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando se escucharon gritos de un cochero que pedía que le abrieran. La lluvia caía torrencial en ese momento, y Madrazo, extrañado porque no esperaba visitas, se levantó de su diván, y limpiando el vidrio con el reverso de la manga, escudriñó a través del temporal.

En el momento en que Anselmo se disponía a averiguar, la Auristela apareció en el umbral de la puerta:

— Hay un coche en la reja.

Anselmo y la sirvienta, protegidos por un enorme paraguas y eludiendo las pozas, acudieron a abrir al visitante. Cuando se aproximaban, el joven, al levantar repentinamente la cabeza, sintió un fuerte vuelco del corazón, lo que le impidió avanzar, obligándole a apoyarse en el brazo de la Auristela, quien también se detuvo. Bajo la lluvia y tras los barrotes, la silueta negra del coche y los caballos destilando lo aterraron. El agua rebotaba con fuerza sobre el techo del carruaje. El cochero, desde el pescante, habló sin mirarlos:

—Buscan a don Julián.

Se distinguía una vaga silueta tras el cristal de la portezuela.

Anselmo se volvió consternado hacia la casa, y corrió. Cuando entró en el escritorio, su madre le salió al encuentro llorando. Madrazo, muerto, parecía dormir en su diván.

Noviembre 1973 - Mayo 1975

EL PARQUE

1.

El sol en el atardecer proyectaba sobre la mesa y el muro de la pieza de vestir, movedizas manchas de luz y sombra que llamaron vivamente la atención del joven que se contemplaba en el espejo del *locker*. Este claroscuro variaba en intensidad con los movimientos del follaje. Federico, al mirarse nuevamente, sintió regocijo ante su belleza extraordinaria.

—Estoy en la plenitud de mi vida —dijo en voz alta, como hablando a un amigo, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Los inquietos juegos de luz se fueron atenuando y una penumbra gradual invadió la habitación. Afuera, los árboles del parque enmarcaban con sus ramas irregulares superficies de un cielo de oro.

Federico cruzó lentamente el cuarto y salió al balcón. Apoyado en la baranda, sintió el roce del viento. Abajo, Ernesto, su chofer, limpiaba los asientos del automóvil.

—Ernesto —llamó con voz suave—, esta noche no te voy a ocupar.

El empleado, sin responder, se volvió hacia la silueta inclinada, puso llave a las puertas y ya se dirigía a entregárselas, cuando Federico, adivinando su intención, se lo impidió.

—No subas, no hace falta; lánzamelas desde allí.

El llavero dio contra los balaustres del balcón.

—¡Ya las tengo! —anunció Federico.

—Buenas noches —respondió Ernesto entre dientes, y se alejó por el sendero de ripio.

Federico miró el automóvil en medio de una confusión de sensaciones. A medida que las líneas del techo y del capot se fundían con las sombras, recordó el inicio de su historia.

Había nacido en la portería de una fábrica de maizena de la ciudad de Olmué. Su padre, Hans Lochner, llegado a Chile después de la primera guerra, se casó con Sofía Bueras poco antes de la segunda y Federico vino al mundo junto con el fin de Hitler y las ilusiones del viejo Hans. Este alemán, que balbuceaba un castellano ininteligible, se desempeñaba como portero y sereno de esa fábrica, a la entrada de la cual ocupaba con su familia una especie de barraca de dos pisos que le habían habilitado como vivienda. No lejos de allí se alzaba la garita de techo aguzado en cuyo ápice giraba sin cesar una veleta. Sobre la puerta de calle, atado al alféizar de una de las ventanas del segundo piso, que sostenía una variedad de begonias en macetas, pendía un letrero atiborrado de advertencias para amedrentar a los intrusos. Colindante con dicha puerta se abría el enorme portón por donde circulaban los obreros. Afuera, a un costado de la calzada, había una bomba bencinera al cuidado de Hans. Así, las actividades de este hombre de aspecto severo y que rengueaba un tanto al andar, eran múltiples. Vigilaba incluso la entrada y salida de los operarios, obligándolos a formar largas filas para que marcaran tarjetas en un sonoro reloj que colgaba frente a una salamandra cercada por un aro de hierro.

No tenía escrúpulos en examinarlos uno a uno para cerciorarse de que no se llevaran dentro de sus overoles, etiquetas, envases o productos. Por las noches, envuelto en una manta y sobre una frágil bicicleta, enfocando con una linterna los caminitos, puentes, oficinas y bodegas, revisaba los rincones más apartados. Los domingos hacía fotografías y oficiaba de peluquero. Solía decir a la hora del almuerzo a Federico y a Sofía, que ganaba más dinero con sus actividades domingueras que con lo que recibía como portero, pero, «eso no es seguro, Friedrich, no es seguro», argumentaba.

La pequeña casa, similar a la de los guardavías, estaba toda revestida de tejuelas labradas en alerce, simetría que sólo interrumpían las diminutas ventanas y la puerta que comunicaba con la calle. El segundo piso era de color amarillo, con los marcos y postigos negros, en tanto que abajo estaba pintado de gris, como el muro y el portón.

En medio del pavimento, la bomba bencinera, azul, hacía juego con ese cielo límpido bajo cuya bóveda se desplazaban sigilosas las enormes nubes que, al cambiar de forma, sugerían mil figuras al pequeño Friedrich.

Como su padre era alemán y su madre chilena, el niño se acostumbró a alternar entre esos mundos antagónicos. Lo que le ofrecía

uno resultaba inconciliable con lo que recibía del otro. El padre, de pocas palabras, genio violento y acciones imprevisibles, siempre se mostraba atareado, en tanto que la madre, víctima de un temperamento melancólico, prefería las inalcanzables satisfacciones que produce el ensueño. Los suspiros de Sofía eran consecuencia de las interminables horas que permanecía sentada en su dormitorio del segundo piso, mirando desde la ventana los campos, los sauces, los caminos. A ella acudía el niño cuando quería saber de las historias o sentirse aceptado. Sofía le adoraba y al acariciar su pelo rubio o admirar esos ojos celestes de color distinto a los suyos, pensaba en el milagro de haber concebido un hijo tan ajeno.

Aquél había sido un matrimonio desacertado desde el inicio. Sofía, modesta enfermera, tuvo a su cuidado a Hans cuando éste pasó un par de meses en la sala común del hospital de Olmué. Tal vez los delirios de las altas fiebres, o su lenta convalecencia, acercaron a estos dos seres tan diversos. Después de la enfermedad, Lochner tuvo temor de seguir viviendo solo y le ofreció matrimonio. En lo sucesivo, no dejaría de considerarla como a su enfermera. Ella, ilusionada, imaginó que una conducta intachable lograría conmovér a su esposo, pero el tiempo le demostró lo contrario, y aun cuando Hans mantuvo por Sofía un gran respeto, nunca la amó. Así, la melancolía se apoderó de esta mujer obligada a cocinar comidas extrañas, a entender una lengua difícil y a cumplir infinidad de ritos y costumbres que alejaron a sus amistades.

La suponían afortunada por haber contraído esas nupcias únicas que la elevaron de clase. No faltó sin embargo, el pariente o el amigo perspicaz que adivinó su verdadera condición.

Hubo épocas en que Sofía se propuso firmemente no ceder ante las difíciles circunstancias y afrontar su situación con entereza. Estableció que en su casa sólo se hablara el alemán — asunto que a Hans no significaba el menor esfuerzo —, que se relacionaran únicamente con amigos germanos — que no faltaban en la comarca —, y que se adoptaran en fin, todas las costumbres, caprichos y horarios que a Hans agradaban.

Gracioso resultaba escucharla, en los boliches o en la plaza de Olmué, reprender a su hijo en un alemán deplorable.

Adquirió expresiones impropias a su manera de hablar, tales como llamar a su esposo el «papi» o repetir frases a Federico que no guardaban relación con los hechos.

Advirtiendo que todos sus esfuerzos eran inútiles y demasiado

orgullosa como para retornar a los suyos y explicar su dolor y fracaso, optó por refugiarse en el dormitorio, escogiendo por confidentes a los cristales de la ventana, que dejaban ir sus suspiros por el campo, dando la impresión de que eran ellos los que mecían las ramas gachas de los sauces.

Su padre significaba para Federico lo contrario de Sofía. Pero no, según se dice, como las caras de una moneda, sino más bien como los platillos de una balanza, ya que el niño no perdía de vista a ninguno de sus progenitores cuando acudía donde el otro. Por el contrario, el ausente se elevaba en la consideración de Federico, como sucede con las pesas, y esto le originaba un sentimiento de culpa que le obligaba a ir continuamente de uno en otro.

El mundo que le ofrecía su padre era el de una persona meticulosa, lleno de aprendizajes, y en donde se daba relieve a la paciencia y a la voluntad. Lo primero que le enseñó el viejo Hans fue la carpintería y la afición a la música. Si a una hora precisa debía guiar la sierra por el arabesco indicado en la plancha de madera terciada, en otra le era necesario hacerlo con el arco del violín sobre las cuerdas.

Tanto la música como la carpintería eran artes fundamentales.

Los domingos, mientras los ingenieros y patronos de la fábrica acudían a la iglesia, Hans, quien profesaba el culto luterano, enseñaba a su hijo a cabalgar. Iban en busca de una yegua que el viejo guardaba en las caballerizas de un hacendado amigo, y una vez en la casa, se daba comienzo a la ceremonia de ensillar al pacífico animal. Demoraba en colocar cada prenda e instruía a gritos: por qué lado del caballo subir a la silla, por cuál desmontar, cómo coger las riendas, la fusta y en qué posición sentarse para guiar con perfección.

Federico, recostado cerca de la bomba bencinera, los codos apoyados en el rollo de la manguera, observaba a este instructor fuera de servicio, enteramente rapado con excepción de un pequeño copete sobre la frente, análogo en calidad y color a los mostachos vueltos hacia arriba, que parecían aún más blancos al contrastarse con las mejillas sonrosadas.

Al terminar de ensillar la yegua, a la que cariñosamente apodaba *Donner*, levantaba a Federico en vilo y lo sentaba en la parte anterior de la montura. Luego subía con mucha elegancia y haciendo un característico chasquido con la lengua mientras le acariciaba la tuza, echaba a andar a paso lento camino del estero.

Sofía, tras la ventana de su dormitorio, los veía alejarse y, mu-

chas veces, el hecho de no participar en esos paseos, la impulsaba a bajar apresuradamente la escalera, coger un chal y envuelta en él, correr calle abajo tras los jinetes. Pero luego se cansaba, y al no darles alcance, volvía cabizbaja, susurrando: «Cuidalo mucho, papi, mira que es niño todavía».

Aun cuando el nacimiento de Federico vino a mitigar en algo el dolor que significó para Hans Lochner la caída del Tercer Reich, éste terminó por envolverlo, como sucede con la hiedra que va cubriendo los obstáculos que encuentra en los jardines sin cuidar.

A pesar de la distancia, los sucesos de la guerra dividieron las opiniones de todos. De este modo, a Hans, quien sabía que sus patrones estaban de parte de los aliados, le era sumamente difícil aparecer ante ellos como si nada hubiese ocurrido. Se sentía humillado, y el entusiasmo que despertó la victoria en estos criollos que no hicieron otra cosa por lograrla que girar las perillas de sus radios, se evidenció en demostrar al viejo Lochner un cierto desprecio injustificado, que sin embargo él sereno aceptó como merecido, ya que por su parte, en la época de la Alemania nazi, había experimentado idénticos sentimientos por sus patrones.

Nadie supo, ni siquiera Sofía, que Hans guardó durante la guerra, para cuando llegara la ocasión, una enorme bandera con la cruz gamada que después no sabía dónde esconder. Años más tarde la encontró Federico apolillada, revuelta con el carbón, en la salamandra de la portería.

Vistió uniforme para celebrar reuniones clandestinas con otros entusiastas de la causa que encontró en el pueblo.

Después de la capitulación, Hans olvidó aparentemente todo aquello, concentrándose en sus quehaceres habituales, pero sobre todo en los domésticos. Amplió el taller de fotografía, habilitando un cuarto destinado a pieza de guardar que había al término del corredor. Rellenó una piel de potrillo con paja y pintó telones bucólicos para los clientes. Se enorgullecía de una cortina al óleo recogida por ostentosos cordones y borlas, que dejaba caer un sinnúmero de pliegues y quiebres. Delante de este escenario, apoyados en contorneados plintos, los modelos posaban largas sesiones, en tanto el viejo Hans, vestido con su inseparable cotona blanca y de bruces bajo el paño, enfocaba la lente. Su figura gacha, que terminaba en el cajón sobre el trípode, hacía recordar a esos caballos falsos de farándula.

Pero estas actividades no lograron distraerlo, y poco a poco se

fue entregando a experiencias cada vez más fuertes, como una manera de contrapesar el desequilibrio que le provocaba la derrota nazi.

Comenzó por domesticar una jauría de perros policiales tan fiera, que atemorizaba a los operarios que transitaban por allí. Sólo él la asistía, y procuraba embravecerlos haciéndoles buscar peñascos que lanzaba atados de una cuerda a un palo. Pero luego los abandonó y las bestias quedaron sin otro destino que despedazar carne y desperdicios que Hans les arrojaba a distancia.

Los patrones de la fábrica lo obligaron (Hans sostenía que a modo de represalia) a desempeñarse además de sereno y portero, en correo. Para ello le proveyeron de una carretela de altas ruedas amarillas como los muros de la casa y que remataba en un toldo blanco de lona. Como las cuatro varas que lo sostenían eran muy frágiles, éste se mecía bastante con los vaivenes del coche. Su tarea consistía en acudir cada mañana al pueblo, recoger los diarios, la correspondencia, la carne y las verduras. Cuando Federico divisaba el balanceo del toldo desde la ventana de la pieza de su madre, corría a abrir el portón. El coche pasaba a gran velocidad junto al niño y Hans, sin mirarlo siquiera, le dejaba caer una revista infantil o alguna golosina.

La polvareda del carro le impedía agradecer el pequeño obsequio. Luego de repartir los encargos, el viejo Hans volvía a la casa para quitar los arneses y abreviar al animal. Este regreso del coche inquietaba a Federico. El crujido del ripio bajo las ruedas encintadas de acero era para él como un ruido premonitorio que le producía angustia.

Por las tardes, Hans adquirió la costumbre de beber cerveza negra mezclada con ingredientes extraños que convertían aquello en un brebaje espeso de color violeta. Ingería en exceso y luego le daba por hacer acrobacias en la bicicleta de Sofía. En cierta ocasión se lanzó al estero y en otra, en la piscina municipal de Olmué, trepó con la bicicleta al trampolín y, borracho, gritando groserías, se arrojó al agua en medio del estupor general. También soltaba la jauría de noche y asustaba a Federico, narrándole historias macabras de un hombre-lobo que vivía al borde de las acequias, o asegurándole que cada vez que tocara el violín, el demonio le observaría sobre el hombro.

Esta violencia y desarreglos llegaron inevitablemente a su fin. Federico se encontraba esa mañana en el cuarto de Sofía, aguardando con impaciencia ver aparecer en el recodo del camino el toldo blanco del coche. Pero fue su madre quien lo divisó primero:

— ¡Ahí viene, corre, ábrele el portón a tu padre!

Como de costumbre, antes de que el niño alcanzara a replegar la enorme hoja de madera contra la cuneta, el vehículo entró con gran estrépito en la fábrica. Pero a diferencia de otras ocasiones, frenó bruscamente unos metros más adelante. Federico vio como su padre daba de latigazos al animal, en tanto que le mantenía tirantes las riendas, obligándolo a relinchar erguido sobre las patas traseras. Luego viró el coche y lo condujo hacia la casa. El ruido de las ruedas en el ripio aterró al niño, que instintivamente subió al cuarto de su madre. Hans Lochner se dejó caer pesado en tierra. Bajo los faldones de la cotona empuñaba un revólver que descubrió al subir la escalera. Los estampidos atrajeron la atención de los operarios, quienes acudieron alarmados. El proyectil destinado a Federico no le alcanzó. Sofía, en cambio, murió instantáneamente al recibir varios impactos en el abdomen y Hans, creyendo a ambos muertos, se destapó el cráneo, yendo a dar de bruces sobre una palangana.

Federico se retiró del balcón y, mientras corría las pesadas cortinas, dejó atrás la imagen de ese niño rubio de pantalón muy corto y tirantes de cuero, que aterrado miraba la escena del crimen.

Al descender ágilmente la enorme escalera alfombrada, vestido de blanco, su figura esbelta tenía la apariencia de un ángel. En el descanso se detuvo para desabrochar el último botón de su chaleco y así cumplir con esa convención caprichosa. Y en ese detalle lo invadieron nuevamente los recuerdos, pero él, haciendo un esfuerzo, los apartó y bajó los peldaños que aún le restaban.

2.

Las personas que frecuentaban la casa sostenían que lo que Federico Lochner daba a su esposa, Cleopatra, mujer no sólo adinerada y mayor, sino a la que le faltaba un ojo, eran su juventud y apostura a cambio del dinero, la mansión, viajes y automóviles.

Pero bajo esa falsa apariencia había razones más profundas, que ellos mismos ignoraron hasta donde les atarían.

Hay relaciones que se cumplen y dejan un recuerdo agridulce, por haberlas logrado, y también perdido. Otras no se interrumpen. Federico y Cleopatra estaban unidos por una de éstas, creyendo sin

embargo que su enlace pertenecía a los transitorios, convenidos, fácilmente analizables. No obstante, aunque sabían que su unión en un comienzo había sido pactada, fueron con el tiempo víctimas de una identificación paulatina, como acontece a los que se miran en aguas revueltas y sólo van reconociendo sus rasgos a medida que éstas se aquietan. Y esta actitud resultó recíproca, haciéndoles a ambos resistir, porque ninguno de los cónyuges quería enamorarse.

Cleopatra Lebas, antes de su matrimonio, no sólo por el interés que suscitaba su inmensa fortuna, sino también por la piedad que despertaba el hecho de que le faltara un ojo, se había escudado tras una actitud desconfiada, difícil de vencer por medio de los ardides del amor.

Sus primeros años los pasó rodeada de pretendientes, en los que siempre supuso dobles intenciones. Por ello, cuando advirtió que la juventud se le escurría, no sólo de entre los dedos, sino que a través de las celosías de las ventanas del primer piso, y se remontaba sobre la cima de los árboles exóticos y monumentales que rodeaban la mansión, cedió a los requerimientos del más apuesto y frívolo de sus admiradores, Federico Lochner, quien ocultaba su condición humilde y su pasado, tras costosos trajes que lo convertían en un príncipe en el exilio cuando por las noches regresaba al desmantelado dormitorio de la pensión para estudiantes que habitaba.

La historia de Cleopatra Lebas, sumada al esplendor del parque y de la casa, hacían un conjunto — demasiado interesante —, según decía un amigo que siempre rehusaba visitarla. Y estas palabras denotaban el cansancio que a él le provocaba «hacerse cargo de una señora a la que le faltaba un ojo y le sobraba un parque». Hubo temporadas en que los asiduos la inducían a imitar a la princesa de Eboli, de quien aseguraban, el parche negro que llevaba sujeto de dos tirantes le daba un encanto especial. Pero Cleopatra prefería los anteojos ahumados, aun cuando lo del parche no dejaba de ser una tentación permanente para su vanidad. Argüía ella que también lo habían llevado los corsarios, y entonces se desencadenaban interminables discusiones sobre la diferencia entre un parche de pirata y la elegancia sin igual de aquél que el retratista español había pintado sobre la cuenca vacía de la princesa de Eboli.

— Me gustaría haber visto una fotografía de la princesa — insinuó alguien por lo bajo, tentando de risa a buena parte del auditorio y aun a la misma Cleopatra, quien no sospechó que se reía de sí misma.

Pero estas tertulias se suspendían por temporadas, y ella presta-

ba oídos sólo a las voces y ruidos de su mente. Imaginaba mil soluciones a sus problemas, mientras friolenta, los brazos cruzados y provista de sus lentes, paseaba bajo los gigantescos árboles que filtraban manchas precisas de sol en los trazados de gravilla.

Todo este jardín exuberante y antiguo estaba construido sobre terrazas de distinto nivel, las que dejaban caer en la inmediatamente inferior, frondosas hiedras que ocultaban las hileras de balaustres de piedra; incluso se deslizaban por las escaleras que comunicaban estas explanadas. Al término de las barandas, sobre labrados plintos, había estatuas de musas pulsando liras de mármol u ofrendando coronas de laureles esculpidos, que la intemperie borroneaba replegando sus formas, como defensa del tiempo, a modo de resistencia. Entonces, esos rostros que recién salidos del taller parecieron inmunes al deterioro, ahora mostraban de cerca la aspereza de la muerte. Desde lejos no se percibía su corrupción sutil.

Y Cleopatra, al sentirse indefensa frente a esas estatuas, cinceladas para mirar desafiantes el transcurso de muchas generaciones, pensaba que no eran tan invulnerables como parecían, ya que podía desprenderse desde lo alto la rama seca de alguna araucaria y diseminarlas en pedazos, lejos de sus pedestales.

Difícil era sin embargo que esto ocurriera, ya que el tiempo, precisado de testimonios, se hace cómplice de los bustos, frisos, barandas y de todos esos ornamentos de piedra, hierro o mármol que decoran los jardines. Por ello, al desgastar lentamente las piezas de una pileta o dar pátina a una ánfora olvidada en un rincón de sol, les retribuye su deterioro, convirtiéndolos en signos de belleza.

Así, la agonía en un rostro de granito, lo vuelve imperceptiblemente otro y otro con el correr de los años, precipitándolo en sucesión cada vez más vertiginosa a lograr la armonía.

En el parque de Cleopatra, había un busto de un viejo mendigo que rejuvenecía con el maltrato del viento.

La madreselva, perecedera e inconsciente, acudía a cobijarse junto a los relieves de unos sarcófagos antiguos que había cerca del estanque, para resaltar la pretensión de eternidad oculta en ese grupo de figuras atrapadas en el mármol, acentuando así la imposibilidad de durar dos primaveras que tienen las hojas perecibles de esas plantas. Esos sarcófagos requerían asimismo de la acariciadora cercanía de las hojas del acanto, para que el claroscuro que administraba con sus vaivenes, diera vida a esa muchedumbre muerta. Las luces inter-

mitentes que manchaban esos bajorrelieves, convertían los juegos y danzas de esos sátiros y bacantes en actos bulliciosos, escuchándose ilusorias risas rezagadas, voces juveniles que dejaba escapar el silencio del pasado.

Necesario le era a un Cupido relegado del grupo, el rayo de sol que recibía en sus labios.

Entre todas estas consideraciones alternaba Cleopatra, quien en el fondo nunca había encontrado a la belleza tan bien representada, como cuando en su soledad la descubrió en el entendimiento que había entre la materia esculpida y la hierba. Naturaleza transitoria y pretensión de durabilidad, hacían una ilusión de polos opuestos que excitaba su imaginación. Mundos tan contrapuestos como la rama que proyectaba un arco de sombra sobre la inscripción de una lápida, o el agua de la fuente que desdibujaba al caer las facciones de un centauro, o la enredadera que vestía de primavera a las musas, eran para ella señales de que allí se conjugaban los elementos que la hacían posible.

Cleopatra meditaba en esas formas tan gastadas de la belleza tradicional, aduciendo que tal vez no las había mejores. Y volvía su atención al friso de los sarcófagos cubiertos de musgo y hojas de acanto. No cesaba de regocijarse ante lo estático de esos bajorrelieves en movimiento, contradicción profunda que había detenido a esas figuras en sus gestos más transitorios. Y ante esa imposibilidad de cambio, la naturaleza hacía gala del suyo.

Al fauno grotesco que lejos del conjunto de las piezas más delicadas, y en medio de un claro, desafiaba abiertamente al sol y las lluvias torrenciales que repercutían en su frente de hierro, lo alcanzó también la muerte y, de la noche a la mañana, sin que nadie se lo explicara, amaneció enteramente agrietado. Esta enfermedad contagió a uno de los dos leones sumisos que había en las proximidades de la glorieta. De este modo, el parque integró a sus habitantes inmóviles, aun cuando para lograrlo le fue necesario partir en dos algunas ánforas, decapitar una Venus, trizar al fauno de hierro o asediar de enredaderas y follaje al resto.

Producida la dependencia entre la vegetación y la estatuaria, Cleopatra Lebas tuvo la certeza de que en su parque albergaba a la belleza. Años más tarde sospechó que tal vez no era tan fácil atraparla, porque en muchas ocasiones se presentaba desaliñada, irreconocible, haciendo poco alarde de sus atributos, para así reinar sobre las personas de condición caprichosa más largamente.

El amanecer remoja los lugares y, sin embargo, es la hora del ocaso la más bella. Cleopatra permanecía horas interminables ante el espectáculo del atardecer, y percibía la dimensión distinta que adquirirían los árboles al perder su volumen con la ausencia de la luz. Las formas planas del follaje contra el azul estrellado le parecían escenas acuáticas, vegetación del fondo de los mares. Y si hubiera visto navegar de soslayo a una embarcación submarina por entre las altas ramas, rumbo a la luna, no le habría sorprendido.

Los verdes profundos y el azul color del secreto, fondo donde las estrellas parecen atender únicamente a la tierra al mostrarse diminutas en torno de ella, no engañaban a Cleopatra, quien sabía que eran enormes y que continuaban hasta colindar con quién sabe qué ininteligibles límites.

Y la brisa, que no hacía mucho le había traído trunca pero inconfundible la voz de Federico, que desde el balcón daba órdenes al chofer, se volvió más persistente, y ella, abandonando el escaño y el parque a la vida inútil de las estatuas, entró en la mansión para cenar con su joven esposo.

3.

Sentados a la mesa, Cleopatra y Federico, aparentemente ocupados en el ritual de los cubiertos o en el intercambio de frases banales, dejaban vagar lejos de allí los secretos pensamientos que les invadían. Porque nunca se advierte tanto lo secreto y verdadero como cuando se está en presencia de lo falso. Por sobre todo predomina el ser profundo de cada cual, irrumpiendo incluso a través de un gran amor. Éste no amalgama a los seres confundiéndolos en uno nuevo con lo que cada uno aportó a la relación. Durante un tiempo es eso lo que los amantes creen, pero luego, cuando vienen las etapas de recuperación, en que las partes tratan de salvar, como de un incendio, lo que pueden, se dan cuenta de que de no hacerlo, estaban destinados a formar una sociedad basada en la rutina.

Como el desamor no es recíproco, es triste ver que antes de que los integrantes de una pareja den por terminada la relación, se produzcan equívocos, al pretender uno de ellos volver a los tiempos del inicio, etapa ya superada imposible de revivir. Así, Federico y Cleopatra, quienes en un comienzo se unieron tan fríamente, y luego descubrieron

cuánto se querían, hoy estaban seguros de que el tiempo les había disuelto el amor. Como se trataba de personas honestas, que no se inventaban el amor más allá de sus límites, se sabían tristes de encontrarse otra vez solos. Desgraciadamente, sólo el amor brinda la esperanza y la salud. Cleopatra y Federico, conscientes del estado en que se hallaban, tenían por delante caminos opuestos para continuar.

Y en esta etapa, a ambos les preocupaba la suerte del otro. Porque, terminado el amor, es doloroso dejar en el abandono a quien se ha adorado, y al mismo tiempo, el respeto que debemos a esa persona tan querida, nos impide mostrarle piedad, confundiendo esta honradez con frialdad y egoísmo. Y como las personas que se han dejado de amar no encuentran un sustituto al mismo tiempo, sucede que el que lo logra primero se siente en culpa de vivirlo, porque tiene presente la soledad en que ha dejado a su amor pasado. Cleopatra, en desventaja frente a Federico, era la preocupación de su esposo, y esta inquietud anulaba sus expectativas y le disolvía rápidamente los encuentros, convirtiendo en amoríos posibilidades que pudieron resultar más serias. Por su parte, Cleopatra prefirió aplazar la solución de su problema, para así inmovilizar a Federico, quien lleno de remordimientos, no se atrevía a dejarla.

Esta táctica sutil de Cleopatra la llevó a la resignación y a encontrar refugio en la belleza de su casa y del parque. Pretextó que no tenía la facilidad de su esposo para volver a conquistar lo perdido y, al capitular, ahondó su identificación con la naturaleza. Así, se volvió para Federico imagen de soledad, y su actitud estoica conmovió a todo el mundo, confluyendo los juicios y las difamaciones en los actos de Federico, quien, lejos de pretender herir a su mujer, sólo deseaba sobrevivir al desamor.

En su infidelidad, mostró Federico mucha más consideración a su esposa que la que ésta tuvo con él en su resignación y conducta intachable. Pero como siempre sucede, estos hechos se prestaron a equívocos, y los más cercanos, que se creían más enterados, justificaron los hechos aduciendo que debía ser muy duro para un hombre joven estar casado con una mujer tuerta, y comprendían que llegado el momento la dejara. Ninguno, ni siquiera Cleopatra, creyó que Federico la había amado sinceramente por encima de su defecto. Terrible resultaba para él ser el único que conoció su amor por ella, amor que siempre pusieron en duda los demás. A tanto llegó la incredulidad de Cleopatra y su círculo, que Federico tomó como argumento de su desamor el defecto de su mujer, ya que era el que todos, incluso la víctima, aceptaban como

razonable. En vano, Federico intentaba hacerles creer que la había dejado porque ya no la quería, y que mientras la amó, y después también, nunca pensó en el ojo que a ella le faltaba.

Sin embargo, a pesar de que resultaba más conmovedor Federico en su afán por dejar atrás esa relación cumplida y emprender otras nuevas, y que veía a Cleopatra empecinada en no perderlo, resignándose a amarlo unilateralmente, lo que él calificaba como actitud obcecada, destinada a coartarlo, la verdad es que Cleopatra no podía emprender nada nuevo porque lo adoraba. Y lo que Federico advertía como egoísmo, era en el fondo la pena de saberlo irrecuperable. Y todos los aspectos exteriores, como ser el dinero, la falta del ojo, la juventud de Federico y tantos otros, apuraban la ruptura, como aguas almacenadas por diques que ya no son capaces de contenerlas.

Cleopatra Lebas se sabía desposeída al mirarse en el espejo, y su único ojo adquiriría la doble intensidad de quien se reconoce en el abandono. Haber perdido el amor como le ocurrió a ella era peor que no haberlo conocido.

Y nuevamente el parque extendió ante su alma enferma todo el esplendor de su abandono, y sumó a la soledad de sus grandes árboles el dolor de su dueña que, frágil y diminuta, zigzagueaba desesperada entre sus robustos troncos, cruzando zonas de luz radiante para ingresar en sombras sorpresivas y emerger otra vez al sol, y así perderse de nuevo en la oscuridad de los senderos guardados por ninfas y dioses terribles de mármol. A veces la lluvia repentina, que con la fuerza de la altura perforaba y esparcía el ripio de los senderos, golpeaba de frente los cristales de la mansión, rebotando empedernida sobre el latón de las mansardas o cargando ramas que se inclinaban pesadas sobre el camino.

En su ansiedad, conoció ella la impasibilidad despiadada de los objetos escogidos como víctimas de la belleza. Aprendió hasta sus últimas consecuencias la infinidad de pormenores que se requieren para lograrla, y se adentró en su secreto como lo haría un gusanillo por los vericuetos más recónditos de un caracol enorme, deslumbrado por el cambio constante de la acústica y la degradación de los colores.

Instalada tras la ventana de uno de los salones del primer piso, aquél de las celosías doradas por el polvo y el sol, permanecía largas horas, perdida la mirada en una réplica del Perseo de Cellini, que emergía de un soporte cubierto de salvias y helechos. Como lo miraba sin verlo, el Perseo, no intimidado, desplegaba libremente todos sus

secretos de armonía y fuerza, como los pájaros que aprendiendo con el tiempo que los Cupidos de hierro de las fuentes son inofensivos, comparten con ellos sus baños matinales, faltándoles el respeto, subiéndoseles a la cabeza, haciéndolos aparecer vivos al volverse ellos, en los momentos extáticos, en pájaros de fierro. Así Cleopatra conoció la vida secreta de las obras de arte, tan caprichosas como la gente, púdicas en su evidencia de hermosura. Y como desconocía la historia de Medusa y quién era Perseo, se imaginó otra, atribuyendo esa decapitación a una simbología acorde con los trastornos que estaba ella viviendo.

Sobre esa imagen del Perseo proyectó ella entonces las del recuerdo, y éstas se fueron sucediendo en una superposición infinita de actos de dicha e infortunio. Volvieron a surgir los días que siguieron a la boda, en ese balneario que no tenía más actividad que fletar pasajeros en un lanchón acondicionado como embarcación de recreo. Recordó que ella, menos ágil que Federico, se resistía a correr como lo hacía él por el muelle, y entre risueña y secretamente tentada de hacer cabriolas como su joven esposo, desconfiaba de su propia destreza, ocultando esa impotencia tras el pudor y la sorpresa que estas invitaciones parecían producirle.

También evocó que la mañana en que planearon embarcarse y hacer la pequeña travesía orillando las playas cercanas, ella, complicada con una chupalla, demoraba ante el espejo. Federico, perdiendo la paciencia, la condujo apresuradamente a lo largo del muelle y, cuando agotados se disponían a bajar la escalinata, vieron que recién el lanchón dejaba el embarcadero. Fue cuestión de un segundo, y en tanto Federico azotaba con decepción la gorra contra la baranda, dando gritos para que se detuvieran, ella pensó que aquello significaba la imagen viva de ese amor y de su inevitable desencuentro, que lo haría deslizarse lejos cuando estuviera a punto de cumplirse.

Un suspiro o una lágrima alejaba la visión del pasado, y volvía a emerger el Perseo, empuñando sólo el pomo de la espada, perdida la hoja en quien sabe qué traslado.

Cuando Cleopatra deambulaba entre los árboles, evitaba transitar cerca de esa escultura, porque prefería ocuparla desde la ventana como referencia de sus añoranzas. Por esta razón, no descubrió sino hasta muy tarde que la cabeza de Medusa que el guerrero sostenía en la mano, tenía por cabellera un puñado de víboras. Y ante este espectáculo horrendo dio un grito de sorpresa, entrando apresurada en la casa. De allí en adelante, la visión del Perseo no sólo le significó un estímulo

para recordar su pasado melancólico y placentero, sino que también le sirvió para tejer las más sórdidas conjeturas acerca de su presente y de las infidelidades de su esposo.

Y al desdibujarse el verdugo de la mujer coronada de serpientes, ella superpuso sobre él otras visiones menos amables que aquélla del embarcadero, pero en el fondo no menos significativas. Quizás el hecho de que éstas vinieran con fuerza a su recuerdo, se debía al manajo de reptiles que le hacían finalmente examinarlas a la luz de la razón, y no como había ocurrido antes, cuando rehusaba dilucidarlas. Años más tarde volvieron de visita al lugar del embarcadero y, poco antes del regreso, Federico entró sorpresivamente al pequeño comedor rústico de la antigua casa en que habían pasado la luna de miel, y abriendo el periódico lo puso sobre la mesa. Cleopatra comprendió que se trataba de una invitación, y haciendo esfuerzos por interesarse, en cuanto supo que era la exhibición de un filme que estrenaban en el pueblo vecino, se apresuró a estar lista lo antes posible.

Federico condujo veloz el automóvil, y una vez en el teatro, provisto de golosinas y en un estado de excitación casi infantil, no cesaba de comentar los episodios de la historia que iban proyectando. De pronto todo adquirió otro cariz y Federico guardó un silencio muy ajeno a su personalidad extrovertida. Cleopatra sintió que algo sucedía en la oscuridad de la sala. La inquietud de su esposo no era provocada por los actores de la cinta, sino por alguien que estaba cerca. A la salida, Federico condujo a Cleopatra apresuradamente a la calle, en medio del gentío que abandonaba el teatro, y murmurando incoherencias detuvo un taxi, subió en él a su mujer, dándole al chofer las señas para que la dejara en la casa. Cleopatra, desconcertada, miró por el vidrio trasero y, antes de que el taxi se pusiera en marcha, vio a Federico regresar al teatro, atropellando al público que salía. Iba fuera de sí, como un poseído, en dirección contraria al mundo. Cleopatra, recostada en el asiento de ese viejo taxi, dejó vagar la mirada sobre los celestes del mar y del cielo, en tanto que el automóvil solitario orillaba dificultosamente la costa.

Bien entrada la noche, regresó Federico, desaseado y algo ebrio. Aquí Cleopatra, bruscamente volvió su atención al Perseo vengador para encubrir ese recuerdo, y su único ojo se detuvo lleno de resentimiento sobre la empuñadura de la espada que había perdido su hoja y aparecía inservible en las soleadas tardes de un parque.

LA LECCIÓN DE PINTURA

Para Camila

1.

La ciudad de Llay-Llay se extingue poco a poco en una interminable avenida de palmeras que acompañan al viajero hasta el puente de la droguería, lugar donde comienza la carretera principal que conduce a San Felipe. Bajo el puente, ennegrecido por la sombra que proyecta su arco y por las salpicaduras constantes del agua que interceptan grandes esclusas, un sendero tortuoso desciende bordeando el estero hasta un poblado que se considera, a pesar de su lejanía, como parte de la ciudad que acabamos de dejar. Situación ésta que incide en su nombre, ya que el lugareño, al referirse a él, se limita a llamarle simplemente «barrio» de Morandé.

A medida que dejamos la carretera surcada de ruidosos y veloces vehículos y nos aproximamos por aquel camino de tierra a dicho barrio, sentimos la angustia que significa encontrarnos lejos del progreso, pero también una cierta alegría al observar una realidad fuera del alcance de la competencia y el transcurso del tiempo.

El barrio de Morandé lo componen no más de veinte casas alineadas, frente a las que corre una acequia y se agita una arboleda añosa que oscurece la calle. Una que otra vivienda rompe, con un improvisado segundo piso o algún balconcillo, la simetría del conjunto, pero ésta se recupera, ya que a todas las casas las alcanza una guarda de color que divide en dos a las fachadas.

Junto a la mayoría de las puertas se advierte una gran piedra que hace las veces de escalón. Difícil es encontrar una de estas puertas que calce con el marco del vano, produciéndose hendiduras que desde dentro pinta la amarillenta luz de las velas.

En las ventanas, escasas y de porte mezquino, cuelgan, a mitad de los vidrios, visillos flojos como ropa tendida. Constantemente sus moradores humedecen la polvorienta vereda, lanzándole lavatorios y jarros con agua.

Sucédense allí en forma alternada profundas sombras y luminosas zonas de sol, tan intensas estas últimas que en ellas casi se pierde la calidad de la tierra. Los perros se funden con las oscuridades donde se echan. Las aves de corral, en cambio, más inquietas, cruzan veloces hacia la luz, recuperando de golpe sus nítidas siluetas.

Algunas casas, convertidas en almacén y baratillo, soportan bajo la cornisa un toldo desvencijado que permanece extendido todo el año. Como joya resplandece la balanza de bronce en medio del sordo color de los sacos de papas, de los escaparates semivacíos y los frascos empañados por apretadas golosinas de miel.

Al fondo, la calle se abre a una plaza circular, sin árboles, en cuyo centro se alza un plinto de cemento con cálices en relieve, borroneados de cal. Sobre este pedestal aparece una cruz vacía, ya que de la imagen de Cristo sólo quedan adheridas al madero la pequeña inscripción y la corona de espinas.

En la única casa aislada que enfrenta a la plazoleta de la cruz vacía, la viuda Medrano, mujer diminuta y nerviosa, educaba a su hijo. Hacía ya varios años que, vestida de riguroso luto, la cabeza oculta bajo un espeso velo y llevando a un recién nacido en los brazos, había cruzado la calle principal de Morandé para instalarse en aquella casa que no colindaba con nada ni con nadie. Su aspecto llamaba la atención, ya que en tan insignificante físico se desarrollaba una vitalidad asombrosa, imprimiendo a su andar y sus ademanes una precisión y rapidez que sólo logran los juguetes mecánicos. Dos razones le habían hecho guardar silencio y mantenerse en completo aislamiento respecto de sus vecinos: una, su historia; la otra, la secreta vanidad de sentirse superior al resto.

Víctima en su primera juventud de una pasión arrobadora, en que su propio corazón tomara el partido del contrario, se vio un día ocultando a sus padres una realidad que se volvería en pocos meses ineludible. Sin contar con el apoyo del que al conquistarla había ya agotado todos sus esfuerzos, dio a luz junto a una puerta de calle, intentando hasta el último momento ignorar que era a ella a quien acontecían estos hechos.

Los padres, mientras Elvira permanecía en la clínica, ilusionados en que del incidente nada se sabía, tramitaron la donación del niño. Aun cuando Elvira demostraba con su actitud indiferente —ya que en

el lecho daba la espalda al recién nacido — que aceptaría el acuerdo, había tomado una decisión muy distinta.

Una mañana, de madrugada, sin ser vista, hurtó sus ropas a una viuda que ocupaba la cama contigua, a una de las monjas que atendían en la sala el velo de su toca, y vestida con ellos dejó la ciudad de San Felipe, caminando hasta llegar al puente de la droguería, en donde descendió por el sendero que la condujo directamente a la casa que ahora ocupaba.

Así como las almas escogidas al atravesar la puerta del paraíso se transforman en seres traslúcidos y alados, del mismo modo Elvira Medrano, al cruzar de luto frente a la veintena de casas y boliches de Morandé con un crío en los brazos, se volvió de madre soltera en viuda respetable, y los vecinos sintieron en sus corazones no el repudio a que obligaba lo primero, sino la compasión que despierta lo segundo.

Nunca se supo cómo había conseguido esa casa que por tanto tiempo estuvo desocupada, ni adónde se dirigía cada mañana cuando al llegar al puente se perdía de vista. Se sabía que al niño lo dejaba solo, pero jamás se le escuchó llorar, a pesar de que ella regresaba cuando ya el viento tenía licencia para remecer a gusto la copa de los árboles y desafiar en las alturas a las aves de rapiña.

Aseguraban que el niño permanecía dentro de un barril, pero nadie lo había podido comprobar porque las abundantes matas de manzanillones se encargaban, apoyadas en la endeble empalizada del jardincillo, de ocultar la casa a los curiosos.

Tan sólo por un detalle no pudo Elvira deponer su actitud arrogante y hostil, viéndose obligada a continuar con la conducta de siempre. Fue al advertir el pavor que le producía la sola idea de cambiar por trajes más llamativos y alegres su inseparable ropa negra.

Dentro del barril, el pequeño Augusto, apoyado con dificultad en sus manitas, giraba en redondo intentando permanecer erguido. Eso era al comienzo, cuando Elvira, al regresar de sus andanzas, lo encontraba dormido en el fondo, abrazado a un marinero de trapo. Una noche, sin embargo, al inclinarse para rescatarlo, advirtió que el niño no estaba; tampoco el muñeco. Desesperada, recorrió toda la casa hasta hallar a ambos parloteando alegremente en la cocina. Luego de prohibirle salir afuera, se resignó a dejarlo libre. Cada tarde, al enfilear la calle del barrio, apresuraba su andar, sumándose al ruido de sus pasos los latidos de su corazón. Afirmada en la perilla de la puerta, temía abrirla porque se imaginaba lo peor. No obstante, sucedía lo contrario, ya que,

en vez de desorden o tragedia, encontraba a un niño hacendoso, que a medida que el tiempo transcurrió, fue realizando pequeñas faenas como barrer, lavar la loza, ordenar la ropa. Lo que le resultaba difícil al pequeño era cocinar y, sobre todo, aguardar a su madre sin dormirse. Por ello tomó la costumbre de meterse en su cama, a sabiendas de que Elvira, al llegar, lo despertaría en medio de besos y caricias para transportarlo hasta su dormitorio.

Como la madre, el chico era de contextura frágil. Parecía imposible que esas dos piernecitas flacas como hilos pudieran sostener el cuerpo o, bien, el angosto cuello a la cabeza. De facciones regulares, el cabello negro semejaba pintado por lo sedoso, lo que lo hacía caer en un tupido fleco sobre la frente. La boca era diminuta y la nariz tan pequeña y respingada que toda la expresión se la llevaban unos ojos alertas y precisos que no divagaban nunca.

Gran expectación se produjo en el barrio el día en que, desobedeciendo a su madre, el pequeño, envuelto en un chal y con unas zapatillas que evidentemente no eran suyas, tirando resuelto un cochecito con el marinero dentro, cruzó la calle principal de Morandé hasta llegar al puente de la droguería. A su regreso se habían duplicado los espectadores, quienes, sorprendidos, vieron de nuevo al niño atravesar frente a las casas y boliches, con la dignidad de un padre que, al pasear a su hijo, lo exhibe lleno de orgullo. Ni una sola vez se volvió hacia los curiosos, limitándose a dar un gran portazo en la empalizada del jardín, que hizo a los manzanillones precipitarse unos contra otros, inclinando sus corolas para saludarlo. Ése fue su primer paseo; luego vendrían otros.

Augusto ya pertenecía a la vida del barrio.

El muñeco del niño era muy particular, puesto que en vez de una sola cara poseía tres, accionadas por una manivela que tenía en la cabeza. Al girarla, aparecían alternadamente los distintos rostros, cada uno de los cuales mostraba una expresión diferente. Cuando la cara sonriente estaba a la vista, las otras quedaban ocultas bajo la gorrita de felpa. A la risueña sucedía una dormida, y a ésta, a su vez, otra acongojada, con lágrimas pintadas en las mejillas.

Cada una de esas expresiones respondía a las diversas actividades de su dueño. Para los paseos estaba reservada la cara alegre; pero, apenas ingresaba en el hogar, era necesario cambiarle la sonrisa por el llanto, que por lo general lo acompañaba la mayor parte de la jornada, obligando al niño a realizar sus pequeñas faenas con mucha rapidez

para alcanzar a salir de nuevo, haciendo girar antes la cabeza del muñeco con la misma ansiedad que la manilla de la puerta.

El rostro dormido era sólo para la noche. Así, Elvira, al regresar, se encontraba con dos niños de expresión idéntica: una accionada por la mano de su dueño; la otra, por la fatiga.

2.

Carlos Aguiar, farmacéutico de renombre, amenizaba la ardua labor de dirigir una droguería con una dedicación constante hacia las múltiples actividades artísticas y culturales de la capital. Esto le significaba emprender continuos viajes a Santiago, ya que los escasos espectáculos del pueblo le resultaban tediosos. No se piense que Aguiar era uno de esos individuos de quienes se dice que poseen un barniz de cultura; esto parece más bien reservado a esas mujeres que han debido pasar, a causa de un matrimonio ventajoso, de una posición social a otra diferente. Por el contrario, era Carlos Aguiar, más que barnizado, enchapado, situación que lo hacía manejar con naturalidad una serie de conocimientos que incluso algunas veces se apartaban de la vulgar anécdota, para adentrarse en análisis de contenido y planteamientos estéticos.

A pesar de que se creía con propiedad para opinar sobre todo y calificarlo todo, su fuerte era la pintura. Asombraba a su auditorio con sus narraciones de la historia de los genios, haciendo permanente hincapié en lo paradójico que era que en vida de esos artistas poco o nada se pagara por sus obras, alcanzando las mismas «precios prohibitivos» cuando éstos fallecían.

Su tema predilecto era el de la escuela impresionista. En tanto escanciaba a sus invitados pisco sour y hacía circular aceitunas y trocitos de queso ensartados en mondadientes, los deleitaba con el cuento de la oreja que Van Gogh se cortó para ofrendarla a una querida, o el despotismo desplegado por el conde Alphonse de Toulouse Lautrec hacia su hijo deforme, y su arrogante actitud al acompañar de a caballo el féretro del pintor en el día de su entierro. Las historias se seguían unas tras otras, y cuando alguno de los invitados interrumpía para acotar un detalle que al parecer el señor Aguiar había omitido, éste lo silenciaba con una mirada de hielo, variando la conversación, llevándola de la simple anécdota a la apreciación artística de los pintores

aludidos. Entonces se sucedían las expresiones como «pintores llenos de luz y movimiento», «cuadros hechos con nada» y frases por el estilo, que hacían creer a los demás que el señor Aguiar no sólo era un hombre informado, sino que también conocía, más allá de las biografías, el contenido intrínseco de esas escuelas.

Las tertulias se llevaban a cabo en el despacho de la droguería, pues a la casa, que quedaba detrás de unas bodegas, casi nunca invitaba. Como el mesón dividía por la mitad esa enorme estancia, una vez terminada la actividad comercial, cerraba la puerta y distribuía cantidad de sillas y taburetes sobre el piso cuadriculado de baldosas negras y blancas. Una lámpara provista de una pantalla color verde y de un peso de plomo, era bajada a corta distancia del suelo, esfumándose a lo lejos los escaparates llenos de frascos y cajas de medicamentos.

En todo momento se mezclaban las voces de los contertulios con el ruido del agua interceptada por las esclusas del estero. También se escuchaban los vehículos, carretelas y caballos cuando cruzaban el puente.

La droguería la componían cuatro construcciones de aspecto tétrico, tan sin gracia como si les hubieran cepillado las fachadas, ya que éstas, revestidas de latón, sólo mostraban pequeños ventanucos en las alturas, que apenas sombreaban recortados aleros de zinc. Dos chimeneas de porte desigual sobresalían de los techos, y únicamente en la casa de Aguiar se veían plantas y uno que otro árbol rodeados por una cuidada empalizada.

Frente a la droguería que quedaba cerca del puente se alzaba el único cerro pequeño del valle, que soportaba en su cima un estanque blanco que contenía el agua dulce. Era diversión de Carlos Aguiar observar cada tarde, desde la galería de su casa, provisto de un catalejo de marino, las cabras que pacían en la cumbre custodiadas por los pastores de Morandé.

Antes de que los invitados acudieran a la droguería, Carlos quitaba del mesón un gran frasco de pastillas de eucalipto, porque su experiencia le había enseñado que en cuanto éstos llegaban, engullían una tras otra las aromáticas gomas.

Era Carlos un hombre robusto, de poco pelo y nada de cuello, pareciendo la cabeza directamente atornillada a los hombros, lo que hacía a la camisa permanecer siempre desabrochada. Vestía una cotona blanca cuyos botones resistían a duras penas la obesidad de su dueño. Las piernas cortas y de fornidas pantorrillas, revelaban su volu-

men al cubrir de pliegues los pantalones. Sus manos, pies y rasgos faciales eran diminutos, sobre todo los ojos, que semejaban dos ranuras hechas con abrelatas en esa ancha cara, algo inclinada hacia atrás, que le impedía ver dónde pisaba, volviéndolo muy cauteloso, como pieza de ajedrez amenazada en aquel enorme tablero de baldosas.

A veces, para no cansar a su auditorio con el repetido tema de la pintura impresionista, cogía un violín y, hundiendo su blando mentón en el madero, circulaba con la levedad de una mariposa por entre las sillas, arrancando suspiros a las señoras y miradas suspicaces a los varones. Daba la impresión de que los frascos se estremecían con los agudos estridentes del ejecutante, pero esos ruidos se debían al gato de la droguería que, aturcido por los maullidos de su amo, buscaba la salida, equilibrándose sobre los remedios.

Cuando tocaba piezas más serias, requería de un atril y una asistente, que la mayoría de las veces resultaba ser la viuda Medrano, quien, con la devoción del monaguillo que escancia el vino o transporta de sitio el misal, volvía las amarillentas páginas de la partitura.

Elvira Medrano era el único miembro del personal a quien se permitía alternar con el resto de los invitados, tal vez porque no trabajaba en el laboratorio ni en las bodegas, sino junto a su patrón, en el despacho de la droguería.

Sentada en un alto taburete, desde la mañana a la tarde revisaba cuidadosa el libro de cuentas, anotando con letra perfecta las sumas en las columnas del debe y el haber. De tiempo en tiempo untaba la lapicera en el tintero de loza, para luego restregar la pluma contra sus bordes, y así no dejar caer una mancha sobre las dibujadas cifras. Silenciosa, cabizbaja, se concentraba a tal punto en sus deberes que lograba casi desaparecer, resultándole a Aguiar muy conveniente una compañera tan muda. Jamás se permitían el diálogo durante la jornada; éste estaba reservado únicamente para las horas de tertulia, en las cuales ambos conversaban tanto que parecía que la viuda no hubiera estado allí el día entero, sino que recién llegaba.

Otra asidua era la señora Leontina, de la botica de Llay-Llay, a la que un doble interés llevaba ciertas tardes a la droguería del puente: por un lado, la necesidad de aumentar sus escasos conocimientos y, por otro, la de mantener buenas relaciones con el principal proveedor de su negocio. Tampoco faltaba nunca la vieja Berta, flaca y roñosa co-

mo una piel apolillada, a quien un sacrificado viaje a Europa hacía sentirse con derecho a rebatir a veces al señor Aguiar. Estaba muy enferma de diabetes, y el practicante, el señor Flores, también presente, la pinchaba cada mañana.

Se sumaba al círculo la señorita Toro, una costurera que vivía a la salida del pueblo, hecho éste que le facilitaba el viaje, pues lo hacía a pie. Usaba anteojos con marco negro, y se decía que en una ocasión se permitió mostrar al señor Aguiar y sus amigos una escultura obscena que había desde tiempos inmemoriales en su casa, lo que provocó un prolongado silencio que dejó a la señorita Toro excluida varios meses de tan selecta compañía.

También se hacía llevar por su ama de llaves un viejo alemán que años atrás había vendido la droguería a su actual dueño. Como sufría de gota era necesario bajarlo en andas de su antiguo Ford y sentarlo junto al mostrador. De mostachos amarillentos por el exceso de cigarrillos, hablaba con una voz meliflua que contrastaba con la gravedad de su aspecto. Su afición eran los mastines; pero como la enfermedad le impedía asistirlos, de ello se encargaba la dama de compañía, que por temor a ser mordida, les lanzaba el alimento encaramada en una escalera que apoyaba a la reja tras la que los perros se revolcaban en sopa, restos y ladridos.

Entre el farmacéutico alemán y el señor Aguiar había un asunto pendiente que incomodaba a ambos. Se trataba del cuadro de un alquimista del siglo dieciocho, que pendía sobre el pupitre en donde trabaja Elvira. Era éste el retrato de un hombre imponente, vestido con justillo de raso, calzón corto, medias rojas y zapatos de tacón. En dos roscas, tan perfectas como los barquillos rellenos que hacía la señora Leontina, terminaba la peluca del personaje, quien sostenía un matraz sobre una salamandra encendida.

Al venderse la droguería no se estipuló lo del retrato, y así, tanto el anterior como el actual propietario se creían dueños del cuadro. A ambos seguía, con su penetrante mirada, el alquimista, intentando también averiguar, a pesar de su ciencia, a quién pertenecía.

Desde el puente se sabía cuándo había tertulia en la droguería. Lo denunciaban los vehículos estacionados frente a la puerta, sobre el camino de grava. En tanto adentro el señor Aguiar hipnotizaba casi a su auditorio con sus largas peroratas sobre la vida de los pintores ilus-

tres, afuera un conjunto heterogéneo de medios de transporte contrastaba con las severas fachadas de las bodegas, la casa y el laboratorio. En primer lugar, la bicicleta Legnano, con faroles, parrilla y cromados, que pertenecía al practicante, quien cuidadosamente la apoyaba contra el marco de la ventana. Luego, el Ford del antiguo propietario, el señor Bechard, de color gris, aislada la cabina del chofer por un grueso vidrio biselado. Sobre el manubrio sobresalía el botón de la bocina como una gigantesca ágata. Y por último, un fiacre de punto, vetusto y polvoriento, que utilizaban la señora Leontina y su marido. Era para ellos «tan razonable» la tarifa, que lo hacían esperar hasta el final de la velada. Al partir de la estación de Llay-Llay, donde junto a una interminable hilera de otros coches aguardaba la llegada de los trenes, el fiacre que alquilaba la señora Leontina daba primeramente una vuelta a la plaza para recoger a la vieja Berta y a algún otro invitado, y enseguida tomaba la larga avenida de palmeras en dirección al puente. Por lo general se topaban en el camino con el Ford de Bechard y la bicicleta del practicante, formándose así un verdadero cortejo. El automóvil delante, luego el fiacre, y asido a la portezuela de éste, el ciclista, ahorrándose así pedalear en la pendiente. Los roncocos bocinazos del Ford, la sonajera de cristales del coche y los gritos del practicante intentando comunicarse con las señoras, eran la señal que esperaba la costurera para detener la Singer, quitarse de encima los alfileres y la cinta de medir, y sumarse a la caravana, que al llegar al puente desaparecía bruscamente en la bajada, para reaparecer revueltos y borrosos de polvo los vehículos, frente a la droguería.

Aquiles, el cochero, sentado al pescante mientras aguardaba, remendaba los arneses o tallaba pacientemente la vara de la fusta. Pero casi siempre era interrumpido en su labor por la presencia de Aguiar que, entreabriendo la puerta de rejilla, lo invitaba a pasar. De este modo hacía ostentación de su sentido humanitario, a sabiendas de que Aquiles prefería esperar a sus clientes afuera, en vez de hacer esfuerzos por estarse quieto en una silla.

Nunca las reuniones tenían lugar los fines de semana, ya que el anfitrión acudía a Santiago o Valparaíso «para ponerse al día» en materia de espectáculos.

En una ocasión le urgía ver una película de la que había ya leído todas las críticas y comentarios aparecidos en diarios y revistas. Por ello, en cuanto llegó a la estación Mapocho tomó un taxi que le condujo de inmediato a la boletería del teatro, que, para su sorpresa, exhibía una

pequeña cola de personas. En cuanto Aguiar se apeó, lo primero que hizo fue acercarse a la ventanilla y contar las entradas disponibles y el número de personas que las requerían. Satisfecho al comprobar que alcanzaban justo para todos, se puso en la fila. La función estaba por comenzar. La sala era pequeña y las localidades, aunque dispersas, eran todas buenas. Faltaban sólo tres personas para el turno de Aguiar cuando apareció un amigo del que le antecedió y pidió a éste que le tomara un boleto. Al llegar Aguiar a la ventanilla, el tablero lucía vacío.

— Por eso — explicaba indignado a su conmovido auditorio —, cuando alguien me solicita que le compre una entrada, me niego rotundamente.

— ¡Qué barbaridad! — acotaba la señora Leontina, para luego agregar —. ¡Hacer un viaje desde tan lejos y para nada...!

— ¡Así es, amiga mía! ¡Por una sola entrada!

Este incidente hizo que el jueves por la tarde, Carlos Aguiar pagara su salario a los cuatro operarios que tenía, destinando todo el viernes a darse un buen baño, afeitarse hasta encender sus mejillas, recortarse la guarda de barba que le rodeaba de blanco la cara, lustrar sus zapatos y en fin, prepararse para salir al día siguiente de madrugada.

Una de las tertulias más memorables fue aqueélla en la que, rompiendo la costumbre, los invitados llegaron en forma desordenada. La señorita Toro antes que nadie, engañada por otras bocinas y otras sonajeras; el practicante, solo, pedaleando todo el tiempo, y finalmente el Ford de Bechard, en el que esta vez venía el resto de la concurrencia, incluso la señora Leontina, aliviada porque, según decía, la obligación de tomar siempre el coche de Aquiles «repercutiría en sus psique», «volviéndola dependiente», «camino éste seguro a la neurosis». Todo aquello lo había leído en una revista femenina durante las interminables horas en que la farmacia permanecía desierta. El cochero, desconcertado, pensando que algo insólito ocurría a su cliente, acudió de todos modos, apurando el fiacre vacío. Al llegar, sintiendo el señor Aguiar el crujir del ripio bajo las ruedas encintadas, salió a su encuentro, y llevándose un dedo a la boca, le indicó con breves y repetidos gestos de su regordeta mano que entrara. En tanto Aquiles buscaba su puesto, tropezó con la mirada de la señora Leontina, que a pesar de estar envuelta en la penumbra, era tan malévola como la del gato.

En aquella ocasión, leía Aguiar a sus amigos el libro de Ambroise Vollard, *Memorias de un vendedor de cuadros*, y todos se deleitaban con los avatares de la vida de Manet y de cómo su viuda, al verse en la

miseria, debió cortar en múltiples trozos el lienzo *El fusilamiento de Maximiliano*, para así lograr mayor precio al vender éstos por separado y poder pagar sus deudas. Luego pasaron a las historias de Renoir con sus modelos, y al antagonismo entre ellas y su mujer; la abnegación de Cezanne y la vida excéntrica que Gauguin llevara en la Polinesia, rodeado de nativos.

Por un descuido, el frasco con las gomas de eucalipto había quedado sobre el mesón, al alcance de la vieja Berta, quien, contraviniendo los órdenes de su médico, las ingería una tras otra, como queriendo suicidarse.

— ¡Usted no debe comer dulces, mi amiga...! — exclamó Aguiar, dejando de lado el libro. Y rodeando con sus cortos brazos el frasco lo colocó lejos, en uno de los escaparates. El practicante, que dormitaba como el cochero, levantó atento la cabeza, en tanto la vieja Berta explicaba:

— Mi pobre madre, que también padecía de diabetes, cansada de todo, se despachó comiendo un tarro de mermelada.

Se habló enseguida de enfermedades, lapso que aprovechó Elvira para traer dos grandes bandejas con queso cortado y aceitunas. Aguiar escanció licor en todos los vasos, menos en el de la vieja Berta, que Elvira llenó de café con leche. Como compensación, Aguiar le ofreció entonces una manzana. Y mientras saboreaban aquellos bocadillos, no sabiendo dónde depositar los mondadientes, el farmacéutico cogió su violín, y, entrecerrando los ojos, se dejó transportar por una melodía de Saint-Saëns.

En eso estaban cuando se sucedieron ciertos hechos insólitos que perturbaron a los asistentes. Primero fue el viento, que se empeñó en golpear una y otra vez la puerta de rejilla; luego el caballo del fiacre, que con un prolongado acompañamiento hizo sus necesidades, distraiendo vivamente al auditorio; y finalmente, para sorpresa de todos, un niño con el pelo cubriéndole la frente y apretando un marinero de paño bañado en lágrimas, puso sus pies desnudos sobre el immaculado pavimento. Los concurrentes se desconcertaron. Elvira, no sabiendo cómo reaccionar, quedó atónita, retorciéndose las manos, mientras Aguiar, sin dejar de tocar, se inclinaba hasta poner el instrumento a la altura de ese par de grandes ojos negros. Luego, sonriendo, apartó el arco de las cuerdas.

—¿Y tú, quién eres? —indagó cariñoso.

—Me llamo Augusto —respondió éste con decisión.

—Pues bien, Augusto, ven —exclamó el farmacéutico y cogiendo al pequeño de la mano, lo condujo hasta el lugar en donde escondía las gomas, y luego a una silla desocupada junto al mostrador.

—Aquí no ha sucedido nada —exclamó risueño, retomando la melodía.

Elvira se levantó, y haciendo creer que se ocupaba del niño como lo hacía con las bandejas, lo sentó a su lado, rogando a Dios que nadie sospechara que se trataba de su hijo. Desde luego, los invitados no asociaron al pequeño con la cajera de Aguiar; pero éste, más suspicaz y buen fisonomista, vio duplicadas las facciones de la madre en las del niño, y cuando los demás se hubieron marchado, en tanto guardaba el violín dentro del estuche, habló a Elvira, sin dirigirle la mirada:

—Traiga al chico cada vez que lo desee. Créame que en nada me molesta. Por el contrario, me agrada.

Esa noche, mientras atravesaban el barrio, sintió la madre una gran alegría y un cierto alivio, que demostró secretamente al oprimir con efusión la manita de Augusto. Al llegar a la plazoleta ante su casa, giró la cabeza hacia la cruz vacía y en su entusiasmo, creyó ver la imagen que las lluvias y el viento habían disuelto.

3.

Al tiempo que el alba calcaba su rostro sobre la superficie del estero, rescatando de las sombras sus contornos, Elvira y su hijo se dirigían a la droguería. Allí, el niño, en el mesón, junto al pupitre de su madre, aprendía a trazar palotes y vocales, para luego deletrear, a media voz, con el fin de no perturbar al señor Aguiar, sus primeras lecciones.

El farmacéutico, a pesar de mostrarse concentrado en medir sustancias químicas en las balanzas enclaustradas en fanales de vidrio, no dejaba de escudriñar a su pequeño pupilo, llenándolo de ternura la manera tenaz con que éste se aplicaba al estudio. Sin que el niño se percatara, lo espiaba silencioso sobre el hombro, mientras los anteojos de cristal le resbalaban por la nariz. Elvira, a su lado, se hacía la desentendida, ofrendando el tutelaje de su hijo a su patrón, como muestra de agradecimiento, actitud que la obligaba a controlar y disimular los secretos arrebatos de su corazón. Terminada alguna tarea a que lo había

sometido Aguiar, el pequeño se dejaba caer con dificultad del alto taburete y con el cuaderno en la mano, se acercaba al farmacéutico, quien deliberadamente tardaba en darse por aludido.

—¿Qué sucede? ¿Ya has terminado? ¡Pero qué rapidez! Veamos... ¡Correcto! Ahora sumarás y restarás también.

Augusto volvía a trepar hasta alcanzar el mesón y se entregaba de nuevo a sus murmullos y a contar, una y otra vez, utilizando los dedos de las manos. También los ocupaba para borrar, y entonces presentaba las operaciones con un agujero, lo cual hacía que el señor Aguiar le recomendara usar la goma con tal dureza fingida que los ojos de Augusto se empañaban a la vez que la pluma de Elvira se detenía, sin que ésta se atreviera a observar la escena. Cuando la carcajada sonora del farmacéutico revelaba que sólo se trataba de una simple broma, y el pupilo terminaba sobre las rodillas del viejo solterón, la lapicera de Elvira volvía a deslizarse como siempre.

Aguiar reglamentaba los horarios del pequeño, permitiéndole recreos entre lecturas, copias y cifras. Como de continuo debía acudir al pueblo para enviar desde la estación alguna encomienda o abastecer a la farmacia de la señora Leontina, solía pedir al pequeño Augusto, durante esos descansos, que lo acompañara. Utilizaba para sus trajines una carretela de ruedas altas que remataba en un toldo muy elegante lleno de guardamalletas y borlas de colores, que se apoyaba en cuatro varas endebles. Era corriente ver al niño aguardar largo tiempo a que Aguiar se desocupara de sus asuntos para continuar viaje.

Como el pequeño era rápido en resolver los problemas que el señor Aguiar le planteaba, y éste se impacientara porque a cada momento el chico lo interrumpía, empezó Augusto, para tardar más tiempo, a dibujar al pie de las cifras y de las frases. Al inicio fueron simples puntos de colores, luego figuras ornamentales, y finalmente dibujos que lo absorbían de tal modo que esta vez era Aguiar quien debía llamarlo.

En un principio, el farmacéutico lo regañó por «decorar» las páginas, cuando su obligación era presentarlas impecables; pero con el tiempo comenzó a interesarse más por los dibujos que por el resultado de las operaciones. Sobre todo que, a medida que éstos prosperaban, los números empezaron a arrojar resultados erróneos.

—¿De dónde has copiado esto? —inquirió en cierta ocasión al observar el dibujo de una carretela igual a la de la droguería, tirada por un caballo que mostraba un escorzo complicado.

— ¡No lo he copiado: lo hice de memoria! — replicó Augusto.

Aguiar, sin decir palabra, dobló la hoja y se la echó al bolsillo.

Día tras día se fueron acumulando estos bocetos, que el farmacéutico introducía, luego de fechar, dentro de una carpeta, sin mayor alarde, para que el pequeño se expresara libremente y no lo hiciera tras la búsqueda de reconocimiento. Esta razón indujo a Aguiar a no mostrarle sus libros de arte, cuidando de este modo que el niño no cayera bajo influencias prematuras.

— Yo soy capaz de copiar el cuadro grande — le expresó un día, señalando el retrato del alquimista.

— Inténtalo: aquí tienes una acuarela — respondió Aguiar, extrayendo del cajón de su mesa una caja que guardaba para alguna ocasión especial.

El asunto tomó las características de un duelo. Por un lado, Aguiar no demostró el menor interés por revisar el trabajo, y el niño, por su parte, copió sin levantarse de su puesto una sola vez. De reojo se observaban, mezclándose en sus pechos toda suerte de sentimientos encontrados. Al término del día, Aguiar hizo como que ignoraba el desafío, no acercándose siquiera al mesón en donde quedó la copia terminada. El pequeño Augusto, con los ojos afiebrados y la emoción impidiéndole comportarse naturalmente, salió tras su madre sin despedirse.

Aguiar estaba solo. La lámpara de opalina verde se balanceaba levemente, imprimiendo sobre el piso un ruedo de luz que oscilaba tiñendo y destiñendo las baldosas. Primero se dedicó a cerrar la sala, dejando para el final la revisión de la copia que picaba su curiosidad. Antes de poner llave al estante estuvo tentado de salir y dejar para el día siguiente el asunto, pero al darse cuenta de que se ponía a la altura de un niño, se acercó resuelto al mesón y cogió la cartulina. A punto estuvo de caer desmayado. Sus ojos no cesaban de ir de la acuarela al cuadro que colgaba del muro. Lo que tenía entre sus manos era una pequeña obra maestra, de una perfección técnica increíble. La limpia aplicación de los colores, el orden inteligente de su ejecución, las soluciones, la síntesis y economía de medios, eran dignas de un gran pintor.

— ¡Dios Santo, este niño es un genio! — exclamó con la boca abierta, mientras no atinaba sino a apoyarse contra el muro.

Luego, dejando la puerta abierta mientras la lámpara se cimbraba con renovada velocidad, subió a duras penas a la carretela y cogiendo con fuerza la acuarela en una mano, no cesó de fustigar al animal,

que a punta de brincos lo llevó hasta el puente para luego descender por el otro costado y enfilear el sendero rumbo a Morandé. Envuelta en polvo, mientras el ruido ensordecedor sacaba de sus lechos a buena cantidad de curiosos, se detuvo bruscamente junto a la empalizada que apenas podía sostener las matas de manzanillones.

— ¡Augusto! — gritó fuerte, precipitándose contra la puerta y atravesando el vestíbulo, se echó de bruces encima del niño, que asustado como su madre, permanecía erguido sobre la cama.

— ¡Augusto! — atinaba sólo a decir —. ¡Augusto: tú no sabes...!

Y fijando la vista sobre la acuarela que arrugada había caído junto al lecho, creyó verla girar, mezclándose sus colores hasta adquirir una velocidad sorprendente, vislumbrándose allí ciudades, premios, reconocimientos, viajes, museos, éxitos, honores; y ante los ojillos ávidos de Aguiar volvieron a pasar las innumerables páginas de sus biografías de artistas, confundándose entre ellas la del pequeño Augusto. Tenía en sus manos uno de esos talentos, pero esta vez vivo, nuevo, como si alguno de esos personajes que tantas veces observara en sus libros a la luz de la bujía, se hubiera desprendido de aquellas hojas en reconocimiento a la sostenida y entusiasta veneración que siempre brindó a los que les fue dado el privilegio y la suerte de crear.

4.

Los primeros años del pequeño artista transcurrieron entre la droguería y su casa de Morandé, bajo la tutela cada vez más estricta del farmacéutico. Durante todo ese tiempo, Augusto desarrolló múltiples actividades, dando preferencia, sin embargo, a sus estudios escolares y ejercicios artísticos. Aguiar le negó acudir a la escuela, argumentando que el ambiente de ese establecimiento parroquial no era el adecuado a un futuro gran artista. Parecía olvidar el farmacéutico todas las desdichas leídas acerca de pintores, escultores y poetas, al fomentar en el hijo de Elvira una carrera que él mismo se encargaba, durante sus tertulias, de denunciar como dura e injusta. Desde aquella noche en que advirtió la fidelidad con que el pequeño había copiado el óleo del alquimista, se ocupó no sólo de instruirle, sino además de su ropa, nutrición y todos los pormenores que su frágil madre jamás habría podido brindarle. No obstante, aunque su dedicación era acuciosa, tuvo el buen criterio de no insistir respecto de lo que más le interesaba: la orienta-

ción que debía seguir en cuanto al aprendizaje de su verdadero oficio. Incluso se privó de obsequiar a Augusto una caja de óleos, aduciendo que era prematuro, ya que tal vez el uso inadecuado de esos materiales le acarrearía vicios difíciles más tarde de corregir. ¿No le había sucedido a él lo mismo respecto de su violín? ¡Nada de improvisaciones ni malas influencias!

Esta política del tutor permitió a Augusto alternar su dedicación por el dibujo y la acuarela con la práctica de la amistad y el descubrimiento de la naturaleza. Por ello era frecuente que durante días se ausentara de la droguería, permaneciendo en Morandé allegado a alguna familia numerosa, donde se sentía hermano de otros niños e hijo de un hogar normal.

A veces Aguiar, desde la galería, veía avanzar en fila india por el puente, hacia el pueblo, a una familia completa, y mezclado entre los últimos retoños, a su protegido, al parecer dichoso con la expectativa de visitar a algún pariente ajeno o bien comprar una golosina.

— En una familia de patos va un cisne — se decía, moviendo significativamente la cabeza para luego ingresar en las oficinas.

Augusto prefería trabajar fuera del alcance de Aguiar, y así solía encontrarse en los modestos boliches de su barrio, rodeado de campesinos, dibujando en un grasiento papel de envolver que apoyaba sobre la tapa de un barril. La vieja Flavia, tomando la lámpara del mostrador, la sostenía en alto, cerca del pequeño, que sin interrupción iba retratando a los parroquianos que se le sentaban enfrente. Todo allí se ajustaba al ritmo de su mano, que libre de inhibiciones, se deslizaba segura de sí misma. La quietud de la tarde, la intensidad que confiere a los ambientes la pobreza, tan justa ordenadora y coleccionista de objetos adecuados, eran un deleite para el artista, que, a pesar de su corta edad, presentía que en lugares asépticos como el interior de la droguería era imposible encontrar sombras sugerentes, colores profundos y composiciones caprichosas, como allí, junto a las papas y las frutas, que se destacaban nítidas del hollín y la pátina de los muros. Cuando sus ojos, al incursionar en el fondo del almacén al que la falta de luz confería una distancia infinita, encontraban algún tiesto que defendía a duras penas su tono, o una taza blanca, que por contraste la oscuridad realzaba, él, con una vehemencia que desconcertaba a los parroquianos, intentaba con sus precarios materiales atraparlos en toda su plenitud.

Sabía que al entregar al señor Aguiar esos trabajos trasladaba de

lugar una realidad, adquiriendo aquellos dibujos y bocetos, captados en ambientes tan próximos a la naturaleza, una gran categoría.

— ¡La realidad! ¡Siempre la realidad! ¡Nunca nada de memoria! — repetía el tutor, guardando celosamente en las carpetas aquellos testimonios que sólo en la pobreza se producen y que en vano se buscan en sitios más refinados.

Cuando por las tardes, Aguiar se retiraba a su casa, era su costumbre acompañar el atardecer desde la galería. El sol, al dorar aquellos vidrios, impedía al farmacéutico ver los matorrales que corrían paralelos al estero, tras los que iba el camino que llevaba hasta la pequeña casa de su protegido. Al apagarse éstos, Aguiar se ponía de pie y escudriñando a través de esas lejanías, intentaba localizar las titilantes luces del barrio.

— Allí hay un gran talento — exclamaba en voz baja, volviendo a su sillón de mimbre, abandonándose a la oscuridad, en la que desaparecía.

Intuyendo Aguiar que las cosas tomarían otro giro, ya que el niño muy pronto dejaría de serlo, pensó que a modo de secreta despedida resultaría conveniente llevarlo a Santiago. Antes le hizo confeccionar por la señorita Toro un abrigo escocés, al que ella, por su cuenta y sin respetar la moda, le agregó una pequeña esclavina del mismo género y una gorra con visera. Aguiar, habituado a la indumentaria de los pintores malditos de Montmartre, quedó encantado con la apariencia un tanto anacrónica de su pupilo.

Viajaron en tren, en un vagón reservado, de los que llamaban «salón», donde en vez de butacas fijas, había sillones de felpa diseminados a gusto del pasajero. El programa consultaba: almuerzo en el hotel Crillón, visita al Museo de Bellas Artes y asistencia por la tarde, antes de regresar, al Teatro Municipal, que estrenaba la ópera *Lucía de Lammermoor*. Interpretaba el papel protagónico una soprano extranjera.

En cuanto llegaron, un taxi los condujo al museo, ya que aún no era la hora del almuerzo. De la mano ascendieron la hermosa escalinata de piedra. Afuera, el verdor del parque descalificaba los paisajes pintados que los visitantes se aprontaban a admirar. Ni Aguiar ni el niño estaban para reflexiones semejantes. Al ingresar, primero que nada, el farmacéutico se quitó respetuosamente el sombrero ante *El*

descendimiento, del escultor Virginio Arias, que en el centro del vestíbulo, recibía toda la iluminación proveniente de la gigantesca claraboya de vidrios empavonados. Deslizándose su mano por las suavidades del mármol, iba reconociendo las diferentes figuras del grupo:

— ¡Una obra maestra! ¡De una sola pieza! — enfatizó.

Y la visita continuó por las salas contiguas, atrayendo la atención del farmacéutico los óleos de Juan Francisco González, Eguilúz y Pablo Burchard, pintores afines a los artistas europeos que él tanto admiraba y a los que podía adjudicar los epítetos que destinaba a los otros. Augusto reparó en cambio en aquellos de principios del siglo diecinueve, Monvoisin, Wood, Searle y Rugendas. Sobre todo en una gran tela de Monvoisin que representaba el 9 de Thermidor, día en que Robespierre cayó en desgracia. Se veía al líder de los jacobinos desesperado en su intento de acallar a los insurgentes. Su mano se apoyaba en una campanilla a la que nadie prestaba atención. Toda la tela, pintada con relamida técnica, más parecía una ilustración que una realización plástica.

— ¿Te gusta eso? — indagó Aguiar, haciendo un gesto de desagrado, como si hubiese comido algo indigesto.

— Mucho — dijo el niño. Le era imposible apartar la vista del lienzo.

— ¡Aquello es pintura neoclásica, literatura, porquería, basura! ¡Escuela enemiga de los pintores románticos e impresionistas, artistas libres, sanos, de la luz y del paisaje!

— ¿De quién es? — repuso el niño, no haciendo el menor caso a las palabras con que Aguiar descalificaba la obra.

— De Monvoisin... un pintor de segundo orden, compañero de Ingres, otro porfiado — replicó.

Al darse cuenta de que al muchacho le eran indiferentes sus opiniones, se refirió a la técnica del pintor decimonónico para terminar de desprestigiarlo:

— ¿Quieres saber cómo hacía sus retratos?

El niño apartó la vista del cuadro y observó curioso a su protector.

— Cuando retrataba, para ahorrarse tiempo y trabajo, pegaba los encajes directamente a la pintura fresca y luego los arrancaba, dejándolos impresos, y así conseguía engañar al cliente con toda una treta artificiosa, ya que no tenía el talento de lograrlo de otro modo. ¡Negociante! ¡Para ganar más dinero y «hacerse la América»! En cambio... los

impresionistas... con nada... dos o tres toques... ¡te alejas y se arma toda la calidad de los paños!

— Prefiero éste — se atrevió a decir Augusto, mientras Aguiar, sin responderle, lo sacaba casi a tirones de la sala.

En el hotel Crillón, fueron servidos por dos mozos, uno de los cuales, antes de que Augusto se sentara a la mesa, le quitó su complicado abrigo.

— ¿Qué te parecen los gobelinos que cuelgan de los muros? — inquirió Aguiar —. ¡Son auténticas piezas del siglo diecisiete!

El niño, al dirigir la mirada hacia las telas, sobre el sutil diseño de las figuras, recordó la violenta escena de los jacobinos.

— ¿Quién era Robespierre?

— ¡Otra vez! Un tirano, un dictador, personaje relevante de la Revolución Francesa.

— ¿Por qué usaba los anteojos en la frente?

Al mismo tiempo que Aguiar se disponía a hablar de Robespierre, el mozo trajo una bandeja con un guiso frío incrustado en una jalea de color gris.

— ¡Cómetelo, no le hagas asco, esto es lo más fino que hay! — recomendó Aguiar, engullendo jalea, pan con mantequilla y vino de tres estrellas.

Con desgano, Augusto fue pasando de un plato a otro, hasta recuperar el entusiasmo frente a una copa de helados y crema, que sobresalía varios centímetros del borde de cristal.

Terminado el almuerzo, Aguiar explicó a Augusto que la servilleta no se dejaba como se la había encontrado, sino que lo correcto era arrojarla lo más arrugada posible sobre la mesa.

Luego de dar una suculenta propina y esperar a que el garzón le pusiera a Augusto el abrigo y el quepis, abandonaron el comedor.

Al salir, por un descuido, Aguiar entró primero en la puerta rotatoria, obligando al niño a hacerlo en el siguiente compartimiento. Confundido con aquel sistema que desconocía, afirmó la mano en el borde, el que se la apretó contra el marco, haciéndolo dar un grito que horripiló a las gentes de las mesas y detuvo a los transeúntes que circulaban por la acera. Aguiar, fuera de sí, tomó al pequeño en brazos y sin escuchar consejos, se encerró con él en el interior de un taxi.

Era la mano derecha, la de los pinceles, pensaba horrorizado el farmacéutico, mientras pedía con desesperación que los condujeran a la posta.

Vendado, con el brazo en cabestrillo, en el mismo vagón del tren en que habían llegado, volvieron a Llay-Llay. Aunque la lesión no era grave, como asegurara el médico de turno, Aguiar renunció a la ópera.

En la oscuridad de la sala, mientras la concurrencia emocionada se deleitaba con el conocido sexteto del tercer acto, dos sillas de palco permanecieron desocupadas, convirtiéndose en la codicia de los jóvenes que repletaban la galería.

Al cumplir trece años, Augusto había alcanzado, a pesar de la fragilidad de su contextura, un cierto porte, y la actitud resuelta y efusiva de sus ademanes en otro joven con menos espíritu, habría denunciado cierta flaqueza. Un bigote incipiente y una pelusa en las mejillas intensificaban apenas el color oscuro de su piel, como si una leve sombra le hubiera alcanzado el rostro. Todo el interés estaba centrado en sus grandes ojos redondos y precisos, causantes de que el resto de sus facciones se olvidara. Aunque el triángulo invertido que va de los hombros a la cintura no era aún muy acusado, ya comenzaba a transformarse aquel cuerpo en el de un hombre. Las piernas, sobre todo, habían adquirido cierta curvatura que le daba a su estampa una sutil arrogancia.

Más consciente de sí mismo, se había vuelto extremadamente solícito hacia su madre, relevándola de su agobiadora labor cada vez que podía. Con entusiasmo tomaba su puesto, rogándole que regresara a casa mientras él efectuaba la contabilidad de la pequeña industria.

Aguiar era víctima de secretos remordimientos, pues sabía que había llegado la hora de enviar al muchacho a una escuela que se hiciera cargo de su formación. Pero el temor a perderlo lo obligaba a postergar esa decisión, arguyendo motivos que no guardaban relación con las expectativas a que tenía derecho su pupilo.

Durante el verano el joven comprendió, aunque su delicadeza jamás le hubiera permitido darse por aludido, que su persona era la preocupación central del farmacéutico. Incluso, durante las tertulias, pretendía éste no exaltar la memoria de aquellos pintores célebres que antes no cesara de alabar y comparar con Augusto.

Pensaba con cierto alivio que al menos durante esos meses las escuelas estaban de vacaciones y forzosamente debía aplazar la solución para el comienzo del otoño.

Sin otra intención que alegrar a su protector, Augusto le propuso pintar su retrato. Conmovido, el señor Aguiar posó en la galería de la casa, y para su sorpresa vio que el joven utilizaba, en vez de óleos, que le estaban vedados, betún de zapatos para la carnación, y pasta de dientes, con la que reemplazaba el blanco de zinc, para lograr la barba cana de su modelo.

— ¡Esto no es posible! ¡Pasta de zapatos y dentífrico! Hoy mismo telefonaré a Viña del Mar. Allí conozco a una pintora de renombre que da clases a alumnos escogidos durante los meses de verano.

Y sin agregar más, considerando que el hecho sobrepasaba toda aprensión, se dirigió al teléfono que pendía del muro, dio vueltas a la manivela hasta hacerlo sonar con estridencia y pidió comunicarse con la señorita Lucrecia Cortés, a quien, en medio de gritos e interrupciones de la telefonista, logró recomendarle a Augusto, matriculándolo en el curso que dentro de pocos días se iniciaba.

Luego de colgar volvió a marcar, para dirigirse esta vez a sus primos De Morais, que como él eran de origen portugués. Se trataba de dos hermanos solterones, Adelaida y Arnaldo de Morais, bastante menor él que ella, la que parecía su madre. Alternadamente encargó a ambos a su pupilo, dándoles toda clase de explicaciones, algunas incluso algo incómodas para el niño, como datos sobre su origen o la historia de su madre.

Cuando terminaron de hablar, se volvió consternado, y dando unos pasos inseguros, abrazó al muchacho como si ya se encontraran en la estación de ferrocarril.

Al día siguiente, por primera vez en muchos años, la comitiva que siempre partía desde el pueblo a la droguería, tomó el rumbo contrario. Todos los amigos de Aguiar se sintieron en la obligación de despedir al muchacho, y para demostrar su adhesión al farmacéutico, quisieron acompañar al viajero haciéndolo desde el puente.

El Ford de Bechard, la bicicleta del practicante y el fiacre de la señora Leontina iban a respetuosa distancia de la carretela de Aguiar, quien sentado al pescante, conducía con desgano. Junto a su hijo se hallaba Elvira, y en el asiento de enfrente, a punto de caer, una valija y una cesta.

En el andén toda esa gente rodeó al futuro pintor.

Cuando el tren dejaba la plataforma, Aguiar, fuera de sí, salió del grupo, y corriendo con dificultad junto a la ventanilla del niño, intentó acompañarlo, echando al vuelo su corazón, ya que su físico, cada vez

más disminuido, se convertía rápidamente en una mancha insignificante.

5.

—¿Tú eres Augusto Medrano? —inquirió una voz melosa, obligando al joven a levantar la vista.

Se trataba de un hombre de edad incierta, resultado de la vida de holganza que llevaba. Magro, enfundado, a pesar de la estación, en un abrigo negro, equilibraba sobre las enormes orejas el sombrero, también oscuro. En la nariz, enrojecida y algo carnosa, se había depositado toda la pigmentación que debiera haber estado mejor repartida, sobre todo en las mejillas picadas de viruela y de una palidez enfermiza. Arrebatándole la maleta con avidez, echó a andar hacia la salida. Entre la mano enguantada que tomaba el asa y la manga del abrigo quedó una muñeca larga y flaca, tan descolorida que a causa de lo gris del día parecía separada del cuerpo. Augusto, con la cesta al brazo, lo siguió, intentando con dificultad caminar a su lado.

—Mañana a las tres tienes tu primera clase de pintura. En esa ocasión, yo mismo te acompañaré al palacio Vergara —dijo, y sin esperar respuesta, lo llevó por la plaza Sucre rumbo a la calle Arlequí.

La casa de los De Morais, como la mayoría de esos chalés, estaba revestida de tejuelas de alerce, con un torreón aguzado en cuya cima giraba en todas direcciones una veleta. El de los hermanos De Morais tenía, además, un balcón que, sobresaliendo de la fachada, descansaba en dos postes endebles que ensombrecían la entrada. Entre ésta y la verja había un corto trecho, siempre húmedo y sombrío, donde unos helechos y algunas calas se golpeaban contra los vidrios del vetusto edificio. Sus muros escamados de color gris hacían pensar en dragones y palacios encantados.

Dentro del vestíbulo en tinieblas arrancaba una gran escalera que sólo era visible desde la mitad hacia arriba, puesto que los primeros peldaños no se veían. Cuando el que subía se apoyaba en la perilla de la baranda, daba un grito de espanto, ya que Arnaldo de Morais, coleccionista de objetos raros, para satisfacer su retorcida imaginación, había ensartado allí un gigantesco coco con ojos y barbas de crin, trofeo indígena adquirido a bajo precio en un remate. A ambos costados de la

escalera se encontraban el salón y otras dependencias, todas ellas bajo llave.

Era la costumbre subir directamente de la calle a los dormitorios del segundo piso, lugar desde el que jamás bajaba Adelaida, anciana ya, y que a causa de su ceguera estaba confinada a una butaca.

Rompiendo tal costumbre, el señor de Morais, luego de entregar la maleta y la cesta del joven a una de las mucamas, se empeñó en hacer pasar a Augusto al salón, echándose con fuerza contra la puerta de cristales que por la humedad se hallaba atascada. Un olor malsano impregnaba todo aquello, y parecía que el musgo que se veía a través de los sucios vidrios continuara en las cortinas de felpa del mismo tono. El empapelado desteñido mostraba marcas que habían dejado las lluvias al empapar las murallas. Sobre un piano de concierto, infinidad de fotografías en marcos de plata se duplicaban en la reluciente cubierta. La mayoría llevaba dedicatorias que cruzaban la solapa de los trajes de los varones o los escotes de las damas. Una, muy importante, sobresalía del resto. Como viera De Morais que Augusto la observaba con especial atención, puntualizó:

— Es un retrato autografiado de Rubinstein. Fue muy amigo nuestro y solía alojarse en casa.

La mano del joven no pudo reprimir el deseo de levantar la tapa. Un pañete deshecho cubría el teclado, amarillento como los dientes de su dueño.

— ¡No se puede! — gritó el señor de Morais, cerrándola violentamente —. ¡Nunca más! ¡No se puede!

Y luego, entornando los ojos, explicó no sin un dejo de orgullo:

— El arte, mi amigo, es asunto de los jóvenes. Después de los cincuenta años es necesario dedicarse a Dios. Por eso he dejado todo esto, incluso he cambiado mi biblioteca pagana por libros píos. Nada de mundo... — Y diciendo esto se sacó a tirones un escapulario de grandes dimensiones que tenía junto al pecho. Los ojos de De Morais, cuando afirmaban algo, se abrían desmesuradamente y revelaban lo contrario de lo que estaba argumentando. Así, mientras explicaba al joven su renuncia, veía éste lujuria, soberbia, pecados horribles en el brillo de esos ojos que querían mostrar beatitud y abandono de sí mismo.

— Mi hermana es ciega — puntualizó sin rodeos. Le gustaba escandalizar con la realidad desnuda, como para advertir a los demás que el mundo era verdaderamente un valle de lágrimas.

Cuando subieron, antes de indicar a Augusto el dormitorio que

ocuparía, lo presentó a Adelaida. Pequeñita y encorvada, con el moño deshecho en hebras blancas que parecían flotar, la mujer estiró las manos para recorrer al muchacho de arriba abajo.

— ¿El pintor? ¡El joven pintor! — sólo atinaba a decir, reconociendo las facciones de Augusto, sin dejar de sonreír con una dulzura indecible.

— María — interrumpió el señor de Morais, dirigiéndose a una sirvienta que embelesada observaba la escena —, lleve al joven a su cuarto.

Mientras Augusto seguía a la criada, de toca y delantal almidonados, vio cómo el señor de Morais, sentado junto a su anciana hermana, comenzaba a leerle con una paciencia de santo.

— Yo también escucho esa historia — le explicó la sirvienta en tanto empujaba la puerta de la alcoba —. No entiendo mucho, pero igual sigo atenta. El libro se llama *Los Maias* — agregó con orgullo.

El dormitorio tenía tal cantidad de muebles que casi no había espacio para moverse. Como el salón, estaba también oscurecido por persianas y espesos cortinajes. Ocupando la cubierta del velador, se veía el busto de una mater dolorosa envuelta en un mantón de terciopelo violeta, con lágrimas esculpidas en las mejillas y las manos apoyadas sobre un estilete que, clavado en medio del pecho, se movía cuando se caminaba en el cimbreado piso de la alcoba.

— Don Arnaldo es hermano tercero de la Orden — comentó la criada, antes de cerrar la puerta.

Augusto no escuchó lo que decía, tan absorto estaba en contemplar una colección de cadáveres fotografiados y mascarillas de muertos que pendían de los muros. Las fotografías eran en su mayoría de niños y ancianos, de espaldas sobre el lecho, rodeados de coronas y guirnaldas de flores que no lograban quitar el patetismo a esos difuntos dormidos.

Al día siguiente, cuando el reloj Grand Father que estaba frente al coco tallado dio las dos de la tarde, el señor de Morais se presentó donde el joven para llevarlo al palacio Vergara.

— Antes debo obsequiarte algo — expresó, abriendo un bargueño que había en el vestíbulo.

— Es para ti. A mi hermana ya no le sirve — añadió luego, alargándole una fina caja de óleos importados, un caballete portátil de paseo, una sombrilla y un piso.

— Si los colores están reseco como imagino... Llevan aquí dentro más de treinta años... me lo dices... y gustoso los repondré por otros nuevos.

— ¿Qué sucede? — exclamó la anciana, acercando la butaca hasta el borde de la escalera. Poseía un oído muy aguzado.

— Le hago entrega al chico de tu caja de pinturas — respondió a voz en cuello, como desafiando su dolor, en la creencia de que a esta vida mísera le estaba reservada otra, digna del alma.

— Ah... la caja... — repitió Adelaida, empujando hacia atrás el sillón que a contraluz se volvió un solo bulto con la anciana.

El reloj de la torre de la parroquia marcaba casi las tres cuando el guardaagujas levantó la valla para que pudieran cruzar los peatones y vehículos. Los victorias se llenaron de pasajeros, para dispersarse luego de dar un rodeo en torno de la plaza. Aún resonaba en los oídos de los que por allí deambulaban el estruendoso pitazo del tren que había recién dejado la plataforma, acompañado por los sones de la acompasada campana de bronce que hacía resbalar al sol en tan inestable base.

Al enfilarse al palmario de la que fuera la casa de Blanca Vergara, el señor de Morais se quitó respetuosamente el sombrero y esbozó un gesto despreciativo, al pensar que el palacio que otrora albergara al príncipe de los Abruzos y a otras personalidades, estaba hoy destinado a museo y academia de bellas artes, y en pésimo estado.

Ante sus ojos desencantados vio carruajes turnándose frente a la puerta, de los que descendían mujeres engalanadas y hombres de etiqueta. Uno de ellos había sido él. En un baúl aún mantenía, incapaz de arrojarlo, un viejo frac todo ribeteado de seda.

— ¡La municipalidad! — murmuró, revisando el estado de las camelias y de un busto de mármol que representaba al emperador Adriano. Tentado estuvo de llegar hasta el antiguo reloj de sol, o al lugar donde las musas, sobre balaustres y bajo la sombra de gigantescos árboles exóticos, ofrendaban coronas esculpidas.

«Vanidad de vanidades», pensó para sus adentros mientras se sucedían en forma vertiginosa las imágenes de un remoto viaje a Europa que efectuara en compañía de la propietaria del imponente palacete. Aunque mucho mayor que el señor de Morais, no impidió esto que una amistad muy profunda los uniera.

Entrar allí como simple visitante lo irritaba, sobre todo que sólo

él sabía que antaño era recibido por los dueños de casa como uno de los suyos. Perturbado, prefirió dedicarse al joven, para quien todo aquello tenía otro sentido. Era preferible no quitarle la ilusión de que ingresaba a la primera academia de pintura de la ciudad, revelándole que una vez que el palacio fue imposible de mantener, cuando todos sus moradores ya lo habían ocupado como escenario de sus vidas, no encontraron nada mejor que deshacerse de él y venderlo al fisco, aduciendo que destinarlo para academia y museo era contribuir al bien público.

Un ordenanza lo sacó violentamente de sus cavilaciones al mostrarle un talonario e insinuarle que debía pagar la entrada.

—El es alumno —puntualizó a modo de venganza el señor de Morais, mientras cruzaban el formidable umbral del palacio.

—¿A quién buscan? —preguntó entonces el mayordomo, que había escuchado sus palabras.

—A la profesora Lucrecia Cortés —repuso éste con terquedad, levantando la cabeza y examinando el estado de los cielos como si se hubiera tratado de los de su casa.

En ese instante, desde la oficina, apareció una mujer de altura imponente cuyo enjuto cuerpo ceñía un traje sastre de color verde. La cabeza altiva soportaba un moño tan tirante que más que cumplir con la moda, daba la impresión de un verdadero suplicio. Los ojos grandes, cargados los párpados de pintura, que levantaba con dificultad, permanecían sin pestañear largo rato. La boca pequeña, pintada de rojo, era vencida continuamente por una carcajada sonora que daba paso a una voz tan ronca que, si la señorita hubiera hablado en una pieza oscura, se la habría confundido con la de un barítono. A menudo se llevaba a los labios una elegante boquilla, y no tenía el menor escrúpulo en envolver a su interlocutor en una densa bocanada.

El señor de Morais hacía esfuerzos por no perder la apostura ante una mujer tan exuberante y enorme. El pequeño Augusto le quedaba a la altura de la cintura.

—¿Cómo es su gracia? —indagó ella, dejando que la corrida de dientes encendiera su tez morena.

—Arnaldo de Morais... Usted ya sabrá por mi primo....

—Ah... sí... —repuso la profesora, y arrebatándole la caja de pintura, indicó al joven que la siguiera. El señor de Morais se disponía a subir las escaleras tras ellos cuando la señorita giró la cabeza y mirándolo desde arriba, le advirtió:

—Usted no puede entrar, señor de Morais. En la sala está posando la modelo. —Y sin esperar respuesta, continuó subiendo, seguida del muchacho.

—¡Desnuda... qué asco! —profirió De Morais—. ¡A lo que hemos llegado! ¡Caramba! ¡Para eso existen las mallas!

Ya se disponía a partir cuando la señorita Lucrecia volvió a asomarse desde el rellano de la escalera para agregar:

—Señor de Morais, es preciso que usted aguarde un momento. Debo tomarle un pequeño examen al chico.

Mientras esto acontecía, el señor de Morais, impresionado todavía por «la cruda realidad a que sometían a un niño que aún no cumplía quince años», se desplazó por el que fuera el salón del palacio, convertido ahora en sala de croquis. Al mirarse en los grandes espejos, vestido de negro, demacrado, con todos sus rasgos disminuidos alrededor de una nariz encendida, sintió deseos de llorar. Tal vez ahí donde posaba aquella modelo estuvo el dormitorio de su bienamada, a quien ni siquiera la punta de los dedos había en su juventud osado besar. Pero, al mismo tiempo, la desnudez de la mujer que posaba le hizo recordar a otras mujeres que antaño, también desnudas, soportaron las caricias que la propietaria del palacio le negó. Aquéllas que para eterna memoria anotó en su «cuaderno de culpas» con nombre y apellidos, y, junto a éstos, la cantidad exacta de sus tarifas. También las enfermedades con que lo obligaron a dejarlas. Con los años se satisfacía enviando a las mucamas a trepar en altos pisos para sacudir infinidad de veces las mismas cortinas. Él, recostado, no apartaba la vista, mientras ellas inútilmente intentaban distraerlo con el plumero.

—¡Ahora hay mujerzuelas en tu pieza! —exclamó dolido, pasando del salón a la que fuera la pinacoteca.

Arriba el examen había comenzado. Augusto evitó mirar a la modelo, que desde una tarima, con un arco en una mano y un carcaj en la otra, pretendía hacer creer a los alumnos que era una Diana Cazadora.

La señorita Lucrecia puso ante el joven, en el alféizar de la ventana, una cabeza en yeso de Cicerón.

En pocos minutos, el dibujo sorprendió no sólo a la profesora, sino al resto de los alumnos.

La construcción era perfecta, y el achurado del claroscuro tan transparente que tenía la calidad de la obra de un maestro. Asombrada, la señorita Lucrecia descendió la escalera y fue al encuentro del señor de Morais.

— El chico se queda. Tiene un talento extraordinario — le dijo emocionada, mientras De Morais, por toda respuesta, levantaba los hombros en forma despectiva.

Al cruzar nuevamente el palmario rumbo a su casa, tuvo la intención de cortar una camelia para su hermana ciega. Pero esta vez se privó de su eterno juego, y apresurando el paso, quiso llegar lo antes posible junto a ella, la única persona que tenía en el mundo para huir de esta realidad y adentrarse en la de *Los Maias*, de *El primo Basilio*, *El mandarín*, *La ciudad y las sierras*, *La reliquia* y tantos otros temas del otro-rara popular y ahora olvidado narrador lusitano.

Esa noche, mientras Augusto y el señor de Morais cenaban, obligado éste a abrir el comedor, pudo observar el joven cómo el dueño de casa permitía a la cocinera, quien lo había visto nacer, que le diera la comida en la boca.

— ¿Trajiste los croquis? — preguntó, esperanzado en que el niño desplegara ante sus ojos las desnudeces de que lo había privado la profesora.

— Sí — respondió Augusto, incorporándose para ir a buscarlos.

— Ahora pintan las mujeres como Dios las echó al mundo — le explicó el señor de Morais a la anciana que le rogaba que abriera la boca.

Cuando Augusto le mostró los dibujos que representaban la cabeza de Cicerón desde diversos ángulos, todos ellos realizados con una perfección asombrosa, el señor de Morais lo miró como si lo hubiera visto por primera vez.

— Ingres — exclamó, advirtiendo cómo a Augusto le brillaban los ojos. ¡Ah, los maestros antiguos!

Y haciéndole señas de que lo siguiera lo condujo al escritorio. Luego de hurgar en un armario con puertas de rejilla, depositó sobre la mesa un voluminoso álbum que tenía incrustado el nombre de Ingres sobre la tela de la cubierta.

— Es tuyo. Te lo llevas a tu dormitorio — agregó luego, sonriendo al ver la devoción con que el muchacho subía a encerrarse con su tesoro.

Mientras el Grand Father de los De Morais y el reloj de la torre de la parroquia daban al unísono las tres de la tarde, Augusto cruzaba la línea del ferrocarril, apresurando el paso, con el corazón cada vez más lleno de anhelos, hacia el palacio.

Por lo general, la señorita Lucrecia llegaba tarde, lo que permitía a sus alumnos cambiar ideas y trabar conocimiento entre sí. Aunque éstos no eran numerosos, Augusto sentía la dicha de reconocer en aquellos jóvenes a personas asistidas por la misma pasión.

En tanto aguardaban, surgían, en medio de un cierto desorden, amenas charlas en que los jóvenes y las muchachas referían las dificultades que para seguir su vocación artística encontraban en sus casas. Otros llevaban el diálogo con el ánimo de escandalizar con opiniones extravagantes que habían escuchado a viejos maestros completamente enajenados o a alumnos mayores.

Una niña colorina de origen alemán comentaba el sacrificio que le significaba tomar todos los días el tren desde Quilpué para acudir a clases, mientras, como quien bate un postre, iba empastando con el pincel. Su compañera de caballete, silenciosa, sólo se limitaba a suspirar, en tanto, con insistencia enfermiza, repasaba las luces a una tetera de bronce cuyo brillo la hacía parecer real. Augusto era la atracción del curso. Concentrado, apretando y soltando tubos con vehemencia, sin participar del diálogo, manchaba, para luego retroceder y entrecerrando los ojos, revisar los efectos logrados.

La modelo no cesaba de compensar la inmovilidad a que la habían sometido, girando sus ojos inquietos por toda la sala. Augusto, mientras tanto, que valiéndose de un paño apoyado en un tiento efectuaba un delicado *esfumato* para lograr el volumen, no dejaba de preocuparse por un chico de desordenados cabellos rubios y gruesos lentes que, depositando la tela en el suelo, chorreaba sobre ella pintura con un jarro para luego expandirla por la superficie con un rodillo. Otros jóvenes seguían su ejemplo, utilizando espátulas e incluso encolando papeles y géneros al cuadro.

Cuando el primer peldaño de la escalera crujía, el silencio retornaba a la sala, escuchándose entonces sólo los flecos del cortinaje que pendía de la lucerna al golpear contra la tarima.

La gigantesca mujer, a quien resultábale difícil ascender la escalera por lo ceñido de la falda, demoraba hasta aparecer en la puerta. En cuanto esto ocurría, esbozaba una amplia sonrisa que los sobrecogía. Inmediatamente se colocaba tras del que estaba más cerca de la puerta, y provista de un carboncillo que en ese momento reemplazaba a su boquilla, tarjaba con violencia la orientación equivocada que muchas veces seguían las líneas, si se trataba de un dibujo. En los trabajos al óleo se limitaba a indicar el error con el dedo, haciendo alarde de un tempera-

mento que obligaba a pensar que ella poseía gran destreza. Con respecto a Augusto era más cauta. En vez de corregirle de ese modo, sabiendo que estaba ante un joven talentoso, prefería sentarse cerca de su sitio, para poder seguir la forma en que éste solucionaba los ejercicios.

Con voz estridente, haciendo chistes que sólo ella celebraba, en medio de carcajadas que solían cesar de golpe para convertirse en reprimenda hacia algún aprendiz, hablaba una y otra vez de sus viajes, de sus maestros, las hambrunas, los compañeros de infortunio y, en medio de tanta cháchara, también de sus aciertos y los elogios que, no obstante las dificultades, logró obtener a veces de reconocidas personalidades.

Aunque la dulce niña que no dejaba en paz la tetera y la alemancita de Quilpué estaban completamente cautivadas por aquella heroína, ejemplo de tenacidad en medio de las adversidades del destino, ella, no satisfecha con la admiración incondicional de esas pupilas, intentaba lograr la de Augusto, quien haciendo oídos sordos a sus cuentos, buscaba afanosamente la perfección formal de los pintores neoclásicos que tanto lo seducían.

Ante la indiferencia del joven, la señorita Lucrecia nombraba artistas de reputación, como si les tomara asistencia, haciendo hincapié en que se había alimentado de pan duro durante una semana para poder copiar en El Prado las majas de Goya.

Los jóvenes que desparramaban pintura dejaban de inmediato el rodillo y la esponja para mirar a aquella señora que ya había hecho uso de la oportunidad única de observar en vivo a los genios y no a través de reproducciones engañosas.

— ¡Veamos, chico! — exclamaba impaciente, dirigiéndose al cabelle de Augusto, tratando de atraer su atención. Para ello ejercía su autoridad de maestra, ya que su historia de artista no lograba conmovirlo.

Admirada, temerosa de corregir algo que tal vez después quedara peor, se limitaba a exponer consideraciones estéticas, finalizando el discurso con un despectivo «¡anacrónico!», que hacía a los jóvenes de vanguardia mirarse en forma cómplice, para luego continuar en cuatro patas pegando y estucando sobre el lino. Ella, advirtiendo ese detalle y no deseando parecer simpatizante de los movimientos renovadores que escandalizaban en esa época al mundo, murmuraba por lo bajo «¡arte deshumanizado!», frase que hacía a las jovencitas relamer con más fruición aún la tetera y el acartonado cuerpo de la modelo.

Una bocanada de humo envolvía a la profesora, como si quisiera desaparecer ante tanta contradicción y estuviera echando mano no de un cigarrillo, sino de una lámpara maravillosa.

6.

De regreso de las clases, durante las que en el intento de lograr la luz, se había ido ya la verdadera, Augusto, por pudor, antes de ingresar en la casa envolvía los croquis de desnudos para ocultarlos tras la caseta del medidor de gas.

Desde el vestíbulo se escuchaba la ininterrumpida voz del señor de Morais, transportando a su hermana, con la lectura, a paisajes y ciudades imaginarias.

En una ocasión, mientras cenaban, Augusto, quien abstraído en sus cavilaciones perdía la mirada en un jarro, utilizándolo como referencia de los problemas de claroscuro que tanto lo apasionaban, escuchó al señor de Morais, quien, aprovechando que la cocinera, cansada de insistir con la cuchara, se había marchado, le decía:

—¿Por qué no invitas a la señorita Lucrecia a tomar el té? Pienso que le debes una atención. Haremos unos pastelillos con receta portuguesa, y ella estará encantada.

Augusto lo miró desconcertado.

—Creo haber visto hace años una exposición de tu maestra. No te diré que me entusiasmó sobremanera, pero si mal no recuerdo había entre los óleos uno que representaba a una aldeana comiendo sandía, el que tenía mucha gracia.

Como cada noche el asunto del convite volvía a ser tema de conversación, y la vieja cocinera ya había desempacado el libro con las recetas de dulces y postres, traducido del portugués en múltiples hojas sueltas por el dueño de casa, Augusto, haciendo un esfuerzo sobrehumano, cuando los demás alumnos hubieron dejado la sala, se aproximó a la maestra, rogándole que acudiera a tomar el té al día siguiente.

—Encantada —respondió ella, que le complacía la agasajaran, ya que en aquellas ocasiones le resultaba más fácil sembrar la admiración por su persona. Tenía información además de que los hermanos De Morais eran gente de fortuna, apreciación ésta que, aunque equivocada, le hacía pensar en mecenas, ventas y relaciones convenientes.

En tanto el Grand Father daba las cinco y el coco tallado miraba fijo en dirección a la puerta, sonó el timbre.

Esta vez la señorita Lucrecia había cambiado su traje ajustado por uno más amplio, de color rojo, que hacía resaltar su tez morena, la que volvía a atenuarse a la altura del cuello a causa de una fragante estola de piel con que se cubría. La voz sonora repletó de ecos la silenciosa casa, que para esa ocasión lucía abiertas las puertas del salón y de las otras habitaciones. Adelaida, en el segundo piso, oculta cerca de la escalera, aguzaba el oído para imaginarse las escenas.

—Permítame —exclamó el señor de Morais, empinándose para quitarle la estola de piel, que no encontró nada mejor que colgar de la baranda, envolviendo el horrible coco tallado.

La conversación alcanzó su más alto nivel cuando la señorita Lucrecia reparó en las innumerables fotografías de celebridades que se exhibían sobre la cubierta del piano.

—¡Rubinstein! ¡Qué maravilla!

Pero De Morais, con ese sentimiento despectivo que le asistía cada vez que creía estar ante una persona de condición inferior, se limitó a esbozar una sonrisa, evitando todo comentario. Augusto, desconcertado, advirtió ese detalle, sorprendiéndole que a él, en cambio, le hubiera hecho tanto alarde de ser amigo del famoso intérprete.

Durante la velada, De Morais habló lo justo y necesario, replegándose inmediatamente después de lanzadas sus mezquinas frases para suscitar en la invitada juicios temerarios e interminables cuentos, conocidos ya del alumno, pero esta vez matizados de una cierta picardía, con la que ella esperaba provocar hilaridad en el dueño de casa.

La mujer no se daba por rendida, mareándose a sí misma, envuelta en sus propias risas y el humo de sus cigarros.

Las respuestas evasivas de De Morais lo convertían en un espectador frío de la esforzada artista, quien de vez en cuando, como náufrago que coge un madero, tomaba el mentón de Augusto llenándolo de halagos.

Casi al término de la visita, cuando ya no había forma de reparar lo expresado, ni tampoco la cantidad considerable de pastelillos que ella, en medio de sus anécdotas de remotas privaciones y hambrunas, había engullido uno tras otro, como para expiar algo que no sabía bien en qué consistía, exclamó:

—Me gustaría hacerle un retrato al chico.

De Morais entrecerró los ojos, complacido por la trampa que la propia mujer se había tendido.

— ¡Oh, sería muy interesante! — replicó, mirando a Augusto como para traspasarle lo incómodo del compromiso.

— ¡Ésta querrá sacarnos plata! — musitó arriba la ciega, frunciendo los labios, deseosa de acudir en resguardo de su hermano, que ella pensaba en apuros. Pero para su sorpresa escuchó a éste que reiteraba:

— ¡Sería muy interesante! ¿Cuándo, cuándo comienzan?

— Eso lo decide Augusto — respondió ella, calculando que al día siguiente, después de clases, lo obligaría a sentarse ante el caballete.

Cuando dejó la casa, el señor de Morais, en tanto juntaba las innumerables hojas de las puertas del salón, se felicitaba de estar en la buena senda, al comprobar casi con repugnancia la vanidad insoportable de estos seres ingenuos, los artistas, que persiguen el paraíso en la tierra.

La maestra, en cambio, aliviada de no seguir representando su personaje por esa tarde, disminuyó el paso y estuvo tentada de acudir a orillas del mar. Su origen humilde la había hecho siempre sobreactuar ante las personas acomodadas, que desgraciadamente sabía eran quienes volcaban sobre la cabeza de los pobres el cuerno de la fortuna.

Después de la clase, Augusto, sentado en una especie de trono de respaldo alto y todo incrustado de clavos de bronce, posaba, dejando caer, según indicación de la maestra, las manos, con el desgano de un modelo regio.

Aunque De Morais y su hermana hacían todo tipo de conjeturas para calcular cuánto «se permitiría cobrar la entrometida profesora por el retrato», felicitándose de antemano por estar sobre aviso y de la rotunda negativa con que rechazarían el cuadro, la señorita Cortés, más sutil de lo que la creían, se esmeraba no por recibir dinero — que desde el primer momento vio difícil obtener de ese señor que evitaba en la mesa untar con mantequilla el pan, pretextando razones de salud —, sino más bien por lograr la admiración de su pupilo, que sabía la miraba con reticencia.

Sesión tras sesión cargó de pasta a esa especie de muñeco de grandes ojos atentos y manos mal solucionadas. Lo terminó cuando el curso y el verano llegaban a su fin. Entonces permitió a Augusto verlo y

reconocerse. Aunque poseía cierto oficio, fruto de su voluntad y temperamento apasionado, el retrato era deficiente, carecía de fuerza, explicando estos errores el parloteo y las actitudes que a diario utilizaba la autora para aplazar su caída.

—Es tuyo... es un obsequio —le indicó, mientras, para disimular el prolongado silencio de su alumno, con un pincel untado en negro trazaba, muy visibles en una esquina de la tela, sus iniciales.

«Un buen profesor no tiene por qué ser un buen pintor», le había dicho el señor de Morais en cierta ocasión.

Atando el retrato junto a los trabajos que había efectuado durante esos meses, Augusto bajó las escaleras. A la salida del palacio la banda municipal ensayaba unos aires marciales, lanzando notas y destellos por el abandonado parque. Insignificantes resultaron los suspiros del joven ante los burdos sonos del gigantesco corno, que el sol había escogido para realzar con sus rayos en aquel último día de clases.

El día que Augusto dejó Viña del Mar, mientras el señor de Morais le ayudaba con los bultos y los cuadros que había pintado durante la temporada, entre los que iba el retrato, para sorpresa de ambos apareció en el andén, con la intención de despedirlo, vestida del mismo modo que el día del convite, la señorita Lucrecia. Entusiasta y dicharachera, en un momento de descuido del señor de Morais, se inclinó ante el joven, y tomándole la cara con su enguantada mano, le expresó:

—Tienes un gran talento. Si te esmeras puedes llegar a ser un pintor muy importante.

Fue esta la primera vez que la maestra obtuvo de Augusto la aprobación tanto tiempo anhelada, como si todas las reservas anteriores hubieran dejado paso a una admiración no sustentada en los valores artísticos, sino en otros más profundos y valederos.

A escasa distancia, el retrato, atado por una lienza a las otras telas, obligaba a referirse a él, pero ninguno de los tres se decidió.

Y mientras Augusto observaba a esa pareja desde la ventanilla del vagón, y de qué manera guardaban las apariencias, De Morais circunspecto, más preocupado de parecer correcto de lo que lo era en realidad, y ella, locuaz y hasta coqueta en su afán de disimulo perpetuo, pensó que el corazón de un artista era inconfundible y que con aquella cualidad se nacía, siendo hasta secundaria la realización deficiente o acertada de sus obras. Volvió a reconocerse en la mirada profunda-

mente tierna que le dirigió esa mujer, interrumpida constantemente por las hipócritas atenciones que le dispensaba el señor de Morais.

Y el pecho del joven se ensanchó en un afán desmesurado por tenderle los brazos y llorar en los suyos; pero ella, conocedora de lo que le acontecía, continuó sonriendo y gesticulando, haciéndole ver con aquellos aspavientos que debía aprender a dominar esos impulsos sentimentales, labor por lo demás de toda su vida futura.

Al observar al señor de Morais, que contrastaba con la conmovedora mujer que acababa de descubrir, lanzó sobre su fealdad todos los juicios adversos de que era capaz. Pero recapacitando, al verlos abandonar juntos el andén, pensó que al menos a ella le quedaba el consuelo de sus ensoñaciones, en cambio él no tenía otro destino que convertirse para siempre en los ojos a través de los que veía su hermana.

Y al arrancar el tren, sintió desprecio por su propia persona, le pareció halagada sobremanera, y conoció por primera vez la soledad que aguarda en este mundo a los más afortunados.

Santiago, 1978-1979

EL PASAJE

1.

En la primera cuadra de la calle Riquelme, entrando por la Alameda, a mano izquierda, se encuentra un portón de fierro forjado que sigue, en su parte superior, la forma curva del vano que enmarca un largo y angosto pasaje al que da una docena de casas pareadas. Todas llevan una letra esculpida sobre el dintel de la puerta. Al fondo de este recinto, la última de las viviendas hace ángulo recto con las otras. Las casas son iguales y están ubicadas al costado sur del pasaje.

Frente a las fachadas se levanta un gigantesco muro de ladrillo que oscurece casi completamente el lugar. Al pie de éste han dejado una franja de tierra apretada y sucia, donde sobreviven unos cuantos acantos que no reciben la luz del sol. Estas plantas soportan el polvo y las basuras que los inquilinos les barren encima.

Las casas tienen dos pisos, cuatro ventanas y una puerta estrecha que comunica con una mampara de vidrios empavonados. No sólo la letra del alfabeto las individualiza, sino también los cañones de hojalata que desaguan la canaleta. Esos tubos van apartando una casa de la otra como las barras de compás dividen el pentagrama. Un alero común remata las doce viviendas.

Viniendo desde el fondo del pasaje, aparece el arco del portón muy recortado por la fuerte luminosidad exterior. Sobre este portón se alza una enorme casa de tres pisos cuyos balcones miran a la calle, en tanto que las diminutas ventanas de su parte posterior, donde se hallan la cocina, los baños del servicio y demás dependencias, se abren hacia la docena de casas gemelas y la mísera guarda de plantas enfermas.

Durante el día la verja permanece abierta y los arrendatarios van y vienen, haciendo resonar los baldosines del angosto corredor.

En la casa grande, sobre la entrada, habitan los dueños del pasaje, quienes lo destinan para la renta. Esa ubicación les permite vi-

gilar constantemente, desde los ventanucos del servicio, la conducta de los arrendatarios. Conocen sus horas de llegada y salida, y el comportamiento de los niños. Cuando éstos gritan o se sobrepasan en sus juegos, oportunamente, desde alguna de esas ventanas traseras, se deja oír la voz estridente de una sirvienta que les lanza un improperio.

A esta casa principal se ingresa por una puerta guarnecida con clavos de hierro, que se ubica inmediatamente después del portón de rejas. De noche, el pasaje sólo se ilumina con el resplandor de las luces interiores de las casas. Apagadas éstas, se filtra por encima del muro un débil fulgor que destaca apenas la superficie de las hojas gachas de los acantos contra la tierra negra.

Por las tardes, cuando los niños dan comienzo a sus juegos, y sacan sus pelotas de goma y carros a pedales, las ventanas se abren y la consabida frase interrumpe el bullicio:

—¡Cuidado con las plantas!

Hacia algún tiempo que se había desocupado la casa «E», y existía cierta expectación entre los vecinos por saber quiénes la arrendarían. El hecho de que aún permaneciera deshabitada indicaba que, hasta la fecha, todos los candidatos habían sido rechazados en el interior de la casa grande. No se requería de mucha suspicacia para imaginar las sucesivas escenas que se desarrollaban a diario en el vestíbulo de la casa de altos, como los inquilinos la llamaban.

A Margarita Plana, la anciana dueña del pasaje, no le fue siquiera necesario recurrir a los avisos del periódico para encontrar un interesado. La escasez de viviendas, la ubicación de ésta, próxima a la Alameda y al centro, y el hecho de que tuviera teléfono, calefactor eléctrico y cocina a gas, bastaban para convertirla en una ocasión tan manifiesta que los mismos vecinos se sentían en la obligación de servir de portavoces e intermediarios del negocio.

Es así como la señora Margarita se había ahorrado incluso la molestia de engrudar junto a la puerta el conocido letrero rojo, anunciando que la casa se encontraba disponible. Demasiado posesionada estaba de su papel magnífico de conceder audiencias a los interesados como para ocuparse de esas cosas.

Cada mañana hacía pasar a los candidatos al vestíbulo lúgubre de piso reluciente que duplicaba, a pesar de la penumbra, las ventanas

de vidrios irregulares unidos con plomo. Oscurecían aún más el lugar unas cortinas sucias, simuladas, que sólo se reducían a mezquinos trozos de género prendidos a los costados de las cenefas. Muebles casi no había. Sólo algunos taburetes adosados a los muros y, al fondo, una enorme chimenea con dos atlantes de cemento que cargaban sobre sus espaldas la repisa vacía. La limpieza del fogón indicaba que no la encendían nunca. Margarita Plana atendía sólo por las mañanas. Primero tomaba su desayuno en cama, envuelta en una bata rosa deshilachada en las mangas, y luego, ante su peinador —regalo de soltera—, observaba su rostro cruelmente deteriorado. Allí, frente a lo irreparable, se dolía de la manera violenta y sin consideraciones con que la vejez la había tratado. Tal vez por la calidad fina de su piel, los años habían impreso aquellos surcos profundos y verticales en sus mejillas, junto a la comisura de los labios, y en su blanca frente. Otras ancianas no mostraban ese maltrato exagerado. Por ello, las sirvientas de su edad eran para la señora Margarita motivo de secreta envidia, y al dirigirles la palabra, se confundía contemplando una lozanía más duradera que la suya. Antes de que la tristeza de sí misma conmoviera su corazón, introducía los dedos en innumerables potes y cajas de cosméticos, cargaba de negro sus grandes párpados y se cubría con pintura, para así desviar la atención de los que la rodeaban. Vestía, a causa de su viudez, de luto riguroso.

Una vez arreglada, cruzaba largos corredores rumbo al vestíbulo para alternar con los presuntos arrendatarios. Allí jugaba su papel. Le ocurría lo mismo que a aquellos que no satisfechos con su propia persona, buscan compensación en la injusta situación de ventaja en que a veces los coloca el destino. Escuchaba distraída y pensaba en sí misma: en sus ademanes, lo circunspeta que debía mostrarse; en lo imparcial, la imagen de ecuanimidad que era necesario dar. A lo sumo contestaba, luego que su interlocutor había agotado los medios de ganársela:

— Usted debe ponerse en mi lugar... Es preciso que comprenda...

A esta frase, el solicitante redoblaba su monólogo servil, y ella, majestuosamente, giraba la cabeza hacia la ventana.

— Déjeme sus señas con la sirvienta — interrumpía, en tanto ésta se presentaba con un sucio cuaderno del que colgaba un lápiz atado a un cordel. Y ante las promesas, los ruegos, las historias, ella, con una leve inclinación de cabeza, daba a entender que estaba dispuesta para la entrevista siguiente.

Terminada la mañana, suspendía esta actividad y murmurando

incoherencias, se dirigía al comedor, no sin antes espiar hacia las casas del pasaje, profiriendo el reproche habitual:

— ¡Miren el estado de esas pobres plantas! ¡Qué gente!

Se había convertido así en una reina viuda que administraba un precario feudo, lo que le permitía sobrellevar su vejez inaceptada, ahorrándole esa extorsión que ejercía sobre los demás algunas horas de contemplación desolada ante el óvalo de su peinador de soltera.

Era una mañana de fines de agosto, y sólo por la limpidez del cielo y la luminosidad de las fachadas, se presentía la primavera. En la calle Riquelme no existen árboles que la anuncien.

Un viejo taxi se detuvo frente al número 36. De él descendieron una mujer de aspecto desaliñado y un niño de unos nueve años. La mujer, luego de regatear la tarifa de la carrera, se colocó la enorme cartera bajo el brazo e intentando ordenar un poco sus cabellos, golpeó la puerta de la casa de altos. No contenta con ello, oprimió sin consideraciones el timbre. El niño que la acompañaba se mantuvo a distancia, como dando a entender que no participaba de la conducta y aspavientos de su madre.

A pesar de ser un niño modesto, vestía con un cuidado excesivo, y la arrogancia que denotaba infundía cierto respeto. Llevaba los cabellos rubios muy cortos, y el mechón de pelo que por lo general cae sobre la frente de las personas de su edad, en él estaba cuidadosamente engomado, formando un gracioso copete. El rostro era ovalado, pero no terminaba en punta, sino en un mentón inusitadamente firme para sus cortos años. Los ojos celestes y rápidos permanecían entrecerrados por la fuerte luz de la calle. La agudeza de esa mirada contrastaba con la inexpresividad aparente de sus rasgos. La nariz respingada y el labio superior fino hacían al rictus curvarse, lo que le daba un aire despectivo, casi insolente, como de alguien profundamente herido que ya no espera nada de nadie. Vestía de tonos claros. Se notaba que con dificultad había compuesto ese atuendo. Más de alguna prenda era un obsequio. Los pantalones conservaban intacta la línea de la plancha, y casi ocultaban los botines relucientes, de suelas protegidas por sonoros toperoles. El saco de franela estaba muy gastado, en tanto que el coqueto chaleco de pana rojo revelaba, por su tamaño, un dueño anterior. Una cadena de plata se introducía en uno de sus bolsillos, y el último botón permanecía desabrochado, cum-

pliendo así con aquella convención. La cadena, que hacía juego con el rojo, no desempeñaba ningún papel. Rogelio no había tenido nunca un reloj. La camisa era impecable en el cuello y los puños, pero la corbata, a pesar de lo prolijo del nudo, mostraba un brillo sospechoso. Había intentado el niño hacer revivir esa prenda por medio de la plancha.

La madre difería en todo de su hijo. Llevaba las medias con los puntos corridos y se cubría con un chaquetón de hombre arreglado por ella misma. No usaba maquillaje y sólo la hermosura de las manos denunciaba su fineza, de la cual aparecía ahora desprovista. Era el de ella un rostro modelado por los trastornos. Fruncía el ceño y apretaba en un gesto ansioso los labios, y el pelo blanco, aun cuando todavía no lo merecía, le habría dado cierta prestancia si no lo hubiera llevado tan desordenado que recordaba la cabellera de una demente. Hablaba a trastabillones, comiéndose la mitad de las palabras, y suspiraba en todo momento, como para indicar que a pesar de las dificultades diarias, mantenía un lugar en su alma destinado a la melancolía y al recuerdo de épocas mejores. Su risa era aguda y maliciosa, reflejo de sus íntimos pensamientos. Sólo los dichos de doble sentido le producían hilaridad, hiriendo con ellos el pudor de su hijo. Hacía ostentación de sus piernas y levantándose los vestidos de manera provocativa, mostraba sus muslos lechosos a Rogelio o a quien fuera, explicando que sólo le faltaban dos centímetros para la dimensión perfecta. Cuando reía se le agitaban las aletas de la nariz y los ojos dejaban de lado su avidez y su dureza para transformarse en una línea horizontal inquietante. Reaccionaba con violencia cuando alguien pretendía conseguir algo de ella por medio de la ternura o el halago. Se había propuesto endurecer a su hijo, inculcándole la vergüenza de mostrar sus sentimientos, orientando con parcialidad sus inquietudes, pasando por sobre sus gustos y necesidades, a fin de que alcanzara en el futuro, según decía, una posición sólida que le permitiera una vida sin privaciones. El canto, los juegos, las artes, el amor, e incluso la religión, eran para la madre asuntos afeminados, debilidades del espíritu.

Rogelio, obligado a permanecer junto a ella, le guardó distancia, pero, sin embargo, las sombrías características de la personalidad materna diseñaron la suya. Reservado, inexpresivo, puso a trabajar su corazón en la renuncia de todo lo que éste reclamaba, haciéndolo casi desaparecer de su pecho, como el reloj invisible que la cadena de plata, al introducirse en el bolsillo del chaleco, sólo hacía presentir.

— ¡Valentina! ¡Alguien se ha pegado al timbre! — exclamó la señora Margarita en el momento en que introducía un pie en la bañera. El vapor del agua se lo ocultó por un instante.

La criada colocó la sábana de baño cuidadosamente sobre el respaldo de una silla de metal, y entreabriendo la ventana, se asomó a la calle:

— ¿Qué hay? — gritó, con un marcado gesto de desagrado.

Tanto la voz como las muecas eran imitación exacta de las que su patrona le hacía a ella.

— ¡Vengo por la casa que se arrienda! — respondió la madre de Rogelio con firmeza, volviendo el rostro como para mostrar indiferencia.

La señora Margarita, dentro del agua, estaba inquieta por las corrientes de aire a que la exponía esa ventana abierta.

— ¡Cierra, Valentina, que no quiero ver a nadie!

— Es una fulana que pregunta por la casa «E» — aclaró la mujer.

— ¡Ya comenzó la romería...! ¡Hoy no! Dile que vuelva mañana.

— Y recogiendo con habilidad el pelo que le sobresalía de la gorra de goma, se dispuso a la ensoñación que provoca esa temperatura.

— Un baño caliente hoy es un lujo — murmuraba.

— La señora dice que...

Allí se interrumpió la frase porque la madre de Rogelio, sin prestarle atención, gritó a voz en cuello:

— ¡Dígale a la señora Margarita que es María Carter quien está afuera!

La voz era tan potente que no necesitó de recadera para llegar hasta los oídos de la señora.

— María Carter... María Carter... — se repetía ésta, sin que nada en especial le dijera ese nombre.

— ¡Valentina, dame la toalla! — pidió, para sorpresa de la empleada, y cubriéndose las escuálidas espaldas, se asomó a la ventana.

Las dos mujeres se miraron a los ojos, y aun cuando jamás se habían visto, se entabló entre ellas de inmediato una secreta complicidad.

Los principios que ambas sustentaban harían posible un diálogo rico, que pondría a prueba su carácter. Todo se volvería objeto de controversia, obligándolas a afinar cada vez más el ingenio. Estaba garantizada allí la diversión, y aquello las cautivaba sobremanera. La casa

en arriendo era lo de menos. El precio, su cuidado, la fianza, todos esos detalles pasaban a segundo término al lado del conocimiento paulatino que ellas tendrían de sus vidas. Además, el muchacho que acompañaba a esa mujer parecía tan reservado y adulto, que era seguro que no se sumaría al desorden de los niños del pasaje.

— ¡Yo estoy en el baño! — gritó, mirando hacia las casas de enfrente —, le mandaré las llaves con la empleada.

— ¡Gracias! — respondió la madre de Rogelio, levantando la punta del zapato y haciéndolo girar impaciente sobre el tacón. Luego se puso a silbar una melodía tomada de la radio, con tal desacierto que la continuaba con otra, acompañando al mismo tiempo esos compases con gestos teatrales, con los que quería recalcar la situación humillante en que se encontraba.

— Tengo suerte — dijo a Rogelio, quien dio a entender con su silencio todos los juicios adversos de que era capaz.

— Falta examinar la casa todavía — agregó ella, y luego reanudó sus melodías desafinadas, como para dejar en claro que estaba sola en este asunto y que nada debía a ese testigo mudo que era su hijo.

El sol caía vertical sobre la calzada, reduciendo considerablemente las sombras que proyectaban esas dos personas.

Antes de que finalizara la semana, allí donde se había detenido el taxi que trajo a los Carter, se estacionó ahora un gigantesco carromato de mudanzas. Era de color verde, enteramente cerrado por tabloncillos horizontales que desfiguraban, en sus juntas, los dibujos y letras con que se anunciaba la empresa. El nombre La Rápida aparecía escrito sobre un pergamino pintado en la madera, retorcido en varios puntos, que remataba en cortes y perspectivas engañosas. Lo sostenían dos amercillos de rostro plácido, que no guardaban relación con la sonajera y los vaivenes del vehículo.

Todo ese enorme cubo reposaba en fuertes muelles y cuatro ruedas encintadas de acero. Los cocheros, sentados al pescante, conducían agitando las riendas sobre el lomo de un par de caballos escuálidos que llevaban anteojeras y algunos cascabeles de bronce prendidos a la brida y el collar. La parte trasera del carro se abría completamente y al apoyarse en la calzada, servía de terraplén para descargar los muebles. Varias cadenas la sujetaban, cruzando el carromato en todas direcciones.

En cuanto los cargadores comenzaron a colocarse sus anchos tirantes, el vecindario y los niños del pasaje los rodearon. El conductor revisó entonces la lanza, las hebillas de los tiros y los arneses, y aflojando las cinchas a las bestias, les colocó al cuello cestas con avena. Uno de los hombres trepó al techo y desde allí soltó las amarras. Luego lanzó algunos sacos a la vereda. En el instante en que empezaba a descender la parte posterior del carretón (los niños la asociaron con puentes levadizos), se escucharon los gritos de advertencia de la señora Carter que, premunida de su inseparable carterera, emergió de entre los curiosos. A distancia, apoyado levemente en el grifo del agua, Rogelio presenciaba la exposición pública de que era objeto la intimidad de su hogar. La señora Carter, manos en jarra, se disponía a informar a los cargadores sobre la calidad e historia de sus cosas. Levantando ansiosa la mirada, como quien pide auxilio, se dirigió a su hijo para solicitarle que la secundara:

— ¡Rogelio, no te quedes ahí de brazos cruzados! ¡Ven a ayudar, hombre!

Los curiosos se volvieron hacia el niño, escudados en el cómodo papel de espectadores. Rogelio permaneció inmóvil y debido a que ya la luz perdía intensidad, nadie advirtió que enrojecía. El hecho no pasó inadvertido para la señora de la casa de altos, quien, desde la llegada de la mudanza, espiaba tras la ventana. Observó atentamente al niño y a su madre. A causa de su experiencia, conocía de sobra la embarazosa situación. Valoraba la dignidad del pequeño, pero al mismo tiempo apreciaba en la madre, a pesar de su vulgaridad, la manera resuelta con que lograba sobrevivir. El ser propietaria de una docena de casas miserables la había habituado a alternar con esos dos tipos de personas, sin lograr decidir por cuál de ellas tomar partido.

Por un momento, los faroles encendidos coincidieron con la luminosidad del crepúsculo, pero poco a poco fueron adquiriendo mayor intensidad, y sólo a éstos se debió la tenue claridad reinante. Se dibujó entonces una perfecta circunferencia de luz que destacaba el muro, la calzada y el portón de rejas.

Al anoecer, todavía los cargadores iban y venían entre el carromato y la casa.

— ¡Esa lámpara no la tome, usted! Prefiero llevarla yo, es muy delicada... — exclamó la señora Carter, arrebatándosela a uno de los hombres.

Al pasar junto a Rogelio lo miró con manifiesto rencor, murmurando:

—Que su madre reviente, ¿no es así? ¡A éste qué le importa!

No bien había dicho estas palabras, se enredó en el cordón de la lámpara, yendo a dar lejos la pantalla.

—¡Levántala del suelo! —ordenó entonces.

Rogelio se dirigió calmadamente hacia el lugar donde había rogado, y la tomó con tanto desgano que mereció otro comentario de su madre, que aguardaba impaciente bajo el arco del portón:

—¡Éste nació para príncipe! ¡Apúrate! ¿No ves que no puedo dejar a esos hombres solos en la casa?

El niño avanzó entre dos filas de curiosos que gozaban con la situación. En cuanto estuvieron juntos, ella, sin miramientos, le arrebató la pantalla, que nuevamente cayó al suelo. Rogelio se inclinó para tomarla, pero su madre se le adelantó, dejándolo con la mano extendida. Debido a la penumbra, ninguno de los presentes se percató de que del bolsillo de su chaleco se escurría la punta de la cadena, que su dueño rápidamente volvió a su lugar. La señora Margarita fue la única en advertir ese detalle. Dejó la ventana y atravesó silenciosa el vestíbulo. Iba negándose la compasión que ese niño comenzaba a despertarle. Sabía que a partir de ese sentimiento se encariñan las personas. Comparó entonces la vida de Rogelio con la propia, llegando a la conclusión de que todas las infancias son desdichadas y que la piedad es un sentimiento detestable. Para ahuyentarla, hizo sonar con estridencia una campanilla, ordenando a Valentina que al día siguiente, a primera hora, barriera de la vereda los papeles, paja, cartones y demás desperdicios de la mudanza.

Mirando hacia el pasaje, pensó que ahora, por las noches, no se vería interrumpida por la oscuridad de la casa «E» la larga sucesión de ventanas encendidas.

Como las restantes, la casa que alquiló María Carter ocultaba, tras su frontis prolijamente estucado, la miseria interior. El revestimiento imitaba bloques de piedra que se interrumpían en aplomados perfiles, para dar cabida a los marcos y alféizares de las angostas ventanas. La puerta exhibía a los costados un par de pilastras de mármol reconstituido, en cuyos capiteles se apoyaba un mezquino arco de medio punto.

Cruzando la mampara, sobrecogía la oscuridad de ese recinto. Era necesario encender luces a toda hora. El empapelado de color ocre mostraba, en las marcas que habían dejado los cuadros y muebles de

anteriores arrendatarios, su tono original. Se ignoraba si pertenecía a la casa, o quedó allí abandonado, un enorme paragüero con espejo que ocupaba casi todo el recibo.

La única claridad la proporcionaban dos pequeños patios de luz, ubicados, uno junto a la caja de la escalera y el otro, al fondo de la vivienda, cerca de la cocina. En este último lavaban y tendían, y bajo el pavimento existía un subterráneo guardado por una maciza tapa de madera provista de una argolla.

La escalera que llevaba al segundo piso se torcía en una cerrada curva, y sus primeros peldaños ostentaban parches de hojalata, con los que habían tapado algunas cuevas de ratones. Arriba, a un diminuto pasillo, se abrían las puertas de los dormitorios. Dos de ellos daban al pasaje y el otro, situado sobre el patio de luz de la cocina, enfrentaba al único baño de la casa, que en contraste con la mezquindad de las habitaciones, era sumamente espacioso, proporcionando este hecho un argumento irrefutable a la señora Margarita cuando quería justificar el alza del alquiler:

— ¡Ya me quisiera yo una sala de baño como la de ustedes! — afirmaba.

La llegada de los nuevos arrendatarios normalizó la vida del pasaje.

La señora Carter contrató de inmediato una cocinera, bajo el compromiso de que llevara a Rogelio por las mañanas a la escuela.

— La he tomado, entre otras cosas, para que atravesase con el niño la Alameda — explicaba.

Tal vez porque María Carter había pasado su juventud en la provincia de Antofagasta, o bien porque su naturaleza excitable encontró aliciente en el peligroso tránsito de esa avenida, es que hacía tantos aspavientos para cruzarla. Giraba angustiada la cabeza en todas direcciones, y cuando veía que la calle quedaba desierta, corría a refugiarse en los jardines de enfrente. Toda esa operación la efectuaba blasfemando en términos poco usuales en una dama. Le ocurrió más de una vez no alcanzar la orilla opuesta, permaneciendo rezagada en medio de los bulliciosos vehículos, sin poder moverse, lívida, aterrada, mientras el pelo, a causa de las ráfagas, parecía desprendérsele del cráneo. Esto le sucedía cuando, no habiendo calculado acertadamente las distancias, gritaba a Rogelio:

— ¡Ahora!

El niño, a quien disgustaba que ella lo cogiera de la mano, forcejeaba para soltarse. Esa pequeña contienda retardaba la acción. La madre, indignada, cruzaba sola, e irremediablemente quedaba presa entre los veloces automóviles.

El espectáculo era tan ridículo que el hermético rostro de Rogelio se distendía, dibujándose en sus labios una sonrisa imperceptible. Una vez pasado el incidente, atravesaba la calzada con tal aplomo y compostura, que ella, aunque admiraba su serenidad, lo recibía con gritos y amonestaciones.

Estos altercados sucedían a diario, ya fuera con la madre o las sirvientas, las que terminaron por llegar a un acuerdo con Rogelio, mintiendo cuando, de regreso de la escuela, la señora Carter indagaba sobre el cruce de las calles. Sin embargo, en una ocasión, una empleada nueva que no aceptó la complicidad en que habían caído las anteriores, provocó un lamentable suceso. Se trataba de una mujer de cierta edad, afín a la señora Carter, a quien servía de manera incondicional. Un tanto deforme, debido a una parálisis, dejaba atrás una pierna al caminar y doblaba con dificultad un brazo. El hecho aconteció durante los festejos de la primavera. Era la costumbre que las personas de todas las edades se disfrazaran. Los universitarios, formando espléndidas comparsas, llenaban la Alameda de carros alegóricos cubiertos de serpentinas, guirnaldas y papel picado. El gentío aplaudía al paso de estos vehículos que, rivalizando en ingenio, intentaban obtener los galardones que otorgaban los jueces. Sobre el entablado de los carros, los ruedos de damas de honor se ubicaban en endebles graderías, verdaderas torres de mujeres que remataban en una lejana reina, que, empuñando solemnemente un cetro, empleaba su otra mano no tanto en saludar, como en afirmarse.

Rogelio, como todos los niños del pasaje, se sintió en la obligación de lucir un disfraz para esa fecha. Su madre pensó que si le confeccionaba uno de Pierrot, podría, una vez terminadas las celebraciones, utilizarlo como pijama. El niño se negó a tal cosa, y decidió que ese día no saldría a la calle. La señora Carter, mujer convencional, consideró como un fracaso el hecho de que su hijo permaneciera en casa mientras los demás niños se divertían.

Intentó entonces por todos los medios persuadir a Rogelio de que nadie descubriría el pijama oculto en el disfraz de Pierrot y que, una vez descosidos los grandes botones forrados y la gorguera, sería

imposible reconocer en la prenda nocturna el atuendo de fantasía. La negativa del niño se mantuvo inalterable. Incluso la madre irrumpió una mañana en la escuela, y mientras la maestra daba la espalda a los alumnos para escribir en el pizarrón, ella, asomada a la ventana y provista de un costurero, silbaba a su hijo para que acudiera a tomarse las medidas. Aun cuando la mayoría de los alumnos miraban desconcertados a esa señora que, decepcionada, hacía toda suerte de musarañas, Rogelio seguía copiando en su cuaderno, sin darse por aludido.

Una vez que la señora Carter se convenció de que su hijo no sería un Pierrot más, se dedicó a solucionar de otra manera el problema. Recordó que una amiga le había enseñado en una ocasión un baúl con disfraces antiguos y, sin decir nada a nadie, se dirigió a su casa. Por la noche, regresó ufana con una enorme caja bajo el brazo. Jadeando y enjugándose la frente, la lanzó sobre la cama. Cuando adoptaba modales demasiado groseros, significaba que estaba satisfecha de sus actos.

— ¡Ahí lo tienes! ¡El mejor disfraz de Santiago! — exclamó.

Rogelio, apoyado contra el respaldo de la cama, a causa de su orgullo se negaba a levantar la tapa, aunque su curiosidad era irresistible.

— ¡Ábrela, qué tanta cosa! — dijo ella, haciendo saltar lejos la cubierta de cartón.

El niño no pudo disimular un gesto de profundo agrado.

Se trataba de un maravilloso traje del siglo XVIII, negro, lleno de pasamanerías de oro, encajes, peluca, medias de seda, lazos, guantes e incluso un pequeño bastón con empuñadura de plata.

— Es una réplica de uno que usó el Conde de la Conquista — agregó la señora Carter, repitiendo lo que le había dicho su dueña.

Las piezas del traje le sentaron a la perfección. El justillo, todo bordado de flores doradas y ocre, le ceñía su bien formado torso, y el brocado negro hacía resaltar sus facciones regulares, adivinándose el rubio de sus cabellos bajo la cuidada peluca, atada la coleta con una cinta de raso.

— ¡Eres un príncipe! — reconoció la madre, no sin antes vanagloriarse de su memoria y de la diligencia que había hecho posible que él pudiera exhibir tan extraordinaria vestimenta.

— Te queda pintado. Ni que te lo hubieran hecho a la medida — agregó luego, sacudiéndole los hombros y haciéndolo girar lentamente frente al espejo.

La satisfacción de Rogelio no tenía límites. Nadie podría competir con él. Ni siquiera ese niño de la casa del fondo, quien le había mos-

trado, no hacía mucho, un trajecillo de paje de mangas acuchilladas, con una pluma blanca en el bonete.

Desde las casas del pasaje se escuchaba ese día el bullicio de los primeros carros alegóricos que se arrastraban pesadamente hacia la Estación Central.

La señora Carter ayudó a vestir a su hijo. Los niños del vecindario, convertidos en inofensivos bucaneros y pintarrajeadas gitanillas, aguardaban a Rogelio. Éste no se imaginó siquiera que su madre le impondría la sirvienta contrahecha para acompañarlo. Cuando se lo comunicó, Rogelio pensó que en medio de la muchedumbre lograría escabullirse y perderla de vista.

En cuanto salieron, la mujer lo cogió firmemente de la mano, y como la tenía defectuosa, al querer retenerlo le clavaba las uñas.

— ¡Déjame! — gritó el niño, viéndose prisionero.

Ella no respondió, tironeándolo con violencia. Al llegar junto a los carros y en medio del gentío, la situación se hizo insostenible. La mujer no le dirigía la palabra, obstinada en cumplir con lo que consideraba su deber. Rogelio, por su parte, se sentía sujeto a un ser que afeaba con su cojera y su rostro de mejillas flácidas su atuendo cortésano. Al atravesar la Alameda, ella, para hacerse respetar, redobló su maltrato, llegando aun a golpearlo.

Un transeúnte que presenciaba los hechos tomó a la empleada de un brazo, reprendiéndola con dureza. Rogelio una vez libre, recogió del suelo la peluca, y esgrimiendo su bastón, le dio varios golpes, lo que hizo que ésta, indignada, lo arrastrara de vuelta a casa. Al llegar, anunció a su patrona que dejaba el empleo.

Esa decisión dio lugar a que la señora Carter abofeteara a Rogelio, mientras le sacaba a tirones el traje. El disfraz fue devuelto esa misma noche. Oculto entre sus prendas, iba el bastón hecho pedazos.

Así como la señora Carter tomaba tantas precauciones para atravesar una calle, dejaba de hacerlo cuando se trataba de cruzar su propia vida. Su temperamento nervioso, aprensivo hasta la demencia, y la aspereza de sus modales, curiosamente se dulcificaban por las noches, volviéndose una dama irreconocible, de acentuadas tendencias románticas. Gustaba sentarse al crepúsculo en un sillón de mimbre, junto a la ventana de su pieza, y recitar los trozos más célebres del libro *Las cien mejores poesías*. Cuando el cielo perdía claridad y dejaba ver el titilar de

las primeras estrellas, como piquetes en una vieja cortina, comenzaba a suspirar una y otra vez, rito con el que cambiaba de personalidad. La persecución incesante que ejercía sobre la cocinera o sobre Rogelio, sus regaños por cada cosa, cesaban de golpe al caer la tarde, y entonces tomaba una actitud lánguida, ajena a lo cotidiano, interesándose sólo en el encuentro del amor a través de una aventura. Canturreando rancias melodías, se encerraba en su cuarto, olvidados totalmente los deberes de la casa.

Rogelio comía en la cocina, y luego, desde su dormitorio, escuchaba tras la puerta cerrada del de su madre esos cantos y declamaciones que de pronto se interrumpían para continuar en sugestivos silencios que hacían al niño imaginar cantidad de alternativas perversas. Tentado estuvo siempre de espiar por la cerradura, y la vez que lo hizo, guardó una imagen imperecedera. Estaba ella sentada ante el peinador, desnuda hasta la cintura. La visión de los senos blancos y de los pezones lo hizo retroceder espantado.

A veces la madre suspendía su monólogo para gritar a través de la puerta:

— ¿Apagaste la luz, Rogelio? No olvides que debes levantarte temprano.

Si en sus aventuras nocturnas alternaba con militares o marinos, solía alterar los términos de esta orden y decirle:

— ¡Recuerda, mañana la diana es a las ocho!

El niño, de espaldas en su cama, sin poder conciliar el sueño, aguardaba atento a que ella abriera la mampara y se lanzara a la calle. Luego de escuchar el estrepitoso golpe de la puerta, un leve y persistente olor a perfume que emanaba del cuarto vacío de su madre penetraba en el suyo.

Las horas se hacían interminables. Para facilitar su regreso, ella dejaba encendida la luz de la escalera, que en ese silencio, al iluminar los muebles y muros desde otro ángulo, acentuaba aún más la soledad en que quedaba la casa.

Cuando alguien deja, al irse, luces encendidas, notifica su ausencia de manera patética. Sobre todo si son aquéllas que usualmente no se ocupan, como ocurre con las de las entradas, los corredores, las terrazas. La iluminación destinada al que regresa hace sentirse a los que permanecen, más aún si se trata de un niño, inmersos en un lugar irreconocible. La bujía de la escalera mostraba los muebles y objetos desprovistos de sentido, reclamando éstos la presencia de esa mujer y

de la iluminación habitual para que les restituyeran su verdadera apariencia.

Rogelio, desvelado, el oído atento a los pasos de la señora Carter sobre los baldosines del pasaje, aguardaba interminables horas, entre-gándose muchas veces a orar, invocando vírgenes y santos de nombres significativos, que pensaba se la devolverían pronto. Lo más apropiado le parecía encomendarse a la Virgen del Perpetuo Socorro. Hincado sobre la cama, las manos juntas, encontraba que no había santo en el cielo que tuviera tanto poder como ella. Al apretar los ojos retenía la luz de la bujía, y entonces veía fugaces resplandores que imaginaba eran respuestas celestiales a sus demandas.

Avanzada la noche, regresaba la señora Carter. Sus zapatos resonando en la acera se escuchaban cada vez más fuerte al ingresar en el pasaje. A Rogelio no le cabía la menor duda de quién se trataba. Una gran paz lo invadía al oír la llave en la cerradura de la puerta, luego en la mampara y finalmente al sentirla subir la escalera. Daba la impresión de que llegaba acompañada de alguien, por el alboroto que hacía.

Envuelta en su apolillada estola de pieles, que luego arrastraba por los peldaños, iba recitando, algo ebria, poesías y arengas militares:

*Entonces el capitán, viendo
que la embarcación se hundía,
lanzó el postrer cañonazo.*

Este último verso coincidía siempre con el portazo con que cerraba su pieza y las carcajadas que allí se seguían.

Rogelio, tranquilo, se dormía. A veces ella olvidaba cerrar la puerta y continuaba sus desórdenes e interminables parloteos por teléfono, que concluían con la frase «amor mío», a un nombre cada vez distinto.

Por las mañanas, frente al lavatorio, Rogelio miraba a su desali-nada madre a través del espejo, y mientras ella lo reprendía por su retraso, él, sumergiendo la cabeza en el agua, intentaba lavar los recuerdos de la noche anterior. Destilando, la alzaba y fijaba nuevamente los ojos en ella, traicionando con éstos lo que disimulaba su rostro impávido. La señora Carter, rápida en esquivar su mirada, seguía con sus reproches, apremiándolo para que llegara puntualmente a clases.

De su padre, Rogelio sabía muy poco. Era éste un hombre de tez morena que, por lo inconstante de sus visitas, daba la impresión de que se aparecía como el genio de la lámpara de Aladino, cuando iba a visitarlos. Alto, siempre vestido de oscuro, calvo, con un sinnúmero de protuberancias en el cráneo que, según aseguraban los niños del pasaje, se debían al alcohol, su risa contagiosa surgía con mucha espontaneidad, humedeciendo sus grandes ojos pardos, cuyo blanco hacía juego con la impecable dentadura, destacándose ambas claridades de la masa opaca del rostro, el cuello, las manos y un inseparable abrigo negro que había adquirido con el uso, como el frac de un libertino, reveladores visos verdes. Por esta razón, su dueño, haciendo mofa de sí mismo, lo llamaba cariñosamente «mi sapo».

En cuanto Rogelio lo veía venir, recortado por el amplio arco del portón, se crispaba entero. La voz sonora del padre, los enormes brazos que no cesaban de agitarse y la manera bulliciosa con que lo requería, hacían que su hijo, avergonzado, lo evitara.

—¡Llegó «el tío Víctor»! — gritaba, lanzando una estruendosa carcajada. El mismo se denominaba «tío», para alejar de ese niño rubio en algo el parentesco.

—¡Un beso al tío Víctor! ¡Un beso al tío Víctor! —reclamaba, a sabiendas de que Rogelio no se lo daría jamás. Esta manera de pedir, frunciendo de manera ridícula los labios, le hacía tanta gracia que redoblaba sus payasadas frente a su hijo. Antes de entrar en la casa los niños del pasaje lo rodeaban, y él, sacando mil y un embelecocos de sus bolsillos, acaparaba su atención. Hablaba de la Guerra del Pacífico, de las historias del «general Baquedano»; hacía desaparecer y aparecer monedas entre los dedos y pintábase en las uñas rostros de bailarinas y calaveras, que vestía con un pañuelo. Distorsionaba asimismo la voz, y estos diminutos personajes mantenían prolongados diálogos con los niños, en tanto Rogelio poco a poco se escabullía hacia el interior de la vivienda. A medida que el bullicio iba en aumento, la esposa abría una de las ventanas del segundo piso para llamarle la atención, y él, obediente, luego de mirarla con toda la ternura de que es capaz quien comprende que, a pesar de su amor, no puede pretender realizarlo, dando explicaciones a su pequeño auditorio, ingresaba en la casa.

Había sido éste uno de esos matrimonios que no requieren de la ruptura para darse por concluidos. A los pocos meses de convivencia,

él prosiguió sus vagabundeos, como de costumbre, y ambos olvidaron el compromiso. Rogelio era todo su orgullo. Comprendía el padre, sin embargo, que sobre ese hermoso niño no podía reclamar ningún derecho, menos aún reciprocidad en el afecto. De allí que resolvió denominarse «tío Víctor».

La señora Carter apenas lo consideraba. Lo único que tenían en común era un viejo Chevrolet color sepia que ella se comprometió a guardar en el garaje de un conocido que vivía a dos cuadras de allí. Obviamente, ella ocupaba el automóvil por las noches, sin el consentimiento de su marido, quien no lo hacía por falta de dinero para gasolina y desánimo en renovar su licencia. Este desinterés no le impedía, no obstante, acudir de vez en cuando a revisarlo. Por las diferentes posiciones dentro del garaje, y las colillas diseminadas en el interior, se percató de que su mujer lo sacaba a escondidas. Si bien es cierto que no le afectaba mayormente este hecho, se sentía en la obligación de hacérselo notar. Último y débil vestigio de su antigua autoridad conyugal.

—María, el Chevrolet está pasado a cigarrillos rubios —reclamaba en voz baja.

—¿A qué? —respondía ella, distanciando en su pronunciación estas dos palabras, como para advertirle que no continuara con el asunto. Lo de los cigarrillos rubios lo decía él con toda intención, insinuando que debían ser señoritos muy remilgados los que conducían su automóvil, ya que, a su parecer, los cigarrillos negros eran más apropiados a un hombre.

Si la visita se prolongaba, la señora Carter no le permitía dormir en el segundo piso, y él, cargando un colchón que destinaban a los alojados, preparaba su cama en el suelo, junto a la mampara.

A veces, Rogelio escuchaba a su madre regañar cuando, de vuelta de sus andanzas, al intentar abrir la puerta, la encontraba atascada por el lecho improvisado en que dormía su esposo.

Durante esas noches, Rogelio no sentía el temor habitual. Y si en invierno arreciaba el frío, en esa casa que, a causa del muro del pasaje, jamás recibía el sol, el padre se desprendía de su abrigo para cubrirlo, susurrándole con mucha ternura:

—Con el «sapo» te sentirás más calentito —lo que, dado lo grueso de esa tela, era efectivo.

Sólo dos o tres noches permanecía junto a la puerta de entrada ese inconstante y tierno guardián, para luego desaparecer por mucho tiempo.

El dinero en ese hogar resultaba insuficiente, y la señora Carter, que sólo se ocupaba en las labores de su casa y que subsistía gracias a los dividendos de unas acciones heredadas de sus padres, se veía muchas veces en la necesidad de vender algún objeto para aumentar sus exiguos ingresos.

Esto la obligaba a colocar anuncios en los periódicos, y luego aguardar durante el fin de semana a los presuntos compradores. Rogelio se había habituado a los regateos de su madre y a las expresiones de euforia cuando ella afirmaba haber logrado mayor precio del que realmente valían las cosas. Alegría fingida que ocultaba el fracaso que en el fondo le significaba recurrir a los enseres del hogar para comer.

En el descanso de la escalera había un antiguo arrimo con cubierta de mármol y soporte dorado que, en una ocasión en que se necesitaba dinero con urgencia, la señora Carter decidió vender. No obstante los avisos aparecidos en los periódicos del sábado y domingo, no acudió nadie. Eran ya pasadas las diez de la noche del lunes, y ella, pensando vender algo menos inútil, ordenaba la cena en la cocina, cuando sonó el timbre:

— ¡Abre tú, Rogelio! ¡Capaz que sea algún cliente! — exclamó, dejando presurosa su delantal en manos de la sirvienta.

El niño abrió la puerta y enrojeció vivamente al encontrarse ante un discípulo muy atildado, a quien acompañaban sus padres.

— ¡Hola, Rogelio! — exclamó éste, quitándose la hermosa gorra de paño con que se cubría.

— ¿Qué tal? — repuso el niño débilmente, dejando a la señora Carter continuar el diálogo.

La madre del compañero, envuelta en un perfumado abrigo de pieles, y el elegante señor que retenía a su hijo de la mano, subieron haciendo crujir los viejos peldaños de la escalera.

Rogelio aguardó abajo, en el vestíbulo en sombras. Al descender los padres y el niño, desengañados, manifestaron interés en adquirir, en vez del arrimo, dos figuras de porcelana que había sobre la repisa del paraguero. La señora Carter se excusó de venderlas, arguyendo que eran recuerdo de familia, y en cuanto se marcharon, las subió con sumo cuidado para colocarlas en su dormitorio.

En el colegio, durante los recreos, Rogelio evitó siempre el trato

con ese niño, y éste, por su parte, supo entender aquella actitud, no haciendo jamás una alusión a tan penoso hecho.

El patio junto a la escalera no tenía más de tres metros por lado y acumulaba una luz mortecina que filtraba el techo de vidrios empavonados, y que luego se esparcía a través de la puerta y las ventanas que daban al pasillo, rescatando apenas de la penumbra los objetos y muebles que allí se encontraban.

Era este patio un cubo de luz que sólo se abastecía a sí mismo, no cumpliendo la función para la que había sido ideado: iluminar ese sector de la casa. El piso de baldosas en relieve tenía al centro una tapa de fierro calado por donde se escurría el agua. La oscuridad del pasillo y la pequeña bodega lateral, en la que jamás entraba la luz, el gris de los muros y el polvo sobre los cristales, daban a todo ese lugar un tono monocromo, descolorido. Sin embargo, allí donde nunca un rayo de sol encendió vivos colores ni destacó finos materiales, una riqueza mayor se lograba, como si ese tamiz que era el patio, destinado a iluminar sólo la miseria, premiara a ese recinto, imprimiendo a cada objeto del pasillo, a los viejos utensilios, la loza, el pan que ahí se guardaba, los implementos del aseo y numerosos tientos y macetas, un peso, una calidad y una presencia casi sagrada.

Su hermosura era incomparable. Lo superfluo no tenía allí lugar. Aquella iluminación regida desde lo alto, con variaciones imperceptibles de intensidad, eximía al patio de las alteraciones violentas del día, confiriéndole a éste y a sus vecindades la inasible condición intemporal.

Apoyado, pensativo, contra el marco de la puerta que comunicaba con el patio, Rogelio adquiría esa palidez, y su pelo rubio, sus ojos azules y su inseparable chaleco encendido se desteñían, tomando él, gracias a su inmovilidad y a la pobreza circundante, la apariencia de un ángel.

Por algunos meses convivió con la familia una joven tísica que, a cambio de un plato de comida, se ofreció a bordar un interminable y complicado mantel de hilo que la señora Carter ambicionaba. Venía de un hospicio y, según aseveraron las autoridades del establecimiento, se encontraba ya recuperada y en condiciones de trabajar para ganarse el sustento. Se llamaba Sofía y la enfermedad había descolorido su tez morena, circundando con profundas sombras sus pó-

mulos y la cuenca de los ojos, los que, a pesar de ello, mantenían un brillo extraño.

Cosía en el corredor, cerca de la cocina, frente al patio, cabizbaja, extendiendo la pieza de hilo sobre una mesa forrada en papel que la señora le había preparado. Sus manos blancas no se detenían ni un segundo, mostrándose prolijas ante tanto paño por bordar, diseñada con tiza la ornamentación que debían calar y ribetear con hebras finas. Sofía era joven y Rogelio la encontraba hermosa, demostrándole con su compañía y silencio que valoraba como nadie su ardua labor. Ella, cubriéndose la boca con el dorso de la mano, ahogaba los continuos ataques de tos. Por las tardes, en cuanto dejaba la casa, la señora Carter abría ostensiblemente la puerta del patio para ventilar ese recinto que, aseguraba, había quedado infestado. También hacía hervir los platos y cubiertos que ella ocupaba.

Las atenciones de la señora para con Sofía fueron disminuyendo a medida que el mantel avanzaba. Pesado, hermoso, adquirió sobre esa mesa de trabajo, y no en otra, la calidad maravillosa de todo lo que tocaba la luz del patio, tan enferma como la bordadora.

Una tarde de domingo en que Rogelio permanecía sentado en el escalón de la puerta, observando distraído cómo los niños del pasaje se deslizaban sobre patines o jugaban con sus pelotas de goma frente a las fachadas, vio venir a Sofía con una vieja caja de mandolina. Hacía meses que el mantel estaba terminado.

Por sobre el muro, un cielo bermellón daba un tinte encendido al lugar, intensificando el verdor de las hojas mustias de los acantos.

La caja era de madera muy barnizada y la mujer la sostenía por una manilla de bronce. Sin decir nada, se inclinó junto al niño y descorrió el pestillo de la tapa. En el fondo, agazapado, un pequeño conejo plegaba sus orejas contra el lomo. Era blanco y temblaba. Rogelio lo sacó y condujo al patio de luz, en medio de los regaños de la señora Carter que ahuyentaron a Sofía, quien, al cruzar el portón del pasaje, dio la impresión de una sombra que se sumaba a otras en medio del bullicio callejero.

2.

El arco del portón, visto desde el pasaje, tenía la apariencia de un escenario donde obras anónimas y actores desconocidos se exhibían sólo por un instante. Vendedores con cestas forradas en cartón, ciegos de quienes se decía que veían, mendigos inmensamente ricos según el comentario de los niños. Toda una cáfila de ociosos que, al ingresar en ese recinto, albergaban la ilusión de obtener algo de esas doce puertas alineadas.

A veces los acontecimientos callejeros superaban en desorden al que por las tardes hacían los niños.

En más de una ocasión, vio Rogelio a transeúntes gritando, perseguidos por destacamentos de caballería, lanza en ristre, que hacían resonar el pavimento bajo sus herraduras, o bien microbuses con los vidrios rotos, repletos de heridos, custodiados por carabineros. Bajo el gobierno radical fueron dominados unos disturbios frente al Club de la Unión y en la Alameda. Los manifestantes, brutalmente reprimidos por la fuerza pública, buscaron refugio en las calles San Martín, Riquelme y Manuel Rodríguez, mezclando sus consignas con el bullicio del tránsito, los disparos y las bombas.

Como era costumbre en esos casos, la señora Margarita mandó cerrar apresuradamente la reja. Esta vez la orden no se pudo cumplir. Los huelguistas hacía rato que ocupaban la calle. Rogelio se vio envuelto entonces en una turba desesperada que ingresó en el pasaje, seguida de cerca por los coraceros, decididos a arremeter con sus sables desnudos. Las bestias subían y bajaban de la vereda, en medio de los automóviles. Milagrosamente, uno de los vendedores ambulantes tomó a Rogelio por la cintura y huyó con él calle abajo hasta un almacén, cerrando violentamente la cortina metálica. Atemorizado, oculto tras unos sacos de legumbres, el muchacho escuchó el golpe de las piedras contra los muros y las puertas, los gritos de las víctimas y el resbalar de los cascos. Varios niños del pasaje había allí, junto al almacenero y su familia.

La señora Carter, fuera de sí, juraba «en cruz», como ella decía, hincada en la cocina y abriendo los brazos:

— ¡Juro por la memoria de mi padre, que está en la tumba! — y luego se ponía a llorar de manera tan estridente que, más que emocionarse, aterraba.

Al salir del almacén, vislumbró Rogelio en la Alameda fogatas y

jinetes que galopaban veloces ante ellas, volviéndose oscuras siluetas como recortadas en papel.

Los hechos de la vida callejera se sucedían en ese luminoso escenario sin respetar orden alguno, mezclándose en él los temas y los protagonistas más disímiles.

Sobre las imágenes, aún presentes, del hacinamiento de víctimas que el humo de la pólvora y las fogatas dejaban entrever, o las horribles escenas de agresión de jinetes contra civiles, estampas todas éstas imborrables, aun cuando ahora la calle aparecía despejada, se superponían otras de igual relieve. Doblando la misma esquina por la que una semana antes huyera ese puñado de manifestantes, se veía venir un grupo de pacíficos devotos seguidos por un gentío, cargando sobre sus hombros un anda en que llevaban una imagen de la Virgen, que por estar firmemente adherida a la plataforma, imitaba los vaivenes de ésta. La perfección de la talla, el modelado de los rasgos, la brillantez de los ojos, la dulzura de su expresión, el rico atuendo y la actitud conciliadora de las manos, desconcertaban al mostrar su cuerpo tanta rigidez, pareciendo que a cada tropiezo de los que la cargaban, era ella la que perdía el equilibrio.

La señora Margarita invitaba para esa ocasión a familiares, amigos y a uno que otro arrendatario. Abiertas las ventanas que daban a la calle y al paso de la procesión, agitaban pañuelos en tanto comían a hurtadillas dulces y bizcochos que las sirvientas distribuían con disimulo.

Una vez integrados los Carter al grupo de familias que allí moraban, volvió el pasaje a la rutina.

Los acontecimientos posteriores a los desórdenes callejeros de abril no tuvieron mayor trascendencia, y fueron éstos, para Rogelio, de orden doméstico. A los cuidados que daba a su conejo, al que bautizó como el bufón de *Ivanhoe*, Wamba, hijo del Sin Sesos, siguieron los que prodigó a un pescado que, con gran resistencia de su madre, echó a nadar en un florero celeste de gollete angosto. Las flores talladas en el vidrio sugerían las del fondo del océano. Era este pez una carpa que fue adquiriendo tales dimensiones, que a cada pirueta que hacía derramaba el agua sobre la mesa.

Por las tardes, Rogelio tomó la costumbre de acudir al almacén.

Allí se formaban amenas tertulias, motivadas por el célebre concurso de una fábrica de caramelos, que distribuía unos álbumes para pegar en ellos pequeñas láminas de *Las bellezas de Italia*. Fue la primera vez que oyó hablar de *La Gioconda*, Rafael Sanzio y sus madonas, el lago de Como, la torre de Pisa. Engrudaba en la cocina esas estampas, y cambiaba por algunas que le faltaban aquéllas que en los sobres venían repetidas.

Los sucesos más sobresalientes de ese período, sin embargo, los ocasionaron algunos visitantes nocturnos: ratas y pericotes que armaban mucho barullo por las noches, cuando desbastaban la pata de un mueble o los peldaños de la escalera. La señora Carter daba grandes gritos, y a veces tuvo la suerte de tener a su lado al «tío Víctor», quien, premunido de una escoba, perseguía a los roedores. Somnolientos, aguardaban madre e hijo a que los chillidos y golpes devolvieran el silencio a la noche. También se contaban entre los intrusos a los fantasmas. Aconteció más de una vez que una de las cocineras de turno, imposibilitada de dormir por las «macabrerías» que según ella le hacían esos espíritus malignos, acudiera al pie de la escalera para denunciarlos a la dueña de casa.

—Señora, aquí es terrible como «penan» —reclamaba.

La madre de Rogelio, no sabiendo cómo resolver esta situación que rebasaba su poder, asentía con la cabeza, en silencio, grave y molesta, sin dudar ni un momento que la afectada había visto esas espeluznantes escenas.

La sordidez de ese angosto recinto, la hilera de viviendas contiguas, el portón de rejas, el enorme muro, la casa de altos, las escuálidas plantas, guardaban cierta similitud con los ambientes que Rogelio veía en los filmes de aventuras de los cines del barrio. De vuelta de presenciar las discordias entre Luis XIII, Richelieu y los mosqueteros, e ingresar donde vivía, se percataba de que allí era posible que continuaran su encarnizada lucha D' Artagnan y sus amigos. Creía ver en los corredores en penumbra a los personajes históricos que la cinematografía ha escogido para deleite de la imaginación. La silueta altiva y serena de María Estuardo camino del cadalso, escondiendo un perro de aguas entre sus ropas, o las carcajadas de Enrique VIII, manos en jarra copia fiel de los retratos de Holbein. Luis XVI, rodeado de sus familiares en el Temple, tallando minuciosamente un juguete de madera para el Del-

fin. César Borgia, ajustando cuentas a un *condotiero*; Hamlet, deambulando, la razón perturbada; Julio César, desoyendo a Calpurnia antes de acudir al Senado; o aquel príncipe gitano encarnado por Orson Welles, que atravesando escombros y puertas destrazadas, subía solemne las escaleras vacías del palacio, cruzaba el patio adoquinado y, en fin, vagaba por las estancias no resolviéndose a depositar en ningún lugar seguro el cadáver de su amada.

De no haber irrumpido violentamente en la casa «E» la señorita Perla Muro, ésta se habría llenado de ratas, fantasmas y una galería de personajes legendarios, cada uno con un destino más patético que el otro. Pero la llegada de esa amiga íntima de la señora Carter trajo grandes cambios a la familia.

Era esta mujer más bien maciza, de piel muy blanca y ademanes rápidos, moviendo con agilidad su voluminoso físico. Llevaba los cabellos sueltos y largos, llenos de rizos alrededor de su rostro ancho de ojos diminutos, de color impreciso. Sabía, por medio de polvos y afeites, disimular un tanto el largo de su nariz, la que terminaba a escasa distancia de su boca grande, siempre sonriente, nunca completamente cerrada. Las manos se movían con tal independencia que se pensaba podían girar en redondo, como las de las muñecas de goma. Vestía en forma extravagante, y sus trajes, por lo general oscuros, muy ceñidos, seguían, como tapiz de mueble, todos los accidentes y sinuosidades de su cuerpo. Los pechos eran imponentes y ella los exhibía rebajando el escote, estableciendo un límite impreciso como el de tierras en litigio. Hablaba sin interrupción de mil y un temas, la mitad verídicos, los otros fantasiosos. Reía de manera contagiosa y estaba dispuesta al llanto en cualquier momento. Los cigarrillos se sucedían sin ningún intervalo, encendiendo uno con el otro y dejando cenizas por todos lados, menos en los innumerables ceniceros que, como hitos de un camino, había diseminados por toda la casa. Quemaba colchas, manteles, fundas, alfombras, vestidos. Siempre estaba apagando un amago de incendio. Estableció su centro de operaciones en el dormitorio de la señora Carter, en su cama de matrimonio, junto al teléfono, el que no dejó de funcionar día y noche. Instalada allí en enaguas, cubierta con una manta y premunida de una diminuta libreta de anotaciones, interfería en la vida de una gran cantidad de personas. A través del humo de la habitación, Rogelio, silencioso, observaba la actividad febril de

esta mujer, secundada por la señora Carter, a quien la risa hacía palpar las aletas de la nariz. Los chistes, los naipes sobre la cama, el infaltable vaso de cinzano y el teléfono repicando sin cesar, eran su vida. El naipe desempeñaba sólo dos funciones: la de desplegarse en un gran rectángulo sobre la frazada para completar un solitario con mucho diálogo, o la de sacar la suerte. En esto era Perla Muro una experta. Sabía cambiar su aterciopelada voz cotidiana por un tono sordo, lleno de sugerencias, cayendo en estudiados trances de los cuales le resultaba difícil regresar. Cuando daba por terminada la sesión, lanzaba lejos la baraja y con mucha teatralidad pedía un vaso grande de cinzano con hielo, y música. Poseía un nécessaire repleto de discos a la moda, y uno que se titulaba *El corral* la hacía entrar en tal estado de nostalgia que sólo un baño de agua caliente con sales, como ella exigía, era capaz de volverla a la existencia. A Rogelio lo llamaba «mi marido», y a pesar de haber convertido esa casa en un tugurio, tenía para con el muchacho variadas muestras de afecto. En una ocasión lo llevó al cine, haciéndolo sentirse todo un hombre al introducir su brazo bajo el suyo. Rogelio cruzó la calle Huérfanos con una de las mujeres más llamativas de Santiago. Eran las tres de la tarde y Perla vestía un traje negro de raso brillante, medias caladas, zapatos de tacos como agujas, cartera con cadena y tantas joyas al cuello y pintura en el rostro, que resultaba imposible dejar de mirar a tan increíble pareja.

A donde iba firmaba vales, y cuando se instaló en la casa de los Carter inquirió por el nombre del almacenero, del librero, el tintorero y el resto de los comerciantes. Luego los visitó, se hizo su indispensable confidente, les sacó un par de veces el horóscopo, la suerte, y comenzó a pedir crédito. Llamaba por teléfono para hacerse llevar los cigarrillos, los licores, los cosméticos. Los repartidores permanecían apoyados en sus triciclos, las cabezas levantadas y fijos los ojos en Perla, quien, desde la ventana, continuaba con las promesas y saludos para sus respectivos patrones.

Era ella una prolija costurera, y con la señora Carter instalaron una máquina portátil de coser sobre la cama. Allí ambas mujeres diseñaban y cosían las prendas que lucirían por la noche. Perla sabía transformar cualquier cosa. Persuadió a la señora Carter de que su ajuar estaba pasado de moda, y entonces las dos confeccionaron con él una colección de trajes estrafalarios que incitaban la burla y compasión de los demás. Los perfumes de olor pesado no podían faltar, y en partes tan inusuales como en los codos y tras las orejas. De continuo hacían

mandas a los santos para satisfacer algún deseo, dejando velas prendidas por todos lados.

La cocinera no alcanzaba a comprender su nueva situación, porque antes de que se diera cuenta de que durante el día había acudido al dormitorio treinta veces para cambiar la bolsa de agua caliente, llevar tazas de café con ron, ir en busca de fósforos y cigarrillos, y otras tantas exigencias menudas, se encontraba, ante el espejo del ropero, repleta de alfileres, sirviendo de maniquí para los vestidos de las señoras, o sentada al borde de la cama escuchando embelesada lo que de su porvenir revelaban las cartas, no sin antes haber escogido entre «piedra» u «ópalo», pregunta indispensable con la que la señorita Perla Muro daba comienzo a sus vaticinios.

La señorita Muro era además una lectora empedernida. A toda hora y en cualquier lugar estaba ante un libro abierto, hábito que en poco tiempo debilitó su vista, viéndose en la obligación de usar unos anteojos de gruesos cristales que suavizaban un tanto su mirada. No seleccionaba sus lecturas, y así, en menos de un par de semanas, devoraba los varios tomos de la obra de Marcel Proust, para luego continuar con viejas revistas como *El Fausto*, encuadernadas por Rogelio en las clases de trabajos manuales. Sólo captaba la frase que estaba ante sus ojos. Lo ya leído se esfumaba rápidamente de su mente, y de este modo, si alguien le cambiaba de lugar la marca, volvía a releer aquello sin darse cuenta. Su memoria tenía la consistencia de la del esquiador, cuya velocidad al descender la pista le obliga a grabar sólo por un instante las diferentes imágenes que percibe.

Esta pasión por los libros no dejaba de ser ventajosa, ya que le permitía no tomar parte en nada que pudiera comprometerla. Cuando algún acreedor se hacía presente, ella estaba absorta en la lectura. Lo mismo sucedía en las disputas entre la señora Carter y su hijo o la servidumbre.

Decía haber llegado a esa casa directamente desde Buenos Aires, ciudad en donde poseía más de la mitad de las acciones de una fábrica de portadocumentos que se denominaba Cuero-Fix. El gerente era un distinguido señor a quien ella llamaba por el diminutivo de Freddy. Esta enorme responsabilidad la obligaba a comunicarse continuamente por teléfono con la capital argentina, para apresurar unos estados de pago pendientes que no llegaban nunca. Cuando se sentía herida, ya

sea porque la señora Carter rehusaba satisfacer algunos de sus caprichos o bien porque la cocinera le ponía mala cara al subir hasta el anochecer con la bandeja, ella invocaba al tal Freddy, significando con ello que en esa casa no la trataban como se merecía la propietaria de una importante industria.

Estaba por cumplirse un año desde que Perla Muro había trastornado ese inestable hogar, cuando la señora Carter advirtió que faltaba dinero de su bolso.

— ¡Me han robado! — repetía, subiendo y bajando las escaleras, mientras todos, imitando al conejo del patio de luz, se encogían atemorizados. Perla volvía con gran velocidad las innumerables páginas de *Por siempre Ámbar*. De pronto, como si el fajo de billetes hubiera caído del techo, exclamó:

— ¡El pescado! ¡El pescado de Rogelio!

La madre, la sirvienta y el niño la miraron desconcertados.

— ¡Él es el culpable! ¿Qué no sabes, María, que los peces en redoma traen mala suerte?

La señora Carter no quiso escuchar más. Caminando con paso decidido, cruzó el corredor del segundo piso, cogió el florero en donde la carpa ya casi no cabía y, sin contemplaciones, lo vació en el resumi-dero.

Perla Muro hundía su nariz, como garza en un pantano, en la ya muchas veces releída página.

El Chevrolet de los Carter, debido a que lo usaban con mucha frecuencia, permanecía constantemente estacionado frente al pasaje. Les resultaba demasiado incómodo a ese par de mujeres ir a dejarlo cada vez al garaje. Nada le podría suceder estando allí a la vista, decían.

Se organizaron continuas fiestas en la casa. Los invitados aguardaban en el primer piso, en tanto ellas, arrebatándose el lugar ante el espejo, se emperifollaban con la esperanza de producir un gran efecto al descender la escalera.

A Perla Muro le gustaban las cenas con candelabros y velas encendidas. Tenía una manera muy especial de decorar la mesa, y lo abigarrado de los adornos casi no dejaba lugar a los cubiertos y platos.

Advertía Rogelio, al espiar desde el corredor, que en el vestíbulo el paragüero soportaba una gran cantidad de gorras y capas militares.

La estridente risa de su madre sobresalía del murmullo de las voces masculinas.

En ocasiones llegaban hasta la casa «E» maletas muy bien aseguradas por medio de fuertes correas y candados. Perla las hacía conducir de inmediato hasta el dormitorio de María, y allí, ante el desconcierto de la criada y el niño, desempacaba cargamentos de contrabando traído por sus amistades desde el país vecino. En pocos días, una multitud de personas hurgaba en esas valijas, disputándose el whisky importado, las radios portátiles, los secadores de pelo y cantidad de artículos que en el comercio local no existían. Toda esa gente en torno de la cama iba, al codiciar las mismas cosas, subiéndoles el precio, considerando una victoria el quedarse con algo que le habían quitado a otro.

Perla no cancelaba sino las cuentas que era imposible eludir. El resto de las ganancias iba a dar a un ruinoso casino clandestino. La ruleta se llevaba el dinero, y a ellas el Chevrolet del señor Carter, que volvía a casa en pésimas condiciones.

Ajeno en cierto modo a estos acontecimientos, uno de los militares que habitualmente las visitaba comunicó a la señora Carter que, por unos negocios, asuntos éstos desde luego mucho menos oscuros que los de Perla, debía hacer un viaje a Buenos Aires. Apenas dio a conocer sus intenciones, la señorita Muro le rogó que tomara contacto con Freddy.

—No sólo es un amigo —aclaró—, sino todo un *gentleman*. Ya verá usted, capitán.

La señora Carter tenía interés en que, en la medida de lo posible, se solucionara la situación de su amiga, que ya vivía con ellos más de un año. La visita del militar serviría para averiguar sobre el gerente y la envergadura de la empresa. No sería extraño, como aseguraba Perla, que este distinguido señor le enviara un cuantioso giro para cancelar sus cuentas y dejar la casa.

En cuanto arribó al aeropuerto, el amigo de los Carter telefoneó a Freddy. Quedaron de acuerdo en juntarse en plaza Lavalle, enfrente del teatro Colón. Allí lo recogería en un taxi a las seis de la tarde. En consideración a su importancia, el capitán llegó puntualmente a la cita. No así el magnate, quien lo hizo con diez minutos de retraso.

Se trataba de un hombrecillo de barba canosa en punta y guantes de cabritilla en muy mal estado, como el sombrero y las polainas. Cubría su diminuto cuerpo un enorme abrigo de corte antiguo. Con ademanes afectados, tomó asiento junto al militar en la parte posterior del taxi, cuyo marcador mostraba ya una elevada suma.

Al ingresar por 9 de Julio para luego tomar la Avenida de Mayo, rumbo al Congreso, este señor preguntó:

— ¿Sabía usted que yo ostento el título de conde?

— No tenía la menor idea — repuso el capitán, distraído, pensando que su falta de efusión ayudaría a su acompañante a no volver a caer en otra extravagancia. Como el tiempo transcurría y no había manera de romper el silencio, el conde indicó al chofer que se detuviera, y bajó del automóvil sin despedirse.

A su regreso a Santiago, el amigo de las señoras no supo cómo explicarles el resultado de su diligencia. Comprendió, eso sí, la señora Carter que la industria Cuero-Fix no había producido ni siquiera un maletín que sirviera para meter en él ese montón de vales y pagarés sin cancelar que la señorita Muro guardaba en su velador.

Desengañada, la señora Carter quiso librarse de su huésped, como lo había hecho antes con el pez del florero. Ya que su amistad se lo impedía, pidió auxilio a su esposo, quien, sin miramientos, la expulsó de la casa. Al cabo de una semana, Perla Muro abandonaba el pasaje para instalarse en un hotel céntrico de la capital. Allí, sin pagar las cuentas, se mantuvo varios meses todavía. Terminado este plazo, salió por el alfombrado recibidor, a través de la puerta giratoria, rodeada de policías.

Recluida en una casa de religiosas, conmovió por su buena conducta y la dedicación permanente que mostró hacia la costura. Poco a poco estos afanes fueron cambiando y entonces enseñó a las reverendas a sacar solitarios, y más tarde les indujo a que conocieran, a pesar de que lo tenían bien asegurado, el futuro que les aguardaba. Bajo un gran ceibo, Perla, junto a las religiosas, volvió a ser la de siempre. A cada momento se veía una hermanita cruzar la iluminada extensión de pasto con una humeante taza de café con ron.

Cuando cumplió su condena, las religiosas apenas la encaminaron hasta la puerta. Ellas nada tenían que hacer en la calle. La reja, al cerrarse tras la señorita Muro, las dejó confundidas con el resto de las prisioneras.

Sucedía en otoño. La calle soleada mostraba a lo lejos un pequeño bulto, que Perla, por su miopía, no alcanzaba a distinguir bien. Cuando se adelantó lo reconoció de inmediato. La bien plantada figura de Rogelio era inconfundible. Resuelto, el niño le tendió el brazo, y mien-

tras ella sollozaba, detuvo un taxi, que con sus ahorros podía pagar, y la condujo donde Perla le indicó.

Al regresar Rogelio al pasaje, su madre le explicó que se desocupaba la casa «B» y que la señora Margarita ya tenía arrendatarios.

— ¡La casa «B»! — repitió Rogelio, sin pensar lo que decía, tan absorto estaba en sus cavilaciones. Nadie sospechaba que durante todo ese tiempo había amado a esa mujer extravagante y embustera. Le encantaban sus cuentos, le atraía la manera audaz con que descalificaba el mundo y, a pesar de ello, lograba sobrevivir. La hallaba fascinante, maltratada por la sociedad, y pensaba en ese provocativo escote que tantas veces deseó quitar para darse al placer de sus caricias. Soñó que con ella se bañaba desnudo en el remanso de un río, a la sombra de unos sauces. Soñó que dormían juntos, y al despertar y no encontrarla a su lado, prometió serle fiel, aunque ella lo ignorara. Cuando fuese mayor le ofrecería matrimonio, evitándole de ese modo la vida de embustes que ahora, por su soledad, se veía forzada a llevar.

A punto estuvo de declararle su amor, mientras aguardaba aquella mañana a que las religiosas la dejaran ir.

— ¡Más adelante! — exclamó en voz alta.

Su madre, creyendo que no la había escuchado, le recalcó:

— ¡No, no más adelante! ¡Es ahora que se desocupa la casa «B»!

3.

La casa «B» no se alquiló sino hasta después de dos meses. La ocupó una familia que, además de vivir en ella, la necesitaba para instalar una fábrica de lámparas. Esta doble función le significó a la señora Margarita un mayor ingreso.

Los nuevos arrendatarios se apellidaban Rosales. La madre, una mujer alta, enérgica, muy rubia, siempre sonriente, era quien conducía el negocio. El padre, en cambio, de estatura menos que mediana, al que le holgaban un tanto los pantalones, exhibía en todo momento un cigarrillo encendido entre los labios y un ancho quepis con la visera vuelta hacia atrás, que sólo le cubría la nuca. Completaba la familia Melania, una niña de hermosos ojos negros como el pelo sedoso que le caía hasta la cintura, y dos operarios con anchos overoles y mal calzados, que trabajaban y dormían en el subterráneo.

El día del traslado, luego que hubieron terminado con los muebles grandes, comenzaron a bajar del camión una cantidad de cajones con piezas de bronce. Cargaban los operarios sobre sus hombros largos collares de lágrimas y cuentas de cristal que, al introducirlos en la opacidad del pasaje, refulgían como desfile de estrellas. Cerraba este cortejo un amoblado de color rosa, con calcomanías en la puerta del velador y el respaldo de la cama. Rogelio, quien observaba esta exposición desde la entrada de su casa, comprendió que aquel era el dormitorio de Melania, quien, a modo de reproche, lo miró altivamente, apretando con fuerza contra el pecho una muñeca regalona.

No sólo los de la casa contigua a la fábrica de lámparas tuvieron que soportar los ruidos y vibraciones de las maquinarias que allí empleaban, sino también la totalidad de los habitantes del pasaje. Acudían además numerosos clientes en demanda de tulipas, arañas, repuestos o transformaciones.

Para Rogelio, sin embargo, el ruido de los tornos, esmeriles y sierras significaba la posibilidad de que esa niña, sólo un año mayor que él, pudiera corresponderle en lo que por ella comenzaba a sentir. La contemplaba horas enteras sin aburrirse, mientras Melania, moviendo graciosamente la cabeza para quitar el pelo de su rostro, jugaba con una pelota de goma. Desde luego, a él le era imposible imitar esas destrezas que hacía frente al muro, ya sea con las rodillas, la frente o los puños juntos. Pero sí estaba presto a recoger la pelota cuando ésta se deslizaba a lo largo del pasaje. Era roja, blanda, de rombos en relieve, diferente de la que él y sus compañeros pateaban, levantando polvo, en el patio de la escuela. A Melania le resultaba natural que ese muchacho rubio, de cuidada apariencia, se la recogiera cada vez, y no se molestaba en darle las gracias porque su intuición de niña ya sabía de las ocultas transacciones del amor. Tampoco a ella le era indiferente, y la falta de diálogo los comprometía, sospechando ambos que la amistad descarta la posibilidad de un idilio.

De vez en cuando se abría uno de los ventanucos de la casa de altos y una voz distante reclamaba por el maltrato que recibían los deshilachados acantos.

La víspera de Navidad, Rogelio permanecía sentado, como era su costumbre, en el escalón de la puerta. Se adivinaba desde ese sitio, por el color dorado que adquiría paulatinamente la guarda del cielo

sobre el muro, que a otras personas había correspondido presenciar un atardecer maravilloso.

Fue ésa una fiesta memorable. Se iniciaron los acontecimientos con la actitud insólita de la señora Carter, quien salió apresurada al pasaje y, por primera vez en su vida, al cruzar frente a su hijo, le preguntó:

— ¿Tienes pena?

En realidad, no era ella capaz de hacerse cargo de lo que encerraban esas palabras, por lo que agradeció a Rogelio el silencio con que le respondió. Luego entró en la casa, para salir nuevamente con un paquete que le puso sobre las rodillas. Era un suéter reversible de dos colores, por el anverso gris muy severo, y por el reverso azul, tachonado de pequeños puntos blancos, como los que en ese momento lucía la noche.

— Gracias, madre — exclamó emocionado, y levantándose sobre la punta de los pies, la besó en las mejillas.

Mientras cenaban — la señora Carter había encendido candelabros como en tiempos de Perla Muro —, se hizo presente el tío Víctor, quien golpeó con fuerza la mampara y, sin saludar a nadie, irrumpió en el comedor, lanzando sobre la mesa golosinas, licores y cantidad de regalos envueltos en ostentosos papeles, con cintas y tarjetas.

Tras la puerta, la cocinera se enjugaba el llanto con el borde del delantal.

Fue el timbre el que sonó esta vez, tan breve que delató de inmediato a quien lo oprimía. Rogelio de un salto estuvo ante la puerta. Sólo la cara de Melania se destacaba, ya que el pelo y su cuerpo se fundían con la oscuridad.

— Toma — le dijo, y sin aguardar respuesta, regresó con pasos de baile hasta su casa. Rogelio no se atrevía a desatar el obsequio, envuelto en delicado papel de seda blanco, atado por una hebra de plata. Lo dejó sobre el paragüero, y al levantar el rostro, se encontró con un niño sonriente que lo observaba desde el espejo.

— ¿Qué hay? ¿Quién llama? — indagó la señora Carter, tratando de poner orden en el desparramo que el tío Víctor había dejado encima de la mesa.

— ¡Nada, nadie! — respondió Rogelio, examinando alborozado entre sus manos un hermoso alfiler de corbata que tenía, sobre una barra dorada, un pequeño revólver de nácar.

El verano que siguió a esa Navidad fue caluroso en extremo. Aun cuando es habitual que en Santiago refresque por las tardes, durante ese enero no sucedió así y parecía que en las noches se intensificaba la temperatura, permaneciendo los muros, los techos y el pavimento tan candentes como cuando les daba el sol. La gente dejaba puertas y ventanas abiertas, esparcía agua en las veredas y, sentada a la intemperie, rehusando meterse en la cama, permitía a sus hijos jugar en las calles hasta bien entrada la noche. Toda la intimidad de los hogares quedaba al descubierto, y sus moradores, apenas vestidos, y en actitudes un tanto vulgares, se abanicaban tratando de paliar en algo la temperatura excesiva.

El pasaje mostraba un aspecto peor que el de la calle, debido a que el gigantesco muro se encargaba de caldear aún más ese angosto lugar. De vez en cuando alguna dueña de casa salía hasta su puerta y desde allí arrojaba a los acantos un lavatorio de agua.

Rogelio, a diferencia de los demás niños, permanecía en su dormitorio, ocupado en algún pasatiempo, mientras bajo su ventana se oía el parloteo que sostenían su madre y las vecinas.

Fue a fines de ese mes cuando, una noche en que ordenaba su álbum de *Las bellezas de Italia*, absorto en la armonía de los rasgos de la *Flora* de Ticiano, sonó el teléfono.

—Rogelio, atiende tú, yo estoy ocupada —gritó la madre, volviendo a sus habladurías.

Al cabo de un momento, el niño se asomó a la ventana y le advirtió:

—Es para usted. De parte de la señora Margarita.

En cuanto hubo pronunciado este nombre, varias personas que había cerca se introdujeron en sus casas, como bolas de billar en las troneras.

Luego de hablar dos o tres palabras, la señora Carter, un tanto desconcertada, se detuvo en la puerta del dormitorio de su hijo:

—La señora Margarita te invita a pasar unos días en la playa, tiene una casa de veraneo en El Quisco y está aguardando la respuesta en el teléfono.

Esta retahíla de frases las dijo sin ninguna pausa, mientras a Rogelio se le caía *El Coliseo* de las manos.

La primera reacción del niño fue negarse, pero su madre lo persuadió a que aceptara:

—Te hará bien. Además, es una ofensa si rehúsas.

—De acuerdo —respondió Rogelio, indeciso, en tanto escuchaba las respuestas serviles de su madre en el teléfono, las escasas recomendaciones que hacía y las muchas imposiciones que aceptaba.

—Hay que preparar la maleta ahora mismo. Mañana parten de madrugada. Le he dicho que tú no tienes traje de baño, pero la señora Margarita me explicó que en su casa siempre hay más de alguno, que dejan olvidado los sobrinos que la visitan.

Esa noche, mientras Rogelio dormía, la luna iluminó como de día su dormitorio, destacando la cantidad de pequeñas láminas que habían quedado desordenadas sobre la mesa. El *Moisés*, de Miguel Ángel, la Catedral de Florencia, el *Perseo*, de Cellini, San Marcos de Venecia, y un gran número del *Marco Aurelio* ecuestre, lámina ésta tan repetida que formaba un verdadero escuadrón.

Rogelio Carter no conocía el mar.

Antes de la partida tuvo que hacer una última diligencia. Introducir el conejo en un canasto cerrado por un pasador y entregarlo a Melania, quien lo recibió sin poner objeciones.

La mañana esplendorosa contribuyó a que Rogelio apreciara por primera vez un panorama tan vasto, en donde, por la falta de accidentes, se advertía la redondez de la Tierra. Sólo el leve cambio de tono entre la bóveda celeste y el inmenso océano alteraba en algo esa unidad majestuosa.

El fuerte viento ayudaba a despejar aún más la extensión infinita del paisaje, al fustigar sin tregua los arbustos y flores silvestres que, agazapados sobre las dunas, desistían de mantenerse enhiestos.

Aún retenía el niño en su memoria, por enfrentarlo a diario, la visión del muro que ensombrecía el pasaje. Parecía que éste finalmente se hubiera levantado, como viejo telón, para mostrar un decorado incommensurable de matizados ocre, celestes y verdes esmeralda. El equilibrio de los dos elementos que allí actuaban, el mar y las arenas, se debía a que a pesar de agredirlas éste en un sinfín de gigantescas olas y en desiguales tiempos de ataque, se desplomaba exhausto sobre su rival, dejando en su impotencia sólo una tenue marca de inofensiva espuma.

Margarita Plana poseía en una escarpada colina una pequeña casa de madera, cuya galería posterior daba a un jardín donde un inmenso árbol afirmaba su follaje sobre el techo, simulando a distancia el pena-

cho de un sombrero. Una empalizada descolorida como los muros rodeaba a la vivienda. Desde allí se veía, por encima de la carretera, un extenso arenal que denominaban Playa de los Muertos. En la cima del montículo, había unos cuantos pinos que no alcanzaban a reunir la sombra que requiere un bosquecillo. Entre sus ramas de formas caprichosas, sobre un rústico plinto de troncos, se alzaban dos tambores para almacenar el agua dulce. Bordeando el cerro, un camino asfaltado conducía a otros balnearios, a través de un puente bajo cuyo arco de cemento se alborotaba un estero, interceptado por una desvencijada esclusa.

La señora Margarita, para sentirse más de acuerdo con el ambiente veraniego, aligeraba sus ropas, conservando sin embargo en todas ellas el riguroso luto. Lo que variaba no eran las hechuras, sino más bien la calidad de los géneros, usando de preferencia sedas y organzas que el viento trataba de arrebatarse de su cuerpo flaco y viejo. Rompían la severidad de esos atuendos un par de zapatillas de tenis y un sombrero de paja, al que para dar un toque de color, había rodeado con una cinta roja.

Así vestida, apoyada en su bastón, antes de emprender interminables caminatas a lo largo de la Playa de los Muertos, se detenía junto a la empalizada para contemplar desde esa altura el océano.

Rogelio, por su parte, permanecía todo el día fuera de la casa, incursionando entre los roqueríos en busca de cuevas y pozas escondidas, donde se imaginaba que nadie antes había puesto los pies. Allí monologaba, adecuando sus ensueños a esos parajes solitarios.

Era su obligación recogerse temprano, y también servir de acompañante a la señora Margarita, quien le pedía la condujera por las noches, muy abrigada, a casa de algunas amistades donde se jugaba a las cartas. Sentado a la puerta de esas viviendas, debía esperar pacientemente para traerla de vuelta.

Durante la cena, ella le enseñaba el correcto uso de los cubiertos, la difícil proeza de llevar éstos a la boca, en lugar de lo contrario. No debía hacer ruido al ingerir la sopa ni poner los codos sobre la mesa. Hablar sólo cuando se lo interrogara y guardarse sus opiniones para darlas a conocer a gente de su edad.

Transcurridas tres semanas, le hizo ver que ya llevaba bastante tiempo en su casa y era necesario que regresara para que otros niños, sus sobrinos, vinieran a pasar unos días junto al mar.

— Así es que te voy a enviar al pueblo a que telefonees a mi hermano. Dile que los niños pueden venir el próximo sábado. Tú te vas en el mismo auto, cuando él se vuelva.

Rogelio, quien no advirtió el transcurso de los días, se sintió profundamente avergonzado. El paisaje había hecho de las suyas con el tiempo.

— Acércate — ordenó la señora Margarita, mientras con pulso tembloroso anotaba en un papel el número telefónico de su hermano. Al partir lo detuvo para agregar:

— Se me olvidaba algo importante. Pídele además que me traiga un ejemplar de *La buena mesa*.

El niño asintió con la cabeza y se encaminó al pueblo, haciendo sonar tristes melodías en una armónica. Como ignoraba que *La buena mesa* era un conocido libro de cocina, al llegar a la parte del recado que tenía que ver con este encargo, enfatizó:

— Dice su hermana que el día que se vengán le traiga por favor una buena mesa confortable, ojalá de una de esas que se pliegan, con cubierta de género.

Agregó todos esos pormenores no sólo porque creía que la necesitaba para sus sesiones de juego, sino también para congraciarse con ella y así reparar la falta de delicadeza que cometió sin advertirlo, permaneciendo tanto tiempo en ese balneario.

Durante el viaje, Rogelio estaba ansioso por llegar, fastidiado con las continuas bromas que le hacían el hermano y la cuñada de la señora Margarita a propósito de «la buena mesa confortable».

En cuanto vio estacionarse la camioneta a los pies del montículo, con la parte trasera repleta de niños bulliciosos, y junto a ellos la mesa de juego, intuyó que algo no andaba bien. Pero al escuchar que ese señor, manos en jarra y vestido con una polera llamativa que, más que darle un aspecto juvenil, sólo conseguía realzarle el vientre, anunciaba a la señora Margarita que le traía su encargo, ya no supo a qué atinar.

— ¿Para qué me traes una mesa? — exclamó ella desde arriba, llevándose el viento la mitad de sus palabras.

— ¡Tú me la pediste! ¿No es así? — repuso el hermano.

Los reproches, luego las miradas suspicaces y finalmente las bur-

las y risas, trocaron aquel malentendido en un buen cuento para la temporada.

Lejos, en el horizonte, una embarcación se ladeaba hasta casi rozar con sus velas el mar. Parecía que era la intensa luminosidad y no el viento lo que la hacía inclinarse de aquel modo. Disimulando la pena que le causaba esa situación, Rogelio se resistía a despegar la vista de la pequeña goleta, la que, a pesar de que él trataba de impedirlo, se desdibujó, volviendo a su anterior nitidez luego que al niño le rodaran dos lágrimas por las mejillas.

La camioneta se detuvo bruscamente ante el portón del pasaje. Cubierta de polvo, denunciaba a los ojos de los transeúntes su procedencia. Mientras Rogelio descendía, el hermano de la señora, medio cuerpo fuera de la ventanilla, continuaba celebrando el asunto de la mesa:

— ¡Menos mal que no me pediste una de billar! — exclamó, haciendo partir ruidosamente el vehículo, que se perdió de vista al doblar por la Alameda.

El pasaje lucía desierto, y Rogelio, aferrado a su pequeña valija, se encaminó con temor hacia su casa. La puerta estaba cerrada y sobre ella había un papel sujeto por un alambre. Cuando se disponía a leerlo, desde la fábrica de lámparas salió la madre de Melania, y tomándolo cariñosa por los hombros, le informó que la señora Carter estaba hospitalizada y que por algunos días, él se alojaría con ellos.

En realidad, habían sido para la señora Carter muy angustiosas esas últimas semanas. Aprovechando la ausencia de su hijo, se decidió finalmente a solucionar aquel asunto. Rogelio fue testigo del inicio de esos trastornos, pero su falta de experiencia le impidió sacar conclusiones acerca de la conducta insólita que mostraba su madre: aquellos interminables reproches hechos a un desconocido por teléfono, y luego sus continuos viajes a la cocina para sostener plañideros coloquios con la sirvienta, quien después de negarse a realizar lo que le pedía, terminaba por acceder. Algo relacionado con la farmacia, un medicamento que, tal vez por lo comprometedor, la señora Carter prefería que la cocinera lo adquiriera, evitándose así responsabilidad y vergüenza.

Advertía Rogelio que la empleada mostraba resistencia, y entonces ella la persuadía de manera tan servil que aquel diálogo anulaba su

condición de patrona, otorgándole a la mujer que le servía la dignidad que a ella le faltaba.

En esas circunstancias dejó Rogelio a su madre.

Una vez que la señora Carter se encontró sola, viendo que no contaba con la colaboración de su empleada y que los remedios case-ros eran ineficaces para calmarla, decidió recurrir a una persona que clandestinamente vendía una droga mucho más fuerte. Después de haberla ingerido de manera exagerada e inexperta, la mucama la encontró inerte sobre el lecho, depositándola moribunda en el interior de un taxi.

Hacía ya tres días que los médicos de la Asistencia Pública inten-taban salvarla, no habiendo logrado ni siquiera volverla de su estado inconsciente.

El mismo día que el tío Víctor se presentó en la fábrica de lámpa-ras a buscar a su hijo para llevarlo ante su madre, ésta murió. Cuando ingresaron en el segundo piso de esa sala amplia de doble hilera de camas, algunas con un ruedo de visitas, otras sin ninguna, la que co-rrespondía a la señora Carter estaba vacía. Sobre el velador que se apo-yaba en el ventanal se veían los objetos personales de la extinta: su cartera, unos guantes de hilo y las llaves de la casa, atadas a un pedazo de madera sucia que llevaba pintada la letra «E».

Al revisar sus cajones, encontró Rogelio entre sus ropas una cor-bata negra que la señora Carter le dejara después de su partida. Lleva-da por quién sabe qué impulso, no quedó tranquila hasta que hubo escondido esa prenda en la cómoda.

A pesar de su pena, tuvo Rogelio el valor de prender a la corbata el alfiler dorado con el pequeño revólver de nácar, regalo de Melania.

Atildado como de costumbre, bajó la escalera y dio la mano a su padre, quien lo esperaba junto al paragüero. Allí se quedaba para siem-pre el niño que había sido, envuelto en la sagrada luz que irradiaba el patio interior.

Atravesó en actitud algo solemne el pasaje hacia la calle. Sentía la secreta vanidad de saberse protagonista, aunque sólo lo fuese de un hecho lamentable. Melania detuvo su pelota y giró la cabeza para mi-rarlo embelesada. Rogelio alzó la vista, fijándola sobre la letra «B» de esa casa, que tantas veces estuvo tentado de continuar con tiza para formar las palabras «Buena», «Bonita», «Belleza».

condición de patrona, otorgándole a la mujer que le servía la dignidad que a ella le faltaba.

En esas circunstancias dejó Rogelio a su madre.

Una vez que la señora Carter se encontró sola, viendo que no contaba con la colaboración de su empleada y que los remedios case-ros eran ineficaces para calmarla, decidió recurrir a una persona que clandestinamente vendía una droga mucho más fuerte. Después de haberla ingerido de manera exagerada e inexperta, la mucama la encontró inerte sobre el lecho, depositándola moribunda en el interior de un taxi.

Hacía ya tres días que los médicos de la Asistencia Pública inten-taban salvarla, no habiendo logrado ni siquiera volverla de su estado inconsciente.

El mismo día que el tío Víctor se presentó en la fábrica de lámpa-ras a buscar a su hijo para llevarlo ante su madre, ésta murió. Cuando ingresaron en el segundo piso de esa sala amplia de doble hilera de camas, algunas con un ruedo de visitas, otras sin ninguna, la que co-rrespondía a la señora Carter estaba vacía. Sobre el velador que se apo-yaba en el ventanal se veían los objetos personales de la extinta: su cartera, unos guantes de hilo y las llaves de la casa, atadas a un pedazo de madera sucia que llevaba pintada la letra «E».

Al revisar sus cajones, encontró Rogelio entre sus ropas una cor-bata negra que la señora Carter le dejara después de su partida. Lleva-da por quién sabe qué impulso, no quedó tranquila hasta que hubo escondido esa prenda en la cómoda.

A pesar de su pena, tuvo Rogelio el valor de prender a la corbata el alfiler dorado con el pequeño revólver de nácar, regalo de Melania.

Atildado como de costumbre, bajó la escalera y dio la mano a su padre, quien lo esperaba junto al paragüero. Allí se quedaba para siem-pre el niño que había sido, envuelto en la sagrada luz que irradiaba el patio interior.

Atravesó en actitud algo solemne el pasaje hacia la calle. Sentía la secreta vanidad de saberse protagonista, aunque sólo lo fuese de un hecho lamentable. Melania detuvo su pelota y giró la cabeza para mi-rarlo embelesada. Rogelio alzó la vista, fijándola sobre la letra «B» de esa casa, que tantas veces estuvo tentado de continuar con tiza para formar las palabras «Buena», «Bonita», «Belleza».

La mayoría de los ventanucos que daban al pasaje se abrió para verlo pasar, y luego, las sirvientas de la señora Margarita cruzaron apresuradas el sombrío vestíbulo para asomarse esta vez a la calle.

Rogelio y su padre enfilaron lentamente hacia la Alameda hasta desaparecer.

LA COPIA DE YESO

A mi padre

1.

El Rey ha tenido hoy una ardua sesión de gabinete. El señor Guizot, quien por lo general interviene en aquellas ocasiones, esta vez ostensiblemente no lo ha hecho, en parte por no comprometerse en tan delicado asunto y también porque en el fondo está herido con Su Majestad, y es dejándolo hablar solo, sin acudir en su auxilio, como este secretario de Estado se toma su secreta revancha.

Todos los ministros han notado la majadera artimaña de Guizot, el conde de S..., molesto por ello, ha salido en ayuda del Rey, pero su actitud comedida resultó peor todavía que lo que estaba ocurriendo, ya que el Rey, aliviado, lo ha dejado hablar y hablar, intervención absurda a la que nadie ha puesto atención. El gabinete seguía atentamente el duelo de miradas que sostenían Su Majestad y el ministro Guizot.

Éste ha sido, Leticia mía, el chisme que corre aquí en la legación chilena en París. El ministro Peñafiel, mi tío, se informa de estas cosas antes de que se impriman en *El Monitor*. Tiene amigos en la corte, y Luis Felipe de Orléans sabe perfectamente quién es Mauricio Peñafiel, y se muestra bien deferente con él en las recepciones oficiales en las Tullerías. No acontece lo mismo con los funcionarios de la embajada argentina o peruana, con las que nosotros, por lo demás, mantenemos excelentes contactos.

Desde que acompaño a mi tío Mauricio acá en París han sucedido enormidad de asuntos pintorescos y emocionantes. Como yo estoy de paso con los señores Peralta y el padre Bromo, no me va ni me viene este asunto de la diplomacia. Cualquiera día me embarcan de vuelta a Chile, y de nosotros no queda ninguna huella. Así es que me desenvuelvo con mucha soltura en esta maravillosa capital de Francia, y en este mundo de gente importante con la que estoy obligado, por mi misión, a tratar.

En cambio mi tío, como ministro plenipotenciario de la legación, está sujeto a todo tipo de estrecheces y convencionalismos. Para él resulta muy significativo que la duquesa de Orléans no le prolongue la conversación más de unos minutos en el Jardín de Invierno, o que uno de los hijos del Rey, los que confundo porque son cuatro y todos con uniforme, no lo tome del brazo en una comida en palacio y lo lleve a fumar en el salón lateral. Así se lo pasan en la legación, recibiendo billetes, invitaciones y toda suerte de compromisos, que en el fondo no son otra cosa que encuentros entre la bandada de la corte y la del cuerpo diplomático acreditado en París.

¡París! No creas, Leticia, vida mía, que te he olvidado; por el contrario, la enorme distancia me une más que nunca a ti, y como no tengo otra cosa tuya que el recuerdo, me aferro a él con más fuerza que si lo hiciera con tu persona; imagínate lo fiel que he de ser con tu sombra y el amor que he de brindarle a tan efímero reflejo, única huella para recuperarte toda entera y volverte a mis brazos. Es tarde, de noche, la bujía chisporrotea sin tregua, quiere también cerrar su ojo de fuego y dormirse como yo. Te recuerdo, beso, tomo contra mi pecho y amo.

2.

¡Leticia, Leticia, Leticia! Ya ves cómo la euforia en que me tiene este país me hace repetir tu adorado nombre hasta la saciedad. Sin embargo, debo confesarte que al decir Leticia, secretamente digo ¡París, París! ¿Sabes? Cada vez me agrada más esta bella ciudad: sus calles milenarias, las que corren paralelas al Sena, y las estrechas que se internan en los barrios marginales. Es primavera, esto lo percibes por la aglomeración de inmensas nubes blanquísimas, que permanecen horas sin que el viento las desfigure ni desplace. Ancladas sobre el vetusto edificio de las Tullerías o encima de los puentes que unen las arboladas orillas. El bulevar tan lleno de carruajes y algarabía. La catedral de Nôtre Dame, con sus torres trucas, y la pequeña iglesita de Saint Germaine de l'Auxerrois, carcomida por la pátina. El torreón medieval de la Conserjería, el que esta mañana me señalaban desde nuestra berlina las hijas del general Borgoño, que está, como yo, en misión privada ante el Ministerio de Asuntos Extranjeros.

Estas niñas son bulliciosas y algo impertinentes. Sin inquirir si yo estaba o no de acuerdo, me han tironeado de los faldones de la levi-

ta para encaramarme en aquella calesa a la *d'aumont* que conducía un joven postillón. Se hacían acompañar por una chaperona que resultaba más alocada que ellas. Es de este modo que me llevaron a conocer la ciudad. Aquí se estilan los recorridos ociosos, sobre todo los matinales. Al parecer, el estallido repentino de la primavera no sólo deshíela los techos, sino el corazón de los parisinos. Hay exuberantes puestos de flores en cada esquina, y han retirado definitivamente unos grandes braseros que, por la crudeza del invierno, se vieron obligados a encender en las calles. Por allí se ven esos artefactos, arrinconados ya sin objeto. (Luego continúo).

Vida mía, estoy poseído de tanta ansiedad que yo mismo me desconozco, y no sé cómo superar estos impulsos; contribuye a ello el continuo asedio de los muchos compatriotas nuestros que aquí viven. Ellos *toujours* están sedientos de programas, inventando actividades, esperanzados en relacionarse con gente de aquí. No siempre lo consiguen, y entonces recurren al recién llegado para cumplir con ellos sus frustrados planes. Lo que también me hace cavilar es lo que sucede con mi origen, puesto que llevando un apellido francés, soy tan forastero. Pienso que si mi pobre papacito viviera, estaría escribiéndome todos los días, enviándome a cuanta parte le era familiar. Él, que nació en París, qué no hubiera dado por tener la suerte de regresar a los lugares de la infancia. En cambio a mí no me sucede lo mismo. Me acodo en uno de los puentes y observando estas aguas que no sabe uno qué dirección toman, las encuentro ajenas. Leticia, es entonces que tengo tanta necesidad de estrecharte, de regresar a Santiago, ciudad que me parece una diminuta tajada de esta gran torta. Sus calles trazadas en damero, no conocen las diagonales, como éstas, que de pronto se angostan en una esquina, dejando una proa de vivienda.

Tengo nostalgia de nuestro ritmo tranquilo, aquel deambular monótono de vendedores y vecinos. El tenue resonar de las acequias y el tintinear de los álamos, que para esta fecha han de estar perdiendo su verdor. Nadie aquí espía tras las añosas rejas, como lo hacen las comadronas, envueltas en sus mantones, ni bajan la cabeza cuando tienden la mano. Aquí saludan impertinentes, erguido el rostro, desprovistos de remilgos, desterrado el pudor. Ni dice «mande» la servidumbre, habituada ésta a opinar frente a sus amos.

En el hotel en que me hospedo, en la calle Du Bac, hay una madama que no duerme de noche ni de día, siempre en el ejercicio de la vigilancia, experta en el asedio. Ávida en saber si vuelves solo o acom-

pañado, si vienes en forma o algo alegre, si descienes de un coche de alquiler o de uno con insignias y escudo; en fin, en estas casas altas con tanta gente viviendo encima y bajo tus pies, sin que ellos sean de tu parentela, uno echa de menos nuestras viviendas pesadas, que si no presentan tanto frente, es porque todo el interés lo tienen en el fondo, donde se dibujan los tres patios a los que convergen los cuartos. Añoro esa vida como en sombra y en silencio de nuestra ciudad cordillerana, sus escasos faroles, que más que iluminar la noche, la denuncian.

Anoche, sin ir más lejos, hubo en este hotel *des grandes Hommes* bastante jaleo. Al parecer un inquilino que no conoce las severas reglas de la *concierge*, madame Benoir, las trasgredió, echando en el retrete papel del grueso, porque la madama no dejaba de repetir: «Usted ha echado *de gros papier, de gros papier au gabinet*». Tengo unos vecinos en el mismo piso, que aparentemente pasan frío, ya que en medio de la noche se levantan y brincan por el entablado. También alguien cocina fetideces al fondo del pasillo. He estado tentado de acudir hasta su puerta y ponerla sobre aviso, pero esta mujer me desconcierta, puesto que en la misma palangana donde hierve esas coliflores hediondas, enjuaga su ropa, y cuando uno se llena de pensamientos funestos referentes a su miseria, la ve salir a la calle tan elegante y perfumada que cree haberse equivocado de vecina. Con qué distinción descende los peldaños ruinosos de la escala de servicio. Adivina, tal vez, que tengo en la punta de la lengua un justo reclamo, ya que para dejarme inactivo y mudo, cuando se larga a la calle, exclama mirándome con picardía: «¡*Vive le Chili!*».

No deja de conmoverme su astucia, o más bien la audacia de esta ciudadana que aparenta lo que no es ni tiene. Atraído estuve el domingo pasado de establecer conversación con ella, pero me arrepentí. ¿Sabes, Leticia, la razón? Es que cuando le dices a alguien que vienes de Chile, se imaginan tantas extravagancias que no hay paciencia para escucharlas. Están convencidos de que en Santiago tiembla a cada instante, que llueve caliente no sólo sobre nuestras modestas casas, sino encima del lomo duro de cientos de cocodrilos que deambulan por las calles. ¡No hay valor!

Mañana debo dar cuenta al ministro de lo que me han encomendado, tú sabes a que me refiero. «Hay tiempo, Francisco Chabry, hay tiempo», me ha dicho mi tío cuando le he querido hablar de lo que me tiene en Francia. A primera hora me presentaré en su gabinete, no será

ninguna sorpresa que le narre lo que sucedió esta mañana; imagino que las hijas del general Borgoño le habrán hablado de todos los por menores de nuestro recorrido y aventuras.

Te extraño, en tanto me acostumbro a esta constelación ajena, que a la vez llevo tan grabada en mi alma, por haber sido la que durante cientos de años rigió el destino y la vida de mis ancestros.

3.

Vida mía, lo primero en que me esmero al iniciar el día es en reconstruir tu amado rostro. Una vez en posesión de tus facciones, ya puedo el resto. Tengo la costumbre cada mañana, antes de acudir a la legación, de desayunar en un pequeño local ubicado frente al Teatro Francés, lugar últimamente, de tantas controversias artísticas. Ya sabes cómo son estos llamados «modernos», capitaneados por el señor Hugo, quienes se descuelgan de las localidades altas para desencadenar en la platea verdaderas guerras campales contra sus adversarios. Pero no es a esto a lo que quiero referirme; conoces cómo me dejan indiferente estas rencillas teatrales, sobre todo que son propugnadas por individuos incapaces de convertir esos ideales imaginarios en verídicos y tras cada cabecilla de camarín se esconde un líder malogrado.

Una vez que desayuno, escondo bajo el chaleco un buñuelo de manteca tan característico de la magnífica pastelería francesa, y en cuanto doy la vuelta a la esquina, saco mi rosca y con qué ganas me la devoro. Es ya una costumbre este modo de desayunar.

Cruzando la Plaza Real, inmediatamente del otro lado del Sena, se percibe el Palacio Borbón.

Ayer era una mañana límpida y sumamente fría. Daba la impresión de que habíamos retomado días del invierno. Desde el puente vi un pequeño grupo de curiosos que se aglomeraban junto a las escalinatas. Como la distancia es amplia, no supe de qué se trataba hasta que no estuve entre ellos. Qué sensación tan extraña la que se experimenta cuando integramos un rebaño anónimo, expectante ante personajes oficiales que están por llegar. El hecho de mezclarse entre los curiosos le hace a uno sentirse tan menoscabado, tan nadie, tan lejano del poder, tan impotente. Es posible dejar aquel montón de desconocidos y recobrar su propio papel alejándose de allí, pero la curiosidad puede más que la identidad perdida.

Un fuerte contingente armado nos impedía acercarnos al edificio, sólo tenían acceso a él una docena de funcionarios, la mayoría pares de Francia, vestidos con medias de seda, a la antigua usanza monárquica como la etiqueta del régimen obliga. Es lamentable ver tanto anciano vanidoso, temblándoles las deshechas pantorrillas, toda la casaca bordada, doblados de condecoraciones, mascullando frases que el ventarrón les arrebatara de la boca y las revuelve todas, como esas sopas de letras que en un tiempo estuvieron tan de moda. En eso llevábamos bastante tiempo, los viejos tiritando de frío sobre las gradas y nosotros tras los guardias, empinándonos para no perder detalle del espectáculo.

Pudo más mi dignidad y me retiré antes de la llegada del monarca. En cuanto me alejé, vi venir el cortejo. Describírtelo, Leticia, me fastidia. Nunca me han gustado las descripciones minuciosas hoy tan en boga. Te resumo: un carruaje de gala espléndido tirado por ocho caballos, con un sobresaliente cochero al pescante y atrás tres lacayos con la vistosa librea de los Orléans. La berlina era azul, con el escudo real incrustado en la portezuela. El rey Luis Felipe, sentado junto a sus cuatro hijos M. de... M. de... M. de... y M. de..., todos con uniformes relucientes, terciados con la banda real y la Legión de Honor. El monarca y su hijo mayor llevaban prendido al cuello el toisón de oro. El Rey ya no es joven, sus patillas grises le dan ese aire que quiere lograr el de un comerciante burgués, un dueño de casa, un padre de familia. Atrás, en coches cerrados, venían la Reina y las damas, pero a éstas sólo las divisé fugazmente en su silencioso recorrido. Yo ya estaba lejos del lugar, más allá de la plaza, deambulando por los jardines, quitándome los guantes y dando con mi aliento calor a mis dedos tan helados como un león de mármol con el que inicié una especie de coloquio. Tenía el aire divertido que le conferían un par de ojos de vidrio muy vivaces. Recorrí su lomo lleno de grietas, y abrazándome a su cuello, rompí a llorar desconsolado. A ti te lo cuento en secreto, lloré allí abrazado no comprendiendo esta vida. Reyes, distancias, gentío, miseria, vanidad, diferencias. Me sacó de mi ridícula postura una joven encantadora, que me alargó un cartucho de castañas confitadas, las que devoré delante del felino.

«¿Quiere una, don león?», le pregunté. Si supieras cómo le brillaban los ojos, estuve a punto de creer que abriría sus fauces de mármol para engullirlas. Tenían más vida esos ojos de vidrio que los de Luis Felipe, tan apagados, tan entrenados en mirar más allá de la injusticia y la miseria.

Inquieto, he estado temiendo pienses que el no haberte escrito se deba a ingratitud. Muy por el contrario, Leticia mía, cuando sepas la razón, la que ahora paso a revelarte, entenderás el distanciamiento de la última carta respecto de esta nueva.

Hace una semana me había propuesto presentarme ante la legación y dar a conocer el plan y los contratos que debo conseguir para el gobierno del presidente Bulnes. Tú sabes lo mucho que me estiman sus allegados, el señor Saldías, don Andrés, R. de Monvoisin y su ayudante. El lunes pasado lo destinaba para tales encargos. Con este objeto me recogí temprano la noche anterior, ordené mi ropa, relucían los botines de charol, en tanto el pantalón a cuadros lo mantuve largas horas estirado entre el colchón y los cobertores. Sobre el respaldo de una silla, impecable podías ver la levita encintada, cayendo a plomo sus faldones de corte un tanto anticuado. Aquí se usan más rabones y de género no tan pesado como los nuestros. Más de una manita curiosa ha palpado mi ropa con deleite, como si se tratara del animal mismo. Luego hacen un gesto como queriendo decir que allá todavía las cosas se llaman por su nombre. ¡Cómo me aparto del relato! Es que, Leticia, este modo de vida que llevan los franceses me impresiona. Todo lo sopesan: si te venden un trozo de queso y el corte sale favorecido, exclaman al envolvertelo: ¡Usted tiene de la *chance*! y eso quiere decir que has ganado, que no mereciéndolo, si crees que puedes disfrutarlo en secreto estás bien equivocado, porque ya lo sabe alguien más. Me acontece con los coches de alquiler, los billetes de teatro, las localidades de la ópera, en fin, en cualquier transacción en que estés a merced del que sirve, conduce o vende. Tan medido todo, y en medio de tanta suspicacia. Sólo la fuerte propina la aleja un tanto y te absuelve de la culpa, de tener hambre, ganas de presenciar un concierto o llegar pronto a alguna parte.

Qué diferente de nuestros puestos ambulantes, enclenques escarparates bajo movedizos toldos en la Plaza de Armas, cuando se derrama el mote con huesillos de los generosos vasos, y la casera siente hasta vergüenza de recibir algo por ello. ¿No te parece igual cosa al adquirir cintas o paños? Cómo se sobrepasa en centímetros la dependienta y la tijera no se resuelve nunca a separar el corte del resto de la pieza.

Ya ves como empiezo a quejarme de futelezas. Esto sucede cuando transcurre el tiempo, estas comparaciones y quejas no son otra cosa que añoranza velada, una encubierta manera de querer volver, no atre-

viéndose uno a formular este deseo, aduciendo que ante la estrechez, todo es más holgado en el lugar de origen.

Voy a interrumpir aquí el escrito. Debo presentarme de inmediato en casa de cierto conocido. A la vuelta continúo con el anuncio del inicio. Total, sólo soy yo quien compondrá esta carta en dos tiempos, tú en cambio, la tendrás sin intermedios.

5.

Aún no había saltado de la cama la mañana de ese lunes, cuando unos golpes atroces en la puerta me hicieron sacar a tirones los pantalones de abajo de los colchones y abrir. Allí estaba la señora Benoir, con cara de acontecida:

— A usted le buscan dos mujeres abajo, no han querido descender del carruaje, y me han entregado este billete.

Sin interrupción recitó este recado, para dejarme aturdido, en posesión de la perfumada esquila en papel de seda. En ella había sólo dos nombres: Herminia y Adela. Todo esto te lo traduzco, incluso el nombre de estas buenas mujeres, que ni se escriben ni pronuncian así.

Bajé desconcertado de a dos escalones, remeciendo toda la caja de la escalera, y me precipité a la puerta del zaguán. En efecto, allí dentro de un fiacre de alquiler que enmarcaba el arco del portón, me aguardaban estas señoras. En cuanto me asomé a la portezuela, ésta se abrió y cuatro manos ansiosas como intentando raptarme me asieron fuerte por las mangas.

— *¡Le cousin d’Amerique! ¡Le cousin d’Amerique!* — y la frase se repetía sin ninguna variación ni intervalo.

Te juro, Leticia de mi alma, que jamás se me hubiera pasado por la mente que mis dos tías Chabry, las hermanas mayores de mi padre, se hubieran tomado la molestia de conseguir mi dirección y acudir hasta ésta tan de madrugada, para conocerme y hacerse presentes. Qué otra cosa me quedaba sino encaramarme entre este par de ancianas y dejarme conducir donde les dictara su enorme corazón y buenas intenciones. Imagínate qué podía pretextar yo, que siempre me he sentido en deuda con mi pobre padre. ¿No era ésta una ocasión privilegiada para agradecerle y hacerme perdonar, si no todas, al menos algunas de mis ingratitudes?

Como mis tías son recatadas y enseñadas a la antigua, no encontraron nada mejor que bajar las persianas, y así me hallé absolutamente a oscuras, ignorante de la dirección que seguía el vehículo. Sólo atiné a mirar por el vidrio oval de la cara posterior, y vi empequeñecerse cada vez más la figura alarmada de la *concierge*.

El ruido de los cascos y las ruedas sobre el adoquinado se sumaban a las preguntas que al unísono me hacían las dos tías paternas. Ojalá fuese sólo eso, había más. No contentas con asediarme con interrogatorios, me tocaban y pellizcaban el rostro, imaginándose tal vez rescatar gestos y expresiones de su difunto hermano en los míos. Verdad es que ambos nos parecíamos mucho, aun cuando mi padre, como sabes, era rubio y yo, en cambio, tomé el color de mi madre (los Peñafiel son morenos).

En fin, es largo narrarte este encuentro y sus consecuencias. Resumiéndote, al cabo de un cuarto de hora estábamos en un barrio de los suburbios, trepándonos esta vez en un viejo cabriolé de campo, tirado por un mulo.

Quiero dejarte con las ganas de conocer el resto de esta insólita aventura, y para ello suspendo aquí mi carta y la envío sin demora.

¿Sabes, amor? Más que transmitirte historias, necesito recibas cuanto antes este papel, sobre el que se ha deslizado mi mano, tarea que reclama otra acción más directa, más silenciosa, más efectiva, cual es tenerte contra mi corazón, entre mis brazos. Aquí va esta hoja, que significa ese deseo. Te amo.

6.

¡Qué contento y tranquilo estoy al saber que ya tienes mi última carta contigo! Prometo no volver a dejar intervalos tan prolongados en nuestra correspondencia. Es aconsejable responder en cuanto reciba una de las tuyas. Pero las releo tantas veces e interpreto de tan variadas maneras, que aunque me propusiera tomar la pluma en el momento de leer tu última frase, me sería imposible, amor; tu última frase es para mí la primera, ya que al llegar al pie de la misiva, levanto la vista y rehago el camino mil veces de nuevo.

En ocasiones casi me las aprendo de memoria, es entonces que intento que todo eso me lo digas con tu propia voz, y muchas veces logro este deseo, y en vez de poner los ojos sobre los renglones, los cierro, y son mis oídos, los que reciben tus palabras.

Habrás notado el cariz nervioso que de continuo toma mi discurso, el atolondramiento de las imágenes y las frases, siempre el redactar ha tenido que vérselas con mi vehemencia, y es que no respeto los tiempos ni las pausas, adelantándome en llegar al final, sin transitar despacio el «entremedio». Más, ahora, criatura adorada, estoy obligado a frenar esta deformación, ya que el cabriolé tirado por el mulo hizo aquel camino tan relajado como debieran ser estos párrafos.

Al comienzo no entendía nada de nada, instalado en ese vetusto carro, conducido por un campesino que me ignoró todo el trayecto, apuntalado por ese par de viejecitas encantadoras, que no cesaban de parlotear e indagar a cada instante. Lo único que ambas hermanas tienen de parecido es el atuendo, aquel riguroso luto que descansa un tanto en las pecheras blancas, plisadas, tan duras de almidón como petos de la guardia. Llevan también lo que es común en la provincia: cofias llenas de pinzas y alfileres. La verdad es que más parecen monjas que ciudadanas, y eso que ambas están casadas y llenas de hijos.

Tía Herminia es más severa, más corpulenta, más alta. Su voz, por ende, es de contralto; sus ademanes, si bien espontáneos, un tanto bruscos. Se suma a este desajuste una risa imprevista que desconcierta no sólo porque no se la espera en ese instante, sino porque proviene de una boca casi sin labios, coronada por un bigotillo que supera a la mera sombra, y unos dientes largos y amarillos que dan «cuco».

La otra es la antítesis, ya te la imaginas, toda redondez y ruedo, alambre bajo las faldas y gran frontis sobre la cintura. (No me censures, Leticia, ya sé que volverás a decirme que sea menos liviano en mis apreciaciones, porque ellas siempre transitan antes de llegar a tus manos por las de tu venerado padre; de él jamás ha venido el reproche. ¿No crees que es cosa tuya y que a tu progenitor le agrada en el fondo tener un futuro yerno alegre?).

Bien. Tía Adela, obligada en realidad por su volumen, debió sentarse frente a nosotros dos, sospecho no le hacíamos el peso. El mulo al parecer lo adivinaba, ya que era la oreja de ese lado la que constantemente plegaba contra el cuello.

Como toda explicación me adelantaron que nos dirigíamos a Saint' Ange le Vieux, que queda como a una hora de París, en pleno campo. El camino resultaba un tanto árido, el río se nos había ido alejando, y sólo enfrentábamos unos campos cansados, llenos de arbustos castigados duramente por las heladas y la nieve. Allí estaban de pie, huecas esas varas, aguardando los brotes que recién comenzaban a re-

emplazarlas. Cuando divisamos el pueblito de Saint' Ange, el sol ya había caído a ras del horizonte, y grande, insípido y descolorido doraba todos esos barriales y aquel ramaje sin futuro.

Saint' Ange es un caserío enteramente de piedra, se ingresa a él por un arco antiguo, lleno de inscripciones de los siglos del medioevo. Inmediatamente cruzamos un puente, también con arcos, bien perfectos, como hechos a compás. Lo impresionante es que el pequeño estero es tan quedo que la redondez de los arcos se junta matemáticamente con los reflejados en el agua; tan limpia y diáfana es allí la atmósfera que aire y líquido casi se confunden.

Los campos están cuadrículados con la meticulosidad de un trabajo a crochet o palillos. Parecen cosa de bastidor. Verdes rectángulos que sólo pierden su color para dejar serpentear un camino de grava. La iglesia posee un campanario más bien chato, pero se ennoblece con la leyenda. Dentro, me explicaron, guarda una antigua campana de la guerra de los cien años.

La *mairie*, o sea la alcaldía, está retirada de las casas, frente a unos galpones, muestra una hermosa escalinata de piedra, y casi siempre el señor Cadenol, el alcalde, está posando sobre sus peldaños. Un alto reloj deposita en el terraplén de enfrente su sombra, y marca con mucha más precisión las horas esa mancha movediza que los flojos punteros de la esfera, que por lo general caminan a trastabillones.

Mis parientes tienen una casa muy semejante a las otras, apoyada más que pareada con la del vecino. En algunas vemos que ha sido necesario apuntalarlas con una estaca, que va desde las ventanas superiores hasta la calle. Sin mucho esfuerzo, uno asocia aquello con narices.

Estas casas poseen jardincillo adelante y atrás; el anterior es bastante menguado, siendo el posterior el lugar de reunión de las familias. Como están circundados de altos muros, pueden gritar y desenvolverse con más libertad. Para no fatigarte con todo este inventario, debo agregar lo único que resta: el cementerio. No lejos de la ciudad, junto al caminillo, se ven unas cuantas cruces de hierro, y lozas con sus inscripciones. Es la costumbre colocar sobre estos crucifijos cascos militares, de quienes batiéndose encontraron la muerte. Los hay de todos los períodos, tan variados y de corta duración, que ha tenido la Francia en lo que va de este siglo. Los que más impresionan son los napoleónicos, los de la restauración a mí poco me dicen, pero esto debo guardarlo en secreto, ya que mi familia es ante todo monárqui-

ca, y los que no murieron en el exilio, lo han hecho últimamente en el asunto de Argel.

Es adoración la que el esposo de tía Herminia profesaba por Carlos X. Si supieras cómo me han narrado el viaje que emprendieron a Reims para su coronación. La caída del último Borbón ha sido para ellos el fin, a Luis Felipe lo encuentran, tanto por el pasado de su padre, como por sus postulados actuales, una persona vulgar. ¿Te imaginas lo que pensarían si les dijera la secreta admiración que siento por el emperador? Yo creo, habrían enganchado a la vieja berlina uno de los gansos que deambulan por la cuadra, para enviarme volando de vuelta a mi cuarto de la calle Du Bac.

Ya te hablaré del almuerzo con mis tías y tío, primas y primos. Es una situación muy tensa, ya que cuando ellos callan, yo pregunto sobre mis ancestros, y al callar yo, ellos indagan sobre Chile. Cuánto les interesa nuestra vida, las costumbres, apenas se imaginan nuestra realidad. ¿Sabes, Leticia adorada? Lo que me tiene bien triste y desolado es la total indiferencia que muestran respecto de mi madre. Les he mostrado el dije en que guardo su retrato, pero he sentido que lo miraban sólo por compromiso. Demuestran más interés por la altura de la cordillera o la duración de la travesía en la goleta que por la mujer que me dio la vida. «La mujer no cuenta», me explicó uno de mis primos a quien he confidenciado estas cosas, y como para subrayar el asunto agregó: «Tú eres uno de los nuestros». Lo que no es así... esa actitud me obliga a portarme reticente, así, de allí en adelante no hice otra cosa que aguardar con ansias que transcurriera esa noche para retomar a París. Sin embargo, no habría de ser tan sencillo dejar a la familia de mi padre. Se sucederían tres largos días antes de lograrlo, jornadas en las que hasta la sombra de la torre del reloj se comportó perezosa e ineficaz, emulando a los oxidados punteros de la esfera.

7.

De todas las recepciones que me brindaron, sólo una fue con invitados de fuera; las otras en realidad se redujeron a sencillas comidas en familia. Ellos acostumbra a merendar en la cocina, en verdad es el lugar más acogedor de la casa, puesto que como no tienen comedor ese recinto hace las veces de ambas cosas. Queda a un costado del primer piso, bastante hundido respecto al nivel de la calle. Una mesa poderos-

sa enfrenta el fogón. Por todas partes alacenas y canastos grandes, recipientes de loza y pequeñas repisas y consolas donde se expone la vajilla y utensilios del hogar. Aquél, siempre encendido, acoge sobre las llamas una marmita de hierro que cuelga de una cadena. Todo esto muy tiznado.

Esta enorme chimenea tiene gradas, y así las teteras y jarros de cobre hierven por el sólo hecho de estar arrimadas a las llamas. Mas no creas que todos los alimentos vienen del calor; la mayoría está cuidadosamente guardada en los placards o aparadores con puertas hermosamente decoradas con flores y animales. De allí sacan las budineras y cortan las tartas que reparten sobre los platos de barro.

En cuanto nos sentamos a la mesa, la noche de la comida más formal, ya que había invitados del pueblo, se repartió el vino, pero no te imagines que éste se escancia hasta los bordes como acostumbramos nosotros cuando lo hacemos con la sidra o la chicha dulce en nuestras ramadas; acá sólo se unta con el mosto el fondo de los jarros, y luego se degusta largamente. La verdad es que estos vinos se merecen ese trato, ya que son muy pastosos y aromáticos. Yo desde luego, ignorando esta reverencia, llené la jarra hasta casi derramarla y tuve todas las miradas escandalizadas encima. Tampoco conocen nuestra cazuela, tan única y sabrosa. Cuán admirada estaba tía Herminia al saber que se trata de un caldo hirviendo donde flotan desde el choclo hasta las papas, con el zapallo y el trozo de carne. ¡Cómo añoro todo eso, y la mistela y los pajaritos!

Acá todo es amasijo y salsas, comen cada cosa por separado y tienen verdadera devoción por el pan, pero sobre todo por el queso, que lo rebanan después que han cenado y lo reparten de postre. Yo les explicaba a todos ellos nuestras costumbres, en tanto ese grupo de provincianos me daban a probar de lo suyo. No me acostumbro a merendar tan a puertas cerradas, qué afán de poner la tranca, parece que a propósito quisieran cazar los fuertes olores que exhalan, bastante... no diré hediondos — porque es término irreverente —, pero al parecer aquí son enemigos del lavabo. Y el hecho de reparar aquella negligencia por medio de perfumes, acentúa aún más lo irrespirable de la atmósfera, sobre todo allí, sentados cada cual saboreando guisos y quesos guardados de bastante tiempo. Eso sí que todo es realizado con gran estilo, y las damas, incluso las muchachas, son un ejemplo de primor y donaire en los modales. Nunca vi tanta cortesía y respeto por la mesa, toda una etiqueta que nadie transgrede, lo que prolonga mucho esas sesiones culinarias.

Esta vez lucían mis dos tías como reinas, elegantes, de gris oscuro, con sus hermosos lazos tiesos de goma, rodeando unas pecheras con camafeo grande y antiguo. Mi tío Phillipe, el esposo de Adela, no te olvides que Herminia es viuda, con su levita de solapas de terciopelo fucsia, chaleco bordado y la cadena dando todas las vueltas posibles sobre su pequeño vientre. Dicen las malas lenguas que tiene dos señoras, la propia y la cuñada, que vive en la casa. Maledicciones del vecindario.

Entre ambas han engendrado casi una docena de primos, hembras y varones, todos mayores que yo, sólo Arlette es menor. Una niña encantadora, un tanto colorina, llena de pecas y que no me quita sus claros y tiernos ojos de encima. Se me sienta en todas las reuniones enfrente, y es tanta su cortedad de genio, que se limita a buscar mi mirada para encontrarla y enrojecer hasta las orejas. ¡Qué bella y tierna es Arlette!, jamás ha usado zapatos en toda su vida, calza zuecos, y es quien se encarga del par de vacas y el buey de la cuadra. Al parecer ha oído sobre América, le apasionan las narraciones de viajes y las láminas de territorios exóticos, que hoy cuelgan por todos lados. Tentada está de preguntarme de mi tierra, pero no se atreve, así es que espera, como quien lo hace ante la rueda de la lotería. Es cuestión de paciencia, cada cierto tiempo le toca el número de su tema. Culpa de su timidez, que en su caso es de cuidado.

Pero más curiosos que mis parientes me resultan los vecinos, el señor alcalde y madame Cadenol, su mujer. Estos últimos se dan ínfulas de figuración, de continuo hablan con propiedad de la corte, son de confianza del Rey, pero lo han sido antes del imperio. La cuestión es que se las arreglan para disimular su pasado, amedrentando sutilmente a los lugareños, de quienes en el fondo dependen.

Había a la mesa una fulana vieja, escualida, y otra persona, las que se sentaron más a la punta. No tanto me divierte cada cual en su papel y vestimenta estrafalaria, sino la manera en que debe tolerarse gente que se conoce tanto cuando están ante un afuerino como el que te escribe. Muchas veces alguno de ellos coge la palabra e interviene con un cuento bien sabido por los allí presentes; sin embargo, como está destinado a los oídos del recién llegado, los demás han de hacerse los desentendidos y hasta celebrar la «trillada» intervención ajena.

Yo estaba cansado y no hallaba forma de conducir la atención hacia otro punto que no fuera mi persona, todo convergía sobre mi presencia, y este peritaje, digno de un joyero, duró tres largas jornadas.

No todo, mi Leticia, fue miel sobre hojuelas. Hubo discusiones largas y enconadas. Has de saber que por muy borbónica que sea mi paren-

tela, es una familia de fuerte raigambre calvinista, los que aquí se llaman hugonotes. Y son muy proclives al culto, y severos en un montón de reglas, así es que cuando averiguaron que los Peñafiel obligaron a mi padre a casarse por la Iglesia Católica con mi madre, comprometiéndolo a bautizarse y a educarme a mí en ese credo, se abrió un áspero debate en el que me conminaban a acudir a una capillita que se levanta en las afueras del pueblo, allí permanecer en penitencia, abjurando de la fe católica para retomar a la que sin justificación abandonó mi progenitor.

Sabes, Leticia, que cuando me hablaron de esos papas del Renacimiento, según ellos malos y mundanos, no supe qué argumento oponer; sólo recordé que el maestro Monvoisin los adoraba, ya que nos enseñó que a esos pontífices un tanto ligeros se debían las obras más grandes del arte.

Menos mal que los provincianos se recogen temprano y son tan aficionados a los juegos de sobremesa, con fichas y algo de dinero. De no tener yo la experiencia que poseo en el juego del *besigue* y las cartas habría terminado bautizado de nuevo. Pero de estas discusiones antipáticas pasamos otra vez a la tabla de queso, y de allí nos sentamos en unas cuantas mesas con tapete, donde me lucí por mi buena disposición a los números, a los trucos, y por qué no confesártelo a ti, que serás la compañera inseparable de mis días, un poquitín a la trampa inocente. Qué cuesta calcular las cifras ajenas que completan las tuyas, o mirar de reojo cuando el señor alcalde se abanica con la baraja. Es preferible perder unos luises, en todo caso, que la respiración, porque te prometo que allí el aire es de cortarlo con el trinche con que tía Herminia troza el pavo, o las tijeras que Arlette utiliza para formar los *bouquets* de rosas.

Son gente buena, viven desde la alcaldía al cementerio, del establo a la mesa. A mi padre, más inquieto, le fue posible al menos confrontar ese mundo al otro, al amplio, al despoblado, saliendo de aquel encierro, olor a muchas cosas, pudo respirar a pulmón pleno del Pacífico a los Andes, y yo desde todas esas corrientes soberanas vine a la encerrona con la tranca y las tías.

8.

¡Amor!, y me veo en la necesidad de reemplazar con esta palabra divina tu nombre, pues no sabes, Leticia, cuánto de él necesito en estos últimos días.

Todo ha sido reproches y odio por aquí. En primer lugar, no bien hube regresado de Saint'Ange me aguardaba la *concierge*, madame Benoir, manos en jarra.

¡Desvergonzado, me ha llamado, fugarse así no con una, sino un par de damas! En vano he tratado de justificarme. Al parecer, mis tías, turbadas por su intromisión sólo sacaron la mano de la berlina y le alargaron la esquila, evitando ser vistas. Me imagino la escena, un coche de alquiler, una manita con mitones y una misiva perfumada, remitida a través de la gobernanta a un joven de veintidós años. ¡La novela completa! Tú te has librado – gracias a la custodia de tu padre – de leer las novelas que están de moda. Todas narran esos amores desiguales entre mujeres mayores y jóvenes que podrían ser sus hijos. Imagínate, de esas madamas yo tenía duplicado.

Al menos esta censura, si bien es injusta no es irreversible, madame Benoir sabe bien a que me refiero, no es trigo limpio la tal señora. En más de una ocasión, al regresar del teatro, o de alguna tertulia, la he encontrado con los ojillos bien desviados de su centro, alegre sin mayor motivo, y tratando de hacerme creer que ordenaba una estantería que tiene en ese sucucho desde donde nos vigila. No necesito hurguetear el lomo de esos libracos que allí encierra para saber que camuflan en el espacio que media hasta el fondo, la menta o el fuerte.

Leticia, mi vida, fue en la legación en donde hube de recibir la descarga más nutrida. Ya sabes cómo es mi tío Mauricio, lo afectado y severo que actúa. A todos estos señores, con puestos de representación, les impresiona vivamente el «modo Guizot», aquella especie de funcionario de las pompas fúnebres, que transita los salones y la calle de negro riguroso, lleno de remilgos y autocrítica, y que se ha convertido en el modelo de los hombres públicos de este período.

Mi tío, al verme – yo ya sabía que se encontraba en su despacho, lo señalaba el perfume que había por todo el recibo, la escala y la salita de espera –, me llamó simplemente «Chabry», imagínate Leticia que un primo hermano de tu madre te nomine así. Y luego me gritó de manera estridente, haciéndome ver mi falta de «consideración para con mis mayores»; en fin, creo que durante mi ausencia el ordenanza de la legación aguardó junto a la puerta de la calle Du Bac dos días enteros.

Cuando terminó de monologar en tan alterado estilo, tímidamente me excusé y narré con la voz entrecortada mi salida de París. Difícil me fue contener las lágrimas, todo el tiempo venía a mi memoria el par de viejas insistentes, que sin decir agua va, me había alejado de mi direc-

ción. Como relámpagos se presentaban a mi recuerdo imágenes de esas comidas, verdaderas encerronas asfixiantes de queso y parentela, los gansos con el alcalde, las aves con la viuda, las vacas a centímetros de la mesa. ¡*Le cousin d'Amérique!*, esa fue la frase que me hizo perder el rumbo,

Para mi sorpresa, en tanto explicaba a Peñafiel estas desventuras vi que paulatinamente pasaba de la ira a la sorna. Y a medida de mis aclaraciones, fue tentándose de risa, terminando la escena con los papeles cambiados: él en culpa y yo bastante molesto.

De todos modos era preferible esta vuelta de manos; sin embargo, esto sucedió sólo con mi tío Mauricio, ya que al querer repetir la pieza ante el general Borgoño, me encontré con que su falta de humor nunca lo haría posible. Es más, cometí ante este general, tan amigo del ministro Irarrázaval, una torpeza que empeoró las cosas. Me había dicho mi madre que a este funcionario le agradaba de sobremanera el «charqui». Así es que metí en mi valija un paquete considerable de esta carne, que navegó conmigo. Como no había encontrado aún la ocasión de obsequiárselo, pensé que era llegado el momento, y puse sobre el escritorio del general tan apetecido causeo.

—¿Qué es esto? me preguntó.

—Charqui, mi señor —expliqué—, sé lo mucho que a usted le gusta, así es que me he tomado la libertad de traérselo.

—¿Charqui? Cómo te atreves —exclamó—. ¡En la Legación chilena en París, un paquete de algo tan indecente!

Leticia, creí que el piso me fallaba, otra vez mi mala estrella: «¿Qué no sabes que estamos en la capital del mundo?» repetía sin cesar. Lo curioso, es que en tanto vociferaba, sus dedos enguantados no dejaban de palpar el paquete, y no precisamente con disgusto, sino como reconociendo el tamaño.

Atravesé nuevamente el vestíbulo en dirección a la puerta, muy desconcertado. Allí estaba el perfume rondando ese espacio, nunca de allí se evade, menos aún de la esclavina del gabán de mi tío, lugar en donde es resucitado a diario.

9.

Esa mañana, Leticia, rehusé volver al hotel y quise deambular por las calles, olvidarme de tanto malentendido, recuperar mi situa-

ción, puesto que a punta de no coincidir con nada ni nadie, estaba en peligro de perder mi propia identidad, frágil, lo reconozco, pero que tiene un destino, un recorrido que realizar, y el autor de esa tarea, ese soy yo.

Así es que me encaminé sin mucha convicción hacia la Plaza de la Concordia. Atravesé su árida explanada, descendí por el muelle de las Tullerías, y una vez en el Pabellón de Flora, entré por el arco, doblé a la izquierda, e iba a comenzar a trepar los escalones, cuando una voz vigorosa me llamó por mi nombre. La reconocí de inmediato, era mi tío Mauricio, quien preocupado por mis desventuras, habíame seguido a corta distancia, previendo mi estado de ánimo, miedoso que en mi turbación cometiera yo alguna locura.

Fue como si me volviera el alma al cuerpo. No puedo ocultarte a ti, a quien todo transmito, la enorme emoción que me embargó, y la manera tierna y efusiva con que nos estrechamos.

—Yo no pertenezco a ninguna parte —fue lo que escapó de mi pecho sin pensarlo siquiera. Frase que hizo sonreír al viejo diplomático, que cogiéndome por los hombros, me obligó a deshacer todo el camino, explicándome el craso error en que me debatía. Así me acompañó a casa, y aprovechó para entregarme un elegante billete para una velada de ópera que tendría lugar en el antiguo teatro de las Tullerías.

Imagínate, Leticia, acudirá el Rey en persona y toda la familia real, amén de nobles, pares de Francia, la alta burguesía... Menos mal que tengo el frac en forma, el chaleco, la corbata y los zapatos adecuados. Sólo me faltan los gemelos, los que mi tío me hará llegar mañana. Esto me tiene nervioso, quiero demostrar ante el general Borgoño y los demás compatriotas que yo también represento a mi patria con esmero.

Piensa el tiempo que no me reúno con el padre Bromo ni con el señor Peralta, amigos personales de don Andrés, y el grupo de los argentinos notables que residen en Chile.

Es a Borgoño a quien más temo, figúrate, Leticia, que cuando se refiere al señor presidente de la República, no dice don Manuel Bulnes, sino simplemente «su excelencia, el mariscal de Ancash». Al comienzo, yo me confundía, creyendo se trataba de algún ministro o alto dignatario extranjero.

En fin, esta post-data la agrego a mi carta patética y algo delirante, para tranquilizarte y hacerte ver que las cosas tienen dos caras. Estoy contento y repuesto, la comedida actitud de mi tío me ha reconfor-

tado, y hasta he creído ver en la expresión de madame Benoir cierta bonhomía.

Navegaré hacia ti, entre los pliegues de esta misiva. Pocas veces te he extrañado tanto como en esta primavera. Este hemisferio renace, en tanto en el que tú permaneces se marchita, dos panoramas opuestos que por mi historia... en fin, divago, estoy excitado, nervioso, y a la vez insomne, intentaré el sueño, aunque tengo la visita de una luna gigantesca pegada a los vidrios de la mansarda. Te amo.

10.

Leticia, vida mía, nunca había estado yo en el interior de las Tullerías, ni menos representando a mi patria. No encuentro términos con que transmitirte estos hechos. Imagínate que partimos en un coche lindísimo, que el gobierno tiene a disposición de la casa diplomática. En él iban todos cuantos te he presentado en estas cartas. La verdad es que yo a ellos no les prestaba mayor atención, impaciente por encontrarme en la función de gala. Era una tarde fría y nebulosa, que a cortos intervalos dejaba caer la lluvia sobre el techo de lona.

Resultó bien emocionante ver los más diversos carruajes, unos tras otros avanzando lentamente en el solemne patio de piedra y adoquines. Una especie de ujier vestido a la antigua usanza, ubicaba el coche que correspondía ante la imponente puerta de acceso al palacio. Como se trataba de una velada en el teatro, fuimos conducidos por distintos salones, cada cual más fastuoso y espléndido hasta el recinto indicado. Se trata de una sala no tan grande como lo imaginé, que aún no ha sido remodelada, conservándose allí la reciente apariencia de la moda del imperio. Todos los palcos están sujetos por cisnes dorados, de plumaje reluciente, trenzas de laureles, coronas de lo mismo e iniciales del emperador en todas las columnas que sostienen los pisos superiores. Su color es algo tétrico, y la profusión de luces no logra quitar esa antigua pátina, que distrae del asunto que acontece en el escenario, para conducir la imaginación, al menos la mía, a la epopeya más sorprendente que ha conocido el mundo desde los tiempos de Alejandro y César.

Nuestro palco estaba ubicado encima del tablado, y ni siquiera así pude concentrarme en aquella ópera de Donizetti, hoy tan de moda. Lo que me acontece, Leticia, es que entre toda esa nobleza seria, atenta

y legítima, se han presentado antiguos combatientes de tiempos napoleónicos. Mariscales de campo, con sus casacas levantadas en el cuello, recamadas enteramente de oro oxidado, llenas de visos, lustrosas por el uso. Sobrevivientes de Austerlitz y Wagram; mi tío que los conoce a todos, me soplabá sus conspicuos nombres: el conde de... el señor duque de... Yo sólo veía sus entorchados, la vieja banda deshecha de la Legión de Honor, el sombrero empenachado, aquel manojó de plumas blancas, que antes sólo había apreciado en las malas copias a sanguina de la Coronación de David.

El Rey se ha asomado puntual a su palco. Es la segunda vez que lo veo, ya me es familiar. Vestía de frac, y se mostraba muy atento con madame Adelaida, la reina, que tiene un aire inquieto y estaba todo el tiempo volviendo la cabeza para dirigirse a alguna de las princesas, esposas de sus cuatro hijos, que impecables en sus trajes ocupaban diferentes apartados.

Mi tío ha hecho mucho hincapié en que observe a M. Thiers que es un tribuno insigne que se presentó con corbata negra, produciendo gran revuelo en la sala. Al parecer, representa a la oposición en la Cámara, y es persona conflictiva. Al señalarlo, yo he cometido el descuido de hacerlo con el dedo, falta que ha pasado inadvertida, ya que con gran disimulo y energía me han corregido.

Los cantantes son italianos, y una tal Persiani se disputaba la gloria con Tagliafico. Es difícil saber cuál es superior, ya que no es adecuado aplaudir después de cada aria como estamos acostumbrados nosotros. Acá nadie exterioriza sus emociones.

Durante el entreacto, nos hemos mezclado todos en el foyer. Una amplia sala rodeada de columnas y arcos que circundan un piso cuadrículado de mármol. Teníamos sobre nuestras cabezas decenas de lámparas duplicadas al infinito ante los límpidos espejos. Mi tío y la mayoría de nuestros compatriotas son muy bien considerados, se nos realza en todo instante y yo sentía el brazo dormido de tanto alargarlo a señores y señoras resplandecientes de hermosos atuendos. Uno debe inclinarse a cada momento y volver de inmediato a la posición erecta, tan firme como la de un soldado.

Gran expectación suscitó el novelista y poeta Victor Hugo, quien en compañía de un tal Nodier, fue llevado a través de ese recinto hasta la cámara del Rey. Es muy popular acá en París y me ha dicho mi tío que no sólo se dedica a la composición de libros, sino que además combina estas actividades imaginativas con otras más concretas, ya que es

miembro del Senado. Seguido de éste, la mujer de uno de los tenores se hizo presente también ante los reyes, sin que se le permitiera al cantante la misma gracia. Esto motivó comentarios, toda la culpa se la echaron a uno de los hijos del Rey, quien aparentemente hace ostentación de esta relación fortuita.

En este entreacto, nos encontrábamos esperando reingresar a la sala, cuando se abrió la puerta del palco real y madame Adelaida, y Luis Felipe de Orléans se presentaron entre el público. El Rey daba el brazo a la Reina, y el otro a la señora duquesa de Montpensier, que es hermosísima, tocada de diamantes, deslizando sobre aquellas baldosas su majestuoso porte.

Inmediatamente se sumaron al grupo M. de Joinville, tres otros príncipes y M. de Montpensier que se distinguía del resto porque llevaba sobre el pecho el toisón de oro.

De pronto el Rey se desentendió de todo el conjunto y se afanó en dejar en su lugar los dedos de uno de sus guantes, que, al parecer, estaban en desorden. Me dio la impresión de que olvida de momento la función en que lo ha puesto el destino. Es meticuloso en cualquier detalle, y los cuida en medio de cualquier circunstancia. Una vez que todos los dedos de cabritilla estuvieron esperando los suyos, se relajó, y la sonrisa volvió a encender ese rostro un tanto descolorido, como aquellos muros que se resistían a servir de marco a esta farándula.

De estas cavilaciones un tanto partidistas me sacó la voz de mi tío, quien me susurró apremiante: «¡Inclínate, Francisco, estás delante de su majestad el Rey!». Yo, sin constatar siquiera el mandato, me incliné respetuoso lo mejor que pude. Al incorporarme, tenía a Luis Felipe de Orléans a cortos centímetros:

—Señor, lo veo a usted con gusto. ¿Qué piensa usted de todo esto? — me preguntó.

—Es magnífico, sire — respondí, pero mis palabras no le alcanzaron, porque ya estaba frente a otros invitados, repitiendo una frase si no idéntica, al menos muy parecida.

Y eso ha sido todo, Leticia, humo, fugacidad, ilusión de esta vida. Cuando apoyé la mano en la baranda desvencijada que conduce hasta mi cuarto, la miré sorprendido, era la misma que por unos breves segundos había tenido entre sus dedos, la frágil, resguardada, regia diestra de un monarca.

Antes de quitarme estas ropas, he querido sentarme al escritorio y untar la pluma. No debo olvidar ningún detalle. Así mañana amanecerá

cerá sobre este pupitre toda esta velada del teatro de las Tullerías, que tuvo lugar aquí en París, el 5 de mayo de 1847.

Busco el sueño, único medio que tengo para tenerte conmigo. Te amo.

11.

Dulce mía: me hallo desanimado a tal punto que he permanecido días enteros en cama, lo que un joven, pero sobre todo un caballero, no debe hacer.

Las tramitaciones a que en la legación me someten, tanto mi tío como el resto de aquellos señores, han terminado por convencerme de que la acción se me niega en el presente, y que sólo ésta me es dada por medio de los recuerdos, salpicadas estampas que acuden a mi mente, cuando aquí de espaldas en mi lecho, clavo la vista sobre el dosel que sostienen estos cuatro pilares salomónicos.

Si vieras cómo aumenta mi soledad en la medida en que me integro a esta comunidad nueva y es sólo la luz la compañera más asidua de este cuarto, ella irrumpe, inunda y se escurre, una visita silenciosa, que cuando se inicia me comunica una felicidad indecible, despojándose durante la jornada de este entusiasmo para volverla pura pena y melancolía, al huir de aquí, borroneando el contorno de las cosas, alterando la proporción de los entornos, situándose finalmente en el espacio de la ventana, la que se desciende de súbito, para convertirse en un tapiz de estrellas.

Y en tanto esta amiga teje y desteje con su impalpable urdimbre los llenos de esta caja en que permanezco, mi mirada se pierde en el diseño de memoranzas, reales y otras más fantasiosas que se agolpan en mi conciencia. Y vuelvo a surcar los mares, los del sur primero, que me arrancaron de mi tierra para remontarme hasta el istmo de Panamá. No he podido olvidar cuando la *Cleo*, aprovechando soplos favorables, dejaba Valparaíso, y yo me volvía inmóvil, no despegando mi vista de aquellos cerros de dorados cantos que se desdibujaban no tanto por la distancia, sino por la distorsión a que los sometía mi llanto.

Leticia, me he vuelto tan llorón, desde ese día en adelante. No sabes tú la congoja que estrechó mi pecho cuando me alejé del puerto. Ahí supe lo mucho que amaba a esa tierra, el diseño precario de esa rada, la cantidad de mástiles que íbamos atravesando, y aquellos cami-

nos aún mal trazados en el polvo de esos cerros, el entarimado, los edificios de la aduana, la Matriz, siempre amenazada por las olas hasta sus escalas, y la casa del almirante, que se divisa hacia el final.

Luego viene la consabida prueba a que nos somete el mar frente a Antofagasta, un remolino inmenso que intenta hacer zozobrar a cualquier navío que se le atravesase; el nuestro no escapó al aprieto, y nos bamboleamos de babor a estribor, de proa a popa, sus buenas horas. Lejos saltaron los toneles y las vituallas; una de las velas arremangadas se soltó, y con aquella especie de estandarte sin control, estuvimos a punto de hundirnos. De allí, una vez fuera del círculo infernal, todo se volvió manso y más regular, a tal punto que no sin vergüenza debo confesarte que el miserable puerto de Paita no sé dónde ubicarlo, si antes o después del Callao; tan a gusto nos hallábamos alejados completamente del temor a la catástrofe.

En el mencionado puerto de Paita, la noche vuelve una verdadera esmeralda esas azules aguas, y la profundidad queda expuesta como de día: la luna penetra esas distancias líquidas y revela toda aquella fauna y flora, vida en otro tiempo que el nuestro, que allí abajo se desplaza silenciosa, con leyes de convivencia feroz para quien no las respeta o transgrede. Eso se nota en la rapidez y la voracidad con que aquellos peces y plantas se atacan y defienden, extendiendo tentáculos o desparramando líquidos que por momentos borran zonas enteras... y cuando llevas horas de bruces indagando la aventura de esas honduras, sigilosamente se acercan al barco frágiles embarcaciones de indígenas costeros, tan delicadas, en aguas tan transparentes, que más que navegar parece que vuelan. Y es entonces que comienza todo aquel contrabando a escondidas, asaz penando en nuestros días.

A los capitanes extranjeros que surcan esas latitudes les importa un bledo estas prohibiciones locales, y hasta hacen ostentación de aquel intercambio insano que rompe todo tipo de surgimiento para nosotros.

A altas horas de la madrugada, el barco simula uno de esos buques fantasmas de las leyendas, ya que su cubierta se repleta de gente sigilosa que comercia a hurtadillas. Saben, tal cual aparecen, escurrirse de golpe, y esto es lo que impresiona. En un momento no cabe un alfiler, de tanto que todo lo repletan, cierras los ojos y al abrirlos se los ha tragado el mar, ni la presencia de los faluchos se encuentra.

Mi estada en Lima la reservo para narrártela con más tranquilidad que la que impone una carta. Ya sabes, Leticia mía, lo tanto que amo a esa ciudad de historia y hermosura. Esta vez mi misión me impi-

dió entregarme sólo a la contemplación de sus palacios y templos. El maestro Monvoisin, que está lleno de trabajo, rodeado de ayudantes y aprendices, me retuvo casi todo el tiempo. Antes no me había referido a estos detalles de mi viaje, en parte porque comencé a escribirte en cuanto llegué a París, y como esta ciudad me impresionó tanto, me referí sólo a ella, dejando para más adelante los avatares de Lima y los demás pueblos costeros. En parte también porque todo lo que concierne a mi relación con el pintor R. de Monvoisin he querido guardarlo en reserva, puesto que no deja de ser complejo ese encargo. No olvides, Leticia, que en este asunto está involucrado el Ministerio de Relaciones Exteriores, sobre todo don Luis, que tanto esmero ha puesto en lo concerniente a las artes. Desde luego se ha complicado mi intervención en todo esto, porque el maestro tuvo que dejar nuestra patria para pasar a Perú, en donde cumple compromisos. Esta ausencia no será definitiva, Monvoisin tiene forzosamente que retomar a Chile no sólo por lo de la escuela y el taller, sino también debido a unas tierras que pretende adquirir en el valle central. Antes de su regreso, tiene proyectado venir a reunirse con nosotros acá en Francia, amén de tomar contacto con parte de sus familiares, que no han querido compartir su estancia en América.

En fin, Leticia mía, así retrocedo en mi cronología de viaje, divago, sueño, recuerdo, porque por vez primera, la vida me impide continuar con el entusiasmo con que inicié mi *séjour*, como aquí se dice; tal vez esté contagiado de la enfermedad conocida como *le mal du pays*. Qué mejor que convalecer retrocediendo, es como intentar llegar aquí de nuevo, quizás con más cautela y tino que la primera vez, que de una altura desmesurada de euforia, resbalé por la pendiente hasta el feo estado del desgano y el tedio.

El gato de madame Benoir aparece de pronto en el recodo de la mansarda, y distrae mi escrito. Yo lo he bautizado como Olimpio, la verdad es que nunca he puesto atención al nombre en francés que tiene. Es plomo y blanco, con ojos muy verdes, los que casi nunca muestra. Como los búhos, rechaza la luz diurna.

Es mi compañero inseparable desde que le acarreo trozos de galletas y otros restos que envuelvo en los restaurantes. Debe preguntarse la *madame* por qué su micifuz no duerme de continuo con ella. No creo que sospeche de mí, porque el recorrido desde el primer piso hasta acá arriba lo emprende no por la escala, sino por el vecindario, para atravesar los tejados y asomarse contra el vidrio, desde donde exige ser admitido.

No creas que en cuanto le abro brinca hacia el interior, la mayoría de las veces que lo hago permanece impávido, girando incluso la cabeza en dirección opuesta al cuarto. Es cuando debo tomarlo en vilo e introducirlo hasta mi cama, de la que con gran propiedad toma posesión, enrollándose a los pies, impidiéndome muchas veces moverme con libertad. Pero me enternece tanto su carácter indiferente y hosco, que le he tomado un gran afecto, y le permito me arrebate la mitad del lecho.

Lo molesto es que no soporta lo largo de la noche, y antes del amanecer, exige le abra nuevamente la mansarda; frente a ésta maúlla fuerte y reclama esa libertad, la que finalmente concedo, jurándome no conmovirme nunca más y no dejarlo entrar la próxima vez que plañideramente me lo pida. Todo el tiempo lo ocupa en el sueño y el asco. Con qué meticulosidad cuida su prestancia, jamás obedece a mis requerimientos, el afecto sólo él lo administra. Es cuando de improviso salta sobre mi pecho, se tiende en él y ronronea.

Cuántos sinsabores nos ahorraríamos si aprendiéramos esta manera de sobrevivir, jamás obligándonos a nada sino cuando realmente lo sintiéramos. ¡Hasta seríamos más limpios!

Leticia, no vayas a creer que hago alusión a nuestro enlace; muy por el contrario, cuando analizo lo del gato, pienso en otros aspectos de las relaciones humanas: la amistad, la política, a esos compromisos me refiero, los que excusando el amor, deberíamos manejar con la sagacidad del felino.

Tan accidentada que resulta esta carta, primero por mis melindres, luego asediado por hechos ya pasados y finalmente por Olimpio, el que exige dedicación exclusiva, cuando recorta su silueta contra la ventana. Ha trepado a la cama, y estirándose a todo lo ancho, se ha quedado inmóvil como muerto.

Para terminar mi interrumpida navegación por el Pacífico, falta la parte del istmo de Panamá, tan costoso de atravesar todo ese recorrido a lomo de mula por la jungla, desafiando cuanta alimaña te imagines, abriéndonos paso a golpes de machete la mayoría de las veces, porque la selva restaura en menos que canta un gallo cualquier avería que le hagas para despejar la ruta.

Si en estos tiempos nuestros este tránsito se nos hace dificultoso, me puse a meditar cómo habrá sido para los conquistadores españoles, que lo emprendían por primera vez. Aquel Balboa, hombre al que admiro sin reservas. Viene a mi mente el cuadro completo: lo veo

habitando su redondel de tierra, allá en Santa María la Antigua, en el Darién, con sus casas gachas de totora, los indios domeñados de los alrededores y un puñado de descalificados colonos. Aquello antes de la llegada de *Pedrarias* Dávila, el malvado gobernador que a la postre le envió asesinar. ¿Sabías, Leticia, que *Pedrarias* tenía un pasado harto pintoresco? Atacado de una enfermedad misteriosa, lo dieron por muerto, enterrándolo vivo. Sólo sus alarmados gritos desde el fondo de la cripta le salvaron de la muerte definitiva. Se decía de él que había conocido el infierno.

A este sujeto debió solicitar permiso Balboa para cruzar el istmo. Me los figuro macheteando la selva pútrida de pantanos y temperaturas horribles, ceñidos por calor con petos y cascos de género, acarreamdo las piezas desarmadas de sus rudimentarios barquichuelos.

Una vez que salen a la claridad, Balboa se adelanta espada en mano, se asoma desde la gigantesca duna sobre el océano innominado, y gritando de euforia se deja caer a la carrera, tropezando, dando vueltas de campana, hasta llegar a la orilla del mar, y en aquel ruedo de espuma, agitado por las gigantes olas, blande la espada, bendiciendo toda esa enorme cantidad de agua para los reyes de España.

¡Qué emoción, Leticia, no sospechas cómo es todo allí en esas latitudes, de extremo y peregrino! En uno de esos recorridos, rodearon al descubridor del Pacífico y por la espalda le dieron, como a César: «¡Traición no!», exclamó Reno de orgullo, y se desplomó entre los dos grandes océanos.

Cuando uno recuerda esa epopeya, nuestro doméstico viaje nos parece una muy mediocre réplica.

Al mirar estas carillas, las que suman bastantes, constato que me queda tan sólo media página de la última. La llenaría de caricias, y es mucho más lo que mereces. Imitaré a Olimpio, aparentaré indiferencia, completándotela con mi relato, lo hago por tu interés, me parece no tengo derecho a dejarte a medio camino.

Lo que resta, vida mía, es el tramo desde allí hasta Burdeos. Esta vez la navegación fue normal, con unos quince días en que la falta de viento nos dejó estacionados en aquella zona que llaman Mar de los Sargazos, entorpecimiento que parece infranqueable, pero que el retorno del soplo soluciona sobremanera, y que a la postre no representa ningún riesgo para la travesía. Remontamos finalmente el Gerona, y desde Burdeos tomé la diligencia pesada y fatigosa que me condujo al lugar desde el que te escribo. Pude demorar unos días en Burdeos, en

casa de un compañero de viaje que vivía en Arcachon, pero desistí de tan gentil ofrecimiento, aduciendo que debía presentarme en París hacía ya tiempo.

Al releer esta carta, cosa que no debiera hacerse nunca, ya que entran deseos de no enviarla por tanta imperfección; advierto que te he narrado la odisea de Balboa omitiendo tantas cosas, entre otras que con Pedrarias venía a Santa María la Antigua el mismo Almagro, nuestro descubridor de Chile, personaje también de mi predilección, en contraposición a Valdivia, a quien tantos méritos de sobra le ha otorgado la historia en desmedro del primero. Que junto a ellos estaba Pizarro, y que Balboa tenía un perro rojo como el fuego.

Ya te he divertido en demasía, hablarte de cosas pasadas me reconforta, pienso saltar de esta cama e ir a depositar la carta esta misma noche.

Con ella en la mano restablezco el nexo que me devuelve la vida. Te amo apasionadamente, te adoro y respeto. ¡Vuelo!

12.

Leticia, mi querida Leticia, estos últimos días fueron de gran agitación en la legación chilena. Las cosas han cambiado para nuestros compatriotas. Bien lejos les parecen a estos señores los años de Carlos X, Polignac y los desórdenes de julio, tiempos en los que el gobierno de Chile comenzaba recién a cimentar las bases de su política en el exterior. Hoy, durante este reinado democrático, se han afianzado nuestras instituciones y la casa diplomática funciona más acorde con las tradicionales de los demás países de Europa.

También los problemas que debe resolver son más agudos que en ese entonces, tanto los económicos como los sociales. Un gran número de chilenos acude a este país tras no sé qué embrujo, y muchas veces deben soportar bastantes humillaciones y adversidades. Se instalan en los hoteles durante largas temporadas, chapurrean un francés horrible, *petit negre*, como lo califican aquí, e intentan ser admitidos en esta sociedad que amén de exclusiva, es sumamente quisquillosa e intolerante.

Ayer, sin ir más lejos, una señora de éstas de quien prefiero omitir el nombre, me hablaba de sus desventuras en el vestíbulo de la legación, en tanto yo aguardaba a mi tío Mauricio.

La astuta mujer se hospeda en un hotel de la calle Lafitte, con su marido, un hombre rico, a quien gobierna, y sus tres hijas, todas mayores. Esto sin contar la servidumbre, que, desde luego, es chilena.

Llena de ademanes aprendidos y afectados, se daba ínfulas ante mí y el ordenanza, que no le prestaba mayor atención. No es que yo menosprecie a mis compatriotas, ya que los hay muy distinguidos y puestos en su lugar, pero estos arribistas son dignos de la crítica a que ellos mismos se exponen.

La dama tenía un modo bastante arcaico, por decir lo menos, de tomar asiento, usando el abanico con un desorden y falta de compás que verdaderamente impactaba:

— Si el señor ministro supiera quién es la que espera... yo le aseguro que esa puerta se abriría en un santiamén — exclamó, y luego, mientras continuaba el monólogo, se torció enteramente en el silloncito, para hurguetearse algo en el refajo, obligándonos a continuar escuchándola con la vista baja.

— Porque no me discutiré usted que... — y luego interrumpió para espetarme, mirándome fijo a los ojos:

— Joven, ¿es usted chancho que da manteca? — frase que coincidió con la sonajera de las hojas de la puerta, indicando que podía pasar a la oficina de mi tío.

Recogió un montón de adminículos, un bolso de diseño estridente, una sombrilla que le hacía juego, los guantes, y restregándose la manga con disimulo por las narices, sin despedirse, ignorándonos completamente ingresó al gabinete.

Esta dama, según supe, tiene problemas con la dueña del hotel donde se hospeda, ya que le ha dado por cambiar los muebles originales de las piezas y la suite que ocupan, por otros propios. Es tanto su dinero que desea instalarse de por vida en ese lugar de paso, y esto le ha traído una discusión con la hotelera, que ha terminado en los tribunales.

Al parecer, no le ha ido como ella deseaba, ya que los gritos de mi tío y los de la fulana configuraban un dúo de verdad espectacular. Al fin, ella salió dando un portazo horrible, al momento que exclamaba: *Je me «marche»*... que en francés no significa nada. Es común oírle decir «*moi también*», «*moi también*», lo que tampoco es correcto. Cuando atravesó el vestíbulo me dio sus señas, y para ser más gráfica, exclamó: «*Sous la pendue*», en vez de «*sous la pendule*», o sea «bajo la ahorcada», queriendo decir el reloj de pared, que existe adosado al frontis de su hotel.

—Usted debería acompañarme hasta la calle, — exclamó, clavándome los mismos ojos con que me había mirado minutos antes. Aun cuando estaba apurado, la tomé cuidadoso de un brazo y la conduje afuera.

Allí detuvo un coche de alquiler y trepó. Aliviado, lo vi alejarse, pero no bien había rodado unos metros, éste se detuvo. Acudí entonces a investigar la causa. Fue el cochero quien desde el pescante me gritó molesto: «¿Qué dice ésta? ¡Yo no le entiendo nada!».

Varios años lleva esta dama en París, pero a mi entender su oído, el que ha sido dócil a las perlas grandes y vistosas, no lo ha sido igualmente con esta lengua latina, prima hermana de la nuestra. He conocido muchos más especímenes de este cardumen, al menos esta señora parece inofensiva, porque en el fondo toda su extravagancia se resume en las frases que reproduce a cada instante: «¡París, París! ¡Oh, *le coins* de París! o, ¿y qué me dicen ustedes de los vitrales de la *chancha pel*»? En ciertos círculos, cuando la reciben, lo hacen por diversión. Me contaba mi tío que en una recepción donde madame de..., una benefactora muy influyente, asidua de la corte, mujer de gran intelecto que ha dirigido en el pasado incluso un salón literario, nuestra compatriota, al momento de retirarse hizo gran aspaviento por dirigirse a la puerta, abriendo ella por su cuenta la de uno de los dormitorios de la casa, equivocación que obligó a incorporarse a la madre de *madame*, quien en ese momento se encontraba bastante resentida de salud.

Para remediar tal torpeza, nuestra amiga dio mil disculpas a la dueña de casa, en tanto forcejeaba otra manija, esta vez la de la sala de baño, en donde *monsieur*, completamente desnudo, se disponía a ingresar en la tina.

Le ha costado aprender que debe dejarse conducir hasta la puerta de entrada de las casas, y no acceder a ellas por las de servicio, como también es su costumbre. Difícil le resulta superar su afán dádivo de dejar regalos insólitos a los que cree sus amigos, en la portería. Encontró que era original repartir una imagen piadosa de la «Virgen que llora», de un feo material y con los detalles pintados. Por esta manía se la llamó jocosamente «la vieja dama de la caridad», apelativo sarcástico que aquí en París es signo de mediocridad. De más está decirte, Leticia, la sonajera que emite al ingerir la sopa, y cómo se suelta las ligas en la mesa. Estos pormenores sacan de quicio a mi tío, y a los señores de la legación, cuando están obligados por las circunstancias a compartir un compromiso con ella. Así son estos nuevos ricos, que

sueñan con echar a correr sus coches por los bulevares, y sin darse cuenta van envejeciendo en sitios y circunstancias a donde nunca fueron invitados.

Muy luego, Leticia mía, te tendré al corriente del comienzo de mis trajines, puesto que ya creo llegado el momento de emprenderlos. Espero te hayas divertido con esta carta un tanto frívola y virulenta.

Que si por ella me juzgas, hazlo lo más distante de tu corazón que puedas, mira que el mío, a pesar de la inmensa distancia, sabría inmediatamente que lo has puesto en duda, motivo de sobra para que deje de palpar. Un abrazo emocionado, tuyo. Vale.

13.

Leticia, mi amor, hoy que me proponía dejarlo exclusivamente para componerte una carta ordenada y larga como tantas veces me pides, tampoco podrá ésta distinguirse de las anteriores. Los avatares de mi estada me alteran el sueño y el ánimo, y prefiero cumplir de esta manera que esperar una ocasión propicia para escribirte mejor y así dejar pasar mucho tiempo.

Esta semana ha estado señalada por el alboroto que se advierte en la legación diplomática. Los diarios, de los que nadie pone en duda su intención y verosimilitud, alteran el buen juicio de mi tío, del general Borgoño y el resto de los secretarios. Mucho se discute la función de los generales Gérard y Sault, y de la gestión, al parecer equívoca, de Thiers y Odilon Barrot. Poco entiendo yo de estas prolongadas controversias de pasillo. Cuando mi tío, con gesto preocupado, me alcanza *El Nacional* para que yo lea un determinado artículo, mi vista se va directamente a ese asunto de las caricaturas de este «rey ciudadano» como aquí lo llaman. Esas peras con facciones y patillas, las que visten con la ceñida levita y el sombrero de copa, amén de un ridículo paraguas. Siempre lo dibujan con cara sonriente y expresión ingenua, aunque el tenor de los artículos sea preocupante. Mas hoy hasta las caricaturas han variado de aspecto. Son ahora unas peras secas, viejas y arrugadas, llenas de lágrimas y amargura.

Estos alegatos referentes a la situación que tal vez en un día no muy lejano se presente dificultosa, tiene preocupado al cuerpo diplomático acreditado, y mi misión pasa inadvertida. He sido yo esta vez

quien puso sobre aviso a mi tío, llamándolo de otro modo, oficialmente al orden si así se puede decir.

— Señor embajador, — argumenté —, hace más de un mes que me siento ante este escritorio y aún no tengo la oportunidad de explicar a usted la razón por la que me encuentro aquí.

Estas fueron, Leticia, mis palabras textuales, me miró por encima de unos cristales que utiliza para leer de cerca, y sin responderme una sola palabra, extrajo del cajón una carpeta prolijamente encintada de rojo, azul y blanco.

— Señor Chabry — me respondió a su vez, abriendo aquel cartapacio —, para su conocimiento y tranquilidad dos semanas antes de que usted arribara a esta ciudad, yo ya tenía en mi poder, por vía de valija diplomática, las instrucciones precisas de su misión. Así es que veamos.

Palidecí de impresión, pero me sentí feliz. Se me iba a prestar la atención debida.

— En esta carta fechada a principios de año, se me comunica que usted será portador de un valioso embalaje de las más variadas copias de esculturas en yeso, y réplicas de grabados, cuadros, implementos de trabajo para talleres, materiales, libros, textos de estudio; en fin, una variedad bastante grande de necesidades para la nueva academia de Bellas Artes, que según entiendo da sus primeros pasos en Santiago. Pues bien, también se me informa que no remitamos estos encargos a Chile hasta que el maestro Monvoisin los acepte y corrija. Como el pintor ni siquiera aún ha salido de Lima, consideré prematuro recordarle a usted que empezara a satisfacer estas obligaciones. Pero al notar la vehemencia con que asiduamente me visita, he resuelto poner manos a la obra. Oficialmente, señor Chabry, le ordeno a usted que desde mañana comience a visitar los lugares, ya sea tiendas o *ateliers* de artistas que podrán orientarlo en tal sentido. Aquí tiene un pagaré en blanco, que usted llenará según estos gastos. El gobierno en ello ha sido bien claro: no le impone a usted restricción alguna, conociendo su alto sentido de responsabilidad y la absoluta honradez en su proceder. Saben las autoridades que pondrá el mejor empeño y tino en ajustarse a la realidad del país y a la del establecimiento que se inicia.

Y con estas palabras me entregó el dinero y las listas de artículos que yo debía adquirir, embalar y hacer llegar a la legación para que les diera visto bueno el maestro.

Al salir apreté contra el pecho estos documentos. No sabes, amor mío, lo ansioso que me sentía por iniciar mis trámites.

Sin pensarlo siquiera me dirigí a mi hotel con la intención de desglosar las listas y ordenar por rubros los pedidos. Tomé un coche Simón e indiqué el trayecto. De pronto al llegar a la Concordia, un espectáculo inesperado nos hizo detener en un principio la marcha y luego acelerarla otra vez lo más que le dio el tranco al viejo jamelgo.

Unos individuos notoriamente enfurecidos y fuera de sí, habían volcado y prendido fuego a una de las carrozas reales, produciendo estupor no sólo en la muchedumbre que se agolpaba, sino en los caballos que encabritados corrían, como el lacayo vestido de rojo, por los jardines de las Tullerías. Aquella pira despedía una gruesa humareda pesada y gris, la que de momento envolvía y hacía desaparecer a los revoltosos; me hizo recordar el asunto de los diarios, artículos que mi tío me había dado a leer no hacía mucho. No me atrevía a indagar si aquel vehículo transitaba desocupado o en él iba algún dignatario. Aquel lacayo que se internaba entre los árboles era el único que de ello nos podía informar. Preguntarle resultaba imposible a un hombre que tanta gente perseguía para asesinar.

Un presagio adverso me inundó, presentí malos tiempos quizás para «el rey ciudadano», ojalá yerre en ello. No puede a Francia ocurrirle siempre lo mismo, otra vez barricadas como las que en 1830 llevaron a Carlos X de Saint Cloud a Escocia. No podía acontecer nuevamente. Las cosas no se repiten tan fácilmente, ya verás, vida mía, que este Orléans ha de morir en el trono como es de esperar.

Así la imagen del carruaje volteado envuelto en llamaradas no sólo se fue desfigurando en la distancia física, sino en mi recuerdo.

Mas he aquí, Leticia, que otra sorpresa me aguardaba al llegar al hotel. Este día estuvo marcado con puros hechos relevantes. A que no te imaginas quién pacientemente aguardaba sentada a los escalones de la puerta. Nada menos que la prima Arlette, la pequeña jovencita surcada de pecas y con el pelo tan en llamas como las del atentado de las Tullerías.

En un principio me dieron ganas de ordenar al cochero que siguiera de largo frente a mi puerta, pero no teniendo sentido tal estrategia, descendí y me acerqué a la joven. En cuanto me vio se abalanzó rodeándome con sus brazos, adherida a mi pecho con una vehemencia tremenda. Su cabeza hundida en mi chaleco no quería retomar de allí, ahogada por un llanto conmovedor del que no pudo reaccionar. Extraje mi immaculado pañuelo y con él intenté acallar esos sollozos que me partían el alma.

Como no emitía palabra, me vi en la obligación de hacerla caminar, conduciéndola a través del puente hasta el Teatro Francés para buscar un café que existe a un costado del Palacio Real, o de los Orléans como aún se llama. Sentada frente a una mesa, cuya cubierta cuadrícula un alegre mantel, me miró con tanta devoción que me hizo sonrojar. Afortunadamente no había otros parroquianos en el lugar. Ordené dos confituras de fresa y crema, o *gateaux* como los llaman aquí. Recién entonces me narró abiertamente sus propósitos, sus inauditas razones para encontrarse a mi puerta en pleno día.

Rubor me asedia el mancillar las intenciones de Arlette. En verdad, amor de mi vida, me resulta en mi condición varonil hartamente engorroso transcribir este asunto. Pero en el convencimiento y la obligación que nuestro amor nos demanda, nada creo debo obviar ni disimular por embarazoso que ello sea. Dejando de lado mi vanidad, que como todas es inevitable en estos casos, créeme que esta historia no suscitó esta mala hierba. ¡Al grano, Chabry! Arlette huyó de su casa movida por amor hacia mí, dejó en Saint' Ange una carta explicativa y a pie ha hecho el trayecto para confesarme tal equivocación. ¡Te puedes imaginar qué incauta! ¡La insensatez qué contornos puede alcanzar! Al oír su confesión, aparté la silla con violencia e inmediatamente me puse a la tarea de reintegrar a aquella muchacha a su lugar de origen. Pero no fue tan fácil como te imaginas. No se me apartaba ni un instante como dispuesta a todo. Había en sus ojos una expresión inalterable, cual ficha jugada, página escrita, música ejecutada. Quiero explicarte que intentar persuadirla de un retroceso era inconcebible.

En lugar de provocar en mí ternura o emoción, despertó un sentimiento horrendo de rencor tan violento y peligroso, que hube de dominarme para no faltar a la cordura.

El día terminaba, los faroles agravaban la situación, ¿dónde acudir? Regresar a Saint' Ange a esas horas resultaba imposible. Mi tío Mauricio no habría comprendido nada, sobre todo que no hacía ni doce horas que me había otorgado aquel montón de dinero para los encargos de la academia. Me dio por pensar que relacionaría ambas cosas. Amigos en quien confiar no tenía, fueron así descartadas todas las posibilidades aquí expuestas, no quedándome más alternativa que intentar llevarla a casa. ¿Y madame Benoir?, me dije, siempre atenta «al faro» de la entrada. Le expliqué a Arlette que aquella noche pernoctaría en mi cuarto, pero para ello era necesario distraer la vigilancia de la portera. Convinimos que se pusiera mi levita, que le quedó inmensa. Casi

arrastraba los faldones por la vereda. Mi sombrero en cambio, gracias a su abundante cabellera, se sostuvo como es debido. Así, convertida en un camarada pasó frente al ventanuco adversario. Si el disfraz no era del todo convincente, rectificaron sus errores y carencias los temidos y despiadados ojillos de madame Benoir que esta vez, como sucedía de continuo, estaban suavizados, alegres, condescendientes, chispeantes y fuera de su eje. Una vez en el dormitorio, como te imaginarás, amor mío, la situación me fue altamente incómoda; alojar en aquellas circunstancias no se lo doy a cualquiera.

Sobre todo tratándose de un forastero como yo y de una muchacha de provincia. Imagínate cómo complotaban contra esa escena todos nuestros principios, amén de estrictos y severos, sumados los unos con los otros, volviendo la atmósfera de ese recinto irrespirable.

Le ofrecí gentilmente la butaca de lectura que se ubica junto al lavabo, y allí arrebujada en mi capa,ladeó la cabeza en dirección opuesta al lecho y permaneció como una estatua, traicionada esa postura hierática por repentinas lágrimas que de súbito arribaban a sus ojos.

El problema fui yo, no atreviéndome a disponer del lecho, opté por sentarme al escritorio y hundir la cabeza entre los brazos, intentando el sueño como un escolar de la última fila. Como supondrás, Leticia, el sueño no fue la tónica de esa noche, y yo no hacía otra cosa que erguirme a cada instante y vigilar a Arlette, quien despierta con esos ojos que miraban en otro tiempo, tampoco dormía. Fue entonces que me conmovió aquella niña. Sentí una gran tranquilidad al observarla, ya no estuve más posesionado por la ira que me asedió en el café del Palais Royal; ahora por el contrario, sentí una cierta emoción al presentir su renuncia, eso era lo que aquella postura, aquellos ademanes, esos ojos perdidos me transmitían. Sabía con certeza que al rayar el día no opondría ninguna resistencia y mansamente se dejaría conducir hasta su pueblo. No sé, me lo avisaba un hálito maravilloso que irradiaba su resignación. Y por qué no confesártelo, Leticia mía, me conmovió tanto su pérdida en pos de mi tranquilidad que si no hubieras estado tú en ese instante habitando mi corazón, me habría precipitado en sus brazos, acariciándola, impidiéndole volver. Nada hay que me enternezca tanto como una renuncia o un perdedor, malsana manía mía que en vez de treparme a la ilusión por la admiración, lo hago por el arrevesado sendero de la pena.

Como para coronar la difícil situación, Olimpio apareció de improviso maullando en el marco de la lucarna. Insistente, se sentó sobre

el latón y luego de repasar su pelaje minuciosamente, nos enfocó con sus ojos de lechuza, sorprendido más que nadie — y no era para menos —, al constatar el lecho vacío.

Me negué a abrirle, me pareció excesivo ofrendarle al felino mi cama, preferí que como nosotros dos se limitara a guardarle distancia.

Y así amanecieron esas sábanas estiradas, ni la más leve huella sobre los cobertores y almohadas.

14.

Vida mía, no has respondido mi última carta. Ya van a ser dos meses que te la envié. He ido a reclamar con el comprobante, pero me aseguran que el conducto no ha sufrido alteraciones. ¿Qué hay, Leticia? No quiero imaginarme nada adverso, es motivo del retardo quizás los malos vientos que han impedido al barco afrontar en forma el cabo o a la inversa, como de continuo acontece está por allí detenido, inmóvil sobre la plancha del océano, aguardando se levanten los céfiros y empujen nave y misiva hasta tus brazos.

Como imaginarás, Arlette al día siguiente se dejó conducir dócilmente hasta su domicilio y aquella historia tocó su fin.

Es el asunto del envío lo que me ocupa el tiempo. He debido visitar al menos una docena de talleres de pintores, grabadores y escultores. Todos ellos han sido bien gentiles conmigo. Ya estoy habituado a aquellos *ateliers* junto al Sena, sus vetustos muros, circundados de repisas con bustos, torsos, capiteles, vasos de yeso; al cañón negro de la salamandra buscando en el gran ventanal oblicuo su salida, a aquellos vidrios tamizados de polvo, a corta distancia de los que cuelga un gigantesco lienzo como vela de embarcación, arremolinando entre sus pliegues aquella iluminación pareja que acude del sur de la tierra. Esa luz de la que podría hablarte horas, la que viene sin sol, cautelosa, sigilosa, que incide sobre los objetos, destaca las figuras, permaneciendo intacta tan inmóvil como el modelo desnudo de proporciones regulares que en actitud significativa emula a los antiguos héroes y dioses. A veces le calzan un casco griego o una cimitarra berberisca. En ocasiones actúa más de uno, vestidos con trajes exóticos llenos de borlas y pasamanerías. Está de moda penetrar el pasado o el lejano Oriente con este tipo de ensueños.

Los alumnos rodean estos entarimados, algunos para la preci-

sión apoyan el antebrazo en firmes tientos para no desviar la línea que debe contornear con exactitud los escorzos y gestos. La sanguina y el *sfumatto* le dan a estas alegorías toda la ambientación requerida. Es fascinante esta verdadera industria de los cuadros y las esculturas. Tanto así que muchas veces me distraigo en demasía en estas sesiones de pintura.

Mi misión, en cambio, es dedicarme a la sección de vaciado y fundición. Es allí que emergen de los moldes las copias que debo adquirir: los Apolos arcaicos y los otros clásicos, la Diana cazadora, la Venus del baño y el Hermes, el Galo herido, los luchadores y los esclavos inconclusos de Miguel Ángel, la dama *inconue*, el discóbolo, balaustres y frontispicios góticos, románicos y renacentistas, tímpanos completos, capiteles corintios, jónicos y dóricos, figuras geométricas, esferas, pirámides, conos y cilindros, máscaras, cabezas, gárgolas, manos, pies, cuerpos desollados, esqueletos, mapas con nervios, láminas de plantas, todo el mundo vegetal conocido y el animal. Es como para reflexionar, Leticia, el recuento de todas estas piezas de reproducciones en materiales ligeros. Constató que en un punto el arte y la ciencia empalman. ¿No es lo que se advierte en los cartapacios de Leonardo? Una sublime disciplina de traducir en arte la naturaleza para indagar sin tergiversaciones, con sólo esta pregunta, su orden, su misterio.

Al embalar estas réplicas en sus cajas y envoltorios, siento que con mi misión yo también contribuyo a algo parecido. Llevar estas mascarillas del arte que aquí tienen su asiento al nuevo continente para que su contenido y su secreto...

NOTA

Hasta aquí se conoce este conjunto de cartas. La última de ellas aparece, como se ha visto, inconclusa. Su volumen fue remitido en una encomienda a París, un mes antes que Francisco Chabry abandonara Francia. Pero por motivos que desconocemos tanto las misivas como el joven se cruzaron sin que éstas llegaran a sus manos, razón por la que permanecieron en la Legación chilena nada menos que ciento veinte años. Nadie se explica cómo aconteció este fenómeno, algunos piensan que a la caída de Luis Felipe de Orleáns, los disturbios favorecieron el extravío, otros, a los continuos cambios a que se vio obligada la casa diplomática hasta ubicarse definitivamente en la calle de la Motte Piqué, en donde actualmente se encuentra.

El año 1962 con ocasión de cumplir una beca que el gobierno francés gentilmente me otorgara, tomé contacto con el primer secretario señor R.M.C. de nuestra embajada quien sospechando que aquel farrago de correspondencia tenía algo que ver conmigo, me las enseñó. Sorprendidos se mostraron no sólo el señor secretario, sino el mismo señor embajador cuando les demostré que se trataba de mi antepasado directo. Luego de consultas al Ministerio en Santiago y a la Biblioteca Nacional se vieron en la obligación de entregármelas.

Yo por mi parte me comprometí a publicarlas algún día. Aclarado el asunto de la permanencia y descubrimiento de las cartas, me asaltan dos incógnitas que me cuesta resolver y que quizás el lector más suspicaz que el descendiente pueda esclarecer. La primera es por qué Francisco Chabry jamás se refiere al contenido de las cartas respuestas a las suyas que constantemente se supone recibía de su amada; y la segunda, qué fue de aquel enlace sentimental o compromiso. ¿Volvió a ver a la tan ofuscada Leticia, víctima tal vez de los estrictos consejos de su padre? Lo que sí puedo asegurar es que Francisco Chabry no se casó con ninguna Leticia. Ese no era el nombre de mi lejana abuela. Una última duda me acecha, la más patética de todas: ¿existió realmente ella?

Cartagena, 1988.

EL CUMPLEAÑOS
DEL SEÑOR BALANDE

1.

Es una falacia bien socorrida creer que reunir a la familia para un evento conmemorativo significa apoyo mutuo, postergación de los antagonismos, solución a nuestra condición solitaria y conflictiva.

Pero cuando se trata del cumpleaños del progenitor, no se piensa en tales cosas, y todos contribuyen a hacer feliz ese momento. Era el caso de Balande, Óscar Balande, quien aquel día cumplía cincuenta y siete años. Sus hijos, todos casados, los cuñados y cuñadas, los hermanos, incluso una que otra tía sobreviviente de la generación anterior, y la totalidad de los nietos, se dieron cita en el departamento de los «viejos» para almorzar alrededor de una torta, que apenas podía contener esa enorme cantidad de velitas sobre su embetunada superficie.

El departamento era holgado, y a medida que los «niños» se fueron casando, los diferentes dormitorios que ocupaban adquirieron esa inutilidad, esa quietud, esa secreta aspiración a estar reservados a un hipotético retorno que nunca acontecería. Los cubrecamas estirados, los visillos corridos, la luz del sol como un manchón sobre la alfombra, el espejo del ropero duplicando a nadie.

Era un departamento con una ubicación privilegiada, el único del edificio que tenía balcón a la calle, repleto de balaustres de cemento, sobre cuyos baldosines relucientes había dos escaños de hierro forjado, y una que otra jardinera que curiosamente nunca completaron con nada. Tal vez porque el inmueble estaba casi encima del parque Forestal y daba la sensación de que todo ese jardín exótico y centenario les pertenecía.

Un toldo elegante a franjas blancas y amarillas impedía la resolana de la tarde, frustrando la curiosidad de los vecinos de los pisos superiores.

A este balcón convergía el amplio salón, y separado por una puerta de correderas, el comedor. Los Balande eran demasiado tradicionales para juntar ambos ambientes, mezclando los trinchés con el piano, o la amplia mesa con el sofá. Preferían, a la antigua, merendar en un sector para luego dedicarse a la cháchara en el otro.

Amaban sobremanera los muebles, y en general mostraban en la decoración un gusto refinado. Desde luego, se hacía notar sobre el hermoso parquet una colección de alfombras persas de las más variadas dimensiones, todas con el sello aparentemente imperfecto que da la aplicada y lenta manufactura artesanal.

— Caminan solas, — decía Balande al referirse a ellas, y de vez en cuando se levantaba en plena noche para contarlas, indicando a su esposa en voz alta:

— Julita, ¡a que no sabes cuántas alfombras persas tenemos!

En realidad había en demasía, incluso estaban montadas algunas encima de las otras. Esto en cuanto al piso; respecto a los muros, el atiborramiento era similar. Marcos y óleos iban desde el cielo raso al suelo. Y como suele hacer la burguesía, para cada cuadro tenían una anécdota, ya fuera de su adquisición en una comentada subasta, o simplemente de sus autores, verdaderos parias de los que sólo se admiraba lo que hacían, jamás lo que eran. Desde luego, aquella colección valiosa no se arriesgaba más allá de lo convencional, de ahí que desafortunadamente para sus dueños, el precio de compra iba desgastándose como aquellas firmas efímeras a lo largo del tiempo. Pero hacérselo entender a Balande eran palabras mayores. Presidía el salón, encima del sofá, una «escena gallega» de Fernando Álvarez de Sotomayor, pintor de factura estridente, cuya muñeca dura traducía a la fuerza, por medio de empastes monótonos cuanto veía. Así, la mejilla de una aldeana tenía la consistencia del tazón de loza que intentaba alzar. Había una niña de Brujas, otra zurciendo con la aguja suspendida a perpetuidad, enormes marejadas con olas que levantaban casi a la altura del marco a barcos de vela y de vapor, cruzando el temible Cabo de Hornos, o arribando ufanos a Valparaíso. Pero aquel vaivén de transparencias se aquietaba ante otras vistas más bucólicas, como trillas a yegua, siesta bajo los sauces o rondas, entre mitológicas y folclóricas, de jovencitas atrapadas en su representación al óleo. No faltaba por allí la miniatura algo borrosa, ni el retrato de Julia, relegado a la oscuridad del vestíbulo. En traje de baile, las manos mal solucionadas, y del rostro, rescatado a la fuerza, un parecido dudoso.

Pero el conjunto impresionaba, ya que estos óleos y tapices estaban secundados por dagobertos de terciopelo y pasamanería, cortinajes recogidos por borlas, muebles enchapados, cómodas pintadas a mano y firmadas, una que otra escultura de mármol y media docena de jarrones chinos de las dinastías más conocidas, los que mostraban su prosapia no sólo en el azul intenso de la ornamentación exterior, sino en la cantidad de uñas y garras de los dragones, que circundaban vivaces el fondo y las paredes interiores.

Había reflejos de estas preciosas lozas y mármoles sobre las bruñidas cubiertas, y el toldo de la terraza, cual prisma de paño, filtraba la luz, cuya tonalidad suave en su paulatino avance iba destacando la urdimbre desigual de los tapices.

2.

Los negocios del señor Balande quedaban en la calle Herrera, cerca de San Pablo, a metros de la plaza Yungay. Un cordón de almacenes sucios, con la verdura en la vereda, las yerbas en los mostradores y los toldos desvencijados y harapientos, donde la lluvia y el sol resbalan por igual. Allí frente a las cajoneras de abarrotes, con las poruñas enterradas en el arroz y los fideos, los escaparates improvisados, las balanzas arcaicas y toda suerte de atrasos, se veía a Óscar Balande.

Llegada la hora del cierre, cuando chirriaban las cortinas metálicas ante la extendida sombra de los árboles de la plaza, que opacaban la cantidad de pedestales vacíos, y raídos cuadriláteros de pasto, Balande sacaba de la trastienda su terno impecable, se quitaba la cotona de trapo, tomaba el automóvil y enfilaba hacia el barrio alto, mezclándose en un tránsito cada vez más selecto, que lo acompañaba hasta su casa.

3.

En aquella ocasión, el nerviosismo de Julia era manifiesto. Desde el momento mismo en que comenzaron a ingresar los invitados se la notó alterada. Y no debido a los pormenores del almuerzo, ya que éste había sido encomendado al Club, y dos garzones de impecable apariencia circulaban del repostero a la mesa.

Los primeros en llegar fueron los hermanos mayores de Julia:

Edgardo y Emita, quienes vivían juntos desde hacía muchos años. Edgardo nunca se casó y Emita, viuda recién contraídas nupcias, no soportando la soledad, decidió compartir una casa con su hermano. El tiempo los volvió una verdadera pareja, con sus mañas y avenencias, sin haber pasado por la experiencia del sexo. Exentos de aquel entrenamiento, alcanzaron, sin embargo, igual situación que la de las parejas normales.

— Mis hermanos acaban de llegar — se le oyó decir a Julia, mientras disponía un arreglo floral.

La sonora voz de Edgardo, quien tenía por costumbre exagerar las situaciones cotidianas, hacía sonrojar a su hermana, que siempre explicaba lo mismo desde otra perspectiva. Y en esta rectificación podía apreciarse el inmenso amor y orgullo que Emita sentía por él.

— Nunca me has dicho, Oscar, la procedencia de este Helsby. ¡Qué cuadro tan bonito, qué oficio, qué colorido y qué gracia en el movimiento de ese par de figuras!

Emita, en tanto, agitaba un montón de pulseras de oro que tintineaban en su muñeca.

— Todavía recuerdo cuando rematé el Sorolla — continuó aclarando... —. La mujer de Agustín Serrano hizo lo posible por arrebatármelo, pero fue inútil... y lo peor es que hasta con guiños me rogaba bajara la oferta.

Este parloteo de subastas y oportunidades llenaba el recinto mientras ingresaba en él una tía abuela de Balande, del brazo de uno de los hijos. Como ésta era sorda, el muchacho narró el trayecto que efectuaron desde la casa de la anciana hasta allí.

— Pasó a la «botica», como ella dice, y pidió un medicamento que hace cincuenta años no se fabrica, luego volteó el monedero sobre el mostrador, y ¿creerán ustedes que había piezas del tiempo de Balmaceda? — explicaba el joven, en tanto Edgardo se volvía hacia el Álvarez de Sotomayor:

— Don Fernando Álvarez de Sotomayor, ¡qué muchacha tan natural!

Ya repletaban la puerta del salón varias personas de distintas edades. Se veía a don Javier Peralta, la mirada perdida, del brazo de Teresa Balande. Tío Javier tenía avanzada arterioesclerosis, y no hacía mucho había lanzado al excusado las joyas de la familia. Durante unos minutos, vagó por las Smyrnas y Bokharas, sin saber dónde estaba.

Todo palideció de pronto, y el toldo de la terraza se opacó. Se

nublaba el cielo. Elvira y su esposo hablaban de los niños, y tía Tere se sentó al piano, ensayando acordes y melodías pegajosas, con mucho humor. La rodearon personas jóvenes, para quienes se preparaba una mesa aparte de la grande. Tío Javier pasó frente a una vitrina rococó, de vidrio abombado, que guardaba miniaturas y reliquias únicas, dijes, juegos de las monjas Claras y camafeos de pelo. Unos dátiles tallados era lo máspreciado entre esos tesoros bajo llave. El rostro ido del tío Javier se duplicó fugazmente en el vidrio curvo y miró al interior, no comprendiendo ese encierro.

Óscar desapareció por un instante para reingresar disfrazado con una careta rosada que le dejaba descubierto el labio inferior. Era quien más celebraba su propia jugarreta. Uno de sus hijos, Fernando, se divertía en sacar fotografías de la velada, colocando el fotómetro en todas las posturas imaginables.

Un hombre alto, grueso, panzón, bien vestido y perfumado, fumaba un habano en el balcón, en tanto otro de los hijos de Julia le narraba algo muy interesante. Se trataba del almirante Costa-Véliz, casado con una hermana de Balande, Clarita, ya de cierta edad, carente de hijos. Ambos se dedicaban a viajar todos los inviernos. Mal lo habían pasado en la última gira que efectuaron a Londres. El obeso almirante en retiro, sin darse cuenta, puso su enorme zapato en la cuna de Enrique VIII, expuesta en un museo, y fue multado en muchas libras esterlinas. Anglófilo empedernido, es posible que hasta sintiera orgullo por tal torpeza.

Julia intentaba escabullirse de los grupos que querían retenerla. Experimentó alivio cuando los invitados pasaron a la mesa. Había tarjetas en cada puesto. Los menores ocuparon la «del pellejo». Una jalea salada con incrustaciones de mariscos de un color nebuloso, en medio de escogidas hojas de lechuga, repletaba los platos.

Balande trajo personalmente de la bodega una botella sucia de vino de muchos años, relacrada hacia otros tantos.

— ¡A lo mejor es puro corcho!

— Te diré, Emita, que el Romero de Torres que tiene Óscar es casi más interesante que el nuestro.

— El tuyo es precioso, Edgardo —acotó su hermana, haciendo una mueca ante la modestia de su conviviente.

— Cuando estuvimos en Nueva York, lo hice *expertizar* en Park Bennett.

— Prueba, prueba este mosto, paladéalo, tú sabes de esto...

-
- ¡Señor almirante!
- ¿Doctor?
- ¿Y la torta?
- Ah sí, se me olvidaba.
- ¡Qué cantidad de velitas, si parece un califont!
- A ver, miren un segundo, acá sin moverse... eso, así, no te muevas, mamá, dile a tía Mate que deje los merengues grandes.
- ¿Quién trajo pasteles tan enormes?
- Yo no sabía.
- ¿Angelina, cómo está la Blanca?
- Trabajando en los dulces como siempre, pero es Leonardo prácticamente el que los hace.
- ¿Me alcanzas la copa, quieres?
- La tía Mate es del tiempo de las máquinas de cajón... se ha comido dos pasteles de éstos...
- ¡A ver los niños de la mesa del pellejo!
- ¡Tengo otro de estos vinos! ¿Sabes?
- Cuando con Clarita fuimos al jubileo de Jorge V, vieras que magnífico era el desfile de barcos por el Támesis.
- Javier, Javier, ¿quieres un pedazo de torta?
- No te entiende, dásela nomás; y pensar que la tía Mate tiene su cabeza entera.
- ¿Y la chauchera con las monedas del tiempo de Balmaceda?
- Bueno, son noventa años, qué quieres, pero mírala cómo se atreve con otro de los empolvados.
- No debimos comer torta antes del almuerzo, ni pasteles.
- ¡Qué importa!
- Parece que Javier quiere ir al baño...
- Por aquí, Tere... Tú sabes el camino.
- Qué regio, todo listo del Club... Así da gusto.
- Nosotros no nos preocupamos de nada — aclaró Balande, descorchando la segunda botella de una cosecha de antaño.

La mesa se tranquilizó cuando Óscar sopló las cincuenta y siete velas. Las servilletas se caían, la parentela equivocaba los cubiertos y todos escanciaban el vino en copas de colores que no correspondía.

El toldo recobró su vibración y el sol tamizado dio de lleno en el salón vacío. Flotaba humo disperso, y olor intenso a perfumes finos. Sobre los silloncitos capitonés y en el Dagoberto había cantidad de car-

teras. Las voces, las risas y los silencios venían ininterrumpidamente desde el comedor.

La mesa del pellejo permanecía silenciosa. La gente joven guardaba mejor la compostura que sus mayores. Todavía les asistía el pudor y no se envalentonaban con el brindis.

— ¿Emita, no vas a competir este año con las calas amarillas?

— No sé, todo depende de la Juansa.

— ¿Te inscribiste?

— ¡Es que el *Happy* me arruina las papas, destroza todo!

— ¡Me cargan los perros!

— Pregúntale a mi mamá qué sucedió con el aeromodelo.

Uno de los Balande, el más joven, era experto en la madera de balsa y el cortaplumas.

— ¿Qué pasó, tía? — preguntó a Julia uno de sus sobrinos, conociendo de memoria el cuento. Julia, incómoda, desvió la mirada

— Se sentó en el avión recién terminado, de puros palitos de fósforo y papel mantequilla.

— ¡No te creo!

— ¿No saben el último chiste, el de la señora que perdió el boleto...?

— En el remate de los Azócar, presencié lo que te digo... es para no creerlo... un Rigoberto Soler grande que había pertenecido...

Julia apretaba nerviosa una llave entre sus manos... simulaba entusiasmo... pero estaba apenada... hacía como que se integraba, pero no escuchaba lo que decían... Nadie advertía su hondo ensimismamiento, cuando la algarabía era muy intensa fijaba su vista en un punto muy distante, más allá de los invitados. Una vez en aquellas ensañaciones lejanas, le era casi imposible retornar a la realidad circundante. Había que mencionar muchas veces su nombre para traerla al presente. De golpe, como quien despierta sobresaltada, acogía el llamado e intentaba interesarse. Mas, en tanto se descuidaban, volvía a caer en aquella ausencia profunda.

El racimo de globos se mecía blandamente, colgado de la lámpara de centro.

— ¿Existen calas negras, no es cierto?

— Nosotros hemos cultivado.

— ¿Has obtenido premios con ellas?

— No, sólo con las amarillas...

—Entonces, mi mamá, sin fijarse, se sentó sobre el avión recién terminado.

—¡No te creo!

—¿Es cierto, mamá? ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Madre! ¿Dónde te has metido?, eso hace mal —exclamó, agitando la mano frente a sus ojos—. ¡Madre! ¡Te has dormido, despierta!

—Nosotros no teníamos idea de que allí en ese rincón estaba la cuna de Enrique VIII.

—Me costó un mundo dar con el baño. Javier no puede solo.

—¡Ah, las calas blancas no valen la pena!

—No creas, Emita, también sacan premio.

Julia oprimía con tal fuerza la llave en su mano, que ésta le dañaba. Aún era demasiado pronto para saber si era alivio lo que sentía o simplemente pena. Ojalá sea lo primero, pensaba, en tanto estimulaba a los invitados a que se entendieran entre ellos, y esto le permitiera imbuirse en las imágenes y sucesos que esa mañana había vivido. Serían los últimos de esa larga historia, prolongada servidumbre, dependencia insana, ¿podría definirla así, tan fríamente? ¿Acaso no fue aquella relación oculta la que le dio sentido a su pobre existencia? Se admiraba de haber sido capaz de cumplirla hasta el final, sin sucumbir. Esa satisfacción le restaba. Nunca sospechó que una tranquilidad tan grande comenzaría a invadirla. Tenía necesidad de estar a solas, con esas vivencias, pero al observar esa torta destrozada, repleta de velas consumidas, no le quedaba otra alternativa que el disimulo.

El señor Balande posaba para la máquina levantando una copa de champaña. No se debe contribuir con tanta liviandad a grabar una imagen cualquiera, para que ésta, luego, desde un marco, presida todo lo que viene... Ni una sola vez los esposos habían intercambiado palabra, ni siquiera una mirada. A causa, tal vez, de que ocupaban las cabeceras opuestas. Balande, advirtiendo ese detalle, se incorporó y, con la copa siempre en alto, acudió hasta el puesto de Julia, y besándola cariñoso en la frente, volvió a posar esta vez con ella. El flash los dejó en la inmovilidad. El sol afuera descoloraba otra vez el toldo. El tío Javier, solitario sentado en uno de los escaños, mostraba un rostro de inteligencia derruida, en un envoltorio corporal que marchaba por su cuenta. ¿Cuánto tardaría esa fortaleza física en alcanzar el deterioro de la mente? Ido, sin frío ni calor, menos cotizado que el más insignificante de los tapices persas, enfrentaba con su expresión impávida la caricia inútil del sol. Julia, quien en ese momento salió al balcón, advirtió su

imagen encorvada y sin poder impedirlo, se sentó a su lado, tomando aquellas manos sin vida. Inofensiva presencia la de aquel hombre que había perdido para siempre la memoria, y ante este testigo inocuo, Julia observó la llave. Nunca otra vez la volvería a utilizar. Las lágrimas se la desdibujaron. El amor, tal vez no sea más que un encargo del recuerdo — pensó, resignada.

— Tío Javier, volvamos al comedor... venga, yo lo ayudaré... no se quede aquí...

Al reingresar en aquella pieza, el ruido era ensordecedor. Al parecer el almirante se peleaba con Balande por un antiguo litigio de un muro divisorio.

— Fueron cuatro ladrillos apenas los que cayeron en su sitio, almirante.

— ¿Cuatro ladrillos?, perdóneme usted, ¡fue la muralla entera!

Una copa se volcó sobre el mantel bordado, dejando una extensa mancha.

— ¡Póngale sal! ¡Cuidado que no alcance a la servilleta!

— No es nada, no te preocupes.

— ¡Qué torpe he sido! ¡Qué torpe!

— No importa, no es nada.

Tía Mate se afanaba otra vez en masticar los dulces grandes y su placa subía y bajaba en abierto desencuentro con el ritmo de las mandíbulas.

El mozo iba correctamente sirviendo por el lado que correspondía...

Julia definitivamente abstraída ante esa concurrencia, se parecía al tío Javier... ninguno de los dos podía reingresar al presente... solo en eso se asemejaban.

— ¡Corina! — fue la exclamación generalizada de la mesa. El vano de la puerta enmarcó a una dama exuberante, de traje sastre negro, estola de marta y peinado a la moda.

— Me perdonan el atraso, me fue imposible llegar antes...

— Busquen una silla, hagan un hueco... — indicó Balande, en tanto besaba en las mejillas a esa enorme criatura vestida de oscuro.

Se quitó con elegancia las pieles, y se sentó entre el almirante y el tío Javier. Rehusó comer torta, sólo aceptó una copa de vino, rozando apenas el cristal con sus pintarrajeados labios.

En un comienzo, la concurrencia guardó silencio, pero pasada la

expectación, todo volvió al desorden y a las frases hechas que cruzaban la mesa.

— Y tú Julia, ¿cómo estás?

— ¿Yo? Bien, como ves...

— Me alegro... ¡Salud! — repitió y volvió a untar la boca en el licor encendido.

— Hablábamos de aeromodelismo...

— Aero... ¿qué?... no comprendo — acotó Corina, haciendo un mohín de sorpresa.

— De aviones, madrina — explicó alguien.

— Ah... de aviones.

— De aviones de juguetes, para armar.

— ¡Qué interesante!

Julia se desentendió de ellos, para entrar en lo de los concursos de flores. Allí otra vez las calas amarillas aventajaban a las ordinarias.

— No hay flores ordinarias — recalcó alguien, como adivinando sus pensamientos.

La risa estridente de la recién llegada sobresalía de las restantes.

— ¿Tu madre se sentó encima?

— ¡Lo juro!

— No te creo.

— Tráele torta.

— ¡Probarla solamente!

— ¿A que no adivinas cuántas velas tenía? — inquirió Balande, en un intento de coquetería.

— Eso no se dice — respondió Corina, dejando caer sobre su pechera bizcocho y crema.

Los ojillos grises, fríos como el amanecer, del dueño de casa, de pronto volvieron en sí, recorriendo rápidamente el ruedo de sus invitados. Se habían salido aquel par de bolitas del circuito convenido, y ahora registraban por su cuenta lo que a su dueño no le convenía.

Fue así que se topó con la mirada de su mujer, que rápidamente la esquivó. ¿Había sido descubierta? Cuando lo quiso comprobar, encontró otra vez a su esposo zambullido en el merengue, los globos, los cuentos anodinos.

Acto seguido, se produjo un prolongado y significativo silencio como si todos se hubiesen puesto de acuerdo.

— Acaba de pasar un ángel... — acotó alguien.

Julia miró entonces en dirección a la ventana, y luego al cuadro

de la niña que zurcía con la aguja suspendida a perpetuidad, y pensó para sus adentros que aún le faltaban pautas a su mapa secreto.

Cartagena 1989-1990

BALNEARIO

1.

Cartagena, el balneario, esa playa sucia, abandonada todos los inviernos, ese escenario, esa apariencia, ese deterioro infinito, techos aguzados, aleros repletos de murciélagos, ventanas sin postigos, abiertas al mar que las habita como a los recovecos entre las rocas. Balcones carcomidos, escalas de servicio, clausuradas, que se han venido al suelo, veletas oxidadas y atascadas, pájaros de fierro que porfían en la persistencia del viento. Llovizna que aparta de las olas a las gaviotas hambrientas, bandadas organizadas de pidenes que incrustan su paso presuroso en la arena negra, y las calles retorcidas con letreros que chirrían y agitan graves faltas de ortografía.

Por el lado del rompeolas, el mar desde muy hondo levanta su abanico de espuma que deshecho, arroja contra los balaustros rotos. Los perros temen ese ruido profundo, ese trabajo insistente del agua que emplea siglos en mutar una forma, ruido que también sube hasta las casas que penden del acantilado; descolorados sus tonos originales, vuélvense inservibles esas enormes piezas abiertas al vacío, y que se cimbran incluso al paso de las ánimas en pena.

Como telón de fondo conocido, repuesto una vez más, cuelga allí en ese verano el azul del cielo y del océano.

El bullicio de la muchedumbre, las lonas a franjas de colores que desparraman sombras encendidas, el grito de los altoparlantes y la brisa, corren paralelos a la arena trajinada, oscura, vuelta al revés.

Arriba, sobre el rompeolas, junto a la baranda, una mujer ya de sus años, se refugia en una sombrilla que la sumerge en una atmósfera propia, suavizando las aristas y contrastes de su rostro. Participa del verano sólo exhibiendo ese par de brazos desnudos, afilados, donde el

pellejo huelga disociado del resto. A las manos las protege el complicado tejido de los guantes de hilo. Aprieta fuerte el mango del quitasol que representa una cabeza de dragón con escamas verdes, cuyos ojos vivaces son inmunes a la resolana del día.

El vestido, una solera, ha viajado en la maleta ya varias temporadas. El cinturón de hebilla forrada no va con el resto. Lleva del brazo la única cartera de cuero a la redonda. Los pies terminan en unos zapatos blancos, pintados, igualmente pasados de moda.

Pero su actitud, allí entre esos hombres que estilan agua, niños portando palas y baldes, mujeres que agitan carnes de sobra fuera de las exiguas tiras de sus trajes de baño; parece ser no capitular ante su desfavorable condición de anciana, y espera un milagro, porque se dice: «Si estoy viva, no es posible que no me ocurra nada», y el mar le responde recogiénose áspero y sonoro en su vaivén, para devolverse en una gigantesca y transparente carcajada.

Angélica Bow no se inmuta, ha desafiado peores adversidades que la falta de perspectivas y sus ojos grandes, arreglados, rodeados de rubor artificial y pestañas de muñeca, miran impúdicos el torso de los jóvenes, sus anchas espaldas, los brazos y cuellos atléticos, esas cabezas juguetonas, cubiertas de arena que desordena el viento.

Ni siquiera le es posible descender a la playa, y no por miedo al atropello de los bañistas, sino porque teme se le atasquen los tacos en la duna. Ella es una dama, con esa pequeña esclavina al viento, su cabello acomodado, envuelta en otra luz, más tenue y teñida que la inhóspita y enceguedora que derrama el sol sobre el resto.

Pausadamente se dirige hasta su automóvil que la aguarda en medio de los quioscos improvisados y las basuras. Araneda, el chofer, le abre respetuoso la puerta trasera, Angélica cierra el quitasol y deja al dragón dormir con los ojos abiertos junto a ella, en el asiento.

Mañana, a esa misma hora, volverá hasta el paseo ante las olas, cuando el sol declinando, transparente todo, y su bullicio, haga ensordecir incluso al parlante que reclama niños perdidos y el deambular desorientado de las gaviotas, que sólo pueden volar y graznar a ras de la espuma y el gentío.

2.

Su casa de veraneo en Cartagena es enorme, tanto así que posee un ala completa que permanece bajo llave. Incrustada en un acantila-

do, da la espalda al horizonte y tiene adelante un jardín que termina en una empalizada que colinda con el abismo. En él florecen como en ninguna parte las rosas, las suculentas, los hibiscos de variados tonos, las cochabambinas y camelios.

Con decididos golpes de la tijera de podar, Angélica corta cada tarde un par de rosas que perfuman su alcoba, la que posee un ventanal sobresaliente que es todo azul, frente al que un ropero de tres cuerpos, de estilo incierto, refleja en sus espejos, agua, vaivenes y resaca. Junto al cortinaje aparece un peinador de patas esbeltas y sobre la cubierta, un desorden de potes de crema y cajas de polvos.

La cama matrimonial ocupa el centro de la pieza y es notorio el lugar donde Angélica deja caer su cuerpo. Allí la hendidura aclara que lleva muchos años de viudez, que ese rectángulo cubierto de velos no lo comparte con nadie.

La alfombra gastada, como un jardín sin riego, enseña en esos deshilachados ramos y macetas el tránsito del tiempo. La urdimbre abierta de ese tejido cuenta los pasos recorridos, la aspereza, la rutina, las huellas de una vida.

3.

Ya bajo llave (y con qué violencia la gira sobre la cerradura), se desabrocha la blusa, se quita los zapatos y se echa sobre la cama. Una lágrima busca ese surco profundo trazado en la cara y por allí se desliza hasta humedecer la almohada. Tiene los labios partidos, una novela sobre el velador, y su mano venosa maquinalmente toma las perillas de la radio portátil. Entonces, una profunda voz varonil le canta la canción de la temporada, le habla de adorarla, de que por siempre será la que más ha querido, y un saxo quejumbroso corrobora los requiebros del cantante, y a ella se le nubla el cielo raso y ese florón de yeso con palmas y bellotas en relieve parece agitarse con la brisa que tras los vidrios recorre el litoral.

«Y te voy a adorar esta vez como nunca has sentido, porque soy y seré el que más te ha querido», y el saxo otra vez llama a su corazón, que inquieto levanta esa enagua discreta con tirantes y canesú bordado.

Entonces se incorpora y enfrenta al espejo del ropero que se repleta de agua, y atreviéndose se baja los tirantes, y desnuda hasta la cintura recorre sus pechos flácidos, su vientre hecho una arruga, sus

antiguas formas desdibujadas. Y al intentar alzar esos senos a su ubicación precisa, deja caer el resto de la enagua que cubre sus pies. Allí aparece enteramente desnuda, protegida apenas por ese calzoncito delicado que no es capaz de quitarse.

Un cuerpo devastado como por un escultor poco cuidadoso, y atrás el resplandor del océano y el cielo, masa que recorta esa silueta de piernas flacas y pelo teñido. Unos golpes discretos en la puerta la vuelven en sí, es la Bernarda, que le anuncia que el té está servido. Apenas puede responder, todo el cuarto aparece inundado por la canción de moda que repite insistentemente: «Es inútil que quieras buscar otro amor como el mío, porque soy y seré el que más te ha querido».

4.

Cuando baja a la playa, una vez que desciende del automóvil, ordena al chofer que regrese a casa. Le molesta su presencia:

– Araneda, déjeme sola, vuélvase usted y limpie la terraza, barra el jardín, venga por mí a la hora del té... No antes de las cinco.

Y en tanto éste remonta la retorcida pendiente, ella abre el quitasol, coge con fuerza el dragón escamado, y comienza ese deambular sin rumbo frente al resplandor enceguedor que se desliza desde la línea de horizonte, filtrando el oleaje, atenuando con su intensidad la profusión de colores en la arena.

Los escaños repletos de veraneantes le impiden tomar asiento. Camina lentamente hasta El Persa, seguida de su sombra como por un perro. Siente la aspereza de sus guantes de hilo, apretados contra el dragón, igual que sus propios dientes. Y si la brisa se intensifica, ésta puede derribar un par de lágrimas que están siempre a punto de ceder de esos ojos atentos, maquillados en exceso, horrorizados de constatar su actual realidad, y la nula participación que a ella le cabe en los hechos que a tan corta distancia la rodean.

A veces la observan los que ocupan los escaños, pero por lo general nadie advierte en toda su dimensión, ese contraste tan manifiesto entre esos cuerpos ágiles, desnudos, y esta caminante escuálida, vestida de blanco, bajo una sombrilla igualmente solitaria y anacrónica.

La mancha violácea de su sombra que la sigue pareciera también rehuirla, y en cuanto Araneda se estaciona para recogerla, desaparece, aliviada, cuando la anciana se introduce en el interior del automóvil.

Las noches sonoras del balneario la desvelan y ráfagas de luces dispersas atraviesan la luna del espejo o encienden fugazmente las hojas de yeso, alrededor de la lámpara apagada.

Repasa el día, cavila en ese asunto de la llave que goteaba en el lavamanos del baño esa mañana, piensa en el joven que vino a repararla. En ese olor penetrante a transpiración, y lo que éste insinuó cuando manipulaba la llave inglesa:

—Yo le hago a todo... ¿entiende, señora?.. Por una camiseta, por lo que sea...

Angélica, enmarcada en el vano de la puerta, desoyó esas recomendaciones por considerarlas impropias, aunque después de todo se avenían a su búsqueda diaria frente al rompeolas. ¿Qué la detuvo entonces? ¿La violencia de la situación? ¿Pudor a develar el derrumbe de su cuerpo? ¿Miedo de quedar a merced de un mocetón del que ni siquiera conocía el nombre?

Y allí de espaldas, observando esas luces que de tanto en tanto vienen al espejo y al techo, para luego evadirse, se arrepiente de su actitud de recato. Cómo le gustaría haber tenido una aventura, una ilusión en ese tal vez su último verano. Arrimarse a la mesa donde las amistades de su edad dejan las horas en las cartas y mientras la reprenderían por su falta de concentración, esbozar una sonrisa cómplice, que nadie imaginaría causada por haberse entregado a los brazos de un fornido gáster que dejara su impecable lecho y la almohada, impregnados de ese olor ácido, el mismo que permaneció tanto tiempo circulando en la sala de baño.

—¡Angélica, en qué estás pensando! ¿No te sientes bien? Roba, roba, a ti te toca, aquí tienes el mazo. Yo me voy, canasta de ocho, y sin ningún comodín.

Y abajo, Araneda, de pie ante el Chevrolet, leyendo el diario de la tarde. «Qué grave habría sido, si al volver a casa, después de la tertulia donde mis amigas, veo al gáster apoyado contra la verja aguardándome, o si me llamara por teléfono a altas horas de la noche. Estos hombres lo que quieren es sacarle plata a una, nada más, y un buen día amanezco muerta tirada sobre esta cama. Una camiseta, así comienzan... Por eso prefiero el rompeolas, ahí no se conoce nadie, y como a Araneda lo devuelvo a casa, es posible que una de estas tardes, un bañista encantador me proponga llevarme a una de las residenciales de la playa grande».

—¿Qué tal, cómo te llamas?

—Cartagena. ¿Y tú?

—Muñeca, uno no se llama, ¿o no te habías dado cuenta? ¿Sola?

—Sí.

Y Angélica se sonríe de estos diálogos en esa noche... El dragón de escamas verdes y duras, con los ojos abiertos, despabilados, insomne como su dueña, parece adivinar sus pensamientos, porque la mira fijo desde la cómoda en sombras.

5.

¿Y si salgo de noche? En ella todos los gatos son negros, se dice, en tanto se anuda un pañuelo de lunares a la cabeza.

—Bernarda, dígame a Araneda que saque el Chevrolet; voy a salir.

Boquiabierta la niña de manos, no se atreve a contradecir a la viuda y cumple lo que ordena.

El dragón del quitasol observa cómo Angélica se acicala ante el espejo repleto de oscuridad, y sus ojos de vidrio miran tristes a ese otro dragón idéntico abandonado también sobre una cómoda.

El automóvil baja la retorcida calleja y lentamente rueda junto al gentío, que abigarrado se mueve apenas desde el rompeolas al Hotel Bahía. Toda esa masa bajo ampolletas de colores contra un océano negro, inexistente.

En el recodo, los juegos, la rueda de Chicago levantando luces que duplica abajo donde ruge el agua. Y la Cuncuna, que al cubrir su lomo con la capucha de lona encierra ese griterío, y sube y baja desarticulada.

Angélica desciende y entra en la muchedumbre. Pero sólo llega hasta el mesón de los patos, que caen ante los proyectiles y que reaparecen sistemáticamente como comparsa de ópera en los teatros pobres. Y los gatos porfiados en rumas se vienen al suelo, en tanto la esfera de la ruleta recupera poco a poco sus colores y sus números cuando el clavo se atasca en la cuña de goma.

Alguien gana una dormilona, un tarro de duraznos en conserva, una botella desvanecida de champán.

A Angélica le gustaría instalarse entre esas u otras botellas, y esperar a que un jovenzuelo le calzara una argolla de madera al cuello. Y mientras pareciera la desviste el público, aprisionada en ese angosto espacio, un vendedor de algodón de azúcar le ofrece uno de esos arreboles tardíos.

Más allá, las manzanas bañadas en almíbar, las revistas viejas, el carrusel de Dumbos ingrávidos que trotan con el lomo ensartado en la barra de bronce.

Luego de una hora de ir contra la corriente, despeinada, logra ubicar al chofer, quien la rescata.

Prefiere continuar a la vuelta de la rueda, mirando desde el interior del automóvil esos nubarrones de azúcar, las manzanas acarameladas descendiendo como puestas de sol en ese mar de gente.

Cartagena, el balneario, esa playa sucia, abandonada todos los inviernos, ese escenario, esa apariencia, ese deterioro infinito, techos aguzados, perdida entre la muchedumbre como un despojo a la deriva.

INFORTUNIO DE LOS ALMAGRO

1. ALMAGRO EL MOZO

Saltó del lecho, aún dormido, el joven Almagro y, como la oscuridad del cuarto era tan completa que parecía le vendaba los ojos, estuvo largo rato palpando el muro antes de hallar los postigos de la ventana. Al abrirlos, el primer albor del amanecer se introdujo en el aposento, disipando la tiniebla, que deshecha, devolvió poco a poco el contorno de las cosas. En el firmamento, sólo el lucero permanecía, planeta que por encontrarse a menor distancia del Sol que la mayoría de los otros, le precede a veces en inaugurar la mañana, engañando al madrugador que cree ver en él a la más atrasada de las estrellas. Almagro el Mozo pensó en su padre. Por él sabía que el lucero no pertenece a la noche ni es estrella. Recordó entonces la ocasión en que el Mariscal le hizo ver cómo el Sol, al precipitarse entre los montes, se lo llevaba consigo.

Bajo el balconcillo, subiendo la empinada calle, cargadas sus espaldas con un enorme cesto, iba cabizbajo un indio viejo. A Diego le conmovió el silencio en que transportaba tan desmesurado peso.

—De no haberme asomado, no le habría advertido — se dijo.

Y antes de que desapareciera le habló, primero en castellano, luego en su idioma. El anciano, sin responder, continuó su camino junto al interminable muro de piedra.

Almagro se dirigió hacia la puerta de su alcoba, corrió el cerrojo y bajó al zaguán. Allí, como en las calles, no había nadie. Dando voces a sus criados, iba de un extremo a otro, en tanto se terciaba una espada con guarnición, cogía una capa, una manopla, un escudo y una daga. Una vez afuera echó a correr hacia la plaza. Las calles estrechas de la ciudad del Cuzco retenían la oscuridad de la noche. Al enfrentar la iglesia de la Merced, un niño que al parecer aguardaba un recado de los frailes, montó en una llama y trotando veloz, bajó los escalones del templo, perdiéndose de vista. La mañana sorprendió al joven Almagro

cuando exhausto llegaba a la plaza. Apoyado contra la silla de una mula, que un esclavo negro de su padre tuvo la precaución de dejarle en un escondrijo, recordó que durante la noche algunos indios rebeldes habían ocasionado disturbios.

Ahora se perfilaban nítidas las montañas que circundan la ciudad imperial de los incas. El verdor de sus campos inundados trepa las laderas a competir en intensidad con el azul profundo del cielo, en donde gigantesas nubes luminosas permanecen horas sin que el viento las desfigure ni desplace. La atmósfera más diáfana del mundo engaña los sentidos, percibiéndose como cercanas, profundas hondonadas y escarpadas alturas que en realidad están muy lejos. Al fondo de las quebradas, el extenso valle sagrado alberga al río Vilcanota, que pierde su nombre cuando de la sierra se interna en la selva. Ahí la vegetación cubre enteramente la tierra roja y abundan enredaderas de flores blancas que carecen de olor. Sin embargo, en los parajes más hondos hay limoneros y naranjos que conservan todo el año el azahar. Cedros, álamos, sauces, olivos y nogales desalojan a los molles y viejos pisonayes, de cuyas ramas cuelgan helechos parásitos. Es la región del Urubamba, que limita por el norte al cercado del Cuzco.

Todos estos paisajes acudían a la mente del joven mientras cabalgaba hacia el llano de las Salinas, a una legua de la ciudad, en donde Orgóñez, el teniente de confianza de su padre, había sentado sus reales. Era la mañana del 25 de abril — Arihuay, mes de las cosechas — del año 1538. Absorto, atribulado, disminuyó el paso, temeroso del encuentro que debía sostener con el Mariscal, ya minado por la enfermedad. La sífilis consumía al descubridor de Chile. Un gentío bullicioso lo sacó de sus cavilaciones. Cientos de indígenas, en marcha desigual, acudían a presenciar los hechos en el campo de batalla. El sol encendía sus coloridas vestimentas, supliendo a las flores en esos pantanosos parajes. Al reconocerle, muchos partidarios del Adelantado se postraron en tierra. El resto guardó silencio.

Las invectivas con que Orgóñez había enardecido los ánimos aún resonaban en los oídos del joven Almagro. No era ese apasionado militar partidario de negociaciones. Desde un comienzo advirtió en los hermanos Pizarro la malignidad de sus propósitos. A pesar de ello, don Diego de Almagro había seguido con temor las justas argumentaciones de su subalterno. Se encontraba muy débil como para poder convencer al Consejo de Guerra de que debían suspender la batalla y parlamentar de nuevo. Su gran decaimiento le hacía razonar sin que

la pasión empañara su juicio. Al apreciar la futilidad de las riñas, lo relativo del éxito, prefería retener lo logrado, que ya era mucho, a exponerlo. Sintió tedio al escuchar a Orgóñez. Vio en su arrojo, en su valentía, la insensatez de quienes se vale el destino para cumplir sus designios.

Orgóñez, en medio de su discurso, notó el menosprecio del rostro macilento de su jefe, cuyo único ojo intentaba comunicarle su sentir en el lenguaje mudo de los que, por su experiencia, ya no se fían de las palabras. Y el teniente, ofendido, faltando al respeto, se arrimó a las andas en que cargaban al enfermo y le gritó a voz en cuello:

— ¡Es demasiado tarde, habéis dado libertad al enemigo y ya no os queda otro recurso sino el de pelear!

2. LA ROTA DE SALINAS

Al aproximarse el joven a la angostura de las Salinas, vio con sorpresa que la gendarmería de Hernando Pizarro atravesaba resuelta el riachuelo que separaba a sus hombres de los de su padre. Soslayando el campo, subían a las alturas los indígenas, dispuestos a observar cómodamente la contienda. El alboroto infernal de la caballería hacía retumbar la tierra, ruido que se duplicaba en continuos ecos contra los faldeos de los cerros, para silenciarse de golpe al entrar animales e infantes en las aguas turbulentas del río. Allí defendía la orilla opuesta la infantería de Almagro, la que provista de picas y alabardas, intentaba derribar a los jinetes que estaban a punto de alcanzar el terreno de «los de Chile». La caballería de Orgóñez, dispuesta en dos flancos, resguardando a los arcabuceros y unas pocas piezas de artillería, se vio obligada a retroceder hasta una ribera pantanosa que cogió en su viscosidad a los falconetes, que se trabaron. Un grupo de caballeros enemigos dio un rodeo y cayó por atrás sobre el grueso de las tropas almagristas. Revueltos, los jinetes se buscaban unos a otros, siendo esta acción muy confusa para los espectadores indígenas, cegados por los destellos de las armaduras. Había llegado el momento en que salvar la vida hacía redoblar el furor. Se vio entonces la despiadada lucha que en medio del fango tuvo lugar. Yelmos descerrajados, corazas que habían recibido golpes por todos lados, jinetes que se venían al suelo siendo aplastados por sus cabalgaduras, que teñían la ciénaga de rojo intentando inútilmente incorporarse. Orgóñez, espada en mano, en medio

de la caballería enemiga, buscaba ansioso a Hernando Pizarro, del cual le había informado un indio espía, la noche anterior, que sobre la armadura llevaría un manto de terciopelo escarlata. Varios eran los que así vestidos se presentaron al campo, y el general de Almagro siguió a uno que no era el hermano del marqués. En tanto lo retaba equivocadamente, le asestaron un golpe mortal en la cabeza a su caballo, el que hincó en el barro las patas delanteras mientras los sesos sanguinolentos caían al agua. Derribado, Orgóñez perdió el sentido, y al volver en sí y descorrer la visera de su casco, se encontró rodeado de enemigos. Entonces, una doble bala de arcabuz penetró por esa parte descubierta de la celada, rozándole la frente. Cegado por la sangre, solicitó a gritos un caballero para rendir su espada. Un tal Fuentes, criado de Pizarro, imitando la voz de su amo, se presentó a recibirla y en cuanto la tuvo en sus manos, la volvió contra el vencido hundiéndola sin tregua. Luego desenvainó una daga y allí en el mismo fango lo degolló, y ensartando la cabeza en una pica, daba voces de victoria mientras un soldado, horrorizado, cubría el cadáver con el estandarte de Almagro. Aún en el agua, los hombres de Gonzalo Pizarro y Pedro de Valdivia intentaban cruzar el vado. Los indios huían despavoridos por los desfiladeros, llevándose consigo muchas concubinas y mujeres de los españoles. Valdivia luchaba con denuedo para hacerse notar ante los suyos. El extremeño buscaba la ruina de su contendor, ignorando que había descubierto para él un nuevo territorio. Debió sentir repugnancia, allí entre el lodo, vísceras y sangre, un hombre de maneras refinadas que ponía tanto esmero en el vestir. Si bien sus atuendos engañaban a primera vista, no era el caso de sus experimentadas manos, que conocieron el saqueo de Roma y el sitio de Florencia, durante las guerras de Italia.

Muerto Orgóñez se desmembró el ejército, y atascados los falconetes, los arcabuceros de Pizarro abrieron fuego matando sin piedad a los que emprendían la fuga. Fue entonces cuando apareció Pedro de Lerma, lugarteniente de Almagro, y arengando a la caballería dispersa, la obligó a volver dando el ejemplo. Tenía este caballero una armadura negra, y el largo penacho partido en dos le llegaba a la cintura. Odiaba personalmente a Pizarro, y con la furia del que se ve perdido, quiso darle muerte en medio de su derrota. Lo buscó hasta hallarlo y ambos jinetes tomaron distancia en tanto el agua torrentosa les estorbaba el tranco. Espoleando hasta sangrar los ijares de sus cabalgaduras, cruzaron sus lanzas, rompiendo la de Lerma la cota de malla de Pizarro, a quien hirió en el muslo. Lerma, a su vez, recibió una estoca-

da en el bajo vientre, que le hizo dar destemplados gritos y abandonar el duelo. Desmontado, le arrojaron a la orilla del río. Su cuerpo desnudo fue transportado esa noche al Cuzco, y mientras convalecía, le visitó un lacayo, a quien Lerma había ofendido en otra época, y allí, en la cama, lo ultimó. Más de ciento cincuenta muertos quedaron diseminados en el campo, muchos sumergidos bajo el agua por el peso de sus armaduras. El viejo Almagro se había retirado a un corral que dominaba la explanada, y al no poderse sostener en pie, su hijo lo acomodó en una litera desde la cual el Adelantado se dispuso a observar el combate. Viéndose perdido, subió en la mula y ambos huyeron en dirección a Sajsayhuaman.

Abajo, en la planicie, los victoriosos, al grito de «el Rey y Pizarro», se aprestaban a saquear la ciudad. Al entrar en ella se toparon con la camilla vacía de Almagro, que aún sostenían dos leales servidores. Contra ésta se ensañó la soldadesca, atravesando sus sábanas y maldiciendo: «¡Muere, viejo chivo! ¡Muere, viejo chivo!».

3. SAJSAYHUAMAN

El Adelantado y su hijo volvieron grupas y se retiraron precipitadamente del corral, hacia el oráculo de Kencco, a poca distancia del Rodadero, frente al que se encuentra la fortaleza de Sajsayhuaman. Iba Almagro casi topando con su cabeza la jáquima de la bestia. En un comienzo el joven conservó entre las manos el casco de su padre, de reluciente plumaje, pero luego lo dio a Sepúlveda, su médico, quien no sabiendo si seguir al enfermo hasta su escondite o volver a la ciudad a defender a los suyos del saqueo, permaneció largo rato indeciso en medio de ese paraje cubierto de muertos.

Las grandes nubes, que parecen apoyarse tras los montes azules, empezaron a unirse y a oscurecer la tierra. Se dejaron oír entonces amenazadores truenos, como si en el cielo celosos dioses emularan lo que no hacía mucho habían efectuado los conquistadores. A poco andar, un piquete rezagado de infantería intentó detener con sus picas a los fugitivos, pero al momento emergió desde un bastión gran número de indios montados en caballos de línea, al mando del inca Paullo Túpac, a quien Almagro había impedido tomar parte en la refriega por considerar deshonesto que indígenas lucharan a su favor contra españoles. Paullo Túpac, quien tenía gran aprecio al Adelantado, evitó que allí los

prendieran. La gendarmería de Pizarro los dejó ir, quedando rodeada de una doble hilera de belicosos indios.

Al llegar al oráculo, Almagro el Mozo, que tiraba de las bridas del animal, se introdujo en los laberintos subterráneos labrados en la roca. A la dificultosa luz de ese lugar, que se cuele a través de aberturas caprichosas desde varios puntos de la superficie, el aspecto del viejo Almagro tenía algo de espeluznante. Tuerto, moribundo y derrotado, apenas podía afirmarse sobre la mula. El joven lo dejó un instante al escuchar que, no lejos de ahí, alguien tocaba un instrumento. Sentado a la salida de la caverna, un indio, ajeno a los acontecimientos, soplabla en una tarka una melodía tan triste que el joven hizo esfuerzos para retener el llanto. Acercándose hasta casi rozarlo, constató que el ensimismado trovador había perdido la vista, y que por lo dolido de su canto, evocaba un mundo sin retorno. En su corazón de mestizo, el hijo de Almagro reconoció la pena que torturaba a ese desposeído. El indígena continuó su melodía, tan honda que parecía arrancada de la misma tierra. Una vez de vuelta en el interior de la cueva, Diego vio a su padre santiguarse. En el llano, las trompetas de los vencedores dejaban oír sus burdos sonos, que el viento de la tormenta que se avecinaba esparcía a su amaño más allá de los límites de la indefensa capital de los incas.

El Adelantado prefirió dejar Kencco y buscar asilo en la fortaleza. Anocheció cuando cruzaron el campo. Los relámpagos alumbraban el horizonte, seguidos de truenos cada vez más cercanos, como para impedir que las gigantescas peñas de Sajsayhuaman dieran albergue a los vencidos. La lluvia cayó en ese momento con violencia, cambiando continuamente de dirección. Luego granizó. Almagro y su hijo buscaron refugio bajo el dintel de una puerta colosal. El agua iba ennegreciendo los formidables muros.

— ¡Mirad cuán viejo, flaco y gotoso me encuentro! — exclamó. Y antes de que su hijo contestara, agregó subiendo el tono de la voz:

— Mi cansada y afligida vejez llega ya a su término.

Sólo la lluvia, que en ese instantecía a torrentes, introduciéndose en el vano de la gran puerta que ocupaban, respondió a tan dolidas palabras. Fijando con fuerza el único ojo bueno en la lejanía, profirió lleno de nostalgia:

— Satisfecho ha de estar el Rey recordando lo que le he servido y las provincias que le he descubierto. Este cuerpo — agregó, luego de un silencio — está lleno de cicatrices recibidas en su servicio.

La barba rala, que parecía hierba que el viento al arrastrar hubiera adherido a su cara, la nariz aguileña, afilada por la fiebre y la calvicie, habrían afeado a cualquiera, pero al descubridor de Chile lo volvían de aspecto imponente, como las formas antojadizas que hacen hermosa a una roca.

—¿Qué bien se puede seguir de mi muerte? —se preguntó luego.

Y sobre la fortaleza de Sajsayhuaman cayó un último rayo, que iluminó como de día a esos dos hombres semidesnudos que abrazados, tiritaban de frío contra las ciclópeas piedras de los muros más incommovibles del mundo.

MAMPARAS DEL SAGRADO CORAZÓN

1.

No sólo con el afán de tomar el tren nocturno al sur, sino de dejar atrás un modo de vida, es que llegué tan adelantado a la Estación Central.

Indiferente a este propósito se mostró el par de Quimeras aladas que, en el ápside del monumental techo, sostenían un reloj inservible con los punteros caídos.

Pensaba realmente que ese viaje a casa de mis padres, una vez terminado para siempre el colegio, simbolizaría alejarse también de una etapa cumplida.

Habían sido varios años fuera del hogar, en un internado anacrónico, con dormitorios tétricos, al cuidado de maestrillos que daban la impresión, bajo las vueltas de sus manteos y esclavinas, de que toda esa vigilancia e incomodidad la asumían alegres dentro del repertorio de su situación de renuncia y sacrificio.

Ellos, jesuitas y hermanos, llevaban pintado en sus rostros el regocijo de su opción: nosotros les servíamos para ese fin.

Mis padres vivían en Concepción, tenían un fundo en Quilacoya y, como toda la familia se había educado en San Ignacio, no se planteaba siquiera la posibilidad de estudiar en otra casa que no fuera la de Loyola en Santiago.

Mi abuelo y mi padre, distinguidos ex alumnos del plantel, vinculaban gran parte de sus anécdotas y experiencias juveniles con esos buenos religiosos, la mayoría españoles en esa época, quienes les inculcaron tanto el rigor de la contrarreforma y la aversión al poder de esta tierra, como vislumbrar lo fino que hila el diablo en la rueca de la soberbia.

Lo paradójico era que estos mismos frailes se jactaban de contar entre los egresados a un sinnúmero de presidentes de la República, tribunos, hombres ilustres de destacada trayectoria. A mí me correspondió un período un tanto diferente en tal sentido, ya que los padres

de origen español raleaban y un buen contingente de curas criollos se había hecho cargo del plantel.

Era un colegio como muchos en la capital.

Incluso al comprobar la cantidad de profesores laicos que tenían a cargo las asignaturas básicas de matemáticas, química, idiomas y hasta castellano, rogué a mi padre me sacara del internado y matriculara en un colegio de la zona. Alcancé a quitar los dedos del teclado del viejo piano del fundo, porque mi progenitor al escuchar mis razonamientos, no atinó a otra cosa que a cerrar, como una gran trampa, la pesada tapa.

En esa tarde de diciembre me paseaba nervioso por el andén aún desocupado. Lejos se percibía el juego de carros que adosarían a una máquina eléctrica.

Cuando era pequeño, esos mismos vagones habían sido arrastrados por gigantescas y humeantes locomotoras a vapor.

De los postes colgaban altoparlantes que reproducían melodías de moda. Ese desparramo de voces, un par de boliches donde se improvisaban meriendas, unos quioscos atiborrados de revistas, el inmenso arco de la bóveda de hierro que separaba la zona de sombra del espacio de luz aún poderoso, le conferían ese desolado aspecto de escenario anónimo que tienen los lugares públicos donde a veces el destino se juega importantes y grandes decisiones.

Acontece lo mismo con los paseos urbanos, plazas, los miradores sobre el agua de los puertos, los cines de barrio — hoy dejados de lado — repletos de cortinajes que jamás recibirán la luz natural. Los primeros pasajeros en llegar fue una pareja joven: era ella quien se embarcaba. Largo rato permanecieron abrazados en la pisadera, indiferentes a sus bultos y maletas que quedaron diseminados en el andén. Luego él, sin aguardar a que el tren arrancara, se alejó no en dirección a la puerta principal, sino hacia uno de los costados, buscando para su pena un escape discreto.

Comenzaba la década de los años sesenta, y si yo hubiese sabido todo lo que me sucedería de allí en adelante, tal vez no habría trepado al tren como lo hice, sino me hubiera echado bajo sus ruedas. No es cierto, eso jamás se le pasa por la mente siquiera a un joven vigoroso de aspecto atlético como era yo entonces.

Es verdad que mi organismo no había terminado de desarrollarse del todo, pero en sus dieciocho años ya tenía mucho terreno ganado, y lo que restaba no haría otra cosa que aumentar esa presunción.

No dejé de mirarme en los vidrios biselados de la puerta de acceso,

y esos cristales me devolvieron los rasgos de un joven un tanto ojoso —por los defectos de ese espejo ocasional—, pero lleno de lozanía y virilidad.

Las fotografías que han quedado de esa época, recién me develan esa situación, porque las cualidades de la juventud se vienen a palpar y se ambicionan cuando realmente se han perdido. ¿Un lugar común? A estas alturas, la vida no es otra cosa que eso para mí.

2.

De pronto me vi en medio del barullo, corteros arrastrando equipaje, pasajeros ya instalados, quienes desde las ventanillas gesticulaban; recados, confusión, siluetas tras los vidrios, vendedores ambulantes, maletas en alto.

Una vez dentro del vagón, busqué mi asiento en la primera clase. Mi padre me había hecho prometer que viajaría en esa localidad, aun cuando sospechaba que yo lo haría en segunda para guardarme la diferencia.

Se equivocó, le obedecí.

Además, para celebrar mis buenas notas, me envió dinero extra con el fin de que reservara una cama en el coche dormitorio.

También lo hice.

El tren comenzó a desplazarse lento por el andén. Lo primero que observé fueron rieles, carros dados de baja, grises de tierra, con las ventanas caídas, la maleza cubriendo los desvaídos letreros de sus antiguos destinos. Dentro, en esas oscuridades sucias, imaginé tantas voces, tantas expectativas, que desvié la vista al interior del vagón en que íbamos para no imbuirme en esa inclinación malsana que cultivaba gracias a mi temperamento melancólico.

La luz atravesaba las celosías ocre y de sesgo manchaba los respaldos de cuero.

El techo abovedado, de maderas duras y relucientes, hablaba de un pasado que cuidó los detalles; artesanos hoy desaparecidos.

En el vagón viajaban muchas personas. El tren dejó suburbios, subió terraplenes, mostró techos, chimeneas, situaciones cotidianas de gente modesta. Niños levantaban sus manitas, vehículos cruzaban carreteras, pero el paisaje iba poco a poco ganando en importancia y ya se percibían cuadrículados potreros, los montes aparecían con sus vien-

tres deshechos por la penumbra de la tarde, matorrales, zarzamoras encaramadas a horcajadas en el cierre de los deslindes, masas de verdura sombría desde la que se levantaban árboles deformados: troncos envueltos en cuellos de espesura.

Una paulatina oscuridad se dejó caer como una densa gasa sobre el desolado panorama estival del valle.

Entonces se intensificó el ritmo reiterativo de las ruedas sobre los rieles y la débil luz del vagón empezó a imponerse a la de afuera.

Ya poco se veía a través de los vidrios, una que otra fogata lejana, luces, casas a distancia, un resto de arbol porfiado que no quería ceder, sucumbir a la noche.

Cuando intenté mirar otra vez esas lejanías, esos montes ingravidos cercados de atmósfera, me encontré con mis facciones; profundos cortes mostraban los ángulos de mi cara.

Aún era temprano para trasladarme al coche dormitorio.

Apoyé entonces el codo en el marco de la ventana y me dispuse a repasar esos ajetreteados meses del sexto año.

Todavía, después de las fiestas navideñas, debía regresar una última vez a la capital para rendir el bachillerato y de ahí a mi tierra para siempre.

Mi intención era estudiar en Concepción, casarme allí, formar una familia y, si era posible, viajar, doctorarme en el extranjero, volverme rico, famoso, influyente, poderoso, un Cresco, un gran político; estirar la cuerda del éxito hasta tensarla en su máximo rendimiento.

No era precisamente lo que San Ignacio dictaminaba a través de sus severas reglas cuando, con la cruz al hombro, siendo niños, deambulábamos desde el interior de la casa de ejercicios hasta el cementerio local y, una vez en nuestras celdas, éramos despertados en medio de la noche para hacer relevo con otro compañero y de hinojos custodiar el Santísimo.

Muchas veces en esos ejercicios, en los que se comía poco y se hablaba menos, la mano de un maestrillo hurgueteaba mi maletín extrayendo libros que nada tenían que ver con ese tiempo de retiro. Y *Una mujer llamada Fantasía* o *El antifaz veneciano* eran llevados hasta el cuarto del confesor que nos dirigía.

Durante esas noches de vigilia, mientras iba por esos corredores bostezando en compañía de otro niño, observaba al director que, de brazos cruzados, apoyado contra el muro, cuidaba nuestro desvelo.

Y mi suspicacia, aunque infantil, leía en ese hombre mayor la

complacencia que mostraba al transmitirnos la solemnidad de todo ese ajetreo.

Era el mismo sacerdote con que a diario alternábamos en las salas de clase y recreos, pero aquí, envuelto en sombras, se posesionaba de una trascendencia, de un recogimiento que me parecía algo dudoso.

En el fondo, el director nos solicitaba lo que nos imponía, y en ese doble juego mis ojos iban a los suyos, pidiéndole garantía de una certeza que nunca tuve. Entonces, como es usual en las almas conflictivas como la mía, en la necesidad de congraciarme de algún modo con quien certificaba lo que a mí me faltaba, llevaba esa relación por los caminos de la simpatía y la frivolidad.

Y la amistad con el cura saldaba en cierta forma la falta de coincidencia religiosa; él veía esa relación, creía yo, como una antesala de mi fe, y yo, bueno yo, como una manera de soslayar el rechazo.

Ahora, lejos de toda esa organización que rigió mi vida desde la noche a la mañana, me sorprendía que repentinamente ya no tendría nada que ver con ellos, que todos esos personajes que me quitaban el sueño, una vez traspuesto el umbral, dejaban de ser significativos.

Regresar a ese patio enorme, recorrer esas aulas desocupadas, me resultaba tan estéril como a un actor pasearse por el escenario de un teatro abandonado.

¿Dónde los volvería a ver? Al parecer eran bastante inoperantes en medio de los problemas que planteaba la ciudad. Los hallaba limitados, amoldados a mentalidades infantiles, revelando ellos personalidades igualmente pueriles que las que pretendían formar.

Niños grandes, ingenuos, aterrados quizás de enfrentar la vida y que entre gente menuda se encontraban a sus anchas.

Que los sacerdotes y profesores no se interesarían por lo que me sucediera una vez puestos los pies fuera del colegio, era un hecho. Y así ocurrió.

3.

Finalmente este tren dejaba esa casa de estudios; hasta podía evitar recordar esos últimos años. Si ahora lo hacía, era para olvidar definitivamente aquellos acontecimientos al sacarlos a relucir antes de tirarlos lejos.

Lo que tenía por delante era mi vocación de ingeniero, la univer-

sidad, donde se estilaba otro trato entre profesor y alumno; ya no levantaría el dedo para acudir al baño, ni sería interrumpido en medio de la clase porque me llamaba el director espiritual para hablarme veladamente de sexo y otras cosas que él mismo conocía a medias.

Adiós a tanta pérdida de tiempo, esa vida constreñida con la muerte encima como amenaza constante, cuando ésta se supone vendría años más tarde.

Huir de ese majadero señor Montenegro, profesor de castellano, de chaleco abotonado, ojos coquetos, manos regordetas sobre la fragilidad de los cuadernos, andar ingrávido. Posaba de autor teatral convocando a padres y apoderados para las fiestas del final de año y, ante telones mal pintarrajeados como sus mejillas, actuaba sus propias obras dramáticas entre alumnos complacientes.

Estos estrenos lo llevaban a aceptar invitaciones a comer en casas de estilo, con columnas de granito y fachadas francesas. Palacetes de sus alumnos predilectos.

En el extenso comedor de los jóvenes actores, Montenegro no sabía qué cubiertos usar, y allí la sonrisita intermitente no andaba con la mirada impávida de esos aristócratas que, más que un actor en la familia, deseaban que el niño no reprobara el ramo de castellano, para hacerse cargo más adelante y representar la comedia a que lo tenían destinado en el bufete prestigioso del padre o en la oficina de la Bolsa de Comercio.

Ingenuo profesor de provincia, allegado al colegio jesuita.

Inocente cuando ante el espejo de luces del camarín, disfrazado de jefe de la tribu, imaginaba estar entrando de lleno en la inmortalidad.

Allí, en medio de la selva de cartón y papel picado, con música de fondo amplificadas desde bambalinas, haciendo silencios significativos, emulando a Hamlet o a Segismundo, recitaba el monólogo clave de su obra: «Del África al cielo». Y los alumnos boquiabiertos seguían sus gestos y pasos expresivos, sobre todo cuando ante la visión de las palmeras y montes lacres del Congo, proyectando su sombra contra esas lejanías pintadas, dando la espalda al público, condenaba a la tinaja en llamas al misionero de turno.

La actuación más patética y sobresaliente, sin embargo, la protagonizó Montenegro el día de su propio matrimonio, ya que para esa fecha solicitó el templo del colegio y bajo esas torres barrocas, en esa nave de cuadriculadas baldosas y columnas imponentes, llevó ante el dorado altar a su futura esposa, la que arrastró una cola interminable de tul.

El detalle fue que no había nadie, ya que Montenegro carecía de parientes.

Solos avanzaron los novios, en tanto el órgano se desgañitaba sonoro y canastillos de flores adornaban esa iglesia iluminada en exceso, donde resonaban los pasos vacíos.

Otra obra teatral del profesor de castellano.

Yo, encaramado en el sucio marco de una ventana de ojo de buey, la empujé al interior, y desde esa gran altura, vi avanzar abajo, diminutos, a los novios solitarios.

Fue el único invitado que tuvieron.

4.

Y los recuerdos iban quedando atrás como los panoramas exhibidos un segundo por las ventanillas al pasar.

Remembranzas deshilachadas, imágenes incompletas de un pasado reciente, montadas unas sobre otras, lo que muchas veces velaba el resultado, haciéndolas perder nitidez.

Eran múltiples asuntos que así yo dejaba ir en ese correr nocturno hacia un amanecer nuevo, aún lejano.

Profesores, condiscípulos, amigos de niñez.

Prefectos como el padre Patiño, que tantos años había regido los destinos del plantel. Hombre vigoroso, brutal, violento, viril, lleno de actividades paralelas a la conducción del colegio. Director de orquesta, crítico literario, asiduo al taller del pintor Camondo.

Pero todas esas actividades, vistas desde el tren, iban perdiendo jerarquía.

Es cierto que bajo su batuta se aglomeraban unos cuantos maestros de la Orquesta Sinfónica, pero, ¿quién podría negar que su *Marcha nupcial* o sus *Walquirias* no recibían el trato de un orfeón de plaza pública en un día domingo?

Comparado hoy a maestros genuinos que repletaban el Teatro Municipal, el Colón de Buenos Aires, el Metropolitan de Nueva York, ¿qué nota recibiría ese gesticulador tonsurado, que ante los aplausos de los padres de familia serviles y hasta temerosos como sus hijos, se arrancaba de cuajo el cuello duro y la pechera, para lanzarlos al suelo como dando a entender que a él le interesaba solamente la música y no el reconocimiento?

Historias que ese tren, que a cada momento aceleraba la marcha, atravesando túneles, cruzando extensos ríos a gran altura sobre estructuras arriesgadas de metal, iba en su correr dejando irremisiblemente atrás.

Mi mente acudía al gabinete de ciencias; todos los alumnos reflejados en las corridas de vidrios de los armarios repletos de implementos y frascos con líquidos y minerales, en tanto en la mesa de disección, un gato descuajectado al que se le extraían los pulmones, el corazón y los demás órganos, nos indicaba cómo éramos nosotros mismos por dentro.

5.

Y el tren nocturno cortaba, diseminaba esas imágenes, en tanto se introducía en las tinieblas de la noche.

El cobrador de gorra y un asistente abrieron la puerta del vagón, entonces se dejó oír el barullo del exterior en combinación con la velocidad; la puerta dio un golpe seco y los uniformados fueron perforando con ese «picador» sonoro los cartones grises con el relieve de los membretes y la leve impresión de las fechas.

Al llegar a mi asiento les pregunté si el coche dormitorio estaba abierto, a lo que asintieron.

Pero aún no tenía sueño.

El tren se detuvo en una estación desocupada a esas horas. Un par de figuras envueltas en largas mantas conversaban muy juntas, los mostradores de las dulceras ambulantes aparecían con candado y un perro vago arrastraba algo por entre los postes. Una débil luz de ampolleta incursionaba intrusamente en lo que estaba reservado al imperio de la noche, develando la pérdida del día para esos enseres tan hechos para ocuparlo. Entonces, revelados así, en su intimidad más desnuda, aparecían tan precarios como esos hombres marginales que allí hablaban.

Tras un remezón, emprendimos lentamente la marcha.

Permanecía todavía enredado en esas nostalgias y no me sentiría libre hasta no haber repasado las etapas más significativas de esos años.

Así pensé en las pocas relaciones femeninas que yo había sostenido desde ese internado para varones.

La verdad es que en un comienzo éstas se limitaban a los domingos cuando en las matinés que el plantel organizaba, los medios pupilos traían a sus hermanas al salón de actos donde un cura hábil para la lente y el cambio de rollos, justificaba con esta práctica mecánica la otra, la elevada, donde el rollo era invisible y la película bastante muda.

Allí podíamos alternar con las hermanas de nuestros compañeros; era como verlos a ellos con cintillo, enaguas bien almidonadas, calcetines y zapatos de charol con traba.

Pero fuera de mirarnos en medio de esas butacas claveteadas con un listón en los respaldos para evitar porrazos, no nos quedaba otra alternativa que aceptar que esas beldades se sumieran en la penumbra, para que, una vez apagadas las luces, reaparecieran ya mayores en la pantalla, en una escuela de sirenas, con traje de baño en medio de chorros de fantasía, plataformas rodantes y corros de mujeres que se iban lanzando por turno a las aguas de colores.

Pocas veces las actrices encarnaban un papel dramático; preferían los frailes mostrar al sexo opuesto en ambientes anodinos y frívolos, ya que de lo contrario, alentarían en nosotros la propensión al drama, antesala de las pasiones.

Así eran nuestras mujeres, en realidad las proyectadas y las sentadas bajo ese haz de luz, no mostraban mayor diferencia y alternativa.

Cuando cambió la situación fue ya durante los cursos superiores, al saberse de la kermesse anual que, al otro lado de la Alameda, efectuaban las monjas inglesas.

Contra esos vidrios opacos, empavonados, con cálices y corderos esmerilados en relieve, se estrellaban los jóvenes de pantalón corto, que debieron llevarlos largos por el vello de los muslos, detalle que las madres de ese colegio de señoritas, con sus rostros circundados de cofias corrugadas y velo prendido de un alfiler, sabían detectar en el acto.

Sólo podían ingresar a compartir con las niñas los hermanos menores, jovencuelos aún insulsos, lampiños y sin atributos viriles de ninguna especie.

Allí, en esas mamparas del Sagrado Corazón, se producía el forcejeo más violento, de un lado los jóvenes ignacianos y del otro, el contingente de las seguidoras de la Mater Admirabilis. Si bien es cierto que el bigotillo tenue que oscurecía el labio superior de los jóvenes era

la causa de tanto recelo, del otro lado, del de las enclaustradas, también había algunas que lo llevaban y hasta me atreveré a afirmar, mucho más poblado.

Bigotes y bigotines se daban con la puerta, en tanto adentro, las jóvenes de la mano efectuaban rondas enguantadas, juegos pueriles, y sobre todo se esmeraban en hablar pero no conversar, diferencia que ellas guardaban como regla de oro.

Así las cuitas irrenunciables que tenían necesidad de transmitir debían volverlas meros recados de telegrama, sin permitirse el gusto de comentar lo que sus corazoncitos nuevos comenzaban a develar.

Las fogatas de los campos se desplazaban veloces hacia atrás. Ocurrió que de improviso un tren, en sentido contrario, multiplicó el ruido del nuestro y la sucesión de ventanas encendidas rodó fulminante como una variedad de cuadros iluminados de un filme vacío.

CAPÍTULO SEGUNDO

1.

Nadie me aguardaba en la estación de Concepción. Debían estar todos en el fundo para esas fechas. Tentado estuve de tomar el ferrocarril local y deshacer inmediatamente esos cuantos kilómetros para abrazar a los míos y notificarles de mis óptimas calificaciones. Pero me desistí. Era más aconsejable ir a la casa que teníamos en la ciudad y luego hacer el resto.

El amanecer desde el tren me había mostrado no sólo el río y la gran profusión de rieles y ramales en San Rosendo, sino que al intensificarse la claridad, ésta me obligó a poner atención en descubrir desde la ventanilla nuestro fundo, la galería de la casa que el sol a esas horas doraba.

Sólo me pareció vislumbrarla.

Siempre me ocurría lo mismo, aun cuando mi madre aseguraba que ella sí veía con nitidez no sólo la galería, sino los pinos y hasta las tinas.

Atravesé las grandes puertas batientes con tiradores cromados y me encontré en medio de ese gigantesco vestíbulo de la estación, con los muros atiborrados de ese dudoso mural repleto de dioses, héroes de la Conquista y mitologías indígenas.

Tomé un taxi que me condujo a la calle Tucapel, donde estaba mi casa. Ésta había pertenecido a mis abuelos, pero reconstruida después del terremoto de 1939, mostraba un estilo feo, con curvas, balcones como bañeras, ojos de buey, cristales y coronaciones.

Ellos alcanzaron a vivirla sólo unos años, luego como el fundo, todo pasó a mi padre, que era hijo único.

Así, esa puerta revestida de terciado colmado de barniz y el recibó, me llevaron a una escala de baranda de fierro a la que sumía en sol un ventanal de cristales empavonados. Nunca me acostumbré a esa

modernidad tan ajena en una ciudad antigua y castigada que con dificultad iba a la par del siglo.

Muros oxidados, humedad perenne, mal clima, caracterizaban a la capital penquista.

Dentro de la casa sólo había quedado una sirvienta y un montón de cuartos con mucho desorden en exhibición. Se advertía que la familia había salido precipitadamente a reunirse con mi padre, quien permanecía todo el año administrando el fundo.

Mi madre y mi hermana Antonia revivían durante esos meses de verano, ya que acompañaban a mi padre. El colegio de Antonia y su vida de sociedad obligaban a las mujeres de la casa a abandonarlo.

Algunos fines de semana mi padre acudía a su casa de Tucapel, pero ir y retornar por un par de días se le hacía dificultoso. Así, de mala gana, permanecía ante la chimenea del escritorio en Recreo, en tanto mi madre, solitaria a su vez, se reunía con sus amigas, jugaba a las cartas, iba al aperitivo del Quijote o a tomar té en La Hormiguita.

Antonia recorría los salones provincianos de la ciudad.

Me cambié de ropa y volví a la estación. Antes llamé por teléfono a la universidad para indagar sobre los exámenes de admisión.

Esta vez el tren que desanduvo los escasos kilómetros fue uno de vagones casi dados de baja, tirados por una locomotora igualmente vieja, la que nos llevó con mucha parsimonia a orillas del río y con precaución sobre puentes locales de estructura precaria.

Bajo esos andamios metálicos, niños retozaban en los remansos del estero, antiguo lavadero de oro donde sólo espejeaba ahora una arenilla dorada como las escamas de las porfiadas carpas.

El tren se detuvo en la estación de Quilacoya.

Nadie me aguardaba.

A un costado, la pequeña construcción ferroviaria de corredor y postes fiscales, con una ventanilla ante la que los inquilinos hacían cola. A poca distancia la caseta del guardavías.

Cruzando la línea, un «gualpón», como le decían ellos, grande, de cemento, con terraplén, dominaba al pueblo que a partir del abrevadero, extendía el par de hileras de casas enterradas en la arena. Muchos escalones de esas viviendas estaban bajo el nivel de la calle; desde allí las puertas conducían a la oscuridad del recinto.

Las carretas de bueyes se agrupaban junto a la fuente y las picanas colocadas ante la yunta indicaban que los camperos bebían en una de las tantas cantinas.

Un cartel de latón con letras azules en relieve señalaba el correo, una bandera blanca, el pan amasado y un mástil alto, sumando la estrella de su punta al resto del firmamento, el retén. Ni siquiera ese local, el único con segundo piso que se cimbraba entero, tenía pintado en el frontis la obligatoria franja verde que los caracteriza.

Aguardé a que desde el fundo acudiera Germán con los tarros de leche para transportarlos en el tren ordinario.

Puntualmente los bueyes de mi casa dieron la vuelta tras el nogal gigantesco del pueblo y llegaron con la carreta tapada de cueros donde estaban las otras.

Al verme, Germán se dejó caer, iba encinchado, con ojotas, el sombrero gacho sobre una barba crecida, gris de tierra.

Tomó mi maleta, dejó los tarros en el terraplén y, una vez que el tren hizo lo suyo, me introduje como cuando niño al fondo de la carreta.

Sólo me faltó coger la cola de los bueyes como hacía a esa edad. Bajo los gritos del conductor nos hundimos, pesados, en el arenal camino a casa. En la cuesta de Carmen Lara, empinada pendiente, me bajé y dejamos a los bueyes que con dificultad la remontaran. Una vez arriba, se reanudó el viaje que el arco del techo iba enfocando: sinuosidades blandas, con vegetación hirsuta y rala como sobrepuesta.

De vez en cuando, cuadros de pinos manchaban ese gris en el que se enterraban a diferente nivel las cercas de los deslindes.

Adivinaba el río, aun cuando no lo veía: amplio, imponente, que se llevaba prestado en su superficie el profundo azul del cielo. Lugar tan a trasmano y, sin embargo, vigoroso escenario de sobra para una vida que yo, en esos años, descalificaba por considerarlo poca cosa para todo lo que pensaba me deparaba el destino. Cuando a este pensamiento irresistible oponía el ejemplo de mi padre, que se lo llevaba ahí, y a quien no se le pasaba por la mente una reflexión como la mía, sentía que tal vez mis sueños eran producto de mi vitalidad, espejismos sin asidero.

De allí que en cierta ocasión que escuchó veladamente tocar el tema, mi padre rebatió inmediatamente mis razonamientos, exclamando: «¡Yo he sido muy feliz aquí! ¿Que tú piensas lo contrario?»

En todo caso por el momento, la curva del toldo sólo me mostraba arena floja, distancias vacías, árboles solitarios.

Adelante, Germán iba apretado en su cincha polvorienta, sangrando los bueyes para apurar el tranco.

Me resultaba curioso ese lugar tan marginal, no tanto por lo que

se refería a mi padre, sino por algunos libros que conformaban su biblioteca. Novelas en su mayoría francesas del siglo XIX que uno pensaría nada tenían que ver con estas perdidas latitudes y, sin embargo, cuando leía *Safó* de Daudet, reclinado en la *chaise-longue* del escritorio, ese París lo sentía cerca de este casco blando de tierra suelta que levantaban las vacas cuando acudían al establo.

Todo ese polvo atravesado por el ambarino sol del atardecer.

El París de Daudet en las riberas lejanas del Biobío, donde el mismo sol que había entristecido al caer los puentes del Sena, acudía un poco más tarde a pintar su pena en el pálido reflejo que prendía la galería.

En medio de estas relaciones y divagaciones iba mi inquieta imaginación cuando la carreta atravesó el puente de troncos horizontales, haciéndolo sonar como un instrumento sobre el estero oculto tras las ramas, bajo el oscuro conjunto de nogales que volvían ese rincón una noche vitalicia.

Allí no se conocía el sol.

Estábamos en las casas, ya se percibía el mugido de los terneros, el grito de mi madre, de Antonia que atravesaban con aspavientos la huerta y tras sus cariños y sonrisas, la figura lenta, desconfiada, calculadora, tímida en el fondo, de mi padre, que haciendo alarde, me palmoteaba con efusión, abrazo que sin razón me hacía recoger entero.

Y esa caricia no compartida entre nosotros habría servido a un psicólogo especulativo para llenar un tratado.

Era un duelo el que abría ese abrazo efusivo, duelo que yo no podía responder. Mi padre, a sabiendas que tal vez con ese aspaviento tomaba ventaja sobre quien le sucedería, no se privaba de ponerlo en práctica.

2.

Curioso «encogimiento» a que me sometía mi padre con esa manera aparatosa de echarme los brazos encima. Esa tarde de mi arribo me resultó interminable.

Subí con ellos hasta la casa patronal que quedaba en una pequeña colina, lo que permitía a la vivienda una vista privilegiada sobre las edificaciones, cocheras, bodegas, corrales y la lechería.

Tras las trancas se vislumbraban las alamedas en cruz que, por un lado, llevaban al río y, por el otro, a la cordillera de la Costa.

Al llegar a la cima, frente a la casa, quedaba espacio para un reducido parque algo informal. Unas cuantas tinajas gigantescas repletas de geranios, caldeaban sus descoloridos vientres al sol. Macizos de rosas que por el abandono se habían vuelto algo silvestres, restos de ornamentación y de barandas de fierro enmarcaban flores que raleaban en su antiguo conjunto, mostrando cascotes duros de tierra donde no crecía nada.

Y, tras ese sol intenso, la sombra del corredor interminable, esa atmósfera dormida, los barrotes contra las ventanas regulares, el indiferente ajeteo de las abejas laboriosas y la puerta ancha e imponente que llevaba al corredor donde desembocaban los primeros aposentos.

Ese corredor con los muros con perchas repletas de fustas, rriendas, sombreros, espuelas, exhibía enormes accidentes en el embaldosado, ya que las raíces de los viejos laureles habían levantado el nivel del piso.

De uno de los aleros colgaba un aro, que era el juego obligado de quienes esperaban su turno en la mesa de pimpón.

Mi madre, indiferente a todo eso, se instalaba ante una mesa plegable a mirar la nada, examinando de vez en cuando su pequeño reloj pulsera para proferir: «Una hora menos» y suspirar como acostumbraba en la cama, en el teatro — donde se dormía —, en el comedor, dónde fuese.

Mi padre se sentó a mi lado y me reprochó que exhibiera una melena tan larga y una barba de varios días.

Prometí afeitarme antes de la cena. Luego se habló de Antonia, a quien discretamente vi escurrirse hacia su dormitorio que, por lo demás, daba al corredor, desde donde me pareció seguía oculta nuestra conversación.

Antonia era un año menor y el hecho de que yo me educara en Santiago había dañado nuestra relación. Después de tanto tiempo nos habíamos convertido en dos extraños. Era una joven de andar cadencioso, de formas más bien abultadas, sin ser gruesa, pero toda esa pesantez la volvía ingrátida y extremadamente atractiva.

Acontece con las mujeres que se anticipan en su desarrollo a la edad que tienen, y como se transforman en mujeres antes de tiempo, esa contradicción despierta doblemente nuestro interés. Poseía en medio de esas características un rostro extraordinariamente hermoso, de

labios sensuales y ojos circundados de sombras naturales que parecían hechas con artificio. Esa veladura en torno a la oscura y profunda mirada, el cabello igualmente negro y la tez clara, lo rítmico y tímido de sus gestos, los que alternaba con risas imprevistas y lánguidas expresiones un tanto melodramáticas, hacían de Antonia un ser poco civilizado, como hecho para el amor, las pasiones, los enredos de la carne.

Todas estas características de mi hermana volvían a mi padre muy violento con ella: más parecía el cónyuge que el padre porque a decir verdad, mi madre siempre en cama, afectada por una melancolía irremediable, no poseía la sensualidad que denotaba su hija.

Por el contrario, yo creo que mi padre rehuía a esa mujer tan enferma, sin fuerzas para ninguna iniciativa.

En cambio, Antonia, sin pretenderlo, se mostraba coqueta cuando realizaba el más mínimo y cotidiano de los quehaceres. Si respondía a la pregunta más trivial, sus ojos y sus gestos jugaban otro papel que el que ella se proponía representar.

Esa tarde interminable, mi padre presintió que me parecía extraño que Antonia se escabullera y refugiara en su dormitorio, cuando hacía tantos meses que no me veía. Esto lo impulsó a explicarme tal actitud:

— La Antonia está con vergüenza, reprobó los exámenes de química, historia y castellano. Deberá rendirlos en marzo, de lo contrario repetirá el curso. Así es que mañana vendrá al fundo un pasante que le hemos tomado para prepararla. En un principio, cuando sintió crujir el puente creyó que era el profesor; sólo bajó a recibirte al saber que eras tú. Pero ahora tiene vergüenza y te aseguro que nos está escuchando — agregó con malicia, bajando el tono de la voz.

Miré en dirección a su ventana y advertí que la cerraban con cautela.

Entonces mi madre suspiró profundo para agregar:

— Mal agradecidas las monjas, ellas saben de sobra que nosotras regresamos a Concepción terminada la cosecha de manzanas y castañas. Además, cada año les atraco al corredor unos cuantos sacos de trigo y papas.

Mi padre buscó los cigarrillos y el encendedor.

Sus manos curtidas mostraban el trabajo en cada gesto. Cogían el cigarrillo de una manera tan impropia que ese vicio se volvía irrisorio entre esos dedos, los que más parecían manipular una herramienta.

Tomamos té en el comedor cuyo entablado se remecía. El apar-

dor grande frente a la ventana recibió en su cubierta ese rayo de sol de la tarde que otra vez venía a levantar el tono de la madera. La iluminaba unos cuantos minutos, luego se retiraba y todo el mueble recuperaba su pátina habitual.

Cavilé en ese desgaste mínimo y observé el de mi padre que en esa tarde me pareció tanto más hondo. Ante las expectativas enormes que se me presentaban de allí en adelante, él no se esforzaba por mostrarme las suyas que, debí reconocer, ya eran muy pobres. Sentía que no era correcto alardear con mi futuro ante un hacendado que prefería guardar silencio y no hablar de los adelantos del campo, su nombramiento en la sociedad lechera de la zona y trivialidades por el estilo, porque de haberlo hecho, habría acentuado que ahora sí comenzaba a mostrar enormes desventajas ante mis grandes posibilidades. Calló, no diré vencido, más bien se mantuvo tras la dignidad que le confería la edad y el haber hecho uso ya de su cuota de tiempo. Yo hice esfuerzos por evitar herirlo. Me hubiese gustado haber tenido la confianza de contarle mi experiencia escolar, pero nuestra relación hacía infructuosa esa posibilidad. De no ser así, al menos mis aventuras fallidas habrían nivelado mi inexperiencia a su edad, que yo sentía le resultaba incómoda. Todo denunciaba que iba dejando de ser el protagonista de ese montaje campestre: la actitud de mi madre, la situación de mi hermana, mis propias expectativas así lo indicaban. A Manuel, el mayordomo, que tenía su misma edad, le sucedía otro tanto. Su familia le quitaba también el sueño y, al caminar, rengueaba. A este último se le notaban doblemente los años en el cuerpo.

Bien poco nos aveníamos yo y mi padre, y toda nuestra relación estaba sustentada en una competencia tácita, en vez de amor y confianza mutua. Ambos hacíamos lo posible por mejorarla, pero resultaba inútil. En cuanto yo mostraba mi auténtica personalidad, él reaccionaba en forma violenta, denunciando que si bien me quería, en el fondo no me toleraba.

3.

Esa noche, luego que terminamos de cenar, mi madre se retiró como de costumbre argumentando cansancio, mi hermana hizo otro

tanto y como quedamos solos en la mesa, lo que volvía esa situación tensa, el silencio que empezaba a crecer fue roto por una invitación de mi padre a revisar los cierros y el agua de los potreros cercanos.

En verano, y bajo el cielo estrellado, solía mi padre ir personalmente a esos quehaceres, más por gusto de caminar después de la comida, fumar un cigarrillo, que averiguar realmente si las llaves goteaban o las trancas se encontraban en su sitio. Salimos al corredor, la noche espléndida sin luna batía la infinita variedad del cielo. Brochazos de la Vía Láctea manchaban en un gesto espontáneo el firmamento profundo y los astros cercanos, las estrellas inconmensurables, refulgían en el espectáculo que vuelve al tiempo una medida ilusoria. Bajamos y echamos a andar sobre el trumao opaco, guiándonos por las frondosas zarzamoras que cubrían las cercas. Mi padre levantó la primera tranca y comenzamos a orillar el potrero El Sur en dirección a los abrevaderos.

De tanta inmensidad que teníamos sobre nuestras cabezas, quise hacer una reflexión en voz alta para demostrarle a mi progenitor que tanto su destino como el mío, no eran nada ante ése que se desenvolvía arriba sin aspavientos.

Pero me retuve, ¿a qué insistir en un acercamiento que ni siquiera la vista del panorama celestial contribuiría a lograr?

Regresamos tarde; en el corredor, mi padre, cabizbajo, me hizo un insignificante gesto que interpreté como de buenas noches y entró en su dormitorio.

Al enfrentar el mío me sentí desolado. Allí estaba el par de catres de caoba y coronaciones, juego que había pertenecido a mis abuelos. Los veladores con cubierta de mármol sostenían dos palmatorias encendidas.

En el fundo no había luz eléctrica.

Así, no sólo deambulábamos con velas desde el atardecer, sino que plegadas a las murallas se deslizaban continuamente gigantescas y grotescas siluetas que absorbían los huecos de las puertas. Me eché sobre la cama, me hundí en el plumón, fijé mi vista en los postigos cerrados de la ventana incrustada en esos muros de tanto grosor.

Afuera imaginé el patio trasero y toda la actividad menuda que acompaña los menesteres de una casa patronal. El parrón enclenque, las tinas del agua suspendidas a gran altura, en fin, gallinas por doquier, garfios para colgar y destilar los animales degollados, rejillas para guardar y proteger la carne fresca.

Por la mañana una mano diligente abriría los postigos herméti-

cos y la luz suave, transparentando la vid, llenaría de penumbra ese cuarto, y sobre el mármol una taza de café junto al pan amasado me anunciarían que era hora de salir fuera.

Sin embargo, era necesario vencer esa noche rotunda, silenciosa, cuya única defensa consistía en esa vela que chisporroteaba, haciendo flamear el importante respaldar de la cama. Soplé la llama y me metí bajo las sábanas. Estaba rendido como para seguir el argumento de un relato escrito en los renglones inestables que permitía la exigua y palpitante luz de la vela.

4.

Al día siguiente mi padre propuso a la familia efectuar un paseo a Centinela, fundo vecino donde teníamos amigos de toda la vida. Mi madre, siempre reacia a los panoramas, argumentó mil inconvenientes, pero finalmente accedió a acompañarnos. Habilitamos dos cabritas con toldos frágiles y altas ruedas encintadas de acero. Mi hermana y yo guiamos la primera, en tanto en la otra iban mis padres y algunos sirvientes. Varias veces debió mi madre rechazar las efusivas caricias que le hacía mi padre, entusiasmado de vernos a todos compartiendo juntos.

Cuando el cortejo, lento, hundido en el polvo, emprendió el camino del pueblo para tomar luego en dirección al río, nos cruzamos con un hombre joven que se veía montaba muy ocasionalmente y que llevaba un maletín sobre la silla.

Mi madre, bajo el enorme sombrero de alas y tras el velo, lo miró detenidamente y, en tanto el jinete se descubría al paso de los coches, ella me confidenció:

— ¡Dios Santo, se nos olvidó!... Es el profesor de Antonia, yo no sé quién lo recibirá..., en la casa no ha quedado nadie. ¿Por qué no te bajas y le explicas lo sucedido?

Detuve el coche, me apeé y di alcance al forastero.

El hombre, desconcertado, no podía comprender lo sucedido. Viendo que era una persona honesta, le entregué las llaves de la casa y le propuse nos aguardara hasta el regreso. Ante una orden, el hijo del campero que venía en la comitiva se devolvió para atenderlo.

Y nos fuimos, nosotros hacia Centinela y el pasante de Antonia a deambular y satisfacer su curiosidad en una casa vacía.

De vuelta yo conduje de nuevo la cabrita desde Quilacoya a Re-

creo. Hacíamos todo tipo de comentarios jocosos de nuestros anfitriones campestres.

Cuando atravesábamos la alameda que lleva del río a las casas, salían al camino las lecheras a testimoniarnos su cariño. Nadie con las manos vacías: flores, miel, dulce de castañas, huevos, pan amasado, canastos repletos, pollos, harina tostada, mistela y pajaritos. Alguien exagerando los cumplidos exhibió en alto un lechón, ensordeciendo con sus chillidos la majestad del paseo. Mi madre, como una reina, apenas se dignaba inclinar la cabeza. Antonia me tomó las manos y yo, en respuesta a su silencioso diálogo, le pasé una de las riendas.

Cuando nos apeamos, sentí cierta angustia de subir hasta la casa. Una vez arriba, nos quedamos atónitos al ver a un joven apuesto que solícito salía a recibirnos. Como si nuestro padre maravillosamente remozado viniera a nuestro encuentro.

Era el pasante de Antonia, de quien por segunda vez todos nos habíamos olvidado.

Mi madre pasó junto a él sin dirigirle la mirada. Yo debí sostener por educación un diálogo obligado e intentar explicarle comprendiera todo este contratiempo.

Pensé que era hasta providencial que un extraño nos visitara; de lo contrario, nos veríamos obligados, como siempre ocurría, a caer en roces y tolerarnos. Entonces aconsejé a mi hermana se dedicara con ahínco a sus ramos reprobados, poniendo atención al profesor.

Fue así como ese verano, Antonia conoció el amor.

5.

A los pocos días de estos sucesos, mi padre cayó gravemente enfermo de tifus. En un comienzo tratamos su indisposición como un simple resfrío, pero al comprobar que sus continuas fiebres no cedían, nos vimos obligados a traer desde Concepción al doctor Urrutia. El facultativo nos sacó de nuestro error, explicándonos que las pulsaciones que provoca este mal a causa de las fiebres, al revés que en otras enfermedades infecciosas, no aceleran el pulso, sino que lo retardan. Los antibióticos pusieron al enfermo fuera de peligro, pero su convalecencia fue sumamente dificultosa, razón por la que tuve que

hacerme cargo de sus asuntos por mucho tiempo, posponiendo los míos.

Disminuido en su cama, mi padre, la vista fija en la ventana que daba a la hondonada, fue palpando su mejoría en el regocijo sin límites que le significaba observar cómo el sol transparentaba y encendía una simple hoja del parrón.

El doctor Urrutia, hombre muy culto, cuyos conocimientos nos hacían olvidar que nos encontrábamos en medio de tanto abandono, nos indicó otras características de este mal: decía que el tifus cambia el punto de vista a quien lo padece, y que esa persona nunca más vuelve a ser la misma.

Aseveraciones por el estilo hacían apasionantes sus visitas.

Ya no recuerdo con exactitud si Copérnico, Kepler o el mismo Newton, había sido, según Urrutia, quien detectó al convalecer de tifus, cuando miraba a través de un ventanuco, las diferentes clases de nubes que transitan el cielo.

De todos modos, yo no tenía la suerte ni el tiempo de cirros y cúmulos para deambular en las alturas, sino que debí ocuparme con urgencia de los asuntos que mi padre había dejado pendientes en tierra.

Así pasé noches enteras trajinando los cajones de su escritorio, evaluando todo ese papeleo que me fue enseñando los pormenores del funcionamiento del campo.

En medio de pagarés, estados de pago, planillas y contratos, encontré correspondencia de toda índole; incluso esquelas íntimas, recados comprometedores que me mostraron un padre desconocido, diferente del que suponía resignado a las interminables soledades del invierno.

Para evitar bochornos me tomé la libertad de llevar al fuego esas historias, aventuras que supuse ya pertenecían, como mis anhelos, al pasado.

FRAGMENTOS

MÉRIC

Historia de los Méric, hugonotes errantes y bordeleses que llevaron en sus pechos la palabra negra de Calvino y una sonrisa burlona del Rey.

Historia deambulatoria y muerte del viejo Méric que hizo su arribo a Valparaíso el 17 de mayo de 1850, de noche, considerando que aquélla se presentaba con todas sus estrellas y casi sin la luna. En velero. De noche. El daguerrotipo que muestra su fisonomía contradice en cierto modo su abolengo: un grueso señor de patillas aéreas, sentado en un sillón victoriano, volteando las pesadas manos ensortijadas y que deja entrever (al alcance de los comentarios) el bulto que hace el sexo bajo los pantalones. Cuando los gobiernos de Chile, Perú y Bolivia se declararon la guerra, el viejo Méric, dejando caer bruscamente la servilleta, se precipitó al balcón para ver las tropas que desfilaban rumbo a los campos de batalla. Entonces, no pudiendo contener la risa, daba estruendosas carcajadas, motivadas quién sabe por qué detalles.

El cielo se mostró lejano y las estrellas diminutas e insignificantes. «Al inmigrante americano que es siempre la historia de una semilla.» El viejo Méric tras afanosa cabalgata compró el sitio en que levantó la casa y el palmario. Con los años derribó ésta y allí construyó la segunda, de solemnes y puntiagudos techos en donde tanto el sol como las sombras se dieron cita para siempre. Murió sentado en un sillón de mimbre, el sombrero blanco en la mano y los ojos fijos en las bondades del parrón.

Quizás todo tuvo otra pesantez y lo que el daguerrotipo insinúa como el sexo no sea otra cosa que un pañuelo. Que *La Cleo*, el velero que le trajo, se deslizó por el puerto en una esplendorosa mañana de septiembre, y que al descender al muelle, el viejo Méric sintió la grandeza de esta tierra y la vergüenza de su estirpe.

Bailó esquivo y veloz en los contornos de su *châtelaine* de oro el

sol de América. Su acolchonada levita escarlata, toda enhuinchada y ribeteada de seda, los guantes finos y el prendedor de corbata de esmaltes y perlas no hacían otra cosa que enjugar a aquel desubicado que bañado en sudor, ascendía las empinadas calles de Valparaíso talladas en el polvo de los cerros.

Su equipaje consistía en dos o tres muebles de encina y media docena de miniaturas de parientes sin nombre que vestían con las tocas y cuellos de la revolución.

FLORENCIA

Los atardeceres sucesivos han aletargado para siempre la otrora próspera ciudad de los Médicis, la majestuosa Florencia. Hoy deambulan por sus calles empedradas turistas que, atraídos por la fama de su historia y de sus obras, acuden a admirarla, ajenos, ignorantes la mayoría de las veces, respetuosos en exceso, conmovedores por el sacrificio que les significa llegar desde tan lejos.

Calles que conocieron el silencioso paso del Dante, meditabundo, deslumbrado ante el bullicio de la obra que ensordecía su mente. Calles turbulentas, no de forasteros, como ahora, que sólo siguen itinerarios impuestos. Calles que supieron de crímenes, revoluciones, resistencia, pillaje, fiestas, desfiles, procesiones, amor, saber y milagros. Calles que vieron transportar el David gigante de Miguel Ángel, sobresaliendo la enorme cabeza por sobre el techo de las casas o asomándose a las ventanas de los grandes edificios, hasta ser depositado junto a las puertas de la Signoria. Calles que escucharon el grito de Lorenzo clamando venganza contra los asesinos de su hermano. Torreones almenados y cornisas desde los que pendieron boca abajo los cuerpos mutilados de los malhechores. Calles que llevaron al pueblo aterrado junto al púlpito de Savonarola, demente, sediento de justicia apocalíptica, iracundo en su imposibilidad de doblegar las conciencias. Plazas que sirvieron de plataforma para hogueras de incrédulos y herejes. Ciudad que una noche, alumbrada por antorchas, vio girar sus enormes goznes para dar paso a la invasión de Carlos VIII, niño aún, perverso, ofuscada la razón por ensueños irrealizables, empeñado en emular a los héroes del pasado. Excesos, pendencias, comercio. Visitas no de un bus de grandes ventanales, repleto de equipajes y audífonos en cada asiento, que aguarda en una esquina a que

sus pasajeros, una vez cumplida la excursión a tiendas y museos, vuelvan al interior para continuar viaje, sino visitas del Patriarca, el Emperador y los sabios de Bizancio, esos grandes perturbadores del pensamiento medieval.

Leonardo, Rafael, Miguel Ángel, Pico de la Mirándola, Dante, Botticelli, Brunelleschi, Verrocchio, Maquiavelo, Masaccio, León X, Clemente VII, Donatello, Lorenzo y tantos otros, actuaron en la vida cotidiana de esa pequeña ciudad del norte de Italia. Hoy no queda rastro de sus voces y sus gestos, ni se sabe el lugar preciso en que habitaron. Hoy el palacio del Bargello es sólo un ordenado museo y no acontece en su patio otra cosa que la lluvia torrencial que a veces lo inunda. Ni se escucha por las noches la cabalgata de Lorenzaccio sobre uno de los puentes del Arno, acudiendo a adular a su víctima, ni se oye el dulce canto de Poliziano enamorado, ni caen desde los balcones flores y tapices al paso de los carros alegóricos de los torneos que organizaba Lorenzo. Calles que conocieron la miseria de Botticelli, abandonado, sin recursos, apoyado en dos bastones. Lugares que fueron testigos de las amargas recriminaciones que hiciera Miguel Ángel a Leonardo. Ciudad que con las puertas de un bautisterio «dignas del cielo», abrió el Renacimiento al mundo y levantó una cúpula tan espléndida que detuvo el sueño gótico para siempre.

Hoy los turistas buscan allí de preferencia, en vez de puñales, oro y renombre, abrecartas, cofres vacíos, láminas, objetos de cuero repujado, mantelería de hilo.

UN PINTOR DE CABALLETE

Tanto que se afaná el pintor Camondo que compró una casa en la playa chica y jugaba todos los días con sombrero de paño, atril portátil y piso plegable al artista inmortal desde el balcón del tercer piso. No lo dejaban tranquilo paisajear el susurro de las voces y miradas inexistentes que tenía sobre el hombro, esa presencia que llevan como charreteras los inmortales. Calculaba programas y afiches para sus exhibiciones, invitaciones, marcos, presupuestos, bandejas van y vienen con vino amargo y mondadientes ensartados en quesos y aceitunas rancias. Este vuelo de abeja exaltaba su dorada imaginación en tanto manchaba aquí y allá por un solo lado, tratando de no salirse de la tela y embadurnarse una manga.

Abajo en la playa, un desconocido dibuja con un palo sobre la arena. Cientos de mirones rodean desde las balaustradas del rompeolas al sujeto. Grandes Patos Donald's, Minnies y Mickeys, Drácula, Popeye, con la perfección formal de las madonas de Sanzio; negro trazado sobre la humedad marina. Un cofre con patas de ciervo, abierto, dibujado con maestría es el hito de la recompensa; allí van a dar las monedas que al instante de volar cree uno se oxidan.

Arriba Camondo recita bajo la sombrilla:

*toda la playa está escrita
con los versos del agua
el cielo con estrellas
la tierra con pisadas*

Y sube la marea; la gente se retira a tiempo, los dibujos deshechos. Sobre la agonía de las imágenes una estela sucia arrastra de las greñas a una Barbie gigante.

Va alejándose por la retorcida calle hacia la plaza, el artista. Arrastra el palo sobre la calzada, no ha quedado nada, solo Camondo sentado bajo el quitasol, aprontándose a compartir con una vieja modelo una tabla de queso.

CASTILLA DEL ORO

Al tenue soplo del céfiro hácese lenta y cadenciosa la festiva travesía de las naos de Pedrarias. A bordo va una pequeña corte disoluta, distraída en sus afanes de juerga; y son las damas quienes, sueltos sus corseletes y levantadas las enaguas, inducen a los hombres a caer en excesos, rivalizando entre ellos en proezas tan burdas como trepar al mesana o equilibrarse con una vara sobre el palo del trinquete, zambullirse en aquellas aguas pestilentes o beber de un solo sorbo licores empalagosos, de espaldas a la bodega.

El hombre que los rige, fornido, de recia estampa, cruza los brazos sobre el pecho, y todo en él es pétreo, menos la majestuosa pluma de su fieltro que, al acariciar lisonjeramente su oído, no logra arrancarlo de aquel ensimismamiento. No lleva prisa. Hasta le agrada el pausado curso de las naos.

La tarde se ha vuelto tibia, y un tono rosa, enriquecido por haber

dejado recién de ser de oro y púrpura, duplica su desvanecimiento sobre las dormidas aguas del Darién.

Ante su obnubilada vista danza toda esa gentuza, aquel séquito improvisado de gentileshombres de reemplazo, enanos descalificados, bufones dados de baja, mastines de dudosa saca, amas desacreditadas, poetas y tañedores exhaustos de competencia, soldados infames, mujeres fáciles. Si había entre ellas algunas de pureza intacta, ingenuas, confiadas y hasta contentas, es porque a aquéllas les son indiferentes los cambios, y en todas partes gobiernan. Lo que no impedía que a veces se contagiasen en los desbordes, delegando abusos y coqueterías en sus criadas, quienes, encantadas con aquel disimulo, obedientes a la complicidad de sus dueñas, provocaban a los hombres, despertando en ellos el antagonismo y los peores modales.

Tan inmóvil estaba Pedrarias que parecía que el negro terciopelo de su elegante traje ciñera una estatua. Y frente a aquella figura hierática que, sobre el puente, con su aislamiento, daba licencia a chacotas, el pequeño cortejo apresuraba las horas.

Los gritos de las alocadas y ebrias mujeres comenzaron a trenzarse con el graznido de algunas aves, que al cruzar veloces sobre los mástiles, indicaban la cercanía de la costa. Pero la mayoría, abstraída en sus correteos — incluso algunos, vendados los ojos, extendiendo los brazos al vacío —, no advertía cuán próximos se hallaban de una nueva etapa en sus destinos.

Agazapado, a la sombra de unas grandes barricas, un hombre de aspecto descuidado espía, inmune a todos esos desvaríos, fijos los ojos en el adormilado rostro de su jefe. Llevaba tan sólo un mísero justillo, una capa y una faltriquera apenas abultada.

Llamábase Diego de Almagro.

Descendería al final, luego que Pedrarias desplegara palio y alfombras, mezclado entre los peores. Dícese que lo hizo de noche, como un fantasma, seguido sólo de la muerte, que siempre abandona en último lugar un navío.

LA CASA DE LA PALMERA

En la calle Esperanza, frente a la plaza Yungay, se levanta una vetusta construcción de tres pisos, cuya sórdida fachada gris no tiene otro adorno que la cornisa de yeso que muy alto la remata. Sus dibujos

en relieve se han desprendido, así como las barandas de los balcones y una serie de pilastras que antaño había allí adosadas. Los únicos detalles que indican que esa vivienda tuvo otra apariencia son las escalinatas de mármol que bajan desde las dos puertas principales hasta la vereda. Trizados, incompletos, esos peldaños hacen pensar en los puños duros de algún humilde funcionario de banco.

La nota que da interés a aquel despojado rectángulo es una gigantesca palmera que asoma su cogollo por encima de los techos, produciéndose esa feliz confrontación de elementos opuestos que tanto reclama la belleza.

La plaza es más bien modesta, con el conocido monumento de Virginio Arias al centro, y una sucesión de plintos vacíos en sus diferentes puntos de acceso. El agua de las piletas, mal regulada, rebasa el borde de las tazas y se derrama sobre la grava. Del mismo modo que faltan vasos encima de los pedestales, también han desaparecido los cercos que delimitaban la extensión de pasto al pie de los árboles. Convertida hoy en lugar propicio para el juego y algarabía de los niños, los paseantes escasean y sólo se observan viejos mendigos y gente ociosa dormitando contra el respaldo de los escaños.

Todas las cuadras que enmarcan la plaza le dan vida por su variedad de boliches y luces, en tanto la imponente torre de San Saturnino, rivalizando en altura con la palmera de la casa de enfrente, llama al orden y amedrenta cuando cada día, al caer la tarde, echa a volar los sonos de su antigua y destemplada campana.

LAS CHILCAS

El pueblo de Las Chilcas se ubica en los faldeos de un cerro, cuyas laderas están trazadas de manera tan simétrica, que parece hecho a compás, recordándonos una cúpula renacentista. Notoria es allí la diferencia entre quienes viven abajo, junto a la línea férrea, rodeando la estación, y los que lo hacen en la cima, pastores estos últimos, que extienden sus viñedos y plantaciones, como una exhibición de alfombras, sobre esa agreste superficie. Confúndense arriba, en una sola masa, las chozas, pircas y corralones de lodo y piedra en donde moran y guardan el ganado. Abajo, en cambio, la parada obligatoria de algunos trenes ordinarios ha configurado un pequeño villorrio que en un comienzo se limitó al edificio de la estación, que servía además de correo, y dos o tres galpones

— o «gualpones», como dicen ellos —. Con el tiempo, frente a ésta se levantó una cantina. Luego un hotel de dos pisos provisto de un frontis imponente, más alto que la construcción misma — especie de parapeto de teatro que sostenían por atrás dos gigantescos tirantes de hierro —. Esta fachada de madera, repleta de molduras y toda suerte de adornos, poseía un balcón de fantasía al que daban dos puertas clausuradas carentes de goznes, que de haberlas alguien franqueado, habría ido a dar al techo de las habitaciones. Un cartel exhibía en relieve las letras que configuraban su nombre: Hotel Francés. Contigua a este edificio se erguía otra cantina cuyo alero de tejas casi rozaba el suelo. Más adelante, dos casaquintas de endeble empalizada, una escuela, nuevas viviendas, y enfrente, un almacén con vitrinas. Como cerrando esta calleja, cuyas construcciones rivalizaban en altura y apariencia, se levantó una capilla de adobones, de color rosa, rematada en dos torres de madera, de una de las cuales pendía una campana centenaria, trofeo de la Guerra de la Independencia, que un devoto terrateniente de la zona donó con el afán de engalanar el templo y a un tiempo escuchar, desde su remota casa, el repicar de su ofrenda. Por los atajos iba aquel sonido al caer la tarde, contagiando a los sauces, que en lugar de badajo, ocultaban bajo sus ramas cantarinos esteros de agua clara, cuyas superficies transparentaban encendidas raíces. De los fundos vecinos acudían cada mañana carretas forradas en cueros, protegiendo los tarros de leche que el tren repartía por las ciudades, descendiendo entre monumentales peñas hasta el mar. Los camperos, cubiertos de polvo, embarrilados por ajustadas cinchas, ataban sus cabalgaduras frente al correo o detenían los bueyes de sus carretas apoyando contra el yugo la picana. Ante un bebedero de cemento del que se escurría el agua, numerosos animales se arrimaban: caballos de silla, percherones, burros, aves de corral, cerdos y cabras, que los pastores bajaban de la cima con el afán de vender o permutar por ropa, vino o algún antojo del baratillo. El retén de Carabineros era inconfundible por la convencional banda de color verde que lo rodeaba, un antejardín limpio de basuras y en medio, aquel mástil que de tan alto parecía querer sumar al firmamento la estrella de su punta. Ahí se celebraban cada cierto tiempo reuniones, especie de cabildos, en donde los vecinos denunciaban aquello que les parecía incorrecto. Asistía gente de los alrededores, venida incluso de lugares distantes e ignorados, tal como una anciana que hacía el trayecto en una calesa antigua tirada por un asno. El pueblo, por costumbre, aguardaba la llegada de esta mujer enigmática, cubierta por un espeso velo, de la que nadie había logrado ver el

rostro, aunque no faltaran los embusteros que se jactaban de haberlo hecho, asegurando que no sólo carecía de dientes, sino que además era calva, y como si esto fuera poco, exhibía una barba rala. Fantasías a las que por supuesto nadie daba crédito.

LA CÚPULA DE BRUNELLESCHI

La ciudad de Florencia queda al norte de Italia, no sé bien qué montes la rodean, sus palacios, casas, conventos e iglesias como sus calles, algunas muy estrechas, son enteramente de piedra; la baña el río Amo, y a uno de sus puentes, el más antiguo, repleto de tiendas, llaman Ponte Vecchio.

La diferencia entre los palacios construidos durante la época feudal y la renacentista reside en que los primeros poseen almenas, en cambio a los segundos los remata una poderosa cornisa. Entre los almenados destaca el Targello, antigua cárcel de Florencia, hoy museo histórico. Cuando lo visité en la primavera de 1963, llovía torrencialmente. Guardo a pesar de ello una imagen muy nítida de su *cortile*, su majestuosa escalera exterior, adosada al muro repleto de escudos y recordatorios esculpidos.

En la Vía Lata, se encuentra la catedral Santa María de las Flores. Esta iglesia consta de tres partes: la célebre cúpula de Brunelleschi, el campanil del Giotto y el baptisterio. Este último, bastante retirado de las otras dos construcciones, fue la catedral primitiva. Lo guardan las famosas puertas de Ghiberti, ornamentadas con aquellas extraordinarias planchas en relieve en las que el escultor empeñó veinte años. «Tuestas dignas del cielo», dijo Miguel Ángel al conocerlas.

Siempre he pensado que ellas abren la maravillosa época del Renacimiento al mundo. Frente a los relieves se alza una pequeña reja contra la que se aglomeran los turistas. En 1967, la inundación que asoló la ciudad cubrió de lodo aquel edificio, deteriorando su pátina. Dentro hay viejas tumbas, un altar, algunos vitrales y un púlpito.

El campanil es de mármol blanco, uno de los últimos testimonios del gótico tardío. Se dice que el Giotto no lo conoció, que sólo contribuyó a su construcción aportando los planos.

Nos queda aún referirnos a la catedral misma. Ésta es enorme, su fachada no pertenece al pasado. Dentro, en la espaciosa nave, tuvo lugar la horrible conjura de los Pazzi. En una de las baldosas, se ve una

cruz estampada, que indica el lugar en que cayó mortalmente herido Giuliano, hermano menor de Lorenzo el Magnífico. Este último también fue apuñalado, pero con la ayuda de los suyos pudo escapar con vida, refugiándose en la sacristía. Yo confundí en cierta ocasión este detalle, y encontrándome en Lima, aseguré, mientras recorría la catedral, que existía una cruz señalando el sitio en donde había caído Pizarro. Mucho discutí con alguien este asunto. Equivocaba las historias. El conquistador español ni siquiera había sido asesinado en el templo, sino en su palacio de gobierno, y si una cruz indicase el lugar del crimen, era bien improbable que perdurara a través de los siglos, ya que fue dibujada por el mismo conquistador con la sangre que brotaba de su pecho.

¡Qué hermosa es la ciudad de los virreyes! ¡Cuán emocionante el damero de Pizarro! ¡Aquellos interminables paseos al atardecer por el Girón de la Unión, saboreando los deliciosos mangos y los enormes choclos!

Debemos mencionar todavía de la conocida catedral florentina nada menos que su cúpula, símbolo del arte nuevo, fin del apogeo de las torres góticas. Ésta descansa sobre el tambor, termina en la linterna, desde donde descienden los tirantes de piedra. Dos son en realidad las cúpulas: una exterior y otra dentro. Ambas trabajan en sentido inverso, y de no estar magistralmente calculada esa resistencia, reventarían en el aire, cayendo sobre Florencia una lluvia de tejas.

Cuando la visité, en la primavera de 1963, yo era muy joven y debo confesarlo, hartamente ignorante. El viaje lo hice en compañía de la Omi, una anciana poetisa que me pidió la llevara conmigo. A cambio de esto prometió servirme de guía. Conocía Italia como la palma de su mano. La noche del arribo alquilamos un cuarto frente o casi encima de esta descomunal cúpula. Lo primero que hice al entrar en la pieza fue precipitarme a la ventana y empujar sus postigos. Allí estaba, majestuosa, imponente, impidiéndome ver ninguna otra cosa. Disgustado, sin saber lo que hacía, cerré la ventana. ¿Qué pretendes, niño?, exclamó la anciana. ¿Que no sabes que es la cúpula más hermosa del mundo? Se sumaban a mi desagrado los ensordecedores campanazos que no me dejaban dormir. Años más tarde, me sonreiría al recordar este incidente. La clase con que inicio mi cátedra la destino a la exhibición de la cúpula de Brunelleschi, y en tanto la describo a mis alumnos y hago el elogio correspondiente, no dejo de verme de la edad de ellos, refunfuñando, cerrando los postigos a aquella maravilla con la que durante tantos años me gano la vida.

LA COMEDIA DEL ARTE

I. LA COMEDIA DEL ARTE

CAMONDO EN LOS INFIERNOS

1.

Es la tercera vez que intento este relato, esta tragedia, esta parodia.

Antes fracasé. La significativa alegoría del argumento desequilibraba el texto.

Para lograrlo ahora, me ha sido necesaria una artimaña, una argucia: echar mano de una extrema licencia, dejar de lado el modo habitual con que suelo abordar la confección literaria. Me explico: dar prioridad sólo al argumento; es más, hablar del tema en lugar de narrarlo.

Normalmente me esfuerzo en lo contrario, es decir, ligar lenguaje y contenido con mucha acuciosidad para alcanzar un todo armónico. El resultado en este caso fue desastroso: se obstruyó tan loable engranaje; forma y fondo se fueron por su cuenta y la transparencia, fluidez, y sobre todo la amenidad, no estuvieron presentes.

Sin embargo, el tema mismo quedó latente, intacto, como aguardando una nueva oportunidad. Para rescatarlo, repito, decidí tan sólo hablar de él como acontece cuando describimos un libro, un sueño o una película.

Sospecho que esta vez anduve más cerca, más acertado.

2.

El asunto es que supe de un pintor de mediana edad que, en compañía de su querida, una modelo dada de baja, trepó un día de verano en un bus interprovincial y se dirigió al balneario de Cartagena, lugar donde vivo desde hace años.

Es curioso que, paseando como tengo la costumbre todos los días,

nunca me fijé en ellos, y eso que Camondo y Marieta resultaban bastante notorios, ya que él vestía una rara cotona de lino, un gorro blanco de alas blandas y, sobre todo, cargaba el anacrónico caballete de paisaje, la maleta, el piso plegable y hasta una ridícula sombrilla que ensartaba en la arena.

Marieta era una mujer entrada en carnes, no precisamente de la manera abultada que responde a la conocida estética de los artistas visuales, sino de una gordura descuidada que indicaba que sólo era valorada y requerida por el pintor Camondo.

Además, exhibía cicatrices en el abdomen, detalle imperdonable en una artista de la tarima y la inmovilidad.

En cuanto el bus se detuvo en la plaza del balneario, fueron abordados por los jóvenes que se dedican a sugerir a los veraneantes residenciales y hoteles.

Los Camondo se escabulleron de entre la muchedumbre y cruzaron la plaza.

Recuerdo que en esta parte hice antes una detallada descripción de este lugar venido a menos: su situación actual en oposición a como era a comienzos de siglo, el destino de los bancos de hierro, el estado deplorable de los árboles y una meditación sobre el horrible busto del Padre de la Patria, desdibujado por los repetidos brochazos de reluciente purpurina.

La pareja descendió la empinada pendiente que lleva a la Playa Grande. No había espacio, sólo cabezas, quitasoles y un gentío tan abigarrado como la arena. ¿Dónde poner un alfiler?

El mar liviano transparentando el oleaje, el esmeralda y ese bullicio que no sabe uno si viene del agua, del sol, del público o de lo radiante del día. A veces una voz precisa se desprende del resto del concierto y luego retorna al griterío general, que uno asocia con regocijo, abandono del cuerpo y de las preocupaciones.

Creo, según vago recuerdo, que a esta descripción de los bañistas añadí una poética relación de las olas que se ven al fondo de esa extensa playa de arena negra, la que decía: «Reventaban en silencio como el graznar mudo de las gaviotas lejanas.»

Luego venía la escena de la pareja en medio del gentío; el quitasol, el atril, la maleta, los bultos enredados en el atiborramiento de bañistas que caminaban en sentido contrario.

El pintor Camondo, con su sombrero encima de las gafas, no era grueso ni bajo, ni flaco; tan común y corriente que esto dificultaba una

descripción sobresaliente de su estampa y fisonomía. Marieta a la zaga, a topetones con los veraneantes, dejaba sus redondeces atascadas entre muslos, grupos, familias de la mano, como suelen presentarse algunas para entorpecer aún más el desfile.

Entraron en la residencial San Julián.

¡Y pensar que yo pernocté tantas veces en ese alojamiento!

Lo que no tengo claro es si en la época en que Camondo arrendó la buhardilla del tercer piso, yo aún vivía allí.

Creo que no; me acordaría de tan estrafalaria pareja. La Pilita y la Felipa, las hermanas dueñas de la residencial, atendían a su clientela por la cantina, ocupando el mesón de ese local.

No se atrevían a abrir el vestíbulo por el gran flujo de gente.

Allí, las dos viejas, con peluquín y postizos, intentaban determinar cuál solicitante era digno de confianza.

Aún tengo presente en la memoria cómo describí el cajón de la sumadora que, sonoro, le daba en las costillas a una de las viejas.

Camondo se hacía notar y exhibiendo en alto el caballete, pretendía envolver a las hermanas con su apariencia de artista, treta que escondía un tanto su particular relación con la modelo.

Eso creía él. Las viejas Arancibia venían de vuelta; estaban acostumbradas a todo tipo de estratagemas y no se inmutaban siquiera cuando una desvergonzada pareja alquilaba un cuarto por un rato.

De todos modos, la Pilita se tomó su tiempo; asociaba, al revés de lo que suponía Camondo, el caballete con disturbios pasionales, arrebatos, historias que había visto en el televisor en blanco y negro que cada tarde encendía junto al ventanal.

Ante aquel aparato se instalaba en compañía de una media docena de ancianas, empleadas, la mayoría desahuciada por patronas capitalinas que las dejaban allí de por vida.

La Chelita, la Luz, la Luisa, la Cora, la Berta y la Negra.

La Chelita dormitaba medio cuerpo fuera de la silla y había que darle con la cuchara en la boca.

No sólo servía esta operación para alimentarla, sino para comprobar si aún estaba viva.

Tentado estoy de olvidar mi intención descuidada de «hablar» sobre mis protagonistas y, en cambio, sumirlos en el relato convencional para que sean más ellos y, poco a poco, a medida que adquieran realidad, vayan desprendiéndose del autor, manteniéndolo en un disimulado segundo plano. Pero esto sería frustrar mi proyecto, y me temo

que, si bien ellos alcanzarían a veces mayor relieve, vueltos literatura habitual, podrían también caer en lo que en un principio señalé y, además, en el riesgo e inconveniencia que les significaría el repaso.

Resumiendo: los Camondo se instalaron en el tercer piso de la residencial, en un cuarto azul de techo inclinado que caía a plomo en el fondo de la pieza, al frente de una pequeña mansarda que se abría a la inmensidad de esos dos celestes, el del mar y el cielo, separados por una imprecisa línea de horizonte que dividía ambas tonalidades.

3.

No se confundan estos renglones con borrador, boceto o notas para un desarrollo ulterior; la forma que va adquiriendo el relato responde a lo enunciado; además, utilizo a mi amaño la primera persona, licencia que antes, por lo general, no me permití.

Del ventanuco del altillo que tomó la pareja, salieron a deambular pájaros que yo anteriormente, haciendo alarde estilístico, me preguntaba: ¿golondrinas o murciélagos?, y luego hablaba de las veletas oxidadas que, atascadas, porfían ante la ventolera del mar.

Una vez establecidos el pintor y la modelo, se regularizó su existencia y cada mañana Camondo acudía al paisaje.

Muy temprano, antes de que los veraneantes oscurecieran y trajinaran la playa, cuando los primeros rayos del sol tropezaban con las basuras y accidentes que la muchedumbre había dejado en el extenso arenal, el artista se dirigía hasta el final de esa descomunal distancia, aquella de «olas silenciosas como el graznar mudo de gaviotas y pidenes».

Ya entre las dunas abría su atril, ensartaba el quitasol de lona, preparaba el piso, los colores, la tela y se daba a la difícil tarea de traducir la realidad, introduciéndola en esa superficie plana.

No contento con el resultado de su copia, cogía el cuadro y lo oponía al oleaje, comprobando la diferencia que aún persistía entre los colores del original y los suyos. Cuando estén idénticos —se decía— deberían confundirse cielo con cielo y mar con mar, de tal modo que el cuadro desapareciera completamente y en la inmensidad del océano se percibiera un diminuto rectángulo de inmovilidad. Pero eso es pedir demasiado. Por lo que, desalentado, volvía a la San Julián y antes de entrar, miraba con cierta amargura su trabajo y, a veces, arrimándose al borde del rompeolas, arrojaba el mar al mar.

—¿Y tu paisaje? —inquiría la modelo.

Camondo se encogía de hombros.

Entonces ambos ascendían la crujiente escalera y se encerraban en la buhardilla.

El pintor se negaba a comer, argumentando que no sentía «la satisfacción del deber cumplido» y quitando los colchones al somier, obligaba a Marieta a encaramarse allí para dar la pose.

Automáticamente la mujer se desprendía de su ropa y, conservando los zapatos puestos, caminaba cadenciosa hasta esa tarima improvisada.

Una vez arriba aprovechaba de desgranar porotos, echándolos en el casco de Afrodita que Camondo le perdonaba no equilibrar sobre la cabeza.

Muchas veces con la vista perdida en la lejanía evocaba sus inicios: una interminable banca ante una gigantesca puerta en el segundo piso del palacio de Bellas Artes. Sobre el dintel, una inscripción ininteligible. El corredor de mármol de dos colores y, allí, sentadas, las mujeres aguardando que se abriera esa sala y un ordenanza las llamara por turno a la prueba.

Dentro, el aire enrarecido por los olores del aceite y la trementina, y, tras el enorme ventanal fraccionado de acero, los árboles del parque.

Las estufas encendidas y ante la colchoneta, sentados tras un pupitre, los viejos académicos, maestros concedores de carnaciones, medios tonos, luces en la sombra. Afuera las aspirantes: madres apremiadas de recursos, algunas con un crío restregándoseles en la falda, jóvenes sin trabajo, gente muy modesta.

Marieta, sin la venia del padre, contaba apenas quince años cuando se aventuró a buscar ese empleo.

La llamaron de las últimas. Una vez en la penumbra de la sala, se dirigió a la casucha, y allí, despojada de sus ropas, no se atrevía a salir.

El más viejo de los catedráticos hizo un impaciente gesto al mozo, quien le golpeó la puerta.

—Señorita, apúrese, están esperando.

Marieta, sin la bata ni los zapatos de tacón, que eran la norma, completamente desnuda atravesó ese enorme espacio y se encaramó en la tarima.

¿Y la bata y los zapatos?

Pero las burlas disimuladas y los comentarios de doble sentido quedaron suspendidos ante esas formas y armonía espléndidas.

—Se queda —fue la resolución unánime.

De vuelta a casa no sabía cómo notificar a los suyos de su nuevo trabajo. Sobre todo, intuía la negativa que vendría de su padre, un estricto y fanático obispo mormón.

Fue a la madre a quien primero confió la noticia.

—¡Tu padre se muere, tu padre te mata!

Marieta se encerró en su dormitorio con llave.

A la hora de la cena, viendo el hombre que su hija no acudía a ocupar el puesto, protestó por su tardanza.

—Marieta no se siente bien —dijo la madre.

Fue entonces cuando la joven ideó aquel insólito plan. Completamente desnuda, como Dios la echó al mundo, se presentó a la mesa y se sentó ante el plato.

—¿Te has vuelto loca? —gritó el obispo, irguiéndose violento.

—No, padre, loca no, deseo que seas tú quien primero ponga sus ojos sobre mi desnudez —respondió ella.

En muchos años el hombre no le dirigió la palabra.

4.

Y allí encerrados con llave tanto tiempo, los Camondo llamaban la atención de las viejas de la San Julián, quienes, envalentonándose una con otra, se decidieron finalmente a escudriñar por la cerradura qué cosas hacían la extravagante pareja.

Dándose ánimo sobre los peldaños flojos y apolillados, subieron aferradas a la baranda igualmente suelta y, una vez en el corredor, frente a la puerta, se turnaban en el hueco de la chapa.

La primera vez que lo hicieron, fue la Pilita quien puso antes que su hermana el ojo en el orificio.

Dentro, Marieta completamente desnuda, hacía la Diana Cazadora; con carcaj de flechas a la espalda y sosteniendo un arco en la diestra, reposaba sobre una piel de leopardo que Camondo acarrea a todas partes.

—¡Dios santo, caramba! —profirió la propietaria—. ¡Si hubiese visto esto mi difunto esposo!

—¿Qué hacen, qué es? —decía la menor. Luego, espiando a su turno la clásica escena, opinó —: ¡En pelotas, Jesús mío, no faltaba más!,

y tan seria que se veía la mujer cuando por las tardes pedía ver la teleserie con nosotras. ¡Siempre hablando de tejidos y recetas la muy puta! ¡Vaya a saber una qué gentuza será ésta! Hermana, pídale la pieza, si esto no puede ser, mal que mal ésta es una casa decente.

Y afirmándose de nuevo una en otra llegaban abajo, al patio trasero, donde deambulaban las allegadas de por vida.

En tanto Camondo continuaba con sus panoramas, Marieta advertía el desaire unánime de que era víctima a la hora en que las mujeres arrimaban sillas ante la pantalla chica.

Camondo argüía mil razones para permanecer fiel al paisaje convencional. Hablaba de una supuesta vuelta de la pintura realista después de tantos años de experimentos y búsquedas estériles.

Como era intuitivo, aunque desinformado, advirtió que a comienzos de la década de los ochenta, tanto en Europa como en Estados Unidos, el mundo pictórico se reconciliaba con paletas, plintos, pinceles y lino. El uso del óleo en la escuela llamada «neoexpresionista» llegaba hasta las costas del balneario como el recado de un tesoro en el vientre de una botella.

Y si el oficio tradicional de empastes y veladuras, valores, colores, formas abiertas y cerradas estaba nuevamente en boga, también, por añadidura, la fama, la inmortalidad, tan puestas en duda en décadas pasadas, regresaban a coronar las sienes de los que siempre confiaron en el retorno, en la tradición, en el renacimiento del noble y antiguo oficio.

Camondo se encontraba entonces, a pesar de sus cuarenta y tantos años, otra vez en el comienzo. Apuró ante las olas todos sus conocimientos académicos, dando golpes intrépidos de muñeca, combinados con certeros ajustes del color en su iluminación exacta, para así «traducir la esencia misma de las cosas».

Si afuera había arena, en la caja estaba el ocre; si al frente la transparencia azul y verde de las aguas en vaivén, en el tubo el esmeralda y el ultramar para reemplazarlos, y si finalmente el panorama requerido mostraba gran diferencia de densidades entre arena y agua, en su paleta existía la equivalencia, ya que el espesor del ocre junto al blanco de zinc eran mucho más densos que la líquida y diluida transparencia de las tintas.

El resto era ese imponderable, ese impulso, esa voluntad de tocar como Midas la tela y dar vida al poder creador.

Y mientras manchaba ufano e iba completando la tersa superficie de lona, se imaginaba en las inauguraciones de las grandes galerías, adulado en medio del gentío, cegado por los flashes de los periodistas, citado en diarios y revistas, reproducido en catálogos y monografías, y, finalmente, algún día, colgado en un lugar por ley inamovible, cúspide a que sólo puede acceder un gran artista, un genio: el museo.

Un día de mucho delirio, consecuencia de haber acertado bastante en la traducción del tema escogido, volvió a la San Julián cuidando la tela húmeda como si se tratara de una criatura de pecho.

Caminaba lento porque la observaba a cada instante.

El viento inesperado intentaba arrebatarla de las manos y él lo soslayaba como un piloto que despliega la vela de un yate.

Al aproximarse a la escalera que lleva de la playa a la terraza observó un gran ruedo de gente; algunos miraban la escena desde la balaustrada del rompeolas.

Al centro, un hombre calvo, extraño, moreno, con chaqueta de pana y a pie pelado, dibujaba con un palo sobre la humedad de la arena.

Con la destreza de un Rafael, de un Ingres, de un neoclásico, trazaba grandes Patos Donalds, Minnies, Mickeys, Dráculas y Dumbos.

Jamás Camondo había visto tal economía de medios, tales proporciones; con qué precisión cerraba esas imágenes, equidistando cada punto con igual intensidad de un centro imaginario, repartiendo el interés, logrando la belleza suprema, la armonía que se prueba por la ingravidez que alcanzan las figuras.

La muchedumbre anonadada lanzaba monedas al anónimo hombre del palo, quien no levantaba la vista del suelo. Sólo suspendía su trabajo para recoger el dinero.

De pronto subió la marea; el agua borroneó las imágenes sublimes.

Sobre la superficie reluciente sólo quedaron los restos de una Barbie gigante que el océano arrastraba del cabello a sus profundidades.

El hombre, con el agua hasta los tobillos, recogió las últimas propinas y emprendió el regreso por la retorcida calleja.

A sus espaldas, chirrió un letrero de latón exhibiendo graves faltas de ortografía.

Camondo, cada vez más obsesionado, busca ahora los bosques, los pinos torcidos, las casas hundidas en el arenal; deduce que la ver-dura a horcajadas sobre los deslindes le proporciona planos apropiados para destacar el claroscuro, bloques de matorrales con variedad de matices, simplicidad, poesía, vistas sugerentes.

Y tras este hacinamiento de maleza, coloca el caballete.

Si por encima asoma una guarda de arena o de mar, está radiante de llegar hasta el borde mismo de la tela con un empaste y un interés.

Marieta se aburre; las viejas han echado a correr el chisme de que es una modelo, que posa desnuda a puerta cerrada y los parroquianos cuando sorben la cazuela o aliñan la ensalada, no se privan de mirarla constantemente de reojo.

Ella prefiere el encierro en la buhardilla.

La pequeña cortina se agita como un pañuelo. Abajo, la locomoción no cesa de transportar gente; los cobradores pregonan colgados de la pisadera el nombre de los recorridos. Y la modelo, de espaldas, percibe esas voces y algunas conversaciones trucas como una invitación a la aventura, al amor, que ella siente tan lejano y tan perdido.

Cae la noche. La terraza frente al mar se repleta de gente; a las miles de cabezas las cubren las ampolletas de colores, el hedor de las fritangas; la resaca impregna la San Julián; los vendedores ambulantes se suceden, velas encendidas, juegos, la rueda de Chicago, la cuncuna que se desarticula bajo la capucha de lona, los Dumbos ingravidos del carrusel, la brisa fresca agitando los bordes del mantel de los mesones, el reborde de los forros de los canastos en cuyo interior aún restan algunos gélidos panes de huevo.

La basura, las expectativas de ese conglomerado que va y viene desde el Persa al Hotel Bahía tras nada: chucherías, revistas viejas, libros desencuadernados, souvenirs de pacotilla, cualquier cosa que los identifique con balneario, fiesta, vacaciones; y la sirena vuelve una y otra vez sistemáticamente a delatar incendios de pastos, despojos en sitios eriazos donde más de una vecina enclenque arrima con suma precaución una escalera de mano y, asomada sobre la pandereta, observa cómo las llamas arrasas con la maleza.

Camondo regresa tarde. Una vez en la pieza, vuelve al tema del arte. Prende al muro una desvaída reproducción de la *Ronda nocturna* y comienza con esa peregrina idea de hacerle ver a Marieta que, así como

los valores del claroscuro son tres, sombra, luz y media tinta, este trío, magistralmente distribuido en la obra de Rembrandt, tiene su analogía o guarda relación con la *Divina comedia* del Dante; y sombra es infierno, media tinta purgatorio y luz, paraíso.

Al día siguiente vuelve el pintor a sus andanzas. La modelo desciende desconsolada al comedor, sumándose con disimulo al corro de ancianas que permanecen impávidas ante el televisor encendido.

6.

Pero a Marieta el destino le ofrece una alternativa insospechada. Y esa «sensación de vida», que el pintor atribuye a sus obras, ella la logra en una aventura y en carne propia.

El verano se debilita, las tardes refrescan, los veraneantes se turnan, el comedor de la residencial se renueva.

A una de las mesas concurre el fotógrafo de la playa, un hombre joven forrado en cuero a pesar del calor, que se desplaza en motocicleta con casco negro y anteojos de espejos.

Lleva la barba al ras de las mejillas como una leve sombra y es colorín; recuerda las llamas del sitio eriazó.

De su hombro pende una máquina Polaroid y ofrece retratos instantáneos en colores a los clientes, los que ordena por grupos frente al rectángulo oscuro de las carpas o a pleno sol con pelotas y caballos recortados ante el mar.

Tiene dos pellejos de potrillos rellenos con estopa y un trasatlántico plano que se apoya en ocultos soportes de madera.

Cabe hasta una docena de pasajeros ordenadamente sentados en esa nave de lona, con anclas pintadas, ojos de buey y cuanto adminículo náutico pueda uno imaginar.

Cuando el fotógrafo ingresa al comedor, deja los potrillos en el vestíbulo y el barco al cuidado de quienes arriendan las carpas y quitasoles.

Sólo lleva a la mesa su cámara instantánea, la que coloca cuidadosamente sobre el cuadriculado mantel de hule, entre la vinajera y la panera de plástico.

Se llama Gastán Aosta y es el regalón de las hermanas.

Cada vez que almuerza en la San Julián, la Pilita, en un acto de extrema deferencia, se le instala en la mesa y la mitad de los platos y el vino corren por cuenta de la casa.

Gastón ha retratado juntas y por separado a las hermanas, ha efectuado una ampliación importante de quien fuera el esposo de la Pilita y ha fotografiado el frontis de la residencial en varias ocasiones; al «niño», uno de los pequinenses de la dueña, le hizo un trabajo milagroso a partir de una desvaída postal. Fue el perro que se perdió en un concurrido verano y, aunque pusieron aviso y ofrecieron recompensa, nunca lo encontraron.

—Para mí que se lo comieron en la Playa Grande —dijo la Cora para consolar a su dueña.

7.

Sin embargo, la intención con que la vieja retribuye al fotógrafo se vuelve una incomodidad para éste, ya que Gastón muestra mucho más interés en la modelo que acostumbra sentarse en la mesa contigua, que en los agasajos y fúnebres conversaciones de la anciana.

Debe efectuar verdaderos malabarismos para ingerir la colación, atender a la dueña y devolver los guiños que a hurtadillas le hace su enigmática vecina.

Cuando termina y la vieja se levanta para ir a los cuadernos y a lidiar con los distribuidores, el fotógrafo se dirige hasta el vestíbulo con la disculpa de escobillar los potrillos.

Marieta, en vez de acudir a la caja de la escalera, se escurre a ese mismo lugar y como éste permanece en sombras y lo aísla del comedor una mampara de vidrios catedral, se entrega a las ardientes caricias y besos de Gastón sin proferir palabra.

La pareja toma como norma el anonimato y el silencio; y la modelo en brazos del fotógrafo, traicionando al pintor realista, suena a moraleja: ¿acaso no ha suplantado en cierto modo un oficio al otro? ¿Es que no se han derivado de la fotografía las más grandes realizaciones visuales del siglo?, argumenta Aosta.

Ella pareciera no tener dudas al respecto porque, a la menor insinuación del hombre de las cámaras, se deja acariciar entre las mamparas del comedor y la calle.

—Yo, Marieta, te puedo retratar en un instante —le advierte—; no es necesaria tanta pose ni tanta fatiga.

En un comienzo la aventura no llega a mayores.

Marieta es la primera que ingresa al comedor cuando todavía ni siquiera han distribuido los cubiertos. Y allí aguarda.

Camondo se salta el almuerzo. Está acostumbrado a tomar, a la vuelta, unas suculentas onces, analizando al mismo tiempo la tela recién manchada, que él cuelga en todos los lugares imaginables para verla desde diferentes ángulos a distancia y con cambios de luces.

Marieta se las arregla para llevar al fotógrafo hasta el dormitorio. Es cuestión de subir con estrategia y disimulo.

Resulta insólito, pero la única que se percata del secreto idilio es la Chelita, que pende medio cuerpo fuera de la silla y a quien por su estado lamentable alimentan en la boca.

Marieta revive, rejuvenece; este cambio se advierte en su maquillaje, unos pantalones atigrados y zapatos de víbora. Canturrea, desparrama amor a raudales, besuquea a las ancianas, se pone cariñosa y su relajada actitud la hace permanecer mucho tiempo en contemplación de la naturaleza. Sin embargo, a lo comedido, antepone una constante falta de concentración, sobre todo hacia Camondo, para quien se ha vuelto indiferente al extremo de irritarlo.

Bosteza ante sus divagaciones estéticas, no atiende a sus obras que se amontonan y cubren las murallas y, cuando lo siente remecer los peldaños y la baranda, advierte que su dicha debe ser disimulada.

Un día, Camondo sospechó de la modelo.

Hizo la parodia de preparar los bártulos, pero en vez de llegar hasta el recibo, bajó sólo algunos escalones y se refugió en el corredor del segundo piso.

A los pocos minutos vio descender a Marieta irreconocible; iba desparramando un fétido perfume por esas sombras húmedas.

Aguardó.

Pasó el tiempo.

Otra vez aquel aroma intenso, los peldaños, el bamboleo de la baranda y ella de vuelta, seguida ahora por un extraño de anteojos oscuros y casco de protección en la mano.

Hablaban entrecortado, entraron sigilosos y cerraron la puerta.

Primero las risas, la chacota, luego el silencio, el ruido característico de los cuerpos.

Camondo empujó la puerta, lo primero que vio fueron los dos peinadores que había en el cuarto, repletos sus espejos de agua y resolana; y bajo la mansarda, a su mujer en un todo con un hombre desnudo.

Vino el alboroto: el fotógrafo, preocupado de sus ropas, salió a topetones, golpeándose contra los muebles y el marco de la entrada.

La modelo, por primera vez en su vida, sintió vergüenza de su cuerpo y cubrió su desnudez.

«No, padre, loca no...»

8.

¡Cuántas veces no he descrito este relevante momento en que Camondo para testimoniar su dolor y su fracaso, en un acto de desesperación suprema, arrancó de cuajo los cuernos de venado de una percha que había tras la puerta y, atándolos con un alambre, se los colocó a cada lado de su sombrero de paño, el que se encasquetó hasta las orejas!

— ¡Putá arrastrada, ésta es tu obra! — exclamó — y ahora bajaremos juntos al comedor, quiero almorzar con estos cuernos.

— Jamás — respondió ella, retrocediendo horrorizada.

Pero el dolor del pintor tenía prioridad; así que cogió a la modelo de un brazo, la forzó a vestirse y la condujo escaleras abajo.

Cuando los veraneantes advirtieron a la pareja, él con esos enormes cachos y ella forcejeando, se echaron a reír, aplaudiendo, silbando, en tanto Camondo, con una seriedad muy marcada, tomaba en silencio su merienda, obligando a la modelo a hacer lo mismo.

Cada mañana, Camondo cargaba su caja de óleos no sólo con tubos y frascos, sino que introducía entre los pinceles los cachos de venado.

Una vez ante el paisaje y sentado cómodamente frente al caballete, disponía la paleta, no sin antes haberse colocado el par de cuernos en el sombrero y, de este modo, daba inicio a su trabajo.

Visto de espaldas parecía un gran alce recortado contra el cielo.

Marieta regresó a la ciudad de Arica, de la cual era oriunda. Durante mucho tiempo no se supo de ella.

El fotógrafo, que sólo oficiaba en la temporada veraniega, antes de la Semana Santa, cuando el agua resbalaba a raudales por los muros de la San Julián y Camondo pintaba en la buhardilla naturalezas muertas, dejó el balneario.

¿Y Camondo?

Aunque parezca extraño, a este último le estaba reservado un curioso desenlace.

Transido de soledad y abandono en un comienzo, no claudicó en

su empeño diario y, desafiando viento, lluvia, humedad y pena, acudió cada día frente al mar a retratarlo.

Sucedió que la playa quedó desierta y sólo la transitaba una pobre demente que había perdido el juicio a raíz del accidente que sufriera su esposo, un buzo de la zona que, junto a otros pescadores, naufragara frente a esa Playa Grande.

El mar nunca devolvió los cuerpos y la pobre mujer no se pudo consolar, trastornándose ante la expectativa de que el océano se lo entregara.

Así, la loca tomó la insólita costumbre de correr de un costado a otro de esa extensa superficie.

Corría, se detenía, llevaba la mano a la frente, oteaba el horizonte, volvía a emprender la carrera, retrocedía y otra vez la mano cual visera, la vista fija en el oleaje vacío.

Siempre vestida de harapos, con calzado hecho pedazos, comía con los perros, dormía bajo las gradas.

Camondo estaba habituado a que esa figura de oscuro constantemente se le cruzara frente al motivo.

Jamás ella se interesó por espiar su trabajo.

Su concentración estaba, como la del pintor, en el oleaje.

Abatido, el artista dejó finalmente de acudir al mar; solo, en cama, observaba su abandono dos veces retratado en el par de peinadores de la pieza.

Cuántas soledades y tragedias no habrán reflejado estos viejos muebles, se decía.

Decidió entonces quitarse la vida.

Escribió una carta a las viejas, adjuntó unos cuantos billetes y se encaminó, sin hacerse mayores conjeturas, al malecón.

Allí, en compañía de un farol del que pendía una ampolleta suelta y al son de la pantalla de latón que el viento azotaba contra el poste, intentó arrojar al abismo, pero al observar esa especie de remanso muelle, aparentemente inofensivo, sintió pavor.

Bajó a la playa, pensó que entrar en las aguas despacio le resultaría más fácil. Se quitó la ropa. A poco andar, cuando el violento y pesado vaivén lo invitaba a las profundidades, regresó apresurado y permaneció en la arena boca abajo, e importándole un bledo su desnudez y abandono, se durmió.

Parecía un náufrago.

Una mano pálida como su rostro lo acariciaba cuando despertó.

La insana estaba fuera de sí, su alegría no tenía límites, al fin el océano le devolvía su hombre.

Y Camondo, quien había muerto definitivamente para el arte, renacía para el amor.

¡Pintores del mundo, regocijaos: Camondo ha echado pinceles y cuernos al mar!

MEDIA TINTA

1.

En un primer tiempo, Camondo quedó hechizado con Helena, su nueva y todavía joven mujer. Si bien no era de su tipo, al verla arriada al lavaplatos, la cocina y recorriendo con el trapero cuanto rincón existía, sintió que lo último compensaba lo anterior.

En el lecho encontró también novedades que no viene al caso detallar; sólo acotar que la mujer del buzo le despertó instintos levemente sádicos y así conoció Camondo el placer a través del hostigamiento.

Lo cierto es que el pintor y la insana se divertían a morir, entusiasmo que los movió a arrendar una antigua casa en Playa Chica, venida a menos y como todas las del balneario, llena de recovecos y sorpresas.

Esa arquitectura pintoresca que allí existe debido a las múltiples y desacertadas transformaciones que sufren esas casas y que dan cuenta del pésimo gusto de sus moradores.

La pareja redescubrió la vida doméstica, y aunque Camondo bajó varios peldaños de categoría, se sintió eufórico al adquirir vajilla barata, cortinas en la ropa usada, en fin, alhajar su nueva vivienda como si nunca antes lo hubiese hecho; pasaba en limpio su anterior etapa hogareña, calcaba de mejor a peor, pero en un entorno tan insólito y original, que un azucarero de plástico sobre la ventana frente al mar, adquirido en un baratillo de San Antonio, tenía un peso, una proyección que jamás alcanzaron sus juegos de porcelana y enseres finos cuando convivía con Marieta.

Y esta situación tan ajena le levantó el ánimo, entró a circular en

un ámbito nuevo en un tiempo con diferente ritmo. Rejuveneció, sólo el detalle de su persona era en todo ese contexto el mismo; pero como él no se veía y estaba en abierta minoría respecto del resto, sucumbió al engaño, jugó en vez de vivir, agilizó su habitual morosidad, y la idea del arte, la belleza y todas esas trascendencias convencionales, al posponerlas, le dejaron el camino libre.

Ella por su parte, obligada a atender a su nuevo compañero y, al mismo tiempo, experimentar los cuidados que durante tantos años no tuvo con su persona, como bañarse en agua caliente, comer a sus horas, dormir bajo cobertores y demases, le hizo olvidar su drama; se enamoró de nuevo, creyó. No quiso pensar, y vaya a saber uno qué transformaciones sufrió esa cabecita de moño tirante y ojos saltones que se esmeraba en servir sin darse tregua.

Dos alivios, dos complicidades al unísono, dos intermitencias en un antiguo empeño insostenible: amor y muerte por un lado, y la belleza en manos desafortunadas por el otro.

Habían resuelto dejar de lado por un tiempo esas torturas; ahora, más livianos, ocupados en minucias concretas y cotidianas, le cumplían embelesados a este respiro en sus vidas.

Estaban sus destinos de vacaciones, en receso, de recreo.

2.

¿No es esto purgatorio? ¿Un tramo de enlace opaco entre la sombra profunda y la luz radiante?

¿Podrían acaso estas dos intensas realidades convivir directamente pareadas? Parece improbable. Siempre las tendremos distanciadas por esta base intermedia de purgatorio gris que sin responder a la tiniebla ni alcanzar resplandor, representa esa penumbra donde los acontecimientos carecen de relieve.

Todo allí es medianía, no se logra el contraste, y lo neutro cerca a los protagonistas.

Y si Camondo, por otro lado, se sintió tan a gusto en el purgatorio, lo comprendo, porque es común que los artistas, a veces cansados de la trascendencia y el éxtasis, se conmuevan con los temas de acontecimientos anónimos y seres deslucidos; destinos que transcurren en el total desprecio de volverse modelos del resto. La huella de su tránsito anodino no perdura y, sin embargo, no dejan de erigirse en ejemplo quienes le cumplen con resignación a la vida, sin tomarla muy en

cuenta; su osadía alcanza incluso a mantenerlos indiferentes respecto del éxito.

Importan los diablos y los ángeles, ¿qué duda cabe?, pero los «don nadie» no dejan de tener relevancia; si no fuera por ellos, los extremos cara a cara harían la vida muy violenta, de cortes abruptos; la media-nía suaviza, temple.

¿Llamaríamos entonces mediocridad al amanecer y al véspero, cuando sol y luna son sólo anuncio y aún no acuden a enseñarnos su intransigencia e irrevocable rivalidad?

3.

Y Camondo y Helena configuraron, con todo, una pareja armónica.

Tan insólita junta hizo a los vecinos verlos de tantas formas diferentes, que no fijaron en definitiva ninguna.

A veces fue Camondo para ellos un déspota, un depravado abusando de una enferma; otras, el pintor era víctima de su soledad, viéndose obligado a acoplarse al ser más insignificante del litoral para sobrevivir y llevar con dignidad su abandono.

Y le daban vueltas al chisme, a la lengua, en tanto la pareja deambulaba por la calle principal, cumpliendo con tesón el ritual de almacenes, carnicerías, bazar y tiendas. Y en cada elección de verduras, abarrotes, o ante la romana que pesaba la mercadería, intercambiaban preguntas comedidas con las caseras, se aprendían sus nombres, fechas representativas, todo de memoria, ganándose las como amigas.

Dadivosos en el pago de lo menudo, hacían vista gorda de vuel-tos, calderilla y molido; calculaban mal, creían los negociantes, igno-rando que los Camondo sumaban cuentas más sutiles.

Fue así que, cuando la casa estuvo alhajada, pudieron sentar a la mesa un verdadero contingente de vecinos y comadres; y en ese comedor de sillas heterogéneas, que no calzaban con los trinchés, extendieron mantel largo y trataron a la verdulera, al marido de la señora de la cantina, a un matrimonio jubilado —ella, matrona; él, un devoto que tropezaba con el rosario— como príncipes.

Y fueron sumando conocidos y arrimando más puestos al festín.

Se hablaba de la dificultad que significaba dejar las casas solas, desmalezar los jardines —que nadie quería hacer trabajo tan ingrato—,

de la reticencia que mostraban las gallinas por comer el alimento preparado, que nada reemplazaba al «alfilerillo», maleza tiesa de insignificante aspecto, pero de profundas raíces nutritivas.

¡Y qué decir de los pollos Flor de Haba!

Se daba por descontado que las Suculentas eran «carne de perro», referirse a ellas significaba no sólo ignorancia, sino pérdida de tiempo.

Y Camondo ponía suma atención en los detalles de la confección del dulce de membrillo.

Unas damas aconsejaban echar antes a la olla las cáscaras en almíbar, otras aspiraban a que el pintor adhiriera al secreto de tirar sólo los trozos pelados de la fruta, ya que no ponían tanta dificultad en la cocción; pero todas, absolutamente todas, estaban convencidas de lo traicionera que era esa confitura cuando los borbotones del hervor le saltaban a uno a la cara.

Todo este enjambre seguía cierto trazado y una rudimentaria etiqueta implantada por Camondo era ciegamente obedecida: aguardar en el saloncito a que los dueños de casa acudieran a saludar a sus visitas, sentar a la cabecera de la mesa a las señoras por sorteo, ocupar tan sólo una bolsita de té instantáneo por persona, ignorar los desbordes del señor Ramírez, esposo de la señora Inés, cuando trituraba la jalea; el hombre padecía una enfermedad nerviosa.

Añadíase al grupo el cura de una de las parroquias aledañas al balneario. Este personaje era tratado con la consideración propia de su investidura. Hablaba menos, evitaba los juicios, comía poco por cortedad, se desvestía —decían los feligreses en un acto de sumo pudor y economía, con la luz apagada— aprovechando el farol de la calle; pero Camondo se enorgullecía de pasearse entre las plantas del jardín con el sacerdote.

Legitimaba con su presencia esa unión no oficial. Quizás por el hecho de que Helena fuese una hipotética viuda y Camondo artista, el fraile les garantizaba un tiempo de prueba.

«Pintor casado, perro amarrado», había sido la frase predilecta del maestro González.

Cuando los invitados se retiraban, la pareja ponía empeño en volver toda esa trifulca a su antiguo orden: guardaban la loza, sacaban las migas, ordenaban las sillas, pero sobre todo se iba Camondo al teléfono a comentar con cada uno de ellos los pormenores de la velada.

Y la estupidez colectiva no sólo tenía su asiento en el saloncito y

el comedor, sino en ese parloteo insípido con el que intercambiaban nimiedades, recetas caseras para enfermedades dudosas, como la eficacia del «sudor de hacha», la cataplasma, las obleas de Passiflora, los extractos de ajeno, escaramujo y bayas de enebro, remedios para todos los percances que agobiaban a esos personajes y en los que vivían inmersos.

Camondo no añoraba su oficio de pintor, como Helena no se refería jamás a su amor náufrago.

Asociaba el artista sus pasados ensueños estéticos a violencia infernal.

Quería oír melodías y no estridencias. ¿Cómo comparar los valses vieneses, que traía en una grabación la señora Inés, con el sórdido ruido que había efectuado Marieta el día que arrastró sus maletas por el suelo de la buhardilla de la San Julián para tomar el bus al norte y desaparecer? Esa sonajera de bultos sobre el entablado, ese crujir de dientes, chirriar de cadenas eran para Camondo similar a la música del fondo de los oleajes, vueltos duros y recargados de pasta cuando pretendía movilizarlos en sus retratos del mar. Tampoco Helena deseaba sentir el concierto de esas enormes olas que luego de alzar sus transparentes fauces, las cerraba estrepitosamente sobre sus huellas.

Correr, correr, otear las aguas, devolverse, volver a escudriñarlas, no guardaba relación con pasar altivamente del pequeño salón al comedor rodeada del murmullo de todas esas dependientas de despacho que, apretadas en sus perfumadas pilchas, la acompañaban a la mesa.

¡Qué descanso estas mujeres de dedos gruesos, firmes, rojos como rábanos, uñas rotas, habituadas a trozar el corte de zapallo, contar el sencillo, escoger la fruta sana, sacar y poner la mercancía de la balanza arreglada, cerrar con destreza los cartuchos de arroz, azúcar, chuchoca, en comparación a aquellas diablitas de la San Julián, la Pilita vigilando ese patio trasero, seboso, donde si se descuidaba, más de una vieja ociosa de puro gusto le quebraba la loza!

Ninguna de esas ancianas se valía por sí misma; entraban y salían de sus cuartos negros sin ventanas, chorreado el empapelado, a deambular en el patio ciego y, resentidas muchas veces en el horror de su falta de destino, imaginaban atrocidades y entretenimientos de mala índole.

¿Acaso no fue duro para la Pilita ser testigo, sin proponérselo, de lo que la Negra le hizo a la Berta?

Porque esta última tampoco era tan inocente; llevar las manos arriba equilibrando la canasta con la ropa no le impedía defenderse.

Al parecer estaban de acuerdo. Así se lo contó la Pilita a su hermana, quien acotó: «Par de sucias».

Y la Pilita repetía: «Entonces la vieja fresca se detuvo con la canasta en alto y la Negra se le plantó enfrente y le metió las manos bajo el pullover y le amasó las pechugas, ¿creería usted, hermana, que la vieja no dijo ni pío?»

¿Qué no es de conocimiento público que entre esas allegadas a pote pelado había una que era barbuda y no se mostraba nunca?

— ¡Eso es el infierno, Helena, eso es el averno! — aseveraba Camondo—. Demos gracias a Dios que hoy podemos rehacer nuestras vidas, comenzar de nuevo, caminar con la frente en alto, no más violencia, rodearse de gente sencilla, sana, quitada de bulla, aceptar invitaciones y retribuir, sobre todo retribuir, compartir alrededor de una mesa, al calor del hogar, hay tanto que aprender: la poda del rosal, los fertilizantes, coser a máquina, pintar los techos con antióxido para las lluvias, el secreto del tapagoteras, limpiar las alcantarillas de esas raíces subterráneas que las obstruyen, avanzan, cubren los espacios, detienen el curso de los desagües, alborotan la circulación normal de las inmundicias.

4.

Pero la mansedumbre de Helena no se mantuvo en el tiempo.

Hacendosa, dócil en un comienzo, poco a poco fue imponiendo su carácter y a la voccecita melosa del inicio, reemplazó el grito destemplado, el portazo, el amurramiento.

Tal vez el encierro a que estaba confinada la pareja les hizo darse de cabezazos, o quizás Camondo, más evolucionado, imponía un trajín, un ceremonial que la mujer en el fondo no compartía.

La ubicación de muebles, el rodearse de personal, jardinero, cuidadores, maestros, hacía sentirse a Camondo como un señor, pero dentro de ese séquito, Helena representaba una figura más del tablero y ella advirtió ese detalle. Ésta fue la razón que tuvo para huir. Es posible que su conciencia y su memoria le jugaran una mala pasada. El asunto es que, sin previo aviso, se escurrió a la Playa Grande y en cuanto puso los pies en la arena, se dio a correr desenfrenadamente como antaño.

Camondo, descompuesto, se le plantaba enfrente, pero ella,

forcejeando, de un manotazo lo apartaba de su ruta y, otra vez, ante el oleaje corría... imploraba...

Sus ropas se deterioraron, los perros le hicieron compañía, pernoctó bajo las gradas.

5.

Por segunda vez, Camondo había sido abandonado.

La primera, violenta, respondiendo a razones más bien culturales. La segunda, no menos grave, pero más atendible.

Después de todo Helena se había dado una licencia en su delirio.

Ya hacía tiempo que el pintor la encontraba dubitativa; que lo miraba, más bien auscultaba como preguntándose, «¿y qué hago yo aquí?» o «¿quién es este señorón a quien sirvo?»

La tradición no consigna que alguien proveniente del infierno, como era Helena, saliera de él, estuviera una temporada en el purgatorio y luego, tan campante, regresara a esa rutina infernal.

Esta vez aconteció. Camondo dirá más tarde que ella desaprovechó su oportunidad única. ¿No sería que el pintor desatendió el amor porque a su vez, como Helena, prefirió la intensidad del tormento a la medianía del purgatorio?

En tanto la insana poco a poco retomaba su antojadiza idea de que el océano la favorecería con un naufrago vivo después de años, Camondo paulatinamente también fue añorando los encantos que Marieta le brindara.

El concepto de amor que le planteaba Helena no iba con su sensibilidad creadora; para Camondo si el sexo y las caricias no estaban inmersos en una atmósfera poética, insertos en un cuento, en una historia, no lo seducían.

Para el pintor, el amor era uno más de sus temas predilectos. Así, el paisaje lo sentía como parte indispensable de sus idilios, los que siempre comprometió con el entorno; escenarios tan enérgicos como la protagonista que tenía en sus brazos.

Helena en el amor, a la inversa, luchaba contra la naturaleza, y el paisaje era su enemigo; representaban esas olas las victimarias de su pasión, y no como en el caso de Camondo, el telón de fondo sentimental de sus aventuras y conquistas.

Y el pintor extrañó repentinamente a su modelo, buscó su dirección y le escribió implorándole regresar a su lado.

La respuesta no se hizo esperar, y una postal con el Morro de Arica en el anverso llegó a Cartagena.

Camondo estaba eufórico, preparó el taller, barrió, zurció el biombo, asoleó la colchoneta de la tarima, limpió las estufas, ordenó las armas antiguas, el carcaj de Diana, el gran recipiente de la *Venus del baño*, el casco de Afrodita, la piel de leopardo y aguardó, y aguardó. Se reconciliaría con la modelo, pactarían, otra vez llegarían a acuerdo. Y como muestra de su propósito, cambió de sitio los muebles, adquirió otra ropa de cama, nuevas cortinas, diferente vajilla, proponiéndose borrar la etapa en que Helena vivió a su lado. Esa mujer intensa, que su naturaleza de artista hubo de aplacar con un sinnúmero de distracciones y actividades secundarias y menudas, para poderla soportar. Ni así logró reducir en ella su porfiado y mórbido empeño.

Ahora acudía el amor de su conveniencia: la modelo, mujer que, a diferencia de Helena, se sumaba a su actividad creadora.

Volvería a pintar, era lo suyo, y lo haría en compañía de Marieta quien, así como hacía el amor, le lavaba el manajo de pinceles.

6.

Pasado un tiempo desde que Marieta enviara la postal, un día descendió del bus en la plaza de Cartagena.

Mientras se dirigía a la Playa Chica buscando la dirección de Camondo, sintió angustia.

Sus zapatos de tacón parecían trabarse en la pendiente; sin embargo, superando los miedos, se acercó a la casa.

El pintor dormía la siesta.

Los golpes a la puerta lo hicieron bajar.

Al abrirla el vano enmarcó, como en un gran cuadro con fondo marino, a la modelo.

Pero antes de que ésta abriera la boca, Camondo retrocediendo, exclamó:

—¿Quién es usted? Usted no es Marieta. ¿Entonces mi Marieta no ha regresado? Tú no eres... la que se fue no ha...

La modelo, estupefacta, no podía comprender tamaña incongruencia.

—Pero, Camondo, ¿te has vuelto loco? ¡Pálpame, tócame!

—Tú no eres la que se fue —repetía el pintor, y la modelo bajó la

vista recordando tal vez su pasado, y en voz baja musitó: «No te olvides de que yo fui mala».

Entonces el pintor cogió su sombrero y un bastón, que más por coquetería que por necesidad usaba, y se encaminó a la plaza, seguido de la pobre y desconcertada mujer, que iba llamándolo a medida que hacía esfuerzos por alcanzarlo.

— Te iré a buscar, te iré a buscar a Arica — repetía el pintor — . Sé que allí me estás esperando.

— Pero si estoy aquí — insistía, lloriqueando la mujer entrada en carnes que con dificultad le daba alcance.

Ambos treparon a una micro local, la que con lentitud fue orillando la costa en el tramo que separa Cartagena del puerto de San Antonio.

Abajo en los abismos se azotaba en silencio el mar contra las rocas, y todo ese añil y verde revueltos sazonado de espuma, observaba la modelo que, muda, iba como el pintor sujeta de la barra del techo.

Las aguas ingresaban veloces entre las rocas más complicadas, amoldándose perfectamente a esos vanos entre peñascos. No sólo repletaban los espacios, sino que de paso desbastaban la arrogante eternidad que embestían.

Cuando descendieron y Camondo llegó a las oficinas de la Gobernación para inquirir por un pasaje en un barco de carga que llevara viajeros rumbo al norte, la modelo se palpaba, se pellizcaba las mejillas para cerciorarse de que no había perdido su corporeidad y vuelto un ánima.

— Camondo, te ruego recapacites. ¿Cómo es posible que vayas a buscarme estando yo aquí presente?

— ¡Tú me cuidas la casa — agregó el pintor — mientras encuentro a Marieta, y te aseguro que la hallaré!

La modelo miró rápidamente de soslayo la sucesión de boliches con toldos y vitrinas para comprobar si no soñaba.

Camondo no sólo requería un boleto en un barco de carga de la Compañía Sud Americana de Vapores que lo condujera a Arica, sino que dejaba definitivamente el purgatorio y emprendía rumbo al paraíso.

UN GRITO EN EL CIELO

1.

Camondo regresó cabizbajo a Cartagena.

En el taxi colectivo, Marieta se permitió tomarle la mano.

Una vez en el balneario, la pareja se dirigió no a la casa de la Playa Chica, sino a la residencial San Julián.

La Pilita se encontraba en ese momento sumamente atareada probándose una guerrera de bombero, ante el espejo del dormitorio, asistida por su hermana. Era miembro honorario de la Tercera Compañía. Los botones dorados refulgían en el abultado pecho encendido.

Curioso atuendo para la más infernal de todas.

El pintor buscó el patio trasero.

En la penumbra, bajo un alero improvisado con una plancha transparente, apoyado contra las jabas vacías de gaseosas, se encontraba el trasatlántico de lona por un solo lado, del fotógrafo Aosta. También los potrillos rellenos se guardaban en esa bodega abierta.

Durante el invierno la nave aparecía, por la acción de las lluvias, algo desteñida; sin embargo, el nombre *Escorpión*, repasado muchas veces con tiza, se destacaba de las anclas y escotillas pintadas.

Camondo se encaramó, se sentó tras el telón naviero y cerrando los ojos, ignoró a las viejas que lo rodearon.

Una profunda oscuridad, como un espeso velo, se dejó caer sobre el desolado panorama invernal de la bahía.

Marieta lo observaba fuera de sí.

Allí, frente al molo, en uno de los muelles, fondeaba el *Escorpión*; los amarradores ya se disponían a largar espías y la tripulación de guardia esperaba a los escasos pasajeros que estos barcos llevan a bordo.

El fuerte viento hacía flamear los costados de la lona con que habían decorado las barandas del portalón que iba a cubierta.

Las grúas levantaban por los aires grandes bultos, lingotes de cobre y otras mercancías.

Camondo acudió a reconocer su camarote.

Éste parecía que se iba a partir en dos por la crujidera de sus muros. Arriba en el techo se veía tubería en todos sentidos; la cama de hierro con otra similar encima, enfrentaba un lavatorio insignificante bajo un ojo de buey.

El pintor subió a cubierta. El *Escorpión* poco a poco fue dejando el muelle; en tierra, las viejas decrépitas empequeñecieron, sacaron pañuelos, la barbuda desde la puerta de su pieza agitó un sostén.

Los cerros y dunas que protegen al puerto mostraron su perfil; sobre éste aparecieron las cruces del cementerio, los árboles más destacados, una que otra casa principal.

Inmediatamente fueron llamados al comedor.

La media docena de pasajeros tenía su ubicación en una mesa aparte.

Camondo en un comienzo se resistió a acudir allí; el fuerte olor a desinfectante y el rítmico balanceo le habían quitado el apetito.

Sin embargo, hizo un esfuerzo y bajó las escaleras hasta ese bullicio.

El sol distaba mucho de cerrar el día; ya estaban frente al balneario contiguo a Cartagena: Las Cruces, donde el diablo, perdida la partida con Camondo, hacía de las suyas.

2.

Camondo iba en busca de su musa inspiradora, la de antaño, la de sus sueños, amor de su vida, compañera de avatares, triunfos y fracasos.

Y al sentir el movimiento del barco, esta nave que flotaba sobre esa inconmensurable superficie, apartada de la tierra, desconectada de la rutina y vigilancia de quienes nos rodean, Camondo pudo hacer factible su locura de buscar a alguien que en realidad sólo existía en su porfiada imaginación, en su testarudo recuerdo.

El viaje facilitaba su desvarío. ¿Acaso no estaba en una situación de suspenso, de tránsito, idéntica a la de los que iban con él?

¿Acaso el resto de los pasajeros no acudían también a una cita, a cumplir un compromiso?

Y entonces, ¿no era él similar a los otros en esta etapa de espera? ¿Quién pondría en duda que se dirigía al encuentro de su amada?

En el tiempo que durara el viaje le estaría permitido hacer creer a los demás, y creer él a su vez, que se encontraba en vías, en dirección de ese objetivo.

Hablaría de Marieta, se la describiría a sus compañeros de camarote y en la mesa haría el elogio de sus dones y cualidades.

Cuánto añoraba que el vecino de alcoba le preguntara: ¿cuál es el

motivo de tu viaje?, para poder responder con toda propiedad: «Voy en busca de Marieta, mi modelo, mi mujer».

Y entonces de seguro que todos le expresarían el deseo de que la encontrara buena y sana, y brindarían por aquella unión.

Allí, a bordo, no lo conocía nadie. Sobre esas profundidades su ensueño parecería legítimo, como las expectativas de los demás viajeros.

Y lo cierto es que su afán era incluso más descabellado que el de Helena, porque él iba al encuentro de nadie; en cambio, la insana reclamaba un cuerpo que el mar sí guardaba con celo.

Ir tras nada en medio de la credibilidad del resto, ¿no era acaso extraordinario?

Y si llegara a convencerse, de tanto repetir el cuento, ¿no adquiriría cierta forma su anhelo? ¿Y si su necesidad de recuperar el amor perdido conmoviera a Dios, que lo puede todo, no tendría una recompensa su intento?

¿Acaso la fe no comenzaba a involucrarse en sus propósitos?

¿No navegan así, soslayando la vida, tantos disconformes que añoran al término del viaje algo más placentero?

Lo que sí tenía claro Camondo era que esa Marieta, aquélla que arrepentida recortó el vano de su puerta, era irreconocible, imposible de considerar.

«Quien nos abandona, aunque retorne no es nunca la misma», se dijo, consciente del lugar común.

Y cuando el amor ha quedado intacto y sabemos que la persona está viva, no queda entonces otra alternativa que buscarla dónde y cómo sea, incluso apartándola a ella misma, si es que con su cambio nos obstaculiza el paso.

¿Es eso amar?

3.

Más grave que para el hombre despechado, a cuya puerta retorna la amante infiel, había sido para Camondo la llegada de Marieta.

Ella representaba además su ideal de belleza, se trataba de su modelo oficial.

Verla envejecer día a día a su lado, y bajo su vigilancia, era un proceso, aunque duro, llevadero.

Pero después de un tiempo de ausencia, comprobar su deterioro

de golpe, tratándose del objeto de su inspiración, del de sus obras, resultaba inadmisibile.

¡Cuántas huellas mostraba ahora ese rostro que conocía como nadie!

¡Guiñapo, maltrecha copia de sí misma, fea cosa, grotesca aparición a la puerta de su casa!

¿Qué fijar ahora sobre la tela? ¿Esa triste y descompuesta decadencia?

¿Inventar, mentir, pintar de memoria, ante esa irremediable máscara, réplica de su antiguo propósito de armonía?

¿O es que sus ojos, habituados sólo a ella, en esa tregua que fue su visita al purgatorio, al conocer otras realidades, volvieron en sí y constataron que lo que siempre consideró excelso era pura fantasía?

Buscaba en ese viaje, acaso secretamente, lo recompensaran del engaño de que siempre en el fondo había sido víctima.

¡El amor, la belleza con nombre de Marieta!

Ahora navegaba y no estaba soñando, aseguraba, podía enterrar los dientes hasta quebrárselos en esa galleta dura que daban en reemplazo del pan durante las comidas.

4.

La manera instantánea que tenía el fotógrafo que había seducido a Marieta — de fijarla en la cartulina — le otorgaba mucho más tiempo para tenerla entre sus brazos y ajarla.

A él, en cambio, esas largas y tediosas sesiones con que la insertaba en la tela — y hasta con defectos — le habían hecho invertir tanto tiempo precioso, tanto empeño, que ese exceso redundaba en cansancio e iba en desmedro de sus apetitos.

¿Cuántas veces pudo Gastón Aosta reproducir a su modelo mientras él recién salía del boceto?

¿Y la buscó acaso cuando dejó de ser novedad?

Él, a la inversa, apartando los despojos que se allegaron a su puerta, corrió a la dirección que traía el remitente de su carta para rescatarla a tiempo y traerla de vuelta.

¿Y los gritos de Marieta en las viejas calles de Cartagena?

¿Y su compañía en la micro sobre los acantilados, gimoteando, implorando la reconociera?

Sombras, tentaciones del coludo, apariciones para desbaratar la

inalterable convicción de que la modelo de una obra no se corrompe, afirmaba el pintor.

Me pregunto, se decía Camondo, ¿en qué perseveran los fotógrafos y cineastas; en qué tiempo largo laboran? Cuán efímero ha de ser entonces el resultado de sus visores, lentes y filtros, cuando esas enormes comparsas de colaboradores y comediantes son plasmadas en menos que canta un gallo.

¿Y el buzo que se llevó a las profundidades el océano, crees, Camondo, que quedó intacto, como piensa Helena?

Más vale que el mezquino mar no lo suelte, mira que con suerte le encontrarán algo de pellejo adherido a los huesos.

Por eso yo no busco sombras en los infiernos, navego esperanza en hallar lo que anhelo intacto, se repetía Camondo apoyado en el casco en tanto el mar alborotado se estrellaba contra las bandas del *Escorpión* y, como ya era de noche, las luces de las escotillas iluminaban ese revoltijo de espuma y transparencia, exigua claridad en esa leve confusión todavía de agua y cielo.

5.

A la hora de comida había gran agitación en la mesa de Camondo. Por compañeros tenía a un conjunto de acróbatas que iban a Perú. A modo de descanso hacían la travesía por mar.

De origen alemán, se especializaban en efectuar sus acrobacias en motocicletas a gran altura sobre cables que extendían de un edificio a otro.

Lo habían hecho recientemente en la Plaza de la Constitución en Santiago; cruzaron desde el Ministerio de Hacienda al de Justicia, de una a la otra de esas gigantescas moles de cemento. Diminutos arriba, sin redes, sobre las cabezas de miles de curiosos.

Hablaban un castellano fluido, eran tres hombres y una joven de mirada atenta.

—¿Viaje de turismo? —dijo uno, dirigiéndose a Camondo.

—¿Europa?

Camondo, quien esperaba con tanta urgencia esta pregunta, se contoneó, coqueteó en su silla y respondió sin prisa y mucho aplomo:

—Voy sólo hasta Arica.

—¿Arica, Morro?

—Sí —reafirmó el pintor, para luego agregar—. Me mueve un asunto sentimental... Voy a encontrarme con mi mujer.

—Ah, bravo —acotó otro de los equilibristas y contagiando al resto levantó la copa—. ¡Salud, salud por el amor!

Camondo alzó la suya y entraron en confianza.

—¿Y cómo se llama ella?

—Marieta.

—¡Marieta, mira qué nombre!

Todas estas frases eran dichas con acento, pero sin dificultad.

Encontrando simpático a Camondo, indagaron sobre su oficio.

—Pintor, artista, pintor de cuadros —respondió.

—Ah, artista, nosotros también artistas —dijo el que no había participado aún, y desde ese momento la mesa de los únicos pasajeros de ese barco de carga acaparó la atención de las mesas contiguas.

Iba también con ellos una enigmática dama porteña, madura, envuelta en un chal, de ojos aterciopelados, que ante la algarabía de los acróbatas y de Camondo, se levantó, difícil de precisar si molesta o emocionada, y subió a cubierta.

—Tiene problemas —explicó la joven germana—, me estuvo contando el motivo de su viaje; va a reunirse con su esposo, que al parecer dejó de ver hace años. Él vive en Antofagasta, y han acordado restablecer su matrimonio. Viaja con una niñita que ha dejado en el camarote.

—A la niña le falta una mano —explicó uno de los acróbatas—. Parece que el marido ha prometido colocarle una prótesis.

La palabra prótesis sonó como si perteneciera a su lengua de origen.

—¿Cuál de las dos manos? —averiguó Camondo, quien sentía pavor de que le sucediera algo parecido a una de las suyas.

—La derecha —dijo la joven.

La derecha —repitió Camondo. Pero en realidad más que ese asunto, le impresionó que en el barco, en la misma mesa suya, iba una persona que también acudía a encontrarse con alguien que no veía desde hace mucho.

—¡Qué coincidencia! —exclamó en voz alta, a lo que los alemanes indagaron:

—¿Conoce usted también alguien a quien le falta la mano derecha?

—No no, sólo divagaba —explicó, pidiendo permiso para retirarse.

Subió ágil las escaleras y recorrió la cubierta en busca de la dama que se recortaba contra las tinieblas, en tanto la brisa esparcía su perfume.

Haciendo toses y arrastrando los pies se hizo notar de la enigmática viajera.

– Buenas noches, señora, perdone usted mi intromisión.

– Está bien, descuide.

– Como la vi salir de improviso del comedor, pensé que no se sentía usted bien.

– No puedo soportar tanto ruido, eso es todo – explicó la dama, pero al mismo tiempo dejaba como abierto el interrogatorio.

Camondo no utilizó tácticas ni subterfugios.

– Señora – dijo –, creo que tenemos afanes parecidos.

– ¿Cómo así?

– Usted, tengo entendido, viaja a reunirse con una persona que no ha visto en años. Bien, lo propio me acontece a mí.

– Así es – profirió ella –. Se trata de mi marido. Hace mucho tiempo que no estamos juntos.

– ¡Qué coincidencia!

Pero la mujer rehusó entrar en pormenores y dio a entender que al día siguiente intercambiarían experiencias acerca de tanta similitud.

Camondo la acompañó hasta la puerta del camarote y regresó a la mesa de los acróbatas; pero éstos ya se habían recogido. Entonces se sentó ante su postre, que permanecía intacto, y observó pensativo cómo el contenido llegaba a los bordes a causa de los vaivenes y no se derramaba.

Una repentina duda lo invadió, tan fugaz como inquietante, que al modo de un dolor pasajero, luego de un instante lo dejó.

Afirmándose en los muros del pasillo se dirigió al camarote.

Difícil le resultaba a Camondo precisar si le flaqueaban las piernas por el balanceo de la nave o si el desequilibrio se debía a otro motivo.

6.

Al día siguiente, Camondo no necesitó acercarse siquiera a la señora. Ésta se llamaba Amparo y el marido Humberto; los acróbatas lo informaban de todo.

Desde su silla observó el muñón de la pequeña que asomaba de la manga de su abrigo.

Al caer la tarde el barco divisó Antofagasta; la mujer, que llevaba unos binoculares, en tanto la nave se aproximaba, enfocó el molo, los muelles, las bodegas, todos los rincones profiriendo el nombre de Humberto.

Después de este angustioso rastreo dio los anteojos a Camondo, tomó la pequeña en brazos y comenzó a agitar un pañuelo en alto para saludar a su esposo, el que permanecía un tanto aislado del resto. Reconociéndola a su vez, él le devolvía las señas.

Apresurada, descendió para caer en los brazos del hombre; la niña rodeó a ambos.

Los acróbatas y el pintor, emocionados, retenían el llanto. Cuando la nave volvió a su curso, Camondo advirtió que aún tenía los anteojos de Amparo, quien en su nerviosismo olvidó pedírselos.

El pintor los guardó en su camarote.

Esa noche, la última de navegación, evitó el comedor.

Se durmió con esa imagen del reencuentro. Soñó que se hallaba con Marieta en un nevado parque de París; sentados, ambos hablaban animadamente de arte y sublimidades cuando, de pronto, Amparo lo reconoció desde lejos y gritando acudió hasta su sitio:

—¡Señor Camondo, señor Camondo! ¿Se acuerda de nosotras?

—Y el pintor se levantaba y acudía donde estaban la madre y la hija, quien orgullosa le mostraba una mano nueva que daba vueltas en redondo como las de las muñecas de goma.

—Mira, mira —decía la chica y giraba la diestra de un color rosado inquietante.

Las fuentes congeladas, las ramas de los árboles gachas por el peso de la nieve.

—Vaya qué sueño —se dijo Camondo al despertar, no sólo por los sucesos y los personajes, sino porque jamás había estado en París.

7.

Arica no es puerto, razón por la que los barcos grandes permanecen a la gira, distantes de la ciudad.

Camondo tomó los binoculares e imitando a Amparo, buscó a Marieta en la orilla, sobre los muelles, por todos lados, pero a pesar de su empeño, esos círculos hurgaban en vano, permanecían vacíos.

Una lancha de la Gobernación, con su banderola flameando en

popa, vino a recogerlo y Camondo, antes de abordarla, se despidió de los acróbatas que lo palmotearon.

—¿Y?, ¿y la novia? —le decían haciendo bromas.

A lo que Camondo gesticulaba de manera contradictoria para desconcertarlos.

Trepó a la lancha; era el único pasajero que descendía en la rada.

Insistiendo, enfocó de nuevo los prismáticos mientras se acercaban a tierra.

Tan cerca tuvo la ciudad anhelada, tan adherida al pecho, que no la veía, y tal así, que si de pronto aparecía Marieta como esperaba, no necesitaría siquiera levantar la voz para proferir su nombre; bastaría susurrarle al oído cuánto la había querido y cómo la añoraba.

Camondo abrió los ojos, descendió del barco de lona.

Lo primero que advirtió fue a Marieta que afanada ayudaba en la puerta de la cocina.

Sus manos regordetas sobre el pellejo de las papas.

Las viejas del patio formaron doble fila por la que se acercó el pintor a la modelo.

—¿Me vienes a buscar? —dijo ella.

—Y para llevarte a casa —respondió Camondo.

—¡Llaman, voy! —repetía el loro.

La Chelita, al ver a la pareja reconciliada, exteriorizó su regocijo en una blanda e impúdica sonrisa.

Y la Luz, igualmente emocionada, fue en busca de la dueña, trepando la enclenque escalera, poniendo el grito en el cielo.

II. ABJURACIÓN DE CAMONDO

FESTÍN EN CASA DE MIMÍ D'ALBORIO

1.

El tema, siempre el tema, un arquetipo finalmente hallado como un diamante, de tanto posponer tediosos argumentos literarios.

— Mimí, se me escapa la lengua, no sólo habla, sino que baila, y roja de vergüenza, hace concesiones, negocia, transa como en toda segunda parte.

— ¡*La calunnia è un venticello!*

— ¿Me alcanzas la alcuza?

— ¡Ahora silencio!

2.

Y los Camondo creían echarse las penas al hombro y tomados de las manos, salían a brincar y bailar por el jardín.

— ¡Monada, el plato de pan se coloca a la izquierda!

— ¡Digo silencio!

Ver a la pareja de artistas en esas maromas resultaba conmovedor.

Desde el techo de la casona, Ángel, quien pintaba la cúpula con un rodillo, atado a la cintura para no caer, dejaba de hacerlo y observaba a esos diminutos bailarines que iban por los caminos de ripio, entre pinos tusados de formas caprichosas: patos, cisnes, ánforas y pagodas.

La vida les había cambiado.

— ¡Vaya a saber qué profetas y héroes han tenido estos chanchitos! — decía Camondo, cogiendo uno de esos bichos de múltiples patas y que se enroscan como bolitas cuando algo los amenaza —, son milenarios, ¿sabías, Marieta?

Me encanta esta pose, respondía la vieja modelo, y quitándose la

blusa y el sostén, dejaba sus caídos senos al aire y echando los brazos al cielo, bajaba grave la cabeza e hincaba una rodilla en tierra.

— ¡*El Rapto de las hijas de Leucipo!* — exclamó Camondo, adivinando la pose —. Recuerdo como si fuese hoy cuando hice esa gigantesca copia del cuadro de Rubens.

Marieta soñaba con un fornido jinete que en brioso corcel, la raptara de ese jardín encima del mar... como en el tema de la mentada obra.

Después de tantos pesares, rupturas y crisis con el amor y el arte, los Camondo vivían al día, aparentemente sin cuestionarse nada.

— Ahora que estás vieja, debes comportarte como los chanchitos, Marieta; si algo te asusta, te enroscas y eso es todo.

El caballete arrimado por allí, la caja con los colores algo resecos y la paleta sucia, daban cuenta de esta nueva etapa.

Marieta solía dar poses en la cocina cuando iba de un extremo a otro. De pronto recordaba su pasado y lanzando el cuchillo o la sartén, permanecía estática y su piel marchita tomaba los visos del mármol; entonces Camondo, quien venía a indagar por el retraso del almuerzo, la hallaba petrificada, vuelta una Venus, alterada esa inmovilidad sólo por unos lagrimones que descendían por sus mejillas de Afrodita.

Habían separado camas y ambos, desde sus soledades, sin analizarlo abiertamente, intuían que la relación estaba concluida. Ya no tenían la fuerza ni el ánimo de poner en evidencia esa situación triste, y con las cartas sobre la mesa, resolver de común acuerdo una separación.

Ahora, cautos, inseguros del futuro, los amantes fogosos de otra época sacaban cuentas en secreto, conclusiones turbias, y al encontrarse en el corredor por la mañana, se saludaban con cierto sentido de culpabilidad; entonces ponían énfasis en las tareas diarias que era necesario enfrentar. Ahora que su nueva condición había descornado el velo del arte, esa seductora cortina de humo, y podían ver el mundo sin reducirlo a cuadros, poses, novelas, poemas, arias y danzas; ahora que el paisaje y la historia de sus semejantes transcurrían exentos de interpretaciones estéticas; ahora que tuvieron por fin la opción de amarse en toda la intensidad que otorga abandonarse en el transcurrir normal del tiempo, descubrieron que de esa pasión sólo quedaban vestigios de poca monta.

Más intensidad encontraban en comprobar cada uno, a solas, esa irreversible situación.

— Es necesario hacer un acto oficial de renuncia al arte, al que le hemos fallado y que en la actualidad no nos respalda; es preciso devolver a Apolo y las musas los símbolos del talento regalado — sostuvo Camondo, y vistiéndose de madrugada, cogió sus bártulos de pintor y con ellos bajo el brazo, salió rumbo a la Playa Chica.

— ¿Dónde vas, Alonso? — le gritó Marieta, asomada al balcón.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila.

— Ya vuelvo — respondió el pintor, dirigiéndose a la escala de cemento que adosada al flanco de la iglesia del Cristo Pobre, comunica con la terraza.

Un perro al que le faltaba un testículo lo siguió deteniéndose en el descanso.

Abajo, el mar aparecía borroneado en el horizonte como una acuarela hecha con mal pulso.

Al llegar a la cancha de patinaje, una leva de perros tras una hembra en celo casi voltearon al pintor y haciéndolo girar como trompo, lo dejaron para enfilarse hacia la Virgen de los Suspiros.

Entonces Camondo volvíase grave, bajó a esa carcomida playa invernal y caminando entre palos y piedras que el mar arroja sobre la playa negra, se dirigió al roquerío. Una vez allí, dejó respetuosamente su caballete, el piso plegable, la caja y la sombrilla en tierra, y quitándose el corbatín se lo ató alrededor de los ojos, permaneciendo vendado como si fuese a jugar a la Gallina Ciega.

Fue así que convocó a Apolo y las musas: «¡Oh!, dios de la belleza, de la luz, las artes, la adivinación, hijo del mismo Zeus y de la diligente Leto, hermano de Artemisa, señor de Delfos, amo de Delos, a ti elevo mis preces, vengo a devolver lo que sólo consideré un préstamo; ya estoy viejo, mis piernas endebles, mis ojos cansados, además he fracasado, soy un pintor mediocre, me obligaste a vivir bajo tu designio, y en esa protección amé, crecí y todo lo demás. Hoy que me siento liberado de tu tuición, te repito, me hallo viejo, solo, y conviviendo con una pobre mujer que ofició de modelo para tu gloria y satisfacción. Cada noche siento cómo se remece su catre solitario; la pobre infeliz, imagino, se torna de un costado al otro en su horrible y preocupante desvelo. Hoy somos unos seres inservibles que reclamamos la justa compensación que tú y tu cohorte nos adeudas: libéranos del pasado, de tu acoso, quisiéramos vivir como el común de los mortales».

Y una voz soterrada coreaba: «Cuidado, con el laurel délfico de Apolo no se juega...»

Y para suavizar lo anteriormente dicho, citó la célebre Oda de Horacio: «Ruégote, Apolo, hijo de Latona, me concedas el gozar, sano de cuerpo y de juicio, el modesto bien que he guardado con mi trabajo, y que no pase vejez afrentosa», etcétera.

De pie, una vez que hubo terminado su alocución, aguardó una respuesta.

El Conejo, un viejo ocioso que solía rastrojar leños húmedos, impregnados de sal que el río depositaba en el mar, al toparse con ese hombre vendado, permaneció atónito, observándolo sin atreverse a hablar.

Entonces, creyendo que esa caja y el atril no pertenecían a nadie, los tomó, y echándolos en su carro de mano se los llevó, perdiéndose en la distancia.

Pasado un tiempo prudente, Camondo se quitó la corbata de los ojos y ante la desaparición de sus cosas, sacó sus conclusiones y lanzando la prenda al agua repetía:

— ¡Ahora veo realmente por primera vez! ¡Ahora sí veo por primera vez!

— Estos garbanzos con espinacas y dientes de ajos son una delicia... Ya sabes que no los tolero cuando los impregnan en vinagre.

— Perejil, tomillo y laurel, Mimí, y un cebollín, un cebollín, eso sí.

Y el Conejo en su covacha miraba esa caja vieja y desvencijada, el caballete de toda una vida, el piso y la sombrilla, con la misma desconfianza con que observaba las propinas que los veraneantes solían colocarle en su mano.

Curioso, destapó la caja, tomó un pomo y oprimiéndolo observó cómo emergía el color; entonces, se lo aplicó en las mejillas y la punta de la nariz.

Luego se dedicó a la sombrilla y no atreviéndose a abrirla bajo techo por temor a la mala suerte, se asomó a la ventana, y allí transparó en esa tela gastada la prístina luminosidad de la mañana.

Déjenme hablar, que sólo el ruido de los cubiertos nos sitúen en la mesa. Quien sirve a la redonda, se vuelva fantasma. El café lo tomaremos aquí. No me levanto hasta no concluir la historia.

Una vez en casa, Camondo, arrepentido, sintió el impulso de correr a la playa en busca de su enmohecida sombrilla, el endeble cabalette, la caja de óleos; ocultar la faz tras la tela virgen e intentar otra vez llevar a la dulzura y complacencia de los colores, ese mar áspero, ronco, violento que arremetía contra la arena.

Convencido de que las musas habían descendido en busca de lo suyo, lejos estaba de sospechar que el Conejo iba con aquel tesoro en ese momento, camino no precisamente del Parnaso, sino del Mercado Persa, para obtener un cierto precio por su hallazgo.

Los comerciantes de los puestos ambulantes abrían y cerraban la sombrilla amarillenta, y una mujer ya de sus años, le ofreció una camisa de franela escocesa por ella.

El Conejo aceptó y cuando se disponía a continuar la permuta del resto, advirtió que un joven de ojos despiertos le interceptaba el paso; junto al chico, su padre, un obrero corpulento, trató el negocio.

—¿Cuánto por todo?

El Conejo hizo un gesto equívoco.

El hombre hurgueteó en sus bolsillos unas monedas y un billete ajado y se los tendió.

El chico con los útiles apretados contra el pecho, recordaba el recogimiento de un sacerdote recién ordenado llevando el viático a un enfermo.

Durante noches interminables copiaba láminas de cuadros célebres reproducidos en revistas y calendarios; era capaz de ampliar dibujos tomados de pequeñas viñetas; su fama de artista recorría las calles de su barrio y las salas de clases. Jamás había tenido acceso a una caja de pinturas, y mientras padre e hijo se alejaban, el Conejo inmóvil, con las monedas incrustadas en la palma de la mano, las escudriñaba como si se tratara de piezas falsas.

Camondo, faltándole el apoyo de sus útiles, sentíase abandonado, y esa noche no pudo guardar el secreto y narró a Marieta su triste renuncia, la audacia de su plegaria; y la modelo, impresionada, cogió la linterna y ambos descendieron a la playa.

El oleaje golpeaba terco, duro, como descoordinado de la masa enorme del agua.

— ¡Éste es el lugar donde me vendé los ojos, mira, aquí está la corbata!

— ¿Y la caja? ¿Todavía crees, zopenco, pedazo de alcornoque, que Apolo legendario bajó a buscarla? ¿Piensas que las musas no tienen nada mejor que hacer que recoger tubos viejos y paletas sucias?

En el modesto hogar, la madre cocina ante la exigencia del dueño de casa y Sandro, el hijo mayor, el niño artista, no cabe en su felicidad. Por primera vez sus dedos sostienen un pincel, que untado en óleo va repletando las formas precisas de un diseño previo.

Conoce como si un dios antiguo y sublime le llevara la mano.

La noche es espléndida, serena, equivocada de estación, en nada recuerda su azul intenso y la brillantez de las estrellas, el invierno.

Una tibieza recorre el balneario, ventolera que termina por ahuyentar a los Camondo de su búsqueda estéril.

— Mujer, no puedo soportar esta luna enceguedora, crudeza imposible, veo como el común de los mortales, jamás había escuchado así tu voz, ni conocido tu expresión. No sabes cómo añoro el hechizo con que antes percibía lo que nos circunda. Mira qué árida es la playa, qué desprovisto de asunto aparece nuestro jardín.

4.

Camondo había escuchado que las personas que están a punto de perecer por inmersión, antes de dejar este mundo, en tanto descenden a las profundidades, perciben en sucesión ordenada los hechos que configuraron su historia. Así dicen.

Y ante esta exhibición tardía —ahora se le presentaba de este modo— no le cupo otra alternativa que acatarla.

Muestrario de sus actos sin el envoltorio del arte.

Liberado, según él por gracia de los dioses, los percibía desnudos, descarnados, desacralizados; sentía que los conocía por primera vez y asustado del protagonismo que le cabía en lo que había sido su propia vida, sintió horror, y ese miedo lo obligó a tomar conciencia de su auténtica situación. ¿Quién era realmente Camondo en la actualidad? ¿Un vejete desprovisto de gracia, alejado del arte, a quien en los

buses cedían el asiento o al bajar el asistente, respetuosamente, lo cogía del brazo?

Con su bastón flexible, el sombrero de paño blanco y el corbatín al viento, tomó la costumbre de invertir las mañanas del balneario en largas y solitarias caminatas a lo largo de la playa.

Diminuto, iba dejando una huella monótona con su báculo y zapatos.

En casa, Marieta, algo descuidada en su apariencia, se resignó a las labores domésticas, guardando muy en reserva sus afanes artísticos de antaño, volviéndose uno de esos seres cuya renuncia a una vocación profunda se manifiesta siempre a pesar de su situación de persona corriente. Así, ante sus amistades cotidianas y frente al mismo Camondo, mostraba un cierto ensimismamiento, una leve distracción y desinterés permanente por la trivialidad que abordaban, como para recordarle a su auditorio que no pasaran por alto a una persona diferente, especial, alguien consagrado a la sublimidad, según ella, de las artes.

Y esta actitud, esa alerta interna, que no tendía ningún puente con lo que estaban viviendo los demás, la habituó al llanto fácil, a hablar a solas y permanecer inactiva largas horas ante la contemplación, o del pasado, o bien de panoramas imaginarios que la sacaran de las labores del aseo y la rutina.

Y para graficar el asunto, refiriéndose a la renuncia de Camondo se decía: «Si la locomotora no marcha, tampoco el carro carbonero».

La muerte de la Pilita conmovió hondamente a los Camondo. Cuando el recadero que vino hasta la verja, repetía: «Se nos fue la Pilita, se nos fue la Pilita», Marieta no atinaba a comprender y Camondo prefirió saber de aquellos sucesos sólo de oídas, no toleró asistir al funeral; era la primera vez que habría participado del ritual de la muerte. Antes, cuando intervino, fue el artista vistoso, preocupado de su reconocimiento, y al sentirse admirado, esto aminoraba el espectáculo sórdido que estaba presenciando. Tomaba los féretros de las manillas como el actor lo hace de un mueble de utilería. Al avanzar por la nave de la iglesia se sentía observado; ese trayecto triste, para Camondo volvíase marcha triunfal.

Ahora, despojado íntimamente de su investidura, cualquier hecho fuerte le repercutía de modo muy distinto. Tal así, que se aventu-

ró a indagar su aspecto físico, a interrogar respecto de su edad, y al escuchar las palabras mayor, maduro, se estremecía. Bajo éstas, por deferencia, se escondían las verídicas, las fatídicas: viejo, anciano, decrepito.

Se fue a los espejos y al observar su pelo cano y su barba igualmente blanca, ensayó teñírselo con corcho quemado, concluyendo que ese negro artificial exaltaba aún más su rostro algo marchito.

Prefirió saber de aquello por un conocedor en la materia y se dirigió a la farmacia a preguntar por tinturas. Sorprendido quedó al escuchar de labios de la dependienta que sus canas le sentaban, que le aconsejaba no cambiar, que un hombre teñido, mayor, con el pelo de un joven era abominable. Según él — decía —, la mujer prefirió no vender la tintura ante la posibilidad de ver a Camondo con el cabello y la barba negros, lustrosos como mueble recién barnizado.

Como oleadas del mar, en sucesivos cuentos, truncos en un inicio, más explícitos después, fue armando el rompecabezas del final de la Pilita. Su enfermedad, la estada en cama, las empanadas que enviara a comprar cuando se sintió desfallecer. Ordenó una mesa especial para sus deudos y un par de buses pagados de su bolsillo para que acompañaran sus restos hasta Santiago, donde tenía tumba.

La San Julián se alborotó. «Cuando falta la dueña de casa...», sentenciaba la hermana sin concluir la frase. Esta desorganización se advirtió en el patio de las allegadas de por vida; las desconcertadas mujeres al saberse sin futuro, intentaban comunicarse con quienes habían sido sus patronas, las que molestas no tuvieron otra alternativa que viajar hasta Cartagena para solucionar el problema.

Las viejas, apresuradas, vehementes, intuyendo el cambio, empacaban en sus destruidas maletas, la mayoría de cartón, sus escasas pilchas; reuníanse en el patio lúgubre, húmedo, de muros altos que enmarcaba el cielo como única salida.

Iban de cuarto en cuarto. Cuando sonaba el timbre o el teléfono, corrían a la puerta como enfermas de manicomio, y con sus pertenencias ya listas, añoraban la libertad.

El comedor se clausuró como las piezas y el pillaje principió el mismo día del entierro.

Cautelosos, disimulados deudos recorrían los pasillos, ingresaban sigilosos en despensas y bodegas, y comenzaron a desaparecer los licores, la cuchillería, manteles y todo el menaje de una residencial antigua.

A la semana, se estacionó frente a esa vieja construcción de madera y torreones ladeados, el primer automóvil.

La Chelita pudo dejar, ante el desconcierto de sus compañeras de encierro, la casa. Lo que no sospechaba la anciana era que su trayecto sería breve: dos cuadras más arriba, en la residencial Francia, la esperaba una gobernanta temible; el patio de luz era mucho más estrecho y el cuarto peor equipado. Así las mujeres fueron repartidas en lugares similares.

Saqueadas las dependencias, un día en pleno verano, la hermana de la Pilita, secundada por unos sobrinos, le dio varias vueltas a la cadena con que clausuró la puerta del jardín y se alejaron de allí con la intención de vender el inmueble en cuanto los trámites judiciales lo permitieran.

Y las sombras desatadas a sus anchas penetraron los ámbitos antes tan concurridos, ganaron terreno, apropiándose de los cuartos, intensificándose en recovecos y rincones. La luz quedó reducida a contados rayos que entraban de incógnito por las rendijas, y decantados los ruidos, lejos el ajeteo de los parroquianos, comenzó ese otro resonar más sutil, ese entendimiento entre los espacios, el abandono y la penumbra.

No es que aquello careciera de aconteceres, sucedió que éstos cambiaron de mano, y así como acompasada gotea una llave mal cerrada del jardín, o se golpea una persiana que los veraneantes olvidaron cerrar, de igual modo allí, en la San Julián, los antiguos ruidos y olores de la cocina perdieron intensidad y otros los reemplazaron.

Sosegado el torreón, los cuartos, la galería y el comedor, el día y la noche no se confundieron en un tiempo interminable, y las horas encontraron a pesar de todo su lugar, aunque informales y menos precisas.

Al cabo de unos meses, la residencial mostraba tanto por fuera como en su interior, esa orfandad conmovedora que también exhiben los animales solos.

Ya sus maderas luego de la antigua crujidera, habíanse habituado a no ser transitadas; la escalera desvencijada encontró un cierto reposo; descansaron las puertas en sus goznes y el mobiliario igualmente dejó de resentirse.

Ruidos más imprevistos que los usuales —repito— se dejaron oír, como si los provocaran habitantes ingrátidos, de esos que convoca la habladuría popular y que son invitados predilectos en los tétricos cuentos de sobremesa.

Y los lugareños se habituaron a ver el edificio de maderas amarillas y techos aguzados sin rastro de vida.

Pasar frente a sus puertas y ventanas clausuradas volvióse como hacerlo ante un túmulo antiguo, o un imponente mausoleo de familia.

Camondo prefería no mirarla, sobre todo que cuando sorprendía el aspecto de esa casa tan diferente a como la había conocido, evocaba en su imaginación, y desconocía la razón, lo que le narraron del entierro de su dueña: el féretro de la extinta cubierto con su guerrera de bombero.

Y como Camondo no había asistido al sepelio, entonces se figuraba esas imágenes de un modo equívoco, mucho más tremendas que si hubiese tenido la fortaleza de haberlas presenciado en persona.

DESAGRAVIO DE LOS DIOSES

1.

Hablar, hablar, hablar del tema como si la boca tuviera un racimo de lenguas, los tentáculos de un pulpo.

Sandro el joven, así lo llamaron en Cartagena, a quien su padre le comprara los útiles que vendió el Conejo, ya sea por timidez o por un convencionalismo absurdo, no se resolvía a acudir al paisaje.

Un impulso enorme lo volcaba hacia el exterior, pero a su vez, una vergüenza igualmente grande le negaba la salida.

En países como los nuestros, las diferentes clases se comportan de manera distinta ante las disciplinas artísticas. Aparentemente aparecen como más desenvueltos los cultores de la belleza que provienen de niveles más elevados, lo que no quiere decir que también no choquen con algunos desafíos como la crítica, las entrevistas, y muchos se cohíben cuando condiscípulos o parientes les preguntan a qué se dedican.

Sandro pertenecía a una familia modesta, en la que el padre de modo un tanto arbitrario, sobre todo por ignorancia, había implantado estrictas normas de convivencia entre los suyos, y aunque éstas a la vista de los vecinos aparecían como imposibles de cumplir, debían también admitir que en este caso daban buenos resultados, porque a los hijos y la madre se los veía felices, ordenados y sumamente hacendosos.

Acostumbrados a repartirse los deberes, siempre estaban ocupa-

dos, lo que a pesar de ello les hacía encontrar momentos propicios para el esparcimiento; y si mostraban alegría y se trataban entre sí hasta con humor, entonces se concluía que las normas no eran tan duras porque ellos, en la idiosincrasia y el lenguaje impenetrable de toda familia, sabiamente sabían matizarlas.

La apariencia no andaba tan de la mano con la realidad.

Y esto se prueba por la avidez con que Arturo, el padre, había adquirido la caja y el atril. Sin embargo, fuera de este primer impulso, no volvió a intervenir en el proceso artístico de Sandro, y el joven se encontró solo para resolver respecto del modelo y la búsqueda del aprendizaje.

Había leído sobre pintores y su intuición le señalaba el camino del paisaje.

Atravesar el pueblo no con una pelota de fútbol en su malla y zapatos de estoperoles como acostumbraba, sino con esos adminículos delicados, e instalarse frente al mar, en ese diálogo fascinante, lo inhibían y llenaban de vergüenza. No obstante, así como las musas le ofrendaron la caja de óleos y la paleta, usaron de su persuasión sutil para conducirlo hasta el panorama de las olas, el cielo, las rocas y la extensión desmesurada de las dunas.

Sandro, finalmente superado el pudor, como la primera vez que se rasuró el bigote y las patillas, o cogió deliberadamente la mano de su compañera de pupitre que lo seducía, plantó en la arena el atril y sobre éste la tela, y olvidando sus prejuicios, se abocó a trasvasijar la realidad a sus posibilidades.

El corazón golpeaba fuerte su pecho embrujado, embriagado ante la solución de un problema que lo apasionaba.

Al cabo de unos minutos era otro, tal vez el que de allí en adelante sería, sin alternativa de regreso.

Mostraba facilidad innata para encontrar el tono preciso, sus manos hábiles sabían oprimir lo justo los pomos y sin exagerar la cantidad, la hacía rendir.

Nada ensuciaba, no sobraba tampoco nada y los colores llevados a la tela, volvíanse inmediatamente de pasta en manchas y éstas, superando la materia, se convertían en una nueva e increíble realidad.

No fueron sus amigos los que ese día lo sorprendieron experimentando por primera vez la interpretación de la naturaleza; fue el viejo Camondo que en su paseo matinal, desde lejos, identificó la convencional figura: un pintor ante el motivo.

Al comienzo creyó desfallecer, apuró el paso y se detuvo a pocos metros del muchacho, entonces su sorpresa fue doble cuando reconoció su propio caballete y la caja.

En un principio quiso adelantarse e indagar sobre el asunto, pero luego sintió de manera completamente opuesta; relacionó aquello con los sucesos de su renuncia, tuvo temor de los dioses y cambió de táctica.

Se acercó como lo haría un curioso cualquiera, y observó tras el hombro del joven.

Para éste, significaba Camondo el primer intruso, y en lugar de ofuscarse, no se dejó amedrentar y redobló su quehacer como si se encontrase solo.

Camondo rápidamente olvidó que se trataba de su propia paleta y se introdujo en el trabajo del aprendiz.

— Hay una variación en el tono del cielo — se permitió insinuar —, debes agregar un poco de blanco, es más alto el valor del cielo.

Sandro obedeció y lo consiguió de manera acertada.

— ¿No encuentras que es necesario utilizar el azul de ultramar para el oleaje?; el de Prusia me parece un color peligroso.

El joven buscó el pomo adecuado.

Camondo no pudo evitar posar su mano en el hombro del muchacho a modo de apoyo y despedida, y sin agregar más, retomó su camino soslayando regresar por donde mismo.

2.

Una Diana abatida, sin carcaj ni flechas, desaliñada, una Venus sin plataforma, la antigua modelo, orgullo de creadores de renombre, cuya piel doraba la luz tamizada de los talleres, se exhibía ahora sin piso ni tarima, ingenuamente complaciente con el vecindario local; y la historia del Pepe y la Tita, esa infidelidad vulgar y previsible ocupaba su tiempo.

Se descubría participando de los celos de la Tita, quien secretamente sentía hasta orgullo de las conquistas fortuitas de su cónyuge, porque sabía que si no se dejaba tentar por la violencia y el escándalo, saldría beneficiada de esa traición en su propia cama. Coqueta en la desventura, concibió un crío, decía la mujer, «para retener a su hombre»; y Marieta, cándida, novata en rencillas y reconciliaciones

pueblerinas, asumía entera esos embrollos y así avalaba el perverso y tácito acuerdo de sus protagonistas.

Era una musa repudiada por Apolo, vetada por la comunidad del Parnaso, vuelta confidente de pependencias, habladurías y situaciones que tristemente reemplazaban su oficio de antaño, fuente de inspiración de seres con al menos intenciones más elevadas.

Y como en los momentos de extravío nunca falta un hecho que nos recuerde nuestro pasado más placentero, acostumbró a pasar frente a la casa de los Camondo un payaso que tenía la suya al fondo de la calle, donde comienza la quebrada.

Hombre joven, casado, de numerosa prole, cuyo apodo de fantasía era Bombillín, se habituó a transitar por ese callejón de tierra. Lo hacía vestido con sus pantalones sujetos bien abajo por los tirantes flojos, la chaqueta vistosa de enormes hombreras y parches, la peluca llamativa, una nariz de plástico atada a la nuca por un elástico y unos zapatos descomunales que dejaban grandes huellas en el polvo.

Para Marieta significaba ese payaso un último, íntimo y débil resplandor, vestigio de lo que había sido su pasado.

Como la verja era prolongada, la vieja modelo lo seguía tras los barrotes y aferrada a éstos, lo observaba desaparecer.

Fumaba constantemente y a veces llevaba una peluca violeta en la mano. El hombre tornábase exento de atributos viriles tras esas mejillas saturadas de colorete, y muchas veces ese disimulo involuntario y extremo lo volvía atractivo para la retorcida mente de Marieta.

Prefería acudir vestido así hasta la tirillenta carpa de un circo de fieras en San Antonio, donde trabajaba, ya que conseguía algunas monedas contando chistes en las micros.

A veces se juntaba con otros artistas ocasionales, hasta con un ciego que llevándose un sucio violín bajo la blanda papada, arrancaba notas que conmovían a los pasajeros.

Sobre los acantilados de ese trayecto, en los pasillos de aquellos destartalados vehículos colectivos, estos artistas del hambre emocionaban a un auditorio que se sentía obligado a retribuirles. No hacerlo era mal visto o acarreaba mala suerte.

Fugaz y algo distorsionada remembranza para Marieta, de sus mejores años: un artista verdadero, se decía.

Ya de noche, el payaso regresaba a casa, cabizbajo, el cigarrillo en los labios, los enormes y sonoros zapatos de dos colores imprimiendo el camino.

También solía atravesar esa calle un anacrónico pastor con caya y sombrero de grandes alas, conduciendo un piño de ovejas en dirección al mar. Si no fuese por la ventolera, el polvo y los balidos, se pensaría en una oleografía desvaída o una bucólica postal. O pacían vacas que rastrojaban flores y plantas tras la verja; o amanecían caballos dormidos de pie. Pero aunque las vacas estáticas y echadas o a contraluz eran una fiesta formal para los Camondo, así como la nítida silueta de las gallinas o un hombre que pregonaba con voz desigual desde el anca del dócil animal: «Hay leche de la burra, leche de la burra», nada emocionaba tanto a Marieta como el payaso solitario, vestido para la pista con dos alitas de lana cosidas a la espalda: «Dame la miel, dámela toda», que iba a la carpa y luego regresaba al hogar. Tal así fue que en cierta ocasión le salió al paso, e interceptando su andar cadencioso, le hizo una Venus perfecta, tan inmóvil, que Bombillín, versado hombre de rutinas de circo, se detuvo, y aunque le habló, no obtuvo respuesta de la profesional. Entonces se permitió tocarla con su mano enguantada, advirtiéndole lo pétreo de esas carnes ya no tan turgentes.

— ¡Dame la miel, dámela toda!

Creyéndola una insana, se alejó sin dejar de mirarla hasta desaparecer.

En medio de la calle quedó esa estatua como si los cargadores de una mudanza se hubiesen olvidado de ella.

3.

— ¡Marieta, Marieta! — y esos gritos dados frente a la vela por Camondo, a quien acompañaba Sandro, sacaron a la modelo de tanto desvarío.

Convencido el joven pintor de la necesidad de enfrentar el desnudo, se había dejado persuadir por Camondo de hacerlo, aun cuando para un lugareño del balneario encarar a una mujer sin ropas, desde un atril, le resultaba mucho más conflictivo que copiar el mar.

De allí que ambos convinieron, tanto por la reputación de Marieta como por la del joven, mantener esa irrenunciable etapa del aprendizaje en el más profundo secreto.

Ni siquiera la modelo estuvo enterada de la relación de Camondo y Sandro, hasta que no los vio cruzar, esa tarde, el extenso jardín.

Camondo, quien se lo había topado en varias ocasiones, le habló

de las carnaciones, la luz en la piel y redondeces de una modelo, la vibración que el tono adquiere en esos temas en la llamada escuela veneciana: — Danaes en reposo, dibujadas sólo con el color, y que para esa fiesta de empastes acertados y veladuras, no requieren de un dibujo previo.

Reveló al aprendiz el secreto de la incomparable técnica del Tiziano y de cómo esa aparente flojedad de formas fue motivo de inspiración de los impresionistas; y para dar más patetismo a sus aseveraciones, explicó al joven, la sorpresa y desaliento que produjeron en Miguel Ángel esos lienzos llenos de sensualidad y hedonismo.

— Cuando Buonarotti visitó el taller de Tiziano en Venecia y vio los desnudos colosales, salió afuera y apoyado en esos postes engalanados insertos en el agua, lloró: «¡hermoso color!», dijo, «pero qué falta de dibujo!», y Camondo hacía como que se afirmaba en los palos festivos, a franjas, que se quiebran y duplican en el gran canal.

El viejo y Sandro daban la impresión de un padre conduciendo al hijo a escondidas de la madre y los hermanos, hasta una casa alegre, para iniciarlo en los ajustes de la carne y así evitar, como sostienen algunos, cualquier desviación.

Sin decir nada lo llevó al clausurado taller y echándose con fuerza contra la puerta, la empujó hacia el interior.

Un espectáculo desolador recibió al novicio: el trapo negro que dividía en dos el aposento aparecía rasgado de arriba a abajo, como una escenografía bíblica, ya que al fondo se destacaba imponente la réplica en yeso del *Moisés* de Miguel Ángel de tamaño natural, sobre un pedestal de madera descascarado. Sandro reparó en esas protuberancias toscas y firmes que exhibe en las sienes el líder y guía de la Tierra Prometida.

Sobre los cristales de la luz cenital había gran cantidad de hojas acumuladas de varias temporadas.

Luego de despejar la roñosa tarima, Camondo dejó al joven a solas y fue a convencer a Marieta para que posara.

Ésta en un comienzo se sorprendió, pero ante la expectativa de reanudar su labor, sólo pidió algunos minutos para acicalarse.

— El joven nunca antes ha pintado un desnudo.

— ¿Nunca?

— ¡Jamás!

— Entiendo.

— Darás una pose simple, en reposo, sin mayores complicaciones.

Marieta, ante el espejo del tocador, no sabía cómo maquillar esas mejillas resquebrajadas, ni resaltar los ojos marchitos. Su cabello era una ruina, en las manos se habían ensañado los años. Para esconder las canas, se encasquetó un turbante y unos pendientes, y luego de perfumarse y remarcar sus facciones con lápiz, entró al taller.

A modo de recibimiento, Sandro se parapetó tras la tela como si lo hiciera amparado en un escudo.

Marieta, despojada de la bata y sobre la tarima, esperó las indicaciones de Camondo.

El viejo marcó con tiza el lugar donde reposaba el cuerpo, como referencia para rehacer la pose después de los descansos.

Marieta exigió le acercaran una estufa.

Sandro no se atrevía a mirar aquel espectáculo y así permanecía oculto tras el soporte. Se imaginaba espiando a su madre por el orificio del baño o a sus tías mayores. Esta situación debía quedar en absoluta reserva entre los tres protagonistas que la configuraban.

Viendo Camondo que Sandro no era capaz de enfrentar a Marieta, quitó la tela de un tirón y obligó al aprendiz a mirar esa vieja masa de carne.

—¡Mira!, jamás verás una mujer, lo que tienes enfrente es un desafío de otra índole: formas, curvas, bisectrices, ángulos, escorzos, pero sobre todo, en esa piel nívea la luz hace de las tuyas, imprimiendo cantidad infinita de matices, tonos cálidos y sombras frías. Nunca verás una mujer, es muy grande el problema a resolver. He conocido mentecatos —agregó enfático— que se excitan y aprovechan de la situación, éstos no son artistas, y te aseguro que la modelo cuando está en presencia de uno de estos malandrines, lo advierte en el acto, e instantáneamente se envuelve en su bata y deja de posar. ¡No voy a saber de eso! Para qué decir lo que acontece con los modelos hombres —continuó—, allí el problema es peor, ya que todos sabemos que las manifestaciones son en nosotros muy específicas. Así es que ante un Apolo o un Galo Herido, si una jovencita minuciosa se acerca demasiado, el hombre, que no es de fierro, debe lanzarse de bruces a la colchoneta y el profesor evacuar la sala.

Marieta cerró los ojos para no ser testigo de la primera impresión del novato. Cuando los abrió pudo relajarse, reconoció esa pupila atenta que medía, calculaba y a la vez sentía profundas sensaciones de armonía e inalcanzables ensueños, lo que a ella a su vez la volvía en el arquetipo deseado. Sentíase renovada, por fin dejaba atrás la crisálida y

emprendía nuevamente el vuelo sobre el lomo de Pegaso, que emergiendo del mar, remontaba el Olimpo hasta golpear con su pezuña de oro la fuente de la eterna inspiración.

Camondo en puntillas abandonó el taller. Sólo se volvió en una ocasión, y sus ojos repararon en las tablas de yeso del *Moisés*, donde advirtió que uno de los mandamientos ahora carecía de validez: «No desearás la mujer de tu prójimo».

Cerró la puerta con la sensación del deber cumplido: En una familia de patos ha nacido un cisne», dijo, parafraseando el título de la conocida historia, y repitiéndolo varias veces, se dejó caer exánime en un escaño del jardín.

—¿Catemu, volver a Catemu? ¡Finalmente, Catemu!

Sólo uno de los comensales se había retirado.

Mimí D'Alborio ni siquiera lo siguió con la vista.

Cuando hube terminado, me preguntó dónde se encontraba Catemu; entonces le hablé de Llay-Llay, Las Chilcas, Morandé y todo ese sector agrícola con que se inicia el valle de Aconcagua. Me expliqué sobre el ferrocarril encumbrado sobre esas peñas solitarias que desciende dificultosamente internándose en continuos túneles. Los pasajeros pueden observar gigantescas rocas suspendidas como por milagro. «La Huella del Diablo» denominan a una que exhibe un pie de grandes dimensiones.

Abajo los ordenados viñedos cubren la tierra roja y sobre ese verdor no se detienen las nubes ni las lluvias, ya que es una zona de vientos inquietos, enclaustrados entre cerros, que intentan remontarlos y en ese empeño sin éxito, desordenan la geografía del cielo.

Hasta aquí llevé el tema en el almuerzo y la sobremesa.

CUARTO DE HUÉSPEDES

1.

La verja del antejardín distaba varios metros de la fachada sin gracia de la casa de los Camondo en Catemu.

Un enorme inmueble de dos pisos, con una cornisa exenta de

adornos, y media docena de ventanas similares en proporciones tanto las de arriba como las de abajo.

Sólo un par de pilastras adosadas a los costados de la puerta principal insinuaban una elegancia de paso.

Ante ésta, en los escalones de acceso, alguien pacientemente había pintado de colores un montón de piedras incrustadas en el cemento, tan sin asunto y de modo tan gratuito, que hasta le sentaban.

Cerca, junto a la hilera de paltos y rústicos eucaliptos, bajo esas sombras, la viuda Camondo criaba diferentes aves en jaulas: faisanes, gallinas Flor de Haba y otras de origen oriental, con plumaje en las patas como polainas de un elegante lechuguino. Regalonas, sobrealimentadas, volcaban los recipientes dándoles de comer a un sinnúmero de pájaros libres que merodeaban esa prisión.

De noche, las jaulas eran rigurosamente cubiertas con trapos, que la negligencia de la servidumbre destapaba bien avanzada la mañana.

Había un loro paraguayo que en su abandono, imitando al perro, ladraba.

2.

Atrás de la casa se extendía un terreno interminable. Comenzaba en una huerta de hortalizas empapada en agua y finalizaba trepando los faldeos ingravidos de la Cordillera de la Costa.

La viuda poseía tierras tras esa frontera natural, que no conocía: landas áridas, cimas y solitarios campos vírgenes de rulo, donde potreros sin cultivar caían abruptos en hondonadas desde las que emergía un verdadero muestrario de araucarias, pinos y hasta palmeras salvajes y centenarias.

Los diferentes verdes, cual tela antigua, se fundían armoniosamente como si un acucioso restaurador hubiese embadurnado el bosque con una espesa pátina.

Una galería en el segundo piso miraba hacia esa parte trasera, y en medio de la humedad de los frutales y la huerta, asomaba una especie de glorieta, con varios aposentos improvisados, donde vivía una allegada de piernas enfermas que había perdido pantorrillas y tobillos, introduciendo esos tubos rectos en medias de trapo y anticuados zapatos.

La mujer tocaba el piano por las tardes y dentro de esa vivienda

liviana, tenía una colección de muebles de caoba cubiertos con sábanas. Junto al porche estaba la casucha del perro, usurpada por una gallina ponedora, que a picotazos defendía —como la allegada— ese territorio ajeno.

3.

A un costado de la galería aparecían dos piezas de cimbreante entablado. La de la derecha —desocupada—, nunca el difunto Camondo se encargó de terminarla, deteriorándose indefectiblemente. Entrar allí era un peligro.

A la otra, la contigua, la denominaban «cuarto de huéspedes», ya que las escasas visitas pernoctaban en ella; aunque después de la muerte del dueño de casa, nadie lo había hecho.

Esta función obligó a la familia a alhajarla de manera sobrecargada, restándole toda intimidad. A ese lugar acarrearon los muebles más inverosímiles, incluso un ropero de feas proporciones que antes estuvo en el dormitorio del hijo de Camondo, cuando niño, y que costó un triunfo subirlo por la caja de la escalera, ya que sus aristas constantemente se atascaban en el estuco. Al parecer intuía un destino sin futuro.

El cuarto era amplio, rectangular, con una ventana a un costado; la otra, la que daba a la huerta, consistía en una mansarda con pequeños muros empapelados y un par de puertas también insignificantes que se abrían al entretecho.

Esta ventana era oblonga y el marco giraba sobre un eje permaneciendo horizontal. Por fuera tenía el mezuquino techo, un par de volutas forradas en latón, llenas de recovecos para impedir que se filtrara el agua.

La cama era solemne, de respaldar alto y coronaciones ostentosas; sobre ella caía el velo de un mosquitero, accionado por una lienza que se hacía girar sobre una roldana. Desde que la mujer de Camondo quedara viuda, el mosquitero permaneció pegado al techo.

El ropero aludido, de tres cuerpos, duplicaba este aposento, y unos paquetes sin abrir y una caja de sombreros en su parte superior, inferían a su entorno algo especial, quitando personalidad y trajín al resto de los muebles.

La ventana opuesta a la mansarda sólo exhibía encima del marco una gastada cenefa de felpa, faltaban las cortinas laterales; la privacidad

se lograba con vidrios empavonados. Como los quebraban los niños del vecindario, fue necesario reemplazarlos por los de los baños, que tenían el mismo diseño: cisnes arrogantes y garzas picoteando el esmerilado.

Al centro, una mesa de juego acortaba el espacio, y sobre la cubierta lucía una caja china con fichas, tentación en otra época de las visitas inescrupulosas.

En el piso no había alfombras, sólo un salto de cama, tejido a telar, y en los muros tampoco colgaban cuadros, por el hecho de que el empapelado con pagodas, geishas de espalda protegidas por quitasoles, cerezos en flor y puentes arqueados, no habrían tolerado otra escena encima.

Nunca la ventilaban, la luz hacía su recorrido sin interferencias, jamás las horas se desplazaron tan desnudas, destacaban las aristas y contornos de los muebles al venir y deshacían ese trabajo al esfumarse. Vivían para llevar el mobiliario a su punto crítico, preciso, desde dos penumbras, la que engendraba el día y la que se volvía noche.

El piso, como se ha dicho, se cimbreaba con la mera brisa.

4.

Las voces de ese lugar eran prestadas, resonaban adentro provenientes de la huerta, de debajo el alero de la cocina y dependencias. A la salida de éstas, la artesa se equilibraba en improvisados caballetes. Cuántas veces repercutió arriba, permaneciendo entre esas cuatro murallas forradas en pagodas, el griterío de la Vivi o de la Yodalis, cuando no pudiendo contener la vieja artesa toda el agua, se volcaba en la cuneta e iban a dar al foso, lavandera, batea y quien pretendía asistirle. El terraplén jabonoso todo el tiempo era una trampa si alguien daba un paso en falso; hasta las gallinas se iban dentro.

Y los gritos agudos y reconveniones subían, se adelgazaban las palabras por las junturas de los vidrios y acudían a formar las voces, los diálogos prestados de la pieza de huéspedes.

La colcha de la cama aparecía arrugada, desde que la Sonia, otra de las sirvientas, enviada allí para buscar una ampolleta, se echó de espaldas, jugando a la visita. Su huella, los pliegues, se oscurecieron de polvo, fosilizándose el drapeado de esa Bella Durmiente ausente.

La cómoda tenía más gracia y recovecos que el ropero con el que no hacía juego. Conservaba intactos sus tiradores y sobre su cubierta

no había nada. Los cajones vacíos, olorosos a ropa en tránsito, los cubrían viejos papeles de periódicos.

A veces alguien que deambulaba por el corredor, giraba la manilla de la puerta, produciendo expectación en ese lugar deshabitado.

Lo hacían para comprobar si la puerta estaba con llave.

El espejo del ropero reproducía con avidez ese inquietante y reiterado movimiento.

Es lo que acontece a la mayoría de los cuartos de huéspedes: el abandono, la soledad, el encierro, la espera, la ausencia de testigos, los predisponen a echar mano de cualquier suceso por fútil y nimio que sea para saldar la falta de asunto y de algún modo reinsertarse en la vida.

De no ser por la manilla que giraba en redondo, el ropero se habría visto forzado a traer desde el fondo de sus espejos la escena que antes de encontrarse en ese destierro, reflejara durante años: la pieza de Alonso, el hijo menor de la viuda: una chimenea de mármol, que jamás encendían, con dos atlantes esculpidos a los costados, los que cargaban sobre sus espaldas la repisa atiborrada de objetos: un bolsón escolar sin abrir, una gorra de paño con insignia, la reproducción en colores de *El sastre*, de Moroni, una estatuilla de la Virgen de los Rayos, un búho embalsamado, tomos sueltos de Rafael Sabatini: *Bellarione el Magnífico*, *El santo errante*, *El hombre de paja*, y el *Napoleón* de Ludwig, empastado en cuero, con una rosa marchita entre sus páginas señalando la batalla de Wagram.

Al otro extremo de esa consola, siempre se encontraba un par de gafas enmarcadas en metal, tan sucias que si alguien las hubiese expuesto a la luz, se habría preguntado:

— ¡Dios santo!, ¿será posible que este pobre niño vea realmente algo a través de estos cristales?

III. METAMORFOSIS

CASA SOLA

1.

Camondo — como allegado en este mundo —, cuando todo proyecto se desvaneció, palpó la vida en sí misma, sin otra aspiración que la de no dejarse aniquilar por la enfermedad y la muerte.

Bola suelta, cosa perdida, tomó el hábito de desplazarse por ese par de playas inmundas, tan desoladas como su porvenir.

Ni siquiera volvió al taller donde Sandro, desobedeciendo sus dudosos consejos, embadurnaba otras concepciones estilísticas.

A Marieta, fascinada con el innovador, no le importaba verse desdibujada en la tela, irreconocible, porque sabía que esa distorsión respondía a una juiciosa y atrevida vanguardia.

El color autónomo hacía de las suyas en las áreas de esa suerte de boceto que apuntaba a altos grados de plasticidad; y ese aparente desajuste incluía entre los nuevos elementos a considerar, el gesto, la espontaneidad y un modo renovado de pintar al revés y así no transitar los trillados caminos del pasado.

Delegada la vieja en manos nuevas, Camondo se planteó la honda soledad que trae una edad crítica como en la que estaba entrando, y le vino desgano de cuanto veía en los demás.

El lugar común se le presentó en cada actividad ajena, y entonces sólo la noble y estable naturaleza le tendió la mano.

Quería silencio, quietud, horizonte plácido; pactó con el mar sin historias, desconfió de cuanto se decía, soñar por allí, la fruta, la sombra, el placer de estar vivo por primera vez, escamotear la cultura, ocultarse a tiempo de la estéril competencia, ver en famosos, originales, destacados, ricos y poderosos, un acentuado despilfarro de mundo, derroche de luz, de las estaciones, y volvióse celoso de su maltratado cuerpo; quiso reponer en la medida de lo posible sus órganos tan exigi-

dos antaño, con el fin de diferenciarse del resto, en circunstancias de que todo tenía reemplazo; ¿es que no lo probaba el hecho de que un zopenco venido de un medio oscuro y sin cultura —se decía— estuviera en este momento haciendo uso de su taller, sus útiles, y de quien hasta no hacía mucho, oficiaba como su modelo?

Incluso se permitió este par de usurpadores, hacerlo callar cuando agotado regresaba de sus paseos para pedir le dieran de comer.

Rogó a su corazón que palpitará por un tiempo para él, sólo para él, que sus venas poco a poco recuperaran su elasticidad perdida, que sus encías sujetaran dientes y muelas; pidió a su cabeza no olvidara nombres ni fechas, a sus ojos que no exigieran un nuevo aumento en sus anteojos, a sus huesos flexibilidad, a los riñones dar curso libre a los líquidos, a la cintura no caer en rigidez, a la espalda soportar por unos años todavía la carga de un cuerpo que prometió dejar en el peso adecuado.

Después de todo habíase vuelto vagabundo, iba de una situación ajena en otra, era el embajador de nada, el recadero del ocio, el agregado cultural en Cartagena, sin que nadie le encomendara misión alguna. Esto le abonó el terreno y contribuyó a sus planes: caminar, ir al garete.

Iba a ser éste su nuevo oficio.

Sostenía la quimérica ilusión de que el andar así, volvería su organismo a una recuperación a tiempo, y si bien todas sus partes habían sufrido un desgaste irreparable, este noble afán — caminar — enaltecería lo que le quedaba de vida, aunque fuese a última hora, tarde, como quien llega atrasado al teatro. ¿Alcanzaría a darse cuenta, antes de morir, de qué obra era la que realmente estaban exhibiendo, y de la que él formaba parte?

No perdía la ilusión de integrarse verdaderamente a este acontecimiento que le significó haber sido.

Con este propósito, cualquier individuo que oficiaba de conocedor del secreto de la existencia, o que sentíase llamado a ordenarla o interpretarla en el más allá o el más acá, eran para Camondo la antítesis de su actual búsqueda.

Capaz que entre cielo y averno exista un correo secreto, pensó, y se adormeció en la tibieza del sol, que lo acunó sobre la arena.

2.

En sus interminables caminatas por las playas del balneario, esquivando a sus semejantes, sólo llamaban su atención los escenarios igualmente abandonados como su presente.

Por ello, cada vez que pasaba frente a la San Julián, identificaba esa fachada clausurada con su actual situación.

Veía en ese torreón ciego, de postigos echados y balcón vacío, su propia identidad; y si no hubiese estado tan empinado, habríase abrazado a esas tablas descoloridas de difícil recuperación, oxidadas por el viento y el malsano hálito del mar.

Muchas tardes, asoleadas horas ociosas, ante la sola vigilancia de la sucesión de postes y la interminable hilera de balaustres y de bancos sin nadie, cuando el mar parecía gratuita e inútilmente ajustado a esa playa desierta, Camondo tomó la costumbre de arrimarse a la puerta de la residencial de la Pilita. Colocaba el índice sobre el botón del timbre sin oprimirlo, idea insólita de hacía años, que, según él, emplearía el día que regresara a Catemu, la casa de su infancia.

En esa ocasión pensaba incluso rehacer el camino entre el colegio parroquial y el hogar.

Una vez ante el inmueble, que ahora quién sabe a quienes pertenecía, Camondo colocaría el dedo en el timbre y reviviría aquella situación sin atreverse a hundirlo.

Aplicaría incluso el oído a la puerta y los ruidos le sugerirían su presencia alrededor de la mesa entre reprimendas de los mayores y algarabías de sus hermanos.

Hombre fantasioso y nostálgico, añoraba aplicar, sin accionar, el dedo en ese botón enmarcado en un rectángulo de mármol.

Adhiriendo a esas extravagancias es que Camondo se allegó a la puerta de la San Julián.

Y ese sueño tenebroso y malsano de hurgar en lo insólito, en lo irremediable e imprevisible, de revertir el orden del tiempo, lo acompañó desde niño cuando se extasiaba en espiar a los demás desde increíbles escondrijos.

Tomó la rara costumbre de hacerlo con la Yodalis, la cocinera de su casa, una mujer corriente que hacía lo suyo sumamente recogida, precisa y en forma metódica.

Para Camondo ese deambular insípido lo fascinaba, y desde su lugar de observación no se perdía ningún detalle: gestos inconscientes

de la mujer cuando rebanaba papas o si se restregaba la manga por las narices.

El hecho de ser testigo de un ser absolutamente abstraído en algo trivial le despertaba mayor interés que encontrarse ante los sucesos más emocionantes de un filme para niños de su edad.

¿No respondía ese juego mórbido de poder sorprender a un semejante, sin defensa, y acondicionar su persona a las circunstancias del momento? ¿No respondía ese espionaje a una profunda necesidad de autenticidad?

Y de ser así, ¿por qué también le resultaba cómico el ensimismamiento de alguien ante un manojito de verduras? ¿Era tan genuino entonces ese abandono o, en su canturreo, la Yodalis se dejaba cierta escapatoria a tan abierta falta de defensa?

¿Qué esencia quería retener y captar el futuro artista? ¿Era el «otro» lo que lo fascinaba o un deseo desproporcionado de sentirse amado de verdad algún día? ¿Seguridad?

Abatido en todo caso, cansado como un enorme y pesado pez que una lienza termina por hacerle perder la batalla, Camondo retiró el dedo del timbre y ya se disponía a renunciar a sus fantasías y ocurrencias de antaño, cuando sorprendentemente advirtió que la puerta del antejardín de la San Julián estaba sin llave, abierta, permitiendo a quien lo deseara, atravesar esos senderos alterados por la hirsuta y rebelde maleza que los cubría.

3.

Jardines vueltos maleza en verano denuncian a las casas solas, incitan a los pirómanos a la acción y al observador atento, a descubrir en medio de esos tallos secos y mustios, verdura fresca que se alimenta de llaves mal cerradas, caños subterráneos obstruidos, humedad almacenada del invierno.

Camondo reparó en un rectángulo con lirios, orejas de oso y una deslumbrante achira solitaria a la que el sol oblicuo encendía, volviendo esos brotes en piedras preciosas. En medio de esa sequía aparecía esa pequeña muestra de colores exuberantes, como un inesperado oasis.

Todo el resto era maltrato y abandono. Cuántas veces no ensartó en esos borrados caminillos de grava su frágil caballete.

Hasta los pastelones de la entrada aparecían inundados de pasto.

Haciendo visera con las manos se afirmó en los cristales de la mampara e intentó escudriñar el oscuro recinto.

Dio un brinco hacia atrás; la puerta giró en sus goznes invitándolo a entrar.

La residencial estaba abierta.

Rápido, como experimentado caco, entró. El vestíbulo en penumbras dejaba ver nítido el aparatoso espaldar del sitial y la silueta del paragüero; el recoveco del pasillo, los primeros peldaños de la escala, y el comienzo de la baranda, sólo se veían a medias.

Tuvo el coraje de juntar la puerta y entrar en la salita.

Era la primera vez en mucho tiempo que una situación excitaba su curiosidad.

Se dejó llevar por el impulso.

Esa parte de la casa le era familiar. Un rayo de sol penetraba como el haz de luz de una proyectora de cine e iluminaba el detalle de una oleografía; la escena representaba un naufragio. A trastabillones recorrió el recibo, palpó la máquina sumadora, el mesón interminable; a cada paso tropezaba con jabs vacías de bebidas gaseosas.

Allí el tiempo no había sido capaz, con toda la tenacidad de su característica, de aligerar el fuerte olor a licores del bar, y de las mesas de las que emergía ese efluvio, como cuando se evapora lentamente una laguna pútrida, situación que habría hecho temblar al intruso y hasta hacerle escuchar perfectamente el monótono ruido de los cachos al lanzar los dados.

Su antigua anomalía malsana de escudriñar a quienes no lo veían, de deambular como un sonámbulo despierto, reapareció con fuerza en Camondo, quien sintiéndose dueño de la situación, la administró con cautela, internándose en esa oscuridad, dándose maña en cada recoveco, solazándose al saberse protagonista único de una escena sola y anónima.

Era el soberano de unos espacios destartados al servicio de ese angustiado ser que los requería para vivir, aunque fuese de modo incompleto fuera del rodar de las horas. Allí dentro, ascendiendo la retorcida escala sonora y de baranda suelta, esos engranajes mecánicos que parcelaban el día no tenían asunto y lo demostraba el reloj de pared detenido con los punteros indicando una hora absurda.

Las historias vividas en ese rellano de la escala, el recuerdo de Gastón Aosta con sus lentes de espejos trepando los peldaños con Marieta perfumada para la traición, que no sólo un peinador, sino un

par de muebles fijaron para siempre en los efímeros espejos, lo llenaron, a pesar de todo, de nostalgia.

Lo que va a los espejos no retorna. Recuperar esas imágenes es arduo trabajo de los culpables, pensó Camondo en su retorcida imaginación, en tanto arribaba al torreón.

A éste, por el mal estado, lo cruzaba la luz fragmentada en múltiples haces violentos como esos cajones de prestidigitadores con una mujer atrapada adentro y atravesados de sables.

Allí se quedó.

Era su cuarto, lugar de tantas decisiones, triunfos y malentendidos.

No le fue necesario abrir la ventana que daba al balcón forrado en hojalata. Desde las rendijas de esa atalaya gacha se veía toda la extensión de la playa. No quiso seguir indagando.

El hecho de saberse en un lugar donde ni la imaginación más perspicaz lo hallaría, lo excitó.

Sentado en el suelo, reclinó el cuerpo contra el zócalo y dormitó.

Un hombre vacío en una casa igualmente sin nada; la coherencia perfecta para que finalmente se hubiesen hallado y completado.

DEVANEOS DE UNA MUSA

1.

A estas alturas el Parnaso aparecía convulsionado. Apolo no pudo reprimir su indignación, hasta el extremo que se le cayeron el lauro y el salterio de las manos.

Dirigiéndose a la musa desocupada de Camondo, la endilgó de este modo: eres una musa descalificada, puesta por la torpeza de un inepto a la vera del camino, una inspiradora deshonrada en las barbas mismas del sarcástico Neptuno.

Todo este escándalo ha sucedido en sus dominios.

Si bien en otro tiempo el amo de los mares y quien te habla, fuimos cómplices en los trágicos sucesos de Troya, desde hace mucho que aparecemos irreconciliables — y continuó —, no regresarás aún, tú tienes mucha culpa — y gritó subiendo el tono —, cumplirás mi encargo, de no ser así, deambularás sin destino ni retorno, y ya sabes dónde, así

te acompañe en tu horrible peregrinaje la Envidia, que se retuerce cubierta de sangre y baba venenosa.

Y la desventurada inspiradora tendía sus brazos suplicantes, pretendiendo aferrarse a los altos muros del templo, en tanto una fuerza irresistible la arrastraba otra vez a las desnudas playas de Cartagena.

«De no obedecer mis designios, de no ejecutar la venganza que tengo preparada para Camondo», agregó Apolo, «engullirás víboras y quedarás rezongando y mascullando conjuros y horrores a perpetuidad, y los pastores y sátiros de los prados vecinos y los faunos y ninfas, sentirán asco ante tu rostro pálido y verdoso de mirada estrábica y gesto descompuesto».

— ¡A cumplir pues, la peor de las venganzas! — concluyó el dios y despojándose a tirones de su manto escarlata y haciendo con él un bollo, lo arrojó a los abismos.

Venus, conmovida, acudió en auxilio de la desdichada musa e invitándola en su carroza de viento arrastrada por cisnes, la condujo hasta la Playa Grande. Las huellas de sus ruedas dejaron dos rayos de luna en la arena, los que el mar diluyó con primor.

En el Parnaso, el alboroto no cesaba. Apolo en su furor, hizo cambiar el panorama que tenía frente al templo y auxiliado por Mercurio trasladó de sitio dos montes significativos, una cascada ruidosa y un roquerío que se orientaba hacia el océano; además, taló todos los árboles, conservando sólo las encinas.

Nunca se lo había visto tan airado, ni siquiera cuando su dueña cayera en brazos del joven Tesalia.

Los cielos en ese atardecer aparecieron incoloros, los arreboles se resistieron a pintarrajar sus lomos, y Júpiter después de este suceso se volvió inactivo al Olimpo.

La misma Diana acompañada de todas las ninfas, olvidando los éxitos de la caza, hizo un alto en el monte Menalo.

«¡Cuán difícil le es al rostro ocultar la tristeza del fracaso!», se dijo la musa una vez de vuelta.

Y el cielo volvió a rasgarse y Apolo insistiendo, gritó a la desdichada solitaria: «¿Crees que la diligente Juno y la misma Minerva estuvieron a gusto cuando hube de tomar la apariencia del Conejo para recoger los útiles de Camondo? Bien sabes que esa mañana dos Conejos idénticos se paseaban por la carcomida playa. Te repito y advierto (ni siquiera los vientos desviaban sus reiteradas diatribas) que de no

contribuir en el castigo impuesto a Camondo, os arrojaré al Tártaro, el lugar más hondo y trágico del Averno.

«Me has ofendido peor que Marsias, a quien hube de despellejar vivo por pretender tocar la flauta mejor que yo.

«Cuidate, musa, no olvides lo que aconteció al viejo Bato en los prados de Mecenas. Bien lo recuerda Mercurio.

«¿Prefieres revivir el combate?

«Lindas orejas de burro para ese barbero soplón.

«No ignoras, tú, esos hoyos en la tierra donde los traidores confiesan sus culpas y luego de encontrar la muerte, de allí nacen las diversas flores: anémonas, heliotropos, jacintos y acantos.

«Me interesa cumplas a cabalidad mis designios, ya he sido informado que los esbirros de Neptuno se adentran continuamente en las oscuras aguas del océano portando teas encendidas hasta las profundidades, y allí alumbran con ellas toda esa maraña turbia donde mora y dispone mi antiguo camarada. Ahora levanta una y otra vez fuera del agua su sigilosa y gigantesca cabezota y el tridente, frente a las costas del litoral central y alborota el oleaje con sus rotundas risotadas.

«No ha accedido Júpiter a cambiar de aspecto ese lugar, ni siquiera una insignificante roca me permitió remover de su sitio».

Entonces la desdichada musa insinuó a Apolo, a modo de compensación, asistir al joven Sandro en su empeño, o a incursionar en nuevas disciplinas de la belleza con músicos o bailarines requeridos de apoyo, a lo que Apolo se negó.

«¿Y Bombillín?», se permitió insistir.

A pesar de que el dios andaba a veces muy interesado en aventuras pastoriles con el cayado y la flauta en las manos, y guardaba ganado en risueños prados, por única respuesta hizo restallar como látigo un relámpago que extendió su enceguecedor fuego devorando la línea del horizonte.

Luego todo volvió a la normalidad.

Al parecer los payasos en materia de inspiración, deben rascarse con sus propias uñas.

Esa tarde se vio caminar por la playa apaciblemente a una sombra, un espectro sutil, vestido de transparencias que a medida que se acercaba a la residencial San Julián, iba adquiriendo formas más concretas.

«Voy a tomar la apariencia de la mujer barbuda», se dijo la musa; de todos los personajes que circundaron a Camondo, aquél era el más devaluado, y convencida de ello, se vio trepar a la vereda a un hombre relativamente joven, de espesa barba y aspecto delicado.

Sus rasgos femeninos podían justificarse por su extrema juventud, aunque alguien perspicaz habría advertido que esas inconfundibles formas no eran, precisamente, las de un hombre, a pesar de la barba y los atuendos de varón.

—Tengo que obedecer — se decía —, de no hacerlo, corro el riesgo de ir a integrar la interminable fila de musas que, como yo, han fracasado.

Enlutadas, con el laurel apolillado, las cítaras hechas añicos, van esas desdichadas, inspiradoras fallidas, camino del abismo en la remota isla de Delos.

Su castigo consiste en susurrarse continuamente unas a otras, magníficas ocurrencias que no prosperan, que carecen de destino.

La extensa hilera circunda esos gigantescos acantilados, y hasta los cipreses que allí abundan, hacen oídos sordos de sus hablaturías.

—De cumplir lo encomendado, quizás Apolo, dios tan veleidoso, se apiade de mí y compadecido me exima de ese circuito estéril.

Y el joven, redoblando esfuerzos, entró decidido a la deshabitada residencial a obedecer, ciegamente, al amo del Parnaso.

En el momento de cruzar el umbral, sus atuendos se volvieron los que en su encierro usara la mujer barbuda.

Con ellos era inconfundible.

2.

La musa hizo creer a Camondo que compartía con él esas sombras, esos corredores en tinieblas, y ella misma en un comienzo, antes de que se encontraran y actuara, se mimetizó de tal forma, que hasta olvidó por un tiempo su origen y el cometido que la mantenía allí.

Así esos ruidos de ventanas mal cerradas, entablados que encontraban su posición, no eran tales, y la pobre infeliz con las mejillas pobladas desde los ojos al cuello, ante la vergüenza de salir a la luz, sobrevivía de milagro en ese laberinto.

Reacia a rasurarse, vestía de hombre y efectuaba sus compras en

boliches apartados haciendo señas, evitando concitar la atención sobre su voz meliflua.

En cuanto regresaba, volvía a sus polleras, dejando casi a la vista los senos importantes y los detalles que configuraban un cuerpo de hembra espectacular.

Jamás trepó a la torre en muchos meses, nunca antes esas dos personas se vieron y toparon abiertamente.

Hubo ocasiones, sin embargo, en que Camondo rozó las ropas de la barbuda, la que permaneció quieta, hundida en las sombras.

Sabía el viejo que allí alguien se replegaba a su paso, ella reaccionaba de igual modo.

Se habituaron a vivir cada uno en los extremos de la casa, y a tener la consideración de no trancar la mampara, ni encadenar la puerta del antejardín.

Se facilitaban el acceso mutuamente, intentaban hacerse la existencia llevadera.

Se habían conocido en el pasado.

De haber iniciado una relación en ese momento, seguramente que Camondo le habría sugerido efectuar contactos con el circo de fieras de San Antonio, esa carpa agujereada con la jaula rodante apoyada contra la lona, y ese par de felinos impávidos que el público curioso acariciaba tras los barrotes.

Camondo también había deslizado su mano sobre ese pelaje áspero que le hizo recordar el felpudo de la puerta de calle.

La leona se movía impaciente en ese espacio reducido.

El único contacto entre Camondo y la barbuda era cuando el primero regresaba a su casa. Tomó la costumbre de dejar sobre los peinadores restos de alimentos que al día siguiente habían desaparecido. No quedaba rastro, ni siquiera Camondo encontraba los envoltorios.

La barbuda sabía que ese hombre que a diario se refugiaba en la torre, había dejado atrás no sólo el arte, sino a los demás. ¿Cómo entonces seducirlo a través de una aventura? ¿Una historia sentimental? Imposible. Si la realidad como él deseaba encararla, le ofreciera expectativas nuevas, insospechadas, inevitablemente una pasión, un amorío, no tenían sentido.

Y Camondo perseveró en su postura, en su renuncia.

En un comienzo el día le opuso difíciles obstáculos que vencer, horas de angustia, períodos de remordimientos, necesidad de comuni-

cación, ya que todo ese aventurarse fuera de la sociabilidad y la rutina, requería de un duro adiestramiento.

Sabía que si capitulaba, lo más probable sería caer en los brazos de esa mujer barbuda y con pantalones, a quien a pesar de la penumbra, tenía plenamente identificada. «Habríamos conformado con todo, una pareja no tan inusual en los escondrijos del mundo», se decía.

Pero no quiso duplicar esa imagen en los peinadores del altillo. Pensándolo bien, ¿no es simplemente sentarse a mirar la maravilla que nos rodea, a lo más alto a que puede aspirar un artista? ¿No lo afirmó acaso así el mismo Pascal cuando planteó: «Me admiran los pintores que se solazan con la copia de las cosas y no con ellas mismas.»

Apolo comenzaba a impacientarse.

¿Y si Bombillín, se decía Camondo, para justificar su indiferencia hacia la barbuda, premunido de su gran matamoscas y el atuendo que no se quita ni siquiera para retornar a casa, llegara hasta la residencial y convenciera a esta mujer de aumentar el número de artistas sobre la pista mezquina y de escaso serrín?

Imaginaba a la musa de largos cabellos ensortijados, barba completa y traje de baño con lentejuelas, restregando la punta de las zapatillas de raso en el recipiente de la pez de castilla, para no resbalar sobre el carro romano de hule tirado por los leones, que daría la vuelta olímpica al redondel, y Bombillín con el matamoscas dándoles a sus compañeros en las amplias frentes de trapo sin moderación, pensando en su mujer abandonada tantas horas y quién sabe en qué malos pasos.

Apolo comenzaba a impacientarse.

Y de ser así, ¿habría adivinado Marieta escudriñando tras la verja que el hombre barbado que acompañaba al payaso del circo, la superaba con holgura en atributos femeninos?

Y el matamoscas gigante nunca quieto, siempre movedido.

Los descansos los ocupaba la vieja modelo en salir a tomar aire. Sandro en el taller aprovechaba ese recreo para limpiar la paleta y volverla reluciente.

Envuelta en su bata, Marieta se allegaba a la reja, la obsesionaba ese payaso de ropas encendidas como un atardecer. Pequeño, de complejión atlética, brazos poderosos, había sido en su juventud un jinete destacado. Antes fue la blusa de colores con el complementario en ruedo, ahora la camiseta hedionda de mangas cortas y sobre ella los tirantes flojos. Conoció canchas célebres de pasto y arena, viajó al extranjero

ro en aviones al cuidado de caballos fina sangre; fue objeto de trofeos, amigo de preparadores y socios.

Una pista más amplia que la que recorría hoy. Ayer, violencia, insultos, barro y más de un golpe disimulado de fusta. Ahora, la abeja, dos alas insignificantes cosidas al lomo, y ese estribillo repulsivo: «Dame la miel, dámela toda»; y la pistola de agua en plena cara. Caer de la silla plegable, paliza sonora con la palmeta de dos hojas y la voz altisonante en repetición de frases aprendidas. Por eso, terminada la última función, se iba a la calle Centenario a apostar; tranquilamente sentado observaba la competencia hípica en el visor de un aparato de televisión.

Sus hijos eran todos de porte diminuto y ninguno con vocación de jinete.

El caballo del circo, pintado a lunares, tenía el aspecto de un percherón de granja y las cebras y los burros ni siquiera estaban atados y pastaban tranquilamente a la entrada de la carpa.

Sobre el fardo de pasto no faltaba la gallina ponedora recortando su excepcional forma, simple y grácil, y el mono encadenado contra el perfil de los barcos.

La mujer de Bombillín...

Cuando la musa vio que el medicamento se encontraba en su punto, abrió un sobre de jugo instantáneo Yupi y luego lo cerró como salido de fábrica.

El peinador de la torre duplicó la ponzoña.

Apenas el brebaje se insinuó en el cuerpo del viejo Camondo, un torbellino transportó a Apolo hasta la isla de Rodas, donde recostándose sobre la cima de una montaña derramó abundantes lágrimas.

Hace dos días que Camondo no ha vuelto a casa...

Un hombre barbado, bien vestido, al parecer de duelo, permanece cabizbajo en la plaza de Cartagena.

En el balneario, nadie lo conoce.

A pesar de las transformaciones, la plaza ha conservado un par de palmeras de una altura increíble. Mecen sus cogollos bien podados y el veraneante se pregunta: ¿cómo se las arreglan los empleados municipales para afirmar en esos troncos tan flexibles, la interminable escalera?

TAXI FÚNEBRE

1.

La trifulca en el jardín de Marieta no sólo se debía a la embestida del viento que casi descabezaba las palmeras, meciendo los pinos hasta barrer con ellos el suelo, sino al permanente ajeteo y asedio de la policía, carabineros y vecinos que colaboraban en la búsqueda de Camondo.

La verja abierta permitía toda suerte de intrusos, comadres, que traían datos equivocados, decían haberlo visto en los cuatro puntos cardinales; hasta una vaca que rondaba entró al jardín y al ser sorprendida, resbaló sobre los pastelones, cayendo de flanco entre las pitas.

La modelo, con una toalla como turbante y envuelta en su vieja bata, retorciase las manos junto al teléfono.

El taller era objeto del peregrinaje de los intrusos que iban del Moisés amedrentador hasta los desnudos de la modelo, la mayoría sólo reconocibles por ciertos detalles, los que en las telas más académicas aparecían bien precisos.

Una muda, amante del cuidador de la esquina, frente a las pinturas, no cesaba de emitir gruñidos, llevándose las manos a la boca, gesto por lo demás sin objeto.

El término de esta romería coincidía con el final del día, y al último portazo, y el candado a la reja, seguía el grito desolado de la pobre mujer que ignoraba cómo solucionar su problema.

Entonces intentaba asumir una actitud positiva, imaginaba que Camondo estaba por llegar, colocaba su puesto a la mesa, y sentábase enfrente sin poder probar bocado.

Volvía al teléfono, llamaba a la comisaría, salía nuevamente al jardín, leía en el firmamento por si esa tela agujereada le sugería alguna pista.

Desesperada, en cierta ocasión abrió la verja y buscó el camino. La soledad de esas altas horas previas al amanecer, enseñaban su calle como equivocada, trasladada de lugar.

Leyó en el letrero montado en el soporte: León XIII.

Al volver a casa vio que una figura de oscuro, arrimada a los pinos, emergía de su escondrijo y le interceptaba el paso. Le impresionó la blancura de esos dientes en la sonrisa más equívoca. El joven

llevaba los cabellos cortos, los que se continuaban en una barba negra que hacía resaltar la nariz femenina y los hermosos ojos. Vestía de luto y una bufanda de seda ocultaba el cuello impecable y la corbata.

Marieta trató de ingresar al jardín, pero el joven se lo impidió. Incluso fue violento al cogerla por las solapas de la bata.

La modelo tropezó en el escalón y estuvo a punto de caer.

El joven sacó una fotografía de carnet y la exhibió.

— ¡Camondo! — el grito de Marieta dejó indiferentes a las ventanas, algunas iluminadas, del vecindario.

El joven barbado retiró la cartulina, la introdujo en su bolsillo, y con un gesto preciso le indicó que lo siguiera.

Primero llegaron a la escala de peldaños hechos trizas que va hasta la avenida La Marina.

Allí no existía alumbrado, así es que descender a tientas significaba confiar en el enigmático guía.

Marieta intentó cogerlo del brazo, pero éste la rechazó, por lo que tuvo que arreglárselas sola, encontrando dificultad en los múltiples accidentes de esa escala que, de tanto en tanto, se interrumpía para continuar por la falta de peldaños en un montón de tierra.

Una vez en la cancha de patinaje, los escasos faroles hicieron el camino más llevadero. El joven, mucho más adelante, no se preocupaba de ella.

Al iniciar el tramo de la terraza, cuando cruzaban a los pies de la Virgen de los Suspiros, a la modelo se le doblaron las piernas y cayendo de rodillas, dio la pose más conmovedora de su vida.

El joven esta vez se detuvo y aguardó pacientemente a que Marieta terminara su plegaria. Sus ojos se volvieron dos ranuras incandescentes y palideció la tierra.

Un resplandor débil pintaba los pies de la imagen; las velas de las mandas aún encendidas, demoraban en consumirse y agónicas — en tanto quienes las habían ofrendado dormían —, daban los últimos destellos antes de volverse extensos goterones de esperma.

En el recodo de esa terraza tallada en el flanco abrupto del peñón, las olas empujadas, elevándose, volvíanse abanicos verticales que en equilibrio mantenían un instante su diseño, antes de desplomarse, dejando al irse pozas en la vereda y en el aire flotando una tenue llovizna.

Cuando la modelo llegó a la curva desde donde se divisa la Playa Grande, el joven la miró intensamente y aceleró el paso. Antes de

cruzar la calle, tomó a Marieta de un brazo y la condujo al interior del pasaje Zenteno.

Al pie de la insólita casa angosta pintada de rojo, madriguera de drogadictos, sacó de entre sus ropas una bolsa de plástico y con ella le cubrió la cabeza. La modelo por instinto no opuso resistencia. Encapuchada la condujo por una puerta trasera hasta el interior de la San Julián, auxiliándola en los corredores, sobre todo en la escala donde tuvo buen cuidado de que Marieta no se apoyara en la baranda y reconociera el lugar.

Una vez en la torre, la que habían recubierto con paños negros para volverlo un lugar diferente, el joven quitó la bolsa a la mujer, quien se enfrentó a Camondo. Estupefacta, la modelo retrocedió unos pasos. La réplica del viejo era colosal, sólo a escasos centímetros se advertía que se trataba de una figura de cera, porque a cierta distancia daban ganas de hablarle, mostraba sus rasgos, ademanes y la mirada tan verídicos, que Marieta en su anhelo de encontrarlo con vida, se le echó encima, abrazando contra su cuerpo ese volumen rígido que se golpeó contra el muro.

Cuando quiso indagar sobre todos estos hechos, el joven barbado había desaparecido.

Marieta recorrió los paños, reconoció el altillo y entonces los peinadores la situaron aún más en esa realidad.

Pensando que era víctima quién sabe de qué extorsión, no perdió la calma y un impulso la instó a quitar la cabeza del cuerpo de cera y con ella en los brazos, dejó la residencial y volvió camino a casa.

Como ésta pesaba tanto, tuvo que descansar varias veces a lo largo de la terraza.

Los ojos de vidrio la miraban fijo y al pasar frente a la Virgen de los Suspiros, pensó que no había diferencia entre el trofeo que llevaba en su regazo y esa imagen empotrada en el peñón frente al océano:

—¡Tampoco tú eres la genuina madre de los cielos! —le dijo.

Marieta, siempre desconcertada pero más tranquila, sintió que era cosa de aguardar, que todo este enigma debía responder a una lógica, que las réplicas tienen un sentido, los parecidos logrados apuntan a profundas compensaciones, llenan vacíos que la ausencia reclama. Porque sabido es que lo que realmente amamos nos es esquivo, difícil de recomponer en la memoria. Sólo se puede recordar con nitidez lo que nos es indiferente.

Son pruebas infalibles del odio y el amor.

Además, ¿volverse una copia inanimada, fría y perfecta no había sido el constante empeño de Camondo durante su vida?

2.

La modelo detuvo un taxi en plena noche.

Una vez en su interior dio las señas al chofer y colocó cuidadosamente la cabeza de Camondo sobre sus rodillas.

En Cartagena, nunca se supo de ese solitario y trágico cortejo fúnebre.

Y mientras el viejo automóvil orillaba la playa, remontando dificultosamente la pendiente rumbo a la estación, se podía intuir la profunda pasión que Marieta sintiera por ese hombre con quien había compartido la mayor parte y los mejores días de su azarosa vida.

Todos los dioses aprobaron la gestión de Apolo.

La musa de Camondo fue perdonada y el mismo Júpiter apareció colosal y majestuoso, invitándola hacia el cielo a través de una suavisísima llovizna refractaria de los maravillosos colores del arco iris.

Una vez sosegado el Parnaso, Apolo sintió redoblarse el peso sobre sus espaldas.

Marieta Berríos Berríos murió en la primavera de 1989.

Gastán Aosta se suicidó dos años más tarde en un hotel de Buenos Aires.

Sandro alcanzó fama internacional y cuando vio declinar su estrella, tuvo la sabiduría de aceptarlo con disimulo y dignidad. Nunca regresó a Cartagena.

A Helena aún se la puede ver recorriendo la Playa Grande; no se resigna a que el incommovible océano se resista a devolverle lo que le resta del amor.

Bombillín fue ascendido a Señor Corales. Sus compañeros de pista se pelearon por reemplazarlo en el número de la abeja y aunque efectuaron esa rutina con eficiencia, nunca alcanzaron la maestría, originalidad y desplante del antiguo campeón de los hipódromos.

Cartagena 1992-1995

CUANDO PIENSO EN MI FALTA DE CABEZA

(La segunda comedia)

A Carlos Ormeño

EL HOMBRE DE CERA

Landas áridas, sinuosidades del secano costero, hierba hirsuta, como sobrepuesta, dando la impresión de que el viento pudiera cambiar a su amaño.

Abajo, a distancia, el mar, Cartagena.

De sobra es sabido que, tiempo atrás, mi ambicioso e iluso ser pactó con el Olimpo y sus dioses anacrónicos, caídos hoy en el olvido y el descrédito; divinidades que, sin embargo, tienen aún cierta solvencia, ya que gobiernan y disponen de nosotros los artistas: pueden dictar sentencias, dar ejemplificadores castigos, dejar a alguien mutilado como fue mi caso; pero a la vez son incapaces de hacerse cargo a fondo de nuestra muerte y llevar el alma a un definitivo refugio y sosiego.

Cuando la cera reemplazó mi carne, atrapó mis huesos y detuvo el flujo de mis venas, cuando aquella musa tomó la apariencia ajena y condujo a Marieta, mi vieja modelo, hasta el altillo de la residencial, permitiéndole arrancar mi pesada cabeza de mis hombros, yo permanecí en esa torre aún con vida. No me lo puedo explicar; mi emoción, es cierto, no la sentía centrada en el pecho, pero así y todo no me abandonó.

¡Cuántas veces antes no la tuve desviada, apuntando hacia las penas y los recuerdos!

Algo similar me sucedió al quedar allí decapitado; todo indicaba que era imposible el más insignificante atisbo de vida en tan categórico despojo, y sin embargo, en ese montón de cera, ésta porfiaba y subsistía, como la tibieza adherida a los muros luego que el sol se ha ido.

Las historias de Marieta, Sandro, Bombillín, los vecinos de mi casa, incluso las comparsas del Olimpo, siguieron otro derrotero, y como camino bifurcado, yo tomé este atajo y el curso de este relato continuó tras mis pasos, alejándose del que imprimían ellos.

Esa noche, la más aciaga que recuerdo, el oleaje retinto... sólo imaginé de él un funcionamiento pesado y regular. A eso accedía en ese momento mi limitada fantasía.

Anduve a trastabillones, las manos palpando las irregularidades, los accidentes de los viejos muros de este balneario antiguo. Este deambular me condujo hasta las rocas del Capri, atravesando las negras arenas de la Playa Chica, la que reconocí por su reducida distancia.

Cuando me volví sobre el terraplén que lleva a la terraza, me aferré a la baranda de los balaustros carcomidos y ésta me puso al pie de la escala inconclusa con tramos de cascotes, donde los perros se erizan tras la verja de la primera casa; su agresividad me notificó que merodeaba la iglesia del Cristo Pobre.

Conocía su puerta lateral, su picaporte vencido. Fue cuestión de manipular ese candado flojo y estuve en las hundidas baldosas de la pequeña sacristía.

Una honda aflicción me cogió al entrar a la nave lateral y acercarme a ese rincón, bajo el retorcido acceso al coro, donde se acostumbraba a colocar y velar los féretros la noche antes del responso.

En esa ocasión no había nada; los velones eléctricos estaban guardados como los caballetes y el carro mortuario; sin embargo, tuve un presentimiento, una fecha cercana, una sensación imposible de dilucidar en ese momento.

Di vueltas al templo vacío, ignoro si mis pasos retumbaban; esa antesala sagrada estaba vedada a mi destino. De no ser así, mi fin se habría ceñido a la lógica que dictaban esos muros. Yo era allí un completo extraño; a los dioses que me habían dejado en ese estado miserable, y al parecer irreversible, no los sentía cercanos. Mi desubicación era tan completa que ni la muerte sabía cómo asumirme, y de la vida sólo me restaba ese insignificante vestigio, que apenas me servía para refugiarme allí con menos derecho que un incrédulo, un hereje o un perseguido.

Volví a la sacristía y en mi desesperación, hurgué en el armario grande bajo los vitrales deslavados, a tientas en los cajones donde se depositan los ornamentos, hasta dar con una vieja vestidura que no debió estar mezclada con casullas, albas y estolas. Se trataba de un hábito de San Francisco, prenda de algún hermano tercero, manda, voto, una hechura para mortificación de un penitente, una reliquia.

Para mí fue la solución, el disfraz, la única forma de completar mi figura, ya que una vez dentro de esas ropas, eché hacia adelante el

holgado capuchón y suplí, con las sombras que éste encerraba, la cabeza, los rasgos, las facciones, mis ojos, la boca, el mentón, la frente.

Completo al menos en apariencia, salí otra vez a la avenida La Marina; dejé a propósito la puerta del templo abierta: un socavón oscuro como el que recogía la capucha, una esperanza de retorno, de calzar con ese credo familiar y conocido, aunque el precio de tal identidad fuese la sucia muerte.

¡Qué lágrimas ni nada, si yo no tenía cabeza!

Me encaramé a las micros y sujeto a la baranda de los asientos, debí soportar el éxtasis que continuamente me cogía.

Atenciones y fiestas que se le hacían a esa sotana.

Como sabía de sobra que no era esa elevación horrible invitación divina a mi persona, ni compensación a horas de flagelo y adoración, entonces me provocaba náuseas verme así tratado por los cielos; y este estado que en otros habría significado jolgorio y noticia de dicha, en mí volvíase de lo peor: sólo deseaba que me abandonara a esa abertura, ese convite a la ingravidez malsana.

Con qué hambre observaba las rocas inamovibles que el mar en su inútil asedio trataba de arrastrar.

Descendía de esos vehículos destartados, y cogido por la luz cegadora, me adentraba en ella como quien recorre un túnel.

A pesar de tanta luminosidad, ese verano se me negaba; el calor rehusaba tocarme y un desapego del entorno impedía vincularme al mundo.

Las calles se me aparecían como las dejara el último sismo: el pavimento amontonado exhibiendo sus aristas y una viejecita enclenque, canasto al brazo, trepando esos bloques dispuestos sin orden.

Me perdí un tiempo en las noches del puerto, en albergues, cuartuchos subterráneos y arcos de puentes, a veces empapándome de perfumes más apuestos que mi suerte.

Cuando pienso en mi falta de cabeza, recuerdo que siendo niño, en mi primer viaje a Italia en compañía de mi abuela, luego de visitar el imponente castillo de Ferrara, descendimos hasta una pequeña plaza, en donde se levanta un monumento a Savonarola.

Al aproximarnos al pedestal que soporta al monje con las manos

en las mangas y la cabeza algo inclinada, descubrimos que dentro del capuchón no había absolutamente nada, sólo tinieblas.

Ignoraba mi abuela que yo me encontraba en Florencia la noche del 17 de noviembre de 1494, cuando Carlos VIII forzó las gigantescas puertas de San Frediano y los argollones que mordían los leones se cayeron al suelo.

Me pregunto ¿cómo era en ese entonces mi apariencia? ¿Acaso la misma que hoy luzco aquí en San Antonio, merodeando por los muelles del puerto?

De esa fecha recuerdo aquel desfile dantesco, al Rey bajo el dosel movedizo, guardamalletas y borlas, la caballería de miedo, sin orejas ni rabo, los belfos hechos una ruina por el maltrato de los frenos, mariscales, guardia suiza, gascones, nosotros simples comerciantes con la bolsa oculta en las faltriqueras sin fondo; unas cuantas monjas del convento de Las Murates se descolgaban en sogas y canastos desde la altura de sus celdas.

Yo estuve allí ante esa interminable sucesión de antorchas, resplandor de armaduras, alabardas, culebrinas trabadas en el lodo, falconetes, arcabuces, torres de asedio, caídas las celadas de los yelmos y tanto distintivo horrendo; la joroba del monarca cincelada con primor en el espaldar de acero, los guanteletes ensortijados ocultando las membranas de sus dedos de pato.

Suerte la mía haber sido testigo de cómo el medioevo añejo expiraba en las calles del Renacimiento.

Qué profunda relación la de estos hechos con el evangélico solitario que vocifera bajo los balcones de la San Julián de Cartagena.

Habla de Israel, el mar le remeda como loro, guitarrones encintados, panderetas apocalípticas.

Yo estuve en Florencia cuando la redondez de la Tierra se impuso y la línea del horizonte cayó por los suelos, todo se volvió profundidad, conocimos la distancia, la atmósfera permitió el volumen y la luz

tomó contacto real por primera vez con las cosas, mostrándonos en su roce la esencia de las mismas.

Por fin pudimos en la *bottega*, nosotros, meros aprendices, pagar unos florines a unos cuantos marineros de Indias para que posaran como apóstoles y como Cristo.

Roma saqueada, no les bastó pasear a los frailes en cueros, a horcajadas sobre el lomo de mulas escuálidas.

Grave fue en la ciudad eterna exhibir a la chusma el cielo raso de la sala de baño del cardenal Califano, pintarrajeado con delfines y náyades absurdas, y esas llaves de oro — no las de San Pedro — de los vanitorios repletos de sangre.

Alguna vez estuve tentado de retroceder hasta Cartagena, tomar un colectivo y aproximarme de noche al cementerio que queda en el fondo de una quebrada: unos muros pobres sobrepasados por hileras escuálidas de álamos.

Saltar la verja y forzar la puerta del único mausoleo importante de ese camposanto rural, donde la familia Ormeño accedió a cederle a Marieta un lugar en la bóveda húmeda.

Con una palanca he pretendido tantas veces levantar la losa y dejarme caer en ese recinto de sombras, patear ataúdes y reducciones, hasta dar con el féretro de mi modelo. Quitarla de ahí y estrecharla contra mi pecho. Nada hubiera sido hallarla inerte, porque yo le enseñé a lograr ese abandono. ¡Cuántas horas de peroratas para dejarla flácida, inmóvil, inexpresiva, como de seguro ahora la encontraría!

Hablarle a esa dejadez, a esa mujer dormida era mi costumbre; así tendría por un segundo la feliz ilusión de que entre nosotros no había ocurrido percance alguno, que quien me quería de veras volvía a mis brazos a compartir conmigo antiguos diálogos.

¡La echo tanto de menos! ¡Me hace tanta falta!

Pero me refreno, más vale que pose bien la muerte, que se gane la vida, que permanezca obediente a su actual dueño.

A un costado del cementerio se yergue un cerro de gastado perfil. Un surco profundo marca su falda como una herida. En esa hondonada se inmiscuye la tiniebla y de ella brota, a modo de recompensa,

una tupida verdura, inmune al parecer a los cambios a que obligan las estaciones.

Un vendedor de porotos de la calle Centenario me dio albergue en su casa.

Por ese entonces yo ya había recuperado la cabeza; dejé atrás la cera, y la sotana se volvió un mero recuerdo, una prenda olvidada en el probador de una tienda de ropa usada.

Era un verano tórrido, setecientos mil turistas colmaban las playas; en lugar de arena había cabezas, ¡tantas cabezas!

¿Dónde había Marieta dejado la mía de cera? ¿En algún museo o bajo tierra?

¿Han visto mi cabeza?, me daban ganas de gritar en el mercado, la garita de los buses, la terraza, los muelles del puerto; indagar en los prostíbulos: capaz que una cabrona vieja me tuviera en cama, el cuerpo armado con una almohada.

CONFESIÓN DEL INFIEL

Sentí pavor cuando Cecilia, la garzona del Lucerna, me saludó con un mohín como a un desconocido; entonces me asistieron horribles dudas sobre mi apariencia; no vaya a ser cosa, me dije, que el cielo y el Olimpo trabados en quién sabe qué litigio eterno me hayan enviado por apuro de vuelta en un envoltorio cualquiera —el mío traspapelado— y yo me esté paseando muy orondo por Centenario sin advertir el equívoco y nada menos que en el cuerpo de otro; me aterró de sólo imaginar que de un automóvil aún en marcha descendiera una mujer ya de sus años como loca y a gritos me llamara por otro nombre, me besara con fruición, me dijera monito, perrito, dónde estabas, me llevara a una casa desconocida con familia y parentela completa; aunque se tratara de un palacio, la sola idea de pernoctar con una señora que aseguraba ser mi esposa me hizo correr hasta la vidriera de la esquina y plantarme ante el espejo que allí tienen empotrado en el escaparate; cerré los ojos, no me atrevía a abrirlos por temor a enfrentar a un atlético varón o un burgués adinerado con camiseta que, presa de una pro-

funda depresión, se hubiese lanzado de bruces a un despeñadero; los abrí, felizmente ahí estaba el Camondo de siempre, ¡tanto que había difamado mi físico y sin embargo al reconocerlo me dio una inmensa alegría, hasta me encontré apuesto, era el mismo, no me habían devuelto en otro! Mi primera reaparición en público, mi estreno en sociedad, fue en la fiesta de disfraces de la calle Pedro Montt. Todos los años las Madres del Amor Misericordioso efectúan allí una kermesse a beneficio de los niños huérfanos; era tradicional que este evento fuese con disfraces, actualmente sólo se acostumbra a llevar máscaras, en el bazar adquirí una, me llamó la atención que entre tantas caras de cartón-piedra, animales, personajes célebres y de ficción hubiera uno o dos que representaban a un señor y a una señora cualquiera; me divertí sobremanera cambiar mi rostro por otro similar y así, con mi sombrero sobre estas facciones corrientes, me fui a la kermesse de la monjas; en la micro la gente me miraba, era impresionante al parecer ver a un señor de rasgos un tanto exagerados pero con expresión normal: cejas pobladas, ojos redondos, nariz prominente, labios sensuales y mentón firme; iba pensando en esos faraones que ante la avidez y las expectativas del arqueólogo o del intruso nos reciben recubiertos de oro, sonrientes, magníficos, ocultando la realidad de sus despojos. Esa kermesse de los huérfanos fue el último intento que hice en el litoral por reinsertarme entre los demás; fui tal vez un tanto ingenuo al creer que de vuelta del castigo y ya en mi consistencia normal, podía rehacer mi vida. Regresé a la Playa Chica, escenario de tantas historias, como quien tiene cita con un amigo; el peñón de la caleta se recortaba plano, nítido, a medida que la tarde lo envolvía, y pensé en el perfil de los barcos; abajo, en la minúscula rada, la sonajera de piedras que el mar intentaba remolcar hasta la orilla se hacía más patente; la marea alta sumergió al malecón desdibujando ese terraplén de cemento; al observar aquellas transparencias, éstas fueron esbozando retazos del inicio de mi historia, como si en una larga noche de San Juan, con velas vueltas y ante un lavatorio con agua, alguien indagara su remoto pasado: linda tu mamá, ¿no es cierto?; el espejo del ropero de tres cuerpos, la cama normanda, la Virgen de la Silla, la fotografía de la reina de la primavera, las damas de honor y a ambos costados dos pajes afeminados con esclavina y medias de seda, la cartera, el costurero, las escobillas inglesas, la ventana recogiendo a duras penas la luz gélida que antes invadía malamente el patio trasero; linda tu mamá, ¿no es cierto?; enfundada en un traje sastre, negro el corbatín de la blusa, unas

iniciales de fantasía que ella había encontrado en la calle. Aparté la vista de esas aguas, espejo revelador del recuerdo, no podía soportar aquella nitidez, de vuelta de la muerte, el presente me insinuaba una existencia solapada, ya no entraría en historias; todo indicaba que debía ocultarme, abordar el silencio y el olvido.

¿Quién se acuerda del tiento, la sanguina, la grisalla, la cotona, el atril portátil, la sombrilla, el piso plegable?, nadie, nadie, sino mi corazón. Cuando niño no tuve juguetes, sólo libros con estampas para mayores; a veces mis ansias de viajar e introducirme en esos remotos parajes me hacía tijeretear a escondidas las láminas, dejando entre las letras y los párrafos ventanucos vacíos, un verdadero desafío para esas deficientes descripciones: ¡vámonos, Camondo, acá ya no nos quieren, acá todo está terminado! ¿Qué será de ti a la hora de mi muerte? Una sombra, un deleite de la envidia, un montón de ruina, como esos pájaros cautivos que de pronto se escapan y, aterrados, solos, hambrientos, las plumas vueltas, llaman a gritos desde la copa de los árboles, para que sus amos los encuentren, y sometan otra vez al cariño de sus jaulas; te llevaste, Camondo, lo mejor del desfile, no hubo clavel que no rebotara en tu pecho, tu pecho hueco, peto de mala resonancia, latón de fantasía festoneado con ese par de leones rampantes baratos hechos en molde; Camondo al proscenio, yo al último rincón del paraíso; ese teatracho destartado del Colón de San Pablo con Matucana, donde obtuviste la mención honrosa en el concurso de pintura al aire libre; habían alzado la mortaja del telón... la fachada ploma de ese coliseo de barrio, la marquesina sin cristales y dos hornacinas vacías a los costados, donde los padres sentaban a sus hijos y les abrochaban los zapatos; en un sitio eriazo en el que venden materiales de demolición he visto las butacas de ese cine, en rumas como pirámides, las baldosas del foyer, que Berríos bruñía con esmero, amontonadas por docenas y a precios irrisorios, y así, los urinarios, los tramos de la escala, que adosada al muro llevaba de la platea al paraíso, sus peldaños, la baranda, los descansos, que bien recuerdan los condenados que la subían.

II. CUARTETO MENOR

CABEZA MALA

Cuando Marieta la modelo perdió a Camondo, un año antes de su muerte, ya no estaba en su sano juicio. Quizás por soledad o simplemente por pena, se trastornó, volvióse irreverente, impúdica, ella que siempre había demostrado un carácter dulce, una personalidad abnegada y cautelosa, le dio por hacer morisquetas, sacar la lengua, arrastrar el quitasol por la terraza, decir palabrotas, improperios que durante toda su vida sólo escuchó de otros, pero que almacenados uno a uno en su conciencia, una vez perdido el control, dejó afluir sin orden ni freno.

Las enfermeras que la asistían renunciaron a ello a causa de sus empujones; la acusaron de brusca, áspera, pesada de mano, violenta, amén de otros detalles con la cantora, una lapicera de palo que le clavó a la Sonia como dardo en el brazo y ese afán de desnudarse donde le daba la gana.

Desahuciada y en cueros, quedó al cuidado de Juanito, un antiguo repartidor de gas a quien le decían el Mote; pacientemente, éste la llevaba en micro a las transfusiones de sangre en San Antonio.

Sola, en el segundo piso, inventó maldades. El hombre se desempeñaba abajo, el teléfono lo tenía en el jardín o en el repostero con un alargador interminable, porque Marieta cuando lo respondía, siempre decía lo mismo: soy pacalito o mete bien el dedo, o métetelo mejor, o ¿no han visto la película del hombre que se mordió la espalda?, o ¿churris bundis ónde está ocho polito de papá? Ideó dejar cosas en la calle frente a la casa y observar oculta, tras la ventana de su cuarto, la reacción de los transeúntes.

Primero fue su costurero, bajó, lo colocó en la vereda y se escondió, le apasionaba mirar a la gente detenerse, dudar, otear circunspectos en todas direcciones, continuar viaje, algunos más resueltos, regresar, coger el objeto y emplumárselas.

Luego del costurero vino la plancha —Juanito ignoraba el juego—, después una muñeca negra, un vestido que lo presentó estirado, un abrigo a cuadros, la cartera, un espejo. Pero su entusiasmo llegó a mayores cuando abandonó allí una silla. En esa ocasión, el desconcierto callejero adquirió relevancia, más de un peatón estuvo tentado de tocar el timbre y denunciar el hecho, la mayoría pasó de largo; sin embargo, no faltó el avezado que primero la cambió de sitio, la probó y echándosela al hombro, se le hicieron pocas las piernas.

Marieta actuó entonces con el velador de su pieza, aprovechó que Juanito estaba de compras y acarreó como pudo el mueble escaleras abajo, lo ubicó en medio de la calle, incluso le colocó encima la lámpara de noche. La reacción fue similar a la de la silla, en la lámpara no estuvo el problema, fue en el velador que demoró un tanto, pero igual se lo llevaron entre dos.

Cuando Juanito regresó con la bolsa del pan, la vereda se encontraba limpia, sin nada.

Al día siguiente, Marieta sí que la hizo en grande, desnuda como Dios la enviara al mundo, se colocó ella misma, un montoncito de carne acurrucado. La rodearon los mirones —uno de ellos era el que se había birlado el espejo—, discutieron si llamar a la Asistencia Pública o a la Policía, optaron por esta última.

Interrogada en la Prefectura, mientras Juanito la cubría, no le sacaron palabra.

En el parte oficial se dejó constancia de lo que aseveró el jardinero: que estaba enferma, que había quedado sola, que su profesión consistía en trabajar sin ropas, que al parecer, al abandonarse de ese modo en la vía pública, abrigaba la secreta esperanza de que así como se habían llevado sus cosas, alguien se la llevara a ella.

PERDER LA CABEZA

La mujer del tony Bombillín se cargó de niños. Vivía la familia al cuidado de una casa veraniega; esta vivienda permanecía cerrada y los Bombillín amontonados en el sótano, el cielo raso encima, la cocina en el patio, el baño también fuera.

La mujer lavaba en una máquina sonora que brincaba a la sombra de un emparrado.

En invierno se colocaba las medias que su esposo lucía en la pisa, gruesas, de color zapallo, con pelos grandes de goma, y cuando se inundaba el patio y el viento echaba por tierra los cordeles, se metía en los zapatos descomunales de circo y recogía la ropa.

Bombillín armó casa en otro lado.

Lo sorprendieron comprando un terno fino donde Javier; lo mantenía una mujer rica, entrada en años, quien le prometió un camión si se portaba bien. Se decía poetisa; escribiría en su diario íntimo:

¿Quién, quién me pregunto es esa sombra que por las noches estaciona un camión en la esquina y desconoce mi nombre?

El par de mujeres se enfrentó en una ocasión en que las micros en que iban, una hacia Cartagena y la otra rumbo a Llo-Lleo, a causa de un taco, quedaron ventanilla con ventanilla.

Se conocían de vista.

En el diario, unos versos de la solterona sintetizaron la escena:

*Fuimos dos peces espada
dos peces perro
acuario contra acuario
redoma contra redoma.*

La mujer de Bombillín tenía problemas para guardar las gallinas por las tardes, las contaba una y otra vez antes de enviarlas al travesaño, o le faltaba una o sobraban tres.

CABEZA DE NIÑA

En los años en que Sandro, el joven discípulo de Camondo, paisajaba en Playa Chica, una tarde de diciembre la ventolera le trajo hasta el caballete a una vieja intrusa, especie de espantapájaros, velamen de seda negra adherida al mástil de sus huesos. Miró el cuadro, y para sorpresa del artista, le hizo atinadas sugerencias; conocía el oficio, habló de transparencias y del uso de los empastes.

Estupefacto, observó Sandro ese rostro enjuto como un algo desinflado; los ojos turbios se sumaban al derrumbe físico del resto. Le habló ella de su padre, el célebre pintor Moya, luego se refirió al cono-

cido retrato de niña que éste le hiciera y que hoy cuelga en el Museo de Bellas Artes; una cabeza sublime, el óvalo enmarcado por graciosos rizos castaños, las mejillas pletóricas de tonos cálidos como los labios, encajada toda esa lozanía en un cuello de Flandes, bordado a pinceladas diestras y sabios efectos, el traje de terciopelo tan bien solucionado que se siente la consistencia del paño.

Una infancia rescatada a tiempo.

Volvió la vieja a insistir sobre su cabeza de niña realizada por su padre. Aunque Sandro la conocía de sobra, negó su existencia, incluso fingió ignorar a su autor. Increpó ella con odio y se alejó arrastrada por el viento.

Un esperpento a la deriva en la soledad de la playa.

ROMPERSE LA CABEZA

A la Jovita, la mujer de don Lucho que trabajaba en la cocina del liceo, en cierta ocasión se le cayó, dentro de la noria, un chancho chico que merodeaba por la orilla. La Jovita daba gritos, no tenía fuerzas para alzar la soga y retirar el balde desde esas profundidades y con el animal muerto encima.

Gastón Aosta, el fotógrafo playero, que pasaba por esos andurriales, escuchó a la cocinera.

El liceo queda justo en el vértice de una costra abrupta de tierra.

Aosta accedió a asistirle. Era un día tórrido de verano, el sol en su apogeo no les otorgaba ni un centímetro de sombra.

Gastón se aferró a la barandilla y descendió por ese cilindro negro y húmedo hasta dar con el animal y el cubo. Al levantar la cabeza y mirar hacia arriba, se encontró con un cielo completamente estrellado, miríadas de astros, una noche espléndida en pleno día.

¡Qué se iba a imaginar Aosta que el rescate de un cerdo le enseñaría las estrellas fuera de la noche, lejos de su cielo! ¡Un negativo a gran escala!

Jamás antes, ni en sus mejores momentos de fotógrafo, su cámara oscura lo recompensó de esa manera.

PERDER LA CABEZA

Ese día jueves, la Negra contaba las horas para dejar su casa y emprender un largo y reparador viaje que bien se merecía.

Las maletas abiertas sobre la cama mostraban su anhelo. Habían sido innumerables años de cautiverio al cuidado de una madre que en un comienzo fue dominante y luego lo siguió siendo cuando cayó en cama enferma, inválida; cuya sola movilidad consistió en agitar la campanilla del velador para pedir socorro por un sinfín de nimiedades.

Ese badajo estridente dejó en la soltería a su única hija, y en la histeria a la Rosita, la sirvienta de toda la vida.

En la calle Centenario de San Antonio, cerca del puerto, se veía durante buena parte de la noche una ventana encendida: el cuarto de misiá Mercedes, insomne, moviendo sin cesar los labios, orando, maldiciendo, el velador repleto de libros y recordatorios píos, y remedando su corazón gastado un reloj sonoro de grandes números romanos, que debió estar en la cocina, además de esa campanilla, negra, de mango suavizado como el cuesco de una lúcuma.

La Negra ya tenía sus años, la Rosita otros tantos, las tres mujeres no conocían otra cosa que la rutina hogareña, un triángulo exento de hombres, con excepción del abogado, el señor cura, el cobrador de la luz, el repartidor de gas, el doctor Benítez, varones que entraban allí tal como salían, con la mente puesta a lo que iban, saltándose a esas hembras pasadas en limpio.

La madre poseía sus ahorros, había sido la mujer de un intendente en los años de los gobiernos radicales, pero, austera hasta la avaricia, obligó a su hija Marta a ganarse la vida y solventar sus gastos personales, lo que hizo que ésta ocupara su tiempo en hacer copias a máquina, trabajo duro por el que pagaban incluso menos que por tejer chalecos de lana, otro oficio con que matizaba el primero. Encaneció temprano, no salió de un traje de sastre abotonado con rigor sobre una blusa discreta, las medias pasaron de la transparencia a la opacidad color carne muy característica de la soltería, y los zapatos recios, de tacón firme, confirmaron que no conocía varón.

Era la Negra una mujer abnegada no sólo ante las mañas de la anciana, sino en la parroquia, donde asistía a un grupo de feligreses pobres. Con el pretexto de recibir clases de catecismo, éstos exteriorizaban sus falencias y problemas, para los que la Negra tenía siempre un consejo juicioso, un discurso apropiado a los asuntos de embria-

guez, alcoba y dramas pasionales por los que ella jamás había transido.

La madre murió sin que la hija ni la sirvienta se lo esperaran. Esta última, con la bandeja del desayuno, al aproximarse a descorder la cortina de la ventana, se encontró la campanilla en el suelo y a la inválida fría, tiësa, y en una actitud indescriptible.

Las exequias se realizaron a pie, el puerto entero de San Antonio acompañó a la veterana. Pasados unos días, cuando las visitas de pésame menguaron, la Negra sacó sus cuentas, visitó al contador, al abogado y dispuso que, a los cincuenta años, bien se merecía un viaje a Europa; ella, una persona culta, que no sólo conocía a Rodin y Miguel Ángel por reproducciones, sino también, la desnudez de los hombres de carne y hueso de esa misma manera. Así es que ese día daba instrucciones a la Rosita respecto del cuidado y mantención de la casa, mientras echaba dentro de un par de maletas ropa de más, prendas pesadas, calculando que en el hemisferio norte estaban en invierno. Tenía un concepto añejo del Viejo Mundo, ignoraba que nadie acarrea dos abrigos, dos paraguas, tres pares de botas de goma y una bolsa de agua caliente.

El taxi que la llevaría al aeropuerto vendría recién a las ocho de la noche, porque el avión zarpaba al día siguiente, y la Negra dedujo que convenía pernoctar en Santiago en un hotel decente, para que las cosas se hicieran en forma más relajada.

Para una poetisa, porque ése era su verdadero oficio, un viaje significaba una fiesta, sobre todo para su diario íntimo, cuaderno secreto que cada día colmaba de rimas, aforismos, pensamientos, prosa llena de semblanzas y dobles lecturas.

Había sido esta práctica su gran consuelo, adoraba a la Mistral, Neruda en su primera época, Rubén Darío, Gaspar Núñez de Arce, en fin, se nutría de un parnaso de lo más variado.

Pensaba visitar en Italia la casa de Keats y Leopardi — aunque nunca los había leído — y dejarse llevar en el Père Lachaise cual una viuda inconsolable, una musa sola, de tumba en tumba, descubriendo sin guía, al azar, el lugar donde yacía Wilde, la verdadera Dama de las Camelias, Musset, Chopin, Berlioz, Proust, esos seres sobre cuyo reposo inmortal iría esparciendo flores, para luego, en la intimidad del hotel, al referirse a cada uno en particular, estampar juicios, experiencias,

sensaciones, que quedarían como testimonio singular en los renglones de su diario.

Ése era su proyecto.

Su nerviosismo no le daba tregua, a cada instante miraba el reloj y se iba a la ventana, faltaba buena parte del día para que Daniel, el chofer que había contratado, se estacionara frente a su puerta.

En una de esas veces, medio cuerpo fuera, en que se asomó a la calle, advirtió que a una cuadra el circo Andes contrastaba su carpa, banderola y pancartas contra el mástil y las torres de los barcos.

No lo pensó dos veces, notificó a la galopina que mataría la jornada de cualquier modo y, sin más explicación, cogió su cartera, embadurnó sus mejillas e hizo pacientemente la cola frente a la boletería del circo.

Dentro, la lona tamizaba diferente la luz de esa tarde de enero, confiriéndole al espacio un recogimiento, una expectativa muy mágica.

La boca de ingreso a la pista estaba hecha de una cortina de tocuyo dividida en dos, en la que habían pintado el rostro gigante de un clown.

El viento y los que la transitaban partían medio a medio esa cara imponente.

La Negra se sentó en preferencia, encima del ruedo.

Los tonys, para distraer al público de la tediosa espera, se dedicaban a vender golosinas, provistos de unas grandes bandejas colgadas a unas gruesas correas.

Bombillín, el tony que capitaneaba al resto, se acercó a la solterona y le ofreció un cartucho de cabritas. Fue cosa instantánea; la poetisa, sin mayor experiencia en el asunto, intuyó reciedumbre, complexión atlética, musculatura tras ese traje holgado de hombreras desproporcionadas y parches por todos lados.

El pantalón enorme, suspendido bien abajo de la cintura por unos tirantes floreados, no fue impedimento para que a la solterona le funcionara la libido. Lo miró a los ojos, tomó el cartucho. Jamás comía maíz inflado. Canceló con un billete grande, y al momento de recibir el vuelto, sin saber la razón, lo rechazó, haciéndole ver al payaso que se lo guardara.

Bombillín, esa máscara de colores estridentes, la miró serio, como si Raúl Ramírez se asomara tras el hombre de fantasía.

Entonces acercándose al oído de la Negra, le dijo una frase que no sólo la desarmó, sino que la dejó clavada en la silla durante las tres funciones sucesivas que consignaba el programa:

—Quiero estar a solas contigo.

Durante todas las funciones, Bombillín realizó la rutina de la abeja lejos de la solterona, favoreciendo al sector opuesto del ruedo. Lo hizo por cuidar las apariencias. Temía la indiscreción de sus colegas: al tony Zanahoria, pero por sobre todo a Carterita, quien era conocido de su esposa y tenía una lengua afilada.

La solterona, en su mente, que todo lo reducía a metáforas y paradojas, vio en el aro en llamas que atravesaba la leona su propio riesgo, identificó las proezas del trapecio y de la cuerda floja que el destino le tendía. Cuando salió de la carpa, intuyó que Bombillín se haría presente.

En el paradero de micros lo encontró, irreconocible, de terno y corbata normal.

En tanto, el chofer y la Rosita indagaban en los hospitales, los carabineros, el paradero de una mujer que se caracterizaba por lo responsable y por prevenir y controlar hasta el más mínimo detalle.

Así se lo hacían saber al jefe de guardia de la comisaría. A esa misma hora, en una de las cabinas que circundaban la carpa, frente a una mesa de luces, con pomos y frascos de colorete, narices de goma y pelucas, junto a un camastro maloliente, la solterona se paseaba en paños menores, dispuesta a entregarse en brazos de un hombre que ante la situación se llenaba de expectativas.

—Tengo tan feo cuerpo —dijo ella, animándose a esa confesión sincera y descarnada.

—Para eso me tiene a mí —respondió el hombre, convencido de que la carne se paga, y que si todo iba bien, lograría cambiar su destino.

Le habló de deudas, de su anhelo de adquirir un camión para fletes y así combinar la pista de serrín con otra actividad más rentable.

Esa noche regresó la Negra transformada, unas ramas que pendían de un árbol de la acera la acariciaron al pasar, y ella sintió que por primera vez se integraba a la vida y la naturaleza.

La Rosita, en plena calle, en cuanto la vio, corrió a socorrerla, pero se encontró con una patrona diferente, relajada, que subió lentamente hasta su dormitorio, y cerrando la tapa de las valijas, le dijo:

—Rosita, desocúpalas, no voy a ninguna parte, se acabó el viaje, dile a Daniel que me disculpe, que igual le cancelaré la carrera.

Esa noche escribiría en su diario:

*Virgen era, tiene amado
olvidando su pasado
un día se descuidó
vino Cupido aplicado
en la contienda ganó*

En los meses siguientes, un camión sigiloso, que sobre el techo de la cabina ostentaba un letrero azul, enclenque, y que rezaba *fletes*, detenía su motor a un costado de la casa de la solterona.

No sólo la pareja se encerraba bajo llave, las ropas de ambos revueltas, hechas un bollo al pie de la cama, sino que Rosita, amurrada, se negaba, luego de que Bombillín se iba, a servir la comida.

Si supiera, decía la Negra, que además de gigoló, es tony, que a escasas cuadras de aquí se coloca dos ridículas alas de lana a la espalda y efectúa la rutina más trillada del repertorio circense, la de la abeja: «dáme la miel, dámela toda».

*¿Quién, quién me pregunto
es esa sombra que por las noches
estaciona un camión en la esquina
y desconoce mi nombre?*

¡Qué manera la mía de perder la cabeza!

CABEZA MALA

El espejo que birlara el transeúnte frente a la casa de Marieta era de porte mediano, ovalado, con un marco sencillo, sin grandes adornos.

Había estado siempre en su dormitorio; tantos años frente a la cama, que la modelo, al quitarlo de su sitio, vio que las flores del empapelado habían conservado su color original y no sólo parecían diferentes del resto de los ramos roídos por la luz, sino que simulaban una ventana.

El hombre que lo tomó fue el mismo que un mes después sugirió, al rueda de curiosos que se preguntaba qué hacer con la modelo, desnuda, hecha un ovillo, allí en la vereda, que lo más apropiado era llamar a la policía. Fueron los demás quienes sugirieron la Asistencia Pública.

Luego que los carabineros se la llevaron a la Prefectura, se disolvió el círculo de mirones.

Enrique — así se llamaba el personaje de quien nos ocupamos — regresó a su casa muy preocupado de darse una ducha y cambiarse de ropa para asistir a una reunión social, un aniversario de algo intrascendente.

Dejó la bicicleta, en la que ese día se movilizaba, junto a su puerta; ingresó a la vivienda, encendió el cálifont y se dio un baño prolongado; luego se embadurnó el rostro con jabón y se dispuso a rasurar sus mejillas.

Había colocado el espejo de Marieta sobre el lavatorio, así es que debió quitarle el vaho con que el agua caliente lo empañara, restregándolo con una toalla.

Entonces creyó morir: la luna biselada mostraba el dormitorio de su antigua dueña, el lecho en desorden, sus cortinajes, la ventana que daba al jardín.

Al fondo, sobre una consola, un casco de diosa reluciente; los ojettillos de la visera, muy expresivos, miraban de frente con una intensidad inusual.

Volvió el hombre a restregarlo con el paño una y otra vez como queriendo borrar ese reflejo porfiado, equivocado de lugar, pero fue inútil. Su rostro no se reproducía, así es que con la barba de jabón intacta, descolgó el espejo y lo cambió de sitio. Fue inútil. Siempre el dormitorio de Marieta reaparecía.

Llamó a su mujer, quien, al verlo desnudo y con la cara cubierta de espuma, dio un grito, se alarmó y buscó algo con qué cubrirlo. El hombre hizo un cúmulo de musarañas, e importándole un bledo hallarse en esas condiciones, salió a la calle, cruzó la calzada y tocó el timbre de la casa de enfrente. Se sumaron los curiosos, que lo rodearon. Entonces, alguien sugirió llamar a la policía, aunque no faltó quien pensó en la Asistencia Pública. No llegaron a tanto y, apaciguados los ánimos, resolvieron ponerlo en manos de su esposa, quien logró llevárselo consigo.

Una vez más tranquilo, el hombre le narró los hechos. Ella, luego de escucharlo, acudió a la sala de baño a comprobar tan insólita historia.

Encontró la ducha corriendo, la navaja de afeitar hundida y el hisopo flotando en el lavatorio, que sonoro cual una fuente se derramaba.

El espejo reprodujo el rostro consternado de una mujer que por

primera vez tuvo noción de lo frágil que resultaba ser el jefe del hogar, su sostén, el *pater familias*, el guía de sus hijos, ese empleado de hoja de servicio impecable, juicioso, que para todo tenía una respuesta acertada. Costó trabajo conducirlo nuevamente a su lugar, lo llevaron entre varios. Una vez dentro, ella quiso que le repitiera con lujo de detalles el motivo de tanto escándalo. Entonces el hombre, al comprobar que el espejo había vuelto a la normalidad, tergiversó los hechos, inventando una excusa trivial que dejó a todos contentos.

Quebrar un espejo trae mala suerte. Prefirió Enrique correr ese riesgo a encontrarse otra vez a solas con lo mismo.

Esa noche lo destruyó a pedradas, lanzando los trozos en medio de la calle.

Nunca supo, mientras intentaba el sueño, que la luna que recorría lenta el cielo, vanidosa como nadie, se sorprendió de no reconocerse duplicada varias veces.

CABEZA DE NIÑA

La hija anciana del célebre pintor Moya, que como una sombra llevada por el viento había dado sabios consejos a Sandro, vivía en Santiago, en el barrio Bellavista, rodeada de un cenáculo de admiradores de su padre, jóvenes y no tanto. En un ambiente bohemio, se sometían a que esta mujer les tirara las cartas, les leyera e interpretara lo que el tarot indicaba como suerte y destino. En esa casa, que se había quedado alhajada en los años sesenta, amor libre, la rebelión de las flores, las cabelleras largas, la pata de elefante, las corbatas de payaso, ella, ante una chimenea que no podía encender por culpa de la contaminación, y sobre cojines encima de alfombras de estera, servía un vino caliente famoso al que en las noches de vigilia le prendía fuego como se estilaba antiguamente para destacar el espíritu del alcohol.

Uno de los asiduos, un tal Claudio, que le seguía el amén, se había convertido en su paje incondicional.

Mozalbete mucho menor, que acompañaba a esta hija de artista —conocedora por lo tanto, de todos los avatares de ese «calvario de lo bello», como decía, sin asumirlo en carne propia— al mercado, al cine, donde ella dispusiera pasar el día y tener la oportunidad de opinar de todo y exponer sus teorías, adoraciones y rechazos. Así llegó la pareja en una ocasión al Museo de Bellas Artes, templo y preferencia de la

vieja hija de Moya. Como era su costumbre, se iba directamente a recorrer la colección de maestros nacionales, y ante cada cuadro, repetía como loro lo escuchado a su padre, o cuentos de su propia cosecha.

Pero cuando se detenía ante su retrato de niña, enmudecía, las lágrimas brotaban descendiendo por esas mejillas ásperas y recogidas como un papel usado.

Luego de ese minuto de silencio, de ese acto de recogimiento, siempre le decía a su acompañante:

— Claudio, si alguna vez quieres hacerme feliz, regálame este retrato.

Desde luego, esta frase era sólo un piropo al cuello de Flandes, al terciopelo azul, sus bucles de oro, los ojos vivaces, el fondo sublime.

El mozalbete, para congraciarse con esta mujer que admiraba sin límites, ignorando que ese decir sólo significaba un halago hacia la obra paterna, ingresó al museo un día cualquiera de invierno, cuando esas salas no están en el pensamiento de nadie, ni siquiera de los guardias, que prefieren dormitar en los sillones de felpa gastada; incluso las telas se ensombrecen y pierden fuerza.

Claudio entró a la sala de pintores nacionales. En sus oídos, como una melodía pegajosa, llevaba la frase de su amiga. Miró en todas direcciones y como no había nadie, tomó el retrato, y lo arrancó violentamente del marco, haciendo saltar los escasos clavos que lo sostenían.

Una vez con la tela bajo el abrigo, salió tranquilamente a la calle.

La mañana siguiente era sábado, día de tertulia donde Victoria Moya. Lo primero que la vieja hacía era prepararse el desayuno, y en tanto sorbía un café cargado, leer los titulares del diario.

En la portada, a todo color y con letras de molde, leyó: «Robo en el Museo de Bellas Artes», y sus ojos horrorizados vieron ahora el cuello de Flandes, el terciopelo añil y el resto no en el templo de la consagración, sino en papel de diario.

Se desmayó; sólo volvió en sí cuando Claudio, el primero en llegar ese día a sumarse a la ronda del vino caliente y las figuras del tarot, extraía de entre sus ropas la tela y se la ponía en la falda.

— ¿Te has vuelto loco?

— ¿Que no es lo que usted más quería?

El trámite de la devolución fue otra obra maestra que superó con creces al objeto en cuestión.

Se debió consultar abogados, muchos se declararon incompetentes, un juez de la Corte Suprema se tomó la cabeza a dos manos. Final-

mente se resolvió que el mismo Claudio acudiera hasta el departamento del director del museo y dejara el cuadro muy bien envuelto junto a su puerta, tocara el timbre y huyera.

Así se hizo.

Al día siguiente, la hija de Moya, que por la completa soledad en que vivía acostumbraba a cenar con el noticiero de la televisión, se atragantó con la sopa de letras cuando el locutor enfatizó:

– Como una recién nacida, envuelta en pañales, un desconocido dejó al pie de la puerta del director del Museo de Bellas Artes la obra recientemente sustraída.

Claudio pensó que, para no dañar la tela, lo mejor era arroparla entre pañales, así los trajines que debía soportar estarían resguardados por ese envoltorio muelle que la eximiría de posibles accidentes y trastornos.

ROMPERSE LA CABEZA

La Jovita sufría de asma. En cuanto Gastón Aosta le colocó el chanchito muerto al borde de la noria, sintió que le faltaba la respiración.

Encontrándose culpable, acarreo como pudo el cerdo hasta la cocina, y aprovechando que la maestra y los pinches estaban ocupados en el repostero y los comedores, faenó el animal y lo echó en un fondo de agua hirviendo.

Ignorante el personal del modo trágico como el cerdo había muerto, colaboró con la Jovita en el proceso.

Ella, para congraciarse con las autoridades, dedicó tiempo extra a decorar la cabeza, la que cocida, pero intacta, puso sobre una bandeja.

En el hocico, introdujo una zanahoria, dos rodajas de huevos duros fueron a dar a las cuencas de los ojos como monóculos, las narizotas las relleno con aceitunas, sobre la frente peinó un flequillo de perejil e hizo un turbante con cáscaras de limón; de las orejas prendió unos ajíes verdes como brincos de manola, y al cuello un collar de habas tiernas que tuvo la paciencia de enhebrar como cuentas.

Terminada esta monada, la exhibió en la vitrina del comedor de los profesores, junto a los emparedados, postres y platos del día.

La señorita Lineo, maestra de ciencias naturales y miembro de número de la Sociedad Protectora de Animales de Llo-Lleo, que por su postura ecológica se negaba a descuajeringar felinos en clases para en-

señar el pulmón, corazón y vísceras a sus alumnos, envió una protesta por escrito al director del establecimiento. La denuncia contó con la aprobación del profesor de matemáticas, quien, aunque indiferente al asunto de «el modo cruel y grotesco de ridiculizar la dignidad de un animal que se merece un debido y mínimo respeto», no escatimó la ocasión de congraciarse con su seductora colega y amiga.

Realmente la Jovita no estuvo en su mejor día.

III. POR EL CAMINO DE SANTIAGO

EL DEMONIO HILA FINO

Iba rumbo a Cuncumén.

¿A quién no se le ha presentado un compañero cuando transita un largo camino solitario? Fue mi caso. Cerca de Sepultura, en la cuesta de Los Tordos, un hombre de edad incierta, piel tostada, cabellos igualmente oscuros, barba hirsuta, apuntando en ella el destello de las primeras canas, me interceptó el paso. Vestía un terno virado, también negro, zapatos que evidentemente no andaban con su número; me habló de sus hermanos, con quienes vivía, dijo llamarse Albrecht, sólo Albrecht, evitó el nombre de pila. Un vaho a alcohol emergía de sus palabras. Como advirtiera que yo notaba ese detalle, se justificó argumentando que venía de un bautizo, que la fiesta había durado la noche entera.

Su ocupación consistía en buscar muebles antiguos en las casas de campo, los balnearios viejos, las iglesias rurales, cualquier sitio donde el tiempo se hubiese detenido. Nada inquirió sobre mi pasado, y yo, para impedirlo, indagué todo lo que se me antojó sobre su oficio. En medio de estos interrogatorios, me habló de un aparador con cubierta de mármol, una mesa frailería, la piña central, otra de correderas, los tableros adicionales, una de alas, dos sillas enjuncadas, un mueble chino, y siguió enumerando la lista completa de hallazgos que yo escuchaba con deleite, como un poema.

De pronto, luego de un velador Imperio y coronaciones, se refirió a una cabeza de cera de factura impecable, una verdadera obra de arte.

Creí desfallecer, sentí que se reducían mis piernas, que el camino se volvía pantanoso, me tomé de un brazo, me transpiraba la frente a borbotones.

— ¿Una cabeza de cera? — le dije.

—La adquirí en una botillería de Barrancas, estaba rebanada en el cuello, el pelo natural, los ojos de vidrio, más vivaces que los suyos — al mirarme presentí le turbaba el parecido, pero se sobrepuso y continuó su historia—. La envolví en unos pañales, la metí en una bolsa, me la llevé y la vendí al cura de Cuncumén, quien, al verla, la adquirió pensando que con ella podía armar un santo e introducir entre sus ropas una reliquia de tiempos inmemoriales que no había encontrado su lugar apropiado en el templo.

Reunió el cura a un grupo de mujeres, beatas todas, encargadas del altar, del cambio del agua de los floreros y el remiendo de los ornamentos sagrados; entre todos acordaron confeccionar el muñeco, un San Tarcisio, abrir un espacio bajo el altar mayor y allí reclinar tras un vidrio, en un cojín de felpa, al santo, o sea, la cabeza de cera vestida. Tuvieron problemas con las manos, pero una de las feligresas, la encargada del armonio, les sugirió enguantar unas de madera que andaban sueltas por la sacristía. Hicieron un traje de mártir romano; como la cabeza les pareció un tanto adulta, le rebajaron un poco las mejillas, dulcificaron la expresión de la boca, cubrieron las arrugas de la frente, afilaron la nariz, todas estas reducciones efectuadas con sumo tino. De ello se encargó el sacristán, viejo amigo mío, que fabrica las velas sumergiendo cordeles en cera hirviendo. Una vez que estuvo con su traje rojo, toga viril de mangas acuchilladas, la cota de malla y las sandalias, le abrieron el costado y allí dentro cosieron la astilla del fémur, traída directamente desde Roma en tiempos de Benedicto XV. Ciñeron sobre la frente una corona de laurel, también de cera, tan perfecta la imitación de las hojas, tan igual el color, que parecía real.

El mantel del altar, que antes llegaba hasta las mismas gradas, lo acortaron para dejar a la vista el santo tras la vitrina, y como la misa ahora no se oficia como antes, nada perturba su exhibición; además, dentro de ese nicho han conectado una ampolleta eléctrica para realzar sobremanera el efecto del cuadro plástico.

¡Mi cabeza, mi cabeza!

Me cubrí los ojos, no quería oír más sobre el asunto, pensé suspender el viaje, ¿quién lo diría? Vendida, transportada, como la de Holofernes, la del Bautista, la de Medusa, la de Dioniso, Sorel, Dantón, Capeto y tantas otras; al abrirlos, mi sorpresa fue todavía mayor, el comerciante en objetos antiguos no estaba en ninguna parte, se había hecho humo, me pareció increíble. Acudí a un bosquecillo que corre paralelo al camino, nada: el hombre había desaparecido. No soplabá

una brisa y, sin embargo, un arbusto comenzó a agitarse como si lo remecieran. Temblé, paralogizado, lívido, vi de pronto una rama que colgaba sobre el sendero, incendiarse sola, una llamarada que hizo crepitar las hojas y el gancho, como si un rayo le hubiese caído encima.

Sobreponiéndome, eché a correr, sin mirar atrás, jadeante, llegué hasta donde el camino se bifurca, lugar desde el que se percibe el valle.

Un toro negro, salido de no sé qué escondrijo, me cerró el paso. Me santigué, el animal se desinfló cual si se tratara de un globo, cogí un par de ramas, las até en forma de cruz y, con ella en alto, continué el viaje.

A mis espaldas sentía la voz del comerciante que no cesaba de susurrarme incoherencias, suciedades, sandeces, la lengua tan revuelta que expulsaba todos esos horrores a medidas. No me atrevía a volverme, sólo pensaba en llegar al bajo. Cuando divisé las primeras casas de Cuncumén, se me puso por delante, las cuencas vacías, la boca verde, pútrida, las manos al revés y feas, le acerqué la cruz, arriscó los labios en un gesto de repulsión indescriptible, se volvió una rata grande y sarnosa. Me estiró un boleto, como no lo cogiera, lo dejó caer al suelo. De nuevo se esfumó, mi intención fue pasar de largo sin mirar ese papel que me atraía como una proposición deshonestas; al fijar los ojos en él, mi mano soltó el crucifijo y en su reemplazo tuve esa entrada. No supe más, perdí el conocimiento, el control, una fuerza violenta me llevó con una velocidad inaudita hasta depositarme bajo la marquesina de nuestro primer coliseo.

El gentío me empujó, me vi vestido como jamás en mi vida, hasta descubrí en mi diestra unos anteojos recubiertos de concheperla. El acomodador me abrió un palco de cueva.

Dentro, ese espacio bullicioso y perfumado me tranquilizó; las luces a medio encender mostraban difusos los bandejones repletos de público que cargaba una docena de ángeles dorados sobre el doblez de sus alas.

Todo fue muy repentino, tras el último timbre se oscureció esa inmensa herradura. Sólo permanecieron encendidos los ventanucos de los palcos como una fila de Polifemos atentos. El interés se centró en la obertura. La reconocí de inmediato, me era familiar, tanto, que alcé la voz para repetir, intentando dejar el lugar: ¡el *Fausto*, de Gounod! Pero me rendí; junto a mí se sentó el amigo Albrecht, afeitado, de etiqueta. Vengo de bacán, me dijo. Anclándome al apoyar su mano como una plancha sobre mi muñeca, me quemó. La representación ni siquiera era con los cantantes traídos desde fuera, se trataba de la versión local,

criolla, así es que los trajes usados por el tenor, la soprano y el barítono se veían adaptados a la ligera en sastrería, brujones, pliegues, alforzas, recogidos, respuntes, bastas, pinzas, ruedos de más, un par de zapatos de tacón rojo, que Mefistófeles usaba con dificultad y que torcía al dar el tranco, las puntas rellenas con papel de diario. Durante el entreacto, al intentar dejar el palco por segunda vez, la mano hirviendo me sujetó. Entonces me topé con un rostro congestionado por las lágrimas, llanto copioso que se evaporaba al correr por sus mejillas.

La escena del jardín. El público no advirtió que Albrecht cantó espléndidamente todo el segundo acto, tan notorio el cambio, que el paraíso alborotado interrumpía a cada instante con vítores y aplausos (el barítono legítimo amordazado en el camarín). Aproveché que el diablo estaba en escena, con Fausto y Margarita, y salí al pasillo, pero al llegar a la puerta rotatoria de cristales, ésta se transformó. Los grandes espejos del foyer no reflejaron mi persona; las estatuas y alegorías de mármol movían los labios. Perdí nuevamente el sentido y al despertar me encontré en medio de la plaza de Cuncumén. No tuve el valor de ingresar al templo y comprobar si realmente me encontraba de espaldas bajo el altar mayor.

Agotado de tanto ajeteo, me recosté en un escaño y me dormí. Al despertar, la tarde había avanzado, las puertas del templo aparecían abiertas, tuve temor de entrar y ver el San Tarcisio; desde mi lugar escuchaba el cántico ingenuo de los feligreses de un pueblo aún colonial, perdido entre cerros solos. Mientras me aproximaba, el sendero se iba volviendo polvo y viento entrelazado encima de ese terraplén pobre.

Entré, todo era penumbra, pátina en los muros, plintos de terciado, figuras de yeso, flores de papel; al fondo el altar sobre escalones y desniveles de madera.

Efectivamente, tras un vidrio, mi cabeza rejuvenecida reposaba, vestida de mártir sobre un cojín carmesí, las manos enguantadas junto al pecho. Entonces me volví y enfrenté a los fieles que, recogidos muchos de ellos, creían aquello un cadáver incorrupto, un milagro.

— ¡Ése soy yo, soy yo! — grité a voz en cuello.

El sacristán acudió en busca del párroco, un hombrecillo menudo, comedido, que se restregaba las manos; se acercó y me condujo mansamente hasta la puerta.

— Ésa es mi cabeza — le dije —, ése soy yo — el cura asintiendo pensó que al llevarme el amén, el escándalo no pasaría a mayores. Me despidió frente a la plaza.

—Ése soy yo, es mi cabeza —el párroco me observó a través de sus gafas, unos ojos inmensos, y guardó silencio. Esa noche, cuando intentaba dormirse, rememoró el incidente. Intrigado cogió una linterna, fue hasta el templo y enfocó al mártir. Presa de un susto de proporciones, dio un grito y no se azotó contra las baldosas, ya que un feligrés rezagado emergió de las sombras y alcanzó a tomarlo.

Desmayado, el camión arremangado, las canillas al aire, lo arrastró hasta introducirlo en un confesionario. Una vez que lo acomodó, se hincó tras la ventanilla perforada y exclamó en medio de grandes risotadas:

—¡Me confieso, padre mío, de ser el mismo coludo, el conocido diablo, el avieso, el malo!

Si en lugar de una linterna, el párroco hubiese llevado una palmaria, de seguro que ese templo hubiese ardiendo como yesca por los cuatro costados.

Lo cierto es que desde que vi la cabeza tras el vidrio, tuve serias dudas de que fuese la mía; pero así y todo insistí en ello por el inmenso deseo que tenía de encontrarla. ¿Sugestioné al cura con mi vehemencia? ¡Y eso que la duda no era su fuerte!

—¡Me duele tanto la cabeza!

—Pónte dos rodajas de papas en las sienes y una hebra de lana alrededor de la muñeca.

SAN TARCISIO

Todo sucedió de este modo:

Yo, Marcos Crassus, que por ese entonces frisaba los catorce años, fui quien inició a Tarcisio, algo menor, en el aprendizaje del oficio de acólito. Ambos éramos hijos de familias senatoriales, así es que nuestra fe cristiana debíamos disimularla, y muchas veces, Tarcisio como yo, estuvimos obligados a arrojar bolas de incienso o reverenciar el lar de la capilla familiar.

Sin embargo, al caer la tarde, las sombras favorecían nuestra huida a los escondrijos donde bajo la tutela del sacerdote, ayudábamos en la Santa Misa a escanciar el vino y el agua en el cáliz.

De mis labios aprendió Tarcisio las respuestas al oficiante, y a alumbrar con la lámpara el recorrido de Nuestro Señor, cuando iba al corazón de los hermanos; pero sabido es que no sólo los allí presentes

tenían necesidad de la comunión, sino también los enfermos, y sobre todo los prisioneros que durante tantos meses el César encerraba en las bóvedas de la planta baja del Coliseo.

Me refiero a los tiempos en que Celadus aglutinaba gran algarabía de público en el circo.

Tarcisio era un joven de complexión algo frágil, aunque flexible, debido a su desarrollo prematuro.

A pesar de ser dos años menor, me superaba en porte. Era loco por los perros, y con habilidad prodigiosa amaestró uno que le seguía a todos lados. Llevaba sus iniciales en un collar, prolijamente cinceladas por él.

Me aventajaba en la escuela. Sus tablillas eran dignas de un maestro, sabía de números, de poesía e historia, y con paciencia infinita recuerdo que reparó el mosaico del peristilo de su casa, que se encontraba deteriorado. Representaba los trabajos de Hércules. Yo, bajo la columnata, observaba su habilidad y gusto. Como el lucernario era mezquino y la puerta de entrada estrecha, escogió colores vibrantes para que en esa penumbra resaltasen.

A veces la pileta rebalsaba y el agua se escurría, lo que aflojaba las piezas recién ajustadas del diseño, pero Tarcisio jamás demostró impaciencia; por el contrario, sonreía y otra vez armaba la escena pagana y sus figuras, que el polvo y el trajín de los suyos habían estropeado.

Sucedió, en una de esas sesiones de restauración, que me pidió conocer los Evangelios, como si ese afán, esa curiosidad fuese más fuerte que su propia voluntad de aprenderlos.

Me pareció una fe ciega, que pugnaba por volverse viva. Así es que muy luego que tomó el bautismo, hizo su primera comunión y desde ese día insistió en permanecer junto al altar y asistirlo en sus pormenores. Se ofrecía de voluntario para llevar al Santísimo donde quiera que lo requerían.

Innumerables veces los esclavos conversos de su casa mintieron cuando sus padres indagaban por su paradero. Sacrificó horas de recreación por asistir de ese modo a los ancianos y los enfermos; con qué unción lo vi ocultar entre los pliegues de la toga el pan bendito, que sabía conducir con un primor y al mismo tiempo con una diligencia y astucia que superaba a los ojos que vigilan la calle.

Atravesaba Roma de noche cuando sus padres lo creían profundamente dormido, o se capeaba la temporada de los baños, de las cacerías, del mercado o los juegos de la plaza.

Incluso muchas veces descuidó la escuela para realizar esa encomienda urgente.

Esa tarde íbamos los dos; yo atrás, Tarcisio adelante, pero a corta distancia. Nos habían encomendado llevar el Señor al circo.

Era él quien entre sus ropas lo guardaba. Todo recogimiento. Una silueta agazapada, nítido su recorte ante el encendido y deshilachado ocaso del día.

La Via Apia es dura de transitar por la irregularidad de su adoquinado. A diario dan cuenta de ello las legiones y los carromatos de provincia.

De una fiesta privada retornaban ebrios unos músicos tocando flautas de caña y trompas de bronce. Una mujer de aspecto ordinario y lenguaje soez nos interceptó el paso. Golpeaba los crótalos y bailaba al son de una flauta doble que tañía uno de ellos, que era ciego. Fue entonces que un gigantón mal vestido se plantó enfrente de Tarcisio, y provisto de unos címbalos de bronce, comenzó a amedrentarlo, ensordeciéndonos, impidiéndole continuar el camino.

Yo, debo confesarlo con vergüenza, me desligué un tanto de la situación, hice creer a esa comparsa delirante que recién me sumaba al bochorno.

Entonces la bailarina se acercó a Tarcisio y creyendo que éste escondía algo de valor entre sus ropas, ya que contra el pecho oprimía ambas manos, intentó quitárselas de allí, pero Tarcisio no cedió, intensificando la protección al Señor.

La mujer llamó al hombre de la pandereta, algo le susurró al oído, y éste le dio un empujón a mi amigo. Tarcisio vaciló entre esas peñas desiguales, pero se mantuvo en pie, las manos siempre custodiando con mayor ahínco aún lo que guardaban sus ropas. A esta agresión se sumó el de los címbalos, que parecía soldado, quien le propinó otro empujón, esta vez desmedido, que hizo caer a Tarcisio contra el adoquinado. Como lo hiciera sin abrir los brazos, se azotó la cabeza y bañado en sangre, intentó levantarse, pero los músicos lo patearon sin tregua y en pleno rostro, tan sin freno, que la mujer en un momento intentó disuadirlos, pero ellos, enceguecidos, le daban al cráneo una y otra vez con la esperanza de que Tarcisio abriera los brazos y exhibiera el botín que con exagerado celo llevaba junto al pecho.

Sólo muerto los abrió, en tanto un hilo de sangre se escurría lento por entre esos desniveles.

Los delincuentes se abalanzaron como bestias hambrientas a hur-

gar entre sus ropas, pero no hallaron nada: el Señor ya no estaba ahí, había desaparecido junto a la vida del mártir.

La comparsa se miró desconcertada y huyó, dejándome solo con el cadáver.

Consternado lo cargué, y con la ayuda de un desconocido, y sin decir nada a nadie, lo llevamos hasta el cementerio de Calixto, donde esa noche le dimos sepultura.

Desde esa fecha y sin interrupción, he visto carros detenerse ante el sitio donde cayó Tarcisio, aurigas descender y mirar fijo esas cuatro piedras, mercaderes que al amanecer transitan la Via Apia desviar las bestias al extremo opuesto, jinetes soslayar igualmente aquel tramo, carrozas, sillas, nunca pisar esas peñas, norma que muchos ignoran, pero que igual cumplen.

Esas piedras no se dejan tocar. Ni la más compacta de las legiones, o vistosa comitiva de un patricio, o el paso de los centuriones, deja de desorganizarse allí. Hasta los bueyes se desentienden de la picana, el caballo se encabrita y la mula ni siquiera con la cabeza cubierta con la capa y a tirones de la brida, adelanta el paso.

Todos hacen un rodeo, como yo, que lo realicé en el momento en que debí estar a su lado. Nada me consuela, no hay día en que no acuda hasta la Via Apia, donde los animales me señalan, con su reverencia, mi imperdonable cobardía.

Esto me narró una sombra que acongojada solía yo encontrar de rodillas ante el Tarcisio de cera.

—No sabe usted, amigo Camondo, me decía, cómo envidio el hecho de que su rostro de cera haya servido de doble a tan entrañable figura. A mí en cambio, los cielos me han asignado el Purgatorio, donde ni siquiera el dolor tiene fuerza. En mi estado neutro, sin embargo, encuentro un relativo consuelo en sentarme ante esta réplica, le hablo, me justifico, le imploro perdón, a veces pienso que girará la cabeza hacia el lugar donde me encuentro y perdonará mi traición. Pero sus facciones son tan distintas, este rostro nada se asemeja al genuino, no se ofenda usted, amigo, es que Tarcisio era tan diferente. Cómo será de grave mi culpa, que hasta esta falsificación burda hace oídos sordos, y no obstante, aquí es donde suelo permanecer la mayor parte de mi tiempo. Así es el Purgatorio, amigo Camondo, una mediocre réplica de lo auténtico.

Os dieron su nombre, os lo han prestado, como cuando el actor mejor, escéptico y vicioso, maquillado, se transforma e interpreta un papel modelo.

CUNCUMÉN

Me instalé de allegado en casa de Filomena Salas, la Chica Nana, una vieja diabética que me encontró en el mercado de Cuncumén.

Ni siquiera me dirigió la palabra, se entendía con el resto por medio de musarañas, pero muy expresivas. De ese modo me invitó a lo suyo.

Vivía a las afueras del pueblo, en unos terrenos baldíos que enfrentaban una cancha de fútbol, hundida, siempre anegada, y el cementerio. Este último, pequeño, circundado de muros bajos, que guardaban además de las tumbas, unos cipreses tristes, gachos, de luto, exentos de pájaros y viento.

La vivienda de la Filomena casi no se diferenciaba del lodazal que la sostenía, como si al barro le hubiesen añadido techo, puerta y ventanas. Se componía además de unas piezas con piso de tierra, un corredor de postes desiguales y un reducido jardín, el que por señas me indicó desmalezar y ocupar para partir la leña.

Estaba muy enferma, así es que antes de que el sol prendiera las lomas de Cuncumén, un practicante ingresaba a la pocilga, aromatizando el corredor con olor a alcohol, friccionando ese culo flácido que pinchaba fríamente.

Hablaba a solas, al parecer se dirigía a sus padres cuyos retratos oblongos pendían a la cabecera de su cama.

En uno de los cuartos había un sofá victoriano cubierto el respaldo con un mantón de Manila. Ambos detalles contrastaban con el resto del mobiliario: media docena de sillas heterogéneas — cuyos travesaños servían de sostén a las gallinas — y una mesa rústica hecha como a cortes de lezna más bien que de guadaña.

Una serpiente en un frasco, que ingería leche y otras inmundicias, era el único animal doméstico de la casa.

Tal vez el sillón y la mantilla fuesen herencia de un pasado remoto que se hacía allí presente por medio de esas embajadas.

Comía en silencio papillas insulsas, manzanas, verduras, a lo lejos un trozo de carne, evitando una serie de alimentos que le estaban vedados. Tuve que adaptarme al régimen, porque era eso con lo que llenaba los platos que disponía sin ningún orden ni primor sobre la mesa.

Cuando almorzaba dejaba la puerta de calle abierta, y en lo que exhibía el vano, un peladero de piedras y un arbusto gacho, fijaba la vista.

Un día me explicó que sólo tenía ojos para ver el pasado, y que mientras comíamos se entusiasmaba con evocar un verdadero curso de fantasmas.

Por las noches tampoco cerraba su puerta, y cuando me dirigía al dormitorio la veía siempre insomne, de espaldas, mascullando incoherencias, la mirada fija en el cielo raso de coligües.

El practicante se llamaba señor Reyes, usaba un parche en un ojo y acarreaba la jeringa en un maletín aporreado, cuyo broche sonoro me indicaba lo que estaba aconteciendo a esas nalgas escuálidas.

Mi trabajo consistía en picar leña y atar pequeños haces que iba acomodando bajo la alacena.

Además, barría el patio, podaba y en el tiempo libre, que era excesivo, me sentaba a la mesa, inmóvil, temeroso de que esa mano, de pellejo traslúcido y venas montadas sobre huesos, me mostrara la salida.

No me atrevía a echarme a dormir en el camastro. Al aproximarse la Navidad, me indicó por señas que bajáramos al pueblo. Como advirtiera que no estaba vestido en forma, sacó debajo de la cama un baúl y de éste una chaqueta de hombre, arrugada, hecha una ruina, con las solapas pasadas de moda, y me obligó a que me la pusiera.

Así lo hice, y descendimos, ella con un sombrero de pita picoteado en el ala, y yo con ese enorme vestón que me llegaba a las rodillas y me cubría las manos.

Me llevó a la iglesia, evité hablarle del San Tarcisio, lo que habían hecho con mi rostro, la historia del comerciante en muebles.

Llamó mi atención que afuera del templo, donde se inician las gradas, habían instalado un cuadro vivo del pesebre; una ramada de hojas secas de palmera, y bajo esa sombra, y sobre paja esparcida, una joven, alumna predilecta del liceo, permanecía inmóvil, un tanto gacha, las manos en actitud teatral haciendo el papel de María. A su lado, un joven con barba postiza y apoyado en un palo, también estático,

representaba a San José. El niño Dios era un delicado muñeco de loza que, según el comentario de los curiosos, pertenecía a la mujer del alcalde.

En un corralón aparte, unas cuantas ovejas pastaban impávidas. No había reyes, ni pastores.

En el momento en que la Filomena me tironeaba de una manga para regresar a casa, vimos con sorpresa a una joven hermosísima, envuelta en una túnica blanca, que portando un par de alas de cartón bajo el brazo, atravesó las varas y se integró al grupo.

San José se las colocó a la espalda de inmediato, y ella a su vez sosegó sus cabellos con un cintillo dorado en el que refulgía una estrella. Una vez completo su atuendo, se ubicó tras el niño en una actitud tan entregada que me sobrecogió.

Jamás había visto beldad semejante.

Se comentaba allí que se trataba de la hija de Pompeyo Carranza, millonario de la zona, que vivía también como nosotros un tanto a las afueras, pero en un verdadero palacete, cercado de imponentes muros, que no sólo guardaban a la vivienda, sino a un parque majestuoso, silencioso y sombrío donde convivían las más heterogéneas muestras de una naturaleza exótica.

Como la anciana advirtiera mi embelesamiento, me dejó y sin decir nada, regresó sola a su casa.

Cuando llegué, advertí que ya no era un huésped grato, la puerta de su dormitorio permanecía cerrada. A la hora de la merienda sólo desparramó pan duro en mi puesto. El señor Reyes se sumó al desprecio, la pinchó en medio de susurros que no cabía duda se referían a mi persona.

Incluso la vieja quitó del respaldo del sillón victoriano el mantón de Manila, también de los muros unos abanicos pintados, como queriendo dar a entender que me había perdido la confianza. Además, ella misma cogió el hacha y doblados en dos esos huesos, cortaron la leña.

Me impresionó la fuerza, la violencia con que efectuó la maniobra.

Al dirigirse a los retratos de la cabecera, lo hizo a voz en cuello, detalle que me obligó a enfrentarla. Entonces, sin darme una explicación satisfactoria, me dijo que necesitaba la pieza, y que allí se trasladaría una sobrina muy enferma, procedente de San Antonio.

Como no tenía defensa, un buen día me largué. Antes puse a horcajadas sobre el respaldo de la silla la chaqueta prestada.

Al enfrentar el cementerio, comencé a adivinar el trasfondo de

estos insólitos hechos. La visión de esos pinos piramidales, que como deudos se sumaban a la desolación del entorno, me los explicaron. ¿No te das cuenta, Camondo, que has convivido a diario con la misma muerte?, ¿que te sirvió la mesa, que pernoctaste en un cuarto contiguo, que te vistió con la chaqueta de un difunto? ¿No sospechas acaso quién era ese tal Reyes, y si realmente pinchaba a la vieja, o sólo hacían el simulacro cuando se encerraban bajo llave? ¿No te intriga que se presentara con un parche en un ojo antes de que el sol asomara por sobre las blandas lomas de Cuncumén? La muerte te dejó ir, Camondo, estuvo a punto de traerte a este sitio húmedo, que hace que el viajero solitario que lo transita vuelva la cara, evite mirar las cornisas de las tumbas y parte de las cruces que asoman por sobre el muro desaplomado y mezquino que, como a nosotros, las encierra. ¡Cuántas veces no hemos visto de noche a esa vieja mala, esa tal Filomena, merodeando entre las lápidas!

La muerte al parecer no toleró que me prendara nuevamente de la vida, representada en ese cuadro plástico de Navidad, a las puertas de la iglesia.

Esa noche, una vez que el ángel dejó el pesebre, lo seguí hasta la mansión sombría que guardaban esas gigantescas y solemnes rejas.

Al aproximarse la joven a esos barrotes, la alcancé. Ella no manifestó ningún temor ni rechazo; por el contrario, como si me hubiese conocido desde siempre, me pidió le sostuviera el par de alas mientras tiraba del cordón de la campanilla.

El mayordomo, vestido de uniforme, abrió y la condujo por un sendero enmarañado por el que ambos desaparecieron. La joven había olvidado sus alas, y yo con ellas en la mano, no atinaba a nada.

Rehusé dejarlas tras los barrotes, sentí unos deseos irresistibles de probármelas, así es que para evitar que me vieran, me oculté tras un enorme castaño que se levanta enfrente y me las coloqué a la espalda.

Apenas lo hube hecho, escuché otra vez la voz de la joven, que de vuelta en la reja, las solicitaba a gritos. Como vio que nadie le respondía, abrió y salió fuera. Permanecí agazapado contra el árbol, las alas apuntando al firmamento. Luego de transcurridos unos minutos, dio con mi escondrijo, me miró severa, dándome a entender que se las devolviera. Algo me retuvo, me resistía a quitármelas, pensaba que con ellas me cambiaría la vida. Entonces el ángel se retiró y regresó con dos matones, un par de bellacos que a empellones me despojaron no sólo de las alas, sino de la camisa.

Cuando quedé solo, vino hasta donde me encontraba un jilgueri-

to saltarín que movía insistente su penacho, insinuando que me cedía las suyas, que eran mucho más efectivas que las del ángel, no tan ostentosas tal vez, pero más reales, que también servían para dejar la tierra y remontar el cielo.

Soy pacalito, soy pacalito, se dijo.

¡Marieta!

¡Oh réplicas de un destino, de una pena, de la decisión heroica de haber dejado atrás arte y belleza! Qué soy sino un sobreviviente de un castigo a medias, incompleto: la cera, artimaña fallida de un cielo vencido, Apolo, Zeus, las tantas musas, un Caronte impago, ya sin voluntad siquiera para mover los remos y completar la barca con sombras sin vuelta.

Conozco de vista el puerto de ese averno anacrónico, sus escalones de hierro pulidos, como nuevos, que baña la laguna, la puerta baja siempre abierta que llaman «de la aduana», desde la que desciende un terraplén que abrupto se sumerge en quién sabe qué abismos. A la orilla de esa playa seca se vislumbran túmulos de ladrillos... grutas vacías, un gran espejo... Esos volúmenes, me explicaron, son simulacros de tumbas, hay criptas de familia, pirámides egipcias, pagodas chinas, moles que los diablos levantan con un dedo y distribuyen donde les place, armando cementerios de utilería. Se cuidan de las cruces y de las medias lunas, pero igual las fabrican con una cantidad impresionante de palos de fósforos que cubren con papel mantequilla.

Había un diablo joven que se le iban las manos, y en lugar de esos símbolos ajenos, fabricaba aeromodelos; los había visto en las jugueterías ricas. Ellos desconocen los aviones. Carón se indignó, porque sobre un panteón de alcurnia, encima de la cúpula, un helicóptero agitaba sus aspas como un remolino.

Ese panorama es el que se vislumbraba desde el portón abierto, junto a la escalera donde desembocaba el Aqueronte, ¡qué de sorpresas no habrá más adentro! ¡Cómo saberlo si es un río que nadie puede atravesar dos veces!

Con el ejemplo de Flegias, convulso de ira y de orgullo, me basta. No quisiera yo hundir la barca, los traslúcidos no pesan. Flegias hizo de Marte rey de los lapitas, indignado de la afrenta que Apolo había hecho a su hija, incendió el templo de este Dios en Delfos y fue condenado al infierno.

Yo, Camondo, fui menos lejos, sólo osé devolverle respetuosa-

mente su talento. Entonces me hizo de cera y me mostró la orilla del fétido pantano, la puerta de ese averno que tal vez en otra época habría yo traspuesto en el tránsito de la barca de los malos sobre el oleaje de las aguas estancadas.

LA SONÁMBULA

Me duermo, alguien que me remezca, mi pulso mengua, a trastabillones me arrimo otra vez a la reja inmensa que guarda ese parque solitario, imponente, sombrío; aferrada a los barrotes me aguarda el ángel, la joven bellísima, con el camisón blanco, el cintillo coronando sus sienes. Nos tomamos de las manos en un dúo de lágrimas, yo, el viejo Camondo, ella, la beldad sin par del pueblo.

— ¿Me pintas mi retrato? — me dice como si una musa postergada susurrara esto al oído de su artista preferido.

— ¿Un retrato?

— ¡Inmortaliza mi parecido!

— Hace tanto que no tomo un pincel, ni embadurno el lino.

— ¿Acaso por mí no lo harías? — y su voz es tan tenue que no sé bien si sale de sus labios o se trata de ráfagas del céfiro que silba entre los árboles.

— Un retrato, Camondo, ¿me lo prometes?

Sentí que esas manitas se amoldaban perfectamente a las mías.

Me dio curiosidad conocer su casa escondida entre el follaje, tras el primer recodo del sendero.

— ¿Pintar yo de nuevo?, ¿negar algo a esa beldad, a esa virgen, esa sonámbula celestial que me lo pedía?

A punto estuve de asentir, caer en tentación, pero tuve la suficiente entereza de oponerme, moviendo la cabeza en uno y otro sentido. Entonces me encontré solo de nuevo, los brazos estirados al vacío tras los barrotes. Nadie, la joven no estaba, apenas el sendero de grava; hasta el viento se había recogido.

Al darme vuelta y enfilar hacia Cuncumén, vi a la niña de mis sueños a mi lado, esta vez seria, sin el cintillo, el pelo suelto, siempre vistiendo la túnica liviana.

Se me echó al cuello, no me la podía quitar, la rodeé con mis brazos, la hice coincidir con mi pecho hecho una ruina. Ella, la ingravidez misma, la cintura de nada, el roce de sus senos, sus labios que

buscan un beso, nuevamente me rogó una pintura, esta vez de cuerpo entero. Negarse ahora era hacerlo a unos ojos encima, a una palpitación que unía dos corazones.

—No puedo, rompo un propósito que responde a un pasado ya resuelto. No insistas, pídemelo lo que quieras, menos que transforme la superficie de una tela.

Desapareció, me hallé perplejo, la verja estaba abierta, sobre los goznes chirriaron ambas hojas, una insinuación a transitar el parque y conocer la mansión.

En lugar de aceptar esa invitación temible, avancé en dirección al pueblo. Entonces la joven volvió a interceptarme el paso, completamente desnuda, el par de senos en sus manos, el cuerpo más armónico y decidido a todo que he visto en mi vida, no se trataba de la actitud de una modelo, era la hembra que se insinuaba con una necesidad imposible de no satisfacer; iba a aceptar, ponerme bajo sus órdenes, quitarme la ropa, ir a su carne, sentarme al caballete, manchar, bosquejar y completar el boceto.

—¡No —dije—, aparta, no puedo! —y la reja se cerró de golpe, no la volví a ver, sólo una lechuza dio un grito de muerte y cruzó el vano del cielo entre el follaje, con ese vuelo acompasado característico de esas aves de rapiña.

Iba sobre mi cabeza, llevando en sus alas la luz de la luna, la espuma del mar, las nieves eternas, todos los blancos que resisten la oscuridad de la noche.

Se alejó veloz hacia otros derroteros, vastas lejanías, en dirección quizás del entusiasta Sandro, que a esas horas, desvelado en el camarote de un barco, pensaba que con su arte deslumbraría al mundo.

Cuando observé el vuelo de esa última musa, insistente como ninguna, lejana, para siempre desilusionada de mi persona, retrocedí hasta la verja, empujé sus barrotes, me introduje en el parque, llegué hasta el recodo y pude ver el palacete, una simple fachada de utilería, una maqueta, repleta es cierto de toda suerte de ornamentaciones, pero sujeta por atrás con enormes soportes y tirantes de madera. Adelante órdenes, columnas, hasta un balcón sobresaliente encima de esa puerta principal que se abría hacia ninguna parte.

EL BAILE DE LAS SOMBRAS

De ese sueño insólito, la virgen en las rejas, la lechuza en su vuelo sigiloso, me despertó el ruido ininterrumpido de una caravana de automóviles que iban ingresando al parque. Me acerqué de árbol en árbol para no ser visto, y pude observar atónito, como Alí Babá ante la cueva secreta, el esplendor con que Carranza recibía esa noche en su casa.

Cuatro mozos de librea daban las instrucciones a los choferes dónde debían estacionar dentro del imponente parque.

Tras las ventanillas, un tanto desfigurados por la rapidez, vislumbré invitados de gala, peinados sofisticados, diestras enguantadas aferradas a las manillas.

Un mayordomo con un elegante candelabro facilitaba el acceso, aunque sobre las mochetas donde giraban las rejas, un par de farolas iluminaban como de día esa noche sin luna.

Ese recibimiento sí que parecía un sueño; el que recién había tenido con la joven en un dúo tras los barrotes, carecía de la irrealidad del que estaba presenciando. Había conocido dioses de otros cielos, las vicisitudes del arte, la intensidad de la provincia, la majestad del mar, al mismo diablo, el martirio del Tarcisio, el pasado histórico, muchas situaciones, pero era la primera vez que me encontraba ante la opulencia, el poder, la seguridad que otorga el dinero.

Nunca antes sentí vergüenza de mi modesta apariencia, el descuido de mis ropas, mis cabellos en desorden, un montón de trapos lejos de la moda.

Pompeyo Carranza era sin lugar a dudas el hombre más rico de la zona y como tal no se medía en gastos cuando abría su casa.

Bajo el porche existía un terraplén techado donde los automóviles se detenían. Un botones abría la puerta y Carranza, erguido, enfundado en un smoking encintado, una camelia en el ojal, se precipitaba con la amabilidad estudiada de un príncipe a recibir al que ingresaba.

Más atrás Cynthia, su mujer, y su hija única, de cabellos dorados, recogidos; ahora había cambiado las alas y la túnica por un vestido de gala, discreto, pero en esa sencillez podía uno apreciar el gusto refinado de un diseñador experto. La guardarropía acumulaba pieles, capas, abrigos, sombreros, un hacinamiento que despedía un efluvio de perfumes revueltos e intensos.

La gran escalera era el punto clave. Sobre su alfombra, sujeta por barras de bronce, iban y venían verdaderos maniqués, figurines, mu-

jeros intocadas, cuidados escotes, generosas espaldas, sonrisas distantes, miradas soñadoras, frases hechas, un observarse sin poner ninguna atención alrededor. Una verdadera pasarela.

Cruzando los salones se salía otra vez a la intemperie, ahora nos invitaba un extenso *long* de pasto bajo un toldo amarillo que cubría a la orquesta, al buffet, un par de braseros gigantes encendidos, atenuado el fuego, y mesas interminables de largos manteles repletas de exquisiteces y centros engalanados interrumpidos por candelabros de varios brazos, velas prendidas por puro gusto que hacían a la cera de colores chorrear sin freno, adhiriendo a la plata o derramándose sobre la flamante mantelería.

Dentro, en los salones, deambulaban figuras de oscuro, personajes que con nitidez reflejaban los grandes espejos, duplicando el cansancio, la soledad que a veces acarrea una fortuna importante, un apellido de alcurnia.

Se fumaba, se bebía, se armaban ruedas entre íntimos, que de pronto se dispersaban.

La gente más alegre rodeaba a la orquesta bailando en forma discreta.

Carranza, para amenizar el evento, comenzó a dejar caer monedas de oro dentro de las copas de champán, una jugarreta mal vista por los hombres, pero que sin embargo excitaba la avidez de las mujeres, que olvidando la compostura, se atrevían incluso a introducir la mano enguantada en el licor cuando el anfitrión se unía a ellas con el puño cerrado, repleto de esa calderilla de relucientes quilates.

A medida que las horas avanzaban, los invitados, relajados y al son de ritmos más movidos, se cogían de las manos y formaban enormes ruedas o, tomados por la cintura como un tren interminable, recorrían la casa, saliendo a la intemperie, subiendo las escalas, reingresando al parque, atravesando los salones.

Los dormitorios eran itinerario obligado.

El grito de una dama que se torcía un tobillo, un beso furtivo dado en una espalda al cruzar la penumbra del vestíbulo, indicaban el punto álgido de la chacota.

La cera encima de la mantelería, el amanecer subrepticio anunciando su arribo, palidez nefasta para el retoque facial. El rostro a esas horas sostiene mal los afeites, el negro de los trajes de etiqueta exhibe visos verdes, más de un tul desprendido de su ruedo, el sueño circun-

da de oscuro las cuencas y los párpados, sobre el plisado de las pecheras manchas feas, las corbatas de rosa pierden el nudo. Pero la orquesta, a prueba de cualquier fatiga, redoblaba sus bríos, dirigida por un animador falso que tras una sonrisa alquilada, cuenta las horas para pagarse y dar la espalda a esas comparsas que desprecia.

A medida que la noche avanzaba, me fui acercando a ese resplandor que emergía tras la copa de los grandes árboles.

Otra vez me pegué a los barrotes, nadie reparó en mí. Visto desde dentro parecería un prisionero en plena libertad.

Entonces, sin querer, al afirmarme contra esa verja, ésta, que estaba sin candado, cedió, se abrió, desafiando a los matones que la hija de Carranza el día anterior enviara a quitarme las alas. Entré.

El desorden me facilitó el recorrido; arribé hasta el porche donde me sorprendió ver dos cabezotas de mamut empotradas a cada lado de los arcos, trofeos de continuos safaris. La mampara de cristales estaba abierta; la traspuse, y ya en el amplio vestibulo, observé a esos grupos de invitados que andaban tan en lo suyo que no repararon en mi atrevida irrupción. Incluso un mozo se me acercó con la bandeja y me ofreció una copa que rehusé. Envalentonado, crucé hacia la gran escala y en uno de sus peldaños, me senté; un seguro escondrijo desde el que podía observar cómodamente sin ser visto.

Fue en ese momento que se escuchó la voz de Pompeyo Carranza, que golpeando las palmas ordenaba apagar las luces. No alcanzó a insinuarlo y nos vimos iluminados por los candelabros.

La orquesta redobló sus sonos y el dueño de casa, dando el ejemplo, se tomó de la cintura de Cynthia y otra vez se formó la cuncuna interminable a la que se iban integrando todos, tal así que una mano enojada de mujer me arrancó de mi lugar para sumarme a la cola. Me colgué de una cintura, en tanto la dama lo hacía de la mía y deslumbrado, fui circulando por esos ambientes mullidos, tapizados los muros de brocado rojo, los dinteles de las puertas recubiertos de carrara, los cielos pintarrajeados con escenas mitológicas de Marte, Venus, divinidades por mí conocidas, que al verme huían hacia unos escorzos solucionados a medias.

Los grandes espejos frente a los que atravesábamos, pesados, inclinados, sus marcos dorados con coronaciones complicadas, elevaban el piso, dándole un ángulo novedoso. El conjunto de retratos, la mayoría severos, almas en pena cuyos ojos nos seguían donde quiera que el alegre culebrón nos contorneaba.

Cansados, algunos renunciaban, y al salirse cortaban la cuelga, pero inmediatamente ésta se reponía, y continuaba esa alocada carrera donde el tul de los vestidos iba quedando atrás, rezagado, lejos del ruedo como vendas, bruma artificial.

Para dar por terminado el juego, de pronto regresó la luz a las arañas de cristal y todos reaccionaron, evidenciando su cansancio.

Fue cuando me encontré frente a frente al dueño de casa, quien sorprendido me examinó de pies a cabeza:

— ¿Y este pililo quién es?

Una mujer ya de sus años, muerta de risa, un tanto entonada por los copetines, cogiéndome de la barbilla, subrayó la interrogación con una frase mucho más cáustica:

— Amigo, ¿es usted chancho que da manteca?

Busqué en ese momento un rostro al que pedir socorro, pero sólo vi expresiones solidarias para con el señor Carranza.

Entre los trajes negros y los de gran ruedo, la joven, el ángel, se abrió paso, me miró fijo y señaló con su índice acusador, forrado en cabritilla, un guante interminable que cortaba una pesada pulsera de oro de un antepasado. Ni siquiera abrió la boca.

Iban a cogerme del cuello, cuando ocurrió un hecho insólito. Irrumpió en el salón un invitado que recién llegaba; había perdido las señas del camino por la torpeza del chofer.

— ¡Aníbal! — fue el grito unánime, y la atención viró hacia un robusto hombrón, que bajo el dintel de la puerta que lo enmarcaba, parecía un retrato de época.

Se trataba del Cónsul General de Chile en Nueva York, destacado diplomático de vasta trayectoria internacional. Para deslumbramiento de la concurrencia, exhibía una condecoración terciada al pecho, y, a diferencia del resto, sus modales cuidados, y una cierta distancia que cautivaba sin disimulo, le otorgaban esa típica actitud del diplomático de carrera, que para todos tiene una falsa y estudiada sonrisa a flor de labios.

Carranza dio unos pasos hacia el importante invitado, mientras con la mano daba instrucciones por lo bajo para que me expulsaran de la presencia de tan excelso visitante.

Pero no sólo para mi sorpresa, sino para la de toda esa concurrencia, el cuadro se revirtió, ya que el Cónsul miró por sobre el

hombro de Pompeyo y fijándose en mi deteriorada apariencia, exclamó:

— ¡Camondo, vaya qué orgullo, pero qué haces aquí con toda esta burguesía! ¿Son acaso mecenas o sólo coleccionistas? ¿No sabes, Carranza, a quién cobijas bajo tu techo? Terminando este sorpresivo elogio, se me vino encima, echándome los brazos, palmoteándome. Acto seguido, me tomó por los hombros, en tanto una doble fila atónita se formaba, por donde lentamente me condujo ante el desconcertado Pompeyo.

— Ahora usted, mi célebre Camondo, me va a explicar, uno por uno, los cuadros de esta casa. Estoy deseoso de escuchar de sus labios la interpretación juiciosa de los diferentes maestros y sus respectivos estilos.

Así, atravesamos esa corrida de mujeres y hombres sorprendidos. A medida que avanzábamos, iba mi vista inquieta, deteniéndose en piochas, broches, cuentas caras, perlas, pedrerías, aros, gargantillas, dijes, cadenas, solapas de seda, botones, pulseras, solitarios, diademas.

Dejamos atrás el salón absolutamente inmovilizado, en completo silencio, todas las miradas fijas en nosotros, que nos dirigimos al escritorio donde Carranza poseía una pinacoteca de conocidas firmas.

Pompeyo, aprovechándose de que el Cónsul indagaba sobre sus óleos, ordenó le prepararan una mesa aparte, donde con gran empeño se dispuso la mejor vajilla.

— ¿Por qué no me acompaña usted, Camondo? No me agrada cenar solo — expresó el diplomático, obligando a Carranza a ordenar otro puesto.

Y así, cenamos como si un rey lo hiciera con su artista favorito, solos, rodeados de la corte estupefacta, que en completo silencio seguía cada corte del cuchillo en el pavo, los labios en el borde del cristal, la punta de los dedos en el agua manil.

Como la fiesta languidecía, y ya no había modo de detener la luz diurna que irrumpía por cuanto orificio comunicaba el salón con el exterior, el Cónsul me ofreció gentilmente llevarme de vuelta en su limusina, que aguardaba la primera ante la puerta de la mansión.

Nos despedimos de tan selecta comparsa, y sin advertirlo, me vi sentado atrás en un coche de lujo, las cortinas corridas, un vidrio biselado aislándonos del chofer, quien, de riguroso uniforme, conducía.

– ¿Adónde lo llevo? – me preguntó cuando ya habíamos dejado el parque.

Como viera que le respondía con un prolongado silencio, los ojos bajos, tristes, tratándose de un hombre cauto, acostumbrado a saldar situaciones difíciles, acotó en forma muy natural:

– Descuide usted, mi amigo, ya me lo dirá, tenemos todo el tiempo del mundo. Piense que el camino es largo, se ve cansado, deberíamos aprovechar de dormir, «hacer un cachorrito».

Y sin agregar más, se acomodó contra el respaldo de cuero. Cayó. Por el camino de Santiago.

Cartagena, 1996-1997

ÍNDICE

- 7 *Prólogo* por Adriana Valdés
- 15 Alamiro
- 29 En los desórdenes de junio
- 53 El picadero
- 107 El tren de cuerda
- 153 El parque
- 171 La lección de pintura
- 209 El pasaje
- 251 La copia de yeso
- 291 El cumpleaños del señor Balande
- 303 Balneario
- 315 Infortunio de los Almagro
- 325 Mamparas del Sagrado Corazón
- 349 Fragmentos
- 361 La Comedia del Arte
- 433 Cuando pienso en mi falta de cabeza
(La segunda comedia)

**ÚLTIMAS OBRAS
PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN:**

El habitante del cielo
Jaime Collyer

Terapia
Ariel Dorfman

Mano de obra
Diamela Eltit

Los impostores
Santiago Gamboa

El futuro
Gonzalo Garcés

La esquina es mi corazón
Tengo miedo torero
Pedro Lemebel

Santa María de las Flores Negras
Hernán Rivera Letelier

Lo que soñó Sebastian
Ningún lugar sagrado
Rodrigo Rey Rosa



Adolfo Couve

Narrativa Completa

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario —cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática— termine por arrasar del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del «consumo cultural», como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al «público» de los medios masivos en «el lector» de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó con aquella retrospectiva, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*. Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

ADRIANA VALDÉS

